

SEÑORES DEL MUNDO

Yolanda Corona




bubok
EDITORIAL

SEÑORES DEL MUNDO

Yolanda Corona

Índice

Prólogo	7
PRIMERA PARTE	
1: Encrucijadas	11
2: Yaluc y las Hijas de Prakhana	20
3: Traición y muerte en el Palacio de las Nubes	33
4: Profecías	45
5: Revelaciones	53
6: El rey ha muerto	65
7: Acuerdos	78
8: Tinieblas	87
9: Sangre inocente	100
10: El avance de las sombras	113
11: Dos reyes	125
12: Traición	137
13: Cumplimientos	152
14: Ambición	166
15: Cabeza de Fuego	178
16: Dilmala	190
17: El dios de la guerra da la espalda al rey de Kynán	196
18: ¿Dónde están los dioses?	211
SEGUNDA PARTE	
1: El rey del sol negro	230
2: Tiempos de tribulación	241
3: La traición se paga con la muerte	255
4: El encuentro	269
5: Los príncipes atormentados	282
6: La tregua	294

7: Un largo invierno	306
8: El trabajo de los héroes	319
9: El guerrero caído	331
TERCERA PARTE	
1: A sangre y fuego	346
2: Las flores que pisotean los caballos	365
3: La Batalla de los Príncipes	377
4: La Mujer del Bosque	388
5: Sobre el futuro del reino	398
6: Los demonios del abismo	409
7: Fuego en el cielo	416
8: El tiempo se ha cumplido	429
Relación de personajes	443

Aún el cielo estaba oscuro, a excepción de una mínima franja al oriente, que anunciaba el cercano amanecer. La amplia llanura apenas se podía distinguir a la tenue luz. El imponente silencio sólo se rompía por los graznidos de los buitres que poco a poco, iban llegando cada vez en mayor número, atraídos por los numerosos cadáveres. Pronto, las hienas y otras bestias carroñeras se unirían al festín.

Apenas unas horas antes, esa misma llanura silenciosa se encontraba sumida en el fragor de la batalla. Lentamente, la luz del día desplazaba a la oscuridad. El día se anunciaba claro y luminoso. Mirando el cielo, sería difícil adivinar que unas horas antes, el lugar estaba dominado por la espesa polvareda que levantaban los cascos de cientos de caballos y los pies de miles de hombres, y el aire lleno del hedor que producían el sudor y la sangre al mezclarse. Todo era quietud ahora, y las voces de los hombres habían sido sustituidas por las de las bestias.

A través de la leve bruma del amanecer, tres figuras a caballo se movían como espectros entre tantos muertos. Los tres lucían cabellera rojiza y poblada barba. El mayor, que iba delante, mostraba ya algunos cabellos grises. Su porte era magnífico a pesar de su gesto de evidente pesadumbre ante el espectáculo que se mostraba ante él. Su casco y coraza dorados con elaborados grabados, así como la riqueza de los arreos de su caballo, ponían bien de manifiesto que se trataba de un rey.

Detrás de él, cabalgaban a la par dos jóvenes que guardaban entre sí tal parecido, que muy bien podrían ser hermanos, aunque uno de ellos, un verdadero coloso, era mucho más corpulento que el otro. Sus armaduras y arreos no desmerecían a las del rey que les precedía, y sus semblantes reflejaban la misma pesadumbre.

El rey pronto daría la orden para que los cadáveres de sus hombres fuesen recogidos para ser honrados como merecían. Las lágrimas pugnaban por salir de sus ojos del color del mar. Tantos valerosos jóvenes, tantas vidas una vez más desperdiciadas. En última instancia, su ejército había ganado la batalla, impidiendo el avance de los enemigos, pero a qué altísimo precio. En el fondo de su corazón sabía que ésta tampoco había sido la batalla definitiva. Los ejércitos se replegarían, cada bando procuraría rearmarse y nutrirse de nuevos hombres, y todo volvería a empezar. Cada vez más a menudo se preguntaba si había merecido la pena tanta sangre derramada. Pero estaba atrapado en esta guerra que duraba ya diez años y cuyo fin nadie adivinaba. Había obtenido una nueva victoria, sí. Pero el día que amanecía no sería de gloria, sino de luto

PRIMERA PARTE

Encrucijadas

Diez años atrás...

El anciano sacerdote se volvió a encoger de miedo cuando un nuevo trueno hizo temblar hasta los cimientos el majestuoso y milenarío edificio del templo. Pocas veces en su larga vida había sido testigo de una tormenta como aquélla. El viento aullaba como una bestia furiosa, colándose por cualquier rendija y haciendo oscilar las llamas de las numerosas velas que apenas lograban iluminar el inmenso recinto. La lluvia azotaba los castigados muros con tal fuerza que parecía querer arrancar el templo de cuajo y arrastrarlo hacia quién sabe qué desconocido lugar. Pero lo peor eran los rayos que caían cada vez más cerca.

El frágil anciano de afeitada cabeza y rala barba, tan blanca como su desgastada túnica, oraba tembloroso frente a la imponente estatua del dios Nin, que lo mostraba en todo su poder. La estatua, del bronce más bruñido, era de tamaño colosal, como corresponde al más grande y poderoso de los dioses. El mismo que había salvado al pueblo de los valate de una segura destrucción tantos siglos atrás, guiándolos hacia el que había sido su hogar desde entonces. Un hogar bueno dónde habían prosperado. El mismo que siempre los había favorecido dándoles la victoria en todas las batallas, y convirtiendo al pueblo valate en el más poderoso del mundo. Pero ahora, todo parecía indicar que el gran dios no estaba complacido.

El sacerdote seguía pronunciando en voz baja su letanía, implorando la misericordia de Nin, o al menos una señal que le indicase qué debían corregir para recuperar su benevolencia. Temblaba recordando la antigua profecía que uno de sus antecesores había realizado siglos atrás ¿Habría llegado el momento anunciado? ¿Sería él, el humilde Ris, el último sumo sacerdote de Nin?

En estas consideraciones se hallaba inmerso, cuando de pronto, el día pareció inundar el interior del templo a pesar de que era pasada la medianoche. A la deslumbrante luz, le siguió un estruendo como Ris jamás había escuchado, que hizo temblar el suelo, haciéndole caer a él de bruces, y luego, la oscuridad, el frío y el agua empapándole que le hizo mirar a su alrededor, y darse cuenta de que un gran agujero se había formado justo sobre su cabeza. Donde hasta un momento antes, se encontraba la cúpula del templo, había ahora un vacío por el que entraba

la lluvia torrencial. Con el corazón a punto de salirse del pecho, contempló atónito que los escombros de la cúpula habían caído a su alrededor ¿Cómo es que ninguna de esas grandes piedras le había aplastado?

No tuvo tiempo, sin embargo, para seguir haciéndose preguntas, pues ante sus asombrados ojos, ocurrió un fenómeno aún más aterrador. Un rayo atravesó el hueco del techo y fue a caer de lleno sobre la estatua de Nin cortándole la cabeza como la más afilada de las espadas. Ris contempló helado cómo la cabeza de bronce caía a los pies de la estatua, quedando colocada de tal modo, que sus ojos vacíos parecieron clavarse en el anciano ¿Qué otra señal podía esperar?

Con sorprendente energía y ligereza para su edad, Ris se puso en pie y salió corriendo del edificio. La tormenta continuaba igual de furiosa, pero eso ya no le preocupaba. Tenía que ver al rey. Era imprescindible que le pusiera al tanto de las terribles novedades. El destino de los valate, puede que de todos los hombres, estaba en juego.

La reina salió sin hacer ruido del dormitorio, tras obligar a marcharse al médico, el cual, sospechaba, hacía más mal que bien al pobre enfermo con sus remedios, a cuál más extravagante. Su esposo dormía de nuevo en la gran cama tras otra crisis. Cada ataque le debilitaba un poco más. Escuchó un momento su respiración cada vez más trabajosa. Ya no tardaría mucho en cesar del todo. Sin embargo, ella tenía aún que solucionar muchas cosas antes de que eso ocurriera. Había conseguido ganar tiempo manteniendo el grave estado del rey en secreto. Pero más pronto que tarde, saldría a la luz. Tenía que actuar de prisa, pues su futuro dependía de ello.

El ambiente en la antecámara del rey era muy diferente al de la inmensa alcoba que acababa de abandonar. La luz de un resplandeciente día de verano se colaba a través de las altas ventanas. Abajo, en la ciudad, a lo largo y ancho de todo el reino, la gente sin duda aceleraba los preparativos para la gran celebración que tendría lugar dos días después. Sin embargo, a pesar de la hora y de la fecha, en la habitación reinaba el silencio. Se acercó a una de las ventanas y miró hacia el exterior. No lo llamaban Palacio de las Nubes sin motivo. Tanto el palacio real como el complejo que contenía el templo de Nin, se encontraban sobre la elevación más alta de la alargada península, donde se hallaba la capital, Taros. Esta elevación, allanada artificialmente muchos siglos atrás, se hallaba también en la parte más alejada de tierra firme. Ambos edificios ocupaban los extremos de la amplia explanada, lejos del bullicio, el polvo y los olores de la ciudad que se extendía más abajo.

Se separó de la ventana imaginando qué pensarían sus súbditos, cuando dos días después, se congregaran en esa misma explanada, esperando ver aparecer al rey para que les bendijera como cada año, y Belcentes, el Justo, no apareciera. Si las cosas salían como ella esperaba, este año la gran celebración de La Llegada, sería también la fiesta de coronación de su hijo Andamar. Tal y como se encontraba, era realmente improbable que el rey aguantara siquiera un día más, mucho menos, dos.

Sus esperanzas se habían renovado, y esta mañana, el destino parecía mucho más a su favor que dos días atrás ¿Quién le iba a decir que un rayo cayendo de lleno sobre el templo le iba a dar la ocasión que necesitaba para lograr su objetivo? Pero, a pesar de todo, no debería sorprenderse. En su vida, las cosas siempre habían ocurrido así, cuando ya no las esperaba. Su destino se había dado la vuelta repentinamente en más de una ocasión.

Sólo dos días antes, parecía que todo estaba perdido para ella. De sobra sabía que el rey hacía tiempo que había nombrado su sucesor. Garpa no pudo evitar estremecerse al pensarlo. Cuando Belcentes muriese, le sucedería su hijo primogénito, Domusal. Sin duda, así figuraría en el testamento del rey custodiado en el templo. Pero ahora, ella tenía al sumo sacerdote a su merced. Todo era todavía posible.

Se acercó a la enorme puerta doble de la antecámara, y ordenó a uno de los centinelas que hiciera llamar al mayordomo de palacio, quien ostentaba la máxima autoridad sobre todo el personal que atendía la administración real. No tuvo que esperar mucho para que el hombrecillo acudiera, casi sin resuello. Voro era descendiente de una larga dinastía de eficientes y leales funcionarios de palacio. Ya hacía bastante que había abandonado la juventud, pero su cuerpo enjuto y nervudo le permitía seguir siendo tan eficaz y rápido como siempre. No venía solo, sin embargo.

Aunque su humor distaba mucho de ser alegre, Garpa tuvo que sonreír fugazmente, al ver el contraste entre el nervioso y acelerado Voro, y el paso pausado, casi solemne, del sacerdote Palas. Éste mantenía el aire impasible y digno propio de su rango de segundo de Ris el Venerable. Ambos hicieron una respetuosa inclinación de cabeza ante la reina antes de entrar en la antecámara.

—Me complace que estés ya en palacio, Palas. Me disponía a llamarte justo después de terminar con Voro.

—Sentí que mi deber era venir a palacio. Y así lo hice en cuanto mis obligaciones en el templo me lo permitieron. Sin duda, sabes que he de sustituir al muy venerable Ris, ahora que no está. Los últimos acontecimientos...— Se interrumpió al ver cómo la reina alzaba una mano, ordenándole silencio. Hizo una nueva inclinación, y se dispuso a esperar.

—Ya trataremos esos asuntos después. Ahora, precisamente quiero que tú vayas a buscar al Venerable, y lo traigas a mi presencia.— La reina dijo, dirigiéndose a Voro, que, con una nueva inclinación, comenzó a caminar hacia la puerta.

—Se hará como ordenes, mi reina.— Dijo el hombrecillo, y salió de la estancia. A Garpa no le pasó desapercibida la expresión de Palas.

—No tienes que ponerte tan solemne y digno. Sé muy bien cómo se trata a un sumo sacerdote de Nin. Te aseguro que Ris ha permanecido en todo momento en lugar seguro, sin el menor riesgo físico, ni menoscabo de su venerable persona.—

—Y supongo que no me equivoco, si deduzco que así continuará por tiempo indefinido.— Palas dijo, con cierto retintín.

—Bien. Yo no tengo la culpa de que sólo él tenga acceso a los documentos reales a parte de mi esposo. Lo único que ha de hacer es cooperar conmigo. Permitirme ver el testamento real.—

—Para que puedas hacer que el rey lo cambie, supongo.—

—Para corregir una injusticia antes de que ocurra.— Garpa dijo, alzando la barbilla.

—¿Cómo puede ser una injusticia cuando se ajusta a la ley?— Palas preguntó con sorna. —Domusal es el primogénito. Le corresponde ocupar el trono tras la muerte de su padre.—

—Será el primogénito. Pero todo el mundo sabe que mi hijo tiene infinitamente más legitimidad. Desciende de los más altos linajes, mientras que la madre de Domusal...—

—Lo sé, lo sé. Era de sangre mezclada. No me malinterpretes, mi señora. Yo estoy totalmente de acuerdo contigo en que no debemos permitir que se corrompa nuestra sagrada tradición. Pero tú sabes tan bien como yo, que Domusal no está solo, y le ampara la ley, aunque en este caso, vaya en contra del bien de los valate.—

—Demasiado bien lo sé. Y que Ris es su principal apoyo.—

—Por eso le has hecho apresar. Y no tienes intención de liberarle ¿Me equivoco?—

—No está preso, como te acabo de decir. Pero, sin duda, ya es hora de que el muy venerable Ris se tome un merecido descanso, después de servir al templo y al reino durante tantos años. Y tú serás el mayor beneficiado. Yo me encargaré personalmente de que mi hijo te nombre sumo sacerdote y Primer Consejero del rey... ¿Por qué pones esa cara? ¿Dudas de que cumpliré mi palabra, o acaso de que Andamar sea el próximo rey de Kynán?—

—Jamás osaría dudar de ti, mi reina.— Palas se apresuró a decir bajando la mirada respetuosamente. —Pero, tal vez, no esté todo tan controlado como crees.— Continuó sin alzar la mirada.

—¿A qué te refieres? Sabes que es imprescindible que la gravedad del rey se mantenga en secreto hasta que yo pueda asegurarme de que Andamar sea el sucesor. Sólo tú y esos inútiles que se hacen llamar médicos, sabéis la verdad. Ellos me temen demasiado para hablar...—

—Oh, no, mi señora Garpa. Nadie se ha de enterar por mí. Pero recuerda que el Venerable vino hace dos noches para hablar con el rey. Y, aunque se le informara de que no se encontraba en palacio, Ris no es estúpido... No quiero decir que él se haya dedicado a propagar rumores, por supuesto, pero su protegido no se encuentra en el templo por lo menos desde anoche.—

—Te refieres a ese pequeño bastardo... Yaluc se llama ¿no es así?— Garpa dijo intentando mantener la frialdad, aunque no era nada fácil. Ese mocoso era sólo la más reciente de las humillaciones a las que su esposo la había sometido. Como la mujer inteligente y astuta que era, se había mantenido siempre puntualmente informada de todo. Sabía que Ris mantenía al chico como su protegido en el templo. Seguramente por orden del propio rey. Nunca había podido averiguar quién era la madre del crío ni por qué su esposo tenía tanto interés en mantenerle cerca. La madre podría ser cualquier sirvienta, quién sabe. Aunque eso ya no la preocupaba, porque al parecer, quien quiera que fuese ya estaba muerta.

—Estoy bastante seguro de que Ris lo ha escondido, temiendo lo que podrías hacer a la muerte del rey. Por eso he venido, para informarte.—

—Ese mocoso no debe preocuparnos. Aunque quisiera reclamar el trono como hijo del rey, apenas es un niño. No sólo mi hijo le supera en edad. Dudo mucho de que Domusal se quedase tan tranquilo. No, Yaluc no es un riesgo para mi hijo. Sin embargo,— Dijo pensativa...—tiene la misma edad que mi nieto Naadur. Pero ocupémonos de cada cosa a su tiempo. Retírate, vuelve al templo y procura que no se extiendan rumores indeseados.—

Mientras esperaba que trajeran a Ris a su presencia, Garpa entró de nuevo en el dormitorio del rey. Seguía dormido y respirando con la misma dificultad. Se acercó al lecho y le contempló. Incluso después de todos esos años y del mucho sufrimiento que ese hombre le había causado, no pudo evitar que la emoción la embargara. La enfermedad le había consumido casi hasta los huesos. Ya no había rastro del apuesto y fornido príncipe de cabellos de fuego con el que se había casado 35 años atrás. Dejó escapar un suspiro resignado mientras retiraba con cuidado un mechón gris de la fría y húmeda frente del rey. A pesar de todo, le seguía amando. Qué diferente habría podido ser su vida juntos si sólo él hubiera querido.

Se sentó al borde de la gran cama, y dejó que la invadiesen los recuerdos. El sentimentalismo era un lujo que no solía permitirse, ni siquiera a solas. Pero éstas muy bien podrían ser las últimas horas de Belcentes en el mundo de los vivos. A nadie, por tanto, debería extrañarle que rememorase su vida con él.

Naturalmente, Garpa había conocido a Belcentes toda su vida. Ella pertenecía a uno de los más elevados linajes, sólo por debajo del linaje Damoy, cuyos miembros eran los únicos con derecho a ocupar el trono. Por tanto, sus visitas a palacio eran frecuentes, así como las de la familia real a las inmensas y ricas heredades de los Gormaron. Belcentes era ya un muchacho de 10 años, a punto de iniciar su instrucción militar, cuando Garpa nació. Pero eso no había evitado que ella, como la mayoría, si no todas las jóvenes damas, suspirara por el apuesto príncipe. Lo de suspirar, claro está, en el caso de Garpa no es más que un modo de hablar. Nada menos propio de su carácter.

Estaba ella a punto ya de cumplir los 20 años, y precisamente ese carácter fuerte y mal genio suyos habían espantado uno tras otro a todos sus pretendientes. De tal modo que, aun siendo Garpa una dama de tan alta cuna, sus padres empezaban a temer que no habría pretendiente capaz de convertirse en su esposo. A pesar de todo, ella no compartía las preocupaciones de sus padres. El hermoso príncipe Belcentes ya tenía esposa, con lo que quedaba fuera de su alcance, y de los demás, ninguno había conseguido despertar su interés en lo más mínimo.

Que Belcentes estuviera ya casado no hacía sino aumentar su atractivo a ojos de Garpa, pues aquel matrimonio nunca tuvo la aprobación del rey. Belcentes había desafiado la autoridad de su padre, lo que ya en sí sería grave, pero, además, siendo su padre el rey la cosa era mucho peor. El príncipe rebelde se convirtió en su amor secreto. Y

entonces, ocurrió lo más inesperado. Como le ocurriría numerosas veces a lo largo de su vida, el destino de Garpa cambió de la noche a la mañana.

Los reyes lograron al fin obligar a su díscolo hijo a que repudiase a su amada Heusa, quien de ninguna manera podría ocupar el lugar de reina. Naturalmente, todo el mundo, Garpa también, sabía que Belcentes sólo había cedido cuando su padre le amenazó con desheredarle y nombrar sucesor a su otro hijo. La ambición de reinar fue más poderosa que el amor por Heusa. A Garpa, eso la desilusionó, y estaba segura de que fue la última vez que se había dejado llevar por los sentimientos. Todo cambió, claro está, cuando sus padres le anunciaron que los reyes querían que Belcentes desposara a una dama digna de ser reina, y ella era la elegida.

A pesar de saber que Belcentes la desposaba sólo para no perder su posición como príncipe heredero, Garpa se casó ilusionada. Y, al principio, todo pareció darle la razón. Si no enamorado, Belcentes al menos era atento y gentil con ella. Garpa no tardó en descubrir que el príncipe no poseía un carácter fuerte, que procuraba evitar los enfrentamientos, y era perfectamente feliz si las cosas transcurrían sin sobresaltos. Al parecer, tomar como esposa a una mujer a la que sus padres no aprobaban era a lo máximo que Belcentes podía llegar en cuanto a imponer su voluntad, aunque, por lo visto, su ambición de ser rey era con mucho la pasión más poderosa en él. Garpa tendría tiempo de comprobar su error de cálculo.

Sin embargo, los primeros años de convivencia no pudieron ir mejor. Garpa estaba convencida de que, si ella había experimentado alguna vez la felicidad, había sido en aquellos escasos tres años desde sus esponsales hasta el nacimiento de su segundo hijo. Porque entonces, el viejo rey murió, Belcentes ascendió al trono de Kynán, y la vida de Garpa cambió para siempre.

El cambio no vino sólo porque ahora ella era la reina, sino, sobre todo, porque Belcentes se convirtió prácticamente en un desconocido. Casi el mismo día de la coronación, hizo traer a los hijos de Heusa a vivir a palacio, y Garpa tuvo que soportar la humillación de que se criaran y educaran junto a sus propios hijos. Aunque no fueran más que unos niños (Domusal, el mayor, apenas tenía 12 años), no pudo evitar odiarlos tanto como a su madre. Belcentes no se atrevió a traer también a Heusa, pero no hizo falta. Garpa sabía bien que el rey iba a verla a menudo, y jamás volvió al lecho de la reina.

Ni siquiera cuando Heusa murió tras larga enfermedad, recuperó Garpa a su esposo. Primero, la inmensa pena que le causó la muerte de su única amada casi le hace perecer también a él. De nada le sirvió a Garpa acudir solícita a consolarle. La apatía que le caracterizaba se agudizó. Garpa tenía la sensación de que la culpaba a ella, cuando él mismo había elegido dejar a Heusa para ser rey. No obstante, Garpa ganó algo. No consiguió que Belcentes regresara a su lecho, pero sí que, dada su debilidad de carácter, se apoyara en gran medida en ella para afrontar el difícil oficio de reinar. La gente adoraba a Belcentes, le llamaban —el justo—, porque su largo reinado había supuesto un periodo de paz y prosperidad para su reino. Qué poco sabían quién llevaba verdaderamente el timón.

Sin embargo, a Garpa no le importaba que el rey se llevara la gloria, porque sentía que ayudarlo a gobernar era su deber. Por eso también creía que, en justicia, el trono debía ser para su hijo, no para el de —ella—. Con seguridad, podría hacerle ver a ese anciano testarudo que era Ris, que ella tenía razón. Justo en ese momento, sonaron unos discretos golpes en la puerta.

Garpa se sorprendió de ver que no era Voro con el Venerable quien estaba al otro lado de la puerta. Mientras su sonrisa se ensanchaba, como siempre que la veía, la reina hizo pasar a la antecámara a su muy amada hija.

—Nará querida. No te esperaba tan pronto,— Exclamó encantada, abrazando a la otra mujer. Nará, hija mayor de Belcentes y Garpa era incluso más alta que su madre. De figura tan delgada y elegante como la reina, a quien, según muchos, incluso superaba en belleza, sus rojos cabellos y ojos verde azulados, la asemejaban, sin embargo, inequívocamente a su padre. Aunque iba ataviada con la sencilla túnica azul claro de las Doncellas de la Luna y llevaba el cabello cubierto con un velo, sin joyas ni adorno alguno, su belleza seguía deslumbrando a los hombres, que, con frecuencia, olvidaban su elevado y sagrado rango de Primera Doncella. Correspondió al abrazo de su madre con el mismo afecto, aunque su semblante permaneció más sereno.

—Afortunadamente, ya me hallaba preparada para venir para las ceremonias de La Llegada, cuando tu enviado arribó a la isla. Como tu mensaje decía que urgía mi presencia aquí, he venido con él en su pequeña embarcación para ir más rápido. Y bien, madre ¿Por qué me has llamado con tanta prisa, sin poder esperar a verme dentro de dos días?—

—Él no aguantará dos días, me temo. Es una suerte que ya estés aquí. Ojalá tu hermano pueda también llegar antes de que sea demasiado tarde.—

—¿También has hecho llamar a Andamar?— Nará preguntó sorprendida. —Y ¿a qué te refieres con que él no tiene dos días? ¿Quién...?— Nará no acabó la pregunta, pues su madre ya la tomaba de la mano, guiándola hacia la alcoba real. Se hizo entonces la luz en su mente. —¿Padre? Pero las noticias de los mensajeros decían que estaba completamente repuesto de su enfriamiento del pasado invierno...— Garpa se detuvo un momento. Se volvió para mirar a su hija, y le apretó ambas manos entre las suyas.

—Yo hice correr esa noticia para ganar tiempo. Lo cierto es que vuestro padre está muy próximo a reunirse con los Antepasados. Os he hecho llamar a ti y a Andamar para que podáis despediros, y para que entre los tres nos preparemos lo mejor posible para lo que ha de venir.—

—Pero, si padre se encuentra ya tan cercano a abandonar este mundo, todos sus hijos deberíamos estar junto a él. Has llamado también a nuestros hermanos ¿verdad?— La expresión de Garpa se endureció. No podía evitar que sus hijos hubieran congeniado con los hijos de Heusa, pero no podía permitir que una debilidad sentimental arruinase sus planes. Andamar y Nará seguramente se lo tomarían mal, pero acabarían por comprender que era lo mejor. Ella se encargaría de que así fuera.

—No. Sólo nosotros tres hemos de estar presentes. El futuro de nuestra familia, y de todo el reino, depende de ello. Te lo explicaré y lo entenderás.—

Yaluc y las Hijas de Prakhana

El joven Yaluc corría a toda la velocidad que le permitían sus flacas, pero fuertes piernas. Aunque era pequeño para sus 12 años, poseía notable energía y resistencia, y aún más determinación. No prestaba atención a las hierbas espinosas que arañaban sus piernas desnudas, ni a los guijarros que herían sus pies calzados con unas simples sandalias, a todas luces inadecuadas para correr por el bosque.

Su gran empeño en no detenerse no sólo se debía al importante encargo que le llevaba a internarse más y más en lo más salvaje de la naturaleza, aun siendo un motivo muy importante. No. Su frenética carrera se debía más bien a que por nada del mundo deseaba que le cogiera la noche en semejante entorno. Había salido del complejo del Templo antes de que el sol comenzara siquiera a insinuarse en el horizonte oriental. Pero no tenía la menor idea de cuánto más debería adentrarse en ese reino desconocido para él, antes de alcanzar su meta. Y, aunque le daba vergüenza reconocerlo (sobre todo, después de que el Venerable Ris le hubiera asegurado tantas veces que sus temores eran infundados), lo cierto es que aquel bosque le hacía temblar de miedo.

Como cualquier habitante de la ciudad de Taros, había oído las escalofrantes historias que se contaban acerca de ese bosque, y lo que en él habitaba. No temía a las fieras o alimañas, sino a las terribles Hijas de Prakhana. Temblaba sólo de pensar en ellas, y, sin embargo, encontrarlas era precisamente su misión. Por muy grande que fuera su miedo, mucho mayor era su lealtad al sumo sacerdote. El Venerable Ris le había encomendado una misión trascendental. Su pecho se hinchaba con la cálida sensación de orgullo que le producía, y más al recordar las palabras del anciano mientras le entregaba el precioso paquete que guardaba bajo su túnica: —Sólo en ti puedo confiar, joven Yaluc, para hacer llegar este mensaje.—

Seguía fielmente las indicaciones que le había dado el anciano sacerdote. El Venerable tampoco sabía en qué lugar exacto del bosque hallaría lo que buscaba, pero le aseguró que, si seguía sus indicaciones, lo alcanzaría. Así que tuvo mucho cuidado en mantener el Gran Pico Nevado todo el tiempo a su derecha. Como era tan alto, su cima permanecía siempre visible, incluso entre todos esos árboles. Por eso, por su gran altitud, siempre tenía nieve, incluso en los días más cálidos del verano. Según el Venerable, esto se debía a que en las alturas siempre hace frío, aunque ni él, ni nadie que él supiera, había subido

jamás a aquel monte. Yaluc no acababa de entenderlo muy bien. Su lógica le decía que cuanto más alto, debía hacer más calor al estar más cerca del sol. Pero él no era más que un acólito ignorante, mientras que el Venerable era un gran sabio, como era bien conocido de todos.

No pudo evitar que se le hiciera un nudo en el estómago, y le invadiera de nuevo la angustia, al pensar en el noble anciano que había sido como un padre para él, el único que había conocido. En su mente, se volvieron a reproducir las imágenes de la noche anterior. Justo el sumo sacerdote le acababa de entregar el rollo de pergamino, repitiéndole las instrucciones de a quién debía entregarlo, cuando la habitual paz de la residencia de los sacerdotes de Nin se vio repentinamente interrumpida. Yaluc no podía entender por qué los Hombres del Rey se habían llevado al anciano Ris ¿No era precisamente él, como sumo sacerdote de Nin, el principal consejero del propio rey?

A pesar de su prisa, tuvo que parar un momento. El sol casi estaba en lo más alto, indicándole que había consumido la mitad del día, y aún no había llegado a su destino, ni sabía cuánto tardaría todavía. Pero el día era cálido, y sudaba abundantemente por la carrera. Necesitaba beber. En su enorme apresuramiento al salir por la mañana, no había cogido víveres ni agua. No tenía intención de permanecer fuera de la ciudad más que unas pocas horas, y sólo llevaba consigo su cuenco y su cuchara atados al ceñidor de su túnica, que junto con ésta última y las sandalias, eran todas sus posesiones en el mundo.

Miró a su alrededor, mientras se enjugaba el sudor de la frente con una manga. Sólo faltaban un par de días para El Día Largo del Verano, aquél en el que el sol detiene su carrera hacia el norte para, después de unos días, iniciar el recorrido contrario hasta llegar al Día Corto del Invierno. Yaluc sabía también que a medio camino de ambas carreras había un día en el que las horas de luz y de oscuridad eran el mismo número. La satisfacción que le producían estos nuevos conocimientos recientemente adquiridos volvía a empañarse al recordar que su amado maestro estaba quien sabe dónde y en qué condiciones. Ris le había dicho que pronto tendría que iniciar sus propias observaciones del sol, la luna y las estrellas como parte de su preparación como futuro sacerdote. Pero mucho se temía que, al menos por el momento, no iba a haber más lecciones.

Vio un arroyo que corría entre las piedras. Se acercó, y se agachó para beber. El agua estaba limpiísima y tan fría, que le dolieron los dientes. Sin embargo, esa agua tan fría le vino muy bien para recuperar fuerzas. Se mojó la cara. Luego, encantado, se echó más agua por la cabeza sacudiéndola como un perro para secarse el pelo. Imaginarse como un

perro le hizo reír. Súbitamente, su inocente carcajada le hizo consciente del silencio del bosque.

En realidad, no había silencio, sólo que los sonidos no se parecían en nada a los de la ciudad, donde él había pasado toda su vida. Los trinos de los pájaros eran agradables, pero había también multitud de sonidos cuyo origen desconocía, y que de nuevo le hicieron recordar cuánto le asustaba el bosque. Inquieto, volvió a ponerse en marcha. Yaluc no podía saber que ya desde un buen rato antes, ojos ocultos seguían atentamente todos sus movimientos.

La carrera de Yaluc se vio súbitamente interrumpida cuando, de la nada (o eso le pareció a él), surgieron unas figuras que se interponían en su camino. El sobresalto fue tal, que resbaló y acabó cayendo de culo sobre el duro suelo del bosque. Al levantar la vista para mirar a las repentinas apariciones, se quedó helado, incapaz de ponerse de nuevo en pie.

Ante él, surgidas como de los mismos árboles, se encontraban tres chicas (Yaluc estaba bastante seguro de que eran chicas). Aunque no se atrevía a volver la cabeza, ni casi a respirar, fue consciente de que más figuras espectrales le rodeaban. Su asombro no se debía sólo a la sorpresa. Aquellas chicas no se parecían a ninguna que hubiera visto antes.

Comprendió que no las había visto hasta que se pusieron delante de él a causa de los colores de sus ropas que se confundían con el entorno. Tampoco esas ropas se parecían a nada que Yaluc hubiera visto. No, desde luego, a los vestidos que llevaban las mujeres de la ciudad. Parecían hechos de piel de animal y, apenas les cubrían el cuerpo. En el caso de las más jóvenes, se reducían a unas faldas sujetas a su cintura por ceñidores o cordones de vivos colores. La mayor llevaba un vestido diferente, sujeto a uno de sus hombros, y, como las demás, llevaba numerosos collares, pendientes y brazaletes (incluso en los tobillos). Así como adornos en el pelo, incluso de plumas de ave, formando complicados peinados. Todas tenían el cabello oscuro y su piel (allí donde no estaba cubierta por pinturas de extraños diseños) no era tan pálida como la del propio Yaluc. También iban descalzas, lo que le hizo dar un respingo pensando en todas las piedras y plantas espinosas del bosque y en sus doloridos pies.

Sin embargo, lo que más le asustó no fue su extraño aspecto, sino que todas ellas le miraban con desconfianza, mientras le apuntaban con sus lanzas. La mayor se adelantó un paso, sin dejar de apuntarle, y preguntó en un tono nada amistoso.

—¿Quién eres, y cómo te atreves a entrar en nuestro bosque?— Yaluc estaba asustado. Sin duda, éstas debían de ser parte de las temibles Hijas de Prakhana de las que tanto había oído hablar. Pero, entonces recordó la misión que le había llevado hasta allí y que Ris el Venerable confiaba en él. Con piernas temblorosas, logró ponerse de pie, bajo las miradas atentas de todos aquellos ojos oscuros, y procuró que su voz sonara clara y serena.

—Soy Yaluc, acólito de Ris el Venerable, sumo sacerdote de Nin. Vengo enviado por él.—

—¿Acaso no sabes que sólo las Hijas de Prakhana pueden andar por aquí sin permiso?— Preguntó la chica mayor, que debía de estar al mando. Era más alta que él, lo que no era raro, pero no mucho mayor.

—Lo sé, pero traigo un mensaje importante de parte del Venerable.— Yaluc procuró erguirse lo más que podía, y estaba bastante seguro de que esta vez su voz había sonado mucho más firme y segura. Su impresión se vio reforzada cuando las chicas bajaron las lanzas y la expresión de la mayor dejó de ser amenazadora.

—Está bien; ya has cumplido tu misión. Puedes darme a mí el mensaje.—

—¿Eres acaso tú Zesera?— Hubo murmullos entre las chicas que le hicieron pensar que tal vez había dicho algo inconveniente.

—Claro que no. Yo soy Dilmala, y no me puedo imaginar qué clase de bobo eres tú, pues hasta los recién nacidos conocen a la Hija Mayor.— Ella repuso entre ofendida y burlona. Yaluc oyó risitas. —Dame ya ese mensaje Yaluc el acólito, o más bien, Yaluc el bobo, y yo se lo entregaré.—

—No. El Venerable me hizo jurar que sólo se lo entregaría a Zesera, y es lo que haré. Así que, más vale que me lleves ante ella.— Yaluc no sabía si había conseguido disimular el miedo que le asaltaba de nuevo. Desde luego, no era nada sensato enfadar a aquellas chicas. Muy bien podrían matarle allí mismo, después de todo, él no llevaba ningún arma, y aun en el caso de haberla llevado, no habría sabido utilizarla. Miró a Dilmala conteniendo la respiración, y preparándose interiormente para lo peor. Ella sonrió. Increíble ¿De verdad le estaba sonriendo?

—Está bien. Sígueme... Si es que todavía puedes caminar.— Ella dijo burlona mirándole los pies, y comenzó a caminar aún más hacia lo profundo del bosque. Yaluc también miró sus pobres pies cubiertos de sangre de los múltiples arañazos. Pero, a pesar del dolor, no podía hacer otra cosa que seguir a la extraña muchacha, porque, además, detrás de él caminaban otras Hijas de Prakhana acuciándole a continuar.

Caminaron durante un periodo de tiempo que a Yaluc se le antojó larguísimo, internándose más y más en la espesura. El muchacho miraba a su alrededor, incluso por encima de su cabeza, y sólo veía vegetación. En un momento dado, atravesaron un tramo donde ésta era tan densa, que casi no llegaba la luz del sol de mediodía. Yaluc sintió una gran aprensión. No sabía lo que le esperaba, pero era muy consciente de que su vida estaba en manos de aquellas extrañas criaturas del bosque, porque de ninguna manera él sería ahora capaz de regresar a la ciudad solo.

Al fin, llegaron a un claro. La súbita luminosidad le deslumbró por unos momentos. Pero enseguida observó que se hallaba en medio de una pequeña aldea. Todo alrededor del claro había pequeñas chozas que casi se confundían con el bosque. Le pareció que estaban hechas con la misma vegetación que las rodeaba. También había gente en el claro. Y no tardó en darse cuenta de que todas eran mujeres. De nuevo, se le encogió el ánimo recordando las terroríficas historias que se contaban sobre aquellas mujeres del bosque. Pero no iba a dejarse dominar por el miedo. No sabría volver solo, de modo que, pasara lo que pasase, debía olvidarse de sí mismo y concentrarse sólo en que al menos, el mensaje del Venerable llegase a su destinataria.

Dilmala, que caminaba delante de él, se detuvo de pronto, y poco le faltó para chocarse contra ella. Una mujer de más edad acababa de salir de una de las chozas. Su aspecto no era muy diferente al de las otras, pero su vestido parecía hecho de un material distinto, más ligero, y sobre todo, de unos colores tan vivos como Yaluc sólo había visto alguna vez de lejos en los lujosos vestidos de las damas de la corte. La mujer no tenía la cara pintada, aunque su piel también era más morena que la de Yaluc. Él se la quedó mirando expectante. Ella le sonrió, y Yaluc sintió aliviarse su angustia. Esta mujer parecía más amable, y al menos, no iba armada.

—Este es Yaluc el acólito, y trae un mensaje para la Hija Mayor.—
Dilmala dijo en tono solemne.

—Saludos, Yaluc el acólito...— Comenzó la mujer sin dejar de sonreír. A Yaluc le resultaba curioso ese modo tan formal de referirse a él. —Yo soy Sildara, jefa de este asentamiento. Me temo que Zesera no se encuentra aquí. Tendrás que darnos a nosotras ese mensaje que traes.— A pesar del tono amable, Yaluc no pudo evitar sentirse muy frustrado. Las instrucciones de Ris habían sido entregar el rollo de pergamino a Zesera y sólo a ella. Pero estaba muy claro que la mujer no aparecía, y él no podía fallarle a Ris.

—Entonces, Sildara, te ruego me digas dónde puedo encontrarla, pues sólo puedo entregar mi mensaje a la propia Zesera.— Yaluc dijo procurando sonar lo más respetuoso posible. De ningún modo, quería ofender a aquellas mujeres. Quién sabe qué podrían hacerle. Oyó murmullos, y de nuevo, algunas risitas de las chicas.

—Me temo que eso no es posible. Nadie sabe nunca dónde está la Hija Mayor a menos que estés con ella. Son muchas sus obligaciones. Su vida está dedicada al pueblo loggi, lo que la obliga a moverse constantemente.— Sildara continuó con el mismo tono amable.

—Discúlpale, Sildara. He debido advertirte lo primero de que Yaluc el acólito no parece muy listo.— Dilmala dijo burlona.

—Basta, Dilmala.— La mujer regañó a la joven, aunque en tono afectuoso. Volvió a mirar a Yaluc. —No se lo tomes en cuenta. Le gusta bromear, aunque a veces se pase.— En realidad, a Yaluc no le molestaban de verdad las burlas de Dilmala, ni mucho menos tanto como las verdaderamente crueles de otros acólitos incluso sacerdotes, del templo de Nin. Respiró hondo, y volvió a hablar.

—Y ¿no podéis avisarla de que la estoy buscando?— No consiguió, a pesar de intentarlo, disimular su inquietud nuevamente creciente.

—Desde luego. Podemos enviar un aviso. Pero no tenemos modo de saber cuándo le llegará, ni lo lejos de aquí que se encuentra. Podría muy bien hallarse visitando las aldeas del Gran Río del Sur, que está a más de dos lunas de viaje desde aquí.— Dijo Sildara. A Yaluc se le cayó el mundo encima. Incluso incumpliendo su palabra y entregando el mensaje a aquellas mujeres, no tenía modo de saber cuándo le llegaría a Zesera, si es que le llegaba. Sildara habló de nuevo. —No te aflijas joven Yaluc. Lo que haya de ser, será. Pero, ahora, lo primero que debemos hacer es ofrecerte un lugar para descansar y curarte los pies, o no podrás caminar más.— El asombro de la cara de Yaluc debió de ser tal, que Sildara rio de buena gana. —Eso no lo esperabas ¿verdad?—

—Bueno... yo... En la ciudad dicen...—

—Ya imagino las historias que habrás oído sobre nosotras.— Sildara dijo meneando la cabeza de buen humor. —Vamos, entra en la choza, si no estás demasiado asustado, claro.—

—Claro que no.— Se apresuró a decir, siguiéndola, aunque no estuviera ni mucho menos tan seguro como quería aparentar. El interior de la choza estaba agradablemente fresco comparado con el fuerte sol del claro, y también bastante oscuro. Yaluc tropezó con algo y sintió con pánico que empezaba a caerse de boca. Sin embargo, una mano

sorprendentemente firme le agarró el brazo impidiendo su caída. Se volvió al instante, y en la claridad que entraba por la puerta, sus ojos se encontraron con los de Dilmala. La mirada de la chica era tan intensa que las palabras de agradecimiento que iba a pronunciar se le atascaron en la garganta. Tras unos instantes interminables, ella le soltó el brazo.

—Cuidado, cuesta acostumbrarse al cambio de luz.— Dijo en tono indiferente, y se apartó de él.

—Siéntate aquí.— Dijo Sildara empujándole con suavidad hacia unos cojines apilados en el suelo. A Yaluc le sorprendió lo mullidos que eran. Dudaba de que los de los grandes palacios de la ciudad fueran mejores, aunque nunca se hubiera sentado en uno. Como estaba sentado frente a la entrada, veía las siluetas de las mujeres moviéndose por la choza. De pronto, vio brillar una pequeña llama. Dilmala estaba colocando un candil en el suelo a su lado. Luego encendió otro y lo dejó frente al primero. Sildara se arrodilló delante de Yaluc entre ambas luces.

—Veamos esos pies.— Dijo la mujer y empezó a desatarle una de las sandalias. Yaluc hizo todo lo posible por aguantar el dolor. Normalmente no era ningún quejica, aunque las heridas y ampollas que se había hecho durante su carrera dolían más que nada que pudiera recordar. Además, es que no le hacía ninguna gracia darles más motivos a aquellas chicas para burlarse de él.

Ahora, mientras seguía atentamente todos los movimientos de Sildara, vio por el rabillo del ojo que Dilmala avivaba un fuego entre unas piedras, y colocaba una olla de metal encima. Sildara tenía ahora delante una bolsa de cuero y sacaba de ella otras más pequeñas examinando atentamente los cordeles que las ataban. Abrió una. Echó parte del contenido en la palma de su mano y lo olió. Sonriendo, le pasó el montoncito a Dilmala, que lo echó dentro de la olla. Inmediatamente, salió una nubecilla de vapor cuyo olor no era nada agradable.

—No hace falta que vigiles tan atentamente ¿sabes?— Sildara le dijo en tono jocosos. —Sé muy bien qué hierbas usar para curarte esas heridas. Soy sanadora desde hace muchos años.—

—Yaluc no confía en nosotras. Ya has oído lo que dijo antes. En la ciudad se cuentan toda clase de historias sobre nosotras, a cada cual más horripilante ¿No es así, Yaluc?— Dilmala se dirigió a él en su tono más ácido. Yaluc sintió cómo empezaba a ruborizarse. —Como ésa que dice que secuestramos a varones sanos para procrear con ellos, y luego los asesinamos tras terribles torturas. Pero, por desgracia, tú no nos sirves para eso ¿Qué crees que haremos contigo, eh?— Yaluc agradeció la

escasa luz porque las mejillas le ardían. Ésos y aún peores pensamientos le habían venido a la mente. Miraba a una y otra mujer sin saber qué decir.

—Tú no creerás de verdad esas historias ¿No? Dices que vienes de parte de Ris. Él nos conoce.— Sildara hablaba en tono maternal.

—Sí...— Yaluc consiguió recuperar su voz. —Él dice que no son verdad, pero...—

—Pero ¿qué?— Seguía siendo un tono maternal, pero ahora más exigente.

—¿Por qué no hay varones entre vosotras?— Preguntó tímidamente. Sildara y Dilmala se miraron y luego le miraron a él. Fue la más joven la que habló.

—Tenemos nuestros motivos. Aunque no me sorprende que creas esas patrañas. Todos los valate nos odian.—

—Yo no soy uno de ellos.— Yaluc se apresuró a responder, recordando tantas burlas y humillaciones recibidas por ser sólo un huérfano de padre desconocido.

—¿De verdad? ¿Con ese pelo rojo y esa piel tan pálida?— Dilmala preguntó con sincera sorpresa. La conversación se vio interrumpida por la súbita entrada en la choza de una niña de unos 10 años.

—Sildara. Acaba de llegar al campamento un enviado de Zesera. Dice que la Hija Mayor estará aquí antes del anochecer.— Sildara y Dilmala volvieron a mirar a Yaluc. La mujer dijo burlona.

—En verdad que debes de ser un chico afortunado, Yaluc el acólito.—

Abrió los ojos algo desorientado, pero enseguida recordó dónde estaba. Se encontraba en una choza en lo profundo del bosque a merced de las Hijas de Prakhana. Se sentó y miró a su alrededor. Los candiles se habían apagado y el fuego también. Apenas entraba un poco de claridad por la puerta de la choza ¿Qué hora sería?

Debía de haberse quedado dormido después de que Sildara le lavara los pies y le aplicara esa pasta de hierbas maloliente, pero que le había proporcionado un alivio casi inmediato. Luego le habían ofrecido agua y un poco de pan y carne seca. Estaba hambriento y exhausto por las horas corriendo por el bosque. Así que no le extrañó haberse dormido. Ahora le parecían ridículos sus temores. Por lo menos hasta ese

momento, las mujeres del bosque no le habían hecho más que bien ¿Pero, dónde estaban?

En la choza, reinaba el silencio, y tampoco se oía el bullicio de la gente fuera. Entonces recordó lo que había dicho aquella niña que entró en la choza. Zesera venía hacia el campamento, y llegaría antes del anochecer. Por la poca luz que entraba por la puerta, Yaluc supuso que ya no le debía de quedar mucho al día para terminar. Tenía que salir al encuentro de aquella a la que llamaban Hija Mayor y entregarle su mensaje. Miró a su alrededor, y no encontró sus sandalias. No tenía costumbre de caminar descalzo, pero sus pies estaban aún envueltos en las tiras que le había colocado Sildara, y ya apenas le dolían. Tendría que bastar.

Mientras se ponía en pie con cuidado, oyó algo que nunca habría esperado en ese momento y lugar. Alguien cantaba. Era una mujer, y poseía la más hermosa voz que Yaluc hubiera escuchado jamás. No entendía las palabras, y la melodía no se parecía a los cánticos de los sacerdotes, que era casi la única música que conocía, pero transmitía una extraña melancolía. Muerto de curiosidad, salió de la choza para llevarse una nueva sorpresa. Quien cantaba no era otra que Dilmala. Estaba sentada sobre una piedra junto a la entrada de la choza, y parecía absorta en la labor que estaba haciendo. Entonces Yaluc vio que dicha labor era reparar y limpiar sus sandalias.

—¿Piensas seguir espiándome ahí toda la noche?— Ella preguntó en su tono burlón habitual, sin levantar la vista de su trabajo.

—N-no te espiaba. Es que no quería interrumpir tu canción.— Yaluc dijo, tímido. Ella le miró. Ya no tenía la cara pintada, una cara bastante agradable de mirar, Yaluc pensó, y que se hizo más agradable aún, cuando su expresión se suavizó hasta casi sonreír. —Cantas muy bien, y tienes una bonita voz.— Añadió envalentonado.

—He hecho lo que he podido, pero estas sandalias no te durarán mucho más.— Dilmala dijo, como si él no acabara de decirle un cumplido, tendiéndole las sandalias.

—Gracias.— Yaluc dijo apenas levantando la voz, y notando que se ruborizaba de nuevo. —No tenías por qué arreglarlas. Ya lo habría hecho yo. En el templo nos ocupamos de todas nuestras necesidades.— Se sentó en el suelo junto a ella, y empezó a liberar sus pies de las tiras vegetales. Tenían mucho mejor aspecto que cuando llegó a mediodía.

Acababa de atarse la segunda sandalia, cuando la paz del claro se quebró. Por el lado contrario al que él había entrado en la aldea, llegaba un gran grupo de gente. Detrás de las niñas pequeñas que corrían alegres, Yaluc vio de nuevo en ese día algo insólito. Cuatro jóvenes altos y fuertes traían sobre unas andas muy parecidas a las que los sacerdotes utilizaban para llevar las imágenes sagradas de los dioses en procesión, a una corpulenta mujer. Iba majestuosamente sentada sobre un trono de madera. Su vestido era parecido al de Sildara, a la cual, ahora vio caminando junto a las andas. Su cara no estaba pintada, aunque en el centro de la frente llevaba un complicado tatuaje. Su cuello, brazos y tobillos también estaban cubiertos de collares y brazaletes. De sus orejas, colgaban pendientes, y su cabello estaba cubierto con una tela del mismo azul brillante que el vestido, enrollada alrededor de su cabeza. Toda ella irradiaba majestad. Yaluc no tuvo dudas de que se encontraba ante Zesera.

Todo el grupo se detuvo en medio del claro, y los jóvenes portadores dejaron suavemente la silla con la mujer en el suelo. Yaluc se dio cuenta entonces de que, a parte de los portadores, venían otros hombres en el grupo, todos jóvenes. Uno de ellos junto a Sildara, ayudó a la Hija Mayor a ponerse en pie. No debía de ser fácil moverse para alguien con ese tamaño. Una vez en pie, la mujer se libró de sus asistentes, y comenzó a caminar, apoyándose pesadamente en un bastón. Sildara caminó delante de ella, y se colocó junto a Yaluc.

—Como siempre, es una gran alegría para nosotras recibirte, hermana Zesera. Y en esta ocasión, además, tu visita es especialmente oportuna.— Sildara comenzó a hablar.

—Si estoy aquí, es porque es dónde debo estar.— La mujerona la interrumpió. Su voz sonaba sorprendentemente dulce. Yaluc se sintió inmediatamente cómodo en su presencia. —Me encontraba de camino a las aldeas del Valle de los Pinos, cuando sentí que debía venir aquí. Y, si no me equivoco, no hay tiempo que perder con buenos modales.—

—Así es.— Dijo Sildara en absoluto sorprendida por las palabras de la mujer, al contrario que Yaluc. —Éste es Yaluc, acólito de Ris el Venerable. Viene de la ciudad, y trae un mensaje para ti.—

—Bien, veamos ese mensaje. Ven conmigo, joven Yaluc.— Zesera dijo, y empezó a caminar hacia una esquina apartada del claro. Yaluc la siguió agradeciendo que nadie más lo hiciera. La mujer se movía ahora con sorprendente agilidad. Se sentó pesadamente sobre el tocón de un árbol que parecía cortado a la altura adecuada para servirle de asiento.

Tal vez así era, pensó. Era obvio el gran respeto que infundía esta mujer en el pueblo loggi. Yaluc sacó el rollo que había llevado todo el día cuidadosamente prendido bajo su túnica y se lo entregó.

—Ris el Venerable me encargó muy específicamente que sólo debía entregártelo a ti. Fue justo antes de que llegaran los Hombres del Rey y se lo llevaran ¿Tú sabes por qué se llevaron a Ris?— Yaluc preguntó, dejando ver su sorpresa e inquietud por los acontecimientos vividos. Ella le miró un momento con sus hermosos ojos casi negros.

—¿Los Hombres del Rey han prendido a Ris?— Preguntó sorprendida. Luego su expresión se volvió preocupada. —Es peor de lo que suponía.— Murmuró como para sí misma y se concentró en el cilindro de cuero.

Sorprendido, Yaluc vio que cuando Zesera abrió la funda de cuero, en su interior no había un rollo sino dos. Ella los extendió con cuidado. Aún había suficiente luz, aunque el sol ya se había ocultado. Leyó en silencio. Luego, le pidió que la ayudara a ponerse de nuevo en pie. Yaluc dejó que se apoyara en su hombro y en el bastón. Y una vez erguida, le entregó el otro pergamino.

—Léelo con atención, y no dudes de lo que leas. Yo no tengo tiempo que perder.— Le dijo en tono serio. Luego, su rostro se dulcificó. Le pasó la mano afectuosamente por el pelo y la mejilla, lo que sorprendió a Yaluc. Aunque no tanto como sus palabras antes de comenzar a caminar hacia la gente. —Vas a tener que ser muy valiente. Todos vamos a tener que serlo.— Se quedó anonadado por un momento mirando cómo se alejaba con su paso pausado. Hasta que recordó el pergamino, y se dispuso a leerlo.

Sólo Sildara y Dilmala estaban junto a la choza de la jefa esperando a Zesera. Mientras la Hija Mayor hablaba con Yaluc, Sildara había organizado a la gente, tanto a sus hermanas como a los visitantes, y ya todos estaban repartidos en las diversas chozas disponiéndose a cenar. Cuando Zesera llegó a su altura, las dos mujeres mayores se miraron. Sildara habló.

—En cuanto tú y Yaluc entréis, Dilmala y yo estaremos encantadas de compartir nuestra cena con vosotros.—

—Yo no me puedo quedar. He de partir de inmediato hacia la ciudad. Te agradeceré un poco de agua. Eso dará tiempo a mis porteadores a tomar un bocado antes de salir.—

—¿Tan urgente es que te ves forzada a viajar de noche, sin tan siquiera tomar un descanso?— Sildara preguntó.

—Lo es. Y, en cuanto al joven Yaluc, por desgracia no puedo quedarme a su lado. Y va a necesitar mucho más que comida.— Las tres miraron ahora hacia el árbol cortado. Yaluc se había dejado caer junto a él, y permanecía sentado con la mirada perdida y el pergamino aún en la mano.

—¿Es lo que imagino?— Preguntó Sildara. Zesera asintió. —De modo que es verdad... Y él no sabía nada. Pobre chico.— De pronto, pareció darse cuenta de que Dilmala estaba a su lado. La miró azorada, pero la chica se apresuró a aliviar su temor.

—Puede que yo aún no sea una de las hermanas mayores, pero tengo oídos. Sé quién es Yaluc. Y aunque no lo hubiera sabido, no me habría costado reconocerle. Aunque el pobre desdichado no parecía saber quién es su padre. No debe de haber visto nunca su imagen reflejada ni siquiera en un charco de agua.—

—Dilmala. No creo tener que decirte que sigue siendo un secreto.— Sildara dijo, aún algo nerviosa. No quería quedar como una negligente delante de Zesera.

—Estoy segura de que Dilmala es digna de confianza.— Dijo Zesera. —Y también confío en ti y en que sabrás ayudar a Yaluc. No puede volver a la ciudad. Así que va a necesitar dónde vivir. Te ocuparás de ello ¿verdad?—

—Yo lo haré, si te parece bien.— Dilmala dijo sorprendiendo a las mujeres y a sí misma. —Mi hermana Jaduma y su compañero te están muy agradecidos por salvar la vida de su pequeño. Acogerán encantados a Yaluc por ti. Él puede ayudarles en su trabajo, y estará seguro y bien lejos de cualquier valate.— Zesera sonrió a la joven.

—Me parece una gran idea. Pero tu familia ha de comprometerse a mantener el secreto de la identidad de Yaluc hasta que sea lo bastante mayor como para defenderse por sí mismo.— Dijo.

—Tienes mi palabra.—

—Sigo pensando que tu lugar está junto a mí, joven Dilmala. Pero, ya sé. No te presionaré. Sólo espero que no dejes de pensar en ello.

Ahora, por favor, me gustaría un poco de agua y sentarme un momento.
La noche va a ser larga.—

3:

Traición y muerte en el Palacio de las Nubes

Al entrar en la gran alcoba real, Nará Damoy aún le daba vueltas en la cabeza a lo que su madre le acababa de decir. No le extrañaba la hostilidad de la reina hacia los hijos de la anterior esposa del rey, había sido testigo de ella toda su vida; sin embargo, sí le sorprendía su virulencia. Para ella, era simplemente cruel privar a unos hijos de despedirse de su padre moribundo, y le costaba creer que su propia madre, a la que tanto amaba y respetaba, hiciera tal cosa.

Se acercó con aprensión a la cabecera de la cama. El rey yacía inmóvil y con los ojos cerrados. Su respiración era pesada y laboriosa. Nará le tocó la frente con suavidad, y se inclinó sobre el enfermo.

—¿Padre?— Preguntó en un susurro junto a su cara. —Soy Nará, tu Nará ¿Puedes oírme? No has de tener miedo del viaje que estás a punto de emprender. Has honrado a los antepasados, y ellos te guiarán por ese mundo que es el suyo.— Se quedó callada y esperó un largo momento. Pero nada ocurrió. Sintió la mano de su madre en el hombro y se volvió a mirarla. En el rostro de la reina había una expresión de ternura de la que sólo sus hijos habían sido alguna vez testigos. Con un gesto, le indicó que salieran.

—Bien. Ya has comprobado que se halla más en el mundo de los espíritus que en éste.— Garpa dijo, una vez estuvieron de nuevo en la antecámara. —Por eso, hemos de darnos prisa. Es imprescindible que el testamento sea cambiado en favor de Andamar, que es a quien le corresponde legítimamente la sucesión.— Nará miró a su madre. Su determinación era famosa. Sabía que nada que ella dijera podría hacerla desistir de su plan de cambiar la voluntad del rey expresada en su testamento, que además era lo que mandaba la ley. Sin embargo, era muy consciente de que esta maniobra traería graves consecuencias. Qué hacer ¿Debía intentar disuadir a su madre a pesar de todo para evitar esas consecuencias o debía mostrar su lealtad hacia ella apoyándola en su locura? No era una decisión fácil: hacer lo que está bien frente a apoyar a su madre y reina. En cambio, dijo:

—¿Cómo piensas conseguir ese cambio en el testamento?—

—De un momento a otro, traerán al sumo sacerdote ante mí. Hace dos noches conseguí impedir que viera al rey. Si hubiera visto lo grave que está, mantener el secreto habría sido imposible. Sé que él no cederá

fácilmente. Siempre fue un fiel consejero del rey y muy escrupuloso en cuanto a cumplir las leyes. Pero también es un frágil anciano. Si ya no puede hablar con el rey, y Andamar está aquí, mientras Domusal está lejos, ya no le resultará tan fácil resistirse a validar el nuevo testamento nombrando sucesor a Andamar. Por eso, hice ir a buscar al Venerable esta madrugada, porque tu hermano ya no tardará en llegar.—

—Si te he entendido bien, has hecho llamar a Andamar, igual que a mí, para que venga rápido. Pero madre, sin duda, tú sabes mejor que nadie que por estos días, Andamar y su familia estarán reunidos con la familia de Domusal en la Heredad del Sur, pasando los días previos a las festividades, como es su costumbre ¿Cómo piensas conseguir que Andamar se escabulla de la reunión sin que los demás se enteren?— Nará preguntó escéptica.

Era cierto. Ya hacía incontables generaciones, la familia real solía reunirse los días previos a las festividades de La Llegada. Normalmente, lo hacían en alguna de las inmensas heredades que los Damoy poseían, para pasar unos días de descanso y asueto. Una de las actividades favoritas de los varones Damoy era la caza, sobre todo, de fieras salvajes. El propio rey habría estado allí si no fuera por su grave enfermedad, y Garpa había tenido que ingeniárselas para que nadie sospechara de la gravedad de su estado, afirmando que los médicos le habían recomendado descanso después de su enfriamiento del invierno. Por fortuna para ella, todos parecían haber aceptado sus explicaciones sin más.

—No te preocupes, querida. He pensado en todo. Naturalmente, un enviado real despertaría sospechas. Por eso, hace dos días, la buena Dete se puso en camino hacia allí con un encargo muy especial de mi parte.— Dijo la reina, con evidente satisfacción. Dete era ya una anciana de más de 65 años. Había sido aya y dama de compañía de Garpa desde su infancia y después, de sus hijos. Era muy querida por toda la familia, y la persona menos sospechosa que podía haber. —He sabido que mi querido nieto Naadur ha matado su primer león. Así que a nadie le extrañará que le envíe un regalo de felicitación por medio de Dete. Ella, a su vez, entregará discretamente mi mensaje a Andamar. Si se puso en camino de inmediato, como supongo, estará a punto de llegar.—

—Parece que sí has pensado en todo. Pero siento compasión de la pobre Dete. Sin duda sus viejos huesos habrán de protestar por tan largo viaje.— Nará dijo con ternura. En ese momento, llamaron a la puerta, y el

centinela abrió dejando pasar a Voro seguido de Ris flanqueado por dos fornidos guardias de palacio.

—¡Oh, por los dioses!— Garpa exclamó. —Los guardias no son necesarios. Estoy segura de que el Venerable nunca rehusaría presentarse en la antecámara real.—

—Así es, mi reina.— Dijo el anciano, con una voz sorprendentemente firme. —No creo que, a estas alturas, se pueda poner en duda mi lealtad al rey.— A un gesto de la reina, los guardias se retiraron, pero Voro se quedó.

—Nadie osaría hacerlo.— Garpa dijo, solemne. —Espero que hayas sido tratado con el merecido respeto.—

—Mi humilde persona no es importante. Como ya dije cuando vine la otra noche, hay asuntos sumamente graves que he de tratar con el rey sin demora. Son de vital importancia para el reino.—

—En una cosa tienes razón Venerable Ris, no tenemos tiempo que perder. Te he hecho venir porque eres el único capaz de aconsejar al rey, y que él atienda tus consejos. Lamentablemente, mi esposo ya no se encuentra en condiciones de recibirlos.— El anciano se la quedó mirando perplejo durante unos segundos. Sin embargo, no tardó en atar cabos.

—¿El rey ha muerto? ¿Por eso no me permitisteis acceder a él cuando vine hace dos días?—

—Aún no ha muerto, pero no le queda mucho. Si acaso, horas. Tú eres el sumo sacerdote de Nin y Primer Consejero. Nadie pondrá en duda ningún documento que tú avales como salido del propio rey.—

—Exijo ver a Belcentes.— El anciano dijo, encarándose con la reina. Ella asintió y, en silencio, le guio hacia la alcoba real. Nará no pudo evitar sentirse conmovida al verle salir al poco con el rostro desencajado. Para sorpresa de los presentes, Garpa tomó al frágil anciano del brazo, le hizo sentar, y ella misma le sirvió agua de una jarra de plata. —Creo tener una idea de qué documento hablas.— Ris habló ahora con voz cansada. Garpa simplemente cogió un rollo de pergamino de la misma mesa donde estaba la jarra, y se lo entregó al sacerdote.

—Si tú avalas éste como el verdadero testamento del rey, todos lo acatarán.— Dijo la reina.

—Pero yo sé, igual que tú sabes, que éste no es el testamento verdadero. El rey nombró ya hace años a Domusal como su sucesor, y el príncipe ha sido aceptado como tal por el Gran Consejo de los Reinos.— Garpa arrebató airada el documento a Ris.

—Todo el mundo, incluido el Gran Consejo de los Reinos acatará este testamento si tú lo avalas. Es lo que el príncipe Andamar y yo esperamos que hagas.—

—No podéis obligarme a ir contra la ley y la voluntad del soberano legítimo, que aún lo es. Nadie puede saltarse la ley, ni siquiera la reina. Yo me encargaré de...— El anciano sacerdote iba refunfuñando, mientras se levantaba y se encaminaba hacia la puerta con sorprendente rapidez y agilidad. Ya la atravesaba cuando se interrumpió de pronto. Delante de él, se encontraba Andamar sudoroso y cubierto de polvo del camino. Tras él, venía el sacerdote Palas. —¿Qué haces tú en palacio? Deberías estar ocupándote de mis tareas en el templo en mi ausencia.— Ris dijo, dirigiéndose al otro sacerdote con autoridad. Sin embargo, Palas no agachó la cabeza humildemente como sería lo normal ante una reprimenda de su superior. En cambio, miró de reojo a la reina con una media sonrisa, y respondió al anciano.

—Muy pronto, si es que no ha ocurrido ya, Belcentes el Justo se reunirá con sus nobles ancestros. Tengo fundadas razones para creer que, con su vida, acabará también tu leal e impagable servicio a la corona, Venerable. Me hallaba en la azotea del templo, cuando vi acercarse al muy noble príncipe Andamar, cabalgando, y supe que mi lugar estaba aquí.— Garpa no estaba en absoluto complacida con la conducta del sacerdote. Ni siquiera hacía el menor esfuerzo por ocultar su ambición. Pero, lamentablemente, ella sabía que su autoridad e influencia en el templo eran casi tan grandes como las del Venerable, y, por tanto, le necesitaba.

Por su parte, Andamar parecía completamente desconcertado. Con un ágil movimiento de la mano derecha, se desprendió del polvoriento manto de montar, y avanzó hacia su madre. Ella le sonrió. Él parecía a punto de preguntar algo, pero entonces, Nará se adelantó y abrazó a su hermano.

—Nará ¿No es pronto para que estés ya en palacio?— Preguntó, y sin salir de su asombro, miró a su madre. —¿Qué significa todo esto, madre? He cabalgado sin descanso desde la pasada medianoche a causa de tu mensaje, y me encuentro a los sacerdotes en medio de una discusión sin sentido ¿Le ha ocurrido algo a mi padre?— Garpa se acercó a Andamar y le tomó las manos como había hecho antes con su hija.

—Tu padre puede que ya esté caminando junto a los antepasados. Por eso, te he hecho venir. Es imprescindible que seas nombrado su

sucesor antes de que la noticia se haga pública.— Andamar se quedó mirando a su madre. Así que, lo había hecho. Durante toda su vida le había inculcado la idea de la tremenda injusticia que suponía que el siguiente rey fuera Domusal en vez de él. Sin embargo, Andamar siempre había creído que sólo era el orgullo herido de una esposa menospreciada, y que no tendría mayores consecuencias que soportar las protestas de su madre con paciencia, cuando la sucesión se produjera. Al parecer, las cosas no iban a resultar tan sencillas.

Suspiró cansado, y se sirvió un generoso vaso de agua fresca. Él nunca había ambicionado el trono. Es más, siempre se había sentido feliz de no ser el sucesor. No sólo porque apreciaba sinceramente a su hermanastro y sabía que estaba perfectamente preparado para ser rey, sino, sobre todo, porque él sólo anhelaba seguir con su tranquila vida. Andamar amaba los libros. Naturalmente, había recibido instrucción militar como todo varón valate, y mucho más un príncipe. Pero no se le daba demasiado bien ninguna de esas disciplinas, ni tampoco le gustaban.

Él prefería con mucho las palabras antes que las armas. Por desgracia, Los valate eran guerreros. La guerra, desde el principio, había sido su razón de ser. Como príncipe segundón, esto no sería un gran problema para él. Domusal, incluso, le había insinuado que le nombraría Primer Consejero para beneficiarse de su gran sabiduría. Pero al parecer, iba a tener que dejar de ser el —príncipe estudioso— para ser el rey ¿Por qué no podía conformarse su madre con las cosas tal como estaban?

—Madre ¿dónde está mi padre?— Preguntó muy serio. Ella le indicó la puerta de la alcoba real. Andamar entró, seguido de su madre. Iba a decirle que no entrara, que deseaba hablar a solas con el rey. Pero tuvo un terrible presentimiento en cuanto cruzó la puerta. Se acercó a la cabecera de la gran cama sabiendo lo que se iba a encontrar. El rey ya no respiraba. —¡Padre!— Exclamó en un susurro ahogado y apoyó la cabeza en el pecho del fallecido.

Garpa también se acercó en silencio. Con delicadeza, cerró los ojos del hombre al que tanto había amado y le besó en la frente. Luego, tocó el hombro de su hijo. Él alzó la mirada. Su cara estaba bañada en lágrimas. Garpa sintió una punzada de remordimiento por interrumpir su duelo, pero se recuperó enseguida. No había tiempo que perder. Tenía aún en la mano el rollo que había arrebatado al Venerable.

—Todos podremos llorar la muerte del rey más adelante. Pero ahora, tenemos que actuar.—

—Lo que debemos hacer es avisar a la familia, y anunciar la fatal noticia a todos los súbditos de Kynán y al Gran Consejo de los Reinos.—

—No. Escúchame, Andamar, hijo mío. Si hacemos eso, Domusal será el rey. Pero todavía sólo tú y yo lo sabemos. Tú puedes aún ser el rey.—

—Sé que piensas que así debería ser, madre. Pero es una locura. Incluso aunque no fuera contra la ley y las disposiciones de mi padre, Domusal nunca se conformaría con ser apartado del trono. Además, ya no es posible que padre cambie su testamento.—

—Sí lo es. Pero necesito estar segura de que cuento con tu lealtad.— Andamar se irguió en toda su imponente estatura y miró a su madre con gesto solemne. Ya no había rastro de lágrimas.

—Ya sé que te he decepcionado al no mostrarme lo suficientemente ambicioso para tu gusto, que todos pensáis que no tengo carácter. Pero tú también me enseñaste el significado de nuestro linaje, lo importante que es la familia. Por encima de todo, madre, está mi lealtad a esos valores. Puedes estar segura de que nunca los traicionaré.—

Mientras, en la antecámara, pasada la primera sorpresa, Ris volvió a encaminarse hacia la puerta. Ya empezaba a estar bastante seguro de que se hallaba en medio de una conspiración, y que tampoco podía confiar en Voro, ya que el mayordomo de palacio no había mostrado ninguna sorpresa al oír el estado del rey. Sin embargo, tenía que hacerlo público. Era la única manera de cumplir la ley. Estaba seguro de que lo que había presenciado un par de noches atrás era una señal. Su opinión era que se trataba de la primera señal de lo que su antecesor contemplara siglos atrás en aquella terrible visión de la que había dejado constancia en los escritos del templo.

La tormenta derribando gran parte del templo y el rayo decapitando la estatua de Nin sólo podían estar anunciando el fin de la hegemonía de Nin, y, por tanto, también el fin de los valate como los primeros y más poderosos entre las naciones. Muchos años antes, siendo él ya sumo sacerdote, había conocido a una joven excepcional. Era Zesera del pueblo loggi. Juntos descubrieron que había una manera de evitar el funesto destino de sus respectivos pueblos. Por eso, tras ver las señales, la había hecho llamar. Su intención había sido convencer entre los dos al

buen rey Belcentes de que algunos cambios eran necesarios para evitar lo peor.

Tal parecía que no les iba a ser posible hablar con el rey. Sin embargo, aún no estaba todo perdido, pues confiaba en que Domusal se mostraría por lo menos tan razonable como su padre. Pero lo que le había dicho la reina, y la presencia del príncipe Andamar en las estancias reales le hacían sospechar que se pretendía robar el trono a su legítimo dueño. Tenía que hacer público el estado del rey y avisar al heredero antes de que fuera tarde. Se dirigía a la cancillería real. De momento, él seguía siendo Primer Consejero y podía hacer circular un comunicado en nombre del rey.

Iba tan ensimismado en la urgencia de lo que debería hacer, que no se había parado a pensar en lo extraño que era que no le hubieran impedido salir de la antecámara del rey. Pero no tardó en toparse con la realidad. Apenas había avanzado por el largo corredor, cuando aparecieron delante de él dos jóvenes sacerdotes, que sabía bien, eran fieles seguidores de Palas. No se resistió. No habría servido de nada, y, en cambio, si conservaba la integridad física y la calma espiritual, tal vez aún pudiera convencer a la reina y al príncipe Andamar de hacer lo correcto.

De modo que dio media vuelta, como le indicaban los sacerdotes, y los tres se encaminaron de nuevo a los aposentos reales. Se consoló pensando que al menos, había conseguido poner a salvo al joven Yaluc. Esperaba que hiciera caso de sus indicaciones y se mantuviera lejos de Taros el mayor tiempo posible. Se preguntaba cómo se encontraría el muchacho tras recibir la sorprendente revelación de su origen. Siempre había creído que él personalmente le haría esta revelación cuando alcanzara la edad suficiente para que una imprudencia infantil no le pusiera en peligro. Pero las cosas no habían salido como él esperaba.

Los lacayos de palacio ya estaban encendiendo las innumerables luces que iluminarían los corredores y estancias. Al pasar junto a una ventana, Ris vio que el sol ya se ocultaba hundiéndose en el mar, justo detrás de la isla de Las Doncellas. Siempre le había inundado de reverente admiración ver cumplirse un día más el ciclo. Y, aunque no se hallase contemplándolo serenamente desde la azotea del templo, como cada anochecer, comenzó a recitar en voz baja la ancestral letanía suplicando al inmenso mar y los horribles monstruos que en él habitaban que permitiesen el regreso del sol una vez más a la mañana siguiente. Tenía, además, el extraño presentimiento de que él podría no ser testigo de ese feliz regreso. Sorprendido, oyó cómo los dos jóvenes sacerdotes se le unían. Tal vez no estaba todo perdido.

Cuando volvieron a entrar en la antecámara, en ella, estaban sólo Palas y la Primera Doncella. A muchos aún después de tantos años, todavía les resultaba difícil no llamarla princesa Nará. Ris jamás había cometido ese error. Se alegró. Ella era una mujer inteligente y sensata, que gozaba de merecida autoridad moral, y, lo mejor, le estaba agradecida. Ris pensó que muy bien podría convertirla en su aliada para tratar con la reina y el príncipe. Ris la había apoyado en contra de la opinión de la reina, en su deseo de convertirse en doncella de la luna, y Nará no lo había olvidado. Antes de que Ris pudiera pensar en cómo abordarla, Palas habló.

—Me alegra ver que te muestras razonable. Lamentaría ver que se pierda el respeto por el Venerable Ris.— El anciano nunca había confiado del todo en Palas. No le creía lo suficientemente entregado a su sagrada labor. Ahora comprobaba también, su falsedad y doblez. —La reina y el príncipe se encuentran en la alcoba real. Voro ha ido a ordenar que nos traigan un pequeño refrigerio. Algo me dice que vamos a estar aquí reunidos bastantes horas.—

Los ojos color aguamarina de Nará se encontraron con los grisáceos del Venerable. El intercambio de miradas fue elocuente. Estaba claro que el anciano sacerdote deseaba hablar con ella, pero era evidente que no confiaba en Palas. A ella, tampoco le había gustado nunca el sacerdote más joven. Su instinto le decía que no era lo suficientemente espiritual ni estaba lo suficientemente comprometido con su labor en el templo. Y su actitud esa tarde le daba la razón. Estaba claro que Palas no veía el momento de ocupar el lugar de Ris, cosa que parecía muy seguro de conseguir.

Nará sentía un gran respeto y profundo agradecimiento por el Venerable. Nunca olvidaría que él convenció a su madre de que le permitiera recluirse en el Santuario de la Luna, abandonando por completo su vida de princesa. Y no había sido porque Nará se negara a cumplir las obligaciones de su elevado rango. El motivo era que simplemente anhelaba la paz espiritual y el silencio en oposición al bullicio y ajetreo de la corte. Desde muy niña, al mismo tiempo que era educada como princesa valate, había sentido con fuerza creciente en su interior que ésa no era su vida ni su mundo.

Por suerte para ella, los tiempos eran buenos. Nadie osaba discutir la hegemonía de los valate sobre las demás naciones, y, por tanto, las alianzas políticas no eran tan necesarias como en otras épocas. Como

princesa valate, sólo aquellos con título de príncipe o, al menos de los más elevados linajes, podían aspirar a desposarse con ella. Por tanto, con bastante seguridad habría acabado teniendo que vivir en algún reino extranjero. Su suerte era que Nará era con mucho la favorita de su padre, incluso por delante del heredero Domusal o el resto de los hijos de su adorada Heusa. Belcentes no soportaba la idea de tener que enviarla lejos. Por eso, aceptó encantado su deseo de ser doncella de la luna. Así, aunque no la viera tan a menudo como a él le gustaría, al menos la tendría cerca.

Sintió que la melancolía la invadía de nuevo al pensar en su padre, tan próximo a abandonar el mundo de los vivos. Volvió a mirar a los dos hombres que la acompañaban en aquella habitación. La oscuridad en el exterior era ya casi total, y eso hacía más brillante la luz de las velas repartidas por la estancia. No se le ocurría cómo hacer que Palas abandonara la habitación. Así que tomó una decisión. Poniéndose en pie, dijo:

—Venerable Ris, como ha quedado claro, mi padre se encuentra en una situación en extremo delicada. Por tanto, me atrevo a asegurar que se habrán de hacer modificaciones en las festividades próximas. Como las máximas autoridades espirituales de Kynán, creo que tú y yo debemos discutirlos. Vayamos al gabinete privado de la reina. Estoy segura de que Palas excusará nuestra marcha.— Palas, naturalmente, se dio cuenta de que querían librarse de él. Pero de momento, no tenía autoridad para impedirlo. De modo, que asintió, y contempló cómo ambos pasaban a una sala contigua cerrando la puerta tras de sí.

En la alcoba real, Andamar contempló asombrado cómo su madre colocaba amorosamente las manos del difunto rey sobre su pecho, y, a continuación, sacaba el anillo con el sello real del dedo ya frío.

—Es el momento de que demuestres la lealtad debida a tu sangre y tu linaje.— Dijo, mientras caminaba hacia una mesa situada cerca de la cama. Andamar tuvo el fugaz pensamiento de que el mueble debía de haber sido llevado allí debido a la grave enfermedad del rey, y sintió encogerse el corazón al darse cuenta de cómo la verdad les había sido ocultada a todos, incluida la familia. La reina acercó una vela para calentar la cera. Luego vertió un poco sobre el rollo de pergamino que sostenía, y aplicó el sello real. Mostrándole el documento, añadió. —Sólo tú y yo sabemos que el rey Belcentes ya estaba muerto cuando entraste.

Saldremos a la antecámara, y diremos que, en el último momento, tu padre recuperó la conciencia, y se dio cuenta de su anterior error, cambiando su testamento en tu favor. Nadie osará poner en duda tu palabra. Eres Andamar Damoy, y ahora, tú eres el rey.—

Nará se sentó en una ornamentada silla e indicó a Ris que podía sentarse también. En esos momentos, su corazón estaba dividido. Desde niña había sentido gran respeto por el sumo sacerdote, que siempre se mostró gentil y paciente con ella, respondiendo a sus incesantes preguntas, y permitiendo a la princesita asistir a las lecciones en el templo a pesar de ser mujer. Luego, su firme apoyo frente a la reina, no hizo más que convertir el respeto en sincero afecto. Ahora, le miraba tan frágil y anciano sentado frente a ella, y sabía que estaba a punto de causarle un gran disgusto. Pero ella, por mucho que se hubiera entregado a la vida espiritual, seguía siendo Nará Damoy, hija de Garpa Gormaron, por tanto, heredera de los más elevados linajes de los valate. No tenía derecho a olvidar qué sangre corría por sus venas, ni a traicionarla.

—Mi señora Nará...— Ris se atrevió a decir, viendo que ella no hablaba aún. —Apelo a tu compromiso como Primera Doncella de la Luna, con la nación valate y el reino de Kynán. Hemos de poner fin a la locura de la reina de arrebatarse el trono a su legítimo dueño. Si me acompañas a hablar al rey...—

—Venerable Ris.— Le interrumpió ella. —Si te he hecho entrar aquí es sólo para evitarte una humillación delante de Palas, quien es evidente que no te desea el bien, porque siempre te he respetado y siempre lo haré. Pero lamento tener que decirte que mi lealtad está con mi familia. En este momento, es muy posible que mi amado padre camine ya junto a los antepasados. Si se ha decidido que Andamar le suceda, así habrá de ser.—

—Pero, mi señora, lo que la reina y el príncipe pretenden va contra la ley. Yo vine aquí hace dos días para prevenir al rey de las calamidades que nos acechan. Si el príncipe Andamar es coronado, esas calamidades no sólo no serán evitadas, sino que se sucederán aún más deprisa.— El anciano dijo, visiblemente angustiado.

—Lo que haya de ser, será—.

4:

Profecías

Era ya casi medianoche cuando Zesera se detuvo un momento a contemplar el Palacio de las Nubes desde el pequeño embarcadero. Su viaje había resultado mucho más corto de lo que cabría esperar debido a una coincidencia afortunada. Y, a pesar de llegar mucho antes de lo previsto, sabía que era ya demasiado tarde.

Como le dijera a Sildara antes de partir, su intención había sido viajar durante toda la noche. Y, aun así, le habría tomado hasta la mitad del día siguiente al menos llegar a la ciudad. Aunque ser llevada en andas por cuatro fornidos jóvenes era un modo de viajar bastante más rápido que si hubiera tenido que hacerlo usando sus cansadas y cada vez más torpes piernas, seguía siendo un método demasiado lento. No se le pasaba por la cabeza montar a caballo. Jamás lo había hecho, ni siquiera cuando aún era joven y delgada. Aunque no quisiera reconocerlo, para ella, los caballos seguían siendo criaturas salvajes que la atemorizaban. Y ya hacía mucho tiempo que había desechado la idea de usar un carro tirado por bueyes. Eso estaba bien para los caminos, pero Zesera estaba orgullosa de viajar incluso a los confines más lejanos habitados por el pueblo loggi, como habían hecho sus antecesores durante generaciones, y en la mayoría de aquellos lejanos lugares, no existían caminos.

Pero, afortunadamente, cuando iban a cruzar el Río de las Piedras, encontraron una expedición de campesinos que viajaban hacia la ciudad con la intención de vender su fruta durante las festividades que se aproximaban. Descendían por el río en su balsa cargada de manzanas y otros productos. Resultó que se trataba de una familia que aún respetaba las antiguas tradiciones, y, por tanto, pidieron tener el honor de transportar a la Hija Mayor. Zesera sabía que la mayoría de la gente loggi que decía respetar aún las antiguas tradiciones, en realidad sólo lo hacían por superstición, pues casi nadie recordaba ya el significado real de esas tradiciones, pero aceptó de todos modos para dar un merecido descanso a sus porteadores.

De modo, que había llegado a la ciudad en plena noche. Declinó el amable ofrecimiento de sus compañeros de viaje de pasar el resto de la noche con ellos en el campamento que se disponían a instalar en la Explanada del Mercado. Allí esperarían al amanecer, cuando comenzasen las festividades, y el lugar se llenase de gente a la que vender sus mercancías. Zesera sólo les explicó que asuntos urgentes le impedían quedarse con ellos. Sin embargo, no quiso decirles que

seguramente no iba a haber ninguna festividad. Que descansaran al menos de su viaje antes de desilusionarse.

Nuevamente sentada en su improvisada litera, indicó a los portadores que se dirigieran hacia el palacio, cuya silueta, en lo alto de un risco junto al mar, dominaba toda la ciudad. A pesar de la hora, no tenía duda de poder acceder.

Ascendieron lentamente por la pendiente que iba a dar junto a la muralla baja, la primera que debían atravesar para entrar en el recinto que contenía los más importantes edificios de Taros. Mientras, Zesera recordaba la primera vez que vio aquellas murallas y aquellos imponentes edificios. En aquella ocasión, claro está, no podía imaginar que alguna vez se le permitiría la entrada. Por entonces, ella era sólo una niña de poco más de 6 años, y acompañaba a sus padres y hermanos para un día de mercado no muy diferente del que los viajeros de la balsa esperaban. Entonces había sido cuando descubrió que su destino no estaba en el campo junto a su familia, sino siguiendo los pasos de tantos otros que la habían precedido como Guía de la Gente. También la misma persona que le hizo esta revelación fue la primera que le habló de la historia de su pueblo.

La Gente loggi, como se hacían llamar, había vivido en aquellos valles desde siempre. Según su creencia, la Madre Generosa y Benévola, que era la responsable de todas las criaturas vivas, las había colocado sabiamente en cada lugar. Por ello, los loggi nunca pensaron en abandonar aquellos valles. Su territorio era vasto, rodeado de altas montañas por tres lados, y, con el mar al norte. Esto había mantenido a su pueblo aislado durante generaciones. Sin embargo, a pesar de su aislamiento, la gente loggi era consciente de la existencia de otros humanos más allá de su territorio. Aunque muy pocos los hubieran visto, las historias de encuentros esporádicos con gentes del otro lado de las montañas del sur, e incluso, algunas llegadas a la costa, circulaban por todo el territorio, precisamente divulgadas por los Guías de la Gente, que viajaban de asentamiento en asentamiento, o en las reuniones periódicas de diferentes grupos.

De todas esas historias, a Zesera la que más le impresionó fue la que precisamente contaba cómo había cambiado la vida de su pueblo desde que los valate se instalaron en aquellos valles.

Durante incontables generaciones, los loggi habían vivido sin sobresaltos, en armonía con el resto de criaturas de la Madre. Se consideraban afortunados, pues la Madre Generosa les proporcionaba todo cuánto necesitaban para vivir: abundantes animales para cazar y toda clase de hierbas, raíces y frutos para recolectar. Su territorio estaba

recorrido por caudalosos ríos llenos de peces, e incluso, aunque los loggi no sabían navegar, la orilla del mar también les proveía de alimentos. Por todo ello, la Gente loggi nunca dejaba de dar las gracias a la que es madre de todos, y se lo hacían saber mediante ceremonias, en las que manifestaban su alegría por recibir tantos dones. Los loggi vivían en pequeños grupos familiares, que se movían por el territorio según la estación. Los grupos eran de tamaño variable, y a veces dos o más se juntaban durante ciertos periodos. En general, como el territorio era amplio y los humanos poco numerosos, reinaba la armonía. Todo cambió cuando por el este, llegaron los —gigantes rojos—.

Así es como llamaron en un principio a los valate. Por supuesto, no eran verdaderos gigantes, aunque sí más altos que los loggi, ni todos ellos tenían el pelo rojo. Pero esta última característica llamó mucho la atención de los loggi, de piel tostada y pelo oscuro. Los valate aparecieron un día hacía ya más de 100 generaciones, atravesando las altas montañas del este, causando una enorme impresión en la Gente Loggi, con su exótico aspecto, y, sobre todo, porque iban montados sobre caballos. Ni siquiera esos animales se parecían a los que los loggi conocían, y cazaban, en sus valles. Los de los valate eran bestias formidables mucho más grandes y fuertes.

Y, aunque los valate eran apenas unos centenares, su presencia cambió para siempre la vida de los loggi. Montar a caballo no fue la única novedad que trajeron. Desde un principio, se instalaron junto al mar, aunque no tardaron en apoderarse de todo el territorio loggi. Y apoderarse es la palabra adecuada, pues lo primero que hicieron fue decir que la tierra les pertenecía por derecho de conquista y porque sus dioses así lo aseguraban. Lo siguiente que hicieron fue decir que no sólo la tierra, sino también la gente les pertenecía.

Para los loggi, la conducta de los recién llegados era del todo incomprensible. Para ellos, era absurdo poseer la tierra, y una horrible falta de respeto a la Madre. Pero los valate aún iban más lejos, en vez de tomar agradecidamente los frutos que la Madre da, se los exigían obligatoriamente hiriendo su cuerpo con extraños artefactos de metal. Explicaron a los atónitos loggi que así la tierra les daba alimentos cuando ellos lo querían, y en mucha mayor cantidad. Al principio, los Guías de la Gente intentaron hacer comprender a los valate que esa manera de comportarse acabaría por ofender a la Madre. Pero los valate no conocían ni respetaban a la Madre. Sus dioses, aunque tenían aspecto humano, eran crueles y sanguinarios. En lugar de dar generosamente como la Madre, no dejaban de exigir a los humanos. Los valate servían a sus terribles dioses, y exigieron a los loggi que les sirvieran a ellos de la misma

manera. Los Guías de la Gente intentaron impedirlo, pero los loggi no tenían modo de vencer a los belicosos valate, que no reconocían a la Madre, y así, al final, los loggi dejaron también de creer, no del todo en la Madre, pero sí en los Guías de la Gente.

Los valate construyeron edificios de piedra, algunos más altos que ningún árbol que los loggi jamás hubieran visto. Obligaron a los loggi a cultivar sus campos, cuidar su ganado, y servirles en toda clase de tareas en el campo y en la ciudad, Poco a poco, la Gente Loggi fue abandonando y olvidando sus tradiciones, e incluso, su lengua. Los valate impusieron la suya, así como sus costumbres. La Gente Loggi dejó de moverse libremente por el territorio, y en cambio, fue obligada a vivir en aldeas y ciudades.

Los valate consideraban a la Gente Loggi muy poco por encima de los animales (aunque, desde luego, muy por debajo de sus adorados caballos), pero como eran pocos, pasado un tiempo, algunos valate empezaron a emparejarse con loggi, con lo que no tardó en haber una numerosa población mixta. Estos mestizos constituían la mayor parte de la población de la capital. Esa capital oscura y silenciosa en medio de la noche, que Zesera iba atravesando camino del Palacio de Las Nubes. Suspiró al recordar que tal vez, los esfuerzos que ella y muchos otros habían hecho durante años iban a resultar inútiles.

Ya desde muy temprano, hubo entre la Gente Loggi quienes se resistieron a desaparecer como pueblo ante los más poderosos valate. Surgieron pequeños grupos que procuraban mantener su cultura. Los valate a veces toleraban esos grupos insignificantes para ellos, pero en otras épocas, los perseguían ferozmente, y vuelta a empezar. Así se había conseguido mantener milagrosamente la institución de los Guías de la Gente, de los cuales, Zesera ya estaba casi segura que sería la última. También hacía algunos años habían surgido Las Hijas de Prakhana, que intentaban vivir como lo hicieron sus lejanos antepasados. Por supuesto, algunas costumbres y tradiciones habían perdurado, aunque quienes las practicaban no recordaran su significado. Pero, lamentablemente, eso iba a dejar de tener importancia porque se avecinaba un nuevo tiempo de cambio, como cuando los valate acabaron con la cultura loggi. Ahora era el turno de los propios valate de ser eliminados.

En palacio, reinaba el silencio, aunque sólo los sirvientes y empleados dormían. Los miembros de la familia real que se hallaban dentro permanecían en vela alrededor del lecho del rey difunto.

Unas horas antes, siguiendo las indicaciones de su madre, Andamar había salido del dormitorio de su padre, mostrando el documento con el sello real, mediante el cual, Belcentes le había nombrado su sucesor justo antes de expirar. Excepto Garpa, todos los presentes quedaron anonadados, aunque por diferentes razones.

Nará dudaba bastante de que, tal y como había visto a su padre al llegar, éste se hubiera podido despertar y permanecer lo suficientemente consciente como para sellar aquel documento. Pero, como había dicho al Venerable, ella era ante todo una princesa Damoy. La sangre estaba por encima de todo.

El anciano sacerdote, por su parte, imaginó acertadamente que se había producido algún tipo de fraude. Pero sabía cuál era su posición en esos momentos. Sólo el heredero legítimo habría podido poner las cosas de nuevo en su lugar, pero, por desgracia, se encontraba muy lejos e ignoraba lo ocurrido. Ris era muy consciente de que sus días de influyente consejero real habían pasado. Poco importaba si Zesera había recibido o no su mensaje, porque ya nada se podía hacer.

El sacerdote Palas apenas lograba disimular su satisfacción. Tampoco a él se le escapaba lo que debía de haber ocurrido en la alcoba real. Y ese conocimiento no hacía más que afianzar su posición. El nuevo rey no tendría fuerza para negarle el puesto de Primer Consejero.

Después de hacer aquel anuncio, Andamar se había negado a decir una sola palabra más. Se limitó a tomar la mano de su hermana y volver a entrar con ella al dormitorio real. Comprendiendo lo que su hijo deseaba, Garpa los siguió, no sin antes ordenar que nada debía trascender sobre la muerte del rey hasta que Andamar así lo decidiera. Desde ese momento, la esposa e hijos del difunto habían permanecido junto al lecho, mientras los sacerdotes, incluido Ris entonaban en voz baja letanías destinadas a facilitar que el espíritu de Bélcentes abandonara el mundo de los vivos en paz y sin rencor hacia ninguno de los presentes. En circunstancias normales, el cuerpo del difunto rey habría sido inmediatamente llevado al templo para iniciar las ceremonias fúnebres. Pero nadie se atrevía a contrariar desde tan pronto al nuevo rey.

De pronto, la quietud se vio interrumpida cuando uno de los centinelas de guardia ante la puerta de la antecámara real, entró súbitamente en la alcoba.

—¿Cómo te atreves a entrar aquí sin haber sido llamado? Me encargaré de que seas castigado como mereces.— Palas dijo con tono autoritario. Ris meneó la cabeza ¡Qué poco había tardado en tomar

posesión de su nueva dignidad! Para su sorpresa, la reina habló a continuación no precisamente para darle la razón.

—No sé de dónde sacas que tienes autoridad para castigar a un guardia de palacio... Tú ¿Qué te hace abandonar tu puesto y entrar aquí sin permiso?— Garpa ya no miraba a Palas, por lo que no vio la expresión de rabia, que el sacerdote enseguida logró disimular.

—Mi señora. Jamás habría cometido tal osadía sin motivo. Sólo deseo avisaros de lo que está ocurriendo en palacio.— El hombre dijo, angustiado.

—¿Y qué ocurre?— El guardia tragó saliva y se enderezó.

—Una mujer se empeña en ser recibida por el rey, mi señora.— El guardia evitaba nerviosamente mirar al lecho por temor a ser castigado por su insolencia.

—Una mujer ¿Qué mujer?— Garpa preguntó más sorprendida que indignada por la irrupción.

—Dice llamarse Zesera de la Gente Loggi, y se niega a marcharse de la puerta hasta ser recibida.— Ris puso más atención al oír el nombre de la mujer. La reina parecía realmente desconcertada.

—La puerta. Te refieres a la de la antecámara, por supuesto. Pero ¿cómo es que ha conseguido atravesar la muralla y acceder al recinto de palacio en primer lugar?—

—Mi señora...— El guardia parecía nuevamente angustiado. —Es una de esos que se hacen llamar Guías de la Gente. Muchos empleados de palacio son loggi o están emparentados con ellos, y una mujer como ésa tiene aún una inmensa autoridad. No se atreverían a contrariarla.—

—Está bien.— Garpa dijo. Estaba realmente intrigada por la sorprendente visita. Alguien que tenía tal ascendiente sobre la gente no debía ser pasado por alto. Pero ¿Quién sería esa mujer, y qué vendría a hacer en palacio? —La recibiré en la antecámara. Pero ve y procura que no se siga perturbando la paz del rey.— Mientras el centinela salía, Garpa recorrió la alcoba real con la vista. Andamar permanecía inclinado sobre el lecho, aparentemente, sin haber oído nada. Nará alzó la vista un momento, pero enseguida recuperó su posición idéntica a la de su hermano. Al encontrarse sus ojos con los de Ris, Garpa notó que no había sorpresa y supo que el sacerdote sí sabía lo que significaba esa visita. Le hizo una señal con la cabeza, y ambos salieron a la antecámara.

Aunque hubiera oído muchas veces hablar de esos llamados Guías de la Gente, Garpa se sorprendió mucho ante lo que vio. El aspecto de la

extraña mujer que acababa de entrar en sus dominios con tal facilidad era ciertamente imponente. Para su sorpresa, la mujer no sólo no mostraba la temerosa reverencia que los de su pueblo solían delante de un miembro de la familia real, sino que se permitió apartar los ojos para mirar al anciano que caminaba detrás de la reina.

—No estaba seguro de que recibieras mi mensaje.— Ris dijo a la mujer en un tono de visible alivio.

—Ya antes de que me fuera entregado tu mensaje, supe que debía cambiar mis pasos y dirigirme hacia aquí. La Madre me hizo saber que mi presencia era más pertinente aquí que en las aldeas del Valle de los Pinos.— Garpa no salía de su asombro. Jamás había presenciado tal muestra de insolencia, y que incluso el que había sido sumo sacerdote de Nin hasta esa misma noche participara de ella, la tenía completamente desconcertada.

—Bueno, esto es demasiado ¿Acaso no sabes quién soy, para mostrarte tan insolente?— Exigió saber airada. La robusta mujer la miró entonces sin que se alterase su semblante, y con la misma calma, dijo:

—Sé quién eres. Aunque tú y yo no nos habíamos encontrado antes, he visto tu destino y el de todos nosotros.—

—Así que, eres una de éstas que dicen ver lo que está por venir.— Garpa dijo con desdén. —Y supongo que esperas recibir una sustanciosa recompensa como agradecimiento por decirme un montón de bobadas sin sentido.— Zesera no se amilanó, y Garpa tuvo que reconocer que esos ojos suyos de mirada tan penetrante la hacían sentir bastante incómoda.

—Si he venido hasta aquí, es porque hace muchos años, di mi palabra a Ris de que haría lo posible por cambiar lo que se avecina tanto para mi pueblo como para el tuyo, pero me temo que nada se va a poder cambiar. Como he dicho antes, cuando me dirigía a cumplir con una de mis visitas al pueblo loggi, la Madre me hizo saber que debía emprender otra misión. Me mostró que el tiempo del fin se aproxima, el fin para los loggi y para los valate—

—¿Hablas de la famosa visión del Venerable Orlo? Mi aya Dete nos narraba esa y otras historias de miedo cuando éramos pequeños. No son más que eso, historias para asustar a los niños. Pero ahora, ya soy adulta, no pretenderás asustarme con historias de fuego lloviendo del cielo y todas las demás calamidades que Orlo dejó escritas.—

—Oh, esas cosas ocurrirán, sí. Pero no es eso lo que vengo a decirte... Sí, a ti. Sé que Belcentes se encuentra ya de regreso a la Madre.

Mientras me preparaba para emprender mi camino hasta aquí, la que es madre de todos me ha permitido ver cómo su espíritu abandonaba el mundo de los vivos.—

—Vieja chiflada. Haré que te azoten por decir esas sucias mentiras.— Garpa intentaba sonar amenazadora, pero las palabras de Zesera la habían asustado ¿Cómo podía conocer la muerte del rey? Ris desconocía incluso la gravedad de su estado cuando supuestamente la había hecho llamar ¿Sería cierto que veía cosas?

—Es curioso que me llames vieja. Ambas tenemos la misma edad. Cierto es que a mí no me queda ya mucho para volver también a la Madre. Tú, sin embargo, tendrás una vida larga que te permitirá ver el final que se aproxima. Hace mucho que el pueblo loggi está condenado a desaparecer, ya apenas quedan rastros de lo que fuimos. Pero ahora, se aproxima también el final para los valate.—

—Pero Zesera. Cuando discutíamos estos acontecimientos, quedamos en que habría algún modo de impedirlos. Que juntos podríamos trabajar para conseguirlo.— Ris dijo en tono angustiado.

—Como siempre te dije, mi estimado amigo, la Madre nos envía señales para avisarnos. No podemos impedir que sucedan acontecimientos como los que tu antecesor contempló en su visión, porque no está en nuestras manos controlar a la Madre. Los avisos han de servirnos para saber actuar de la mejor manera posible para nosotros.—

—Entonces, me das la razón. Aún podemos impedir que llegue el final para nuestros pueblos.—

—Lo que he venido a decir es que los acontecimientos no se van a detener, porque esta misma noche, en este palacio, el final de los valate se ha puesto en marcha. Sólo si la reina Garpa y sus hijos renuncian a lo que han planeado, habría aún esperanza, pero no lo harán.— A Garpa ya no le cupo ninguna duda de que aquella extraña mujer debía de ser una bruja. Sin embargo, ella era la reina madre, Andamar era el nuevo rey, y ninguna loca de cara tatuada se iba a interponer en su camino.

—¿Y cómo se supone que va a llegar el fin de los valate?— La voz de Andamar sonó atronadora en la estancia. Nadie se había percatado de que estuviera allí. Garpa se volvió para mirarle, y no pudo evitar el sentimiento de orgullo al verle tan lleno de autoridad. —No hay ningún pueblo más poderoso que nosotros. Por eso, el rey de Kynán es también el Señor del Mundo. Dime, bruja ¿De dónde vendrán, y quiénes serán aquellos que acaben con nuestro poder?— A pesar de todo, Zesera siguió sin alterarse.

—Ningún pueblo extranjero acabará con el poder valate. Aquel que traerá el fin, será uno de los vuestros. Nacerá de tu propia sangre, Garpa.—

—¡Eso es absurdo! Y demuestra que no eres más que una charlatana andrajosa. Nadie con sangre Gormaron traicionaría a la nación Valate. Mi linaje es de los más altos. Todos mis antepasados se cuentan entre los doce clanes fundadores.— Garpa replicó, indignada.

—Y, sin embargo, así será. Uno de tu propia sangre acabará con todo lo que habéis construido. Podrá hacerlo porque ocupará el lugar más alto, será rey de Kynán gracias a vuestra traición de esta noche. Sin saberlo, al cambiar el curso natural de las cosas, habéis propiciado vuestra propia destrucción. Si he venido, es porque me comprometí a hacerlo. Os he avisado. Ya no tengo nada más que hacer aquí.— Zesera comenzó a volverse, apoyándose penosamente en su bastón. Se sentía como si hubiera envejecido una década. Tal vez era porque ya había cumplido la misión para la que fue elegida en su infancia. Garpa se movió deprisa, y se puso delante de ella.

—Espera. No puedes ir por ahí hablando de traiciones, ni esparciendo rumores acerca de nosotros. Andamar es el rey legítimo. Nadie tiene más derecho de sangre que él para ocupar el trono. Deberías ser castigada con la muerte por difamar así a tu rey...— Se interrumpió al ver la mirada de la otra mujer. Era como si la atravesasen esos ojos casi negros que resplandecían a la luz de las velas.

—Como he dicho, mis días no son ya muy numerosos. Pero no moriré ajusticiada por vosotros. Todos tenemos nuestro destino, Garpa; el mío ya está casi cumplido. El tuyo está más lejano: vivirás para ver la destrucción de tu pueblo a manos de uno de los tuyos. Cuando él llegue ya nada será como antes... Adiós. No volveremos a vernos.—

Al principio, nadie reaccionó. Era como si todos fueran víctimas de un extraño encantamiento, mientras veían a la corpulenta mujer salir de la estancia, apoyándose pesadamente en su bastón. Nará y Palas habían salido también de la alcoba real, y habían sido testigos de la última parte del desconcertante encuentro.

—¡Mi señor, Andamar, no deberías permitir que se vaya así! Tú eres el rey, y esa vieja demente ha osado poner en duda tu legitimidad y amenazar a toda tu familia con sus maldiciones de bruja. El castigo para

tales delitos es la muerte. Ordena que sea detenida y ejecutada.— Palas habló con vehemencia.

—No, mi rey. Si haces eso, cometerás un grave error.— Ris suplicó. Él mismo seguía sin comprender muy bien lo que acababa de suceder. Desde luego, no se parecía nada a lo que había esperado cuando hizo llamar a Zesera.

—Por supuesto, tú la defiendes porque eres su cómplice. Has deshonrado completamente tu puesto de sumo sacerdote de Nin.— El sacerdote más joven reprochó agriamente al más anciano. Ris agachó la cabeza sintiéndose derrotado. Sus esfuerzos no habían valido de nada.

—Puesto que sigue ocupando en este momento. Cuidado Palas, procura controlar tu ambición.— Dijo la reina. Nará se acercó a su hermano, que seguía sumido en profundas meditaciones.

—El Venerable tiene razón, hermano mío. Todos hemos oído al guardia explicar cómo esa mujer ha conseguido entrar en palacio. No niego que venir aquí a lanzar una horrible maldición contra todos nosotros sea un grave delito. Pero esa mujer tiene muchísima influencia en la Gente Loggi. Ellos la respetan y veneran como a una figura sagrada. Si la haces ejecutar, se rebelarán contra ti, y es lo último que necesitas ahora que estás a punto de enfrentarte a la reacción de Domusal.—

—Nará ha hablado con sabiduría y sensatez. Ahora, me alegro de que no te fueras lejos. A tu hermano le vendrá muy bien tenerte cerca para aconsejarle ¿Qué decides, hijo mío?— Por fin, el rey alzó la vista y miró a los presentes.

—De momento, organizar el funeral de mi padre.— Dijo con voz calmada, y se volvió para entrar nuevamente en el dormitorio.

5:

Revelaciones

La lenta caravana avanzaba parsimoniosa por los caminos que conducían a la capital de Kynán. Como era verano, el terreno era firme y las ruedas de los pesados carromatos no tenían dificultades para seguir el paso de los caballos. No quedaban muchos jinetes sin embargo custodiando los carromatos, pues, como solía ocurrir todos los años, los jóvenes no aguantaban ese ritmo tan lento, y se habían adelantado cabalgando alegremente. Sólo las mujeres, los niños y los que eran demasiado viejos para ser tan impacientes, componían el grupo de viajeros. Y, además de todos ellos, Domusal. Él no era viejo, y con gusto habría acompañado a los impacientes jóvenes, pero no podía.

La principal razón era que, en ausencia del rey, él era el hombre de mayor rango, y por tanto, responsable de que la caravana llegase a su destino sin percances. Sin embargo, su impaciencia era mucho mayor que la de cualquiera de aquellos impetuosos muchachos, que no podían esperar. No veía el momento de llegar a Taros, aunque se guardaba mucho de manifestarlo. Su semblante permanecía sereno, y su actitud era la de siempre, aunque en el fondo de su corazón, se estuviera desatando una tempestad. Y tenía razones para estar inquieto, porque para cuando llegasen por fin a la ciudad, él muy bien podría haber perdido el trono.

Naturalmente, deseaba que sus sospechas no fueran ciertas. Se había negado a obrar con precipitación a pesar de que su propia familia le empujaba a ello. Su ansiedad aumentaba al temer lo que su impetuoso hijo Menetir podría hacer al llegar a la ciudad, si lo que imaginaban era lo que había sucedido.

Aquella estancia en la Heredad del Sur para pasar unas jornadas de descanso y esparcimiento con su familia como cada año, no podía haber terminado peor. Todo había empezado ya con mal pie por la ausencia del rey. Era la primera vez en todo su largo reinado que Belcentes no disfrutaba de la caza y la diversión con su familia antes de las festividades más importantes del año para los valate. Eso ya tendría que haberle puesto en alerta, pero no sospechó que hubiera nada extraño en la afirmación de la reina de que el rey debía descansar, a pesar de la mutua antipatía que Garpa y él se tenían. Pero la marcha en secreto y de madrugada de su hermano Andamar ya no le permitía seguir pensando que todo estaba bien. Y encima, Andamar le llevaba todo un día de ventaja, pues sólo cuando muy avanzada la mañana anterior se percató

de que su hermanastro no se había unido a la partida de caza, su extrañeza se convirtió en sospecha. Pero se hallaban muy lejos del grupo principal, y él no podía simplemente salir en persecución de Andamar. Por tanto, debió proceder a reunir a todo el mundo, lo que le llevó hasta casi el anochecer, de modo que hubo que esperar hasta esa mañana para iniciar la marcha.

Por supuesto, le había parecido muy llamativo que precisamente la reina enviara a su vieja aya Dete para entregar su regalo a Naadur por su ingreso al estadio de hombre, pero, en principio, lo tomó sólo como una excentricidad de la reina. Sin embargo, a la vista estaba que había algo más. La marcha de Andamar de ese modo sólo podía significar que la reina Garpa tramaba algo ¿Planearía aprovechar la débil salud del rey para favorecer a su hijo? Para nadie era un secreto que Garpa consideraba a Andamar más legítimo para ser el sucesor de Belcentes. Pero el rey ya le había nombrado a él su sucesor incluso antes de ceñirse la corona.

Domusal tenía 12 años, y por tanto, ya no era un niño, cuando su padre subió al trono. Belcentes no perdió tiempo en nombrarle su sucesor, así como llevarle a vivir a palacio junto con sus hermanas. Por supuesto, Garpa protestó amargamente, reclamando que el matrimonio de Belcentes con Heusa había sido anulado. Sin embargo, ninguno de los asesores del rey ni de los miembros del Gran Consejo de los Reinos encontró que ése fuera motivo para invalidar a Domusal como heredero.

Pero, era evidente que habían subestimado a la reina. Garpa nunca se dio por vencida, aunque tampoco consiguió nunca hacer cambiar de opinión al rey ¿Lo habría logrado ahora? Pero era absurdo, él era el heredero reconocido, además de ser el Consejero de Guerra del rey y general de las huestes de Kynán. Los soldados le eran leales a pesar de que ya hacía muchos años que los valate no libraban una guerra. Ninguna nación osaba desafiar su hegemonía. Por lo que el ejército se limitaba a vigilar los reinos vecinos manteniendo el orden para que nadie olvidara quién tenía el poder. Por eso, la experiencia militar de Domusal y sus hombres se limitaba a los ejercicios y maniobras periódicos para mostrar su poder a cualquiera que se plantease desafiarlo.

La paz era buena, Kynán había aumentado considerablemente su riqueza gracias al comercio durante el reinado de Belcentes el Justo. Pero los valate eran guerreros, y Domusal, como sus hombres, añoraba en el fondo de su corazón la emoción del combate real. Andamar a duras penas lograba completar los ejercicios militares. Aborrecía la guerra y todo lo relacionado con la milicia y las armas ¿De verdad sería tan necio de desafiarle por mucho que su madre le presionara?

En esos momentos, su caballo trotaba junto al carromato en el que viajaban Brala, esposa de Andamar, y la anciana aya Dete. En el viaje de ida, también Naadur había ido en el carromato junto a su madre, pero durante esta expedición había alcanzado la categoría de hombre que le daba derecho a cabalgar sobre su propio caballo, y se había unido entusiasmado al resto de jóvenes en su carrera hacia la capital. Domusal meditó un momento sobre cómo habían sido hasta ese momento las cosas y cómo podrían cambiar si, como sospechaba, en palacio se fraguaba una conspiración en su contra. Él y sus hermanas habían convivido en armonía con Andamar y Nará, y lo mismo habían hecho sus respectivos hijos. Le constaba la estrecha amistad que existía entre su sobrino Kamenés de 14 años, y el joven Naadur. Sin embargo, a estas horas muy probablemente eran ya enemigos.

Miró hacia el carromato. No era tan necio como para intentar sonsacar a Brala. Por supuesto, ella debía de estar al corriente de lo que sucedía. Pero a pesar de su aspecto frágil y delicado, todos sabían que jamás quebrantaría la lealtad hacia su esposo. La relación entre Andamar y Brala no era nada habitual, sobre todo, entre la gente de los linajes más elevados de los valate. Como todos ellos, su unión había sido concertada por sus padres, Brala pertenecía al poderoso linaje Gormaron, era prima de la propia Garpa. Pero al contrario de lo que solía ser habitual, existía un fuerte lazo de sincero amor entre ellos. Ni siquiera las desgracias que les habían impedido tener más hijos que Naadur habían acabado con su unión, más bien parecían haberla fortalecido. De modo que Domusal sabía bien que no obtendría ninguna información de Brala, sobre todo, si dicha información podía en alguna manera perjudicar a Andamar.

En el fondo, sentía cierta envidia. Dudaba seriamente de que su propia esposa le fuera tan leal. No tenía queja alguna de Kai, claro está. Tenía todas las cualidades que una reina de Kynán pudiera necesitar. No en vano, su padre el rey se había esmerado especialmente en buscarla, y la había encontrado en el noble linaje Malikós. Domusal sólo lamentaba que Kai había trabado gran amistad con sus dos cuñadas, que a diferencia de su hermano, a duras penas conseguían ocultar su rencor hacia Garpa por el obligado destierro de su querida madre. Sólo la perspectiva de ser las hermanas del próximo rey las consolaba, y mantenía su rencor a raya ¿Qué pasaría ahora si la conspiración era real? ¿Se vería él obligado a enfrentarse con su propio hermano? Esa perspectiva le desagradaba enormemente, pero algo le decía que debía prepararse justo para eso.

En el Palacio de las Nubes, la noche había resultado larga y angustiosa. Andamar seguía sumido en su obstinado silencio desde la marcha de Zesera, y nadie había osado perturbar al rey, que seguía sin separarse del lecho de su padre difunto. Tanto Ris como Palas, junto a los jóvenes sacerdotes que éste había traído, permanecieron al lado del rey. Como Andamar aún no había dado instrucción alguna, no podía comenzar el ritual funerario. Sin embargo, el Venerable había comenzado a pronunciar en voz baja algunas de las letanías y ensalmos conducentes a procurar que el espíritu del difunto abandonara en paz el mundo de los vivos sin tener la tentación de molestar en modo alguno a los que se quedaban.

Garpa contemplaba a su hijo con inquietud ¿Sería lo bastante fuerte para enfrentarse a la oposición que su ascensión al trono con toda seguridad provocaría? Le gustaría estar segura de ello, pero conocía demasiado bien a Andamar. Iba a tener que aplicarse a fondo en proporcionarle la necesaria firmeza, por ejemplo, manteniéndole bien apartado de Domusal. Garpa no tenía ninguna certeza de que, llegado el caso, Domusal no fuera capaz de convencer a su más débil hermanastro de que abandonara su pretensión de ser rey y le cediese el trono a él. No pensaba permitir tal cosa costase lo que costase.

Tampoco había podido dejar de pensar en toda la noche en las palabras de esa extravagante mujer, Zesera. Por mucho que pretendiera que no le afectaban, había sentido un escalofrío al escuchar la profecía pronunciada por esa bruja andrajosa. Andamar no había dicho una palabra, pero la había escuchado también ¿Qué se le estaría pasando por la cabeza? Apartó la mirada de su hijo, y vio que comenzaba a entrar claridad por las ventanas. Amanecía el día decisivo para su hijo, para ella, y para toda la nación valate.

Por su parte, Andamar en aquellos momentos, añoraba terriblemente a Brala. Todo resultaba más difícil cuando ella no estaba a su lado ¿Cómo habría reaccionado Domusal cuando descubriera su marcha? Habría sospechado, seguro. Su hermano no era ningún estúpido. Sintió un ramalazo de angustia por Brala y Naadur. Sin embargo, no creía que Domusal obrara con precipitación. No, estaba bastante seguro de que esperaría a conocer los acontecimientos antes de actuar. Y, para entonces, su familia estaría segura junto a él. Andamar también alzó la vista y vio las primeras luces del nuevo día colándose en la alcoba real. Se puso en pie, y todos los presentes se dispusieron a prestarle toda su atención.

—Es hora de comenzar los funerales por mi padre.— Dijo con voz serena. Palas se colocó ante él.

—En cuanto des la orden, mi señor, haré llamar a los sacerdotes para que trasladen el cuerpo del difunto rey al templo.— Andamar alzó la mano, haciendo que el sacerdote, que comenzaba a dirigirse a la puerta, se detuviera.

—¿Por qué asumes la tarea que corresponde al sumo sacerdote, estando el Venerable Ris aquí presente?— Tanto Palas como el propio Ris, miraron al rey desconcertados. El sacerdote más joven habló.

—Señor... mi rey. Seguramente no te habrá pasado desapercibido que Ris considera que el trono le corresponde al príncipe Domusal, no a ti, y además, es evidente que estaba en connivencia con esa bruja que vino anoche... No es digno de seguir siendo sumo sacerdote del templo de Nin.—

—Como dices, estoy perfectamente al tanto de los actos de Ris. Sé que no me considera legítimo para ocupar el trono. Pero sólo porque siempre ha sido leal a mi padre y a las leyes por él promulgadas. Mi padre ha muerto. Comienza un tiempo nuevo en el que el Venerable no tiene ya lugar. Sin embargo, deseo que el funeral de mi padre sea el último acontecimiento de su reinado, no el primero del mío. Por ello, considero a Ris el adecuado para dirigir las ceremonias.—

Ya desde antes del amanecer, la gente había comenzado a congregarse en la explanada delante del palacio real. Sólo en las ocasiones especiales, como era la Conmemoración de la Llegada, se permitía a la gente común acceder al recinto ocupado por el templo de Nin y el Palacio de las Nubes. Los guardias que vigilaban la entrada, la misma que Zesera atravesara la noche anterior, no habían recibido ninguna orden en contra, de modo, que abrieron las puertas y dejaron pasar a la gente como era tradicional. Todos se disponían ya a escuchar a su rey que en tan señalado día siempre se dirigía a ellos, para conmemorar juntos el momento dichoso, tantas generaciones atrás, en que los valate arribaron a aquellas tierras, y dar así la bienvenida a un nuevo año.

Sin embargo, transcurrió la primera mitad de la mañana sin que hubiera la más mínima señal de que el rey, rodeado de su familia como cada año, se fuera a asomar al gran balcón corrido que ocupaba la mayor parte de la fachada sur del palacio. Este balcón se situaba muy alto en el edificio, de modo que a los súbditos que se habían reunido allí procedentes de todos los rincones del reino, les resultaba difícil distinguir

el rostro de su rey, y debían permanecer en reverente silencio para poder escuchar sus palabras. El sol estaba ya alcanzando su mayor altura en el cielo, cuando al fin, las puertas del balcón se abrieron. A pesar de la distancia, nadie tuvo la menor duda de que no era Belcentes quien se había colocado en el centro. El sol caía ya de plano, y arrancaba reflejos rojizos del cabello de la alta y esbelta figura. No era el rey, ni tampoco el príncipe Domusal. Se hizo un desconcertado y expectante silencio.

—Súbditos de Kynán y visitantes que habéis venido a conmemorar con nosotros esta fecha dichosa, sed bienvenidos.— La voz de Andamar sonó firme y clara. A pesar del asombro y el desconcierto, nadie se atrevió a pronunciar palabra, y todos permanecieron expectantes conteniendo la respiración. —Ésta suele ser la fecha más jubilosa del año. Sin embargo, muy a mi pesar, hoy he de daros una triste noticia. Mi querido padre, vuestro amado rey Belcentes el Justo, emprendió la pasada noche el camino definitivo que le llevará a reunirse con los gloriosos antepasados.— Andamar hizo una pausa bien calculada para que la noticia calara en sus oyentes. Como era de esperar, se produjeron murmullos, y expresiones de dolor por la pérdida llegaron claras a sus oídos. —No obstante,...— Comenzó a hablar de nuevo en un tono más alto para recuperar la atención. —Antes de abandonar el mundo de los vivos, mi muy amado padre tuvo la oportunidad de entregarme su último decreto. En él, me nombra su legítimo sucesor. De modo que desde este día, soy vuestro nuevo rey.— Esta vez, los murmullos se elevaron de tono. La agitación fue en aumento y llegaron incluso a escucharse algunos gritos de —Traición— y —Usurpador—.

Garpa y Nará, que estaban justo detrás de Andamar, se miraron. En los ojos de ambas había inquietud, aunque la reina madre se esforzaba por disimularla. Sin embargo, para asombro de ambas, Andamar no se movió de su lugar. Con una leve señal de cabeza, hizo que el capitán de la guardia de palacio, que se situaba en uno de los extremos del balcón, se acercara a él. Le habló en voz baja, por lo que nadie más oyó lo que le decía. El fornido hombre, desapareció rápidamente del balcón entrando en palacio. Los gritos de la muchedumbre congregada abajo eran cada vez más ominosos. Pero el rey permaneció en su lugar. Al cabo de pocos minutos, la multitud comenzó a aquietarse. Garpa se atrevió a asomarse, y pudo ver cómo los guardias, empuñando sus largas lanzas, rodeaban a los grupos más alborotadores. Andamar habló de nuevo.

—Ahora que de nuevo cuento con vuestra atención, os anuncio que, desde este instante la ciudad de Taros y todo el reino de Kynán se hallan de luto por el fallecimiento del rey.— Andamar se retiró del borde del balcón, lo que hizo renacer los murmullos. Garpa, que no perdía ni un momento de vista a su hijo, vio cómo una brevísima mueca de pánico atravesaba sus facciones. Al instante, el nuevo rey se había dado cuenta de que debía de haber algo incorrecto en su proceder. Lamentó no haberse esmerado más en enseñar a Andamar los protocolos de la corte. Por suerte, Palas también se dio cuenta. Con una leve inclinación de cabeza, pidió permiso al confuso rey, que le respondió con un movimiento afirmativo. Palas, entonces, se acercó al pequeño muro de piedra que delimitaba el balcón. Alzó las manos en un gesto apaciguador, y dijo:

—Las ceremonias funerarias ya han comenzado. Naturalmente, todas las celebraciones quedan suspendidas. El rey espera que abandonéis el recinto de palacio sin alborotos...—

—¿Y qué pasará con el mercado? Mi familia y yo hemos viajado durante muchas jornadas para vender nuestra cosecha. Y no somos los únicos.— Un hombre gritó, y su voz se oyó con toda claridad en el súbito silencio originado por la intervención de Palas. El sacerdote miró al rey. El rostro de Andamar había recuperado el color.

—Mi rey. No nos conviene nada que la gente esté descontenta. La mayoría hacen sus mejores ventas aprovechando esta festividad. Si no se permite el mercado, podría haber disturbios, cosa que tu hermano Domusal con seguridad, aprovecharía en tu contra.— Palas dijo en voz baja.

—Está bien. Se permite el mercado. Pero nada de música, bailes, ni ningún festejo. Se ha de guardar una digna compostura. Y, desde luego, prohibida cualquier venta de licor. Estas fiestas se prestan demasiado a las borracheras.— Dijo Andamar severo.

—Bueno, al menos espero que el permiso para comerciar les mantenga tranquilos. Éste es un momento muy delicado, con la ciudad tan llena de gentes procedentes de todo el reino, e incluso de reinos vecinos.— Replicó Palas.

—Y, sin embargo, ésa puede ser también una ventaja para nosotros.— Intervino Garpa. —Todas esas gentes tan diversas, que seguramente tardarán algunos días en regresar a sus hogares, serán testigos inmejorables de la coronación de Andamar en cuanto acaben los funerales.—

Entraron de nuevo en palacio. Andamar vio que los sacerdotes esperaban junto a la puerta del dormitorio real, pero Ris, en lugar de darles instrucciones, se le aproximó. Se movía algo encogido, lo que Andamar achacó sin duda a su mucha edad.

—Mi señor ¿Puedo hablar un momento contigo?— El anciano preguntó con voz débil. A pesar de la altura a la que estaban, desde la explanada les llegaban bastante claras las voces de la gente, y las expresiones de protesta se hacían cada vez más frecuentes y airadas.

—No deseo perder más tiempo. Espero que la gente se apacigüe al menos durante las ceremonias funerarias. Cuanto antes vuelvan a sus casas, mejor... Si es que lo hacen, claro.— Andamar dijo, mirando preocupado hacia la entrada del balcón por la que acababan de pasar.

—Precisamente lo que tengo que decirte podría ayudar... Estoy seguro de que ayudará.— Andamar se volvió, poniendo ahora toda su atención en el anciano.

—¿Y bien? ¿Qué tienes que decirme?— El sacerdote miró con inquietud a su alrededor. Comprendiendo, Andamar le indicó que le siguiera, y entró en el gabinete privado del rey.

—En primer lugar, deseo agradecer tu generosidad para conmigo señor, al permitirme dirigir el funeral. Naturalmente, acepto el destino que hayas decidido para mí, no importa lo duro que sea... Estás en tu derecho...— El viejo divagaba, estrujándose las manos, nervioso.

—No temas, tu vida no está en peligro. Las cosas ya van a ser suficientemente difíciles. No deseo provocar a los dioses dañando a un hombre santo. Pero, como te he dicho, no tengo tiempo que perder, así que, será mejor que hables de una vez.— Andamar empezaba a impacientarse.

—Siempre fuiste generoso y de corazón tierno, aunque te aseguro que yo no merezco ser considerado hombre santo. Y, es posible, que cuando escuches lo que tengo que decirte, cambies tu decisión...— Ante la evidente impaciencia del rey, el anciano alzó las manos, conciliador. —Verás, es cierto que siempre apoyé a tu hermano como sucesor, pero no porque le considere mejor que tú ni más digno de ser rey. Debo admitir que hasta anoche, cuando las palabras de Zesera me desconcertaron del todo, creía que apoyar a tu hermano era lo mejor para el reino, incluso estaba convencido de que lo sucedido hace unos días en el templo era una señal del propio Nin diciéndonos que ciertas cosas debían cambiar. Y quién mejor para traer esos cambios que Domusal, un rey de sangre

mezclada. Sin embargo, ya no lo creo. En realidad, empiezo a creer que he estado terriblemente equivocado en permanecer leal a Belcentes.— Ris se pasó las manos por la cara. Sudaba copiosamente, y parecía a punto de desfallecer.

—Ven, siéntate y bebe un poco de agua.— Andamar dijo, tomando el frágil brazo del anciano y haciéndole sentar. Él mismo le acercó una jarra de agua. Tras beber, Ris pareció recuperarse algo.

—Seguro que estás al tanto de los acontecimientos que condujeron a la subida al trono de tu padre. Repudió a Heusa y accedió a desposar a tu madre para poder ser rey. No obstante, el viejo rey no confiaba del todo en su hijo. Pocos días antes de que se celebraran los esponsales de Belcentes y Garpa, me hizo llamar aquí, a este mismo gabinete. Delante de mí redactó con su propia mano un documento, y me hizo poner mi firma junto a la suya como testigo, antes de sellarlo y entregármelo para su custodia en el templo. Antes de irme, me hizo jurar que sólo haría público tal documento si fuera estrictamente necesario. No parecía muy conforme, no por lo que decía el documento, sino porque al parecer, había sido forzado a redactarlo por los Gormaron.—

—¡La familia de mi madre y de mi esposa! Habla ya viejo ¿Qué decía ese documento?— Andamar estaba más allá de la impaciencia.

—Ahora puede parecer extraño, porque ha pasado mucho tiempo y las cosas han cambiado. Pero entonces, los Gormaron eran una familia tan poderosa como los Damoy, hay quien dice que incluso más, y que sólo les separaba del trono que éste únicamente puede ser ocupado por un Damoy. Seguramente, el viejo rey temía que se levantasen contra él si no accedía. Ellos, claro, sólo querían asegurar la posición de tu madre en caso de que, una vez rey, tu padre la repudiara en favor de Heusa.—

—Eso no ocurrió, pero de todas formas, mi padre puso a los hijos de Heusa por delante de nosotros.— Se lamentó Andamar.

—Tanto el rey como los Gormaron tenían motivos para temer, por eso se redactó el documento. En él quedaba por completo anulada la unión de Belcentes con Heusa, y además, se especificaba que por tanto, cualquier hijo habido con ella sería considerado bastardo.—

—¿Qué estás diciendo viejo? Mi madre jamás me habló de tal documento.—

—Porque ella lo desconocía, señor. Sólo yo, una vez muerto el viejo rey, sabía de su existencia.— Se calló y empezó a sudar y a estrujarse las manos de nuevo. Era evidente que se hallaba muy angustiado. —Cuando tu padre subió al trono, consideré mi deber mostrarle el documento a

pesar de las instrucciones del viejo rey... No voy a pedir perdón por mi traición porque no soy digno de recibirlo. Sólo te ruego, mi señor, que tengas en cuenta que yo entonces aún era joven y mucho menos sabio de lo que me creía.—

—¿Y por qué me cuentas todo eso ahora? Por supuesto, mi padre destruiría inmediatamente ese documento.—

—Así fue. O eso es lo que él creyó...— Esta vez, el viejo soportó con más entereza la mirada de reproche de Andamar. —Sí, mi rey, fui nuevamente débil. Esta vez me roían los remordimientos, así que entregué otro pergamino al rey. Como sabes, fue tu abuelo quien instauró la costumbre de poner el sello real no sólo en los documentos, sino también en las fundas de cuero que los contienen, para mayor seguridad. Belcentes estaba tan furioso con su padre, y tan deseoso de destruir el documento, que arrojó la funda al fuego sin comprobar que el documento que contenía no era el que pretendía destruir. Si me acompañas al templo, te lo entregaré gustoso. Como ves, no soy digno de ser considerado hombre santo. Pero espero que al menos mi traición sirva para evitar ahora el derramamiento de sangre.—

Salieron por otra de las puertas del gabinete para evitar a los que esperaban junto al dormitorio real. Y también utilizaron los pasajes subterráneos que unían el palacio con el templo para evitar a la muchedumbre que permanecía aún en la explanada. Andamar sintió un escalofrío al pasar bajo la cúpula, de la cual apenas quedaban algunas piedras. Su lugar lo ocupaba un gran hueco por el que se colaban inclinados los rayos del sol de la tarde. La extraña e irreal sensación continuó cuando contempló la estatua decapitada de Nin, cuya cabeza situada a sus pies, parecía tener un gesto más feroz que de costumbre.

El anciano sacerdote no tardó mucho en sacar una funda de cuero de un armario que abrió con una de las llaves que colgaban de su ceñidor. La funda tenía la característica forma de tubo para guardar pergaminos enrollados, pero no llevaba sello alguno. Andamar la abrió con manos temblorosas, pero tuvo buen cuidado al extraer el delicado pergamino del interior. Ahí lo tenía, el sello de su abuelo era inconfundible. Este pergamino era su garantía de legitimidad. Después de todo, sin saberlo, su madre había cumplido la ley. Volvió a mirar a través de la puerta del pequeño cuarto hacia la gigantesca estatua del dios principal de los valate, y recordó las palabras de aquella extraña mujer ‘Uno de vuestra sangre acabará con todo lo que habéis construido. Podrá hacerlo porque será rey gracias a vuestra traición’. Se estremeció

—¡Bah, estupideces de vieja loca!— Dijo, mientras caminaba resuelto con el pergamino en la mano de vuelta a palacio. Mientras regresaba, iba componiendo su plan. Ahora sí que nadie le iba a disputar el derecho al trono. Nunca lo había ambicionado, pero ahora que era suyo, no estaba dispuesto a perderlo de ninguna de las maneras.

El sol se acercaba ya a su ocaso cuando el grupo de los jóvenes jinetes alcanzó las afueras de la ciudad. Enseguida, notaron que algo no era normal. Columnas de gente caminaban con desgana a ambos lados del camino. Pero no iban hacia la ciudad, como era de esperar, sino que procedían de ella. Los semblantes no eran precisamente alegres, y no paraban de murmurar y refunfuñar entre ellos. Como jefe de la pequeña expedición Menetir se adelantó y se colocó cortando el paso a un grupo de hombres que parecían especialmente disgustados.

—Eh, campesinos.— Los llamó autoritario. —¿Qué ocurre? ¿Por qué abandonáis tan pronto la fiesta?— Los hombres se quedaron inmediatamente en silencio y le miraron temerosos. Simplemente por sus ropas y su caballo, podían ver que se trataba de un miembro de las élites más altas. Pero, además, el rizado y dorado cabello, la poblada barba del mismo color, y la larga trenza adornada de joyas, eran inmediatamente reconocidas por cualquier súbdito o visitante como pertenecientes al príncipe Menetir. En efecto, todo el mundo conocía su peculiar aspecto, incluso aunque nunca le hubieran visto antes en persona, así como también todos conocían su irascible y cruel naturaleza. —Os he hecho una pregunta ¿Acaso no comprendéis la lengua de este reino?— Los hombres retrocedieron, bajando la cabeza. El mayor de ellos, se adelantó un paso.

—Ya no hay ninguna fiesta, mi señor Menetir... El rey ha muerto.— Parecía que el hombre iba a seguir hablando, pero Menetir ya no tenía el menor interés en él. Arreó su caballo para reunirse con el grupo de sus parientes y amigos, sin poner el menor cuidado, con lo que a punto estuvo de pisotear al asustado campesino. Pero, en su mente, sólo había una idea. Belcentes había muerto, con lo que su padre Domusal era el nuevo rey, y lo más importante, él, Menetir, era el príncipe heredero.

Los otros jóvenes, que habían oído al campesino, se apresuraron a felicitar al eufórico Menetir, sin la menor consideración al luto que debían guardar por el rey muerto. Con energías renovadas, emprendieron un veloz galope hacia la ciudad. Sin embargo, justo cuando ya veían las altas murallas de Taros, un grupo de soldados los salieron al paso. Eran

miembros de la guardia real y estaban encabezados por su capitán. Menetir se acercó confiando en que sería su escolta para entrar en la ciudad triunfalmente en su nueva dignidad de Príncipe Heredero. Pero, en lugar de hacerle reverencias y flanquear su camino, los guardias de palacio le rodearon, así como al resto del grupo en actitud claramente hostil.

—¿Qué significa esto, Zores?— Preguntó airado al capitán. El hombre no se arredró.

—Si tú y los demás nos acompañáis voluntariamente, nadie saldrá herido.— Dijo con calma, mientras sus hombres a caballo estrechaban el cerco en torno al grupo, y los guardias de a pie permanecían en posición dispuestos a la lucha.

—¿Cómo te atreves a amenazarme?— Menetir gritó rojo de ira. —Eso es lo que pasa por permitir que sucios loggi entren en las milicias reales. Te ordeno que nos dejes pasar. Y te advierto que tu ofensa al príncipe heredero no quedará sin castigo.—

—Tú ya no me puedes dar órdenes, Menetir Damoy.— Zores replicó visiblemente molesto por las palabras del otro, pero sin perder la calma. —Y, en cuanto al Príncipe Heredero, ninguna ofensa será dirigida a él.— Y diciendo esto, se volvió hacia Naadur, que había asistido entre asombrado y divertido a los acontecimientos. No obstante, ahora mismo, estaba perplejo. —Mi señor Naadur, permite que te escoltemos hasta el palacio donde te espera tu padre el rey.—

El rey ha muerto

Este año, el camino de regreso a Taros se le estaba haciendo eterno a Domusal. Estaba seguro de que los pesados carrromatos tirados por robustos caballos nunca habían avanzado con tal lentitud. Mientras recorría una vez más la caravana desde su final hasta la cabeza, para asegurarse de que todo iba bien, su cuñado Semudar se le unió. Él tampoco había acompañado a los jóvenes. Como Domusal, veía ya pasados los días de su juventud, aunque ambos se encontraban en la plenitud de su fuerza y perfectamente entrenados para la batalla.

Semudar no era sólo un pariente, también era su aliado más valioso. Pertenecía al clan Cenwolf, que si bien no era de tan alto linaje como los Gormaron por ejemplo, basaba su poder e influencia en lo numeroso de sus miembros. Ciertamente, los Cenwolf eran sumamente prolíficos, el propio Semudar había engendrado cuatro hijos y dos hijas con su esposa Khamer, e incontables bastardos con sus numerosas amantes y concubinas. Uno de sus hijos, Temuzén era el marido de Nusi, única hija de Domusal. Este gran número de miembros hacía que mantuvieran lazos de familia y lealtad con muchos clanes, lo que, a fin de cuentas, suponía lazos de lealtad para el propio Domusal.

—No deberías preocuparte tanto sin saber nada aún.— Semudar dijo de buen humor. El semblante de Domusal no cambió. —Debo reconocer que tu hermana es verdaderamente convincente en sus eternas sospechas. Pero me parece que le prestas demasiada atención. Ya sabes que ve conspiración y traición en todas partes.— Continuó en el mismo tono ligero.

—Sin embargo, algo me dice que esta vez, quizá no se equivoque ¿O cómo interpretas tú si no la desaparición de Andamar, aprovechando la noche como un vulgar ladrón?—

—Quién sabe. Tu hermanastro nunca ha sido capaz de negarse a obedecer a su queridísima madre. Ella le llama, y él acude como un perrito. Pero ¿no crearás que tendría el valor de hacer algo en tu contra? No sólo es demasiado débil y cobarde, siempre escondido con los ancianos en la biblioteca del templo en vez de ejercitarse al aire libre con las armas como un hombre: es que, además, tu padre el rey ya se ha encargado de asegurar tu sucesión. Andamar no tiene ninguna autoridad

para impedir que sucedas a tu padre, por mucho que la reina Garpa proteste ¿Quién iba a apoyarle en tal locura?—

La conversación quedó interrumpida, pues ambos vieron con toda claridad la polvareda que levantaba en el camino un grupo de jinetes que se acercaba al galope. Pronto, fueron visibles los emblemas de la guardia real de Kynán. Domusal se adelantó para colocarse en el centro del camino a la espera. Los jinetes se detuvieron, y el capitán Zores avanzó hacia Domusal. Tras inclinar la cabeza y alzar la mano abierta a la altura de la cara, que era el saludo respetuoso ante un superior, el hombre habló.

—Domusal Damoy. Sabes que siempre he cumplido con mi deber como capitán de la guardia y te he respetado como general de las milicias reales. Pero, ante todo, mi juramento de lealtad es hacia el rey. Por tanto, espero que comprendas que lo que hago no disminuye mi respeto hacia ti, y colabores, pues no me complacería tener que obligarte por la fuerza. Pero lo haré si fuera necesario. Hemos venido enviados por el nuevo rey Andamar, para escoltar a la nueva reina sana y salva a palacio, y a ti y tu familia a reunirse con tus hijos.—

—¿Qué significa esto? ¿Cómo te atreves?...— Semudar saltó indignado. Pero Domusal levantó la mano para hacerle callar. No había rastro de sorpresa en su cara.

—De modo, que mi hermano lo ha hecho ¿eh? Debo suponer entonces, claro está, que mi padre el rey Belcentes, no se cuenta ya entre los vivos.— El rostro del capitán se ensombreció y bajó la vista, avergonzado.

—Así es. Lamento mucho no haberte informado en primer lugar de ello ¿Puedo esperar que vengáis conmigo en paz?—

—Domusal, por los dioses, no puedes permitir que te humillen de esta forma. Claro que no te acompañaremos.— Semudar protestó, altivo. Domusal habló de nuevo.

—Todos haréis lo que os ordene. Me habéis jurado lealtad. Sin duda, todo quedará aclarado cuando pueda hablar con mi hermano. Entretanto, te seguiremos capitán.— Por el rabillo del ojo, vio cómo un grupo de guardias rodeaba el carramato donde viajaba Brala (la nueva reina).

Sin salir aún del asombro y la sorpresa por los últimos acontecimientos vividos, Naadur entró en el Palacio de las Nubes. Apenas había dado unos pocos pasos en su interior, cuando su padre le salió al encuentro. Andamar envolvió a su hijo en un estrecho abrazo. Era obvio que le había estado esperando con ansiedad. Comprender esto hizo que Naadur se prestara dócil a la manifestación de afecto por parte de su padre, a pesar de la incomodidad que le producía, pues ya era un hombre, no un niño.

Andamar sintió profundo alivio al ver llegar a su hijo. Le besó en la coronilla, como hacía siempre, antes de liberarle de su abrazo. Pronto, el muchacho ya sería demasiado alto para que pudiera hacerlo, y eso contando con que Naadur se lo permitiera, lo que dudaba seriamente. Pero, por el momento, se permitió disfrutar de recibir a su hijo sano y salvo.

—Padre ¿Qué está pasando? ¿De verdad eres el nuevo rey?— Naadur preguntó con sincero interés.

—Así es, hijo mío. Tu abuelo el rey justo, ha emprendido ya su camino hacia el encuentro con los antepasados. Luego, cuando llegue también tu madre, os lo explicaré todo. Ahora, ve a refrescarte y comer algo. Ya imagino que habrás cabalgado hasta aquí.— Naadur vio entonces a su abuela acompañada de su tía, la Primera Doncella. Su primer impulso fue correr hacia ella, pues hacía muchos meses que no la veía, y la había echado de menos. Pero, de pronto, se preguntó si ahora que ya era un hombre, sería apropiada esa conducta hacia una mujer de tan alto rango. Nará puso fin a sus dudas sonriendo y abriendo los brazos para recibirle. Tras saludar a su tía, Naadur miró a la reina Garpa.

—Así que has conseguido salirte con la tuya ¿eh abuela? ¿Cómo lo has hecho?— Preguntó en tono jocoso.

—No seas insolente muchacho.— Le regañó ella, aunque ambos sabían que no iba realmente en serio. No podía remediarlo, Naadur era su debilidad, su único nieto. Los dioses no se habían mostrado generosos con Andamar y Brala, negándoles más frutos. Naadur concentraba así, todo el afecto de sus familiares más cercanos, y toda la preocupación también. El carácter del muchacho era sumamente inquieto. Su audacia rayaba en la temeridad, lo que le había puesto en peligro muchas veces, dejándole algunas cicatrices como recuerdo. No había aventura que no estuviera dispuesto a emprender, no importa lo difícil o peligrosa que fuera. Sin embargo, su vida era ahora si cabe aún más preciosa, pues acababa de convertirse en el heredero ¿Cómo iban a poder mantener a

salvo al revoltoso e incansable Naadur? Garpa meneó la cabeza mirando a su nieto.

Naadur contempló el semblante pensativo de las dos mujeres, y de pronto, fue consciente de que ambas acababan de sufrir la pérdida de alguien muy querido. Para él, su abuelo el rey era una figura más bien lejana. Alguien que no parecía sentir por él más aprecio que el que sentía por su propio hijo Andamar, al que consideraba demasiado débil y sin valor. Naadur sintió resentimiento hacia el difunto rey. Ahora que por fin él podría impresionarle con sus hazañas, demostrando que su padre no lo había hecho todo tan mal, ahora, el maldito viejo se moría y le privaba de hacerlo. Sin embargo, parecía que los dioses se habían puesto del lado de Andamar. Sonrió, después de todo, iba a tener su revancha.

—Padre.— Dijo, acercándose de nuevo a Andamar. —¿Qué va a pasar ahora? No creo que Domusal y su familia se conformen. Deberías haber visto a Menetir. Echaba fuego por los ojos, como la Bestia de Shimma.— Andamar le puso la mano en el hombro.

—Pues entonces, será mejor que no te le pongas delante.— Bromeó. Luego volvió a ponerse serio. —No temas, lo tengo todo bajo control. Si todo sale como lo tengo planeado, se evitarán los enfrentamientos.—

Domusal agradeció que los guardias le mantuvieran todo el camino separado del resto. No habría tenido la paciencia de aguantar las protestas de su familia, sobre todo, las de su propia esposa. Suponía que Andamar habría dado orden a Zores de vigilarle con especial atención, y así, cabalgaba escoltado por guardias a ambos lados que no le permitían acercarse a la comitiva, aunque, por supuesto, no tenía deseos de hacerlo.

La cabeza ya le empezaba a doler de tantas vueltas como le daba a esta inesperada situación en la que de pronto se encontraba ¿Qué habría pensado Andamar hacer con él? Historias de rivalidades familiares, que habían llegado incluso a la guerra, vinieron a su memoria. Pero esas historias hablaban siempre de otros pueblos, de gentes extrañas y lejanas. Historias que los valate aprendían cuando conquistaban otros reinos y territorios. Normalmente, aquel que se hacía con la victoria no perdonaba a su rival. Nunca había sucedido algo semejante en la historia de los valate, al menos, en la familia real.

Su ánimo era fúnebre cuando al fin atravesaron los muros del recinto del palacio. Qué adecuado, teniendo en cuenta que el reino se

encontraba de luto. Afortunadamente, entraron por la entrada este, que se abría directamente en la parte del muro de palacio que coincidía con la muralla de Taros, sin tener que atravesar la ciudad. No le extrañó que no les condujeran hacia la entrada principal, pero sí que tampoco fueran llevados hacia el ala norte, donde se encontraban las mazmorras. Atravesaron uno de los amplios patios, y entonces, Domusal reconoció que les conducían hacia el pabellón donde se realizaban las prácticas y entrenamiento de los guardias, y donde él mismo, como todos los varones de la familia real, había aprendido a dominar las artes militares.

Aunque el sol ya se encontraba bastante bajo, el calor era aún muy fuerte, por lo que recibió con mucho agrado el frescor del recinto cubierto. Allí se encontraban ya Ménetir y Enekhal, sus hijos, así como los hermanos Cenwolf y el resto de jóvenes a excepción, claro está, de Naadur. Le sorprendió el silencio hasta que vio a los guardias fuertemente armados que rodeaban el recinto y vigilaban todas las salidas. A él y sus acompañantes les habían arrebatado las armas, así que supuso que habrían hecho lo mismo con los jóvenes.

El silencio se rompió con los saludos hacia los recién llegados, especialmente a las mujeres y los niños. Tras saludar él a su vez a sus hijos y sobrinos, vio que al fondo, había unos tableros sobre caballetes, y sobre esas improvisadas mesas, jarros que supuso con agua y algunos cuencos con comida. Se acercó y bebió un buen trago. Ménetir se colocó enseguida a su lado. Pero él le hizo señal de que esperase.

—El camino ha sido muy largo, y el día sumamente caluroso.— Dijo, limpiándose el agua que le chorreaba por la barba, con el dorso de la mano. —Esta agua tan fresca es muy de agradecer.— Miró a su hijo que parecía a punto de reventar de ira.

—Tú agradeces que nos den agua, cuando nos lo han robado todo.— Soltó el joven conteniendo apenas su furia.

—También nos dan comida.— Dijo irónico, mientras se llevaba un trozo de carne a la boca. —Estoy desfallecido.— Volvió a mirar a Ménetir, y luego, su mirada se posó en su hijo menor que mostraba un semblante mucho más sereno. Como tantas veces antes, lamentó que los dioses hubieran querido que Ménetir fuera el mayor. Su carácter era incontrolable, lo cual no es una virtud para un príncipe. Cuánto más fácil sería todo si el inteligente y reflexivo Enekhal hubiera nacido primero. Puso una mano apaciguadora sobre el musculoso brazo de su hijo mayor que le sobrepasaba en estatura casi una cabeza.

—No ganamos nada muriendo de hambre y sed ¿no crees Ménétir? Y en todo caso, no querrás que las mujeres y los niños sufran penurias innecesarias. Con toda seguridad, Andamar tiene un plan para nosotros y no creo que tarde mucho en hacérselo saber.—

—¿Pero es que no piensas oponerte? ¿Vas a aceptar sin más la traición de tu hermanastro?— Ménétir habló en un tono sólo ligeramente menos airado.

—Nadie ha dicho que lo acepte. Pero, por el momento, sólo nos queda esperar. Y todos habréis de obedecerme. Sigo siendo el jefe de esta familia.—

No tuvieron que esperar mucho. Cierta revuelo entre los guardias que custodiaban la entrada les anunció que venía alguien. Al poco, los guardias se apartaron abriendo paso al mismísimo Andamar. Tras él, entraron el sacerdote Palas y Zores, el capitán de la guardia, junto con un puñado de sus hombres. Domusal se adelantó, poniéndose delante de su hermano. Ambos hombres eran de similar estatura, aunque Domusal era mucho más robusto.

—¿Qué significa toda esta farsa, Andamar? Más te vale terminar con este absurdo juego.— Domusal habló con toda la autoridad de un hermano mayor hacia uno más joven cuyo comportamiento está siendo poco apropiado. Andamar sostuvo la mirada de su hermano.

—No se trata de ninguna farsa. Y, desde luego, mucho menos de un juego. Nuestro padre me nombró su sucesor poco antes de reunirse con los antepasados.—

—¡Eso es imposible! Sin duda, esto es una de las intrigas de tu madre.— Ménétir gritó, dando un par de pasos decididos hacia Andamar. Pero dos de los guardias más altos y fuertes se interpusieron rápidamente entre él y el rey, cruzando sus lanzas delante de las narices del airado Ménétir. Andamar miró a su sobrino con cierta condescendencia. Sin embargo, ignorando su arrebató, volvió su atención hacia Domusal.

—No me sorprende vuestra incredulidad. Pero sucedió tal y como digo. Me complace que estéis aquí todos juntos, Domusal. Tus parientes serán inmejorables testigos. Nadie mejor para hacer llegar a todos los rincones la noticia de que soy el nuevo rey de Kynán.—

—Eso no puede ser cierto. No me importa lo que digas, Andamar. Tú sabes que fui proclamado y reconocido como sucesor. Es lo que dice

la ley. Lo que afirmas sólo podría ser posible en caso de que hayas usurpado mi lugar. Ciertamente, nunca esperé que actuaras en secreto para robarme mi trono.— Domusal habló con gran serenidad. Tenía una idea bastante clara de las maniobras que Garpa podría haber realizado en esas últimas horas. Pero conocía bien a su hermano menor, y confiaba en hacerle entrar en razón. Siempre había sido así, Andamar raramente le había llevado la contraria, pero en todas esas escasas ocasiones, Domusal había prevalecido. No veía motivo para que no ocurriera lo mismo ahora. Seguramente Andamar estaría ofuscado, confundido por su madre... La expresión de firmeza de Andamar no cambió, y Domusal comenzó a sentir una desagradable sospecha.

—Tienes mucha razón en lo que dices, querido hermano. Me conoces bien. Sabes cuánto te respeto. Yo nunca te robaría. Y no lo he hecho. No puedo robarte lo que nunca fue tuyo.— Andamar seguía usando el mismo tono de voz calmado y sereno. Domusal, sorprendido ante sus últimas palabras, se fijó en que era Palas quien estaba al lado de Andamar y le entregaba un rollo de pergamino. —Pero no es tu culpa pensar así. Has sido engañado, como todos nosotros. Aquí puedes comprobar que lo que digo es la verdad.— Andamar se acercó a Domusal y le tendió el pergamino. Domusal lo extendió, y lo que leyó le hizo empalidecer.

—¿Qué dice ese pergamino?— Ménétir demandó, furibundo.

—¿Padre?— Enekhal dio un paso hacia su padre, preocupado.

—Ése...— Proclamó Andamar, captando la atención de todos. —... es un documento redactado por nuestro abuelo en el que se declara completamente nulo el matrimonio entre Belcentes y Heusa, con lo que los hijos que nacieran de él serían bastardos.— Khamer, que había permanecido hasta ese momento silenciosa con las demás mujeres y los niños, se acercó a su hermano, que seguía sosteniendo incrédulo el rollo de pergamino.

—¿Acaso piensas que vamos a creer que este documento es verdadero, Andamar? ¿Olvidas que he sido testigo muchas veces de tu habilidad con la escritura y tu amor por los libros y documentos de la biblioteca del templo? Creo que podrías haber falsificado uno sin problemas, a tu conveniencia.— Andamar miró a su hermanastra y sonrió, sin duda, recordando tantas ocasiones en las que ella había alabado sus progresos con la escritura siendo un niño. La sonrisa desapareció, y dirigiéndose de nuevo a Domusal, dijo.

—Tu has sido siempre un hombre de honor, Domusal. Nadie dudará de tu palabra. Bien ¿crees tú que el documento no es auténtico?—

—Lo es. No hay la menor duda. Tiene el sello del viejo rey.— Domusal dijo con voz ahogada. Andamar tomó el pergamino de su temblorosa mano y lo mostró a todos.

—En efecto. Todos podéis ver el sello, que como mandan nuestras leyes, fue quemado junto con el cuerpo del propio rey. Yo era poco más que un recién nacido entonces, pero Domusal asistió al funeral, y os podrá decir si todo se hizo como es debido.— Andamar sonaba sorprendentemente contenido teniendo en cuenta el inmenso golpe que acababa de propinar a Domusal y toda su familia. Khamer rodeó afectuosa a su hermano, quien daba la impresión de no poder sostenerse sin su apoyo.

—Pero, no tiene sentido que nuestro padre no destruyera este documento ¿Sabías tú de su existencia, Domusal?— La mujer preguntó a pesar de la sorpresa evidente del hombre.

—No, Khamer.— Fue Andamar quien respondió. —Este documento era secreto. Sólo el abuelo y Ris, que sirvió de testigo, conocían su existencia. Tras la muerte del rey, Ris reveló el secreto a nuestro padre, a pesar de que había jurado no hacerlo. Sin embargo, arrepentido de su traición, entregó al nuevo rey un documento diferente, volviendo a esconder éste, hasta hoy mismo, cuando me lo ha entregado a mí.—

—Veo que te has apresurado a hacer cambios. No has dudado en deshacerte del Venerable. Sin duda, no es merecedor de tu confianza después de su comportamiento, pero sigue siendo un hombre santo Andamar.— Domusal dijo en tono de reproche.

—Me duele que pienses eso de mí.— La voz de Andamar y su expresión reflejaban que, en efecto, las palabras de Domusal le habían dolido. —Ciertamente, el comportamiento de Ris merece un castigo. Pero no soy ningún necio, a pesar de lo que todos podáis pensar. Ris está en el templo. Se ocupará del funeral de padre, y después, ya he dispuesto que sea enviado a un lugar donde esperar en paz y sin molestias, que llegue el momento de reunirse con los antepasados.—

—¿Ése es el destino que me tienes preparado, hermano? ¿También me enviarás a algún lugar lejano donde esperar en paz y sin molestias, el fin de mis días?— Domusal preguntó, repitiendo con amargo retintín las palabras de Andamar.

—Nuevamente me ofendes. No deseo ningún mal ni para ti, ni para tu familia. Tengo toda la intención de solucionar esta desagradable situación de un modo civilizado. Como dije antes, siempre he creído que eres un hombre de honor. Sinceramente, espero que colabores.— Tomó un nuevo pergamino de las manos de Pallas, y se lo entregó a Domusal.

—Mientras esperaba vuestra llegada, he redactado este documento. Es un acuerdo. En cuanto se haga público el documento del abuelo, perderás todos tus derechos y privilegios. Pero siempre has sido bondadoso conmigo y leal a la corona. Como ya he dicho, nada malo te deseo. Eres el mejor general del reino, y me complacería mucho que permanecieras en tu puesto como general de las milicias reales y Consejero de Guerra. Así mismo, te ofrezco a ti y tu familia el derecho de seguir usando el apellido Damoy, y reconozco y confirmo todas las posesiones y riquezas de las que gozáis. Naturalmente, habrás de aceptar mis condiciones. Si lo haces de buen grado, tú y tus parientes podréis continuar llevando una buena vida.

—A cambio de reconocerte como rey ¿no tío?— Ménetir preguntó con sorna.

—Además de otras cosas, sí.—

—Aquí dice que renuncio a reclamar ningún derecho al trono para mí o mis descendientes.— Domusal dijo, casi sin poder respirar. Todo era tan irreal. No podía creer lo que estaba viviendo.

—Es una mera formalidad, teniendo en cuenta que como bastardo, no tienes ningún derecho, y tus descendientes pierden por tanto cualquiera que pudieran haber tenido. Es la ley. No obstante, si firmas ese documento, me quedaré mucho más tranquilo.—

—No puedes hacer eso, padre. No puedes firmar.— Ménetir arrebató con furia el documento de manos de su padre. Andamar meneó la cabeza, mirando condescendiente a Domusal.

—¿Pretendías gobernar Kynán y ni siquiera puedes gobernar tu propia familia? No importa si rompes el pergamino, Ménetir. Como sabes, no tiene validez mientras no le ponga mi sello. Sin embargo, espero que le des a tu padre tiempo para leerlo, estudiarlo y decidir. No tienes que hacerlo inmediatamente, Domusal. Es más, éste es el peor de los momentos. Guárdalo para estudiarlo más adelante, cuando pasen los funerales de nuestro padre. Ahora, creo que es momento de que puedas acudir al templo, como seguro deseas.—

Aquel día, Yaluc también había hecho un viaje. En realidad, habían sido dos. Uno físico, desde el extraño campamento de las Hijas de Prakhana hasta la remota aldea donde vivía la hermana de Dilmala con su familia. El otro, muchísimo más largo, había sido un viaje espiritual y emocional. Mientras contemplaba cómo el sol comenzaba ya a ocultarse, estaba seguro de no ser el mismo Yaluc que había salido dos días antes

de Taros antes del amanecer ¿Cómo podía ser de otra manera? Acababa de enterarse de que era nada menos que el hijo del rey.

Desde siempre, se había preguntado por su origen. Ris le había dicho que su madre había muerto al traerle al mundo. Cuando Yaluc demandaba algún detalle sobre ella, el anciano sacerdote se evadía diciéndole que era mejor para él no saber más. Yaluc había aprendido que nunca obtendría nada más del sacerdote, y en su fuero interno, se había jurado averiguar más en cuanto fuera lo bastante mayor como para que los demás dejaran de ignorarle. En cuanto a su padre, el anciano era incluso más escurridizo. Y ahora resultaba que su padre había estado siempre cerca, justo al otro lado de la explanada del templo. Tan cerca, y al mismo tiempo, tan lejos. Había sido el propio Belcentes quien le había puesto en manos de Ris. En las ocasiones en que el rey había visitado el templo, ni una sola vez había mostrado el mínimo interés por él. Yaluc había sido tan invisible a sus ojos como el resto de sirvientes, ayudantes y acólitos del templo ¿Por qué se había empeñado en mantenerle escondido (como Ris le decía en su mensaje) si no le importaba lo más mínimo?

Hasta dos días antes, Yaluc sabía más o menos cómo sería su vida. Se aplicaría a fondo en aprender las enseñanzas de Ris, y con esfuerzo, llegaría a ser sacerdote del templo de Nin. Era una notable posición para un simple huérfano, claro que ahora sabía que él no era un —simple huérfano—. Sin embargo, en tan corto espacio de tiempo, todo había cambiado. Ris le decía en su mensaje que debía permanecer bien escondido por su propio bien ¿Pero qué amenaza podía él suponer para nadie como para que su vida estuviera en peligro si se conocía su identidad? El día estaba acabando y su confusión no había disminuido lo más mínimo.

Sólo conocía la vida en el templo ¿Qué iba a hacer en aquel remoto lugar? Pero, por otra parte, no sería capaz de ninguna manera de regresar por sí mismo. Los bosques le eran completamente desconocidos, y dudaba de poder convencer a Dilmala de que le condujese de regreso al lugar donde se habían encontrado la mañana del día anterior. Habían emprendido el viaje justo antes del alba. La extraña muchacha sólo le había informado de que le llevaba a un lugar seguro. Zesera le había dicho que lo haría antes de despedirse la noche anterior. Pero Dilmala apenas había abierto la boca en todo el camino. Yaluc había desistido al final de intentar conversar. Ella se limitaba a responder del modo más escueto si le hacía alguna pregunta, y evitaba mirarle. Ni siquiera había seguido burlándose de él, como antes de llegar al claro del bosque. Yaluc no entendía nada de nada.

Habían llegado a mediodía a la pequeña aldea. Yaluc estaba verdaderamente abrumado por la belleza del lugar. Todo el camino había estado maravillado por lo que veía. Los árboles, las flores, los ríos, los animales que vislumbraba fugazmente, todo era para él nuevo y fascinante. La aldea no se parecía al campamento del claro. Se componía de pequeñas cabañas, e incluso alguna casita, muy parecidas a las que Yaluc conocía de la ciudad, cuando acompañaba a Ris por los barrios de los artesanos y mercaderes.

Igual que había pasado en el claro, al llegar ya parecía que les estaban esperando. Yaluc se preguntó cómo estas gentes de los bosques se comunicaban de modo tan misterioso. Un buen grupo de personas se congregaba para recibirlos. Aunque a Yaluc no le cupo ninguna duda por su aspecto de que eran loggi, sus vestidos no se diferenciaban mucho de los de las gentes de la ciudad. Se dio cuenta de que había esperado que vistieran como las extravagantes mujeres que había conocido el día antes, incluida Dilmala.

En la aldea, ella se mostró más amable. Le presentó a todos como Yaluc de Taros, sin mencionar su vinculación al templo, lo que le hizo gracia. Informó a aquellas gentes de que él se quedaría en casa de su hermana. Sorprendido, vio cómo aceptaban sus palabras sin hacer preguntas. Justo antes de llegar, le había dicho que por su bien, era mejor que no le hablase a nadie de su vida anterior. Sólo la familia de su hermana estaría informada de su verdadera identidad.

—Aquí estarás seguro. Nadie podrá encontrarte, te lo aseguro.—
Había dicho. Yaluc comprendía que debía permanecer oculto. Si su vida corría peligro, era mucho mejor que no pusiera también en riesgo a aquellas personas, aunque seguía sin comprender por qué nadie querría matarle precisamente a él.

La hermana de Dilmala, Jaduma, y su familia le recibieron con gran alegría y amabilidad. Jaduma debía de tener unos 20 años, Yaluc supuso, y no podía ser más diferente de Dilmala. No tuvo dificultad en ver el parecido familiar en los ojos y en los armoniosos rasgos, pero Jaduma, al contrario que su hermana, era voluptuosa y sumamente risueña. Cuando Dilmala se la presentó, llevaba una niña de unos dos años apoyada en la cadera, y un pequeño, de unos cuatro o cinco, agarrado a su falda. La niña tenía un aspecto saludable y reía todo el tiempo, como su madre. El niño, aunque también tenía buen aspecto, estaba un poco delgado y pálido, a pesar de su piel tostada. Luego, Yaluc vio cómo arrastraba una

pierna al caminar, cuando llegó Mosh, el compañero de Jaduma y padre de los niños, y el pequeño se acercó para saludarle.

Recibieron encantados a Yaluc, pues en la aldea nunca faltaba trabajo, y siempre hacían falta manos. No dieron importancia a las protestas de Yaluc de que no conocía nada de la vida en el campo.

—No tardarás en aprender a ser de ayuda, si no eres perezoso, claro.— Mosh dijo de buen humor.

—No lo soy.— Yaluc afirmó ofendido por la duda. Si de algo estaba orgulloso era de que nunca huía del trabajo, no importa lo duro que fuera. Ris siempre le había alabado por ello. Miró a aquellos extraños que tan dispuestos estaban a acogerle entre los suyos. —Os estoy muy agradecido por ofrecirme un lugar para vivir. No tendréis queja de mí, os lo aseguro.—

—La Hermana Mayor nos pide que te acojamos, y nosotros le debemos demasiado. Seríamos desagradecidos si no le hiciéramos el favor que nos pide.— Dijo Jaduma, mirando de reojo a su hijo, por lo que Yaluc supuso que el favor que debían a Zesera tenía que ver con el niño.

Una vez lograron que el resto de los aldeanos regresaran a sus casas, Jaduma y su familia se dispusieron a comer. Yaluc se dio cuenta de que tenía hambre a pesar de su situación. Igual que el día anterior en el campamento, la comida era muy buena. Al terminar, Mosh le pidió que le acompañara y le ayudase a echar de comer a las gallinas. Yaluc se alegró de ser útil. Una de sus tareas como acólito había sido ayudar en la cocina del templo. Cuando volvieron a la cabaña familiar, Dilmala anunció que regresaba al campamento, aunque quedaba poco para anochecer. Ella estaba acostumbrada a moverse por el bosque de día o de noche.

—Adiós, Yaluc.— Dijo en tono mucho más amable que en las anteriores ocasiones. En su rostro, se insinuaba incluso una sonrisa. —Si no lo estropeas, aquí vivirás muy bien.— A pesar del tono burlón, a Yaluc le alegró ver que volvía a ser la Dilmala que conocía. Se mordió el labio, algo indeciso.

—No sé por qué, me da la impresión de que no te volveré a ver.— Dijo algo tímido. Esta vez, Dilmala sonrió con gesto travieso.

—Oh, no vas a librarte de mí tan fácilmente. Volveremos a vernos. Después de todo, vas a vivir con mi familia.— Por alguna razón, a Yaluc

le dio la impresión de que ésas no eran las palabras que ella quería decir realmente. Para su sorpresa, ella le abrazó brevemente. —Cuídate mucho Yaluc el bobo.— Le dijo, casi al oído. Y sin más, se volvió y comenzó a internarse en el bosque. Y así, Yaluc se encontraba más confuso que nunca, en un lugar desconocido, al comienzo de su nueva vida.

Acuerdos

El segundo día del reinado de Andamar amaneció brumoso. Una niebla blanquecina envolvía toda la ciudad, internándose en el mar, y desdibujando los contornos de todas las cosas hasta hacer que parecieran como salidas de un sueño. Todo aparecía inconcreto e indefinido, como si la realidad se hubiera contagiado de la indefinición del propio reinado que acababa de comenzar. Nada estaba decidido aún en realidad. Andamar albergaba la firme esperanza de que su hermano aceptase el documento que le había presentado, y él pudiera seguir adelante como rey indiscutido. Pero, mientras Domusal no firmara el acuerdo, todo podría ocurrir.

No habían vuelto a hablar desde la tarde anterior. Todos habían respetado la solemnidad de la ocasión. Era la ceremonia de despedida del mundo de los vivos del difunto rey, y todo el mundo guardó las formas debidas mientras estuvieron en el templo. Aparentemente, Domusal y su familia habían aceptado sin resistencia que fuera Andamar quien ocupara el lugar preferente, acompañado de Brala, Naadur y Garpa. Nará se había situado entre los sacerdotes, como correspondía a la Primera Doncella. Pero a pesar de la aparente paz, Andamar no se engañaba. Tenía muy presente la reacción airada de Ménetir. No, nada estaba aún decidido, y todo podría ocurrir.

Ya hacía un buen rato que había amanecido, cuando la comitiva fúnebre abandonó el templo. A pesar de la hora, el sol seguía sin aparecer, y el día seguía con esa luz tan irreal. La solemne procesión iba encabezada por el cuerpo de Belcentes transportado en andas por 8 jóvenes sacerdotes. El difunto rey estaba ataviado con sus mejores y más ricas vestiduras y rodeado de sus armas, yelmo y escudo. Justo detrás, el anciano Ris flanqueado por Palas y Nará, seguidos por la familia real, todos con vestiduras blancas y sin joyas ni adornos, como mandaba el luto. Nuevamente, Andamar encabezaba la procesión familiar como nuevo rey, pero esta vez, colocó a su lado a Naadur, como modo de poner de manifiesto su lugar y el del Príncipe Heredero.

La gente, a la que nuevamente se le había permitido el acceso para que pudiera despedirse de su rey, permanecía silenciosa a ambos lados del camino que seguía la comitiva. Durante la tarde y la noche anteriores, los sirvientes de palacio habían trabajado sin descanso para construir la plataforma de madera sobre la que se colocaría al difunto, y habían apilado alrededor leña bien seca. Como era costumbre entre los válates,

los muertos eran incinerados, depositándose luego las cenizas en recipientes. Las familias solían colocar estos recipientes en un lugar de honor en sus casas. Sin embargo, al tratarse del rey, las cenizas de Belcentes se depositarían en una elaborada urna ya dispuesta, que sería colocada en el ala oeste del palacio, en la —Cámara de los Antepasados—.

La ceremonia tendría lugar frente al mar, pues los valate creían que los espíritus de los muertos descendían a las profundidades, desde donde viajaban de camino a reunirse con los antepasados. Ya en ese momento, se acercaba a la orilla la barca en la que las Doncellas de la Luna traían el fuego sagrado con el que se prendería la antorcha con que iniciar la hoguera funeraria. Dos de las doncellas, cubiertas con sus velos azul pálido, descendieron de la barca y entregaron el cuenco de oro conteniendo la llama sagrada a Nará. Ella se acercó a la comitiva y se colocó delante de Garpa. A ella, como viuda, le correspondía encender la hoguera.

El cuerpo estaba ya sobre la plataforma, y los familiares colocaban junto a él los objetos que arderían con el rey. Garpa tomó la antorcha que le ofrecía Ris, y la encendió en el fuego sagrado. Luego caminó solemne, y ascendió los escalones hasta la plataforma. Miró por última vez el rostro del que había sido su esposo durante 35 años. No se arrepentía en absoluto de lo que había hecho para empujar a su indeciso hijo a tomar lo que era suyo. Y al final, el documento del viejo rey le había dado la razón. Por ello, porque se sentía vencedora, se permitió contemplar con ternura al hombre que lucía en toda su magnificencia, pero cuyo tiempo ya había pasado. Acercó la antorcha a la leña, y sólo comenzó a descender de nuevo cuando vio que las llamas prendían ya vigorosamente. Como era costumbre, justo en ese momento, la muchedumbre prorrumpió en lamentos que no cesarían hasta que el cuerpo fuera completamente consumido.

El luto impedía toda actividad en palacio hasta que las cenizas de Belcentes no estuvieran depositadas en la urna, y ésta, en su lugar correspondiente de la Cámara de los Antepasados. Andamar lo agradeció. A pesar de su impaciencia por ver resuelto el enojoso asunto de su legitimidad como nuevo rey, necesitaba meditar y tomar fuerzas para la que creía inevitable discusión con su hermano. Tendría todo el día para prepararse. Eso podría ser bueno o malo, pues Domusal podría calmar su indignación inicial y darse cuenta de que el acuerdo era bueno, o también, el paso de las horas y la influencia de sus parientes podrían intensificar dicha indignación.

Ordenó que Domusal, su esposa, y sus dos hijos ocuparan los mismos aposentos que habían venido ocupando hasta ese momento en

palacio. Sin embargo, no permitió que Nusi, la hija de Domusal, regresara a la casa en que vivía con su esposo e hijos, ni tampoco permitió abandonar el palacio a ninguno de los otros parientes que habían acompañado a Domusal. No quería correr riesgos, y prefería tenerlos a todos bien controlados mientras Domusal se decidía. Por tanto, todos ellos fueron alojados en palacio a la espera de acontecimientos.

Durante toda la mañana y parte de la tarde, los lamentos y expresiones de dolor de la gente se oyeron en el silencioso palacio. Empezaba a ponerse el sol, que había asomado por fin casi al final del día, cuando uno de los jóvenes sacerdotes entró a avisar al rey de que todo estaba ya listo para llevar al difunto Belcentes a su lugar definitivo. Nuevamente, se reunieron los hijos y nietos del difunto rey, y Andamar tuvo el honor de colocar con sus propias manos la hermosa urna en su lugar.

Como aún no había llegado la medianoche, y por tanto, continuaba el luto, todo el mundo regresó a sus aposentos. Sin embargo, Garpa apartó a su hijo, que ya se disponía a entrar en la alcoba de su esposa, después de que ambos hubieran deseado buenas noches a Naadur.

—Andamar, hijo mío. Tenemos que hablar de lo que va a ocurrir ahora.—

—Madre, por favor. Aún no ha terminado el día en que hemos despedido a tu esposo, mi padre.— Se quejó él.

—Tu padre estuvo enfermo muchos meses. He tenido tiempo sobrado para llorar su marcha. Si todo fuera normal, no te importaría, y me retiraría discretamente como corresponde a una viuda...— Brala tuvo dificultades para ocultar su incredulidad ante esas palabras. Andamar no disimuló tanto. Sin embargo, Garpa no se inmutó. —Pero las circunstancias son cualquier cosa menos normales. El documento de mi suegro nos da una buena ventaja. Pero dudo mucho de que Domusal se conforme. Seguro que él y ese horrible hijo suyo ya están maquinando contra ti. Por eso, creo que debes coronarte cuanto antes.—

—¿No piensas que debemos esperar a lo que diga Nará? Sería imprudente ofender a los dioses eligiendo nosotros el momento sin escucharlos ¿No crees?— Brala preguntó con tono respetuoso.

—¿Crees que Domusal y Ménétir escucharán a los dioses? ¿Andamar?— Garpa apremió a su hijo, ignorando a su nuera. Brala, sin embargo, no le dio la menor importancia. Ya estaba acostumbrada al carácter de Garpa. La reina madre estaba acostumbrada a mandar y ser

obedecida. Durante el reinado de su esposo, ella había llevado la voz cantante. Pero Brala no pensaba permitir a su despótica prima arrebatarse su lugar. Ahora, ella era la reina, y si Garpa aún no lo había comprendido, se iba a llevar algunas sorpresas.

—Madre. Ahora no es el momento. Me retiro a descansar, y te sugiero que hagas lo mismo.— Andamar dijo, volviendo a ponerse en marcha. Sin embargo, se detuvo. Miró a su madre, cuyo semblante no ocultaba su disgusto por no salirse con la suya, y dijo en un tono mucho más conciliador: —Hablaremos mañana ¿de acuerdo?— Ya a solas en la alcoba con Brala, Andamar se dejó caer derrotado sobre el lecho. Ella, sin decir nada, se sentó junto a él, y esperó pacientemente a que hablara. —¿Qué clase de rey pretendo ser, si ni siquiera puedo imponerme a mi madre?— Se lamentó. —Quizá mi padre y todos los demás tenían razón, y soy demasiado débil para ser rey.— Brala colocó delicadamente su mano sobre la roja cabellera de su esposo.

—Tal vez, en un principio, las maniobras de tu madre pudieran poner en duda tu legitimidad, pero el documento del viejo rey ya no permite dudar. Sé que te sientes abrumado, pero piénsalo. Si los dioses no quisieran que tú fueras el rey ¿habrían permitido que Ris ocultara el documento que Belcentes creyó destruir?— Andamar cerró los ojos, permitiendo que el calor y la suavidad de la mano de Brala acariciando su pelo le calmaran. Ella siempre conseguía aplacar todas sus dudas.

—Seguro que tienes razón. Si los dioses no me quisieran como rey, me impedirían serlo. Pero eso aún puede ocurrir. Domusal puede rechazar el acuerdo que le he ofrecido. Él es el general de las milicias reales. Los soldados le adoran y estoy seguro de que le serían leales si se enfrentara a mí. Si sólo dependiera de él, no temería nada. Mi hermano es un hombre honorable. Él no quebrantaría la ley voluntariamente. Pero sus hijos, sobre todo Ménetir, son imprevisibles, y no digamos todos esos Cenwolf que tiene como parientes. Todo lo que les falta en riquezas les sobra en ambición, y ya se creían parientes del rey. Podrían convencerle de que no acepte, porque, aunque sea un hombre de honor, seguro que no está contento con lo ocurrido.—

—Y tiene motivos para no estarlo.— Brala dijo. Andamar alzó la vista para mirarla, sorprendido. —Durante toda su vida, él ha pensado que sería el rey tras Belcentes. Todos le han tratado siempre como al Príncipe Heredero, dentro del reino, y en los países extranjeros. Siento lástima por él, porque, de pronto, se ve despojado de todo lo que creyó suyo. De modo que no es extraño que esté dolido y enfadado. Sin embargo, tú podrías evitar que su enfado se vuelva contra ti.—

—¿Y cómo podría conseguir tal cosa? Te ruego que me lo aclares, mi dulce Brala.— Andamar dijo sonriendo esperanzado.

—Bien, es fácil. No hagas que sienta que le has arrebatado todo. No le obligues a humillarse ante ti. En vez de eso, permite que conserve su orgullo. Será mucho más fácil si no le haces sentir derrotado.—

—Pero, le permito a él y sus descendientes quedarse con todas las riquezas que han obtenido como príncipes, seguir usando el apellido Damoy, e incluso, le confirmo en su puesto de general de las milicias reales y Consejero de Guerra.—

—Tú eres el rey, amor mío. Aún puedes ofrecerle algo más. Algo que haga que no se sienta completamente derrotado.— Brala dijo sonriendo, y rozando levemente con su mano la mejilla de Andamar. Él atrapó la delicada mano con las suyas, y en tono juguetón, preguntó.

—¿Me dirás lo que es, o habré de adivinarlo?—

—Uxyla—

—¿Qué?— Andamar preguntó, confuso.

—Ahora que eres el rey, nuestro hijo Naadur es el Príncipe Heredero. Naturalmente, habremos de buscarle una esposa, una que sea digna de ser reina de Kynán. Ya sé que Domusal y sus hermanas se consideran bastardos, y por tanto, sin derecho al trono. Pero Nusi y Temuzén son un matrimonio reconocido por la ley, por lo que su hija Uxyla es perfectamente legítima.—

—¿Y qué mejor linaje podríamos encontrar que el mío propio?— Ambos sonreían ahora.

—Ofrécele a Domusal desposar a su nieta con nuestro hijo. Ciertamente, él no se sentará en el trono, pero lo hará alguien de su sangre, y su nieta será la madre del siguiente rey. Domusal es un hombre sensato. Estoy segura de que aceptará.— Andamar tomó ambas manos de su esposa, y las llevó a sus labios para besarlas amorosamente.

—En verdad soy un hombre afortunado, pues los dioses me han concedido la compañía de una mujer tan juiciosa.— Y tras besarle las manos, se inclinó para besar dulcemente sus labios. Pronto, los esposos olvidaron las difíciles decisiones de estado, dejando apartadas las preocupaciones, y se entregaron a la pasión.

Para Domusal, la noche no transcurrió tan apacible. En cuanto los guardias que los escoltaban a todas partes se retiraron por fin a

descansar, todos los adultos, como llamados por una secreta señal, se reunieron en la alcoba de Domusal.

—No deberíamos tentar nuestra fortuna con esta reunión a deshora. No olvidéis que no tenemos armas con nosotros.— Domusal dijo, procurando infundir calma. Enseguida se dio cuenta por el semblante de sus parientes, de que no lo había conseguido.

—Ya veo que sigues sin querer oponerte al expolio del que estamos siendo víctimas.— Ménétir protestó airado. —Por tu actitud tan dócil nos encontramos sin siquiera un cuchillo para cortar la carne. Andamar no es estúpido. Nos tiene aquí en palacio bien sujetos. Pero supongo que al menos consultarás nuestra opinión antes de firmar ese maldito documento.—

—¿Para oír una vez más lo injusto de todo lo que nos ocurre? No necesito que me lo recordéis. Ni por un momento ha abandonado mi mente. Y mi corazón está tan lleno de indignación como el vuestro. Pero no hay nada que podamos hacer...—

—¡Podemos luchar! Levantarnos contra ese reyezuelo usurpador.— Ménétir interrumpió a su padre a gritos. —Todos los soldados del reino te son leales, mientras que a Andamar ni siquiera le conocen.—

—Dices que los soldados me son leales. Bien, no digo que no tengas razón... Hasta que Andamar haga público el documento de nuestro abuelo ¿Crees que entonces los soldados estarían dispuestos a arriesgar sus haciendas y sus vidas por un rey ilegítimo? Pero, en fin, digamos que así lo hacen ¿Qué piensas que harían los reinos vecinos, los que después de ser conquistados hace generaciones, viven tan cómodamente engordando sus barrigas y llenando sus arcas gracias a la protección de Kynán? A ellos les conviene que todo siga como está, que reine la ley y fluyan las mercancías ¿Cuánto crees que tardaría Andamar en formar un ejército de aliados para oponerse al nuestro? Es demasiado arriesgado sin tener la menor seguridad de conseguir nuestro objetivo. E incluso, consiguiéndolo ¿Cuántas vidas costaría? Vidas de súbditos de Kynán, cuyos parientes jamás me perdonarían haber traído la ruina y la muerte al reino.—

—Parece pues, que está clara tu decisión ¿Vas a firmar?— Kai, esposa de Domusal preguntó a su marido. Hubo murmullos de protesta entre los parientes.

—El acuerdo que propone Andamar es sensato... y generoso.— Recalcó, mirando a Menetir. —Dudo mucho que tú fueras tan generoso en su lugar ¿no Menetir?—

—Yo digo que firmes, y te aplaudo por ello.— Enekhal, hijo menor de Domusal, dijo, acercándose a su padre como muestra de apoyo.

—Por supuesto. Tú nunca te esforzarías por nada ¿verdad hermano?— Menetir se le enfrentó.

—Dices bien ¿Qué me importa a mí si reina padre o Andamar? Para mí no hay diferencia entre ser el hijo menor o el sobrino de un rey. Y el acuerdo de Andamar me permite seguir ocupándome de mis asuntos tranquilamente.— El joven dijo en tono burlón mirando a su hermano.

—No pienso acatar semejante humillación ¿Quiénes estáis conmigo?— Se revolvió Menetir.

—Nadie está contigo. Y tú, como todos los demás, harás lo que yo decida. Mañana mismo, me presentaré delante de mi hermano para firmar el acuerdo. Y espero que mi familia me acompañe en tal momento. No creas que no comprendo lo que sientes, hijo. Yo también soy un soldado como tú. Pero todo buen soldado, y más aún un general, debe saber qué batallas están perdidas de antemano, y evitarlas.—

Mientras los familiares del difunto rey se retiraban a descansar después del funeral, y la gente iba abandonando lentamente la explanada del palacio, una barca se hacía a la mar. Era la misma en la que las Doncellas habían traído el fuego sagrado desde su templo en la isla donde se ubicaba. En ella, la llama sagrada ocupaba un lugar de honor, custodiada todo el tiempo por dos doncellas. A bordo, aparte de las doncellas, viajaba Nará y el anciano sacerdote hasta ese día conocido como el Venerable. Ris había aceptado el castigo impuesto por el nuevo rey. Sería dejado en uno de los numerosos islotes que rodeaban la Isla de la Luna, donde permanecería el resto de sus días. Por su parte, Nará se dirigía al templo de las Doncellas de la Luna, donde comenzaría su retiro en espera de que los dioses le indicaran cuándo se debía coronar al nuevo rey, ceremonia que ella presidiría. Iba meditando sobre lo curioso del destino y el capricho de los dioses. Toda su vida, había sabido que officiaría la ceremonia para uno de sus hermanos, pero no para el que a fin de cuentas se iba a sentar en el trono de Kynán.

Al día siguiente, muy temprano, Domusal comunicó a uno de los guardias su deseo de ver al rey. La respuesta de Andamar no se hizo

esperar. Mientras Domusal consumía los alimentos que le habían traído unos sirvientes como desayuno, le fue comunicado que el rey le recibiría en una hora. El ambiente entre sus familiares era incluso más fúnebre que el día anterior, mientras se encaminaban hacia el salón de audiencias, donde les esperaba el rey. Habían obedecido a Domusal, como no podía ser de otra manera, y se encontraban todos presentes, incluso los niños.

En la gran sala de audiencias, en la que Domusal tantas veces se había reunido con su padre para discutir los asuntos concernientes a la seguridad del reino, la familia de Andamar también se encontraba en pleno. El nuevo rey se adelantó para saludar a su hermano. Abrazándole y sin dejar de sonreír, dijo:

—Sé bienvenido, hermano. Sed bienvenidos todos. Espero de corazón que hayáis pasado una buena noche.— Domusal no necesitó girarse para saber cómo se habían torcido aún más los gestos de sus familiares, sobre todo, algunos de ellos, ante la despreocupada jovialidad de Andamar.

—Mi familia y yo nos presentamos ante ti para formalizar el acuerdo que me propusiste ayer.— Domusal dijo solemne.

—Maravilloso, hermano mío. Nunca dudé de tu sentido común. No obstante, hay un término nuevo que deseo añadir...—

—Te acabo de decir que firmaré el acuerdo ¿No me has humillado ya bastante? ¿Qué más quieres, Andamar?— A Domusal le estaba costando un gran esfuerzo contenerse.

—Nuevamente me ofendes, hermano. Aunque te cueste creerlo, te quiero y no deseo ningún mal para ti ni para tu familia. Muy al contrario, lo que deseo proponerte estrechará aún más los lazos que nos unen, y si a los dioses así les place, evitará cualquier disputa futura entre nosotros.— Domusal le miró, poniendo ahora toda su atención en su hermano menor.

—¿Y qué propuesta es ésa?— Preguntó, procurando que no se reflejaran sus emociones en su rostro.

—Por circunstancias de las que tú no eres en absoluto culpable, te está vedado sentarte en el trono. Pero lo que yo te propongo te permitirá ocuparlo siquiera indirectamente. Mi esposa Brala y yo pensamos que tu nieta Uxyla sería una esposa inmejorable para nuestro hijo y heredero, Naadur.— Todo el mundo, excepto Brala y Andamar, claro está, dejó escapar exclamaciones de sorpresa y asombro. Eso incluía al propio Naadur, que no sabía qué pensar. Por supuesto, como noble del más alto linaje, y no digamos ahora como príncipe heredero, sabía que sus padres

le buscarían esposa, así era como se hacían las cosas. Pero ingenuamente, había supuesto que, al menos, le pedirían opinión al respecto. Estaba claro que se había equivocado.

Nusi estuvo a punto de sufrir un desmayo de la impresión. Después de lo ocurrido las últimas horas, jamás habría esperado nada parecido. Pero se repuso enseguida, y en su mente, comenzaron a desfilar las inmensas posibilidades que se le presentaban. Se adelantó con la pequeña Uxyla de la mano, sus mejillas encendidas de orgullo maternal. Sin embargo, a tiempo recordó las formas. Se colocó junto a su padre, y le interrogó con la mirada.

Domusal estaba igual de asombrado, y no podía culpar a su hija por mostrarse encantada y orgullosa. Miró a la diminuta Uxyla de cinco años. Permanecía bien erguida y muy seria, como si fuera consciente de lo trascendental del momento y de su papel en él. Entonces, sintió como si todo el peso que había estado soportando sobre sus hombros desde la mañana del día anterior, le fuera retirado. En un impulso, tomó en brazos a la pequeña, y mientras se acercaba al rey y a Naadur, que estaba ahora a su lado, preguntó afectuosamente a la niña:

—¿Y tú qué opinas, pequeña Uxyla? ¿Quieres ser reina?— Andamar sonrió. Todo estaba ya solucionado. Domusal aceptaba. Ojalá los dioses continuaran mostrándose tan benévolo. Uxyla asintió, y sintiéndose intimidada, escondió la cara en el cuello de su abuelo. Andamar palmeó con afecto el brazo de la niña, y sonriendo, dijo:

—No temas, pequeña. Tendrás tiempo sobrado para acostumbrarte a la idea y a tu futuro esposo. Serán precisos al menos diez años.— Rio de buena gana, revolviendo el cabello de su hijo, que también se había ruborizado ligeramente, aunque no por el motivo que creía su padre. —Adelante, no lo demoremos más. Firmemos y sellemos el acuerdo, querido hermano mío. Esto pide una celebración, mas como estamos de luto, habremos de conformarnos con un poco de vino.—

Tinieblas

Yaluc estaba cuidando de las cabras cuando llegaron a la aldea los emisarios del rey. Ya llevaba casi tres semanas viviendo allí, 20 días desde que partió de Taros con el encargo del Venerable de entregar un mensaje. Qué poco imaginaba entonces que parte de ese mensaje era para él mismo, y que cambiaría su vida del todo. Aún no era mediodía y la hierba conservaba el frescor y la humedad de la lluvia caída la tarde anterior. Le gustaba mucho tenderse sobre la hierba rodeado del silencio que no era tal, pues estaba lleno de todo tipo de sonidos producto de la vida que le rodeaba. Esos misteriosos y desconocidos sonidos que le asustaron el primer día, y que ahora le llenaban de feliz sosiego.

En esos días, se había tenido que acostumbrar a tantos cambios. Todo era tan diferente allí. Por ejemplo, se había habituado a que, a pesar de ser pleno verano, las noches y las mañanas eran frescas, incluso frías, y que, como la noche anterior, eran normales las tormentas. La aldea tampoco se parecía en nada a la ciudad donde se había criado. Las casas eran sencillas y estaban construidas de adobe como en los barrios pobres que solía visitar con el sumo sacerdote. Pero las calles no eran oscuras ni malolientes. Las casas se distribuían sin aparente orden, y había espacio entre ellas. Los niños tampoco se veían sucios y tristes, sino que jugaban bulliciosos, sin que los adultos parecieran molestarse lo más mínimo con su alboroto. Los más pequeños andaban a menudo desnudos, y su aspecto era saludable.

Yaluc no estaba habituado a contemplar su propia imagen, no era algo que se considerase necesario para un futuro sacerdote de Nin. Pero era muy consciente de su aspecto, y de lo diferente que era de aquellas gentes. Muchas veces recordaba divertido las palabras burlonas de Dilmala cuando se conocieron. En efecto, no se podía negar que él era un valate, tan pálido y con cabellos rojizos. Nada que ver con la piel tostada y el cabello castaño de los aldeanos. Sin embargo, a pesar de todo ello, por primera vez en su corta vida se sentía a gusto y aceptado. Todos eran amistosos allí, empezando por Jaduma y su familia.

Enseguida descubrió que, a pesar del aparente caos, allí todo el mundo era productivo. Mirase donde mirase, las personas que veía se ocupaban en algo útil. Mosh, el compañero de Jaduma, le explicó que en aquella comunidad todavía se vivía según las antiguas costumbres siempre que era posible. Esto implicaba que cada persona se ocupaba en la tarea que elegía, para la que sentía mayor inclinación o tenía más

habilidad, y que no debía preocuparse, pues él mismo no tardaría en encontrar la suya. Entonces comprendió por qué todo el mundo parecía siempre de buen humor. Intentó imaginar ese modo de proceder en el templo, cuyas duras tareas eran obligatorias e impuestas con férrea disciplina, pero llegó a la conclusión de que no sería posible.

Siguió el consejo de Mosh, y le acompañaba y ayudaba en sus tareas diarias, pero también se detenía a preguntar a cualquiera que viese haciendo algo diferente. Yaluc se tomaba muy en serio su búsqueda, aunque, de momento, de todas las tareas que había aprendido a hacer, cuidar las cabras en los altos prados era la que más le gustaba. Mosh le había explicado que la gente de aquellas montañas siempre había sido especialmente hábil para confeccionar todo tipo de tejidos. En los tiempos antiguos, antes de que llegaran los valate, se habían dedicado al tratamiento de pieles de animales. Los recién llegados simplemente aprovecharon su habilidad y les enseñaron a cuidar cabras y tratar con su lana. Con sonrisa orgullosa, Mosh le contó que la gente de su aldea seguía teniendo fama en todo el reino, porque nadie igualaba la calidad de sus tejidos. Sí, aquella era con mucho la tarea que más le gustaba. Por eso estaba en el prado ayudando a Mosh cuando llegaron los hombres.

Por el camino que conducía a la aldea, y que recordaba tan duro cuando llegó con Dilmala, divisó un grupo de jinetes. Todavía estaban lejos, pero su privilegiado lugar en el alto prado, le permitía ver una gran extensión del sinuoso camino. Mientras caminaba con Dilmala subiendo, siempre subiendo, ascendiendo cuevas cada vez más empinadas, llegó a pensar que llegarían hasta el cielo. Por supuesto, Dilmala se burló de él cuando le hizo ese comentario. Pero Yaluc nunca había subido montañas antes, ni pensaba que viviera gente tan arriba. Desde alguno de los prados donde Mosh le había llevado, el Gran Pico Nevado parecía casi a la altura de sus pies. Colocó sus manos sobre los ojos para protegerse del sol y ver mejor, y entonces pudo distinguir los emblemas reales de los que se acercaban. Sintió una gran aprensión ¿Venían a por él por orden del rey? Estaba tan ensimismado que se sobresaltó cuando Mosh le puso la mano en el hombro.

—No temas. Tú quédate aquí, así no te verán. Yo bajaré a la aldea para enterarme de lo que quieren.—

—Son hombres del rey, Mosh. Tal vez saben que me escondo aquí. Si preguntan a la gente...— Dijo Yaluc, temeroso.

—Dilmala dijo que sólo ella y la Hija Mayor saben que estás aquí. Te aseguro que nadie de la aldea ha revelado tu escondite. No saben quién

eres, y, desde luego, a las gentes de por aquí no les gustan demasiado los Hombres del Rey. No hablarán con ellos a menos que se vean obligados.— Mosh comenzó a alejarse camino de la aldea, y Yaluc permaneció allí lleno de angustia. Sólo cuando por fin vio partir de nuevo a los jinetes se atrevió a bajar.

La gente en la aldea parecía especialmente bulliciosa cuando llegó. Todos parecían enfrascados en conversación, y discutían animadamente. Mosh salió a esperarle a la puerta de la pequeña cabaña de su familia, en la que, tan amablemente le habían dado cobijo.

—Ven, entra y come algo. Seguro que tendrás hambre después de tantas horas en el prado.— El afable hombre dijo, mientras le pasaba el brazo por los hombros, y le conducía dentro de la cabaña. Mientras caminaban, Mosh se inclinó, y le habló al oído. —No te han mencionado para nada. Puedes estar tranquilo. Nadie sabe que estás aquí.— Yaluc se relajó visiblemente. Pero ahora, su natural curiosidad se había visto estimulada.

—¿Y, a qué han venido?— Preguntó. Jaduma fue quien le respondió.

—Son heraldos que van anunciando la muerte del rey Belcentes, y que el príncipe Andamar será mañana coronado.— ¿Andamar? Yaluc se preguntó extrañado. Siempre había creído que el heredero era el príncipe Domusal. Pero bueno ¿Qué le importaban a él las cosas de los reyes? Se dio cuenta entonces de que todos, incluso la pequeña Derina, le miraban con gran atención. Él les devolvió la mirada, inquisitivo. —¿Te sientes bien?— Jaduma le preguntó con voz suave, y una mirada de gran ternura.

—¿Yo? Sí, claro. Después de todo, no venían a buscarme ¿Por qué no me iba a sentir bien?— Preguntó él desconcertado.

—Tu padre ha muerto.— Jaduma continuó en el mismo tono. Claro, por supuesto. El rey Belcentes acababa de morir, y era su padre. No lo había pensado, pero ¿por qué iba a hacerlo? Toda su vida había vivido en el templo, a unos pocos pasos de distancia del Palacio de las Nubes. Belcentes siempre supo que él estaba allí. Él personalmente había encomendado su cuidado a Ris. Y en todo ese tiempo, ni una sola vez se le había aproximado. Jamás le había llamado a su presencia. Y, en las ocasiones en que visitaba el templo, Yaluc había sido para él tan invisible como el resto de acólitos o sirvientes. Sin embargo, aquel extraño y lejano rey era su padre, por lo que tanto el nuevo rey como el antiguo Príncipe Heredero eran sus hermanos. Resultaba que él, que siempre se había

sentido tan solo, tenía hermanos y hermanas. Pero ahora que sabía que lo eran, los seguía sintiendo tan lejanos como siempre. Se encogió de hombros.

—Nunca fue un padre conmigo. Así que, para mí, su muerte no significa más que para vosotros.— Se sentó pensativo junto a la mesa, donde Jaduma había colocado los alimentos ayudada por Mores. Luego, el niño se sentó a su lado. El pequeño se había convertido prácticamente en su sombra. Le seguía a todas partes, y siempre escuchaba fascinado cualquier cosa que Yaluc le contara sobre su vida en el templo. Sólo cuando Yaluc subía a los prados más altos, el niño prefería quedarse ayudando a su madre. Las cuestas eran demasiado duras y difíciles para su pierna inútil. Yaluc, por su parte, le había tomado gran cariño, igual que a la pequeña Derina. A ellos sí que los sentía tan cercanos como a unos hermanos menores.

Aquel día guardaba aún más sorpresas para Yaluc y las gentes de la aldea. Comenzaba a ponerse el sol, cuando un joven llegó corriendo por el mismo camino que habían traído los Hombres del Rey. Apenas recuperó el aliento, y bebió un poco de agua que le ofrecieron, anunció:

—La Hija Mayor viene hacia aquí. No es ningún asunto relativo a la gente Loggi lo que la trae, por lo que no habréis de hacer ningún preparativo solemne. Sin embargo, os pide que le preparéis un alojamiento lo menos incómodo posible para sus cansados huesos.—

—¿Un alojamiento?— Preguntó alguien. —Eso es que piensa honrarnos con su presencia por un periodo largo...—

—Yo sólo sé lo que os he anunciado. Su intención es llegar antes de que caiga la noche. Pero no puede viajar sino muy despacio, y el último tramo del camino hasta esta aldea es muy empinado.— Hubo discusiones sobre si debían acudir al camino a buscarla o no. Pero, al final, nadie se decidió a hacerlo, pues Zesera no lo había solicitado. Incluso para alguien habituado a la autoridad incontestable de los superiores como Yaluc, la actitud de la gente de la aldea resultaba extraña. Los aldeanos, que en cualquier otra circunstancia, se desenvolvían con tanta seguridad, parecían niños asustados ante la llegada de Zesera. Yaluc recordaba que a él también le había impresionado mucho aquella enorme mujer, pero también recordaba que su presencia no sólo no le asustaba, sino que le inspiraba calma y seguridad.

La aldea quedó en silencio como todas las noches, pero era evidente que nadie se había ido a dormir. Por fin, con la noche ya avanzada, llegó la pequeña comitiva. Sin hacer apenas ruido, la gente salió de sus casas a recibirla. Zesera venía subida en su peculiar asiento portado por cuatro fornidos jóvenes como siempre, pero cuando Yaluc la miró, vio que parecía a punto de derrumbarse. Apenas se mantenía en el asiento, y su cara estaba casi tan pálida como la del propio Yaluc. El chico también tuvo la sensación de que parecía mucho más vieja que la primera vez que la vio, no hacía siquiera un mes.

—Sé bienvenida Zesera. Siempre es una gran alegría recibirte.— Dijo Jaduma, acercándose a la silla que los portadores habían depositado cuidadosamente en el suelo. —Es una sorpresa, pues ya no esperábamos tu visita tan avanzado el verano.— Dos de los portadores se colocaron a ambos lados de la silla, y ayudaron a Zesera a ponerse en pie. Era evidente lo mucho que le costaba.

—Hace semanas que tenía previsto venir, pero, lamentablemente, las fuerzas no me acompañan como antes, y he tenido que permanecer descansando más tiempo que viajando.— Zesera dijo con voz firme, aunque no tanto como la primera vez que Yaluc la había escuchado.

—No tienes muy buen aspecto. Aunque nos llena de alegría tenerte aquí, como sabes, tal vez deberías haber dejado tu visita para más adelante; para la próxima primavera, incluso.—

—Imposible.— Zesera respondió, esta vez con mayor firmeza en su voz. —He venido ahora porque no tengo tiempo que perder, y aún me queda una importante tarea que he de completar antes de volver a la Madre. Y si he venido a esta aldea es porque aquí es donde esa tarea ha de completarse. Ahora, me gustaría descansar. Si sois tan amables de indicarme un lugar.—

—Desde luego. No hemos tenido tiempo de preparar un lugar adecuado para ti, pero mi familia se sentirá muy honrada si descansas en nuestra cabaña.— Esta vez, fue Mosh quien habló. Yaluc, que lo observaba siempre todo con gran curiosidad y atención, se maravillaba de la reverencia con que aquella gente trataba a Zesera. Él, por supuesto, había visto a los sacerdotes de Nin officiar ceremonias frente a la gigantesca estatua del dios, pero esto era muy distinto, Zesera era un ser humano. La mujer asintió, y Mosh precedió a los jóvenes que ayudaban a caminar trabajosamente a la imponente mujer.

En el interior de la cabaña, Jaduma extendió una de las mullidas pieles enrolladas que la gente de la aldea usaba para dormir. Estaban hechas con suaves pieles cosidas y rellenas con hierbas de agradable olor, y Yaluc las encontró inmediatamente mucho más confortables que los incómodos jergones en los que dormían todos en el templo.

—Como siempre, sois muy amables y generosos conmigo, Jaduma. Pero si me tiendo ahí, no podré levantarme de nuevo, y aún no puedo permitírmelo. Deja esas cómodas pieles de dormir para ti y tu familia. Para mí será suficiente con un par de cojines en un rincón cerca del fuego, donde pueda recostarme.— Zesera dijo, sonriendo a Jaduma. Despejaron un rincón en el lado más abrigado de la cabaña donde colocaron varios cojines formando una pila, de modo que Zesera pudiera sentarse sin demasiado trabajo. Ella les dio las gracias. Rechazó la sopa que le ofrecieron, y como era ya bastante tarde, todos se fueron a dormir.

A la mañana siguiente, Jaduma y Mosh se levantaron antes de que amaneciera, como siempre. Les sorprendió encontrar a Zesera ya despierta. Mosh ayudó a Jaduma a reavivar el fuego y a cortar pan y queso para el desayuno. Zesera desayunó con ellos, que permanecieron en respetuoso silencio. Éste no tardó en romperse cuando Derina se despertó, y se acercó a su madre demandando su propio desayuno. Los dos chicos no tardaron en despertar también. Pero cuando se disponían a salir con Mosh para iniciar las tareas diarias, Zesera dijo:

—Yaluc, tú quédate.— El chico se acercó algo tímido a la mujer sentada. Sin embargo, cuando se decidió a hablar, ella alzó la mano haciéndole callar antes de que pronunciara una sola palabra. —Espera.— Él se quedó parado. Zesera le hizo un gesto para que se sentara, y el chico lo hizo en el suelo delante de ella. Cuando Jaduma salió de la cabaña con Derina tras ella, la mujer volvió a hablar. —Lo que he de decirte sólo tú debes oírlo, al menos por ahora.— Dijo misteriosa.

—¿Vas a contarme más cosas sobre mi padre el rey? Ya sé que ha muerto.— Yaluc habló intentando aparentar indiferencia. Ella sonrió levemente.

—No. Como ya dije anoche, no tengo mucho tiempo, y hay cosas más urgentes ¿Sabes por qué he venido, Yaluc?— Él se encogió de hombros.

—Anoche dijiste que debías completar una tarea.—

—Exacto. Y si he venido precisamente aquí es porque es donde tú vives. Dilmala eligió un excelente lugar. Aquí estarás seguro mientras lo precises.—

—Sí, bueno. Pero no entiendo ¿Has venido aquí por mí? ¿Es que acaso yo tengo algo que ver con esa tarea que debes completar?— Ella sonrió, esta vez abiertamente, y Yaluc sintió una agradable sensación.

—Eres listo. Pero, a fin de cuentas, no podrías no serlo.— Ella volvía a mostrarse misteriosa. —Precisamente tú eres quien me ayudará a completar esa importante tarea.—

—Pero ¿qué podría yo hacer por ti? Sólo soy un huérfano que no sabe nada de nada.—

—Sabes escribir ¿no?— Ella dijo con tono divertido. A Yaluc le recordó a Dilmala, que siempre encontraba motivos para tomarle el pelo.

—Claro— Respondió orgulloso. Ris siempre le había alabado por su rapidez en aprender el arte de la escritura y su dominio de ella.

—Bien. Pues eso es exactamente lo que quiero que hagas por mí: escribir.—

—¿Y qué es lo que quieres que escriba?—

—Todo—

En la capital del reino de Kynán, ya estaba todo listo para el gran acontecimiento que tendría lugar esa misma mañana. Había sido una espera larga y tensa. De momento, la paz parecía reinar entre las dos ramas de la familia Damoy, pero Andamar no se fiaba. Sabía que su hermano Domusal había aceptado el acuerdo con sinceridad, lo mismo se podía decir de su esposa Kai, a menudo tan crítica con la reina Garpa y las ambiciones de ésta, o de Nusi, madre de la pequeña Uxyla. Incluso los inquietos e inconformistas Cenwolf habían cambiado totalmente su actitud, y se mostraban encantados con el acuerdo. Como siempre, la inteligente Brala encontró inmediatamente la explicación. Ciertamente, emparentar con la rama de Domusal era muy beneficioso para los Cenwolf, pero si Domusal fuera el rey, todo lo más que conseguirían sería ser parientes del rey. Mientras que ahora, con el acuerdo, al ambicioso Semudar no se le iba de la cabeza que su nieta Uxyla sería la próxima reina, y que, por tanto, un rey con sangre Cenwolf se sentaría en el trono de Kynán en un par de generaciones. Los Cenwolf eran muy ambiciosos,

eso era de todos sabido, pero ni ellos habrían sido capaces de imaginar que uno de los suyos sería rey de Kynán.

No era Andamar el único que estaba ansioso porque llegara el día de la coronación. Para Nará, habían sido unas semanas de terrible angustia y temor de no ser capaz de realizar su labor con éxito. Si bien la ceremonia de coronación era una de las más importantes, si no la que más que una Primera Doncella desempeñaba, cuántas terminaban su ministerio sin haber tenido ocasión de experimentar ese honor. Nará sabía muy bien que lo más probable era que ésta fuera su única ocasión. Pero los dioses no parecían estar de su lado.

No era nada habitual que pasaran tantos días sin que las divinidades se pronunciasen sobre la fecha adecuada para coronar al rey. Por eso, Nará había llegado a creer que había estado equivocada toda su vida, y que ella no estaba destinada a ser Primera Doncella ¿Qué explicación podía haber si no para el silencio de los dioses? Noche tras noche rezaba devotamente ante el altar de Arapagena, la diosa de la luna, protectora de los reyes y todopoderosa señora de la noche y de las aguas, y cada amanecer le sacrificaba una paloma blanca, pero seguía sin obtener respuesta. Por fin, la noche número 12, la diosa había respondido. Nará se apresuró entonces a hacer llegar la noticia a palacio. Inmediatamente, Andamar había enviado heraldos a todos los rincones del reino y a los reinos vecinos anunciando la ceremonia que tendría lugar justo a los 21 días de que Belcentes partiera a reunirse con los antepasados.

Normalmente, el paso de un rey al siguiente se producía sin mayor incidente. Había sido así durante siglos. Por ello, la ceremonia de coronación era sobre todo, una puesta en escena, una deslumbrante y cara función para mostrar al pueblo y a los enemigos el inmenso poder del rey de Kynán. Pero esta vez, nada era como de costumbre. El hecho de que quien se sentaba en el trono fuera Andamar en lugar de Domusal, a quien todos habían reconocido como heredero por décadas, había despertado una gran curiosidad, y la ciudad de Taros estaba nuevamente llena de gente. Muchos reinos vecinos, e incluso más lejanos habían enviado a sus embajadores, algunos de los cuales estaban llegando esa misma mañana al puerto. Nadie quería perderse lo que pudiera ocurrir este día.

Andamar, que no había sido capaz de dormir ni una hora aquella noche, contemplaba desde uno de los ventanales de palacio a la

muchedumbre que se iba congregando abajo. Sabía que muchos acudían expectantes por ver si de verdad Domusal consentía en renunciar al trono, deseando secretamente, o no tan secretamente, que no lo hiciera. El nuevo rey sobre todo temía a su sobrino Menetir. Por supuesto, nadie estaba autorizado a portar armas en el recinto del palacio durante la ceremonia. Pero, aun así, podría haber disturbios. Al igual que su padre, Menetir era un muy respetado general, a pesar de su juventud, y sus hombres le eran igual de leales. Andamar no veía la hora de que aquel día terminara, y aún ni siquiera habían empezado las ceremonias.

Ya comenzaban a sonar las trompas que anunciaban su salida al patio, pero Andamar se resistía a separarse del ventanal. Miraba la gran explanada con todo dispuesto: el altar del sacrificio, el estrado donde le sería colocada la corona, la elevada y complicada estructura sobre el gran carro real, sobre la cual haría su paseo triunfal por toda la explanada y la avenida real recibiendo las aclamaciones de sus súbditos... Dos jóvenes sacerdotes de Nin estaban ya conduciendo al gran toro blanco hacia el altar. Andamar sintió un escalofrío.

—Todo saldrá bien. No se ha descuidado ningún detalle de la ceremonia.— Brala le habló afectuosamente, mientras tiraba con suavidad de su mano para hacerle ponerse en marcha. Andamar la miró. Estaba magnífica con su espléndido vestido dorado como mandaba el protocolo y su hermoso cabello casi del mismo tono que el vestido, recogido en complicado peinado adornado de perlas y trenzado con hilos de oro.

—No dudo de los preparativos. Sé que nada ha de fallar... excepto si falla el propio rey.— Brala le sonrió, comprensiva como siempre, sin embargo, su madre no le miraba con tanta comprensión.

—Escúchame, Andamar. No vas a echar a perder todo lo que tan duramente hemos conseguido. No permitas que nuestros enemigos te vean dudar lo más mínimo.—

—¿Qué enemigos, abuela? Mi padre ha conseguido el acuerdo con Domusal. No tengas ninguna duda. Todos haremos bien nuestro papel.— Las palabras de Naadur hicieron sonreír a Andamar, y le dieron nueva confianza. Después de todo, su hijo tenía razón. No había motivo para dudar. En su interior, sin embargo, Andamar deseó parecerse un poco a su hijo. Seguro que el intrépido Naadur no tendría miedo de que le temblara la mano cuando tuviera que sacrificar al toro sagrado.

Salieron todos a la explanada. La familia real componía una imagen magnífica. Andamar, alto con el sol arrancando destellos rojizos de su cabellera y dorados de su túnica, con la adorable Brala a su lado. Detrás, Naadur, que desde ese día sería el Príncipe Heredero, casi tan alto como su padre, aunque su fisonomía era aún la de un muchacho, su cabello era aún corto, pues apenas hacía un mes que había dejado de ser un niño, y en su rostro, aún no crecía la barba. Era evidente, sin embargo, que su aspecto sería tan magnífico como el de su abuelo Belcentes, del que era la viva imagen. Iba vestido con túnica plateada como correspondía al heredero. Por último, la imponente Garpa, caminaba solemne. Su presencia nunca pasaba inadvertida, aunque en esta ocasión, fuera completamente vestida de blanco como señal de luto, sin joyas ni adornos, y con la cabeza y rostro cubiertos por un velo.

Brala, Naadur y Garpa se dirigieron al estrado, donde se sentaron en el banco dispuesto para ellos. Mientras, Andamar caminó intentando no mostrar nerviosismo hacia el altar, donde Nará ya le esperaba junto a Palas y los sacerdotes que sostenían al gran toro blanco. En esos momentos, los dos sacerdotes estaban poniendo delante del enorme toro el cuenco conteniendo agua en la que se habían disuelto hierbas del sueño. Andamar agradeció a todos los dioses que la bestia se encontrara dormida en el momento de darle muerte. No siempre había sido así, pero algunos incidentes bastante sangrientos con toros asustados por la multitud convencieron a los sacerdotes ya siglos atrás. El nuevo rey se colocó junto al altar y un sacerdote le puso el manto negro con el que se cubriría durante el sacrificio. Así cubierto de la cabeza a los pies, escuchó con recogimiento junto a todos los presentes, la invocación de Nará.

—¡Oh Poderoso Nin, rey de todos los dioses, Arapagena, señora de la noche y de las aguas, y protectora de los reyes, dioses y diosas de los cuatro rincones del mundo! Mirad con benevolencia a éste que se pone a vuestro servicio, y que os ofrece este toro como muestra de su disposición. Os ruego que aceptéis este sacrificio y continuéis protegiendo al reino de Kynán.— Después de pronunciar esas palabras en voz alta, dirigiéndose a las deidades, Nará se acercó a Andamar y le entregó el hacha ceremonial. El instrumento tenía el mango de marfil, adornado con piedras preciosas, pero su hoja era del más afilado acero. Andamar la tomó con manos temblorosas. Aunque el manto le cubría la cabeza, ocultando su rostro a los espectadores, sentía todas y cada una de sus miradas, muy especialmente las de Domusal y su familia que se sentaban en las gradas dispuestas a uno de los lados para los más altos dignatarios presentes en la ceremonia. No necesitaba verle para saber

que Menetir tenía sus ojos fijos en él, ojos en los que, sin duda, se reflejaría todo el odio que sentía el depuesto príncipe.

Sin embargo, Menetir tenía su mirada fija en Naadur. No podía creer cómo toda su familia había aceptado el ignominioso acuerdo con Andamar. Y le resultaba especialmente insoportable ver al petulante mocoso ocupando el lugar en el que él debería estar aquel día. Hasta que se enteró de la vil conspiración de Andamar, había tolerado al muchacho, incluso había sentido cierta simpatía por él. Las cosas habían empezado a cambiar en los últimos tiempos. Naadur era cada vez más descarado desafiando a su primo mayor. Menetir no había querido darle mayor importancia, pues, al fin y al cabo, Naadur nunca sería más que un pariente más, y por mucha que fuera su habilidad militar, él sería el Príncipe Heredero, y siempre estaría por encima de Naadur. Pero ahora, después de lo ocurrido, le resultaban completamente insufribles las humillaciones del chico. A pesar de su corta edad, Naadur había demostrado un talento y una habilidad muy superiores a las de Menetir. Más de una vez, durante los ejercicios, el pequeño grupo mandado por Naadur había derrotado a los experimentados soldados de Menetir. Todos decían que Naadur sería un gran general. Con gusto acabaría con él, si no se hallara completamente desprovisto de armas.

Andamar levantó el hacha por encima de su cabeza. Miró al enorme animal que, afortunadamente, ya acusaba los efectos de las hierbas, y bajaba la cabeza, aturdido. Respiró hondo, cerró los ojos, y bajó el hacha con todas sus fuerzas. El golpe fue certero sobre la nuca del toro. El animal cayó a plomo sobre la plataforma. De la herida de su cuello manaba ya abundante la sangre que comenzaba a resbalar hacia el gran cuenco situado al pie de la plataforma. A la vez que el toro caía muerto, se elevó un grito unánime desde la multitud. Especialmente los súbditos más humildes manifestaban su júbilo, no sólo porque un toro sacrificado limpiamente era un buen auspicio, sino, porque sabían que después el animal sería despedazado por los sacerdotes, y los pedazos repartidos entre la gente. Se esperaba que celebraran un banquete con la carne en honor del nuevo rey.

Como mandaba el ritual, Nará introdujo dos dedos en la herida del toro muerto y con ellos trazó una línea en la frente del nuevo rey. Andamar, ya sin la angustia de antes, comenzaba a disfrutar de la euforia de su pueblo. Se irguió despojándose del negro manto y caminó seguro hacia el estrado. Se detuvo un momento a contemplar los rostros de su esposa, su madre y su hijo, que le miraban sonrientes, y avanzó hacia el borde del estrado, donde sería completamente visible para la muchedumbre congregada. Nará se encontró nuevamente con él. Esta

vez, en sus manos llevaba la corona ancestral, la que todos los reyes de Kynán se habían ceñido desde el primero, cuyo nombre Andamar llevaba. En contraste con la riqueza de los adornos y joyas del rey, la corona era muy sencilla, consistía en un simple aro, pero era sagrada para los valate, pues fue forjada con la espada que el primero de sus reyes había blandido venciendo a incontables enemigos. Hubo nuevos gritos de júbilo.

Entre todos esos súbditos de humilde condición que tanto aplaudían y vitoreaban al nuevo rey, cuando no muchos días antes no pocos de ellos le habían llamado usurpador, se encontraba alguien especial. Dilmala se situaba justo enfrente del estrado, confundida entre la multitud. No llevaba la cara pintada, tampoco cintas de colores ni adornos de plumas en su oscuro cabello, que le caía por la espalda hasta más abajo de la cintura, sujeto en la nuca con un sencillo pasador de madera. También había cambiado su peculiar vestimenta del bosque por un vestido de campesina. Era necesario que pasara desapercibida como si fuese una campesina más. Se encontraba allí porque Zesera se lo había pedido. Ella tenía algo muy importante que hacer y muy poco tiempo, por lo que pidió a Dilmala que asistiera a la ceremonia de coronación poniendo toda su atención en cada detalle.

Dilmala sabía que si Zesera le pedía eso es porque debía haber una buena razón para ello. Desde donde estaba, tenía una vista perfecta del nuevo rey y su familia. En ese momento, miraba a Andamar, que se dejaba colocar la corona eufórico, y sintió compasión por él. Algo le decía que, a pesar de su estatura y buen aspecto, esa corona iba a ser demasiado pesada de llevar para él. También había observado con gran curiosidad al guapo príncipe Naadur. El parecido con Yaluc era asombroso. Bueno, ahora ella sabía que eran parientes, concretamente, Yaluc era tío de Naadur, a pesar de que tuvieran la misma edad. Sin embargo, muy bien podrían haber pasado por hermanos gemelos, si no fuera por el cabello. El de Naadur era oscuro, del color del vino, mientras que el de Yaluc se acercaba más al color de las hojas en otoño. Desde donde estaba no podía verlo, y se preguntó si los ojos de Naadur tendrían el mismo extraño color que los de Yaluc que tan pronto se veían azules como verdes.

Suspiró apartando esos pensamientos. No quería pensar en Yaluc, ni mucho menos en sus bonitos ojos. No, era mejor que no pensara en él, porque hacerlo siempre le hacía sentir una desagradable presión en el pecho. Era mejor que siguiera atenta a la ceremonia como Zesera le había pedido.

—Te saludamos Andamar, rey de Kynán, Señor del Mundo. Que los dioses te sean siempre propicios...— Nará seguía hablando, pero su voz se vio ahogada por los gritos, que iban en aumento. Mas, esta vez, eran gritos de terror, no de alegría. Todo el mundo miraba al cielo, y el temor crecía. Justo cuando Nará colocó la corona en las sienes de su hermano, había comenzado a disminuir la luz del sol. Pero no era que una nube lo ocultara, como todos habían pensado. No había nube alguna en el cielo. Sin embargo, poco a poco, el disco de la luna había empezado a ocultar la luz del rey del cielo. A los gritos de terror, les sucedió un silencio pavoroso, cuando la noche se adueñó de Kynán, aunque no era siquiera mediodía. Las tinieblas se lo tragaron todo, y la gente huyó despavorida. La explanada pronto quedó vacía. Incluso los nobles habían huido. Sólo Andamar permanecía completamente paralizado de pie en el estrado. Dilmala tampoco se había movido. Sus miradas se encontraron por un breve instante, y ella supo por qué Zesera la había enviado.

Sangre inocente

Menetir cabalgaba sin mirar atrás. Había salido al amanecer, y no pensaba detenerse hasta alcanzar su destino. Sabía que, incluso sin detenerse más que lo imprescindible, le llevaría al menos 3 días. Sin embargo, estaba decidido. Confiaba en que su fortaleza de experimentado militar y su juventud le permitieran realizar la hazaña. Sólo se detendría para cambiar de caballo, cuando fuera necesario. Conocía todos los puestos que los correos del rey solían utilizar. Aprovecharía las paradas para beber y tomar algún bocado, pues no deseaba desfallecer. Pero no tenía intención de detenerse a descansar y mucho menos, dormir.

Poderosos sentimientos le empujaban a alejarse cuanto antes de Taros, e incluso del reino. Al igual que todos los presentes, el eclipse del día anterior le había llenado de angustia y temor. Pero siendo él quien era, pronto llegó a la conclusión de que todos los extraños acontecimientos que se habían venido sucediendo ya desde antes de la muerte de Belcentes, se debían a la furia de los dioses, a su profundo descontento con lo que estaba ocurriendo en el reino. Tenía toda la intención de ponerle remedio. Él sabía cómo recuperar el favor de los dioses, pero no podía hacerlo solo. Por desgracia, no podía contar con sus familiares más cercanos. Su padre había claudicado, aceptando incluso sin protestar que Naadur pasara a ocupar los aposentos que hasta entonces le habían pertenecido como Príncipe Heredero. Desde entonces, se alojaba junto con sus hombres en los pabellones de la guardia real.

Andamar había ofrecido a Domusal y su familia seguir viviendo en palacio. Pero eso no tenía mucho sentido. Por eso, Domusal se había ido con los soldados, mientras que su esposa Kai se alojaba temporalmente en casa de su propia familia en la ciudad. Como Menetir y Enekhhal aún no se habían desposado, no tenían casa propia, y continuaban viviendo con sus padres. Enekhhal, tan cínico y oportunista como siempre, había aceptado quedarse en palacio. Después de todo, para él no supondría ningún cambio, pues seguiría ocupando los mismos aposentos que hasta entonces. Menetir, sin embargo, profundamente ofendido como se sentía, había preferido acompañar a su madre. Irónicamente, vivir fuera de palacio le había beneficiado, pues gozaba de mayor libertad de movimientos. No tenía que pasar por delante de los guardias para salir, ni explicar por qué no llevaría una escolta. De esta manera, había podido salir de casa de sus parientes sin responder preguntas. No veía el

momento de llegar a su destino, donde esperaba recibir la ayuda que tanto necesitaba.

Aunque el eclipse había durado sólo unos pocos minutos, y luego, el sol había vuelto a brillar como siempre, el ambiente en la ciudad era de profundo temor. La gente había huido a sus casas, a reunirse con los suyos en espera de la segura desgracia que se cernía sobre ellos. Durante el resto de aquel aciago día, la noche que le siguió, e incluso aquella mañana de verano, que había amanecido tan luminosa, la ciudad permaneció ominosamente vacía y silenciosa. Los sacerdotes de Nin tampoco habían salido del templo, donde se refugiaron tan aterrados como el resto, por lo que el cuerpo del toro blanco permaneció en la plataforma de sacrificios, pudriéndose bajo el implacable sol. Los buitres daban cuenta de él en lugar de los súbditos de Kynán. No hubo celebraciones ni banquetes. Nadie esperaba nada bueno de un reinado con tan nefasto comienzo.

Andamar no se sentía mejor que sus súbditos. No sabía decir cuánto tiempo había permanecido paralizado de pie en el estrado. Desde luego, el sol ya había vuelto cuando recuperó los sentidos. Para su sorpresa, fue Naadur quien le ayudó a regresar dentro del palacio. El muchacho no había pronunciado palabra, lo que Andamar le agradeció infinito. Simplemente había permitido que su aturdido padre se apoyara en él para no derrumbarse.

En palacio, reinaba el mismo silencio que en el resto de la ciudad. Por supuesto, Andamar no había dormido, y por una vez, Brala no había insistido en llevarle al lecho. En cuanto amaneció, Andamar hizo llamar a Palas y a Nará, que aún no había regresado a su isla. Después de todo, la ceremonia de coronación no se había completado. Todo era muy extraño, y nadie parecía saber qué hacer. Todos tenían en mente las historias que se contaban, un eclipse siempre era presagio de lo peor.

Nará y Palas ya le esperaban en la antecámara real cuando al fin salió. Ni siquiera se había despojado de sus doradas ropas, pero nadie se atrevió a hacer ningún comentario. Se disponían a sentarse para comenzar a hablar, cuando el guardia de la puerta entró, haciendo notar su presencia con un golpe de su larga pica en el suelo.

—Discúlpame, mi señor. Sé que te hallas en medio de una importante reunión, pero tu augusta madre solicita que la recibas. Dice que tiene algo muy importante que discutir contigo.— Andamar no tuvo ocasión de replicar, pues Garpa irrumpió en la gran sala.

—No son necesarias tantas ceremonias. Ya sé que mi hijo está reunido con el sumo sacerdote y la Primera Doncella. Los asuntos que vayan a tratar no son un secreto para mí.— Garpa dijo, decidida, entrando y sentándose delante de su hijo. Andamar hizo un gesto al guardia, indicando que todo estaba bien, y el hombre volvió a salir, cerrando la puerta tras de sí.

—Madre. Sabes cuánto te respeto. Pero no puedes seguir actuando como si formarás parte de mi consejo.— Dijo Andamar. Vio que sus palabras no eran bien recibidas por su madre, pero ella no dijo nada al respecto. En cambio, sin inmutarse, dijo:

—Te aseguro que agradecerás mi presencia. Supongo que has convocado esta reunión para hablar de lo sucedido ayer.—

—Es evidente que los dioses no están contentos, madre. Seguramente, no han recibido bien el hecho de que yo ocupe el trono en lugar de Domusal, no importa lo que el documento de mi abuelo dijera. Los dioses siempre han favorecido a Domusal...—

—Escúchame, no vas a echar a perder todo lo que hemos conseguido, por tu falta de valor. Tienes todo el derecho a sentarte en el trono. Llevas la sangre de los más altos linajes de los valate. Desciendes directamente del fundador, aquél que fue elegido por el propio Nin. Estás dónde debes estar, dónde te corresponde. No te atrevas a dudarlo ¿Por qué crees que te puse el nombre del elegido?— Garpa habló a su hijo como quien no admite discusión.

—Precisamente, madre. Quizá se trate de eso mismo. A lo mejor los dioses consideran que hemos sido demasiado arrogantes, y por eso nos han abandonado.—

—Estoy de acuerdo con Andamar, madre. Quizá me he negado yo misma a verlo. Pero ¿por qué si no los dioses tardaron tanto en revelarme la fecha de la coronación? Y luego, el eclipse. Sin duda, es su modo de advertirnos.— Nará dijo.

—No podemos negar que se han estado produciendo extraños acontecimientos, que, sin duda, son señales. El mismísimo Nin enviando uno de sus rayos para decapitar su propia imagen, y ayer, nuevamente el más poderoso entre los dioses siendo oscurecido y anulado por la señora de la noche. Creo que el poderoso Nin nos está haciendo saber que no está conforme con nuestro comportamiento. Y quién sabe qué horrible castigo podría enviarnos, si no le aplacamos pronto.— Palas habló con voz temblorosa.

—Sin duda, está muy claro que los dioses están descontentos, y amenazan con volvernos la espalda...—Garpa comenzó, y todos la miraron sorprendidos, pues no era eso lo que habían esperado escuchar de ella. Sin embargo prosiguió: —Pero no es con nosotros con quien están descontentos. Su disgusto, no hay duda que es debido a que los valate hemos olvidado nuestros deberes sagrados. El poderoso Nin hizo un trato con nuestros antepasados. A cambio de ser sus protegidos, de habernos salvado de la destrucción, y traernos hasta este segundo hogar, sólo nos exigió cumplir sus sagrados preceptos. Pero los hemos ido olvidando. Hemos permitido gentes extrañas, costumbres extrañas... y para rematarlo, mi desafortunado esposo ha estado a punto de colocar a un rey de sangre mezclada en el trono de Kynán. Al igual que tú, Palas, creo que los dioses nos han estado enviando señales... Señales para que regresemos al recto camino. El eclipse de ayer, por muy mal presagio que parezca, en realidad debemos interpretarlo como la oportunidad de un nuevo comienzo. Andamar, hijo mío, no debes ser pusilánime. La mismísima Arapagena, señora de la noche y protectora de los reyes, te envió ayer un claro mensaje. Es momento de que devuelvas a los valate y al reino de Kynán la gloria perdida.—

En la pequeña aldea de las montañas, el eclipse se había vivido de una manera muy diferente. Yaluc aún no daba crédito. Por supuesto, él había sentido el mismo terror que las gentes de la ciudad. Sin embargo, la gente Loggi mostraba la alegría y el entusiasmo de una fiesta. Casi todos los adultos habían estado trabajando en acondicionar un lugar para Zesera. Pero cuando la luna ocultó el sol, dejaron el trabajo y se pusieron a cantar y bailar como locos. O eso es lo que le pareció a Yaluc. Aquella misma tarde, terminaron de acondicionar una cabaña para su ilustre invitada. Y con el magnífico ambiente festivo del día, acompañaron a la mujer hasta su nuevo hogar.

Era una cabaña que se encontraba apartada de la aldea. Yaluc fue informado de que en ella había vivido una familia hasta unos pocos años antes. Pero durante un invierno especialmente duro, la aldea se había visto azotada por unas fiebres que se llevaron a muchos aldeanos, entre ellos, casi todos los miembros de aquella familia. Sólo quedó el padre que, no pudiendo superar la tristeza, prefirió regresar a la aldea donde había nacido. La cabaña era algo más grande que las del resto de la aldea.

—La cabaña está algo apartada, y hay que subir una cuesta para llegar. Pero es la única que estaba disponible, y le hemos hecho aberturas, como pediste Zesera. Desde luego, podemos construir una

como a ti te guste en un lugar más cómodo, pero como nos dijiste que no tienes tiempo que perder...— Mosh explicó. Aunque nadie le hubiera dicho nada al respecto, Yaluc había deducido que Mosh y Jaduma eran una especie de jefes de aquella aldea.

—Será perfecta, Mosh.— Dijo Zesera. —Ciertamente, me va a resultar difícil llegar hasta ella. Pero el esfuerzo no será excesivo, ya que, una vez entre, sólo saldrá de ella mi envoltura, pues yo habré regresado a la madre.— Una vez más, Yaluc vio cómo los rostros de los aldeanos reflejaban gran tristeza al oír aquellas palabras, pero nadie dijo nada.

En efecto, fue un camino muy difícil para Zesera, que necesitó la ayuda de varios aldeanos para llegar. Cuando al fin alcanzaron la cabaña, Jaduma ya les esperaba allí junto con un pequeño grupo que se había dedicado a terminar de acondicionar la cabaña. El fuego ya estaba encendido, y salía un agradable aroma de la comida que habían estado preparando. Aunque ya se había puesto el sol, Zesera se dedicó a observar atentamente la cabaña desde fuera.

—Perfecta. Como he dicho, es perfecta. Yaluc y yo vamos a estar muy bien aquí. Os agradezco mucho todos vuestros generosos esfuerzos.— Yaluc la miró asombrado.

—¿Yo voy a vivir aquí?— Preguntó.

—Es lo mejor, ya que voy a mantenerte muy ocupado. De ese modo, no tendrás que desplazarte.—

—¿Y qué pasa con los trabajos que hago en la aldea? He de ayudar a Mosh y Jaduma...— Los aludidos le miraron con sonrisa afectuosa.

—Ningún trabajo es tan importante como ayudar a la Hija Mayor. Es un gran honor. Eres muy afortunado de que te haya elegido. Aunque si lo ha hecho es que sin duda, te lo mereces.— Dijo Jaduma.

—No te aflijas, joven Yaluc, no te retendré mucho tiempo. Después podrás continuar mostrando tu agradecimiento a Mosh y Jaduma por recibirte en su casa.— Dijo Zesera, dedicándole también una mirada afectuosa. —Ahora, si no os importa, queridos míos, desearía retirarme a descansar. Necesito reservar mis escasas fuerzas para el trabajo que Yaluc y yo hemos de realizar. Vamos, joven Yaluc, despedámonos por hoy de nuestros queridos amigos.— Con amplias sonrisas, todos fueron despidiéndose, haciendo una pequeña inclinación de cabeza. Cuando se quedaron solos, Zesera volvió a hablar: —Ven, ayúdame a sentarme en

aquellos cojines. Todos han sido muy considerados, recordando que no puedo tenderme del todo. Seguro que tienes hambre, y esa sopa huele de maravilla. Cenemos, joven Yaluc.—

—Y yo ¿dónde dormiré?— Yaluc preguntó, mientras ayudaba a la corpulenta mujer a recostarse lo más cómoda posible.

—Donde desees.— Yaluc miró a su alrededor. Recordando lo que Zesera había dicho, tomó un par de cuencos de una repisa cerca del fuego, y sirvió sopa para ambos. Durante unos minutos, Zesera le observó divertida.

—Vamos, adelante, sé que tienes muchas preguntas. Tu espíritu está lleno de curiosidad. No debes temer preguntarme lo que te apetezca, es más, espero que lo hagas. Demuéstrame que no me he equivocado al elegirte.—

—Hablas como si supieras que vas a morir pronto ¿Cómo puedes saberlo?—

—No es tan extraordinario. La Madre Generosa siempre avisa a sus criaturas cuando están cercanos a volver a ella. Sin embargo, no todos la escuchan.— Yaluc arrugó la nariz, pensativo.

—No sabía que hubiera gente como tú, ni tampoco como estos aldeanos... Aquí, nada ocurre como donde me crie.—

—Ya sabía que te sorprendería lo ocurrido ayer durante el eclipse. Te lo explicaré, igual que todo lo demás. Los acontecimientos nos ofrecen una excelente manera de comenzar nuestra obra. Yo ya no duermo mucho. De modo, que serás tú quien marque el comienzo de cada jornada. Espero que aprovechemos bien el tiempo. Elige el rincón que prefieras para dormir. Los aldeanos han dejado pieles para ambos. Si me alcanzas una de aquéllas, no tendremos que preocuparnos por mantener el fuego encendido.— Yaluc le acercó una de las pieles para que se cubriera, y volvió a mirar a su alrededor, indeciso. —Cálmate, sin duda te preguntas cómo te las arreglarás con una anciana que apenas puede moverse...— Yaluc se ruborizó, y Zesera sonrió maliciosa. —Tú no tendrás que asistirme. Ya lo he acordado con las mujeres de la aldea. Alguna vendrá cada día para ayudarme. Tú sólo has de escribir. Es para lo que estás aquí.—

El camino fue más duro de lo que Menetir había esperado. Como no quería perder tiempo, cabalgaba incluso durante las horas más calurosas del día, y muy a su pesar, debía parar a menudo para dar de beber al caballo. El mismo se resintió del fuerte calor y llegó incluso a

sentir fiebre. Pero al fin, tras casi cuatro días de camino, la última parte del cual había sido subir las empinadas cuestas que conducían a las Montañas Azules, divisó el puesto fronterizo del reino de Narvaly. Se trataba de un reino aliado de Kynán desde tiempos inmemoriales, por lo que el puesto se empleaba sobre todo para controlar el paso de mercancías y cobrar los aranceles. Sabía que no tendría problemas para cruzar, y en cuanto lo hiciera, ya sólo le restaría media jornada para llegar hasta Hitowa, la capital, y al palacio de su tío el rey Rotyc.

Narvaly era un reino pequeño con pocos recursos, enclavado en las Montañas Azules. Había logrado mantener su independencia, salvándose de ser conquistado por los valate, debido a la astucia de sus reyes, que siempre se habían mostrado amistosos y colaboradores con el poderoso reino vecino, y neutrales en cualquier disputa entre reinos. También, a pesar de la escasez de sus recursos, era un reino muy rico, ya que dominaba el único paso de aquellas montañas que permanecía practicable todo el año, y ya hacía mucho que se había especializado en cobrar por el paso de mercancías tanto desde como hacia Kynán. Y, aunque no había motivos para dudar de su amistad, el rey Belcentes había juzgado oportuno desposar a su segunda hija Zysé con el rey Rotyc de Narvaly.

Menetir tenía puestas sus esperanzas en su tía Zysé. Seguro que ella le apoyaría, y quizá pudiera convencer a su hermano Domusal para que rechazara el ignominioso acuerdo que Andamar le había hecho aceptar. Ya hacía tiempo que no veía a sus parientes de Narvaly. Desde que Rotyc subiera al trono dos años antes, las obligaciones del gobierno le mantenían muy ocupado. Su esposa solía visitar a sus parientes durante el verano en la Heredad del Sur, pero aquel año, todos habían estado demasiado ocupados con los preparativos de la boda real que tendría lugar al final del verano. Diedre, la hija mayor de los reyes, se desposaba con el canciller de su padre. De pronto, Ménétir se preguntó si su tío el usurpador asistiría a la boda. Rotyc sólo había enviado a un alto funcionario a la coronación de Andamar, cuando lo normal es que hubiera asistido él mismo, o en todo caso, su hijo Netyc, el Príncipe Heredero. Parecía bastante claro que Rotyc no estaba de acuerdo con la subida al trono de Andamar, y eso daba a Ménétir nuevas esperanzas.

Apenas tuvo que detenerse para entrar al recinto del palacio real de Hitowa. Los guardias le franquearon la entrada en cuanto vieron sus emblemas. En efecto, Menetir llevaba los emblemas de su familia. Andamar había permitido que siguieran siendo miembros de ella, al menos de nombre, de modo que él se aprovechó de ello. Tal vez los guardias le habrían reconocido o, tal vez no, pero el emblema del rey

subiendo la montaña en cuya cima se posaba el sol, abría todas las puertas. Dicho emblema representaba el momento en el que el primer Andamar, el fundador del reino de Kynán, sellaba su trato sagrado con el poderoso dios Nin por el cual, sólo el linaje Damoy podía ocupar el trono. Así había sido durante siglos, y Menetir tenía toda la intención de que el trono volviera a ser ocupado por la correcta rama de la familia, la suya.

Fue inmediatamente conducido hasta el salón de recepciones del rey Rotyc. Su tío se encontraba rodeado de su consejo en medio de sus obligaciones diarias. Sin embargo, al verle llegar, bajó del trono y se le acercó sonriendo.

—Querido sobrino Menetir. Sé bienvenido. Tu visita es una sorpresa, pero nos alegra verte, como siempre.— Rotyc le abrazó cordialmente.

—Aunque siempre es agradable para mí venir a Narvaly, ésta no es una visita de cortesía, tío.— Menetir dijo serio.

—¡Cuánta solemnidad! Ni siquiera me has permitido ofrecerte un refrigerio. Tienes aspecto de haber tenido un duro viaje. Ve al jardín del mediodía, tu tía y tus primas están allí, y seguro que se alegrarán mucho de verte. Yo me reuniré con vosotros más tarde.— Rotyc dijo, empujando suavemente al joven hacia la salida de la gran sala. Pero Menetir se paró en seco, y volviéndose hacia su tío, le habló en voz baja, pero con tono apremiante.

—Tío, ya te he dicho que no estoy aquí para visitar a la familia. Sin duda, estás al tanto de la traición de la que mi padre ha sido objeto por parte de Andamar.— En el mismo tono, Rotyc le respondió:

—No es momento ni lugar. Hablaremos luego. Ve a ver a tu tía y tus primas.— Era una orden que no admitía réplica. Y Menetir, a pesar de lo poco que le gustaba aceptar órdenes, no tuvo más remedio que obedecer. Conocía bien el palacio, de modo que no tuvo problemas para llegar hasta el hermoso jardín situado al sur del gran edificio. Antes incluso de salir, oyó la alegre charla y las risas de las mujeres. En Hitowa, el verano era suave. El jardín estaba bañado por la luz de la tarde, que le daba un tono dorado a las plantas, las flores, e incluso a las mujeres que se encontraban sentadas formando un corro sobre la hierba. Además de la reina y las dos princesas, había algunas doncellas de su servicio, y otras dos damas que Menetir no conocía. Se acercó procurando suavizar su duro gesto.

—Buenas tardes nobles damas.— Saludó en el tono más ligero del que fue capaz. Las galanterías y modales de la corte nunca se le habían

dado bien, no como a su hermano Enekhhal, quien siempre encantaba a todo el mundo con su gracia e ingenio. Las mujeres se volvieron a mirarle. Inmediatamente, la sonrisa apareció en el rostro de su tía y sus dos primas. Sin embargo, Menetir se quedó un momento parado. Diedre apenas había cambiado desde la última vez que la vio. No era ninguna belleza, pero tenía la gracia y frescura de la juventud. Se podía decir que era bonita. La menor, Zodrim, sin embargo, no había mejorado nada en esos dos años. Menetir calculó un momento. Debía de tener 14, y seguía siendo la viva imagen de su padre, lo que para una mujer no era ninguna suerte. Había crecido bastante y su nariz también por desgracia, pensó malicioso. Sin embargo, su sonrisa fue la más luminosa de todas al verle.

—Menetir, querido, no te esperábamos.— Su tía dijo, acercándose y besándole afectuosamente las mejillas. —No creíamos que te veríamos ya hasta la boda.— En ese momento, Diedre también se había acercado a saludarle del mismo modo que su madre. Sin embargo, Zodrim no se decidía a acercarse. —Vamos, muchacha, saluda a tu primo.— La reina apremió a su hija, sin tomar en cuenta su evidente sonrojo. —Vamos dentro. Ya hemos tomado bastante el sol por hoy, y Menetir seguro que está hambriento y sediento.—

Pasaron a uno de los coquetos salones de la reina, donde les fue servida una abundante y deliciosa merienda. Aunque era cierto que se moría de hambre, Menetir no veía el momento de librarse de aquellas cotorras y quedarse a solas con su tía para contarle el motivo de su viaje. Resultó que las damas desconocidas eran las parientes del futuro marido de Diedre. Al fin, acabó la merienda, y las mujeres se marcharon. Diedre acompañó a sus futuras parientes y Zysé hizo señas a su hija menor para que se fuera también. Se había dado cuenta enseguida de que Menetir quería quedarse a solas con ella, pero tenía obligaciones que no podía ni quería descuidar.

—¿Y bien, querido sobrino?—

—Por fin podemos hablar. No veía el momento.—

—Ya lo he notado, y me temo que no he sido la única. La cortesía no es tu fuerte.—

—Sí, bueno ¿y qué? Lo que está ocurriendo es demasiado grave. No tengo tiempo de ser diplomático.— Dijo despectivo.

—Pues harías bien en intentarlo al menos. La diplomacia siempre es útil.— El rey, que acababa de entrar, habló a su sobrino.

—¿Es que vosotros no estáis furiosos con Andamar? Ese traidor...—

—Si no me equivoco, tu padre y él han llegado a un acuerdo.— Dijo el rey.

—Menetir tiene razón en estar furioso. No me puedo creer que mis propios hermanos hayan aceptado ese trato. Qué pronto han olvidado lo mucho que sufrió nuestra pobre madre.— Intervino Zysé. Menetir se sintió animado al oír que su tía reaccionaba como había esperado.

—Así es. No podemos quedarnos de brazos cruzados mientras ese Andamar nos lo roba todo por orden de su madre.— Dijo.

—Garpa siempre nos ha odiado.— Zysé añadió.

—¿Y qué debemos hacer según tú?— Preguntó el rey.

—Desalojar a Andamar de ese trono que no le pertenece, claro.— Menetir dijo indignado. —Tú no acudiste a la coronación, ni enviaste a tu hijo. Está claro que opinas como yo.—

—No, no está claro, porque yo no he expresado opinión alguna.—

—Pero no apoyas a Andamar ¿verdad?—

—Comprendo que estés contrariado, y también que lo esté mi querida esposa, pero yo he de tener la mente fría ¿Acaso crees que este pequeño reino habría sobrevivido si sus gobernantes nos dejáramos llevar por las pasiones?—

—De modo, que no vas a hacer nada. Aceptarás a Andamar como rey de Kynán.—

—Como te he dicho, el principal perjudicado que sería tu padre, ha aceptado, y yo no veo razón alguna para no hacerlo también. Si no he enviado una embajada más importante a la coronación es precisamente por lo que te acabo de decir, la prudencia y la diplomacia han mantenido mi reino libre, y así pienso mantenerlo mientras esté en mi mano. Prefiero esperar y ver.—

—¿Ver? ¿Quieres ver? Pues si hubieras asistido a la coronación, también habrías sido testigo de cómo los propios dioses se rebelaron contra la traición de Andamar. Hubo un eclipse, justo cuando la Primera Doncella le ceñía la corona ¿Qué mayor señal esperas ver?—

—Tal vez los augurios no sean buenos para el rey Andamar, pero eso no le hace menos legítimo, al menos, por el momento.— El rey miró a su sobrino con gesto de comprensión. —Aún eres muy joven y sin

experiencia, por eso te dejas llevar por tus sentimientos. Con el tiempo, comprenderás mi postura y la de tu propio padre. Y mientras tanto, sé bienvenido. Quédate tanto tiempo como gustes.— El gesto de Menetir no se suavizó. Alzó de nuevo la cara para mirar desafiante a su tío.

—La posición de mi padre, dices. Claro, él y el resto de la familia están muy satisfechos porque Andamar ha ofrecido las migajas, organizando los esponsales de Naadur con mi sobrina Uxyla. Incluso los ambiciosos Cenwolf están encantados porque uno de sus descendientes se sentará en el trono.— Refunfuñó.

—Estaría dispuesta a apostar que la idea partió de Garpa, esa horrible mujer. La promesa de esos esponsales es como no prometer nada en absoluto ¡Qué astuta!— Protestó Zysé. Menetir la miró confuso.

—¿Qué quieres decir con que la promesa no significa nada? ¿Crees que Andamar no la cumplirá? Él y mi padre pusieron sus sellos en el documento.—

—No es eso lo que digo. Pero fíjate bien, querido sobrino, Uxyla apenas tiene cinco años. Muchos habrán de pasar aún antes de que Naadur la tome como esposa.— Menetir volvió a torcer el gesto.

—Ese mocoso engreído. No me puedo creer que se sentara en el lugar que yo debería ocupar. Si ya se creía muy listo, cómo se reirá ahora a mi costa. Debería haber aprovechado los ejercicios para librarme de él. Quizá es eso lo que debería hacer. Si Andamar se quedase sin heredero, no tendría más remedio que nombrarme en su lugar. Mi padre es un bastardo, pero yo no lo soy.—

—Creo que éste es un buen momento para que termine esta conversación, antes de que digas más estupideces ¿no crees sobrino?— Intervino el rey.

—Mi esposo tiene razón. Será mejor que vayas a descansar un rato antes de la cena.— Con gran reticencia, Menetir se puso en pie y tras besar la mano de sus tíos, salió del salón. Un mayordomo de palacio le guio hacia los aposentos que su familia solía ocupar cuando visitaba Hitowa. Sin embargo, su humor no había mejorado en absoluto cuando le avisaron para la cena. Estuvo a punto de no acudir porque una cena formal en palacio era lo que menos le apetecía en el mundo, pero lo pensó mejor. Si quería conseguir alguna ayuda de sus tíos, sería mejor que no les ofendiera más con sus malos modales.

Procuró exhibir su mejor comportamiento durante la cena. No volvió a mencionar los asuntos que le habían llevado hasta allí. Se mostró

amable y simpático con su primo y sus primas, incluso con Zodrim, que se había sentado a su lado y se deshacía en halagos y sonrisas. Finalizada la cena, aceptó la invitación de su primo el príncipe heredero de Narvaly para acompañarle a revisar la guardia de palacio. Era un gesto meramente ceremonial, pues siendo Narvaly un reino neutral, no era probable que nadie intentara asaltar el hermoso edificio. Cuando regresó a su dormitorio, un lacayo le hizo llegar una nota de su tía. La reina le esperaba en su saloncito, el mismo en el que habían hablado por la tarde.

—No parece que te haya sorprendido mucho mi llamada.— Ella dijo cuando le vio entrar.

—Era cuestión de tiempo que lo hicieras. Comprendo que no dijeras nada más delante de tu esposo el rey. Pero sé que piensas como yo que se debe hacer algo.—

—Así es. Pero más vale que te olvides de esa idea absurda de matar a Naadur. Para nadie es un secreto la antipatía que sientes por él, y mucho más ahora que ocupa el lugar que te pertenece. Las sospechas caerían inmediatamente sobre ti, y no hay modo de que el Gran Consejo de los Reinos aceptase a un asesino como rey, aun en el caso de que Andamar te nombrara heredero, lo que dudo mucho. Él aún es joven y podría engendrar otro heredero.—

—¿Con Brala? No han conseguido tener más descendencia, y Andamar jamás se separaría de ella para tomar otra esposa.—

—Oh, créeme sobrino, un rey hace lo que haya que hacer cuando lo cree su deber. Pero hay otra solución.— Menetir miró a su tía poniendo toda su atención. —Como te dije antes, el compromiso matrimonial de Naadur con Uxyla es menos que nada. Ella no ha alcanzado siquiera los 7 años ¡Y cuántas criaturas no llegan a cumplir esa edad! Los niños pequeños son tan frágiles.— Menetir abrió los ojos asombrado.

—¿Me estás diciendo que...?—

—Vaya. No esperaba que te escandalizaras, precisamente tú. No eres famoso por tu tierno corazón. Si lo piensas, es la solución perfecta. Pero, naturalmente, para que fuera útil a nuestros propósitos, debe parecer que la muerte de la pequeña ha sido culpa de Andamar y su familia. Mi hermano no podría perdonar tal traición de su confianza, y desde luego, Nusi no le permitiría hacerlo. No hay como la furia de una madre doliente para romper cualquier tratado. Y la causa de tu familia sería vista como justa, con lo que, incluso mi esposo sentiría simpatía.—

—Seguro que tienes razón, pero ¿cómo podría? Es mi sobrina, mi propia sangre.— Menetir protestó, aunque en sus palabras se advertía también duda, vacilación.

—Bien. Si quieres que la situación cambie, que tu padre se rebele contra Andamar, debes tomar una decisión. Pero, ten en cuenta, que no puedes involucrar a nadie más. Sólo tú y yo hemos de conocer este secreto, o no habrá colaboración por parte de mi esposo, te lo aseguro.—

El avance de las sombras

Andamar no olvidó las palabras de su madre tras el eclipse. Los dioses estaban furiosos con los valate por haberse desviado de las leyes que el poderoso Nin les diera allá cuando el primer Andamar fundó el reino. Ahora veía claro el mensaje, había que volver a las tradiciones y leyes antiguas, muchas de las cuales habían quedado olvidadas. Y meditando sobre el asunto, se le ocurrió que, ya que acababa de ser coronado muy bien podría recuperar una de las viejas tradiciones que seguían a tal acontecimiento.

Antiguamente, cuando un rey valate era coronado, se presentaba oficialmente ante todos los grandes nobles y señores del reino, que, a continuación, le juraban lealtad. En aquella misma ceremonia, el nuevo rey presentaba también a su familia, su esposa o prometida y su heredero, si es que ya lo hubiera, y entonces, los grandes señores reunidos en asamblea juraban también lealtad al heredero. Cuando su antepasado el gran rey Groaker conquistó el reino de Midum, con lo que el rey de Kynán se convertía en Señor del Mundo, la asamblea comenzó a celebrarse en la legendaria capital de Midum, Shimma, y dejó de ser una reunión sólo de nobles valate para ser el Gran Consejo de Reinos, donde estaban representados todos los reinos conquistados, así como los aliados. Buscó en la biblioteca del templo, y descubrió que hacía casi dos siglos que tal ceremonia no tenía lugar. Sus últimos antepasados no habían considerado necesaria una ceremonia para tomar juramento de lealtad, pues se creían muy seguros de su poder, y la daban por sentada. El Gran Consejo de los Reinos se sometía al rey de Kynán más que controlarle. Se seguía hablando de la aprobación del Consejo, claro, pero era algo puramente ceremonial. Andamar decidió que era hora de volver a los orígenes.

Sin embargo, a pesar de su impaciencia por complacer a los dioses, no iba a tener más remedio que esperar. El verano estaba ya muy avanzado, y de ninguna manera habría tiempo para convocar a todos los integrantes del Consejo y que éstos pudieran viajar hasta Shimma antes de que llegasen las lluvias del otoño y convirtieran los caminos en lodazales impracticables. No obstante, para ganar tiempo, decidió enviar heraldos con la convocatoria para la primavera siguiente. Informó a su familia de su decisión. Tanto Brala como Naadur se mostraron dispuestos a seguir lo que él decidiera. Su madre se mostró encantada. Hacía mucho tiempo que Andamar no veía en sus ojos el brillo del orgullo maternal. En cuanto a los otros interesados, recibieron la noticia con más entusiasmo

del que Andamar hubiera esperado. En concreto, Nusi no cesaba de halagarle y agradecerle que hubiera elegido a su hijita como próxima reina. Estaba encantada de saber que su pequeña sería presentada como prometida del Príncipe Heredero.

Los parientes de Domusal comunicaron entusiasmados la buena nueva al resto de su familia cuando asistieron a la boda de Diedre en Narvaly. Naturalmente, esta noticia añadió una razón más para la indignación de Menetir. Apenas podía soportar ver la alegría de sus padres y hermana con el gran —honor— que se les había concedido ¿Cómo era posible que hubieran olvidado que Andamar les había robado todo lo que les pertenecía por derecho? Sin embargo, enterarse del acontecimiento que tendría lugar en la primavera siguiente le ayudó a llegar por fin a una solución a su dilema. Sin saberlo, Andamar le ofrecía la ocasión perfecta para llevar a cabo su plan secreto. Lástima que tuviera que esperar. El próximo invierno se le iba a hacer especialmente largo.

Cuando su familia regresó a Kynán, él permaneció en Narvaly. No podía soportar tener que hacer como si no pasara nada delante de Andamar y Naadur. Prefería estar lejos de ellos y evitar estropear su plan antes de llevarlo a cabo.

En la pequeña aldea en las montañas, Yaluc estuvo también muy ocupado aquellos meses. Todos los días, se levantaba antes del amanecer. No le costaba trabajo, pues se había acostumbrado a ello en el templo, donde sus labores comenzaban antes de la salida del sol. Zesera solía estar ya despierta. Era cierto que apenas dormía. El ritual era igual cada mañana. Yaluc salía a buscar agua. Acarreaba varios baldes hasta la pequeña cabaña. Avivaba el fuego y volvía a salir. En ese momento, alguna de las mujeres de la aldea, o más de una últimamente, llegaba para ayudar a Zesera. La mujer había cumplido su promesa y Yaluc no tenía que ocuparse de atender a una anciana cada vez más débil.

Mientras siguió haciendo calor, bajaba hasta el río para bañarse. Ésta era una nueva costumbre. En el templo, apenas disponía de una escudilla de agua para asearse. Pero había descubierto lo mucho que le gustaba el río, aunque procuraba no salir de un pequeño remanso poco profundo, pues no sabía nadar. Cuando empezó a hacer demasiado frío para meterse en el río, Yaluc aprendió y disfrutó de otra sorprendente costumbre de aquellos aldeanos. Zesera hizo traer una tina de madera para que Yaluc se bañara cuando le apeteciera ¡Bañarse con agua caliente! Yaluc había oído, claro está, que la gente de alto linaje disponía

de tal lujo. Pero, para su sorpresa, esto no era ningún lujo para los aldeanos, sino una costumbre común a todos.

Cuanto más tiempo pasaba entre la Gente Loggi más a gusto se encontraba entre ellos. Cuando comenzaron las lluvias del otoño, ya hacía tiempo que había desechado su vieja y deteriorada túnica de acólito y sus sandalias, y las había sustituido por ropas loggi. Éstas eran sorprendentemente cómodas, y le protegían de la lluvia y el frío mucho mejor que el sencillo manto de basta lana que era el único abrigo del que disponían los sacerdotes y acólitos en invierno.

Después de que las mujeres ayudaran a asearse a Zesera, y él terminara con su propio aseo, tomaban el desayuno que, amablemente, aquellas mujeres les llevaban. Tras el desayuno, era el momento de escribir. Yaluc se sentaba junto a la ventana que daba al sur. Le habían llevado una banqueta larga de madera, que utilizaba como mesa y se sentaba sobre cómodos cojines. Nunca le faltaba tinta ni pergamino. Zesera se encargó de que hubiera siempre alguien en la aldea preparando las suaves pieles de cabritillo. Yaluc estaba encantado. Como acólito, lo más que se le había permitido era escribir sobre tablillas cubiertas de cera. El pergamino era demasiado caro para que lo estropeasen los aprendices. La pluma se deslizaba apenas sin esfuerzo por aquella cremosa superficie.

Nunca dejaba de asombrarle que Zesera continuara exactamente dónde lo habían dejado el día anterior. Aunque su salud se deterioraba rápidamente, su memoria permanecía clara y su voz firme como la de una muchacha. Naturalmente, Yaluc escribía en la lengua valate. Era la única que conocía, y también la que empleaba prácticamente todo el mundo en el reino. Pero como las materias que Zesera trataba se referían a su pueblo, la Gente Loggi, a veces utilizaba palabras en su lengua, porque no había equivalente en valate. Sabiamente, aconsejó a Yaluc que escribiera estas palabras como él pensaba que debían ser en lengua valate, ya que la lengua Loggi jamás se había escrito.

A pesar de las largas horas escribiendo, que le producían dolor de espalda y hacían que se le durmieran los dedos de sostener la pluma, Yaluc estaba disfrutando. Todo lo que Zesera contaba era tan nuevo y fascinante. Ella le habló del origen de su pueblo, de sus creencias y costumbres. Le narró sus viajes por todo el territorio Loggi como Guía de la Gente, y también, le hizo anotar cuidadosamente todo lo que sabía, transmitido durante generaciones, acerca de las plantas: las que servían para comer, para curar, para hablar con los espíritus de los antepasados, e incluso, para matar. La insaciable curiosidad del muchacho le hacía escuchar completamente absorto y fascinado las historias de Zesera.

—Sé que te sorprendió mucho la reacción de los aldeanos ante el eclipse, tan diferente a la que tú esperabas, y que te prometí explicar el motivo. Has sido muy paciente no insistiendo en todo este tiempo.— Zesera le dijo un día que había amanecido especialmente frío y oscuro. Más tarde, caería la primera nevada. —Bien, es momento de una historia muy importante. De modo que, pon mucha atención y anota todo lo que diga con el mismo cuidado que sueles.—

—Estoy listo.— Yaluc dijo con los ojos brillantes de anticipación.

—Esto que te voy a contar sucedió hace mucho, muchísimo tiempo, cuando la Madre Generosa aún no lo era. Todavía no estaba la Madre, ni nada de lo que después ha venido a existir. Sólo había una gran oscuridad, una oscuridad palpitante y caliente. En la oscuridad estaba todo lo que sería, pero aún estaba por ser. Un viento poderoso comenzó a soplar, haciendo girar a la oscuridad, más y más rápido. Se formó un gran remolino que con el viento abrasador se iba poniendo cada vez más caliente. Por fin, con un gran estruendo, una bola de fuego se formó en el centro. Los giros eran cada vez más rápidos, e hicieron que se desprendieran pedazos de la bola, que, al alejarse de ella, se enfriaron rápidamente. Cuando todo se calmó, habían nacido el sol, la luna y la Madre Tierra.—

Una gélida ráfaga de viento empujó la puerta de la cabaña y los copos que ya caían penetraron. Las llamas del hogar oscilaron violentamente. Yaluc se levantó a cerrar de nuevo la puerta, y le costó bastante atrancarla contra la fuerza del viento. Desde sus cojines, Zesera tomó el atizador de hierro y avivó el fuego, cerca del cual, Yaluc volvió a sentarse.

—Los tres vivían en armonía. Sin embargo, la luna, viendo lo resplandeciente y hermoso que era el sol, se enamoró de él. El sol se sentía muy satisfecho de su brillo y su calor, algo que le hacía único, por ello, recibió con cierta indiferencia la atención de la luna. Ella no se dio por vencida, e hizo cuanto pudo por seducirlo. Por desgracia, cada vez que la luna intentaba acercarse al sol, éste la abrasaba con su enorme calor. Al fin, la desdichada cedió en sus intentos, y se alejó para llorar su desgracia. Lloró y lloró sin consuelo por un tiempo imposible de medir. Sus lágrimas caían sobre la tierra. Al acumularse, formaron ríos y mares. Con el calor del sol, las aguas pronto comenzaron a bullir con la vida que la Madre, así fecundada, daba a luz. Nacieron así todas las criaturas grandes y pequeñas. La Madre, agradecida a la luna, intercedió por ella

ante el sol. Éste, conmovido por los resultados del llanto de la luna, aceptó la sugerencia de disminuir su brillo en ciertas ocasiones, y permitir que la luna se acercara para mostrarle su amor. Cuando ocurren estos encuentros, nosotros vemos un eclipse.—

—¿Pero, por qué la gente celebra fiesta cuando hay un eclipse?—

—Porque eso nos recuerda la bondad de la Madre, y su poder sobre el mismo sol.— Yaluc quedó pensativo. Para los valate, el sol era una manifestación del poderoso Nin y la luna era la Señora de la Noche, su declarada enemiga, a la que el gran dios había derrotado en singular combate, ordenándola permanecer para siempre en las tinieblas de la noche.

Pocos días después, Yaluc tuvo una sorpresa. Mosh subió a la cabaña. Eso no era nada nuevo. Para entonces, prácticamente todos los habitantes de la aldea les habían hecho una visita. La sorpresa era que traía con él a Mores. El pequeño iba a hombros de su padre. Yaluc sintió compasión como siempre al verle. La cuesta que llevaba a la cabaña era demasiado empinada para su pobre pierna lisiada. Al ver a Yaluc, su cara se iluminó con una sonrisa. Cuando su padre le dejó en el suelo, se apresuró a abrazarle.

—Últimamente no bajas a la aldea ni al río. Mores te echa de menos.— El recio hombre dijo con cierta timidez. Yaluc había observado un cambio en la actitud de la gente hacia él desde que llegó Zesera. Seguían siendo tan amables y hospitalarios como antes, pero ahora parecía que sentían por él algo diferente. Tal vez era porque para ellos Zesera era una mujer sagrada y, por tanto, que hubiera elegido a Yaluc, le convertía en alguien especial. El chico no quería pensar demasiado en eso. Por primera vez en su vida, se sentía —en casa—. Sin duda, los aldeanos no tardarían en darse cuenta de que seguía siendo el mismo huérfano perdido que llegó en el verano, y le volverían a tratar como antes. Mientras tanto, se alegraba de ver al niño.

—Oh, no te preocupes Mosh, pondremos remedio a eso. Te aseguro que Yaluc pasará más tiempo con el pequeño Mores.— Zesera dijo, mientras indicaba al pequeño que se acercara a ella. Cuando Mores estuvo delante, le tomó delicadamente y le hizo sentar en su regazo. Yaluc había oído más de una vez a Jaduma decir que Mores vivía gracias a Zesera. La mujer miraba al niño con dulzura y le sonreía como aquella vez a Yaluc, haciendo que, estaba seguro, el pequeño sintiera la misma agradable sensación que había sentido él. Y así debía de ser, pues Mores

se acurrucó entre los brazos de la mujer, brazos que ya no eran ni mucho menos, tan robustos como cuando Yaluc la conoció. Pasó un rato, y al cabo, ella tomó la cara del niño y la alzó, depositando un beso en la frente del pequeño. Como si fuera una señal, Mores se levantó y caminó de nuevo hasta su padre. Cuando se marcharon, Yaluc preguntó curioso.

—No haces más que repetir lo mucho que aún nos queda por hacer, y el poco tiempo del que disponemos ¿Y ahora quieres que pase tiempo con Mores? No me cuesta porque le quiero como a un hermano, pero ¿no nos retrasará eso?—

—La Madre es sabia. Ella dispondrá las cosas como han de ser. Pero, de momento, no debes descuidar tu relación con Mores. Me alegra ver que eres lo suficientemente perceptivo para darte cuenta de que Ella te ha dado a Mores como un hermano, un hermano que siempre estará a tu lado.—

Los planes de Menetir de pasar el invierno en Narvaly no se pudieron cumplir. Poco después de que comenzaran a caer las primeras nevadas, un enviado de Kynán llegó al palacio real de Hitowa. Traía un mensaje muy concreto: Menetir debía regresar inmediatamente a Taros para ponerse a la cabeza de sus hombres. La orden procedía de Domusal, como hijo, Menetir estaba obligado a obedecer según las estrictas leyes valate, pero además, como militar, su padre era su superior, por tanto, no había opción posible.

Muy a regañadientes, se despidió de sus tíos y primos, y acompañó al enviado camino de la capital de Kynán. Aunque el paso de montaña entre Narvaly y Kynán permanecía siempre practicable, el invierno comenzaba ya a hacerse notar en los caminos, y su viaje duró casi dos semanas. Sólo para enterarse al llegar, de que debía ponerse nuevamente en marcha. Esta vez, debido a la nieve, el viaje se haría por mar. Apenas tuvo tiempo para nada, su padre le hizo llamar en cuanto llegó:

—Me alegra ver que has hecho el viaje sin peligros.— Domusal dijo, saludando a su primogénito con un afectuoso abrazo.

—Sí, gracias padre. Yo también me alegro de encontrarte con buena salud, y espero que sea igual para el resto de la familia.— Domusal no pudo evitar un gesto de asombro, no exento de curiosidad. Su hijo mayor no se caracterizaba precisamente por su cortesía. Y bien sabía él lo furioso que seguía por la coronación de Andamar.

—Oh, te aseguro que todos se encuentran bien. Lamentablemente, no tendrás tiempo para visitas familiares. El tiempo empeora rápidamente. Mañana mismo habréis de zarpar hacia Shimma.— Ahora fue Menetir quien se sintió sorprendido. —Ya veo que no lo esperabas. Pero, como sabes, Andamar tiene previsto celebrar una solemne asamblea del Gran Consejo de los Reinos la próxima primavera. Durante los últimos meses, me han estado llegando noticias preocupantes del país de Midum. Parece que los nostálgicos de la antigua dinastía andan revueltos. Y la noticia de la solemne asamblea ha contribuido a aumentar su malestar.—

—Pero, padre. Ésos nostálgicos son apenas un puñado de chalados. Si no han conseguido nada en tanto tiempo...—

—Así era hasta hace poco. Pero, al parecer, su número ha aumentado, y están mejor organizados. Como general de las milicias reales, es mi deber procurar que nada amenace la seguridad de Andamar y su familia, que también es la nuestra, y muy pronto, lo será aún más. Como yo no puedo abandonar al rey, sólo puedo confiar esta delicada misión a mis hombres de mayor confianza. Sé que ante todo, eres un soldado, y a pesar de tu opinión acerca del nuevo rey, sabrás cumplir con tu deber.— Menetir sonrió. De modo que la resistencia anti valate en Midum cobraba fuerza. Una idea comenzó a formarse en su cabeza. Por supuesto, su padre tenía razón, no faltaría a su deber. Pero si lo que se le estaba ocurriendo daba resultado, no tendría que hacerlo, y sin embargo, conseguiría su secreto propósito.

—Desde luego, padre.— Dijo lacónico.

—Excelente... Ah, aquí estás por fin.— Domusal dijo cuando entró Enekhhal.—

—Saludos hermano.— Dijo el más joven, dirigiéndose a Menetir.

—Tu hermano te acompañará en esta delicada misión.— Dijo Domusal.

—¿Qué? Eso no puede ser, padre. Enekhhal apenas completa los ejercicios. Creo que aún no está preparado. No puedes pedirme que cumpla una misión tan delicada, si tengo que cuidar de mi hermanito pequeño.— Protestó Menetir. No le sorprendió ver la sonrisilla burlona de su hermano. Enekhhal podía ser bastante insufrible cuando quería.

—No soy yo quien lo ha decidido, hijo. El propio rey ha nombrado a Enekhhal nuevo gobernador de Midum. Él se va a encargar de todos los preparativos para la solemne asamblea.— Menetir apenas daba crédito. Pero, la verdad, si había alguien con habilidades diplomáticas, ése era Enekhhal. Gobernador de Midum... No quería reconocerlo, pero sentía

algo muy parecido a los celos, pues ése era un gran honor, un puesto de inmenso prestigio, y para alguien tan joven. Pocos podían presumir de haber alcanzado tan alta dignidad con apenas 22 años.

—Bien, iré al puerto a supervisar todos los preparativos. Espero verte allí antes de que salga el sol. Tengo intención de partir lo antes posible.— Menetir dijo, mirando a su hermano. Sin esperar respuesta, salió de la estancia.

Yaluc se acostumbraba poco a poco a desplazarse por la aldea cubierta de nieve. Le costó aprender a orientarse, cuando las cabañas, los árboles y cualquier elemento del paisaje aparecía enterrado bajo un manto blanco. En Taros, no nevaba demasiado, e incluso cuando lo hacía, la nieve no se acumulaba de esa forma. Una tarde, cuando regresó de la aldea de visitar a Mores, Zesera le dijo:

—He de hablarte de un acontecimiento muy importante para la Gente Loggi. Por desgracia, ya no lo es tanto como antes, igual que casi todo lo demás. Pero aún tiene lugar, y he de hablarte sobre él, porque está a punto de ocurrir. Se trata del Corazón del Invierno.—

—¿El Corazón del Invierno?— Preguntó Yaluc, mientras se disponía a escribir junto al fuego.

—Es como llamamos a los tres días más oscuros del año, especialmente, el de en medio, cuando el hermoso sol permanece más tiempo visitando el mundo de los espíritus, y parece que la noche nunca va a terminar.—

—Oh, el Día Corto del invierno. Ris me habló de él. Es cuando el gran dios Nin detiene su camino hacia el sur, y comienza de nuevo a caminar hacia el norte. Pero antes, debe librarse de los monstruos del abismo que intentan retenerle para siempre bajo el mar. Los valate lo llamamos El Gran Combate. Durante cinco días, los dos anteriores, y los dos siguientes al Gran Combate, la gente se encierra en sus casas, dejando siempre una vela encendida, y los sacerdotes de Nin llenan el templo de lamparillas encendidas. Luego, durante esa larga noche, permanecen en la playa, orando sin parar para que Nin salga victorioso, y regrese la luz al mundo.— El muchacho bajó la cabeza con aire melancólico. —Ris me prometió que este año yo podría participar. Sería el comienzo de mi preparación para ser sacerdote.— Se enderezó, y se encogió de hombros. —Pero eso ya nunca va a pasar. Así que, es mejor que lo olvide.— Dijo resuelto.

—No, ya no serás sacerdote. Ése no es tu destino, aunque así lo creyeras entonces. Sin embargo, te agradezco que me hables de esas cosas, y no debes olvidarlas. Querido Yaluc, guarda en tu corazón todo lo que aprendas, pues te será de utilidad, y en su momento, sabrás darle buen uso... Pero ahora, vayamos al Corazón del Invierno. Como casi siempre, para la Gente Loggi no es motivo de temor ni angustia, sino, una vez más, de alegría y agradecimiento a la Madre Buena y Generosa por su sabiduría, pues es Ella quien convence al hermoso sol para que no abandone a sus criaturas. Es una gran celebración. Como te he dicho, ya no es lo que era, pero de todas formas, la gente sigue reuniéndose para celebrar. Ya lo verás. Estoy segura de que te gustará. Los jóvenes siempre son los que más disfrutan de las fiestas.— Ella dijo con una sonrisa.

Al día siguiente, Yaluc bajó de nuevo a la aldea para pasar un rato con Mores. La verdad es que la compañía del niño le agradaba mucho. Y era una distracción de tanto escribir. Cuando entró en la cabaña de Jaduma, le esperaba una sorpresa. Mores acudió a abrazarle, como hacía siempre.

—Saludos Yaluc. Me complace ver que la vida en la aldea te sienta bien.— Yaluc reconoció inmediatamente la voz. Se volvió, sonriente.

—Dilmala— Dijo sorprendido. Ella le dedicó una de sus sonrisas burlonas.

—Desde luego que te sienta bien la aldea. Ya no tengo que agacharme para saludarte.— Dijo en su habitual tono. Yaluc tardó un poco en comprender. Pero cuando lo hizo, se ruborizó. Había estado tan concentrado en acostumbrarse a todos los cambios en su vida, que no se había percatado de los ocurridos en su propia persona. Era cierto. Sin duda, durante esos meses había crecido, y no poco. Ya, incluso era más alto que Dilmala ¿Cómo no se había dado cuenta de que su estatura ya era igual a la de Mosh? Dilmala tendría toda la razón si le llamaba Yaluc el bobo. Sin embargo, no lo hizo.

—Dilmala ha venido para pasar con nosotros el Corazón del Invierno.— Dijo Jaduma. —Es una gran alegría, pues hacía tiempo que no lo pasaba con nosotros.—

—Así es.— Dijo Dilmala. —También vengo para visitar a Zesera. Ya no habrá otra oportunidad de hacerlo. Así que, nos veremos a menudo estos días, Yaluc.— Dijo, sonriendo, esta vez sin asomo de burla.

Aunque el fuego ardía con fuerza, y Yaluc había dejado leña a su alcance por si la necesitaba, Zesera tenía frío. Sabía muy bien, sin embargo, que ese frío no se debía sólo al invierno. El momento de regresar a la Madre estaba ya muy cerca. Confiaba en que las fuerzas no le fallasen cuando su labor estaba casi terminada. Se acurrucó en los cojines, envolviéndose bien en las pieles y cerró los ojos. La mayor parte del tiempo que pasaba a solas dormitaba. Acudían a ella lejanos recuerdos de su vida. Volvía a ver delante de ella a sus padres y hermanos, las gentes de su lejana aldea, tantos lugares que había visitado como Guía de la Gente. Aunque todas esas personas que veía hacía ya tiempo que habían regresado a la Madre, le parecían más vivos y reales que todo lo que la rodeaba. Cada vez se sentía más débil. Su vista también se debilitaba. Sin embargo, su oído continuaba siendo casi tan agudo como en su juventud, por eso, supo que alguien se acercaba a la cabaña mucho antes de que alcanzase la puerta, y también supo que no era Yaluc.

—Entra.— Dijo. La puerta, que no estaba atrancada, se abrió, dejando que entrara el frío. Una delgada silueta de alguien cubierto de pieles se recortó contra la claridad por un momento.

—Saludos, Hija Mayor.— Dijo Dilmala en tono formal.

—Saludos, Dilmala de las Hijas de Prakhana. Sinceramente, no estaba segura de verte antes de mi regreso a la Madre.— La mujer respondió utilizando el mismo tono ceremonioso. La joven, que se había despojado del manto de pieles, bajó la cabeza.

—Sé que no te queda ya mucho tiempo de estar entre nosotros, y... bueno, no quería que te fueras pensando que soy una desagradecida.— Zesera sonrió de esa manera suya tan dulce.

—Ven, siéntate cerca para que pueda verte.— Dilmala lo hizo, y ocupó el lugar que Yaluc solía ocupar junto al fuego. —Sé cómo eres, querida Dilmala. No creas que siento ninguna animosidad hacia ti porque no aceptaras seguirme. Sigo pensando que era lo más adecuado para ti, pero ahora sé que solo ocurrirá cuando tú estés lista para que ocurra.—

—Gracias. Tu comprensión es un gran consuelo para mí.— Dilmala paseó la vista por la pequeña cabaña. —He visto a Yaluc en la aldea. Tiene buen aspecto, y eso que, según mi hermana, le haces trabajar sin descanso.—

—Créeme, no alcanzo a hablar tan rápido como él desearía. Su curiosidad es inagotable, nunca se cansa de aprender.— Zesera dijo, como una madre orgullosa de su hijo.

—Es una pena que no le conocieras antes. Él habría sido el discípulo ideal para ti. Mucho mejor que yo. Pero supongo que ya lo sabes, y por eso le has elegido para llevar a cabo tu misión.—

—Si Yaluc es el que escribe es porque así debe ser. Como sabes, todos tenemos un destino que cumplir.—

—Pero ¿cómo podías tú conocer el destino de Yaluc? No sabías ni que existía hasta que vino al bosque... ¿o sí? Sildara siempre me evita cuando le pregunto, pero ella y tú actuasteis de una forma muy misteriosa al leer el mensaje que trajo, como si supierais algo ¿Hay algo más, aparte de que Yaluc sea hijo del rey difunto?—

—Te conozco. No es sólo curiosidad lo que te mueve. Desde que has entrado, evitas mirarme directamente. La tarde que llegué al claro del bosque, tu actitud hacia Yaluc me llamó la atención. No te comportas sólo como una jovencita interesada en un muchacho...— Dilmala miró a Zesera con los ojos muy abiertos. La mujer sonrió. —Sé que siempre has asegurado que no tienes intención de emparejarte, y que Yaluc es demasiado joven. Pero a mí no me engañas. Ya has visto cómo ha crecido, y que muy pronto será un joven sumamente apuesto. No pasa nada ¿sabes? No tiene ninguna importancia si has cambiado de opinión, y ahora te apetece emparejarte.— Dilmala sacudió la cabeza.

—Oh, Zesera, ojalá fuera tan sencillo como eso.— La muchacha estaba lo bastante cerca como para que Zesera viera cómo la angustia nublabla sus ojos. —Por favor, necesito que me digas si sabes algo de él...— Zesera estaba asombrada porque Dilmala parecía al borde de las lágrimas. No recordaba haberla visto nunca así, y eso que su vida había sido lo suficientemente dura. Alzó delicadamente la cara de Dilmala, haciendo que la mirase de nuevo. No tuvo que decir nada. La intensidad de su mirada aún era suficiente para influir en cualquiera. —Tienes razón.— Dilmala dijo limpiando una lágrima, que amenazaba con deslizarse de su ojo, con rabia. —Cuando encontré a Yaluc aquel día en el bosque, me sentí enseguida atraída. Es verdad que es aún muy joven, pero es tan apuesto, y lo será aún más cuando crezca.—

—Pero...—

—Cuando entramos en la choza de Sildara, él tropezó, y yo le agarré del brazo para que no cayera.— Zesera comprendió de pronto.

—Viste algo ¿no es así? Al tocarle.—

—Hacía tanto que no me ocurría... Odio cuando sucede.—

—No es éste el momento para que te vuelva a explicar lo que ya sabes. Como te he dicho, cuando estés lista, dejarás de luchar contra ello, y sabrás como manejarlo. Pero dime ¿qué viste?—

—Fue muy confuso. Más que una visión, como me ha ocurrido otras veces, fueron sensaciones. Había dolor, sangre, incluso muerte. No sé cómo explicarlo, pero de alguna manera, supe que todo eso tenía que ver también conmigo. Algo me dice que es mejor que me aparte de Yaluc, aun en contra de mis deseos. Pero, antes, quisiera saber... ¿Quién es? ¿Por qué es tan especial? Te doy mi palabra de que guardaré cualquier secreto que me confíes... Yo no deseo perjudicarlo... todo lo contrario. Por eso, es mejor que no esté cerca de él, si voy a causarle daño.— Zesera abrazó a la muchacha, que en contra de lo que era habitual en ella, se dejó consolar. Acunándola suavemente, dijo:

—No puedo revelarte el origen de Yaluc, pues aún no se lo he revelado a él mismo. Pero sí puedo decirte que tu visión no es lo que tú crees. No digo que lo que viste no vaya a suceder, pero tu interpretación es equivocada. Más bien yo creo que tú le salvarás la vida. No puedo decirte qué has de hacer. Pero sí puedo asegurarte que si tu destino es estar cerca de Yaluc, no importa cuánto intentes alejarte de él.— La puerta se abrió, y el muchacho entró en la cabaña.

Dos reyes

La travesía hasta el puerto de la vieja ciudad de Shimma duró dos semanas, que a Menetir se le hicieron interminables. Odiaba navegar. Él era un oficial de las milicias del rey, su medio natural era moverse a caballo y por tierra firme ¿Por qué si los hombres no son peces, someterse a la tortura que supone un barco? Por supuesto, en las pocas ocasiones en que no había tenido más remedio que embarcarse, siempre se había mareado. Esta ocasión fue incluso peor debido al mal tiempo. Durante la travesía, hubo un par de ocasiones en las que creyó realmente llegada su hora de reunirse con los antepasados. Una se debió a lo horriblemente enfermo que se sintió durante todo el viaje, y la otra, cuando una tormenta especialmente fuerte estuvo a punto de hundir la nave. Una razón más para odiar a su estúpido e insensato tío el rey usurpador. Nadie viajaba en pleno invierno, y había buenos motivos para ello.

Naturalmente, la compañía de su hermano no contribuyó para nada a aligerar su mal humor, sino que lo acrecentó. Enekhhal no sólo no se mareaba, sino que, encima, disfrutaba de la navegación. Por suerte para Menetir, no tuvo mucho tiempo para hacer burla de su humillante estado, ya que estuvo muy ocupado hablando con el capitán, el timonel y los marineros. No paró de hacerles preguntas sobre la navegación, la construcción del barco, y todo lo que se le pasaba por la cabeza. Enekhhal siempre había mostrado un, para Menetir, incomprensible interés en cómo se hacía y funcionaba todo. Desde luego, comprendía por qué se había adaptado tan fácilmente a trabajar para Andamar, ambos tenían en común poco interés en lo militar para dedicarse en cambio a otras actividades impropias de un príncipe valate, como los libros o la fabricación de artefactos.

Viajaron en una sola nave, sin escolta, pues Andamar no quería dar más importancia a los movimientos hostiles en Shimma de la debida. No quería que pensaran que le preocupaban en exceso, pues eso los habría animado. Por ello, Menetir sólo llevaba consigo a un puñado de hombres de su confianza para ayudarle en su misión.

Después de la horrible travesía, el tiempo era magnífico al llegar a las costas de Midum. El cielo estaba despejado, y el aire era agradablemente templado. Menetir se sintió impresionado una vez más por la visión de la vieja ciudad de Shimma. Desde el mar no era tan grandiosa, pues el puerto era relativamente nuevo. Los propios valate lo habían construido prácticamente por completo después de destruir el

antiguo en su conquista del reino de Midum. Sin embargo, era aún impresionante la presencia de los magníficos edificios que se vislumbraban en tierra firme. Muchos de ellos continuaban en ruinas, a pesar del tiempo que los valate llevaban instalados allí. Algunos habían estado ya en ruinas cuando, casi tres siglos atrás, su antepasado, el rey Groaker el Grande conquistó este legendario reino.

Los habitantes de Midum tenían su reino por el más antiguo del mundo. Presumían de que su reino tenía más de 5000 años. Midum era ya antiquísimo cuando los valate llegaron, y, aunque para entonces, apenas quedaba nada de su pasado esplendor, el nombre de Midum aún era enormemente respetado y admirado por los reinos circundantes. Los valate se habían aprovechado a conciencia de esta circunstancia, y no tardaron en resucitar el título de Señor del Mundo que los antiguos reyes de Midum habían ostentado. Conquistar el reino más antiguo y civilizado del mundo sin duda les convertía en merecedores del título. Un título que Menetir tenía toda la intención de llevar él mismo no tardando demasiado.

Fueron recibidos con toda la pompa y los honores debidos a miembros de la familia real de Kynán. Naturalmente, como su misión era secreta, el viaje supuestamente sólo tenía como objeto la llegada de Enekhhal para ocupar su puesto como nuevo gobernador, y aparentemente, Menetir era simplemente su acompañante. Estaba deseando empezar a llevar a cabo su propio plan secreto, pero una vez más, tuvo que soportar las tediosas ceremonias de la corte. La colonia valate que vivía en Shimma, naturalmente, los nobles y altos funcionarios, ofrecieron una fiesta para recibir al nuevo gobernador, y Menetir no tuvo más remedio que asistir. Después de todo, se suponía que su único cometido era acompañar a su hermano.

Por supuesto, Enekhhal conquistó inmediatamente a todo el mundo con su característico encanto, y, para variar, se mostró especialmente amable y generoso con su arisco hermano. En la fiesta, fue todo el tiempo respetuoso como buen hermano menor. Menetir se sintió relajado por primera vez en muchos meses, y se permitió disfrutar de la fiesta. Cuando ya todas las ceremonias se habían cumplido, y los invitados más formales se habían despedido, quedaron en el gran salón de banquetes sólo los más jóvenes. Tanto Menetir como Enekhhal habían bebido generosas cantidades de vino. El ambiente era alegre y despreocupado, cuando uno de los jóvenes presentes, el hijo del capitán de la guardia de palacio del gobernador se puso en pie, y habló:

—Esta fiesta ya ha dado de sí todo lo que podía...— Comenzó arrastrando las palabras, y apoyándose en un compañero para no caer.

—Ilustres príncipes, mis amigos y yo os proponemos participar en un juego. Así os daremos la bienvenida más adecuadamente.— Rio y sus compañeros le acompañaron. Era obvio que todos estaban igual de borrachos.

—¡Un juego!— Aplaudió Enekhhal siempre dispuesto a divertirse.

—¿Qué clase de juego?— Menetir preguntó con un tono mucho más sobrio. Enekhhal hizo un mohín de disgusto como un niño contrariado.

—Oh, habréis de perdonar a mi hermano. No es amigo de fiestas ni diversiones.—

—A lo mejor, es que teme perder.— Uno de los jóvenes borrachos intervino. Sin duda, sin percatarse de con quién estaba hablando. El gesto de Menetir se enfurruñó de inmediato.

—Yo no temo a nada ni a nadie.— Dijo en tono sombrío. —Te aconsejo que te lo pienses antes de desafiarme.—

—Vamos, hermano, nadie te ha desafiado.— Enekhhal intentó poner paz. Conocía bien a su hermano, y no deseaba comenzar su labor de gobernador teniendo que arreglar los destrozos que Menetir solía dejar tras de sí cuando perdía los estribos. Sin embargo, ni su hermano ni el joven que había hablado antes, le prestaron atención.

—Todos hemos oído hablar de tu valor, príncipe Menetir. Claro que, según lo que yo sé, nunca te has adentrado en el Templo Negro.— Todos soltaron una exclamación de asombro, incluido el joven que había propuesto el juego al principio. Naturalmente, Menetir y Enekhhal habían oído hablar de ese lugar. En tiempos antiguos, había sido el magnífico templo del dios principal de Midum. Hacía mucho que sólo era un montón de ruinas que, además, un terremoto había sepultado mucho antes de que llegaran los valate. Sin embargo, existía la leyenda, ampliamente creída, de que el dios, furioso porque ya nadie le rendía culto, habitaba las ruinas junto a una horda de demonios que aniquilaban a cualquiera que se aventurase en aquellos túneles. Ni que decir tiene que precisamente, ésa era una actividad muy popular entre los jóvenes para demostrar su valor. Se decía que incontables osados habían entrado para nunca más salir, por lo que se consideraban víctimas de la furia del dios olvidado.

—Adelante, estoy dispuesto. Ya he dicho que no temo a nada ni a nadie. Entraré ahora mismo en el templo, y os aseguro que saldré de él tal como entré. Supongo que estaréis dispuestos a montar guardia en la entrada para ser testigos de mi triunfo sobre cualesquiera demonios que

habiten ese templo.— Enekhhal estaba acostumbrado al carácter de su hermano, pero ésta era una temeridad demasiado grande incluso para él.

—Menetir...— Se dirigió a él en voz baja. —Tú eres muy devoto de los dioses ¿No temes enfurecer a ése, al que ni siquiera conoces?— Menetir se volvió a mirarle con una enigmática sonrisa. Le pasó el brazo por los hombros en un gesto fraternal que no había realizado desde que ambos eran niños pequeños, y le susurró a su vez:

—Bueno, hermanito. Entonces, será mejor que me acompañes. Después de todo, tú no crees en los dioses ¿verdad?— Al contrario de lo que Menetir esperaba, Enekhhal no se excusó con uno de sus hábiles razonamientos, y en cambio, dijo, esta vez en voz alta, para que todos le oyeran.

—Mi hermano y yo entraremos en el Templo Negro, y demostraremos que no hay nada que temer.—

El bullicioso grupo de jóvenes abandonó el palacio del gobernador. El hijo del capitán de la guardia y el joven que había desafiado a Menetir encabezaban la marcha. Los dos príncipes les seguían. Y, por último, el resto de alegres jóvenes. El aire fresco de la noche, que traía la humedad del mar, despejó bastante a Menetir. Caminaron a buen paso, alejándose de los edificios importantes, y se adentraron por un laberinto de oscuras callejuelas. Los dos que iban delante, encendieron unas pequeñas antorchas, y ésta era toda la iluminación con la que contaban.

Al cabo de un rato de andar por aquellas callejuelas, de pronto, Menetir se dio cuenta de que habían dejado de ver las antorchas de los que les precedían. Naturalmente, aunque se encontraba en un entorno totalmente desconocido, no tenía la menor intención de mostrar intranquilidad, por lo que procuró continuar. Sin embargo, Enekhhal de pronto, le hizo detenerse, tomándole del brazo.

—¿Pero qué...?— Comenzó a protestar. Su hermano le hizo callar.

—Shhh. Escucha.— Susurró Enekhhal.

—No oigo nada.— Menetir respondió irritado, sin molestarse en bajar la voz.

—Exacto. Nuestros acompañantes no han dejado de parlotear en todo el camino, y de pronto, no se oye nada. Además ¿Dónde están los que iban delante?— Completamente sereno de pronto, Menetir se giró para mirar a todo su alrededor. No sólo no había rastro de las antorchas,

sino que no se percibía silueta ni sombra alguna. Enekhhal volvió a susurrar, y esta vez, Menetir le prestó toda su atención. —Creo que se trata de una trampa, una emboscada, y hemos caído en ella.—

Apenas había terminado de decirlo, numerosas sombras se abalanzaron sobre los dos hermanos. Como venían de una fiesta, apenas llevaban su espada, ni escudo, ni coraza, ni ninguna otra arma. Menos mal que el ancestral espíritu guerrero de los valate hacía que jamás se desprendieran de su espada. Incluso para dormir, procuraban tenerla bien cerca y a mano. Sin embargo, los atacantes tuvieron tiempo de propinarles bastantes golpes antes de que pudieran desenvainar. Instintivamente, se colocaron espalda contra espalda, de modo que al menos no tendrían que preocuparse de ataques por detrás.

Menetir no era capaz de decir cuántos eran los atacantes. Tampoco podía identificarlos, pues iban cubiertos de la cabeza a los pies, al modo tradicional de Midum. Sintió un fuerte golpe en la cabeza, que le nubló la vista por un momento. Lanzaba furiosos mandobles a diestro y siniestro, pero no estaba seguro del resultado. Los atacantes no llevaban espadas. Les golpeaban con palos y piedras, y Menetir sintió más de una cuchillada. A pesar de su gran fuerza, por la que era tan famoso como por su crueldad, la herida de la cabeza sangraba abundantemente, y comenzó a tambalearse. Como en un sueño, veía, o más bien, sentía a Enekhhal combatiendo con una furia y destreza que no le conocía.

No estaba seguro de cuánto tiempo llevaban luchando. Sabía que estaba herido en diversos lugares, aunque en el calor del combate, no sentía el dolor, pero su brazo era cada vez más pesado. Cuando creía que por fin caería, fuertes manos le sujetaron. Alguien le limpió la sangre de la cara, y pudo ver que quienes le sostenían eran Enekhhal, y el hijo del capitán de la guardia.

—Aguanta hermano ¿puedes caminar?— Menetir asintió.

—Estamos bastante lejos del palacio, pero yo conozco una casa por aquí en la que podremos reposar y atender a vuestras heridas.— El otro joven dijo. Menetir miró a su hermano algo confuso, y vio que, en efecto, también estaba herido. Toda la delantera de su elegante túnica estaba manchada de sangre, y mantenía su brazo izquierdo pegado al torso. Sacudió la cabeza para despejarse, y un dolor agudo y horrible casi le hace desmayarse. Pero se encaró al joven.

—¿Aún pretendes que confiemos en ti, después de esta emboscada? No iremos a ninguna parte contigo. Si planeáis rematarnos, habréis de hacerlo aquí mismo.—

—¡Oh, príncipe Menetir! Te ruego que me creas. Yo no he tenido nada que ver con esto.— El joven exclamó en tono suplicante.

—Tú sugeriste el juego.— Reprochó Enekhhal.

—Pero se trataba de un juego de dados, mi príncipe. Todos conocemos la afición desmedida de tu hermano, y su escasa fortuna. Se nos ocurrió que tal vez podríamos ganarle un puñado de monedas, o incluso algo más. Confieso que aposté con mis amigos que te despojaría de ese aro de oro que llevas en la oreja, Menetir. Te suplico que me perdones, había bebido mucho. Pero te juro que yo desconocía los planes de mis compañeros.—

—¿Y por qué debemos creerte?—

—Mi padre es Be-Hor, capitán de la guardia a tu servicio, mi señor Enekhhal. Yo soy Be-Lug. Mi familia siempre ha sido leal a los valate. Veréis, yo creía que éstos eran mis amigos, pero casi todos ellos son descendientes y parientes de los Sum, la antigua familia real de Midum. Yo creía que ya no seguían con la fantasía de recuperar lo que un día tuvieron. Supongo que debí tomarlos más en serio.— Menetir meditó un momento las palabras de Be-Lug. Parecía sincero, y era evidente por su aspecto, que había luchado de su lado. Por otra parte, acababa de reconocer que sabía de la existencia de los conspiradores. Seguro que le podría ser útil en su misión particular. No tuvo tiempo para pensar en la oferta que Be-Lug les había hecho, pues su hermano habló en un tono firme y autoritario, que le sorprendió tanto como su forma de luchar de hacía un rato.

—Bien, puede ser que digas la verdad. Sin embargo, no iremos a ninguna parte contigo. Comprenderás que ya hemos corrido suficiente peligro por esta noche. Guíanos hacia el palacio.—

—Pero, estáis heridos, y tu hermano...—

—Menetir es fuerte. Te aseguro que aguantará.— Menetir no dijo nada. La verdad, es que en esos momentos se moría por recostarse y descansar. Pero Enekhhal era muy inteligente y astuto. Su decisión era la más acertada. No podían ponerse a merced de extraños. Be-Lug comenzó a caminar y ellos le siguieron. Menetir aceptó apoyarse en el hombro de su hermano. No tardaron en salir a una explanada donde la luna permitía ver algo mejor.

—Este camino es más largo, pero mucho más seguro. No hay callejones oscuros donde esconderse.— Dijo Be-Lug. Menetir presionaba la herida de su cabeza con un girón de su túnica. Parecía que ya no sangraba tanto, aunque se seguía encontrando mareado y confuso. Por eso, al principio creyó que la extraña figura que se les acercaba era una visión. Cuando estuvo justo delante de ellos, la figura se arrojó literalmente a los pies de los hermanos.

—Los dioses os sean para siempre propicios, oh mis señores.— Dijo con voz cascada y un fuerte acento que hacía difícil entenderle, aunque habló en lengua valate.

—Oh, vamos anciano. Apártate, y déjanos seguir. Tenemos prisa. Toma una moneda y déjanos en paz.— Enekhhal dijo impaciente.

—Mi señor Enekhhal, eso que haces es muy imprudente.— Se quejó Be-Lug en tono angustiada. —Faltar al respeto a un wasmum trae horribles desgracias.—

—No le falto al respeto. Creo que la limosna que le he ofrecido es más que suficiente para un anciano mendigo. Vamos, levántate anciano.—

—No sin antes reiterar mi humilde saludo ante dos reyes.— Enekhhal soltó una carcajada totalmente carente de humor.

—¿Ves lo que digo, Be-Lug? No es más que un pobre demente.—

—No, no lo es. Es un wasmum. Los dioses protegen a los wasmum y les conceden el don de la profecía.— El anciano se puso en pie. A la luz de la luna, los hermanos vieron su espantoso aspecto. Su cabeza estaba casi calva, pero de ella, pendían unos cuantos mechones de cabellos tan sucios, que era difícil describir su color. Semejante aspecto presentaba su larga barba. Estaba tan flaco como un esqueleto, pero sus ojos hundidos poseían un fuego que causaba pavor.

—¿Dos reyes, dices viejo?— Menetir preguntó de pronto muy interesado.

—Eso he dicho, mi señor Menetir. Tú y tu hermano ceñiréis corona de rey. Eso está tan claro como la luz del día.—

—De modo que ¿De verdad puedes ver el futuro?— Menetir siguió interrogando al extraño anciano. El enjuto hombrecillo se le acercó, y agitó uno de sus largos y huesudos dedos delante de la cara del príncipe.

—Ya te digo que lo veo muy claro. Veo tu futuro, Menetir. Tú no te conformas con tu situación. Harás correr mucha sangre para satisfacer tus deseos. No te detendrás ante nada ni nadie. Tampoco te lamentarás de tus actos por muy crueles que sean, y lo serán. Nunca estarás en paz.

Mas ten cuidado, pues aquellos a quienes más desprecias, serán quienes te destruyan.— Menetir apartó al anciano sin demasiadas contemplaciones de su camino, y comenzó a caminar de nuevo.

—Creo que ya hemos oído bastante.— Refunfuñó.

—Habéis oído apenas el principio, mi señor.— El viejo dijo en tono malicioso. —Tal vez tu hermano me escuche con mejor disposición.—

—Mira, anciano. Este hombre dice que tienes el don de la profecía. Sin embargo ¿Cómo podría yo creerte cuando me vaticinas algo tan imposible?— Enekhhal habló en su tono burlón más habitual.

—Sé que no me crees. Igual que sé que tu hermano sí me cree. Pero ocurrirá como te digo. Tú no eres mejor que él. Eres caprichoso y egoísta, y sólo te mueves por tu propio interés. Sin embargo, cuando llegue el momento, obrarás de acuerdo con tu corazón, y recibirás una recompensa que jamás esperaste a cambio.— Sin más, el anciano hizo una reverencia, y comenzó a caminar hacia el lugar de donde los jóvenes procedían. Casi inmediatamente, los tres se giraron para verle marchar, y sólo vieron la nada. Era como si aquel extraño anciano jamás hubiera estado allí.

—Ya os lo dije. Era un wasmum, protegido de los dioses. Tal vez, incluso un dios en persona.— Los hermanos miraron a Be-Lug, pero ambos estaban demasiado consternados como para decir nada.

Para cuando llegó la celebración del Corazón del Invierno, Yaluc ya esperaba cualquier sorpresa por parte de aquellas gentes con las que ahora vivía. Como Zesera le dijo, ya el día antes, la gente de la aldea, y algunos visitantes como Dilmala, estuvieron muy ocupados preparando succulentos guisos y colocando antorchas sobre la puerta de todas las casas. Yaluc tenía que reconocer que la aldea tenía un aspecto mágico cubierta de nieve y con todas aquellas luces doradas.

El día señalado, Mosh fue a buscarle al caer la tarde. Aparte de las prendas que Jaduma tan generosamente le había confeccionado, el hombre le traía un manto de piel que se puso encima, y con el que se envolvió bien. Zesera aseguró que estaría perfectamente sola en la cabaña mientras él iba a divertirse con la gente. Yaluc estaba cada vez más preocupado por la creciente debilidad de la mujer, pero había aprendido que era inútil discutir con ella. Así que, bien abrigado, siguió a Mosh fuera de la cabaña. Se unieron a la comitiva de aldeanos que subían una empinada cuesta, hasta llegar al prado más alto de la aldea. Todos llevaban alforjas bien cargadas incluso los niños y cantaban mientras caminaban.

Cuando llegaron arriba, un grupo de jóvenes comenzó a depositar la leña que habían acarreado en un montón. Yaluc, que siempre estaba dispuesto a colaborar, se unió a ellos para ayudarles a prender una gran hoguera. El muchacho nunca había visto una tan grande. Aunque era de noche, el prado estaba tan iluminado como si fuera pleno día. Los aldeanos se dispusieron alrededor del fuego y comenzaron a sacar toda la comida que habían estado preparando. Dejaban los alimentos sobre piedras, y todo el mundo tomaba lo que le apetecía de cualquier cuenco. También había cerveza abundante.

Otro grupo de personas comenzó a tocar diversos instrumentos musicales. Yaluc sólo fue capaz de reconocer tambores y flautas, pero había muchos más que producían toda clase de sonidos a cuál más curioso. Los reunidos volvieron a cantar y a bailar alrededor de la gran hoguera. Yaluc estaba fascinado.

—Supongo que en el templo donde te criaste no había celebraciones así ¿verdad?— Dilmala le preguntó. No se había dado cuenta de cuándo había llegado a su lado.

—No, la gente de Taros se encierra en sus casas todos estos días, porque temen encontrarse con los demonios y bestias del abismo que intentan evitar el regreso del sol. Y los sacerdotes recitan sus oraciones sin parar para intentar convencerlos de que no lo hagan.—

—Entonces ¿Cómo es que tú no te has quedado escondido en la cabaña? ¿Acaso no tienes miedo como tu gente?— Por una vez, Dilmala parecía hablar muy en serio. Yaluc la miró y sonrió.

—Creo que me gusta más cómo pasa estos días tu gente. Vosotros siempre estáis alegres.—

—Bien, pues entonces, únete a la danza y celebra con nosotros.— Ella se puso en pie, y le hizo señas para que la siguiera. Le costaba decidirse. Nunca en su vida había participado en ninguna clase de danza. Pero, entonces, vio a Mosh, que danzaba alegre llevando a Mores sobre sus hombros. El niño le llamó, y ya no pudo negarse.

Menetir consiguió llegar al palacio del gobernador, pero apenas alcanzarlo, cayó inconsciente. Despertó completamente desorientado. La cabeza le dolía horriblemente. Cuando su vista se aclaró, se dio cuenta de que se encontraba tendido en un confortable lecho con un rico dosel. Percibió que había alguien junto al lecho. Con cuidado, pues se sentía mareado, giró la cabeza y vio a su hermano. Enekhhal le contemplaba con

mirada benévola. Llevaba el brazo izquierdo envuelto en vendajes y sujeto al torso con una tira de cuero. Entonces, le vino a la memoria la cena, el desafío de aquel joven, y la posterior emboscada en la que habían caído.

—Me complace ver que por fin despiertas.— Enekhhal dijo con algo de su habitual tono irónico. Sin embargo, Menetir pudo ver en su mirada que no mentía. Nunca habían estado cercanos, sus caracteres eran demasiado distintos, pero como miembros del linaje Damoy, eran muy conscientes del valor de los lazos familiares.

—¿Cuánto tiempo he dormido?— Preguntó con voz ronca.

—Casi dos días. Las heridas que sufriste no eran demasiado graves, pero perdiste mucha sangre, sobre todo, por el golpe en la cabeza. Te partieron la ceja. Ya puedes lucir una nueva cicatriz y aumentar tu fama de fiero guerrero. Pero, tranquilo, puedes descansar hasta que recuperes las fuerzas sin preocupaciones. Ya me he ocupado de solucionar lo que pasó.—

—Ya oíste lo que dijo Be-Lug sobre los rebeldes. Sabes que Andamar me encargó de averiguar todo sobre ellos. He de interrogarle sobre el asunto ¿Dónde está?— Menetir dijo, y comenzó a incorporarse, intentando superar el mareo.

—Encerrado en las mazmorras.—

—Pero ¿por qué? Él luchó de nuestro lado. Desconocía las intenciones de sus amigos.—

—Sí, eso es lo que quiere que pensemos. No me fío de él. Apenas tenía unos rasguños, y también desapareció, como los demás. Pero, en una cosa tienes razón, él nos puede ayudar a encontrar a los que organizaron esa absurda farsa de la otra noche.—

—¿Farsa, dices? Nos tendieron una trampa. Estábamos casi indefensos. Podrían habernos matado.— Menetir protestó.

—Exacto, podrían habernos matado. Estábamos en clara desventaja, y ellos eran muchos más. Sin embargo, no nos mataron porque ésa nunca fue su intención.— Menetir miró desconcertado a su hermano.

—Por mucho que nuestro padre haya sido desposeído de su título de sucesor de Belcentes, convirtiendo a nuestra rama de la familia en secundaria, tú y yo seguimos siendo príncipes Damoy. Esos rebeldes serían muy estúpidos si nos asesinaran, pues tal acto provocaría una

inmediata incursión de castigo de los ejércitos de Kynán. No es eso lo que quieren, no podrían hacer frente a nuestras fuerzas.—

—¿Entonces, por qué nos atacaron?—

—Para enviar un mensaje, a nosotros, pero, sobre todo, a los midummitas, a su propia gente. Quieren demostrar que pueden alcanzarnos, matarnos incluso. Seguramente, con eso esperan que se les unan más de los suyos. He sido informado de que llevan tiempo intentando organizar un levantamiento, aunque hasta ahora, parece que no han tenido mucho éxito. Pero, ya he diseñado un plan. Be-Lug nos conducirá hasta los rebeldes.—

—¿Y si es cierto que él no sabe nada?—

—Eso da igual, hermano. De momento, le he hecho apresar, y me he encargado de que se corra la voz. Han pasado dos días y se mantiene en su inocencia. Le dejaremos libre. Tú le asegurarás que le crees, no te costará mucho, porque aún no estás convencido de que sea culpable. Le dejaremos ir, y le seguiremos discretamente. Si es culpable, como yo creo, pensará que nos ha burlado, y se pondrá en contacto con sus amigos creyéndose a salvo, entonces, los atraparemos. Y si es inocente, como piensas, entonces, puede que sean sus amigos los que se pongan en contacto con él para continuar utilizándole como hasta ahora. De un modo u otro, nos conducirá hasta los rebeldes.—

—Tu plan es brillante.— Menetir dijo con sinceridad. Por poco que le gustara, no podía dejar de admitir que Enekhhal era mucho más inteligente que él, que la mayoría en realidad. Pocos estaban a su altura, seguramente el insufrible Naadur y su padre el rey usurpador, pero eso era todo. —Solicito ser yo quien se encargue del seguimiento.—

—Por supuesto, hermano. Después de todo para eso te ha enviado el rey ¿no?—

Todo se desarrolló como Enekhhal había planeado. Aquella misma tarde, Be-Lug fue puesto en libertad, y todo el mundo, empezando por el propio Be-Lug, quedó convencido de que el gobernador creía en su inocencia. Enekhhal llegó incluso al extremo de disculparse ante Be-Hor, capitán de la guardia, por haber dudado de la lealtad de su hijo.

En un principio, pareció que Menetir tenía razón. Be-Lug retomó sus deberes en la guardia como si nada hubiera ocurrido. Sin embargo, el príncipe se mantuvo bien vigilante. Como sus heridas no eran realmente graves, se recuperó enseguida. Lo que fue una suerte, pues al cabo de tres días, la actitud de Be-Lug cambió. Seguramente se sentía seguro de

que los príncipes ya no albergaban ninguna sospecha contra él. Ellos se esforzaron porque así lo creyera. Al tercer día de su recuperada libertad, se levantó al amanecer como era obligación de todo miembro de la guardia, sólo que aquel día, no le correspondía guardia diurna, sino nocturna, por lo que su jornada no comenzaría hasta la caída del sol. Salió de palacio sin percatarse de que Menetir, que permanecía en el puesto de guardia de la entrada para no perderle de vista, le seguía.

El príncipe no tuvo duda de que esa salida no era normal, cuando Be-Lug, tomó un caballo, lo cual no habría sido necesario si hubiera ido, por ejemplo, a visitar a su familia en la ciudad, como solían hacer los guardias en sus días libres. Menetir le siguió a una distancia prudente. No necesitaba acercarse demasiado arriesgándose a que Be-Lug le descubriera. Era muy bueno siguiendo el rastro de posibles enemigos. Siempre conseguía encontrarlos en los ejercicios. Además, Be-Lug se lo puso fácil al salir de la ciudad. Las amplias y despejadas llanuras que rodeaban Shimma le permitían tenerle a la vista a una buena distancia. Sin embargo, le asombró la seguridad del otro hombre. Si hubiera vuelto la vista hacia la ciudad, no habría tenido problema para verle, pero no lo hizo ni una vez.

Cabalgaron por más de tres horas hasta que la llanura sin árboles se convirtió en una serie de colinas rocosas. Ése era un terreno mucho más difícil para continuar su seguimiento, pues había numerosos recodos, desfiladeros y cuevas, donde Be-Lug se perdía de vista. En más de una ocasión, temió haberle perdido, hasta que, por fin, el otro jinete se detuvo a la entrada de una gran caverna. Desmontó. Menetir se escondió tras una roca y también desmontó. Be-Lug lanzó un silbido, una señal, y al poco, varias personas salieron de la cueva. Menetir no tuvo dificultad para reconocer al joven que le había desafiado la otra noche. El lugar era remoto y desolado. Los rebeldes parecían habitar en aquella cueva, pues entre la gente que salió, había algunas mujeres y niños.

Menetir se alejó un poco antes de volver a montar en su caballo, para no ser oído. No necesitaba oír lo que dijeran, tenía una idea bastante clara de lo que sería. En realidad, a él no le importaba que se preparase una rebelión, más bien al contrario, pues pensaba aprovecharse de ello para sus propios fines. Mientras regresaba a la ciudad, iba urdiendo su plan, y preparando lo que diría a su hermano. Enekhel debía permanecer tan ignorante de sus planes como todos los demás. Menetir no tenía duda de que, si salían bien, su hermano, su padre, y muchos otros no tardarían en unírsele.

12:

Traición

Yaluc no tenía idea de lo largo y duro que era el invierno allí arriba en las montañas. Le parecía que llevaba nevando una eternidad. Al contrario que en la costa, allí la nieve nunca llegaba a fundirse antes de que otra nevada, aún más copiosa, lo cubriera todo de nuevo, volviendo a borrar los caminos que los aldeanos abrían con dificultad. Cuando nevaba tanto, pasaban días sin que pudiera bajar a la aldea a visitar a Mores. También era extremadamente complicado para las mujeres de la aldea subir a atender a Zesera, por eso, cuando preveían una gran nevada, alguna de ellas, se quedaba con ellos en la cabaña, lo que Yaluc agradeció inmensamente, ya que el estado de la mujer empeoraba muy rápido, y él se veía incapaz de atenderla. No tenían que preocuparse por la comida, pues cada vez que alguien subía, les traía víveres en abundancia. Era evidente la gran veneración que despertaba Zesera, los aldeanos consideraban un gran honor tenerla allí. Para su asombro y sorpresa, Yaluc se dio cuenta de que aquellas gentes empezaban a comportarse con él de un modo parecido.

—No te sientas incómodo, Yaluc. Ellos muestran sus sentimientos del modo que saben.— Zesera le dijo, con ese tono maternal que solía usar. Yaluc sentía gran compasión al verla consumirse como la llama de una vela. Ya no abandonaba sus cojines para nada, no tenía fuerzas. Era asombroso cuánto había adelgazado. Sin embargo, su voz seguía firme, y sus oscuros ojos conservaban todo su brillo y profundidad.

—Pero yo no soy como tú... Ya no sé qué soy. Antes, por lo menos, era Yaluc el acólito de Ris. Yo no soy importante.— El muchacho dijo con la mirada baja.

—Estás tan perdido, mi pobre niño. Aún no sabes quién eres, pero pronto lo averiguarás, y te darás cuenta de lo equivocado que estás en tus juicios.— Yaluc miró a la mujer con gesto escéptico. Ella siguió hablando: —Nuestro trabajo está casi terminado. Durante todo este tiempo, me has hecho muchas preguntas, preguntas inteligentes, como yo sabía que serían. Sin embargo, hay algo que me sorprende mucho que aún no me hayas preguntado.— Ella miró hacia los estantes de madera de la pared del fondo, donde se iban amontonando los rollos de pergamino, cuidadosamente ordenados. Yaluc meditó unos momentos, mirando los libros también. Entonces, como si la pregunta hubiera estado esperando desde siempre justo en el fondo de su garganta:

—¿Por qué yo? ¿Por qué me elegiste a mí para escribir estos libros? Tenías cerca gente que conoce la escritura, por ejemplo, Sildara o Dilmala, pero viniste a buscarme precisamente a mí.— Ella sonrió, y Yaluc supo que había hecho la pregunta correcta.

—Como ya le dije a Dilmala cuando me preguntó lo mismo, si tú escribes es porque así debe ser. Ya has aprendido que todas las criaturas de la madre tienen un propósito para su existencia, mucho más los humanos, a quienes nos ha sido encomendado el deber de cuidar del resto de criaturas. Hace un momento, te lamentabas por tu insignificancia. Sin embargo, la Madre Buena y Generosa te ha encomendado una misión muy importante.—

—¿De verdad?— Yaluc preguntó curioso. Ya hacía tiempo que no dudaba de que Zesera podía ver lo que nadie más veía, incluso cosas que aún no habían sucedido.

—De verdad, Yaluc. Nunca serás sacerdote de Nin, porque ése no es tu destino. Tú eres un guardián. Tu misión es guardar y proteger. Ése es el significado de tu nombre en la antigua lengua loggi.— Yaluc abrió mucho los ojos. Siempre había sabido, claro, que su nombre no era valate, un motivo más para recibir las burlas y abusos de los otros acólitos, cuyo linaje estaba bien claro, incluso el de los que procedían de las familias más pobres. Como en todo lo que rodeaba su origen, Ris nunca había querido responder sus preguntas. Sabía que su padre era el difunto rey, luego...

—¿Era mi madre del pueblo loggi, por eso me puso un nombre en su lengua?— Ella ahora, puso un gesto compasivo.

—Lamentablemente, ella no tuvo ocasión.—

—Pero, tú la conociste ¿no es así? Ris nunca quiso hablarme de ella, y ya sabes que jamás tuve ocasión de hablar con mi padre. Por favor...— Zesera le hizo un gesto para que se acercara. Él lo hizo, y la mujer tomó tiernamente el rostro del muchacho entre sus manos.

—Como te he dicho, ya casi hemos terminado, pero aún nos queda algo más que completar. Ahora estoy muy cansada, y necesitaré mis fuerzas para acabar la tarea. No temas, no tendrás que esperar mucho. Cuando acabemos, te revelaré todo lo que sé sobre tu origen y tu destino. Te lo prometo.— Y, dejando caer las manos, cerró los ojos.

En Midum el invierno era mucho más benigno que en la aldea de la montaña, especialmente en la costa, y, aunque llovía a menudo, el aire nunca llegaba a ser realmente frío. A Menetir, no le costó que su hermano

le siguiera el juego, o, al menos, eso creía él. A su regreso de perseguir a Be-Lug ya tenía trazado su plan, un plan que, a su juicio, no podía fallar.

Explicó a Enekhhal cómo existía un auténtico refugio de rebeldes, y, tal como esperaba, su hermano envió una hueste numerosa para apresarlos. Sólo los niños se libraron de acabar en las mazmorras del palacio del gobernador, y eso incluía a Be-Lug. La idea general de Menetir era utilizar a aquella gente en su favor. Se le ocurrió fingir que estaba de su lado. Después de todo, ellos no sabían que había sido él quien había revelado su escondite al gobernador. Le costó menos de lo esperado convencerles de que simpatizaba con su causa. Para entonces, ya era noticia ampliamente extendida que él siempre se había negado a reconocer a su tío Andamar como rey legítimo. Por tanto, utilizó su verdadero resentimiento hacia el usurpador para que le aceptaran casi como a uno de los suyos. Naturalmente, se guardó muy bien de que supieran que no tenía la menor intención de favorecer su causa, y que en cuanto recuperase para sí el trono, pensaba aplastar aquella rebelión.

Sin embargo, de momento, logró convencer a Be-Lug y a Sum-Dhay, el cabecilla de los rebeldes, de que, si le ayudaban, él los ayudaría a su vez. Sum-Dhay muy especialmente, se dejó convencer, pues para él, Menetir era víctima de la misma humillación que él mismo, ver a un usurpador en el trono que legítimamente le correspondía.

En cuanto los días comenzaron a alargarse, y las lluvias iban siendo más escasas, empezaron a llegar los dignatarios que formarían parte de la asamblea del Gran Consejo de los Reinos. Primero, llegaron los de los reinos e islas del Pequeño Mar, pues el clima era más favorable en aquellas áreas. A medida que los dignatarios iban llegando, y se acercaba el momento en que lo haría la propia familia real de Kynán, Menetir se impacientaba más, pues, aunque los rebeldes le habían prometido su colaboración, aún no tenía un plan concreto para matar a la pequeña princesa, y que su muerte pareciera enteramente responsabilidad de Andamar y los suyos.

—Veo que ni siquiera el agradable clima de Midum mejora tu humor.— Enekhhal le dijo un día mientras ambos compartían mesa para la comida. —Sinceramente, creía que estarías más contento después de que termináramos con los planes de esos rebeldes. Ya envié en su momento noticia de tu hábil actuación a Taros, y pienso recordárselo a Andamar en cuanto llegue. Seguro que te caerá una buena recompensa, quien sabe, quizás incluso el gobierno de algún territorio como a mí. Deberías alegrarte.— Las palabras de Enekhhal iban como siempre cargadas de ironía, pero Menetir no tenía ganas de bromas.

—Lo único que ese usurpador debe darme es el trono que me ha robado.— Respondió agriamente.

—Que ha robado a nuestro padre, querrás decir.— Menetir soltó algo muy parecido a un gruñido que seguramente pretendía ser una risa sarcástica.

—Nuestro padre es un bastardo. Eso nadie lo puede remediar. De modo, que yo soy el legítimo rey de Kynánn. Pero no temas, las cosas volverán a estar en su lugar muy pronto. Yo nunca lo he dudado, y ya oíste a aquel wasmum. Dijo claramente que me veía ceñir una corona.— Ahora fue Enekhhal quien rio burlón.

—No me digas que te tomas en serio las bobadas de un mendigo loco.—

—No era ningún mendigo ¿Cómo habría podido un simple mendigo desaparecer como si nada, eh?—

—¿Desaparecer? Ambos estábamos cansados después del combate. Tú habías perdido mucha sangre. Recuerda que perdiste el sentido muy poco después. Nuestras mentes estaban confusas, y aquel hombrecillo, que seguramente estaba de acuerdo con los que nos atacaron, se aprovechó de ello.—

—No sé por qué me molesto en discutir contigo. Tú no crees en nada. Piensas que eres demasiado listo. Pues bien, espera y verás.— Menetir respondió airado, y abandonó la mesa sin haber probado bocado. Su furia no se debía sólo a las palabras de su hermano, sino a su falta de un plan concreto. Su intención era retirarse a rumiar su disgusto en sus aposentos, pero, de pronto, sintió que debía acudir al templo de Nin.

Lo primero que hicieron los valate tras conquistar Midum, antes incluso de poner en pie siquiera una choza donde refugiarse, fue construir un templo en honor de su dios principal. Después de todo, una vez más, les había conducido a la victoria. En cuanto vio los altos muros del hermoso edificio, Menetir comenzó a sentirse mejor. Eso es, haría un sacrificio a Nin. Él era un guerrero, luego el dios guerrero no podía abandonarle. Los sacerdotes le ofrecieron varios animales, ninguno de los cuales parecía digno del más importante de todos los dioses. Resignado, compró una cabra bien gorda a un precio desproporcionado. Otro asunto del que se ocuparía en cuanto recuperase el trono, poner en su sitio a aquellos sacerdotes corruptos.

Cuando salió del templo, tras el sacrificio y una buena hora de devotas oraciones, el sol comenzaba su descenso por poniente. Como no

le apetecía encontrarse con su hermano todavía, decidió caminar un rato. Rodeó el palacio del gobernador con intención de ir hacia el puerto. Entonces, saliendo por una de las puertas, vio a un grupo de mujeres. Era la puerta que conducía al ala donde se hallaban los prisioneros. Reconoció a la esposa de Be-Lug, ya la había visto en otras ocasiones, aunque no recordaba su nombre. Cuando le vio, ella esbozó una sonrisa triste, y se le acercó. A su lado, con la cabeza gacha, caminaba otra mujer. Menetir no podía verle la cara, pues se cubría con un velo.

—Saludos gentil príncipe.— Saludó la esposa de Be-Lug. Como su marido y todos los demás, creía que Menetir estaba de su lado. —Me alegro de encontrarte. Así te podré agradecer nuevamente que hayas convencido a tu hermano el gobernador de permitirnos visitas más a menudo.—

—No tienes por qué agradecerme. No es mucho lo que yo puedo hacer, pues, como sabes, mi situación no es mucho mejor que la vuestra.— Dijo, procurando parecer lo suficientemente afectado. No le fue tan fácil como en otras ocasiones, ya que el hecho de que la mujer que acompañaba a la esposa de Be-Lug se cubriera con un velo significaba que aún era soltera, lo que despertó inmediatamente su interés. Debía reconocer que las midummitas eran especialmente bellas. La otra mujer notó su interés, y se apresuró en decir.

—Ésta es mi hermana menor Ta-Duna. La pobrecilla sólo me tiene a mí. Como sabes, nuestros padres murieron a manos de los soldados valate poco antes de que llegaras. Dio un golpecito no muy disimulado a la joven en el costado, y ésta alzó tímidamente la cabeza, cubriéndose el rostro con el velo. Menetir sólo pudo verle los ojos grandes y expresivos de un color verdoso con reflejos dorados, y la delicada mano con la que sostenía el velo. Fue más que suficiente. Menetir no era dado a dejarse dominar por la lujuria, no era ni mucho menos tan alegremente promiscuo como su encantador hermano, pero cuando deseaba a una mujer, no permitía que nada ni nadie le impidiera poseerla.

Regresó a palacio de mucho mejor humor. No tenía duda de que el propio Nin había guiado sus pasos al encuentro con aquellas mujeres. Cenó con buen apetito. Y no le sorprendió lo más mínimo, encontrar a Ta-Duna esperando en su alcoba cuando se retiró a dormir.

En cuanto se sucedieron dos días seguidos de buen tiempo, Andamar decidió ponerse en marcha hacia Midum. Había seguido con creciente impaciencia los preparativos durante aquel invierno que le pareció interminable. Pero, por fin, ya navegaban rumbo a Midum. La comitiva real ofrecía un espectáculo magnífico. Andamar y su familia iban a bordo del —Señor de las Olas—, el hermoso barco real. A pesar de que era el navío más grande de toda la flota, rara vez se le podía ver navegar en altamar, con todas sus velas rojas desplegadas, ya que sólo el rey en persona o el príncipe heredero podían capitanearlo. En esta ocasión, Andamar ordenó que, junto con su propia familia, viajaran a bordo Uxyla, prometida del príncipe, y Nusi, su madre. Domusal, como Consejero de Guerra y general de las milicias reales, viajaba en el segundo navío más importante, junto con un buen número de soldados y caballos. Había otros navíos cargados de soldados, que custodiarían a la familia real, y se encargarían de que todo saliera bien. Entre ellos, navegaban los barcos más pequeños que llevaban al resto de parientes del rey y altos dignatarios que tomarían parte en la asamblea.

Por supuesto, su viaje fue mucho más agradable y corto que el que hicieron Menetir y Enekhhal unos meses antes. El viento fue todo el tiempo favorable y en ningún momento demasiado fuerte como para crear problemas. Andamar lo interpretaba como que los dioses se sentían complacidos con él por recuperar las antiguas tradiciones. Cuando al fin, se avistó la costa de Midum, se encontraba observando feliz a Naadur que charlaba animadamente con Uxyla. Brala los estaba observando también. Intercambiaron una mirada, y Andamar le dedicó a su esposa una amplia sonrisa. Una vez más, ella había demostrado lo mucho que valía. Su idea de prometer a Naadur con Uxyla era la mejor garantía de que la armonía reinaría entre las dos ramas de la familia en los años venideros.

Ya era entrada la mañana cuando se corrió la voz en el palacio del gobernador de que llegaba el rey. Menetir escuchaba el alboroto que se iba formando en el patio, a través de la ventana abierta de su dormitorio. No tenía prisa para levantarse y acudir a dar la bienvenida a los que llegaban. Prefería entretenerse en deslizar perezosamente los dedos por la suave espalda de Ta-Duna. La joven había sido una muy placentera diversión durante aquellas semanas, y le había permitido pensar en un buen plan para lograr su objetivo. No le sorprendió saber que ella, claro está, apoyaba la causa de los rebeldes. Lo que sí le tomó por sorpresa fue descubrir el intenso odio que aquella deliciosa criatura albergaba hacia los valate. Hábilmente, él había conseguido que ese odio se

concentrara en el usurpador y su familia. Ta-Duna iba a ser el perfecto instrumento para llevar a cabo su plan.

Enekhhal se había encargado de que el rey no percibiera el más mínimo problema. Una multitud entusiasmada se agolpaba en el puerto, y a lo largo del recorrido hasta el palacio. Todos ellos ignoraban que camuflados entre esa multitud había numerosos soldados alerta y vigilantes, y listos para parar en seco cualquier intento de disturbio. Ataviado con sus mejores galas, Enekhhal esperaba a que su tío el rey pisara tierra midummita.

La bienvenida salió a la perfección. Enekhhal íntimamente se alegraba de que su hermano no hubiera querido ir al puerto. Menetir podía ser incontrolable. Por supuesto, él le conocía lo suficiente como para saber que tramaba algo, aunque no había tenido ninguna fortuna a la hora de descubrir de qué se trataba. Sus padres le saludaron afectuosamente, al igual que su hermana y el resto de la familia. Curiosamente, nadie preguntó por Menetir, lo que hizo que se relajara. Sin embargo, su suerte se acabó cuando todos estuvieron ya instalados en palacio. El rey le hizo llamar. Resignado, acudió a su presencia, y le sorprendió ver que la reina Brala e incluso, la reina viuda Garpa, estaban con él.

—Querido sobrino. Te felicito una vez más por cómo lo has organizado todo. Sabía que era buena idea darte este puesto. Como digo, todo está maravillosamente dispuesto. Pero hay un pequeño detalle que falta. He de disculparme por no haberte avisado antes para que pudieras prepararlo, pero me temo, que no domino muy bien los pequeños detalles del protocolo. Por eso, mi madre y mi esposa aquí presentes, que conocen mucho mejor estos asuntos, te lo explicarán.— Andamar dijo sonriendo. Enekhhal miró inquisitivo a las dos mujeres. Fue Brala quien habló:

—Bueno, Enekhhal, se trata de la princesa Uxyla. A pesar de su corta edad, ella y Naadur están a punto de ser proclamados sucesores al trono. Por tanto, ella debe ser tratada con la dignidad correspondiente a su posición. Eso quiere decir que tendrá su propio séquito. Por supuesto, se permite que su nodriza la acompañe, claro, pero necesita sus propias damas. Sé que no te habíamos avisado, pero seguro que no te será muy difícil encontrar entre las familias de los altos dignatarios de palacio, unas cuantas muchachas bien educadas. Cuanto más cercanas en edad a la princesa, será mejor ¿Podrás hacerlo?— Enekhhal desplegó su más radiante sonrisa, ésa que le ganaba inmediatamente la voluntad de cualquiera que tuviera delante.

—Desde luego, querida tía, y señora.— Hizo como que no había visto el gesto de disgusto de la reina viuda, y continuó. —Ahora mismo me pondré a buscar a esas encantadoras damitas para mi querida sobrina.—

Menetir casi no podía creer su buena suerte. Claro que, pensándolo bien, era justo lo que se merecía. Sin duda, Nin le favorecía en sus planes. La noticia de que se buscaban jóvenes damas para el séquito de Uxyla se extendió rápidamente, así como que era algo que corría prisa. Afortunadamente, su relación con Ta-Duna no había trascendido, por lo que nadie podría relacionarle con la joven. Por otro lado, convenció a la chica de que la cercanía a la princesa le proporcionaría una inmejorable oportunidad para expresar su odio hacia la familia real valate. Así que, le propuso presentarse para el puesto de dama de Uxyla, valiéndose de que Ta-Duna pertenecía a una familia de muy alto linaje por parte de su madre. Enekhhal, que se veía presionado por la falta de tiempo, y porque encontrar jovencitas bien educadas no era tan fácil como había pensado, la aceptó a pesar de que era un poco mayor, ya que tenía 15 años.

Para cuando llegó el día en que comenzaría la asamblea del Gran Consejo de los Reinos, ya tenían perfectamente trazado el plan. Menetir sabía que Ta-Duna no fallaría ni se echaría atrás, no hay mejor incentivo que el deseo de venganza. Decidieron que el hecho se consumaría durante el banquete que seguiría a la proclamación de Naadur y Uxyla como príncipes herederos y sucesores de Andamar y Brala. Con su plan ya bien dispuesto, a Menetir no le resultó tan difícil seguir los acontecimientos junto con su familia.

Sin embargo, su buen humor por la marcha de sus planes se vio ensombrecido por un nuevo contratiempo. La noche antes de la proclamación, sus padres le pidieron que se quedara cuando acabó la cena en la que había estado reunida toda la familia, excepto Uxyla, que cenaba con la familia real y su madre Nusi, que la acompañaba.

—Menetir, hijo mío, tu padre y yo tenemos que comunicarte algo...— Su madre comenzó con tono suave, más que suficiente para que Menetir se alarmara. Su madre ya no solía hablarle con ese tono desde hacía años. —Se trata de Numa...—

—¿Qué? ¿Le ha ocurrido algo malo?— Preguntó. Últimamente, no había pensado en su prometida, la verdad, es que nunca pensaba demasiado en ella. Su boda había sido acordada por sus padres como era lo habitual entre los nobles valate. De pronto, recordó que sus esponsales deberían tener lugar ese mismo año, ya que Numa cumplía

los 14. Sus padres intercambiaron una mirada. —¿Qué es? Decídmelo ya.—

—La familia Kyrás ha anulado el compromiso.— Fue Domusal, su padre, quien habló. Se le notaba sinceramente afectado. —Perdona que no te lo dijéramos enseguida, pero no sabíamos cómo hacerlo menos doloroso.— Naturalmente, a lo que se refería su padre no era al dolor de un enamorado. Menetir apenas conocía a Numa, y ni siquiera le resultaba simpática. Corrían ciertos rumores acerca de ella. Lo más suave que se decía es que era una muchacha extraña, pero la idea general es que su cabeza simplemente no funcionaba correctamente. Sin embargo, por su linaje, sus padres estaban convencidos de que sería una perfecta reina, y eso a él le valía. Y ahora resultaba que la familia de la chica se echaba atrás en el compromiso. Menetir sabía perfectamente el motivo. Su padre había sido apartado del trono, por tanto, él también. Al igual que muchos otros, los Kyrás tendrían ocasión de arrepentirse de sus actos cuando él recuperase lo que era suyo.

Sentía que le hervía la sangre. Una nueva humillación, y ¿cuántas iban ya? Le costaba respirar y ya había dejado de escuchar a sus padres que le miraban preocupados. Sin embargo, él necesitaba salir de allí o se ahogaría. Caminó ciego de ira por los largos corredores, pateando cualquier objeto que se encontrase, y golpeando furioso las paredes y columnas con su espada. Los habitantes o sirvientes del palacio que se encontraban en las cercanías se cuidaron mucho de no cruzarse en su camino. Todo el mundo conocía el terrible carácter de Menetir, incluso aunque no lo hubieran visto con sus propios ojos.

Abrió la puerta de su alcoba de una patada. Ta-Duna corrió a esconderse. Incluso ella, llena de deseos de venganza como estaba, se espantaba de la furia de Menetir. En otras circunstancias, la joven habría tenido sobrados motivos para asustarse, pero Menetir fue capaz de sobreponerse lo suficiente como para recordar que necesitaba a la chica para sus propios planes. Dejó caer al suelo su espada y procuró sonreír a la asustada muchacha. Aquella era su última noche, luego mejor que la disfrutase.

Naadur no pudo dormir nada esa noche. Al día siguiente iba a ser proclamado príncipe heredero ante la asamblea del Gran Consejo de los Reinos. Era sólo una ceremonia tradicional que no cambiaría nada, él era ya príncipe heredero. Pero tenía la sensación de que sólo después de aquella ceremonia, lo sería de verdad. Apenas un mes atrás, había cumplido 13 años. Su cabello ya casi le llegaba a los hombros, y comprobaba feliz que sus mejillas ya habían perdido completamente la

suavidad infantil, aunque su barba aún tardaría en crecer. El amanecer le sorprendió mirando desde su ventana las inmensas praderas que se perdían en el horizonte. Extraño país Midum. La hierba crecía muy verde y casi tan alta como un hombre, pero los árboles eran sumamente raros. Llamaron a la puerta. Su asistente venía para ayudarlo a vestirse para la ceremonia.

En otra alcoba, no muy lejos, Ta-Duna se ponía diligentemente a la tarea de despertar a la princesita y ayudarla también a vestirse. Nusi, la madre de la niña estaba con ella cuando la joven midummita entró en la habitación. Por suerte para Ta-Duna, la mujer estaba demasiado concentrada en su pequeña, que se iba a convertir en la princesa heredera en pocas horas, como para darse cuenta de la total falta de expresión en la mirada de la otra joven. Nusi estaba encantada. Miraba embelesada a su pequeña de bucles dorados, imaginando lo precioso que sería su cabello cuando lo dejase crecer al abandonar la infancia.

La sala donde tendría lugar la asamblea estaba ya llena cuando la familia real llegó. Se trataba del espacio central de un antiguo templo. Tenía la amplitud necesaria para acoger a las más de doscientas personas que se congregaban allí, y las magníficas columnas que sostenían el techo que se encontraba a una asombrosa altura, le daban toda la magnificencia que el Señor del Mundo pudiera necesitar.

Andamar entró encabezando la comitiva real, y se colocó delante del trono que presidía la inmensa estancia, en uno de los extremos. Ante él, sentados en hileras, se encontraban todos los nobles, dignatarios, e incluso reyes de los territorios sobre los que gobernaba el rey de Kynán, y aquellos que se preciaban de ser sus aliados; precisamente, Rotyc, rey de Narvaly, había llegado el día antes. Andamar volvió un momento la cabeza para ver cómo su familia se sentaba en los asientos dispuestos detrás del trono. Delante de él, todo eran rostros expectantes.

Tenía que reconocer que estaba nervioso. Todo parecía bajo control. Enekhhal le había puesto al día de la situación de los rebeldes en prisión, y el compromiso de Naadur con Uxyla le garantizaba la paz con su hermanastro. Sin embargo, hasta que la asamblea no le aclamase como nuevo rey de Kynán y Señor del Mundo, y aceptase a su hijo Naadur como su legítimo heredero, no se quedaría completamente tranquilo. Tenía demasiado presente que todos le tenían por un hombre sin carácter, empezando por su propia madre. Tenía que demostrar que podía ser un rey fuerte, y sabía exactamente cómo hacerlo.

Curiosamente, fue precisamente el rey Rotyc el elegido por la asamblea como su portavoz. Se acercó al trono y se colocó al lado de Andamar. A pesar de que él era más alto y joven que el otro hombre,

Andamar se sentía ligeramente intimidado. Nadie ponía en duda el derecho de Rotyc a sentarse en el trono de Narvaly, mientras que a él, algunos aún le tachaban de usurpador. Instintivamente, buscó a su sobrino Menetir en el océano de caras. No acababa de fiarse de que hubiera aceptado la situación, como así parecía. Le encontró cerca de una de las puertas, de pie junto a uno de los guardias armados que se encontraban allí para su protección. Menetir no le mantuvo la mirada, y eso le intranquilizó más que si le hubiera lanzado una de sus miradas cargadas de odio. Se irguió. Rotyc ya le estaba dando la bienvenida a la asamblea en nombre de todos.

—Esta asamblea se honra en recibir a Andamar, hijo de Belcentes el Justo, y que lleva el nombre del glorioso fundador de Kynán. Por favor, recibid al rey de Kynán y Señor del Mundo.— Rotyc proclamó con solemnidad. Hubo un brevísimo instante de silencio. Pero después, la asamblea prorrumpió en aplausos y vítores. Andamar se sentó en el trono algo más calmado. Sin embargo, ahora llegaba el momento en que cada representante habría de jurarle lealtad.

Para su gran alivio, la ceremonia continuó sin incidentes. Los dignatarios fueron desfilando por delante del trono pronunciando su solemne juramento de lealtad al nuevo rey. Al fin, en último lugar, lo hizo Domusal en su nombre y en el de toda su familia. Andamar empezaba a respirar tranquilo. La ceremonia estaba transcurriendo tan larga y tediosa como debía. Eso era una excelente señal. Cuando terminó el juramento, se puso de nuevo en pie.

—Os agradezco a todos vuestra lealtad, que podéis estar seguros, no será traicionada. Me complace ahora presentaros a mi amado hijo y heredero, el príncipe Naadur, el cual se acaba de prometer con la princesa Uxyla, nieta de mi querido hermano Domusal.— Como se les había indicado, Naadur y Uxyla avanzaron hasta ponerse junto al rey. Aunque no era lo más formal, Naadur llevaba de la mano a la pequeña princesa, que, a pesar de sus cinco años, caminaba erguida y con gesto solemne. De nuevo, hubo aplausos y vítores para los príncipes. Tampoco esta vez nadie levantó la voz en contra de la legitimidad de Naadur. Andamar cada vez estaba más satisfecho de haber recuperado aquella perdida ceremonia. Era evidente que los dioses le favorecían y le anunciaban un venturoso reinado.

Naadur llevaba cogida la mano de Uxyla para que la pequeña se sintiera menos intimidada, aunque, en realidad, a él le confortaba tanto como a ella el contacto físico. Nunca en sus 13 años de vida había pensado hallarse en una situación así. Él siempre había pensado que dirigiría los ejércitos de Kynán. Ser un soldado llenaba todas sus ambiciones. Pero ahora, además, era el príncipe heredero, y un día, se encontraría justo donde ahora estaba su padre. Le dio un pequeño apretón a la diminuta mano de Uxyla y ella le miró con sus inocentes ojos azules llenos de ilusión. Él le sonrió. Por el resto de su vida, recordaría ese breve instante de inocente alegría compartida, justo antes de que los más malvados demonios grabaran ese día en su memoria con horror para siempre. Su padre volvía a hablar.

—Como vuestro rey legítimo, mi primera decisión es hacer justicia con aquellos que han osado levantarse contra mí. Os anuncio que mañana mismo, al amanecer, los rebeldes que protagonizaron no hace mucho algunas revueltas, serán ajusticiados, empezando por sus cabecillas Sum-Dhay y Be-Lug.— Nadie estaba prestando atención a Ta-Duna, que permanecía discretamente detrás de los asientos de la familia real, por lo que nadie vio el gesto de odio y pura rabia que contrajo su rostro al oír las últimas palabras del rey. Y como nadie la miraba, tampoco nadie pudo evitar que se lanzara con la velocidad de una fiera hacia el lugar que ocupaban los príncipes. Todo fue muy rápido, con un movimiento limpio y decidido, se colocó detrás de Uxyla y la degolló con un cuchillo que había llevado oculto entre sus amplios ropajes.

Naadur nunca llegó a recordar si había sido plenamente consciente de lo que estaba ocurriendo, o si simplemente había actuado de un modo reflejo. Mientras veía como en una pesadilla el pequeño cuerpo, cuya mano aún sostenía, desplomarse en el suelo, su instinto de soldado se puso en funcionamiento. Se lanzó a coger el cuchillo asesino. Pero Ta-Duna, que estaba dispuesta a todo, se revolvió, hiriéndole en el brazo. Naadur fue apenas capaz de retirar el brazo para evitar una herida mayor. Pero ya la enloquecida mujer se disponía a descargar una nueva cuchillada sobre el príncipe, mientras gritaba:

—¡Muerte a todos los invasores valate!— Lo había gritado en lengua valate, sin duda para que todos los asistentes comprendieran el mensaje. Sin embargo, casi antes de que acabara la frase, ella misma se desplomó con una flecha clavada en el pecho. Todo se había sucedido con tal

rapidez que los asistentes sólo entonces comenzaron a reaccionar. De pronto, Naadur fue consciente de lo sucedido, pues sus oídos percibieron el aullido desgarrado de Nusi. Casi al mismo tiempo, vio caer a la asesina. Automáticamente, buscó de dónde había venido la flecha. Era evidentemente una de las que portaban los guardias, pero no había sido uno de ellos quien la había lanzado. Su mirada se cruzó con la de Menetir, que aún sostenía el arco delante de su cara.

En ese momento, la mayoría de las miradas estaban concentradas en la desgarrada Nusi que, de rodillas en el suelo, sostenía y acunaba el cuerpecito ya inerte de Uxyla. La guirnalda de flores blancas había caído de su pequeña cabeza, y la sangre que seguía manando abundante de su cuello, le manchaba la sencilla túnica azul claro. Los valate no creían apropiado que los niños lucieran joyas ni ningún tipo de adorno, y tanto si eran varones como si eran niñas, llevaban ropajes muy sencillos y el cabello corto.

Sólo Naadur miraba a Menetir, pero, enseguida, muchas más miradas se dirigieron a él cuando, con voz sonora, comenzó a hablar.

—Ved todos de qué poco vale la palabra de éste al que acabáis de jurar lealtad. Con su palabrería, convenció a mi padre de que prometer a su hijo con mi sobrina sellaría su compromiso con el resto de la familia. Mi desdichada hermana, a quien todos veis rota por el dolor, le confió la preciosa vida de su hijita, apenas una niña. Y todos habéis visto lo que acaba de ocurrir. Muy conveniente para mi tío el usurpador, que nunca tuvo verdadera intención de casar a su hijo con Uxyla.—

—¿Qué estás diciendo Menetir? ¿Me acusas acaso de haber contratado a esa mujer?— Andamar preguntó verdaderamente sorprendido. No podía creer que su sobrino aprovechara aquella horrible desgracia para acusarle. Pero Menetir aún no había terminado.

—Bien ¿no os parece muy sospechosa la prisa que tenían la reina usurpadora y su suegra, la embaucadora en proporcionarle a una niña de cinco años un séquito? Yo sólo digo que no te habría costado aprovecharte de alguno de esos rebeldes que mi hermano y yo capturamos, para librarte de una promesa enojosa.— Menetir disfrutaba viendo que ahora tenía la atención de todos.

—Seguramente, ninguno creeréis esos disparates. Ha quedado claro que esa mujer era una loca, a la que, por otra parte, no podremos interrogar gracias a Menetir.— Andamar acusó.

—¿Lo estáis viendo? ¿Así agradeces que le haya salvado la vida a tu hijo? ¿Qué más pruebas queréis? Andamar nunca debió ocupar el trono de Kynán. No es más que un ladrón que usará cualquier triquiñuela para salirse con la suya. Yo, por mi parte, no pienso dejar sin vengar la sangre de Uxyla, mi propia sangre, y recuperar lo que me fue robado ¿Quién está conmigo? ¿Quiénes de los aquí presentes os pondréis del lado de lo que es justo en lugar de servir a un vulgar ladrón?— El salón se llenó de gritos, unos a favor de Menetir, otros en contra. El caos se apoderó de la escena. Entonces, Menetir se dirigió a Domusal, que parecía petrificado sin poder aún apartar la vista de su hija acunando el cuerpo de su nieta muerta: —¿Padre? Las más sagradas leyes valate te obligan a tomar venganza de lo ocurrido.— Domusal siguió en silencio.

—Maldito seas, Domusal. Si no tienes el valor de hacer lo debido, mis hijos y yo no lo dudaremos. Uxyla era también mi nieta, y juro por el sagrado escudo de Nin, que su muerte no quedará impune.— Semudar gritó, desenfundando su espada, su hijo Temuzén, y padre de Uxyla, le imitó. Otros muchos hicieron lo mismo en la sala. Netyc, primo de Menetir y príncipe heredero de Narvaly fue a desenvainar también, pero su padre le detuvo, fulminándole con la mirada.

El caos crecía. Todo estaba ocurriendo tan rápido, que Andamar apenas había tenido tiempo de asimilarlo, cuando, de pronto, se hizo el silencio. Todas las miradas estaban ahora en Nusi que se ponía trabajosamente en pie sin soltar el pequeño cuerpo. La sangre de la niña ahora manchaba también su elegante vestido esmeralda. Despacio, se acercó a su helado padre, y con voz ahogada le preguntó:

—¿De verdad no vas a hacer nada, padre?— Por fin, Domusal pareció despertar del trance. Con mano temblorosa, apartó con cuidado uno de los rubios rizos de la pequeña frente.

—¿Cómo has podido, Andamar? Puedes humillarme con tantos documentos como quieras, ya no me importa lo que me hagas a mí. Pero no esperes que te perdone por esto.— Domusal habló con voz calma, lo que dio aún más fuerza a sus palabras.

—En serio, hermano. Tú no puedes creer que yo haya planeado la muerte de una niña inocente. Te doy mi palabra de que quienquiera que sea el culpable, recibirá el más severo de los castigos. No olvides que me has jurado lealtad.— Domusal caminó hacia el rey, dos guardias le cerraron el paso en una repetición de aquella lejana tarde, tras la muerte de su padre. Sin embargo, no necesitaba acercarse más. Sin decir una

palabra de aviso, escupió, alcanzando de lleno la cara de su sorprendido hermanastro.

—Escupo en ese juramento.— Muchos más guardias se acercaron para proteger al rey y su familia, mientras otros muchos, comenzaban a rodear la sala, cerrando cualquier salida. Domusal no se inmutó. —Y no vuelvas a llamarme hermano. Desde este momento, reniego de cualquier parentesco contigo, y te juro, ahora sí, que no descansaré hasta que ese trono que has robado regrese a su legítimo dueño.—

Con la cara roja de ira, Andamar ordenó a los guardias que apresaran a Domusal, pero ya eran muchos, empezando por Menetir, los que se negaban a aceptar la autoridad del rey usurpador. Todos los hombres presentes en la sala menos el propio rey, habían sacado su espada, y se enfrentaban ya encarnizadamente. Naadur quiso ponerse también a defender la causa de su padre, que era la suya propia, pero, el brazo herido era el derecho, y tuvo que apartarse frustrado. Sin embargo, se negó a ser escoltado por los guardias fuera de la sala con las mujeres.

El salón de la asamblea era ya una auténtica batalla. Pronto se hizo evidente que las fuerzas leales a Andamar eran superiores. Andamar, sin embargo, aún se llevó una decepción más al ver que Enekhhal luchaba del lado de su padre y de su hermano. En realidad, pensaría más tarde, era lo más lógico, a pesar de las malas relaciones que mantenían. Para los valate en general, y para los Damoy en particular, la familia era sagrada. Por un momento, tuvo la esperanza de que conseguiría detener a su rebelde hermanastro y los que le seguían. Estaba seguro de que, después de una temporada en las mazmorras, les haría entrar en razón. Pero, por desgracia, a pesar de su inferioridad, Domusal y sus hijos consiguieron escapar de aquel edificio, cuando estaba claro que no ganarían aquella batalla.

Algunos guardias salieron en persecución de los fugitivos. Todo quedó entonces en silencio. Naadur miró a uno de los altos ventanales. El sol casi no había avanzado en su camino diario. En tan poco tiempo, su vida había cambiado para siempre. Aunque, en ese momento, él no era aún consciente de hasta qué punto.

13:

Cumplimientos

Lo que había comenzado como una horrible tragedia, terminó siendo una mucho mayor, y, desgraciadamente, Andamar sabía, sólo el principio de otras muchas por venir. Los guardias salieron tras los fugitivos encabezados por Domusal, pero no pudieron atraparlos. Muchos de sus partidarios los acompañaban, y no dudaron en enfrentarse a los guardias a los que aniquilaron casi en su totalidad. No eran precisamente los peores guerreros los que se habían unido a la causa del —rey legítimo—.

La Batalla del Consejo, como enseguida se conoció a lo acontecido aquel fatídico día, había terminado con bastantes muertos de ambos bandos, además de numerosos heridos, entre los que se encontraba el propio príncipe Naadur y el rey Rotyc, que permaneció leal a Andamar a pesar de la opinión de su hijo. Pero las peores consecuencias se irían viendo según pasara el tiempo.

A Andamar, en realidad no le sorprendió que Domusal y los suyos lograsen escapar. Sin embargo, esa circunstancia aumentó aún más la profunda tristeza en la que se sumió después de lo sucedido. Apenas se aseguró de que Naadur no estaba gravemente herido, se apartó de todos. Garpa le observaba con gran preocupación. Su hijo no podía permitirse ser débil precisamente en esos momentos. Tal vez, si actuaba con rapidez, aún podría evitar que se produjera una verdadera división entre sus súbditos. Como Andamar se negaba a hablar con ella, Garpa acudió a su prima. Si había alguien que pudiera acercarse al rey, esa era su esposa. Sin embargo, Brala tampoco consiguió gran cosa.

Andamar se empeñó en permanecer en Midum, mientras el rey Rotyc no estuviera lo suficientemente recuperado como para viajar. Después de todo, había permanecido de su lado. Durante aquellos días, actuó como si caminara sonámbulo. Las ejecuciones de los rebeldes tuvieron lugar como se había previsto. La ciudad permaneció tranquila, no en vano, estaba llena de soldados valate, incluso después de cuántos habían huido con Domusal. Pero en otras regiones de Midum hubo airadas protestas e incluso, algunos motines y revueltas. Garpa no tenía dudas de que Domusal y Menetir utilizarían eso en su propio beneficio. Pero Andamar parecía no darse cuenta de nada. Garpa nunca le había visto así.

Un día, caminaba el rey con su ya acostumbrada actitud ausente, por una de las galerías del palacio del gobernador, cuando alguien le tomó del brazo. Sorprendido, volvió la cara y vio a su hijo. Como siempre, ver

la señal en el brazo del muchacho, aunque apenas era ya un rasguño, le revolvió el estómago. Había estado tan seguro después de que Ris le entregara el documento de su abuelo de que hacía lo correcto. Y cuando consiguió convencer a Domusal de que firmara el acuerdo, había creído sinceramente que así evitaba cualquier enfrentamiento. Y ahora, después de lo ocurrido, era muy probable que se viera envuelto en una auténtica guerra, lo que más detestaba en el mundo.

—Padre ¿Puedo hablar contigo un momento?— Sonrió a su hijo. Pero sentía que tenía tan poco por lo que sonreír.

—Por supuesto.—

—Verás, sé que estás triste por lo que pasó en la asamblea. Tú eres un hombre amante de la paz y odias los enfrentamientos. Pero no debes olvidar que eres el rey. No puedes permitirte abandonar tus deberes así ¿Sabes? Yo también estoy triste. Uxyla estaba a mi lado. Era tan inocente y tan pequeña, y yo no pude evitar su muerte. Ya empezaba a hacerme a la idea de que sería mi esposa.— Andamar vio genuina tristeza en el rostro de su hijo. —Lo que intento decirte es que sé lo duro que es estar en tu lugar. Yo ya no soy un niño. Siempre estaré a tu lado y lucharé por tu causa, que también es la mía.—

—Hijo mío. Te ruego que me perdones, aunque no merezco ser perdonado por abandonar mis obligaciones de rey. Tienes razón. He de continuar cumpliendo con mi deber. Se lo debo a todos mis súbditos, y muy especialmente a ti que eres mi heredero. No tengo derecho a echar a perder lo que un día ha de ser tuyo. Ya no es hora de lamentos. He de ponerme manos a la obra.—

—Eso es estupendo, padre. Y, para empezar, debes designar un nuevo gobernador de Midum o sus habitantes olvidarán a quién deben obediencia.—

En la aldea de la montaña, Yaluc contemplaba melancólico la lluvia que caía tan copiosamente que hacía que todo se viera borroso. Suspiró. Allí arriba el tiempo era incomprensible. Habían tenido unos hermosos días de sol, y de nuevo, había vuelto el invierno, con nieve incluso. Sin embargo, aquella nevada inesperada no logró volver a cubrir de blanco los prados que ya comenzaban a verse verdes, pues enseguida la sustituyó la lluvia. Desde el fondo de la cabaña, escuchó la tos de Zesera. La mujer perdía fuerzas de modo cada vez más visible. Le acercó un

tazón con agua. Tuvo que ayudarla a sostenerlo y acercárselo a la boca, ya que las manos le temblaban.

—Gracias Yaluc.— Dijo Zesera. Su voz sonaba cada vez más cansada. —Eres muy bueno.— Y le dedicó una de sus tiernas sonrisas.

—Esta lluvia no te hace bien. Pero ánimo, ya no puede tardar en llegar de una vez la primavera.— Yaluc intentó animarla.

—Desde que abandoné el Palacio de las Nubes, cuando fui a ver al rey, sabía que no sobreviviría más allá de este invierno. El momento en que me una de nuevo a la madre está ya muy cerca. Vamos, sabes que no debes estar triste. Mi trabajo en el mundo de los vivos está casi terminado. Debes sentirte feliz, pues tu ayuda ha sido muy valiosa para llevarlo a cabo.— Yaluc bajó un momento la cabeza. Le avergonzaba ser tan débil y no llegar a comprender la actitud de aquella mujer ante su propio fin. Para los valate, la muerte significaba vagar por toda la eternidad entre tinieblas sin objetivo ni descanso. Sólo aquellos a quienes los dioses favorecían especialmente, podían aspirar a unirse a ellos tras abandonar este mundo.

—No puedo imaginar qué te puede quedar aún por contarme. Los rollos que he llenado apenas caben ya en los estantes de la pared.—

—Tienes razón, ya apenas queda nada. Cuando termines, dile a Jaduma que confeccione una bolsa para guardarlos y protegerlos. Ella sabrá cómo hacerla.— Yaluc avivó el fuego, y se sentó en su lugar habitual, dispuesto a escuchar y anotar cuidadosamente lo que Zesera tuviese que decir aún.

—No, querido Yaluc. Por hoy ya no escribas más. Lo que me queda por contarte no tiene que ver con el pasado de mi gente. Si acaso, con el futuro de todos los humanos, reconozcan o no a la Madre Buena y Generosa. Sin embargo, es un relato que precisará de casi todas mis fuerzas. Dejémoslo mejor para mañana.— Y, como solía hacer, cerró los ojos sin más.

Sin embargo, al día siguiente, Zesera ni siquiera abrió los ojos. Yaluc llegó a temer que hubiera muerto durante la noche, hasta que se acercó y escuchó la débil respiración de la mujer. Asustado, fue a buscar ayuda. Se encontró a Jaduma y otras dos mujeres, que ya subían hacia la cabaña. Ellas intentaron calmarle. Zesera se encontraba muy débil. Tenía fiebre y apenas podía respirar, pero, le aseguraron, la Hija Mayor

sólo se iría cuando fuera el momento, y eso no ocurriría si aún tenía algo pendiente.

Después de hablar con su hijo, Andamar pareció revivir. Muy pocos nobles valate se habían puesto de su lado durante el enfrentamiento, de modo, que no sabía a quién confiar la delicada tarea de gobernador de Midum. Ojalá Naadur fuera un poco mayor, pensó. Después de lo sucedido, le costaba confiar en nadie. Sin embargo, una vez más, Brala le dio uno de sus sabios consejos. Ya que aquellos nobles habían elegido permanecer leales ¿por qué no nombrar a uno de ellos como recompensa? Andamar así lo hizo. Nombró a un hombre ya no demasiado joven, pero que había luchado con gran valor, Edenor Kyrás, que resultó ser pariente de la hasta hacía poco, prometida de Menetir, pero que aseguró al rey que su familia había roto el compromiso precisamente porque apoyaban la legitimidad de Andamar.

Resuelto aquel asunto, la familia real emprendió el viaje de regreso a Kynán, un viaje muy diferente al de ida. Mientras, Andamar había ordenado a todas las tropas que permanecían leales a él que vigilaran día y noche para descubrir el paradero de los fugitivos y traerlos presos ante su presencia. Andamar sabía que, a pesar de que redoblara la vigilancia alrededor de las posesiones de la familia de Domusal, los fugitivos podrían encontrar no sólo refugio, sino también apoyo.

Por desgracia, sus suposiciones resultaron muy acertadas. Cuando al fin arribaron al puerto de Taros, Palas le reveló la gravedad de la situación. En palacio, la guardia capitaneada por Zores, permanecía leal, pero porque la mayoría de sus miembros eran loggi o mestizos, incluso, no eran escasos los procedentes de otros reinos conquistados o aliados. Sin embargo, varios generales se habían pronunciado a favor de Domusal junto con sus tropas.

El reino estaba claramente dividido. Muchas familias nobles, sobre todo, las de menos rango, aprovecharon para dejar salir su resentimiento por el papel secundario que habían estado desempeñando durante los últimos reinados. Naturalmente, entre esas familias estaban los Cenwolf. En general, cualquiera que guardara algún resentimiento a la corona, se pasó al bando de Domusal, sin duda, esperando obtener una mejor posición en caso de que recuperase el trono. No obstante, las grandes familias permanecieron leales a Andamar. Para ellos, pesaba más un documento sellado por el abuelo del nuevo rey que cualquier otra consideración.

Del mismo modo, los territorios conquistados y los reinos aliados también se dividieron en dos bandos. Narvaly continuó leal, aunque Andamar había visto cómo el propio hijo del rey Rotyc era partidario de su rival. Algunos pequeños reinos que llevaban siglos bajo dominio valate, aprovecharon para levantarse, sin duda creyendo que si había una guerra por el trono de Kynán, el poder valate se vería menguado, y ellos podrían librarse de él.

Con esta situación, Andamar sabía que Domusal y los suyos tendrían bastantes lugares donde refugiarse. Ordenó que todas las propiedades de su hermanastro, sus sobrinos y todos sus parientes y aliados, fuesen confiscadas y pasaran a pertenecer a la corona. Con eso, Andamar aumentaba considerablemente su riqueza, una riqueza que le iba a hacer falta para armar y pagar nuevos ejércitos, pues ya no le quedaba ninguna duda de que habría guerra. Se preguntaba cuál sería el primer movimiento de Domusal. Su hermanastro era el mejor general de Kynán. No sería nada fácil enfrentarse a él.

Guiados por Menetir, los fugitivos consiguieron llegar a la región rocosa donde anteriormente se habían escondido los rebeldes midummitas, y se refugiaron en las cuevas que éstos habían usado. Por supuesto, los supervivientes de los guardias que Andamar había enviado para detenerlos informarían al rey de su paradero, pues no en vano, eran los mismos guardias que el propio Enekhhal envió a apresar a los rebeldes. Sin embargo, los fugitivos eran bastante numerosos y además, contaban con el apoyo de los midummitas que aún creían que Menetir estaba de su parte.

Después de asegurar bien su refugio, colocando soldados alrededor y escondidos en los caminos, dispuestos a dar aviso y a defender el refugio si los hombres de Andamar llegaban, fue el momento de tomar conciencia de lo ocurrido y de la nueva situación en la que se encontraba la familia. Lo primero fue hacer un funeral para la pequeña Uxyla, cuyo cuerpo Nusi se había negado a dejar atrás. Naturalmente, no sería un funeral digno de una princesa valate, ni siquiera de una niña común, ya que no había ningún sacerdote entre ellos para dirigir los rituales. De ese modo, Uxyla fue incinerada en una simple hoguera y enterrada en un hoyo dentro de la cueva donde de momento, vivían sus padres y hermano.

Domusal estaba verdaderamente asombrado del modo en que su familia, especialmente las mujeres, aceptaron esa nueva forma de vida tan lejana a la que hasta entonces habían llevado. Todos, incluso los niños, parecían llenos de la misma fe y entusiasmo que exhibía Menetir. El príncipe estaba entusiasmado. Aseguraba a quien quisiera escucharle

que aquel forzoso e ignominioso exilio no duraría mucho, ya que, con los numerosos apoyos que habían conseguido y contando con la dirección de su padre, Andamar no tenía la menor oportunidad de conservar el trono que ilícitamente ocupaba. Y todos le creían, sobre todo, cuando empezaron a pasar los días y después las semanas, y Andamar no contraatacaba. Y en lugar de las tropas del rey usurpador, a la cueva llegaban mensajeros de los midummitas para informarles de que un nuevo reino, territorio o ciudad se había sumado a su causa.

También, claro está, les llegaron las noticias de que Andamar había confiscado todas sus posesiones y las de todo aquel que les apoyara. Eso podría ser un problema, ya que sin las riquezas procedentes de sus tierras iban a tener que apoyarse sólo en los voluntarios que se les unieran. Menetir no se engañaba, claro. Sabía que la mayoría, si no todos ellos, esperaban una recompensa cuando él fuera rey. Ya se ocuparía cuando llegara el momento, pero estaba claro que muchos iban a resultar terriblemente decepcionados.

Por fin, una mañana, Menetir reunió a todos los hombres con los que contaba en el refugio y todos se presentaron ante Domusal.

—Padre, creo que ya es hora de que diseñemos una estrategia para recuperar lo que nos pertenece. Si continuamos inactivos corremos el peligro de que los que nos apoyan se arrepientan.—

—Bien dicho.— Apoyó Temuzén. —Ese Andamar puede pensar que no vamos en serio. Ya es hora de que pasemos a la acción. Y para que no se le olvide, lo primero que deberíamos hacer es vengar la muerte de mi hija. No debiste detener a aquella mujer, Menetir. Si Naadur estuviera muerto, Andamar habría recibido su merecido.— Menetir sonrió enigmático, pero no dijo nada. Sus planes sólo los conocía él, y así planeaba que siguiera ocurriendo.

—No comprendo cómo podéis estar tan entusiasmados, especialmente tú, Menetir.— Domusal habló por primera vez. Todos le prestaron atención de inmediato. —Sois unos necios, si pensáis que lo que pasó en Shimma nos traerá algo bueno.—

—¿Cómo puedes decir eso, padre? Y yo que pensaba que por fin habías entrado en razón cuando le escupiste en la cara al usurpador. Estamos a punto de recuperar lo que nos fue robado.— Menetir dijo con pasión.

—Puede ser. Quizá logremos recuperar el trono. Puede que incluso lo hagamos sin tardar mucho, como tú parece creer. Pero ¿a costa de

qué, Menetir? ¿Cuántos valerosos guerreros morirán en ambos bandos? No me entiendas mal, yo soy un soldado como vosotros, pero ¿Acaso habéis olvidado que si hay una guerra, nuestros enemigos serán valate también? Jamás hubo una guerra entre los valate, y no sólo eso, sino que lucharemos contra gente que lleva la misma sangre. Andamar es mi hermano.—

—Padre tiene razón. Quizá el precio sea demasiado alto para que merezca la pena.— Dijo Enekhal.

—¡Habla por ti! No todos somos tan fáciles de contentar como tú, hermano. Me sorprende que no te quedases al lado de Andamar, disfrutando de tu puesto de gobernador.— Para sorpresa de todos, especialmente de Menetir, Enekhal desenvainó su espada y como un rayo, se acercó a su hermano, y se la colocó contra el cuello.

—Adelante, vuelve a poner en duda mi lealtad a la familia, y serán tus últimas palabras.— Todos estaban tan asombrados que se habían quedado mudos.

—¡Basta! Enekhal baja esa espada. Y tú, Menetir, más vale que te cuides de insultar a tu hermano. No pienso consentir la indisciplina, especialmente por parte de mis propios hijos.— Domusal dijo con voz autoritaria. El intercambio de miradas entre los hermanos dejó bien claro que el resentimiento no había disminuido entre ellos, ni lo haría en un futuro próximo. Domusal contempló a sus hijos con pesar. Nunca se habían llevado bien a pesar de sus esfuerzos. De pronto, se sintió tan abatido que le costó mantener un rostro sereno delante de aquellos hombres que debían obedecerle. Pero no pudo evitar recordar el sincero afecto que siempre había existido entre él y Andamar. Y ahora, su querido hermano tendría que ser su enemigo. Como valate, no podía hacer otra cosa después de la muerte de Uxyla.

Aquella noche, cuando todos se habían retirado ya a dormir, y sólo permanecían despiertos los centinelas, Menetir decidió salir a cabalgar por los alrededores. A pesar de las palabras de su padre, el entusiasmo no había disminuido en su corazón. No hacía más que recordar las palabras de aquel wasmum: —Te veo ciñendo una corona—. Sí, él sería rey. Ya tendría tiempo entonces para recompensar a su padre por ser el mejor general valate que jamás hubo hasta entonces. Y estaba seguro de que cuando eso sucediera, el noble Domusal olvidaría su abatimiento actual. De pronto, una silueta surgió de detrás de una roca. El caballo, sorprendido, se encabritó y Menetir cayó al duro suelo. Soltando

improperios por el golpe, comenzó a levantarse, y entonces, sintió el gélido acero de una espada rozando su cuello.

—La estrategia y la astucia nunca han sido tu fuerte, hermano. Si yo fuera un enemigo, ya estarías muerto.— Enekhal le susurró al oído burlón. Menetir le apartó de un empujón furioso.

—¿Y por qué demonios no me has matado? Podrías haber acabado lo que empezaste esta mañana. Padre no está aquí ahora.— Menetir protestó.

—Cierto, no está. Pero tiene razón. No hay que derramar más sangre de la imprescindible. Y además ¿Quién le obedecería si sus propios hijos no lo hacemos?— Menetir se frotaba inconscientemente el cuello donde le había rozado la espada de Enekhal. Ojalá él fuera igual de listo, y supiera cómo interpretar a su astuto e imprevisible hermano.

—Sigo creyendo que habrías preferido quedarte con Andamar.— Dijo con acritud.

—Puede. Pero, por mucho que te sorprenda, conozco mi deber para con la familia, y pienso cumplirlo.—

—Como dijo el wasmum: Llegado el momento, harás lo correcto.— Ahora fue Menetir quien se burlaba. Enekhal se encogió de hombros.

—En cualquier caso, no lo hago por ti. No creas que no he visto tu juego, hermano. Te diste mucha prisa en evitar que aquella mujer siguiera hablando. Andamar se dio cuenta también, no es precisamente estúpido.— Enekhal tuvo que sonreír ante la cara de asombro de su hermano. —Pero, no temas, no le diré nada a padre. Enterarse de algo así le destrozaría, y no digamos a Nusi. Dudo de que ella se detuviera por mucho que padre se lo pidiera.— La última frase, la dijo en su tono burlón habitual, aunque Menetir sabía que no hablaba en broma, ni mucho menos. Sintió un escalofrío. No permitieran los dioses que su hermana se enterase jamás de que él había organizado la muerte de su pequeña.

Pasaron dos semanas en las que la lluvia parecía no ir a parar nunca. Y, a medida que pasaban los días, Yaluc estaba más seguro de que Zesera no se recuperaría de nuevo. Las mujeres que subían para cuidarla parecían pensar lo mismo. Sin embargo, todos ellos se equivocaban porque, inexplicablemente, Zesera despertó de aquel letargo febril. Ocurrió un día igual de gris y lluvioso que los anteriores, pero en el cual Yaluc se sentía especialmente melancólico, pensando en

su antigua vida y añorando al sumo sacerdote Ris. El Venerable había sido lo más parecido a un padre que jamás tuvo.

—Yaluc ¿me traes un poco de agua, por favor?— Casi salta del sobresalto por escuchar una voz que ya no contaba con volver a oír. Se acercó con una taza de agua. Una vez más, tuvo que ayudar a la débil mujer a beber.

—Has despertado... Qué sorpresa.— Atinó a decir. Zesera esbozó una sonrisa.

—Sé que ya no lo esperabas. Pero, recuerda, aún me queda algo por contarte. No puedo irme sin terminar mi trabajo.— Yaluc fue hacia el rincón donde estaban los útiles de escribir. —No. Lo que me queda por revelarte te concierne a ti.—

—Pero recuerdo que dijiste que también ibas a revelarme algo importante para el futuro de todos.—

—Así es. Pero primero escúchame. Luego tú sabrás decidir si ha de ser escrito o no, pues, como digo, se refiere a ti. Ven, siéntate a mi lado. Mi voz ya casi no tiene fuerza.—

—¿Vas a hablarme de mi madre?— Yaluc preguntó ilusionado sentándose cerca de la mujer. Ella levantó con dificultad una mano, y la pasó tiernamente por el cabello rojo-dorado.

—No hay mucho que pueda contarte sobre ella. Lo que sé me lo contó Ris. A ella, sólo la vi en una ocasión. Pero, dime. Antes parecías muy triste ¿Tanto te cuesta habituarte a vivir en esta aldea? ¿Echas de menos tu antigua vida?—

—No es eso... O no sólo eso. Me gusta mucho vivir aquí, de verdad. Mi vida aquí es mucho mejor que en el templo. Nadie me trata mal ni se burla de mí por ser un huérfano sin nadie. Pero es que... Hoy me viene a la memoria el Venerable porque es el aniversario de mi nacimiento. Ris era el único que lo sabía...— Bajó la cabeza, pesaroso. Ella le hizo alzarla.

—Has de perdonarme. Últimamente, no llevo la cuenta de los días adecuadamente.— Zesera dijo en tono de broma, lo que hizo sonrojarse a Yaluc por su actitud. —Cumplés 13 años ¿verdad?— Él asintió. —Es curioso que la Madre quiera que te hable de tu nacimiento precisamente hoy.—

—¿Mi nacimiento?—

—Sí. Ésa fue la única ocasión en que vi a tu madre. El día que te dio a luz.—

—¡Tú estabas con ella!—

—Fui yo quien eligió tu nombre. O mejor, debo decir, que supe escuchar las indicaciones de la Madre. En cuanto te sostuve, supe que eras Yaluc, el guardián. Pero antes de hablarte de eso, imagino que querrás saber de ella ¿no?—

—Sí, sí, claro ¿Cómo se llamaba? Ni siquiera sé su nombre.—

—Rhona, se llamaba Rhona.—

—Parece un nombre valate ¿Era valate, entonces?—

—En cierta manera, se podría decir que lo era, incluso más que tu propio padre el rey.— Yaluc arrugó la nariz de un modo muy gracioso, como solía hacer cuando estaba confuso. —Verás, tu madre no era de por aquí. Ella venía de muy lejos, de las tierras al este, más allá de las Montañas de Fuego.—

—Pero, de allí es de dónde se dice que llegaron los valate en tiempos de Andamar el Fundador.—

—Exacto. Por eso digo que ella era más valate que cualquiera. Esto es lo que Ris me contó. Hace algo más de 13 años, Ramidas, el hermano menor de tu padre, el rey, murió. Nunca había sido un hombre demasiado saludable. Por entonces, yo visitaba a menudo Taros, y estaba bastante al tanto de lo que sucedía en la corte. El rumor que estaba más extendido a la muerte del príncipe era que Belcentes había deseado que muriera mucho antes, porque él fue la causa de que tuviera que repudiar a la madre de Domusal para desposar a Garpa. Su padre le amenazó con nombrar heredero a Ramidas si él no renunciaba a Heusa. Pero, para entonces, ella había muerto también.—

—Cuanto más sé de mi padre, más horrible me parece ¿De verdad deseaba la muerte de su propio hermano?—

—Pues, la verdad, yo no lo creo. Ya te digo que eran rumores. De hecho, él estuvo muy afectado. Muchos hombres importantes de todos los reinos vinieron al funeral. Uno de ellos era el rey de Esterria, supongo que sabes a qué reino me refiero.—

—Claro. En el templo, nos enseñaban la geografía y la historia del mundo, incluso teníamos mapas. Pero yo pensaba que Esterria no estaba bajo la soberanía del rey de Kynán ni tampoco era un aliado.—

—Bueno, yo no sé mucho de esas cosas, Yaluc. Creo que había conversaciones para formar alianza, porque el rey de Esterria y Belcentes eran buenos amigos desde la infancia. Creo que hubo guerra entre los dos reinos, y los valate hicieron prisionero al hijo del rey de Esterria, que estuvo mucho tiempo como rehén en Taros. Así él y Belcentes se hicieron amigos. Eran de la misma edad. Por eso, como tu padre estaba tan abatido por la muerte de su hermano, su amigo le ofreció una cena.—

—¿Y qué tiene todo eso que ver con mi madre?—

—Vamos, Yaluc, no te impacientes. Después de todo lo que has trabajado. Ya nos queda muy poco. Tu madre vino con el séquito del rey de Esterria. Era una de sus esclavas.—

—¿Una esclava? Ahora entiendo que no seamos amigos de Esterria.—

—Al parecer, aquel rey había capturado a un buen número de gente del pueblo de Rhona, en una incursión que hizo a los confines del mundo. Se dice que alcanzó incluso el Gran Mar del Este. Pues bien, Rhona fue una de las que sirvieron en aquella cena. Y, en cuanto tu padre la vio, ya no pudo dejar de mirarla. La deseó inmediatamente. Es comprensible, era muy hermosa. Por supuesto, yo no la conocí en su mejor momento, pero no había duda de su belleza. Tenía el cabello tan dorado como las espigas justo antes de la cosecha, y sus ojos eran verdes. Lástima que no te parezcas a ella...—

—Por lo visto, soy el vivo retrato de mi padre.— Yaluc dijo con amargura.

—Eso no es malo. Eres muy apuesto. Pero no es del todo verdad que no te parezcas a Rhona. Sólo la vi sonreír una vez, pero cuando tú sonríes la veo de nuevo.— Eso provocó una inmediata sonrisa en Yaluc.
—Sí, justo así. Pero sigamos. El anfitrión se dio cuenta, claro está, del efecto que su esclava tenía en Belcentes. Así que, como muestra de sus deseos de firmar la paz definitiva, se la regaló.—

—¿Cómo se puede regalar una persona como si fuera un broche o un caballo?— Yaluc volvió a indignarse.

—Por desgracia, no todos los hijos de la Madre saben escucharla, Yaluc. En fin, como iba diciendo, Belcentes quedó completamente prendado de Rhona. Sin embargo, temía demasiado al escándalo, y a la familia de la reina Garpa, muy poderosa. Así que, con la ayuda de Ris, buscó un escondite en la ciudad a donde llevó a Rhona. Se escabullía para verla cuanto podía. Pero se cuidaba mucho de que nadie conociera

sus salidas secretas. No quería que la reina le espiase como había hecho cuando él visitaba a Heusa tras tener que repudiarla.—

—¿Mi madre... ella sentía lo mismo por el rey?— Yaluc preguntó, tímido.

—Me temo que no puedo responderte a eso. Aunque se notaba que era una joven inteligente, apenas hablaba la lengua del país de Kynán. Sin embargo, no me dio la impresión de ser feliz. A nadie le agrada vivir encerrado. Cuando quedó embarazada, el rey se puso histérico, según Ris me contó.—

—Imagino que un bastardo no era bienvenido.—

—Al contrario. Al parecer, Belcentes que, como todos los guerreros valate, era especialmente supersticioso, estaba convencido de que tu madre, al venir directamente de los antiguos territorios de su pueblo, poseía alguna clase de magia. Cualquier hijo que ella tuviera sería de la más pura sangre valate, y Belcentes temía que los dioses le castigasen por no tratar a Rhona con los honores que merecía por ello. No se atrevía a repudiar a Garpa y hacer a Rhona su legítima reina, y tampoco se atrevía a enviarla lejos para que nadie pudiera descubrir tu existencia.—

—Siempre oí comentar en el templo que Belcentes era un rey justo pero débil. Creo que ahora entiendo por qué decían eso de él.—

—El caso es que lo único que se le ocurrió fue encargarse a Ris que cuidara de Rhona y su futuro hijo manteniéndolos bien escondidos. Pero cuando llegó el momento del alumbramiento, Ris se sintió incapaz de atender a la muchacha. Me hizo llamar. Yo estaba a punto de comenzar mi viaje anual para visitar aldeas loggi, pero el mensajero de Ris me encontró cerca de Taros. El parto fue muy difícil. Cuando yo llegué, Rhona llevaba ya muchas horas esforzándose, y ya en aquel momento, estaba claro que uno de los dos no sobreviviría. No me sorprendió que me pidiera que salvase tu vida en lugar de la suya.— Yaluc bajó la cabeza, abatido. Se le partía el corazón imaginando la triste vida de su madre y su doloroso final. —Pero no tengas pesar, así es como actúan las madres. Rhona tuvo suficientes fuerzas como para verte en mis manos, lleno de vida. Sonrió, y cerró los ojos como si durmiera.—

—He de darte las gracias por ayudarme a venir al mundo.—

—No es necesario. He ayudado a muchos a nacer. Yo soy la que debe dar las gracias a la Madre por permitirme participar de su creación.—

—¿Y qué pasó después? Supongo que mi padre prefirió olvidarse de mi existencia, pues jamás se acercó a mí, aunque estuviera en el templo a pocos pasos.—

—No sé qué pensaría tu padre después de tu nacimiento. Pero Ris y yo decidimos protegerte hasta que fueras lo suficientemente mayor como para hacerlo por ti mismo. Como ya te dije, en cuanto te saqué del vientre de tu madre, supe que eras Yaluc, el guardián. Así se lo dije a Ris. Él estuvo de acuerdo en que eras muy especial, y prometió cuidar de ti.—

—No haces más que repetir que soy especial, un guardián. Yo sé que soy sólo un huérfano insignificante, pero me siento muy honrado de que me hayas elegido para escribir la historia y la sabiduría de tu pueblo. Prometo que guardaré bien esos libros, aunque no sé qué quieres que haga con ellos.—

—Escucha joven Yaluc, tú eres el elegido para guardar y proteger esos libros, que son un tesoro, pues, en cuanto yo regrese a la Madre, serán la única fuente de la que mi gente podrá aprender quiénes son y de dónde vienen. No necesitas que yo te dé más indicaciones. Tú sabrás qué hacer y cuándo hacerlo, pues la Madre te ha concedido fuerza y entendimiento. Pero, aun siendo muy valiosos esos libros por lo que contienen, no se comparan con el verdadero tesoro que estás destinado a guardar, un tesoro más valioso que ningún otro, que pondrá a prueba tu fuerza y tu valor. No dejes nunca de escuchar a tu corazón, y superarás todos los peligros y trabajos que te esperan.—

—¿No puedes decirme nada más sobre ese tesoro? ¿Dónde está? ¿Cómo llegará a mis manos?— A Yaluc le brillaban los ojos de curiosidad, y su imaginación juvenil corría ya desbocada. Sin embargo, Zesera se recostó más pesadamente en los cojines y cerró los ojos.

—Déjame ahora descansar mi dulce Yaluc.— La mujer se quedó tan inmóvil, que Yaluc temió que hubiera expirado. Sin embargo, al acercarse, comprobó que aún respiraba. Después de cenar algo, se retiró a dormir. Sus sueños fueron agitados, poblados de extrañas mujeres rubias y figuras sin rostro que le exigían saber el paradero de un tesoro del que él desconocía todo. Despertó sobresaltado. La cabaña estaba completamente a oscuras. Incluso el fuego, que dejaban siempre encendido junto a Zesera desde que ya no se movía, se había apagado. Escuchó entonces la inconfundible tos de la mujer. Se apresuró a ir en busca de un tazón para llevarle agua. Por las ventanas entraba el resplandor pálido de la luna, y no pudo evitar pensar que al fin se habían retirado las nubes. Acercó el tazón a la mujer, que se agitaba, y le habló suavemente. Ella abrió los ojos. Con sorprendente fuerza, le agarró la muñeca. El agua se derramó sobre ella, pero no pareció importarle. —Yaluc, sólo me queda pedirte algo.—

—Claro ¿Qué quieres?— Se ofreció él. Ella apretó aún más su muñeca con su mano, que más parecía ya una garra. Con la otra,

igualmente crispada y temblorosa, empezó a hurgar entre los numerosos collares y colgantes que rodeaban su cuello. Al fin, pareció encontrar lo que buscaba.

—Ayúdame.— Dijo. Yaluc le ayudó a retirar uno de los colgantes. Entonces ella se lo ofreció. —Llévalo siempre. Te abrirá el camino.— Yaluc se puso el colgante alrededor del cuello. Ella tiró entonces de la muñeca que aún agarraba para hacer que el muchacho se acercara más. Casi en susurros, dijo: —No importa lo que digan las gentes de aquí. Quiero que me lleven a la aldea del Roble Partido, a la Cueva de los Niños.— De pronto, la presión sobre su muñeca cedió completamente. Los oscuros ojos seguían abiertos, pero Yaluc supo que ahora sí, Zesera había dejado ya de existir.

14:

Ambición

El despliegue de guardias y soldados dispuestos para el combate en cualquier momento que Menetir organizó alrededor de las cuevas donde los suyos se escondían resultó completamente inútil. El ataque por parte de las fuerzas de Andamar que esperaba, nunca llegó.

La perspectiva de una guerra civil, algo inédito en la historia valate, angustiaba sobremanera a Andamar. Por eso, desde el instante en que vio que todo conducía a ella, se esforzó por encontrar una manera de evitarla o, al menos, minimizar sus efectos. Al fin, la suerte le sonrió, y encontró una táctica para conseguir sus fines. En realidad, fue Naadur quien tuvo la idea. Andamar cada vez sentía más admiración por la inteligencia y astucia de su hijo. Lástima que aún fuera demasiado joven para ocupar el lugar de Primer Consejero. A pesar de todo, su ayuda era muy valiosa.

Naadur conocía bien a su padre, y cuánta era su aversión a los conflictos. Por ello, le sugirió que, en lugar de atacar a los sublevados, aprovecharan el escondite que éstos habían elegido para sitiarlos y obligarles a rendirse. Con un poco de suerte, no habría ninguna batalla. Aconsejado por su hijo, Andamar hizo traer a Taros a varios prisioneros rebeldes de Shimma que, por su poca relevancia, no habían sido ejecutados. Interrogados hábilmente, revelaron numerosos detalles sobre las cuevas y toda aquella región. Así, Andamar supo que los sublevados dispondrían de agua, ya que había varios manantiales y fuentes en aquellas cuevas, pero que sólo podrían contar con los alimentos que pudieran hacerles llegar, pues nada comestible crecía entre aquellos roquedales. Los prisioneros revelaron las rutas y caminos secretos por los que los rebeldes normalmente recibían víveres. Inmediatamente, Andamar ordenó al nuevo gobernador de Midum que enviase tropas para bloquear aquellos caminos. De modo, que sólo tendrían que esperar.

En el escondite, no tardó en cundir el desánimo. Los soldados se impacientaban por la vigilancia y espera infructuosas, y pronto comenzó a haber alborotos. Menetir estaba furioso. No comprendía por qué el Usurpador no atacaba ¿A qué estaba esperando? Por desgracia, no tardó en averiguarlo. El desánimo se convirtió en desesperación cuando se descubrió que los caminos secretos por los que obtenían provisiones habían sido bloqueados por soldados de Andamar.

Se produjo una grave crisis en la familia. Menetir temía más que nada a la reacción de su padre. Y, como esperaba, Domusal no le defraudó. Como aguerrido soldado, él estaba dispuesto a sufrir todas las penurias inherentes a la guerra. Pero allí no había sólo soldados, también estaban las mujeres y los niños. Domusal decidió que debían rendirse. Estaba seguro de que si lo hacían rápido conseguiría que Andamar perdonase a las mujeres y los niños, y los dejara ir.

Menetir se alarmó. Eso sería el final. Todo lo que había hecho, la muerte de Uxyla, no serviría para nada. Se opuso frontalmente, negándose a obedecer a su padre. Por suerte para él, tanto su tío Semudar como todos sus primos presentes allí le secundaron. Domusal se quedó solo. Era una rebelión dentro de otra rebelión. Las cosas se pusieron tan mal que Menetir y los demás llegaron a proponerle que se entregara a los soldados de Andamar. Domusal fue consciente de que había perdido su autoridad, pero eso no quería decir que hubiera olvidado la muerte de su inocente nieta, y su deber de vengarla.

Las semanas siguieron pasando, y los víveres que tenían almacenados se iban agotando. Sin posibilidad de obtener más, el destino de los sublevados parecía claro. Se rendían o morían de hambre. Sin embargo, Menetir no se daba por vencido, y antes de que la comida se acabase, estaba decidido a encontrar una solución. Mantenía reuniones constantes con sus hombres intentando diseñar la manera de poder romper el cerco, y conseguir más comida.

Mientras, en Taros, el avance de aquel verano hacía renacer las esperanzas en el corazón de Andamar. Seguramente, los sublevados no tardarían ya en rendirse. Aunque, al principio, muchos nobles, señores, e incluso reyes de otras naciones, habían apoyado a Domusal para que recuperase el trono que le pertenecía, Andamar sabía muy bien que nadie movería un dedo hasta que el propio Domusal abriera las hostilidades. Sin embargo, los sublevados encerrados en su ratonera de las cuevas iban a tener suerte. Iba a surgir un aliado inesperado, que sacaría a Menetir de su apurada situación, terminando con las esperanzas de Andamar.

Se trataba de Netyc, príncipe heredero de Narvaly. Nadie le había tomado en cuenta. Le consideraban demasiado insignificante. Y además, su padre el rey, había luchado de parte de Andamar, y había resultado herido. Sin embargo, había algo en Netyc que no era en absoluto insignificante, su ambición. Netyc no se conformaba con el pequeño papel

que su reino jugaba en la escena internacional, mucho menos ahora que parecía que todo iba a cambiar, y nuevas alianzas serían forjadas, una vez Domusal recuperase el trono.

Como nadie se fijaba en él, Netyc había podido observar a placer durante su estancia junto a su padre, en Midum. Y, siendo testigo privilegiado de los acontecimientos que allí tuvieron lugar, había sacado varias conclusiones. La primera, que Andamar era un rey débil. Se rumoreaba que le gobernaban entre su madre y su esposa. Naadur era algo completamente distinto, pero aún era demasiado joven para tomar responsabilidades.

Otra conclusión que Netyc sacó era que, aunque la causa de Domusal parecía contar con bastantes simpatías, a los sublevados les haría falta contratar huestes para combatir las batallas necesarias para que Domusal se sentara en el trono de Kynán. Y, por muchas simpatías que el antiguo heredero despertara, su linaje era claramente bastardo, con lo que si quería ayuda iba a tener que pagarla a buen precio, político y monetario. En lo primero, Netyc no podía ayudar, tendría que ser el propio Domusal, una vez rey, quien distribuyera mercedes y beneficios entre sus partidarios. Pero Netyc sí tenía oro en abundancia. Narvaly era un reino sin influencia política, pero inmensamente rico ¿Y quién dice que el propio Netyc no podría obtener también sus propias ventajas políticas?

Su estancia en Midum le había servido para darse cuenta de que el estado de aquel, en otro tiempo el reino más poderoso, era ruinoso. Andamar no era lo suficientemente poderoso como para imponerse, ya ni siquiera contaba con un gobernador fuerte. Y el propio Andamar se había encargado de eliminar a los principales cabecillas de los rebeldes midummitas, con lo que las revueltas habían quedado anuladas. Netyc rey de Midum, sí, la idea le entusiasmaba.

Tenía que obrar con suma cautela, pues su padre no era partidario de apoyar a Domusal a pesar de estar casado con su hermana. Rotyc, como sus antepasados antes que él, era un rey pragmático y prudente, que sólo miraba el beneficio para su pequeño país. Pero el astuto rey no pasaba por buen momento. Las heridas de la Batalla del Consejo de los Reinos parecían no querer curarse del todo, y, últimamente, su salud se deterioraba muy rápido. Tal vez, Netyc no tendría que esperar mucho para sentarse en el trono de Narvaly y actuar como le viniera en gana. A pesar de toda su ambición, pensar en la muerte de su padre no le agradaba.

De momento, utilizó sus abundantes recursos como príncipe para llevar a cabo sus planes. Envío a su más leal asistente, un noble caballero que se había criado a su lado, a Midum con una bolsa bien cargada de oro, y la orden de conseguir gente dispuesta a colaborar con los planes

del príncipe de Narvaly a cambio de un poco de ese oro. Naturalmente, su enviado debía actuar en el más absoluto secreto, y no revelar a nadie quién era su generoso señor.

Las cosas fueron más fáciles de lo que Netyc nunca habría podido imaginar. Aunque el noble Edenor Kyrás, nuevo gobernador de Midum, se esforzaba todo lo que podía, el antiguo reino se iba hundiendo en el caos y la anarquía. Apenas podía dominar las muchas pequeñas revueltas que surgían a lo largo del territorio de Midum. Aunque los principales cabecillas de la rebelión estaban muertos, el descontento de los habitantes con los valate ocupantes crecía. Además, disponía de pocos guerreros, pues la orden de Andamar de mantener el férreo cerco sobre los partidarios de su hermanastro, era muy clara.

El enviado de Netyc no tuvo grandes problemas para reclutar mercenarios dispuestos a todo por el oro y la promesa de nuevos botines futuros. Netyc estaba entusiasmado cuando recibió las novedades. Y, aunque su padre el rey, empeoraba por días, decidió seguir con su plan, y se desplazó en el mayor secreto posible con todos sus guerreros a la frontera en espera de recibir la noticia definitiva. Sentía que por fin podría vengar la indiferencia e incluso el desprecio con que su reino había sido siempre tratado. Los magníficos reyes antiguos de Midum, Señores del mundo, como se hacían llamar, que no parecían saciar nunca su hambre de conquistas, no consideraron, sin embargo, que mereciera la pena conquistar Narvaly a pesar de quedarse a escasas jornadas de su capital. El mismo desprecio mostrarían los valate siglos después. Pues bien, ahora el pequeño e insignificante Narvaly iba a conquistar Midum.

Una lluviosa mañana, la ciudad de Shimma se vio invadida por una heterogénea hueste de mercenarios indisciplinados y ávidos de botín que rodearon el palacio del gobernador, y lo tomaron sin apenas resistencia. Casi todos los guardias huyeron al primer ataque, y los pocos que permanecieron valientemente en su puesto, acabaron sucumbiendo a los invasores más numerosos que ellos. Milagrosamente, Edenor consiguió escapar. Cayó herido, pero no de gravedad, y se mezcló con los cadáveres de los guardias, que los invasores arrojaban al foso, para poder salir de palacio.

Netyc no tuvo más que entrar triunfalmente en la ciudad cuando recibió la noticia de que Shimma había caído. Lo primero que tuvo que hacer, incluso antes de poder celebrar su triunfo, fue hacer que sus guerreros pusieran orden en la ciudad, que los mercenarios llevaban varios días saqueando. Luego, una vez recuperados de la orgía de robos violaciones y sangre, y tras recibir una generosa paga por parte del príncipe, los mercenarios estuvieron una vez más dispuestos a marchar,

esta vez junto con los hombres de Narvaly encabezados por el propio Netyc, hacia las cuevas donde se escondían los partidarios de Domusal.

Netyc y sus hombres tomaron por sorpresa a los cansados soldados que mantenían el cerco, y no tardaron en abrir una brecha. En cuanto los vigías de los rebeldes lo vieron, corrieron a avisar al campamento, y los guerreros de Domusal salieron entusiasmados a unirse a sus libertadores. Cuando cayó la noche, no quedaba ningún soldado de Andamar. Eufórico, Menetir corrió hacia su primo Netyc y le abrazó con todas sus fuerzas.

—¡Qué magnífica sorpresa que hayas aparecido, primo Netyc! Y qué a tiempo. Ya casi se nos habían agotado los víveres. No te imaginas cuánto me complace que te pongas de nuestra parte con tus guerreros.— Mientras Menetir hablaba entusiasmado con su primo, Domusal se había acercado, y tras él, la mayoría de los nobles que le acompañaban.

—En estos momentos, nuestra situación es muy precaria, querido sobrino. Pero no quiero perder un minuto en darte las gracias por habernos salvado. Como sabes, tenemos con nosotros a nuestras familias. Nunca te podré agradecer lo suficiente tu valiente gesto.— Domusal dijo con sinceridad, abrazando también a Netyc. El príncipe de Narvaly estaba encantado, disfrutando de cada segundo en que era el centro de atención. De momento, las cosas no podrían estar saliendo mejor para sus propósitos.

—Pues ya que lo mencionas, querido tío, hay algo que puedes hacer por mí, algo que me mostraría bien claro tu agradecimiento.— Menetir, que no se había separado de ellos, se dio cuenta del tono de su primo. Después de todo, un ambicioso reconoce a otro.

—Si nos sigues apoyando, contribuirás a que nuestro linaje, que también es el tuyo, sea restituido en su honor, recuperando el trono de Kynán que sólo a nosotros pertenece ¿Qué recompensa puede ser mayor para ti?— Menetir preguntó en tono brusco. Netyc sonrió cínico.

—Desde luego que ver cómo el noble Domusal recupera el trono que le fue robado, sería un gran honor para mí. Pero he de reconocer que mis ideales no son tan elevados como los de mi tío. Digamos que yo prefiero una recompensa más... palpable.—

—¿Qué quieres?— Practicamente ladró Menetir.

—Por todo lo que es sagrado. Tenemos mujeres y niños que los últimos días apenas han comido. Todos estamos agotados ¿Creéis que éste es el momento para discusiones tan mezquinas?— Se quejó Domusal con pesar. Netyc se puso serio, y mirando de nuevo a su tío, dijo:

—Tienes razón. Toda la razón, como siempre noble tío. Mis hombres y yo tendremos mucho gusto en compartir las provisiones que traemos con vosotros. Y mañana temprano, emprendemos viaje a Shimma, donde vuestras familias se encontrarán mucho más seguras. Ya habrá tiempo entonces para hablar de mi recompensa.—

Netyc no volvió a pronunciar palabra sobre lo que esperaba a cambio de su ayuda mientras duró el viaje hacia la ciudad. Después, instaló cómodamente a los rebeldes en el palacio del gobernador y otras dependencias de la capital de Midum. De momento, todo seguía como lo había dejado. La población autóctona, simplemente parecía ser ya indiferente a los sucesivos cambios de amo. Los guardias cobardes que huyeron cuando sus hombres atacaron el palacio habían desaparecido como tragados por la tierra, y ya no quedaban fuerzas leales al rey de Kynán. Una vez pasados un par de días en los que los rebeldes se recuperaron de las penurias sufridas, Netyc convocó a su tío y primos.

—No creo que conozcáis la situación exacta, por lo que, con gusto, os pondré al día.—

—Al parecer, el Usurpador, como la rata cobarde que es, ha abandonado este reino.— Menetir observó con satisfacción.

—Que no te engañe lo que ha ocurrido los últimos días, primo. El gobernador de Midum disponía de bastantes guardias, pero sólo unos pocos permanecieron para defender el palacio del ataque de mis mercenarios. Y luego, mis fuerzas unidas a las vuestras fueron más numerosas que los soldados que os cercaban. Sin embargo, he sido informado de que el nuevo gobernador logró huir. A estas horas, con toda seguridad, ya habrá informado a Andamar de lo ocurrido.—

—Poco podrá hacer el Usurpador si le atacamos por sorpresa como tú hiciste con los sitiadores. Yo también tengo información, y sé que son muchos los nobles y grandes señores de Kynán que están de nuestra parte.—

—Creo que deberíamos escuchar lo que Netyc nos tiene que decir. Él dispone de información más reciente.— Domusal intervino. Netyc le dedicó una mirada de agradecimiento. Cuánto más fácil sería todo si Domusal fuera realmente el más fuerte. Pero mucho se temía Netyc que el ambicioso e impaciente Menetir estaba más que dispuesto a pasar por encima de su propio padre.

—Es cierto que muchos nobles y señores de Kynán apoyan a Domusal como rey legítimo, especialmente las familias que ocupan un lugar secundario en la corte, y aspiran a obtener mayor poder. Pero habéis de saber que Andamar ha confiscado todos los bienes y rentas de vuestras familias y de todo aquel que os apoye. He oído que algunos de esos nobles se han refugiado en los montes y bosques con sus huestes, y actúan como bandidos. Pero mis informaciones no son todo lo fidedignas que yo quisiera porque, como sabréis, mi padre se ha puesto del lado de Andamar, y yo he de proceder en secreto.—

—Si hemos sido despojados de nuestras posesiones ¿Cómo haremos frente a los gastos de hacer la guerra a Andamar? Él está ahora en la posición más fuerte.— Dijo Enekhhal, siempre agudo en sus observaciones.

—Y eso me lleva a la principal razón de haberos convocado.— Netyc dijo, sonriente. —De momento, he de actuar a espaldas de mi padre, pero me temo que su salud no es muy buena tras ser herido durante la asamblea. Sin embargo, como príncipe heredero dispongo de considerables recursos, que gustoso pondré a tu disposición, querido tío. Espero que consigas recuperar lo que es tuyo. Y a cambio de suministrar ilimitados fondos a vuestra causa, sólo pido que me reconozcáis como rey de Midum.—

—¿Qué? Eso es absurdo ¿Cómo te atreves? Midum forma parte del patrimonio del rey de Kynán, por derecho de conquista.— Menetir protestó airado.

—Pues, en tal caso, primo, me asiste todo el derecho a proclamarme rey de Midum, pues acabo de conquistarlo, salvándoos a todos vosotros de una miserable muerte, de paso.—

—El patrimonio real no se puede dividir.— Repitió Menetir, obstinado.

—¡Basta! Netyc tiene razón. La ley de guerra es muy clara. Él ha conquistado este reino, luego le pertenece ¿Qué puede importar si se divide el patrimonio de Kynán o no? Si Netyc no nos ayuda, no tenemos nada ¿Acaso no has oído que nuestras posesiones han sido confiscadas? Por mucho que haya nobles de nuestro lado, necesitaremos hombres para desalojar a Andamar del trono ¿Cómo crees que los podremos pagar, si Netyc no nos da su oro?— Domusal dijo, exasperado con su hijo. Menetir se calló, pero su gesto era elocuente. Enekhhal y Netyc, que le observaban con detenimiento, no tenían ya duda de que Domusal era un estorbo demasiado grande para la ambición de Menetir.—

Netyc se había equivocado en una cosa, Edenor aún no había conseguido llegar hasta Andamar. Después de la experiencia con los guardias del palacio de Shimma, no se fiaba de nadie. Por eso, aunque estaba herido en una pierna, tenía la intención de hacerle llegar la información en persona al rey.

Estuvo un par de días escondido tras la toma del palacio por los mercenarios, recuperándose lo más posible. A pesar de no ser ya joven, era un militar aguerrido, y sabía cómo sobrevivir, incluso en las peores circunstancias. Vio con gran asombro, al príncipe Netyc entrar triunfante en Shimma. Ésa sí que sería una información valiosa para el rey. Aun tardó tres días más en encontrar un pequeño barco de pesca en el puerto sin nadie a bordo. Esa misma noche, cargó las escasas provisiones que había conseguido robar, y se hizo a la mar.

Para entonces, ya había oído las noticias que corrían por la ciudad sobre los rebeldes rescatados por Netyc. Era un viaje muy peligroso, y él no era marino, pero intentar llegar a Kynán por tierra, atravesando las montañas, era mucho más largo, y además, tendría que atravesar Narvaly, de cuyo rey ya no podía estar seguro. Si tenía suerte, y conseguía no perder de vista la costa, no tardaría mucho en llegar al puerto de Taros.

Los espías del rey Rotyc hicieron llegar la noticia de lo ocurrido en Midum a Andamar antes de que Edenor consiguiera culminar su travesía. El rey de Narvaly no sólo le informaba de que Netyc había tomado casi sin esfuerzo la capital de Midum, y luego había liberado a los rebeldes del cerco en el que Andamar los mantenía, sino que, además, su rebelde hijo, se había hecho proclamar rey de Midum y Señor del Mundo. Estas noticias entristecieron mucho a Andamar, y aún más, saber que el rey Rotyc se hallaba en tan precario estado de salud.

Nada había salido como esperaba. La guerra parecía ahora inevitable. Y además, con un elemento con el que no contaba: el príncipe Netyc, que, si los dioses no lo remediaban, no tardaría en ser rey de Narvaly. Si no tenía suficiente con su hermanastro y su familia, ahora también tenía que enfrentarse a ese otro sobrino insolente que se había atrevido a arrebatarse nada menos que Midum.

Tras una tormenta bastante fuerte, un barco arribó al puerto de Taros. Era un barco procedente de Esterria, que permanecía de momento, del lado de Andamar. Los barcos que seguían llegando con valiosas mercancías para Kynán, que cambiaban por otras para sus

propios reinos, eran mucho más escasos que antes. Aunque los principales reinos permanecían del lado de Andamar o neutrales, la travesía era ahora mucho más peligrosa, pues había navíos enemigos o simples piratas que aprovechaban la desaparición de las rutas seguras por la guerra civil de los valate.

Este barco en concreto trajo algo inesperado. Un par de días antes, habían recogido a Edenor. En cuanto pisó tierra de nuevo, a pesar de su penoso estado, el depuesto gobernador de Midum solicitó ver al rey. A Andamar se le partió el corazón al ver el terrible estado en el que se encontraba el valeroso Edenor. Como premio por su lealtad y valor, le ofreció ocupar el puesto de Primer Consejero. Edenor aceptó muy honrado, y juró de nuevo lealtad a Andamar, en su nombre y en el de su familia.

Andamar hizo redoblar la vigilancia en todas las fronteras, y preparó el mejor ejército que pudo en previsión de un ataque por parte de Domusal. Pero el ataque no llegó. El verano avanzaba, y era ya casi el comienzo de las lluvias de otoño, cuando supo por qué.

Domusal era demasiado sensato y prudente como para lanzar un ataque sin las garantías suficientes. De modo, que durante el verano, se dedicó a reclutar y preparar cuantos hombres pudo. El oro de Netyc era imprescindible, claro, y muy útil. Pero Domusal no quería de ninguna manera una banda de mercenarios, sino soldados disciplinados. Y, en eso, en preparar un ejército, nadie era mejor que él. Hasta Menetir pareció aplacar su impaciencia, convencido de que su padre tenía razón.

Pero aquel verano trajo muchos acontecimientos que cambiaron sustancialmente la posición de Menetir. Primero, el rey Rotyc empeoró. El príncipe Netyc fue llamado a su lado, y Domusal y los suyos le acompañaron. Después de todo, Rotyc era el esposo de Zysé, hermana de Domusal. Así, toda la familia acompañó a la viuda y sus hijos tras la muerte del rey. Se celebraron unos solemnes funerales, a los que no asistió nadie en representación de Andamar. Y, después, la coronación de Netyc como nuevo rey de Narvaly.

Menetir odiaba a Netyc del mismo modo en que odiaba a Naadur. No podía soportar que le superasen, y esos dos primos suyos le enfurecían sobremanera. Naadur era mucho más inteligente, astuto, y, seguramente cuando creciera, sería mucho mejor militar que él. Y Netyc, con su cara de rata, había conseguido colocarse en un lugar superior a él, sólo porque era rico ¿Cómo podían sus dos insufribles primos ser

Príncipe Heredero de Kynán y rey de Narvaly (se negaba a añadir, y de Midum), mientras él tenía que mendigar?

Sin embargo, ese primo Netyc, al que tanto despreciaba, le proporcionó un notable impulso a su propia ambición. Poco después de la coronación, y cuando aún seguían las festividades entre las gentes del pueblo, Netyc propuso redondear la alianza con sus familiares ¿Y qué mejor modo de sellar alianzas que mediante los matrimonios? Así, el flamante rey propuso una doble unión familiar. Él tomaría como esposa a Nefty, la menor de las dos hijas de la otra hermana de Domusal, Khamer y Semudar, mientras que ofrecía la mano de su hermana pequeña Zodrim a Menetir.

Toda la familia recibió la propuesta con gran alegría. Semudar y Khamer la vieron como la revancha por la muerte de su nieta Uxyla. Ahora no serían los abuelos, sino los padres de una reina. Y, en cuanto a Menetir, aún estaba dolido por la humillación que los Kyrás le habían causado al romper su compromiso con Numa, por lo que aceptó encantado, ante la felicidad absoluta de la muchacha.

Con todos los acontecimientos sucedidos desde su llegada a Narvaly, Menetir apenas había tenido ocasión de hablar con su tía Zysé, la persona que le había sugerido la muerte de la pequeña Uxyla como método para obligar a Domusal a rebelarse contra Andamar. Estaba deseoso de compartir con ella el éxito de la operación, pero su tía ahora era una viuda, lo que no le facilitaba acercarse a ella, incluso siendo su sobrino, sin alterar el estricto protocolo de la corte de Narvaly, mucho más intransigente que la de Kynán. Al fin, fue ella misma quien le hizo llamar a su presencia.

—Querido sobrino, permíteme ser la primera en felicitarte por tu reciente compromiso.— Dijo ella a modo de saludo, extendiendo la mano para que él la besara.

—Nada me podría hacer más feliz que desposar a mi querida prima, tu hija.— Menetir dijo con demasiada afectación. Le ponía nervioso no poder ver con claridad el rostro de ella, cubierto por el blanco velo de viuda, pero enseguida supo que no la engañaba ni por un momento.

—Por favor, ahórrate las fórmulas habituales. Normalmente, son sólo palabras vacías, pero es que, además, en tu caso, no pueden ser más falsas. Sé que mi desdichada Zodrim no despierta en ti la menor pasión. Sin embargo, has de admitir que desposar a una mujer a la que no deseas es un precio muy pequeño por todo lo que esta familia está haciendo por ti. Ahora que Netyc es rey, todos los recursos de Narvaly

estarán a tu disposición ¿Qué menos que mostrar tu agradecimiento haciendo reina a la poco agraciada Zodrim?— Menetir se sonrojó, lo que no era nada habitual en él, ante las acertadas palabras de su tía.

—Desde luego que os estoy agradecido. Nunca lo dudes, tía. Tu sugerencia ha resultado ser más que acertada para hacer reaccionar a mi padre.—

—No sé de qué sugerencia me hablas. Y, en cualquier caso, tú y yo jamás mantuvimos ninguna entrevista antes de hoy.— La reina viuda habló con tal autoridad, que Menetir quedó momentáneamente desconcertado.

—No temas, todo seguirá igual. Mi hijo el rey y yo seguimos apoyándote como legítimo rey de Kynán. Está claro que tu padre, siendo bastardo, nunca conseguiría los apoyos necesarios, y, aunque consiguiera recuperar el trono, su legitimidad seguiría siempre en entredicho, haciendo que su reinado fuera demasiado inestable. La inestabilidad no es buena para los negocios, y eso, en Narvaly no lo podemos permitir. De modo, que tú eres nuestro candidato, aunque te recomiendo que te busques buenos consejeros, porque las sutilezas y vericuetos de la alta política se te escapan.—

—¿Puedo saber, querida tía, para qué me has hecho llamar, exactamente?—

—Yo no soy como esa vieja arpía, Garpa. Tengo toda la intención de retirarme de la vida pública, como corresponde a una viuda, y dejar a mi hijo reinar en paz. Pero antes, y como último acto público, te he hecho venir para exigirte que seas un buen esposo para mi hija. Del comportamiento de ella no tengo la menor duda, ha recibido la mejor educación. Y además, la pobre tonta está enamorada de ti. De modo que espero que la trates con la dignidad que merece. Porque si me entero de que no es así, ten por seguro que romperé mi silencio y no pararé hasta convencer a mi hijo de que te retire todo apoyo. Y, ahora, déjame. Ya no tengo nada más que decir.— Y, con esto, volvió a tenderle la mano sin mirarle siquiera. Menetir procedió a besarla, y salir de la estancia aún más desconcertado.

Aunque nadie de Kynán acudió a los funerales del rey Rotyc, los espías del difunto rey continuaron en contacto con Andamar, que les ofreció buena paga para que continuasen a su servicio. Por tanto, el rey de Kynán se enteró de todas las novedades, especialmente de las bodas programadas en el vecino reino de Narvaly. Al parecer, la alianza de los tres hijos de Heusa y sus respectivas familias se estrechaba cada vez más, y ya formaban un amplio y sólido bando. Cuánto lamentaba la

desgraciada muerte de la pequeña Uxyla, no sólo por el hecho en sí, sino por lo que suponía de oportunidad perdida.

El día que le llegaron las noticias de las próximas bodas en Narvaly, había amanecido gris y frío, claro anuncio del invierno que se acercaba. El ánimo de Andamar hacía juego con el día. El panorama no se le podía presentar peor. Su reinado se había inaugurado con un eclipse de sol, y ya se empezaban a ver las desgracias que tan nefasto acontecimiento anunciaba. De momento, en poco más de un año, había conseguido que su reino y su propia familia quedasen divididos en bandos irreconciliables, y se las había arreglado para perder Midum, la joya más valiosa de la corona de Kynán.

Vestido con una sencilla túnica de basta lana, con la cabeza descubierta y descalzo, se dirigió al templo de Nin. Necesitaba aplacar al dios guerrero e implorar su ayuda, pues los acontecimientos que se avecinaban sólo podían ser peores que los ya pasados.

15:

Cabeza de Fuego

Los negros presagios que se cernían sobre Kynán y su imperio parecían algo muy lejano en la remota aldea de las montañas. Durante los meses de arduo trabajo que Yaluc había pasado junto a Zesera, apenas le habían llegado ecos del conflicto que se desarrollaba entre miembros de su propia familia. La señal más importante que les llegó allí arriba fue cuando, una vez despejados los caminos de nieve, gente de las otras aldeas cercanas les informaron de que todas aquellas tierras no pertenecían ya a su antiguo señor, pues éste se había alineado con Domusal, el pretendiente al trono desalojado por Andamar. Ahora, pertenecían al mismísimo rey.

La vida de los aldeanos no cambió para nada, y la de Yaluc, que ya lo había hecho tanto desde que saliera de Taros casi un año atrás, simplemente continuó cambiando. Había pasado el invierno enfrascado en los libros que Zesera le hizo escribir. Ahora, la mujer había muerto, y él se encontraba una vez más, sin saber qué hacer con su vida. De momento, se concentró en cumplir la voluntad de Zesera. Para su sorpresa, nadie puso en duda sus palabras cuando comunicó a los aldeanos el deseo de la mujer de ser llevada a la Aldea del Roble Partido. Es más, tenía la sensación de que le miraban diferente, con un respeto al que no estaba acostumbrado.

Por Mosh y Jaduma supo que aquella aldea no estaba demasiado lejos, aunque, eso sí, se encontraba al sur de las montañas. A pesar de las dudas, Yaluc no pudo evitar sentir emoción ante la perspectiva de conocer nuevos lugares. Hasta el año anterior, apenas había salido del templo de Nin, y jamás de Taros, y ahora, iba a viajar incluso más al sur.

Prácticamente todos los aldeanos expresaron su deseo de acompañar a Zesera en su último viaje, pues, como Yaluc ya había comprobado de sobra, ella era una persona muy venerada por la Gente Loggi. Pero, por desgracia, no eran libres de ir dónde quisieran como habían hecho en los viejos tiempos según lo narrado por Zesera. La primavera estaba definitivamente instalada, y eran muchas las tareas por hacer. Además, ahora que su señor directo era el rey, temían mucho más incurrir en su ira. Por ello, se decidió que sólo una pequeña representación acompañaría a la difunta. Naturalmente, Yaluc presidiría la comitiva. Esto le sorprendió, pero al parecer, aquellas gentes le tenían en muy alta consideración. Ya durante el invierno, había comenzado a notar que le trataban de forma diferente a cuando llegó. Que Zesera le

eligiera para ayudarla, por lo visto le confería parte del respeto que le dedicaban a ella.

Con él, viajaría Jaduma como máxima representante de la aldea. Ella y Mosh eran la mayor autoridad, pero resulta que la Aldea del Roble Partido era la aldea natal de Jaduma. Llevaría con ella a Derina, porque aún tomaba el pecho, pero, además, Mores insistió en acompañarlos, a pesar de lo mucho que había que caminar. Yaluc se dio cuenta de que, igual que el verano anterior, el niño quería estar siempre con él.

Aunque la aldea no estaba muy lejos, necesitarían al menos tres días para llegar. Yaluc se preguntaba cómo harían para transportar el cuerpo de la venerada Hija Mayor. Pero, al parecer, esto no era algo nuevo para aquellas gentes. Entre varias mujeres, prepararon a Zesera. Luego, unos cuantos hombres jóvenes y fuertes la colocaron en unas parihuelas. Aunque en los últimos meses había adelgazado muchísimo, Yaluc estaba seguro que debía de seguir siendo bastante pesada de transportar. Pero no hizo comentarios. Si ella había expresado aquel deseo, debía de tener buenas razones, y aquellas gentes no pusieron ni la mínima objeción.

Salieron antes del amanecer en dirección sur. En efecto, el camino era duro, a pesar de que la mayor parte del tiempo, iban cuesta abajo. Sólo paraban para comer algo y descansar un poco, antes de retomar la caminata. Como Yaluc sospechaba, el camino se hacía especialmente duro para el pobre Mores, con su pierna lisiada, pero el niño no se quejaba. Sin embargo, pronto Yaluc le ofreció llevarle a cuestas, lo que Mores aceptó. Aunque el niño había crecido durante el invierno, Yaluc se dio cuenta complacido de que no le costaba demasiado esfuerzo cargar con él. En efecto, él también había crecido, y se sentía más fuerte que nunca antes. Por un momento, deseó que aquellos otros acólitos del templo que se complacían en atormentarle por ser huérfano estuvieran allí para ver que había dejado definitivamente de ser aquel chico enclenque y canijo.

A medida que el camino se volvía más llano, el paisaje cambiaba. Ahora, les rodeaban árboles frondosos que casi tapaban el camino. No había rastro de los prados de la alta montaña. El calor era también mayor. Al comienzo del tercer día de camino, abandonaron la estrecha vereda entre los árboles para tomar un ancho camino empedrado. Yaluc identificó uno de los típicos caminos de carros de los que los valate se sentían tan orgullosos. Era obvio que la aldea a la que se dirigían era mucho mayor y más importante que la que habían dejado en las cumbres. Además, empezaron a encontrar más gente que también parecía dirigirse al mismo lugar que ellos. Todos, sin embargo, eran loggi, y parecían saber

perfectamente a quién trasportaban. Es más, en cuanto llegaban a la altura de algún grupo de caminantes, éstos inclinaban respetuosamente la cabeza y, tras dejarlos pasar, se unían a su comitiva en silencio. Yaluc supuso que aquel sistema de comunicación a través del bosque consistente en silbidos, que Zesera le había descrito, seguía siendo utilizado por la Gente Loggi. Estaba asombrado y maravillado. Cuánto más aprendía de ellos, más le fascinaban ¿Por qué Zesera estaría tan segura de que aquel maravilloso mundo tocaba a su fin?

La primera impresión que le produjo la Aldea del Roble Partido fue decepcionante. Desde luego, era mucho más grande que la de la montaña, y se notaba que también era importante. Pero las casas no se diferenciaban de las de Taros. Había incluso algunos edificios de piedra, sin duda, los que ocupaban los representantes del rey y las familias más poderosas de la región. También casi todas las calles estaban empedradas, como en la capital. Ni rastro de las cabañas de adobe con una sola abertura y altos techos apuntados de ramas de la pequeña aldea. Él había esperado encontrar más detalles de la vida de los loggi. Pero empezaba a darse cuenta de que, tal vez, como Zesera creía, aquel mundo que le fascinaba ya sólo existía en aquellos libros que llevaba consigo bien seguros.

Al parecer, Zesera lo había tenido todo previsto, y, cuando el trabajo se acercaba a su fin, había encargado a los aldeanos confeccionar una bolsa especial para proteger y trasportar aquellos libros tan valiosos. Yaluc la llevaba atada a la espalda. No tenía ni idea de qué haría con su vida en cuanto acabara el funeral de la Hija Mayor. Pero había algo de lo que sí estaba seguro, no pensaba separarse de aquel tesoro que le habían encomendado.

Como el tiempo era muy bueno, acamparon en una amplia explanada al pie de una formación rocosa que presidía toda la aldea. El funeral sería al día siguiente. Yaluc sabía más o menos lo que iba a ocurrir. Zesera le había narrado con todo detalle cómo era el funeral loggi. Supuso que aquella Cueva de los Niños estaría en algún lugar de aquella gran roca. Mientras inspeccionaba los alrededores del campamento, vio que era bastante grande ¿Cuánta gente se había desplazado hasta allí para despedir a la Hija Mayor? Agradablemente sorprendido, vio a un grupo de muchachas, y reconoció inmediatamente a las Hijas de Prakhana.

—Llegamos ayer.— Una voz muy familiar dijo a su espalda. Se giró sonriente para saludar a Dilmala.

—No me sorprende. Ya sé lo rápido que os movéis por el bosque.— Respondió. Entonces, se fijó mejor. Dilmala no llevaba el característico atuendo de pieles con el que la había visto siempre. En cambio, llevaba un vestido muy parecido al de la propia Zesera, de tejido ligero y vivos colores. Sin embargo, seguía llevando el cabello descubierto hábilmente peinado en finas trenzas sujetas en la nuca con una banda de cuero y que le caían por la espalda. Ella le dedicó una de sus sonrisas burlonas, y él se sonrojó.

—Ahora soy asistente directa de Sildara y miembro del Consejo de las Hijas.— Dijo de buen humor.

—Oh. Entonces, supongo que lo adecuado es que te felicite por tu ascenso.— Él dijo tímido. Ella amplió su sonrisa, que ahora, era abierta y franca.

—Sí, he ascendido. Pero no puedo compararme contigo. Yaluc el acólito ahora es alguien muy importante para la Gente Loggi.— Yaluc se encogió de hombros.

—Sólo cumplo el deseo de Zesera.—

—¿Sólo?—

—Bueno...— Yaluc dijo, y se acercó más a Dilmala para hablar en voz baja. —Es todo muy raro. La gente me trata diferente desde que Zesera me pidió que la ayudara. Pero yo sigo siendo el mismo. Me miran y actúan como si esperasen algo... No sé.—

—Es por el colgante.— Dilmala dijo segura. Yaluc automáticamente, acarició la figurilla con la punta de los dedos. El colgante que Zesera le entregó, pidiéndole que lo llevara siempre no era más grande que un dedo, parecía tallado en marfil y colgaba de un cordón hecho con fibras trenzadas como los que él había visto tantas veces hacer a las hábiles gentes de la aldea. Representaba una mujer sin rasgos distintivos, pero cuyas amplias formas le recordaban inmediatamente a Zesera. —Ese colgante te identifica como un elegido de la Madre. Significa que ella se comunica contigo directamente. Zesera siempre supo que lo eras, por eso te dio el colgante.—

—Pero yo... Ni siquiera soy loggi.—

—Vamos, Yaluc ¿Después de todo lo que Zesera te reveló aún no sabes que todos somos hijos de la Madre?—

—Yo no estoy seguro de creer... Bueno, tampoco estoy seguro de los dioses de mi pueblo.—

—Es normal que dudes y estés confundido. Créeme, lo sé por experiencia. Pero Zesera sabía muy bien lo que hacía. No te angusties. Ven, te mostraré algo que tal vez te ayude a aclararte.— Comenzó a caminar hacia la gran roca sin mirar atrás, segura de que él la seguiría, y él, la siguió.

El sol ya se estaba poniendo. Dilmala caminó decidida rodeando la formidable roca hasta alcanzar el lado que ya estaba en penumbra. Entonces, comenzó a ascender. Yaluc la seguía en silencio. Subían por una senda estrecha, que le obligaba a permanecer detrás de la muchacha. Aquella senda parecía haber sido creada por los pasos de muchos seres humanos a lo largo de incontables años. Al poco, alzó la vista y distinguió la abertura de una cueva justo sobre sus cabezas. Cuando estuvieron delante, comprobó asombrado que era tan grande como las magníficas entradas del Palacio de las Nubes, por donde podían entrar a la vez varios hombres a caballo. Delante de la gran cueva había una zona aplanada bastante amplia. Dilmala continuó hacia la abertura. Yaluc se paró en seco.

—¿Vamos a entrar? ¿No sería mejor esperar a que sea de día?— Preguntó nervioso. Dilmala se volvió a mirarle. Sonreía, pero no era una mueca burlona esta vez.

—Yaluc, dentro de las cuevas siempre está oscuro, sea de día o de noche.—

—Claro...Es que, nunca he entrado en una...—

—No hay nada que temer. Y además, tú eres muy valiente. Entraste en el bosque, aunque pensabas que te comeríamos para cenar. Así que, también podrás entrar en esta cueva.— Ella dijo en el mismo tono ligero, y entró. Yaluc la siguió intentando darse ánimos. Justo nada más pasar la entrada, en un rincón, había una fogata. Yaluc se preguntó quién se encargaría de mantenerla encendida, pues por allí no se veía a nadie. Al lado, había un cesto que parecía llevar muchos años allí, dentro del cual, había palos finos. Dilmala se agachó junto al cesto, y repasó el gastado borde con los dedos, mientras su rostro adquiría un aspecto extraño. —Este cesto lo hizo mi madre. Yo la ayudé.— Dijo casi como si hablara consigo misma.

—¡Ah, claro! Ésta es tu aldea. Jaduma me lo dijo. Por la cara que pones, imagino que tu madre no está aquí.—

—No, regresó a la madre hace mucho.— Dilmala miró al chico. Cuánto había cambiado desde el verano anterior. No sólo era más alto y fuerte. La hoguera le iluminaba la cara, haciendo destacar la sombra rojiza de su incipiente barba. De pronto, Dilmala se preguntó si se la dejaría crecer como era la costumbre entre los valate o se afeitaría, como hacían los hombres loggi. Se volvió bruscamente para apartar esos pensamientos. No debía hacerlo, no debía complacerse al contemplar la belleza de Yaluc. Cuanto antes se convenciera de que él estaba completamente fuera de su alcance, menos sufriría. Pero era demasiado fácil decirlo, sabiendo como sabía que la próxima vez que le viera, su corazón saltaría en su pecho, como cada vez. Zesera había dicho que ellos dos estaban irremediablemente unidos. Lástima que no pudiera ser como a ella le hubiera gustado. Una vez más se preguntó por qué Yaluc no podía ser un hombre común, ése con el que gustosa se emparejaría. Pero ella bien sabía que no era posible.

Tomó uno de los palitos que había en el cesto, lo prendió en la hoguera, y luego, encendió con él un par de candiles de los que había dispuestos junto al cesto. Le dio uno a Yaluc. Él lo miró un momento fascinado, pues ardía sin producir humo. Zesera se los había mencionado, claro, pero era la primera vez que veía uno. La cueva parecía muy amplia. Justo frente a la entrada, se abría un túnel de considerable tamaño. Pero Dilmala se dirigió a la izquierda de la entrada. Tomaron otro túnel, bastante más bajo y estrecho, por el que tuvieron que pasar agachados. Tras unos pocos pasos, el túnel se ensanchaba y se hacía mucho más alto, formando una gran sala. Sin embargo, justo en la entrada, había una roca bastante voluminosa. Aprensivo, Yaluc miró hacia el techo, dónde se apreciaba el hueco que había dejado la gran piedra al caer ¿Y si caía otra y los dejaba allí atrapados?

Pero Dilmala, simplemente pasó por encima de la piedra, y él la siguió, deseando estar en cualquier otro sitio. Definitivamente, las cuevas no le gustaban. Ella entonces, se paró. Le tocó en el hombro y, dirigiendo la luz de su candil hacia el suelo delante de ella, dijo:

—Mira— Yaluc apuntó también su propia luz hacia donde ella señalaba, y se quedó helado. Delante de ellos, el suelo se inclinaba hacia arriba hasta ponerse casi vertical, pero en toda la superficie que Yaluc podía ver, estaba cubierto de huellas. Huellas humanas de pies descalzos. Pies pequeños, algunos diminutos, como de niños. Yaluc no salía de su asombro. Por supuesto, él había visto muchas veces las huellas que dejan los pasos en la arena de la playa, o en el barro blando.

Pero esa clase de huellas desaparecían casi tan rápido como se formaban. Sin embargo, las que tenía delante parecían formar parte de la propia roca. De inmediato, le vino a la memoria lo que significaban.

—La danza del Año Nuevo.— Susurró, recordando cómo Zesera le había narrado aquélla, que había sido una de las festividades más importantes de su pueblo. Antes de que los valate prohibieran a los loggi sus prácticas tradicionales, pues les hacían distraerse y descuidar el trabajo. Según la mujer le contó, prácticamente las festividades del Corazón del Invierno, que él mismo había presenciado, eran las únicas que aún celebraban los loggi. Y era lógico, pues Yaluc bien sabía que durante los fatídicos cinco días en que el sol batallaba en el abismo, los valate estaban demasiado aterrados, encerrados en sus casas o rezando en sus templos como para importarles lo que hicieran los loggi.

El pueblo de Zesera situaba el principio del año el primer día de la primavera. Y, durante incontables siglos, habían dado las gracias a la Madre Buena y Generosa por todos sus dones, mediante un festival especial. Como se trataba de agradecer que la Madre siempre les proveyera de nuevos frutos y animales que cazar, lo hacían ofreciéndole sus propios frutos. Para los Loggi, los niños eran el bien más preciado, por eso, los hacían bailar para que la Madre los bendijera, haciéndolos a su vez, fecundos.

—Hace mucho tiempo, esta cueva era el lugar más sagrado del valle. Las gentes venían desde muy lejos para el Festival de Año Nuevo. Pero hace mucho que ya no se celebra. Mi madre me contó que en tiempos de su abuela, aún se celebraba, pero en lugares escondidos de los valate.— Dijo Dilmala. Pero Yaluc apenas la oía. Sintió un irresistible impulso de tocar aquellas marcas. Extendió la mano, y rozó una de las huellas. Al instante, sintió que le zumbaban los oídos y se le iba la cabeza. Luego, el zumbido cesó y aparecieron las voces y la música.

Salió de allí tan rápido, que se golpeó dolorosamente la rodilla con la roca caída, pero no le importó. Había arrojado su candil, y a tientas, corrió enloquecido hacia la salida de la cueva. Sólo cuando estuvo en el exterior, se dejó caer contra la pared rocosa, jadeante.

—¡Los has visto! Los has visto ¿verdad?— Dilmala exclamó al alcanzarle.

—¿Qué?—

—A los niños. Los has visto. Lo sabía. Por eso quería que entrases.—

—No, no... Yo no he visto nada...— Dijo confuso. Tomó aire, y aclaró: —He oído... Me ha parecido escuchar música y voces, y era... era como si me estuvieran mirando.— Temblaba. —¿Tú... tú los has visto?— Preguntó lleno de asombro.

—Creía que Zesera te habría hablado de mí. Veo cosas... cosas que los demás no pueden ver. A veces son cosas del pasado, como esos niños...— De nuevo, Yaluc tuvo la sensación de que hablaba para sí misma, pero no se atrevió a interrumpir. Además, sentía demasiada curiosidad como para hacerlo. —Siempre ha sido así. Cuando era pequeña, creía que era normal, que le ocurría a todo el mundo. Pero enseguida, me di cuenta de que no, de que yo era diferente. Mi madre y también Jaduma me animaban a guardármelo para mí. Ellas querían protegerme. Mi padre lo odiaba. Él despreciaba todo lo que tuviera que ver con las antiguas creencias de la Gente Loggi. Trabajaba como capataz de las tierras del señor de esta región, y lo único que le importaba era su aprobación, esperando conseguir una mejor posición en casa del señor...— El semblante de Dilmala se oscureció aún más con esos recuerdos. Yaluc podía verlo, aunque ya había caído la noche, gracias a la brillante luna llena.

—No hace falta que hables de todo eso si te pone tan triste.— Yaluc dijo en tono amable. Ella se volvió a mirarle, y le sonrió.

—Tienes razón.— Dijo. Entonces, se puso seria. —Tienes sangre en la pierna ¿Cuándo te has herido?— Él miró sorprendido su rodilla. En efecto, tenía el calzón desgarrado y manchado de sangre. El agudo dolor que sintió al golpearse con la roca ahora era más apagado, pero sentía como si su corazón hubiera bajado hasta su rodilla.

—Tropecé con aquella gran roca caída al salir corriendo.— Se estremeció al recordar lo ocurrido. —No creo que pueda volver a entrar en esa gruta, aunque me fuera en ello la vida.—

—No te preocupes, tú ya has hecho tu parte trayendo a la Hija Mayor hasta aquí. No estás obligado a entrar mañana cuando ella sea depositada en su lugar definitivo. Pero será mejor que te cures esa herida antes de que se infecte. Vamos, volvamos al campamento.—

Dilmala consiguió que fuera Sildara quien se ocupara de la herida de Yaluc que, después de todo, resultó no ser más que un rasguño, aunque, seguramente, se le hincharía y le dolería durante algún tiempo.

Intentaba por todos los medios evitar cualquier contacto con él, temiendo experimentar nuevas visiones. Las que había tenido eran ya suficientemente angustiosas. Sin embargo, aquella noche, no pudo evitar que volviera el sueño que la había atormentado desde que conoció al muchacho.

Aunque el resultado del sueño era siempre el mismo, su desarrollo variaba. Unas veces, veía a Yaluc adulto vestido como un príncipe valate con poblada barba incluida, mientras que en otras ocasiones, le veía tal y como era el día que le conoció. Pero daba igual, al principio del sueño, ambos caminaban tranquilamente y en armonía por el bosque, cogidos de la mano, hasta que, de pronto, él la soltaba y comenzaba a alejarse rápidamente. Ella le llamaba, pero él seguía alejándose más y más, y no parecía oírla. Sus gritos se hacían más desesperados. Entonces, invariablemente, él se giraba, le dedicaba una dulce sonrisa y a continuación, volvía a alejarse hasta perderse de vista por completo. Dilmala se despertaba en aquel momento sintiendo una angustia y un miedo como jamás había experimentado, y aquella noche, no fue diferente.

Al amanecer, ya todo el mundo en el campamento estaba levantado. Dilmala tenía razón. Su cometido ya había terminado. Así que, Yaluc se dispuso a observar con curiosidad y atención los acontecimientos que tendrían lugar ese día.

Los hombres que habían traído las parihuelas desde las montañas volvieron a tomar su preciosa carga para trasladarla hasta la Cueva de Los Niños. El cuerpo de Zesera había ido durante el viaje hasta allí envuelto en pesados tejidos. Ahora, Yaluc observó asombrado cómo salía de la tienda donde lo habían custodiado durante la noche, completamente transformado. Habían puesto a la mujer uno de aquellos vestidos multicolor con su amplia falda que le llegaba a los pies, justo igual que la figurilla que colgaba del cuello de Yaluc. En el cuello, brazos y tobillos, habían colocado tantos collares y brazaletes como era físicamente posible. Y, por último, la cabeza del cadáver había sido completamente cubierta por una máscara de barro pintada de blanco que reproducía los rasgos de un ser humano, pero con dos piedras negras sobre los ojos.

Delante de las parihuelas, se situaron varias personas entre las que se encontraban Dilmala y el resto de Hijas de Prakhana. Jaduma le indicó que ellos debían colocarse detrás, siguiendo la curiosa procesión. Yaluc había asistido a algún funeral valate, y recordaba el profundo silencio, y el gesto contrito de los asistentes. Sin embargo, aquellas gentes iban vestidos de fiesta, y, en cuanto la procesión se puso en marcha,

comenzaron a tañer toda clase de instrumentos musicales, mientras cantaban.

La procesión ascendió despacio por la vereda que rodeaba la imponente roca hasta alcanzar la explanada de delante de la cueva. Entonces, los cánticos de la gente y la música cesaron. Todos los que habían caminado detrás del cuerpo de la Hija Mayor se colocaron delante de la entrada de la cueva. Entonces, Dilmala, Sildara y un grupo de hombres bastante ancianos cuya vestimenta era igual a la de las Hijas rodearon las parihuelas y, a continuación, entraron en la gran gruta. Mientras lo hacían, iniciaban de nuevo los cánticos. Pero esta vez, sólo cantaban los que entraban en la cueva, y el canto era muy diferente. Yaluc reconoció inmediatamente la hermosa voz de Dilmala que conducía a los demás, que le hacían coro. El canto que entonaban ahora tenía un aire extrañamente melancólico que a Yaluc le ponía la piel de gallina. Ahora, sólo se acompañaban de unos instrumentos de percusión que producían un sonido metálico y que acompasaban con sus pasos. Cuando estuvieron en el interior de la cueva, Yaluc sintió un poderoso escalofrío, aunque la explanada estaba bañada por el sol matinal, ante el eco de aquel cántico dentro de la gruta. Por un momento, notó que le temblaban las piernas, pues sentía la firme sensación de que no era la primera vez que escuchaba aquel canto como de otro mundo.

El sol estaba ya casi en lo más alto, cuando el séquito fúnebre comenzó a salir de la gruta. La gente que se había quedado fuera había permanecido en silencio escuchando los lúgubres cánticos que venían del interior. Yaluc se fijó en que Dilmala salía muy pálida. Fue a acercarse, pero Jaduma le agarró del brazo.

—Ahora, no es buen momento para hablar con ella, Yaluc.— La mujer le dijo. —Ni siquiera esperaba verla aquí, aunque tenga un lugar importante entre las Hijas. La Aldea del Roble Partido le trae malos recuerdos.—

—Pero, es vuestra aldea natal ¿no?— Yaluc preguntó, curioso.

—Lo es.— Fue todo lo que Jaduma dijo. A Yaluc le sorprendió, normalmente, ella era una persona sumamente animada y alegre. No recordaba haberla visto nunca así. Tal vez era por la muerte de Zesera, a pesar de sus creencias, o ¿quizá esos malos recuerdos de la aldea los compartía con Dilmala? Como siempre, su curiosidad se disparaba, pero le daba apuro preguntar. Aquella mujer y los suyos habían sido lo más parecido a una familia que él nunca tuvo, durante aquel último año. Estaba tan ensimismado en sus cavilaciones, que se sobresaltó al notar que le

cogía la mano. La miró algo confuso. —Te lo explicaré. Pero primero bajemos al campamento y comamos.—

—¡Sí, me muero de hambre!— Fue la entusiasta respuesta de Mores que estaba junto a ellos.

Como le solía ocurrir, aunque ya llevaba un año conviviendo con ellos, a Yaluc le sorprendió el modo en que los loggi reaccionaban ante los acontecimientos de la vida. El extraño hechizo de la cueva parecía haberse desvanecido por completo cuando alcanzaron el campamento, y la gente parecía estar disfrutando de una animada fiesta. A estas alturas, Yaluc ya sabía que a los loggi les encantaba reunirse y celebrar con cualquier excusa. Mientras se dirigían a la tienda que ocupaban, Yaluc se dio cuenta de otro perturbador detalle. Ya hacía meses que venía notando que le miraban diferente, pero, además, aquella mañana, no sólo le miraban, sino que, las jóvenes le dedicaban deslumbrantes sonrisas. Notando su azoramiento, Jaduma se echó a reír, y dijo:

—Es el colgante.—

—Dilmala me dijo lo mismo. La gente piensa que porque Zesera me dio este colgante me he convertido en alguien especial, como era ella. Pero yo sigo siendo sólo Yaluc, el huérfano, como siempre.—

—No te hagas de menos. Todo el mundo sabe que si Zesera te eligió, tendría buenos motivos para ello. No creo que ella no te explicara lo que ese colgante significa. Incluso los loggi que se han alejado más de las viejas costumbres y creencias saben que te identifica como un elegido de la Madre. Y eso, querido Yaluc, he de advertirte, te hace aún más atractivo para las jóvenes.— Yaluc se ruborizó y ella volvió a reír.

—¿Atractivo? Más bien, yo creo que les llama la atención mi aspecto. Habrán visto pelirrojos entre los valate, pero no están acostumbrados a ver a uno que viste como ellos.—

—Eso es verdad, pero, además, es que la mayoría han oído hablar de ti, y están deseando conocerte.— Todos se volvieron hacia la entrada de la tienda, donde Sildara les sonrió a modo de saludo.

—¿Qué quieres decir? ¿De qué estás hablando, Sildara?— Yaluc preguntó.

—Ha sido inevitable, Yaluc. La gente que va y viene de la aldea de las montañas habla sobre ti, sobre tu trabajo con Zesera, sobre tu

llamativo aspecto. Te llaman —Cabeza de Fuego—. Es asombroso lo rápido que se extienden toda clase de historias sobre ti.—

—Cabeza de Fuego—. Es un buen nombre, porque tu pelo es del color del fuego.— Mores aplaudió encantado. Sin embargo, el semblante de Yaluc era mucho más sombrío.

—Pero, entonces, los Hombres del Rey pueden haber oído también hablar de mí, y venir a buscarme.— Dijo, angustiado.

—No temas. Las Hijas ya lo hemos pensado. Por eso estoy aquí.—

16:

Dilmala

Mientras regresaba al campamento del claro del bosque de las Hijas de Prakhana, Dilmala sentía emociones encontradas. Al principio, se había molestado con su hermana por revelar a Yaluc los detalles de su vida. Pero, ahora, se lo agradecía. Ella nunca habría sido capaz, y el muchacho se lo merecía, si no toda la historia, al menos conocer los detalles principales, los que la hacían ser quien era. Después de todo, ella había sabido por Zesera prácticamente todo sobre él. De manera que era lo justo.

Él no había hecho comentarios, aunque esa mirada de ¿compasión? en sus hermosos ojos del color del mar, cuando se despidieron, hacía innecesarias las palabras. La verdad, es que ella tampoco le había dejado opción a hablar. Mejor así. Ya que se despedían definitivamente, los detalles no eran necesarios. Porque ésa era la intención de Dilmala, que aquél fuera su último encuentro. Sí, desde luego, no olvidaba lo que Zesera le había dicho sobre el especial vínculo que la unía con Yaluc. Pero ella comprendía muy bien el significado de sus sueños, esos sueños tan perturbadores que esperaba no se volvieran a repetir. Nada bueno iba a salir de que ella y Yaluc estuvieran próximos. Luego, lo mejor era alejarse. Alejarse lo más posible y para siempre.

Tenía toda la intención de mantenerse en su propósito. Tampoco le iba a resultar tan difícil. Dado que Yaluc era ya tan conocido entre la gente loggi, y difícilmente pasaba desapercibido, ella no tendría problemas en saber por dónde se movía, y procurar permanecer lejos de dicho lugar para no encontrarse con él. La dispersión de las Hijas por los bosques, y el sistema ancestral de comunicación de su gente le permitían estar siempre informada de lo que sucedía en el territorio loggi. Naturalmente, no le hacía feliz no volver a ver a Yaluc ni a hablar con él. Pero debía ser fuerte.

Por otro lado, también se sentía feliz por él. Durante el funeral de Zesera le había encontrado tan perdido. Su intención al llevarle dentro de la cueva había sido la de abrirle los ojos, que viera por sí mismo cuál era su misión en el mundo, el destino que debía cumplir. La Madre le había concedido un raro don. Dilmala no quería que cometiera los mismos errores que ella, rechazando ese don precioso, sin darse la oportunidad de comprenderlo. Aunque renunciaba a cualquier intento de acercarse a él, de compartir su vida, los sentimientos que albergaba en su corazón eran demasiado profundos como para que Yaluc y lo que le pudiera pasar

le fuera indiferente. Deseaba con todo su corazón que él alcanzara la felicidad que a ella le estaba vedada. Y estaba segura de que lo conseguiría porque era la persona más valiente que jamás había conocido.

A pesar de lo indeciso y confundido que estaba después del funeral, no había sido fácil convencerle de que su labor no sólo no había terminado con la muerte de la Hija Mayor, sino que acababa de empezar. Desde luego, no era estúpido, y sabía que todo había cambiado, él había cambiado, y ya no podría regresar a la sencilla vida de la aldea de las montañas. Además, era cierto que existía el peligro de que el rey se enterase de su paradero, y le mandase apresar. Por ello, le propusieron llevar la vida de un sabio errante. Si se movía continuamente, y se internaba en las más recónditas aldeas loggi, sería más difícil que le encontraran. Él era escéptico, pero, la verdad es que la gente loggi ya le consideraba una figura de especial autoridad después de haber trabajado con Zesera.

Así que, bien de mañana, Yaluc se echó a la espalda la mochila que las gentes de la aldea le habían confeccionado, donde guardaba todo lo que poseía en el mundo, especialmente los libros que escribió al dictado de Zesera. De nuevo, partía hacia lo desconocido, como un año antes, pero esta vez, no haría el camino solo. Al saber que Yaluc se iba a convertir en un sabio errante, sin destino fijo ni necesidad de echar cuentas del tiempo, Mores solicitó irse con él. Jaduma se mostró reacia al principio, no sólo porque Mores era aún muy pequeño, acababa de cumplir los siete años, sino, sobre todo, porque temía que fuera una carga para Yaluc. Sin embargo, el niño insistió e insistió, negándose a aceptar otra cosa que no fuera acompañar a su adorado Yaluc. Para la sorpresa de todos, especialmente Jaduma, Yaluc no puso ninguna objeción.

—Yo también he tomado mucho cariño a Mores, y me agrada su compañía. Además, cuando estaba en la aldea, me enseñasteis que entre vuestra gente, cada uno decide cual es la ocupación que mejor le viene. Creo que Mores ha decidido que desea ser el acompañante de un sabio errante.— Jaduma lloró y los abrazó a ambos en la despedida. Dilmala sabía que, a pesar del dolor que sentía al separarse de su pequeño, estaba enormemente agradecida a Yaluc por ofrecer una vida digna a Mores. En los viejos tiempos, su pierna lisiada no le habría supuesto un problema, pues la gente loggi nunca permitía que nadie quedase apartado. Pero los valate eran duros de corazón, y no tendrían paciencia con un pobre cojo.

Pensando en su gente, y especialmente, en su sobrino, Dilmala no pudo evitar que sus pensamientos la llevaran hacia su pasada vida, ésa que Jaduma había revelado a Yaluc. Siempre era duro recordar, sobre todo, porque había algunos recuerdos que no compartía con nadie. Su buena hermana no conocía todos los detalles, sólo Dilmala los conocía, y, claro, él. Ni siquiera se lo había contado todo a Zesera, aunque sospechaba que la mujer imaginaba mucho de lo que no le había contado sobre su padre.

Al visitar la Cueva de los Niños y encontrar allí uno de aquellos cestos que su madre solía tejer, todo el dolor había regresado de golpe. Había procurado disimular, aunque no creía haber engañado del todo a Yaluc.

Como había dicho al muchacho, al principio, cuando aún era muy pequeña, pensaba que lo que le ocurría a ella le ocurría a todo el mundo. Sin embargo, no tardó en saber que no era así. Su madre procuraba evitar que la pequeña hiciera comentarios delante de la gente. En la Aldea del Roble Partido, la mayoría pensaban, como su padre, que esas cosas eran propias de los tiempos antiguos, indignas de gente civilizada como aquellos loggi querían parecer para sus señores valate a los que admiraban y creían tan superiores, tanto o incluso más de lo superiores que los propios valate se creían.

Sin embargo, fue inevitable que su padre se enterase. Naturalmente, se puso furioso, y prohibió a Dilmala que volviera jamás a mencionar aquellas —supersticiones de salvajes—. Le costó entender por qué su padre quería que mintiera, pero se esforzó en obedecer. Y entonces, llegó Zesera a la aldea. Sólo unos pocos la recibieron y acudieron a escucharla. Los demás, incluido su padre, expresaron bien alto su opinión en contra de la bruja. Por supuesto, de ninguna manera Dilmala y sus hermanos tenían permiso para acercarse a tal mujer. Sin embargo, por entonces, Jaduma tenía 15 años, y ya había decidido emparejarse con Mosh. Si aún no lo había hecho es porque su madre estaba enferma. Llevaba ya algunos meses enferma, y moriría aquel invierno, pero, mientras, Jaduma no quería apartarse de su lado.

Jaduma y Mosh que conocían las visiones de Dilmala, la llevaron a escondidas a ver a Zesera. Aún se estremecía al recordar cuánto le impresionó aquella enorme mujer que, sin embargo, hablaba con tanta dulzura. Los jóvenes no necesitaron decir nada, pues Zesera se acercó a la pequeña Dilmala, que estaba entre la gente, y directamente, le dijo:

—Tú eres como yo. Ven conmigo y te enseñaré todo lo que sé.— Dilmala recordaba muy bien lo cómoda que se había sentido con aquella mujer desconocida. Sólo cuando Jaduma le explicó que si decidía irse con ella, seguramente nunca más vería a su madre, la niña dudó. Jaduma dijo a Zesera que llevaría a Dilmala para que se pudiera despedir de su madre enferma. Tiempo después, su hermana le había manifestado muchas veces cuánto se arrepentía de no haberla dejado directamente con Zesera. Naturalmente, en aquel momento, pensó que lo mejor era que Dilmala pudiera despedirse de su madre. Pero también estaba convencida de que marcharse con Zesera era lo mejor para su hermana pequeña, ya que, con su don, seguramente tendría problemas en aquella aldea. A pesar de lo que pasó después, Dilmala no albergaba el menor resentimiento hacia su hermana. Ninguna de las dos podía suponer lo que vendría.

Jaduma estaba tranquila porque su padre no se encontraba aquel día en la aldea. Había salido para cumplir alguna tarea encargada por su señor. La madre estuvo de acuerdo en que irse con Zesera era lo mejor para Dilmala, y se hizo la fuerte para que la niña no notase cuánto le entristecía despedirse de ella, aunque Dilmala se daba cuenta de todo. Por desgracia, cuando se disponían a salir de su cabaña con la bolsa de Dilmala, se encontraron con su padre que regresaba.

Ni siquiera tuvieron que intentar buscar una excusa, porque alguien ya le había dicho que sus hijas habían ido a visitar a la bruja. Dilmala sintió un escalofrío, aquél era uno de los peores recuerdos. Su padre la agarró del brazo sin la menor delicadeza, gritando que ninguna hija suya se mezclaría con aquella chusma. De modo, que Dilmala perdió la ocasión de convertirse en la pupila de Zesera ¡Qué ironía que años después fuera ella misma quien rechazara serlo!

Todo fue a peor a partir de entonces. Su madre fue debilitándose hasta que, una gélida madrugada de invierno, ya no pudo más. Su padre, ya con mal carácter desde siempre, se volvió incluso más intransigente e irascible. Se lamentaba continuamente de su mala fortuna por haber perdido a su mujer, y tener que hacerse cargo de unos hijos que sólo le daban problemas, aunque entre los tres hermanos hacían todo el trabajo que ya habían venido haciendo desde que su madre enfermó, y se esforzaran al máximo en no enfadarle.

Jaduma le propuso llevarse a sus hermanos pequeños con ella a la pequeña aldea de la montaña, de donde Mosh procedía. Al joven no le gustaba demasiado el modo de vida —civilizado— junto a los valate, y decidió regresar a la aldea de sus antepasados para vivir más acorde al

modo tradicional, mientras pudiera. La propuesta enfureció aún más a Bron ¿Acaso no creían que era capaz de cuidar de sus propios hijos? De modo, que la siguiente primavera, Jaduma y Mosh se marcharon de la aldea, aunque la joven prometió a sus hermanos que iría a verlos siempre que pudiera.

Para demostrar lo bien que podía hacerse cargo de sus hijos, lo primero que hizo Bron fue deshacerse de su hijo. Agón tenía 11 años, por lo que ya podía ingresar en el ejército de cualquier señor valate. A Dilmala le dolía en especial pensar en su hermano, más incluso que recordar sus propios sufrimientos ¿Qué habría sido de él? Ni ella ni Jaduma habían vuelto a tener noticias suyas desde entonces, y estando en el ejército, quién sabe si estaría aún vivo.

Por su parte, para Dilmala, comenzaron los peores días de su vida. Su padre pagaba con ella todo su mal humor y su frustración por no conseguir que el señor le eligiera como ayudante personal. A duras penas, conseguía disimular ante sus vecinos, pues no soportaba las miradas de lástima a pesar de su corta edad. Pero con Jaduma, no pudo. Su hermana se dio cuenta inmediatamente del cruel trato que su padre daba a Dilmala. Sin embargo, los golpes no eran lo peor, aunque esa parte, Dilmala nunca se la había revelado a nadie. Intuía que Zesera sospechaba algo, pero la mujer nunca la obligó a hablar.

De nuevo, el padre se negó a que Jaduma se llevase a Dilmala, por lo que la joven se hizo el firme propósito de visitar todo lo a menudo que pudiera a su hermanita, pues, al menos, estando ella delante, él se comportaba mejor. Pero llegó el invierno, y Jaduma estaba embarazada. A pesar de todo, siguió emprendiendo la dura y peligrosa caminata desde la aldea de la montaña. Como no cedía en su empeño, Mosh decidió acompañarla cuando las condiciones del camino empeoraron. Sin embargo, un día, Jaduma resbaló en la nieve y cayó sobre unas rocas, rompiéndose una pierna. Mosh logró llevarla de vuelta a la aldea, pero ella perdió el niño. Dilmala recordaba con nitidez el día en el que el siempre calmado y bondadoso Mosh vino lleno de indignación a encararse con el padre de su compañera. Debió de tomarle por sorpresa ese cambio tan inesperado en el joven, y no se opuso cuando Mosh ayudó a Dilmala a recoger sus escasas pertenencias y se la llevó con él.

Sin embargo, la paz no duró. Bron no tardó en recuperarse y subir a la aldea a reclamar a su hija. En aquella ocasión, todos los hombres de la aldea de la montaña respaldaron a Mosh, y el otro hombre tuvo que volverse sin su deseada presa. Pero tanto Mosh como Jaduma sabían que mientras Dilmala estuviera con ellos, Bron regresaría. De modo que,

por medio del anciano de la aldea, Jaduma supo que Zesera andaba cerca, y decidió llevar a Dilmala con ella.

Pero Dilmala ya no era la misma de dos años antes. Ahora odiaba su don, lo rechazaba con todas sus fuerzas, pues estaba segura de que por su culpa, habían ocurrido todas las horribles desgracias, desde la muerte de su madre, hasta la marcha de su hermano, pasando, claro está, por la muerte del bebé de Jaduma, y todo el dolor que su padre le había infligido. Aunque, Dilmala sentía que merecía ese dolor por su obstinación en hablar de su don, y querer irse con Zesera. Como era una niña de 8 años, todo aquello tenía sentido para ella. Por eso rechazó irse con Zesera, aunque sí sabía que debía alejarse de su familia para evitarles más sufrimientos. De modo que aceptó quedarse con Sildara y convertirse en Hija de Prakhana.

Su opinión no había cambiado con los años. Cada vez que Zesera se lo propuso, rechazó convertirse en su alumna. La mujer no parecía entender que Dilmala ya no podía servir a la Madre. Estaba maldita. Lo mejor era que permaneciera alejada de la gente que más le importaba, lo que incluía a Zesera y ahora también a Yaluc. Sobre todo, a Yaluc. No soportaría traerle la desgracia como había hecho con su familia.

Enfrascada como iba en sus recuerdos, el camino se le había hecho muy corto. Ya estaban llegando al claro del bosque donde tenían su campamento. Dilmala se sentía culpable por muchas cosas, también por no ser una buena Hija. En el fondo de su corazón, no creía que pudieran hacer volver el viejo mundo, por mucho que lo intentaran. Ella se esforzaría como la que más, claro está. Pero se sentía una embustera, una farsante. Zesera le había contado su visión, aquella que fue a contar al moribundo rey Belcentes. La mujer aún parecía albergar la esperanza de que se pudiera evitar lo peor, aunque ella misma había visto a aquél que nacería de sangre real y pondría fin tanto al mundo de los loggi como al de los propios valate. Quizá era mejor así, que todo acabase, para que pudiera empezar de nuevo, igual que la vida desaparece en invierno para volver a renacer en primavera, renovada.

17:

El dios de la guerra da la espalda al rey de Kynán

El primer año de la guerra declarada por Domusal y su familia contra Andamar el Usurpador transcurrió sin que ambos rivales se llegaran a enfrentar en combate. Y, aun así, fue un año aciago para Andamar. En un principio, él había planeado esperar a que su hermanastro hiciera algún movimiento para recuperar el trono que pensaba le pertenecía por derecho. Sus planes eran sencillos. Una vez neutralizados todos los partidarios de Domusal en el país mediante la confiscación de sus tierras y bienes, y reforzadas las fronteras y los accesos a la capital, el rey de Kynán creía que sólo tendría que sentarse a esperar. Albergaba la secreta esperanza de que Domusal, sensato e inteligente como era, viese la inutilidad de una guerra entre miembros de la misma familia, y decidiera volver a negociar algún tipo de acuerdo.

Pero las cosas no sucedieron como él esperaba. Para empezar, la pérdida de Midum fue un golpe devastador. No sólo porque este territorio era la joya de la corona, por cuya posesión los reyes se podían hacer llamar —Señores del Mundo—, sino porque además, se había perdido apenas sin lucha. Los defensores en quienes el rey confiaba para proteger sus derechos habían abandonado cobardemente al gobernador y unos pocos valientes que perdieron la vida defendiendo los derechos de Andamar. Un jovenzuelo inexperto, su propio sobrino, le había arrebatado el mayor tesoro sin esforzarse. Este hecho atormentaba a Andamar de tal modo que perdió el apetito y cayó enfermo. No podía soportar la idea de pasar a la historia como el rey que había perdido Midum para la corona de Kynán.

Por eso, en cuanto recuperó un mínimo de sus fuerzas, se empleó a fondo con sus generales en diseñar un plan para recuperar Midum lo antes posible. Por desgracia, los mejores y más experimentados generales estaban del lado de Domusal, siendo él mismo el más destacado de todos. Andamar, que nunca había sido aficionado a la guerra ni experto en ella, sólo contaba con un puñado de nobles leales, como el valeroso ex gobernador de Midum Edenor Kyrás. Pero éste no era ya joven, como la mayoría de los grandes nobles y altos señores que apoyaban a Andamar, mientras que otros aún lo eran demasiado. El más importante de éstos últimos era, naturalmente, el príncipe Naadur.

A causa de la enfermedad del rey y de los preparativos para recuperar Midum pasó el verano y llegaron las lluvias sin que nada ocurriera, con lo que todo habría de esperar hasta la siguiente primavera.

Andamar no comprendía que Domusal no hubiera intentado nada, después de todo, ahora disponía del puerto de Shimma en poder de su aliado Netyk, desde el que podría haber enviado hombres a Kynán. Andamar estaba al tanto de lo que ocurría entre sus rivales gracias a sus hábiles espías. Éstos le tenían bien informado, por ejemplo, de los esponsales de Menetir con Zodrim, la hermana menor del nuevo rey Netyk.

Sin embargo, los espías de Andamar no podían revelarle nada acerca de los planes de Domusal. Y esto era porque el inteligente y prudente príncipe no quería cometer errores. De momento, había conseguido mantener a raya los irreflexivos impulsos de su hijo Menetir y seguía al mando. Ciertamente disponía de hombres en abundancia gracias al oro de Netyk, pero hombres no es lo mismo que soldados, y Domusal no quería arriesgarse a ser derrotado por los menos numerosos pero disciplinados ejércitos leales a su hermanastro. Como aquel año las lluvias habían llegado antes, y en Narvaly, muy pronto se convertirían en nieve, Domusal decidió instalar su campo de entrenamiento en Midum, concretamente en aquella desértica región donde los rebeldes se habían estado refugiando. El lugar no sólo era bueno por el clima, sino que su aislamiento impedía que se pudieran acercar espías sin que fueran descubiertos.

El invierno también llegó pronto a Taros, el segundo del reinado de Andamar, y fue un invierno especialmente duro y difícil para todo el país. Hubo continuas tempestades que interrumpieron la llegada de barcos de los países aliados con sus valiosas mercancías y tampoco permitían salir a los pescadores con lo que la comida escaseaba. A ello se sumó una epidemia de fiebres que asoló el país. Ni siquiera Taros se libró, y en palacio temieron por la vida del rey, aún no recuperado del todo de su mal de melancolía.

No había noche en que el rey no se despertara alterado por funestos sueños, que, a veces eran tan reales que ni siquiera las amorosas atenciones de Brala lograban sosegarle. Y Andamar no era el único. Aunque ella jamás admitiría tal debilidad, la reina viuda Garpa también se veía atormentada por las pesadillas, y la que más se repetía era aquella en la que veía a la extraña mujer loggi que llegó a palacio la noche en que murió su esposo, y escupió los más horribles presagios.

Al fin, el tiempo mejoró lo suficiente como para poder hacerse a la mar sin temor de naufragar. El plan del rey era acercarse lo más posible

a Midum por mar. El viaje por tierra era demasiado largo y además, ahora ya no contaban con la amistad del rey de Narvaly, con lo que tendrían que utilizar otros pasos de montaña más lejanos y difíciles. Su antepasado Groaker el Grande conquistó Midum desde el sur, invadiendo el país por tierra desde las llanuras del mediodía. Pero en aquellos tiempos, no había ninguna nación fuerte al sur de Midum. Ahora, esa región se dividía en pequeños reinos, la mayoría de los cuales se habían declarado leales a Domusal, a quien consideraban el rey legítimo.

Nadie había conquistado Midum desde el norte. Él lo haría. Tenía intención de desembarcar allá dónde las montañas que separaban Midum de Kynán se encontraban con el mar. En esa zona no había ningún puerto adecuado para los grandes barcos, de modo que haría que sus barcos se acercaran lo más posible a la escarpada costa y luego, los hombres tendrían que alcanzar la costa por medio de pequeñas balsas y botes. Una vez su ejército en tierra, llegaría lo más difícil, atravesar las montañas. Si lo conseguían lograrían tener la sorpresa de su lado, pues nadie esperaba un ataque desde el norte con lo que caerían sobre Shimma sin dar tiempo a que se reforzaran sus defensas. Andamar estaba bastante orgulloso de su plan, que era brillante y audaz. Pero sabía que necesitaba contar con el favor de Nin.

Los tres días anteriores a embarcar, los pasó ayunando y orando en el templo. La última mañana, se levantó antes del alba para acompañar a los sacerdotes en las oraciones cotidianas dando gracias al mar por permitir que el sol regresara un día más del abismo, y luego, sacrificó dos yeguas blancas a Nin. Los caballos eran la más valiosa ofrenda que se podía hacer al dios de la guerra, pues para los guerreros valate valían incluso más que las personas. Palas le aseguró que los auspicios eran buenos, que Nin estaba muy complacido con su generosa ofrenda. De modo, que aquella misma mañana la armada del rey de Kynán se hizo a la mar.

No obstante, antes de embarcar, a Andamar le esperaba una sorpresa. No le extrañó ver a su hijo en el puerto, aunque ya se había despedido convenientemente de sus familiares antes de retirarse al templo. No quería que nada le distrajera de su misión. Al parecer, iba a tener que entretenerse más de lo deseado. Naadur le esperaba al pie de la pasarela. Andamar no pudo evitar observarle por un momento con orgullo. Su aspecto era magnífico con sus vestiduras de oficial del ejército, incluidos coraza y casco que brillaban con el sol primaveral.

—Saludos, noble Naadur, hijo mío. Me conmueve que hayas venido a despedirme, aunque lo hayamos hecho ya.— Andamar dijo, sonriendo a su hijo con afecto.

—No he venido para despedirme, padre, sino para unirme a tus huestes.— El muchacho dijo con voz firme, aunque ésta todavía no era todo lo viril que el príncipe desearía.

—De ninguna manera. No puedo permitirlo.—

—Sé que soy todavía muy joven, pero estoy bien preparado, como sabes. Además, recuerda que nuestro insigne antepasado, el rey Groaker el Grande, ya había participado en batallas a mi edad.— Naadur continuó con aplomo. Andamar colocó sus manos afectuosamente en ambos brazos del muchacho.

—No dudo ni por un momento de tu valor ni, desde luego, de tu preparación y talento. Pero, como seguramente no ignoras, en época del gran rey Groaker, el trono no estaba en disputa, además de que él tenía varios hermanos. Yo no puedo permitir que nada te ocurra. Tu vida es sumamente valiosa, pues eres mi único heredero. Nuestra posición ya es suficientemente frágil.— Le dolió ver cómo cambiaba el semblante de su hijo, y que el muchacho bajaba la cabeza resignado. Le estrechó en un abrazo lleno de amor paternal.

—Tienes razón, padre. Y, por supuesto, me dispongo a obedecerte, como es mi obligación.— Naadur dijo serio, pero apenas pudiendo disimular la decepción.

—No esperaba menos de ti. Me gustaría pensar que no van a ser necesarias, pero en el caso de que tengan lugar futuras batallas, estoy seguro de que te batirás con valentía y honor.— Andamar besó la frente de su hijo a modo de despedida definitiva, y comenzó a subir por la pasarela que le conducía hacia el —Señor de las Olas—.

La travesía transcurrió sin el menor incidente, con un tiempo espléndido, que acabó de convencer a Andamar de que su empresa gozaba del favor de los dioses. Aunque la zona donde iban a desembarcar pertenecía aún a Kynán, estaba muy cerca del límite con Midum, y Andamar decidió que era mejor ser cauto por si había soldados de Domusal vigilando la frontera. Por eso, esperaron a la noche para acercarse a tierra, lo que aumentaba el riesgo, pero Andamar no quería cometer errores. Por la noche, la costa se veía completamente oscura, ni un fuego, siquiera pequeño, a la vista. A causa de las precauciones para evitar encallar los botes en las rocas, la maniobra de desembarco tomó

muchas horas. Por suerte, cuando el cielo comenzaba a clarear por oriente, ya habían conseguido desembarcar todos los hombres, caballos y armas.

El lugar era sumamente tranquilo, por lo que pudieron comer algo y descansar un poco, mientras el rey comunicaba a sus generales el modo en que planeaba atravesar las montañas. Estaba bastante claro que se trataba de una zona despoblada. Andamar sabía que no sería exactamente así al otro lado, pues al sur de aquellos picos, el clima y la tierra eran mucho más generosos. El rey desplegó un mapa que había rescatado del templo. No era tan detallado como un mapa militar, pues se trataba de uno de los que los sacerdotes utilizaban para explicar la geografía del reino a sus jóvenes alumnos. Pero era lo mejor que tenían, pues los ejércitos nunca habían empleado aquella ruta, por lo que no había mapas. Andamar se hizo una nueva nota mental. Eran muchas las mejoras que tenía planeadas para su reino una vez éste estuviera asegurado, y una de ellas, definitivamente, era hacer que se trazaran mapas fiables y exactos de todos los territorios bajo su soberanía.

Mientras debatía con los generales, había enviado una pequeña patrulla a explorar los alrededores. Todo parecía tranquilo, pero más valía asegurarse. Ahora, los hombres de la patrulla regresaban, y parecían excitados.

—¿Habéis encontrado alguna amenaza?— Andamar preguntó al pequeño grupo, una vez estuvieron ante él.

—No, mi señor. En realidad, creemos haber encontrado un paso para atravesar estos montes sin demasiados problemas por lo que parece.— El portavoz del grupo dijo emocionado.

—Explícate—

—Cuando nos acercamos al pie de aquel pico, oímos ruidos sospechosos, y nos ocultamos para observar. Entonces, vimos, descendiendo por una senda bastante amplia a un grupo de gente con asnos bien cargados de pesadas alforjas.—

—¿Midumitas?— Quiso saber el rey.

—No, mi señor. Por su aspecto, yo más bien diría que son loggi, aunque iban vestidos de un modo que no había visto antes.—

—Por lo que dices, deben de ser buhoneros que pasan de un lado a otro de las montañas para comerciar con sus mercancías. Eso, desde luego, es buena noticia, pues sin duda, han de existir buenos caminos a

través de los montes. Si unos asnos cargados pueden pasar, nuestros hombres y caballos han de poder también ¿Os han visto?—

—No, mi señor. Tuvimos buen cuidado de ocultarnos. Iban hacia el norte. Ya deben de estar bastante lejos.—

Sin más retraso que el tiempo que tomó formar a los hombres y caballos, el ejército de Andamar inició la marcha conducido por los hombres de la patrulla. La ascensión fue bastante cómoda, pues, como habían dicho éstos, había un camino bastante amplio. Sin embargo, a medida que la pendiente se hacía más empinada, el camino se estrechaba, hasta el punto de obligar a hombres y bestias a caminar penosamente en fila de a uno. Ya muy avanzado el día, la cabeza de la larga fila alcanzó una zona algo menos escarpada, que permitió un pequeño reagrupamiento. Aunque no era una cómoda explanada, ni mucho menos, la noche se acercaba, de modo que el rey decidió acampar lo mejor que se pudiera.

Antes del alba del día siguiente, Andamar ya estaba reunido con sus generales. Los pasos montañosos no eran favorables a la marcha de un ejército numeroso como aquel, arriesgándose a perder el factor sorpresa. Así que, sabiamente aconsejado por Edenor, Andamar decidió enviar una avanzadilla que tomara posiciones al otro lado de las montañas, mientras el resto del ejército terminaba de atravesarlas. Puso al propio Edenor al mando, pues en este momento, era en quien más confiaba.

La idea del general resultó ser muy sabia, pues al ejército real aún le tomó dos días más de arduos esfuerzos terminar de atravesar aquellas montañas. Afortunadamente, consiguieron hacerlo sin perder ni un solo hombre ni caballo. Por eso, en cuanto estuvieron reunidos al fin en terreno llano, se hicieron sacrificios en agradecimiento a los dioses.

A pesar del esfuerzo, Andamar estaba satisfecho. Todo iba saliendo a pedir de boca. Los dioses estaban con él. Aquella tarde, mientras terminaban de acampar, recibieron más buenas noticias. Un enviado de Edenor llegó al campamento para anunciar al rey que las aldeas de aquella región al pie de la sierra se habían rendido a sus hombres sin necesidad de lucha. El mensajero comunicó al rey que Edenor había reunido en la más grande de aquellas aldeas a todos los jefes y señores de la región, que esperaban para jurar lealtad a Andamar como legítimo rey de Kynán.

Aquella noche, por primera vez desde hacía muchos meses, Andamar no sufrió pesadillas. El comportamiento de las gentes de aquella región no era de extrañar. Para ellos, no había diferencia entre un rey

Damoy u otro, después de todo, ambos eran valate, y ya llevaban siglos habituados a ser gobernados por el rey de Kynán. Andamar estaba casi seguro de que a aquellas remotas regiones aún no les había llegado la noticia de que Netyk de Narvaly se había proclamado su nuevo rey. Probablemente, le habrían recibido igual. El pueblo de Midum era antiquísimo y había experimentado la gloria de ser el reino más poderoso del mundo y la desdicha de sufrir bajo la tiranía de sus últimos y corruptos reyes. Por esa razón, recibieron con los brazos abiertos a Groaker el Grande, pues el dominio valate era mucho menos gravoso para ellos que el de sus propios tiranos.

Durante dos semanas gloriosas, el ejército de Andamar avanzó por la región norte de Midum, tomando aldeas, fuertes y castillos apenas sin mover un dedo. El rey no podía estar más eufórico cuando al fin, divisaron las milenarias murallas de Shimma. En verdad, tenía razones para el optimismo. Su ejército se había movido libremente durante dos semanas, en el transcurso de las cuales, no se habían topado con el menor rastro de los ejércitos de Domusal. Eso le inducía a pensar que, o bien su hermanastro no había tenido tiempo de prepararse, lo que era muy dudoso, pues había dispuesto de más de un año para hacerlo; o bien, se encontraba demasiado lejos para llegar hasta él con rapidez.

En cualquier caso, dos semanas eran tiempo más que suficiente para que en Shimma les estuvieran esperando. Por eso, no le sorprendió hallar las puertas de la ciudad cerradas. Sin duda, los vigías habrían avistado su ejército acercándose, y habrían avisado. Andamar sólo esperaba que Domusal no se encontrara allí agazapado, esperándole.

Ordenó acampar delante de la ciudad, aunque a suficiente distancia para no estar al alcance de las flechas de los defensores. No habían aún terminado de establecer el campamento, cuando uno de sus hombres de avanzadilla, vino corriendo ante él.

—Mi señor, un jinete acaba de salir de la ciudad, y viene hacia este campamento.— ¿Un solo jinete? Andamar sintió que le inundaba la esperanza. Tal vez, los defensores de la ciudad habían observado su ejército, y estimaban que no podrían enfrentarse a él, así que, mandaban un emisario para negociar su rendición. Andamar se apostó sobre su caballo en el límite del campamento para esperar al emisario de Shimma. Pronto fue visible que el jinete, que se acercaba con un paso calmado, venía precedido de un hombre a pie portando un estandarte. Al cabo de unos cuantos pasos más, Andamar pudo distinguir claramente el estandarte del rey subiendo la montaña con el sol en su cima, el estandarte de los Damoy. Entonces, de pronto, su optimismo se

transformó en angustia al ver cómo se le recordaba tan de sopetón que esta guerra se libraba entre individuos con la misma sangre. Ahora podía ver brillando bajo el sol los dorados bucles de su sobrino Enekhál, al menos, no venía armado. Magro consuelo.

—Saludos, querido tío.— Enekhál dijo con su modo suave habitual. Andamar fue muy consciente de que se había dirigido a él como tío, no como rey. Vio también, ahora que le tenía delante, que llevaba el collar que le acreditaba como gobernador de Midum. Naturalmente, Edenor no había tenido ocasión de rescatarlo en su precipitada huida.

—Veo que nuevamente ocupas el puesto de gobernador de Midum. Puesto que nunca habrías perdido si hubieras permanecido leal a mí como juraste.— Andamar puso toda su dignidad real en su pose y su voz.

—Créeme si te digo que lo lamento de verdad. Me conoces, y sabes que soy tan poco amigo de la guerra como tú. Pero mi lealtad a mi familia está por encima de mi lealtad a ti. El juramento que te hice se anuló, igual que el de mi padre cuando fuimos tan cruelmente burlados y humillados por tu parte.—

—Tú también me conoces, Enekhál ¿De verdad crees que tuve algo que ver en la desdichada muerte de la pequeña Uxyla? No ha pasado un día desde entonces sin que llore esa horrible desgracia.—

—Mi opinión no es relevante, tío. Si he venido a hablar contigo es para advertirte que la ciudad está fuertemente defendida. Hemos sabido de vuestras correrías por las regiones del norte, y estamos preparados. No ignoras que, tras la conquista, nuestro noble antepasado Groaker el Grande ordenó reparar las murallas y reforzarlas hasta hacer de Shimma una ciudad inexpugnable. Tal vez, deberías recapacitar, y elegir una batalla menos desfavorable.—

—Ya sé la opinión que todos tenéis de mí como guerrero. Pero estás muy equivocado si crees que no tengo el valor de acometer esta empresa.— Andamar respondió, indignado. Como ya esperaba, Enekhál le ofreció una de sus sonrisas burlonas.

—De acuerdo pues, querido tío. Si me he tomado esta molestia, es por el sincero afecto que te tengo. Bien sabes que si mi hermano hubiera estado en mi lugar, no habría tenido esta consideración.— Enekhál dijo, y comenzó a hacer girar a su caballo.

—¡Espera! He de hacer un último intento. Permite que entre en la ciudad y recupere lo que pertenece al rey de Kynán. Tienes mi palabra de que si así lo haces, ninguno de estos hombres levantará su arma en

contra de los tuyos. Te ofrezco, no sólo continuar como gobernador de Midum, sino un puesto permanente en el Gran Consejo de los Reinos. Como hijo segundón, sabes que nunca podrías aspirar a tan alto puesto, pero yo te doy mi palabra de que lo tendrás. Esperemos juntos a mi hermano Domusal, y negociemos un nuevo acuerdo que evite el derramamiento de nuestra propia sangre.— Por un breve instante, Andamar creyó que Enekhhal aceptaría. Pero el joven continuó con su maniobra para regresar a la ciudad.

—Tarde, tío. Demasiado tarde. Ya te he dicho que mi opinión no es relevante. Si te empeñas en atacar la ciudad, mis hombres y yo la defenderemos.— Y, sin más, emprendió un rápido galope hacia la ciudad amurallada.

Bien, el enfrentamiento era inevitable. Andamar ya había perdido toda ventaja que le diera la sorpresa. La ciudad estaba bien defendida y lista para resistir su ataque. La situación que se le planteaba no era fácil. Un asedio podía ser demasiado largo, dando tiempo a que tropas de refuerzo, incluso el propio Domusal, acudieran en socorro de la ciudad, y entonces, sería su ejército el que se vería rodeado. Tenía que pensarse muy bien cómo acometer la reconquista de Shimma. La zona que sus huestes controlaban apenas abarcaba un puñado de castillos y pequeñas aldeas, que no eran precisamente las más ricas del país. Corría el riesgo de quedarse sin suministros para mantener el sitio, incluso aunque no llegaran refuerzos, lo que era sumamente improbable. Al menos, de las palabras del propio Enekhhal había sacado la información de que ni Menetir ni Domusal se hallaban en la ciudad. Pero ¿Cuán cerca o lejos se encontraban? No podía arriesgarse a verse atrapado.

Durante todo aquel día, ordenó que sus hombres permanecieran en el campamento bien lejos de las flechas de los defensores de la ciudad, mientras él trazaba un nuevo plan con sus generales. Seguramente, Enekhhal esperaba un asalto a las murallas, y ya debería de estarse impacientando. Pero, mientras meditaba sobre su situación, Andamar había concebido un ingenioso plan, con el que nuevamente tendría la sorpresa de su lado.

Era cierto que su glorioso antepasado hizo reforzar las murallas después de la conquista. Pero, como era lo habitual, sentía por los midumitas, que habían sido los más poderosos reyes durante siglos, una profunda admiración. Ésta no se limitaba al poderío militar, que ya entonces, era legendario, sino a todos los ámbitos de su cultura. Y esta admiración hizo que el rey conquistador dejase una parte de la muralla en su estado original debido a la extraordinaria belleza de la decoración que

adornaba la que fue la más sagrada de las puertas de la ciudad, pues se situaba junto al templo del dios lunar, el más poderoso para los midumitas, y patrón de Shimma. Groaker se había limitado a tapiar el vano de la puerta con bloques de piedra, que daban la impresión de que el muro macizo continuaba, aunque no fuera así. Naturalmente, ya nadie conocía este dato después de tanto tiempo. Pero Andamar había pasado largas horas durante su infancia y juventud con la nariz enterrada en los viejos rollos del templo. La historia de su dinastía era uno de sus temas favoritos. Durante años, se habían burlado de él llamándole —el príncipe estudioso—. Ahora, pensaba aprovecharse a fondo de lo aprendido.

Informó a sus generales de su intención de atacar la frágil puerta. Debían moverse con rapidez y sigilo, para no poner a los defensores sobre aviso. No sería fácil, pues debían rodear la ciudad, ya que la Puerta Sagrada se encontraba en el lado sur de la muralla. Deberían alejarse todo lo posible para no ser vistos, pero, a la vez, tenían que hacer que Enekhhal siguiera creyendo que se encontraban en el campamento disponiendo el asalto a las murallas. Había que sacrificar la fuerza por la agilidad.

Andamar ordenó que un buen número de hombres permanecieran en el campamento, y que comenzasen a preparar máquinas de asalto para que los defensores no sospecharan. Mientras él, junto con Edenor y unos pocos generales más, rodearían la ciudad y acometerían el asalto de la Puerta Sagrada. Aprovecharon la noche para moverse con mayor sigilo, y antes del amanecer, estaban ante la Puerta Sagrada. Apenas se distinguían antorchas sobre la muralla. Enekhhal no esperaría un ataque desde el sur. Aún no había salido el sol, cuando Andamar dio la orden de atacar.

No fue necesario gran esfuerzo para derribar la delgada pared de piedras que cubría el vano de la puerta. Los primeros rayos del sol iluminaron un gran boquete por el que Andamar ordenó entrar en tromba. Al principio, no hubo ninguna resistencia. Era evidente que habían tomado a los defensores por sorpresa. Aquella zona estaba ocupada principalmente por templos cuyas puertas permanecían cerradas. Avanzaron durante algunas manzanas, hasta llegar al final de la gran avenida procesional. Allí encontraron la primera resistencia por parte de los guardias de un palacio.

Naturalmente, en cuanto entraron en la ciudad, habían comenzado a sonar los cuernos y trompas dando la voz de alarma. Aunque los guardias no eran muy numerosos, la anchura de la calle no permitía a los hombres de Andamar desplegarse, por lo que se formó un tapón, y quedaron retenidos. Eso dio tiempo a que llegaran más defensores,

seguramente corriendo sobre las murallas, que cayeron sobre ellos desde atrás. Estaban atrapados. Andamar no había contado con la dificultad de hacer avanzar un ejército por las calles de una ciudad.

Aun así, sus hombres luchaban con tal fervor que lograron superar a los guardias. Andamar dio la orden de tomar el palacio. Pero entonces, sintió un fuerte golpe en la espalda. Un hombre de espesa barba gris le estaba atacando directamente. Andamar alzó su escudo para protegerse de los golpes de espada. En el escudo de su atacante vio el lobo negro de amenazadoras fauces, el emblema de los Cenwolf. El que le atacaba no era otro que Semudar, cuñado de Domusal y abuelo de la pequeña Uxyla. Andamar tuvo la seguridad de que había llegado la hora de su muerte. Siguió defendiéndose como pudo, pero Semudar logró derribarle del caballo. Sintió un dolor agudo que le atravesaba cuando cayó con todo su peso sobre su brazo derecho. Se le nubló la vista, estaba seguro de que ése era su fin. Sombras amenazadoras le rodeaban. Entonces oyó un grito triunfal:

—¡Tenemos al usurpador!— Pensó con inmenso dolor en su familia, sobre todo, en su hijo ¿Qué sería de él? No era probable que le permitieran vivir dándole ocasión de reclamar el trono. Envuelto en estos negros pensamientos, sintió cómo le arrastraban sin la menor delicadeza. Se esforzó en mantenerse despierto. No había sido un buen guerrero, pero al menos, afrontaría su muerte con dignidad. Pero, entonces, de pronto, todo cambió. De nuevo, la luz del sol llegaba hasta él. Los hombres que le arrastraban estaban cayendo. Atónito, vio cómo un hacha se clavaba en el cuello de Semudar, casi decapitándolo. La sangre de su enemigo cayó sobre él, pero no le impidió ver de dónde había partido la letal arma. Con gran alivio, distinguió el penacho azul de Edenor, y a continuación, estaba rodeado por escudos con el emblema del león rojo de los Kyrás.

No recordaba haber perdido la consciencia, pero despertó a causa del horrible dolor de su brazo. Estaba tendido en una carreta, que se precipitaba, tropezando con piedras y tambaleándose por ásperos caminos. Intentó incorporarse, pero sintió una oleada de náusea y el dolor del brazo se intensificó. Al menos, logró desembarazarse de la maloliente manta que le cubría. El sol de mediodía le cegó momentáneamente. Una sombra misericordiosa se cernió sobre él.

—Procura no moverte, mi señor. Podrías caer de la carreta. Sé que debe de ser incómodo y doloroso, pero debemos ser lo más rápidos posible para ponerte a salvo. Tenemos muy poca ventaja.— Era el joven Damosén, hijo de Edenor, que jadeaba al hablar a causa del rápido galope de su caballo. A Andamar le resultaba difícil mantenerse quieto sobre la precaria carreta. El traqueteo era terrible debido a la velocidad. Más de una vez, temió que la carreta volcaría. Además, el dolor en todo su cuerpo, especialmente en el brazo derecho se hacía casi insoportable, provocando que de vez en cuando perdiera el conocimiento, para despertar en medio del mismo tormento. Tenía que esforzarse en no caer, a pesar del dolor y del mareo que le producía estar tumbado.

Poco a poco, le volvía el recuerdo de lo sucedido. La batalla de Shimma. Habían penetrado en la ciudad, pero los defensores del templo frenaron su avance y dieron tiempo a que los hombres de Semudar los rodearan. Ahora, recordaba lo cerca que había estado de perder la vida, o, al menos, de ser tomado prisionero. Pero el valeroso Edenor había aparecido para salvarle ¿Dónde estaba? Tenía miedo de intentar incorporarse, y caer de la carreta. Pero sus oídos le decían que no era un gran grupo de jinetes el que le acompañaba. Una vez más, perdió el conocimiento.

Cuando despertó, estaban detenidos. Dio sinceras gracias a los dioses por ello. La oscuridad le rodeaba, pero no podía estar seguro de si era porque ya había caído la noche o más bien porque se encontraba a cubierto. Afortunadamente, el dolor había disminuido mucho. Oyó ruido de tejidos rozando, y de nuevo, Damosén estaba delante de él. Le ayudó a sentarse. Entonces, Andamar se dio cuenta de que estaba echado sobre blandos cojines. El joven le ayudó a beber de una jarra.

—Gracias, estaba sediento.— Dijo.

—El camino hasta aquí ha sido muy duro. Siento la incomodidad, mi señor, pero debíamos ponerte a salvo.—

—Olvida eso ahora. Aunque no tenía gran experiencia en batalla, nunca esperé que la guerra fuera a resultar placentera. Además, ya apenas siento ningún dolor.—

—Eso es por el bebedizo que te dio la vieja sanadora de esta aldea. Dice que es muy eficaz, y tal parece que no miente. También ha atendido tus heridas con más detenimiento. Ciertamente, los dioses han sido

generosos permitiendo que aguantara la rápida cura que te hizo el joven Agón a las puertas de Shimma.—

—¿Agón? No recuerdo a nadie con ese nombre, parece loggi. Dices que me curó en Shimma, apenas recuerdo nada después de que tu padre matara a Semudar Cenwolf ¿Dónde está el valiente Edenor? Me salvó la vida en la batalla.—

—Se quedó allí, junto con los pocos hombres que consiguieron salir de la encerrona de Shimma, y la mayoría de los que dejaste en el campamento. No sé cuánto podrán resistir, porque Enekhhal dispone de numerosos hombres para defender la ciudad, y antes de salir, oí que habían avisado a Domusal, y éste ya debe de estar en camino. Por eso, debemos darnos prisa en cruzar la frontera y ponerte a salvo en Kynán. Sólo disponemos del tiempo que logren aguantar, porque es seguro que Enekhhal no desaprovechará la oportunidad de intentar capturarte, mi señor.—

Si no hubiera sido por el brebaje que le dio la vieja sanadora, Andamar no habría aguantado la dura travesía de las montañas. A pesar de su brazo roto y las numerosas heridas, se negó a ser colocado de nuevo sobre la carreta como un saco de harina. Sólo cedió a las súplicas de Damosén, permitiendo que éste montara delante de él sobre su caballo y le sirviera de apoyo.

Una vez atravesadas las montañas, el regreso en barco hasta Taros transcurrió sin el menor incidente. A bordo del —Señor de las Olas—, tuvo tiempo de enterarse bien de todo lo que ocurrió después de que Edenor le salvara de las garras de Semudar Cenwolf. Su valeroso general se había puesto al frente de las tropas restantes, organizando una barrera que intentase impedir el avance de las huestes enemigas, mientras un pequeño grupo de hombres custodiaban al rey de vuelta a Kynán.

Al parecer, el joven Agón había querido quedarse también para resistir, pero Edenor le ordenó acompañar al rey, ya que él era quien había atendido sus heridas. Andamar exigió que fuera embarcado en el navío real, pues sentía un enorme agradecimiento por sus cuidados, y una gran curiosidad por el método que había utilizado para impedir que el brazo del rey quedara inútil, como solía ocurrir después de una fractura semejante. Agón había atado el brazo con correas de cuero a dos radios arrancados de la rueda de una de las carretas, dando instrucciones de que así debía permanecer y que el rey no debía moverlo bajo ningún concepto. Varias semanas más tarde, cuando al fin dio permiso para retirar los palos, el brazo de Andamar estaba débil, pero como si jamás

se hubiera roto. A pesar de las protestas del joven de que no era sanador ni médico, y que sólo había visto hacer eso de niño en su aldea, el rey le nombró Primer Médico Real.

Por desgracia, la maravillosa curación del brazo del rey fue la única buena noticia que llegó al Palacio de las Nubes en aquellos aciagos días. La batalla de Shimma había resultado un absoluto fracaso, y Andamar se sentía incluso más humillado que antes de emprender tan desafortunada empresa. No sólo no había recuperado Midum, sino que había perdido gran cantidad de hombres, incluyendo al valeroso Edenor. Apenas unas decenas de hombres habían logrado volver a Taros para relatar la heroica resistencia que habían protagonizado, permitiendo al rey ponerse a salvo. Andamar no tenía la menor duda de que una invasión de Kynán estaba al caer. Domusal no iba a dejar pasar ese momento de debilidad de su rival por el trono.

Y, para colmo de males, poco antes de que Andamar llegase a Taros, desde Narvaly llegó la noticia de que Zodrim, la esposa de Menetir acababa de dar a luz un varón. Andamar se sentía completamente hundido. Sus rivales acumulaban éxito tras éxito. Le habían arrebatado su herencia más preciada y encima, su familia aumentaba. Domusal, quien se consideraba legítimo rey de Kynán, tenía asegurada su sucesión con sus dos hijos, pero ahora además, su heredero Menetir tenía a su vez un heredero ¿Y él? ¿Qué tenía Andamar el Usurpador? Un único hijo que, además, era un muchacho temerario al que le encantaba tomar riesgos. Sin embargo, no podía rendirse. Disponía de aliados leales, y además, la sangre de aquellos valerosos hombres que habían dado su vida por su causa clamaba desde las losas y campos de Shimma.

No tenía derecho de rendirse ahora. Debía cumplir con sus deberes de rey. En primer lugar, era imprescindible desposar a Naadur. Cuanto antes debía haber una nueva generación que asegurase el trono. Como siempre, Brala le ayudó a encontrar solución a sus dilemas. Estaba profundamente agradecido a la familia Kyrás por el noble comportamiento de Edenor y de su hijo. Pues ¿Qué mejor forma de premiarlos, y de paso asegurarse el apoyo de tan importante familia, que desposando a Naadur con Numa, ex prometida de Menetir? Al rey le pareció una excelente idea. La muchacha no podía ser de más noble linaje y tenía casi 16 años. Naadur estaba a punto de cumplir los 14 con lo que alcanzaría la mayoría de edad y el matrimonio podría ser consumado inmediatamente. No había tiempo que perder para procurarse un heredero, ojalá, más de uno.

Numa era sobrina de Edenor. Sus padres habían roto el compromiso con Menetir en cuanto la legitimidad de Domusal se puso en

entredicho. Si Menetir no era el heredero legítimo, Numa no podía ser su esposa. Después de todo, ellos se debían al rey legítimo. Durante siglos, la noble familia había tenido con honor como lema —siempre al servicio del trono de Kynán—. Por tanto, los padres de Numa acogieron con gran júbilo la propuesta del rey. En el hermoso palacio de la familia, una madre eufórica fue a hacer el feliz anuncio a su hija. La muchacha se encontraba en uno de sus lugares favoritos, sentada en la elegante balaustrada de piedra que se asomaba sobre el mar. Su madre la encontró como siempre ensimismada, mientras contemplaba unos gorriones comer de la palma de su mano. La noble dama suspiró. Seguramente, convertirse en Princesa Heredera haría a su extravagante hija salir de sus extrañas fantasías.

—Mi querida niña. Te traigo la más dichosa de las noticias.— La muchacha apenas inclinó la cabeza como si simplemente escuchara un rumor lejano. Su madre no se dio por vencida. Se acercó y tomó las blanquísimas manos de su hija, espantando a las aves, y le dijo con el mismo entusiasmo. —El rey ha solicitado tu mano para su hijo ¿Ves? Todo vuelve a su lugar, como debe ser. Desposarás al heredero, y un día reinarás junto a él.— Por fin, Numa miró a su madre. En su bello rostro se dibujó una leve sonrisa.

—Si así lo disponéis, así será, madre. Siempre os obedeceré como ha de hacer una buena hija. Sin embargo, nada ha cambiado, madre. No importa si me desposo con Menetir o con Naadur, yo nunca seré reina.—

18:

¿Dónde están los dioses?

Andamar no quería perder tiempo. Así que, en caso de que una invasión por parte de Domusal fuese inminente, como creía, decidió apresurar los trámites para los esponsales del príncipe Naadur con la noble dama Numa. La familia de la joven estaba entusiasmada y ambos contrayentes eran jóvenes valate bien educados en la obediencia a sus padres, que, en el caso de Naadur, además era su rey.

El rey decidió que la ceremonia de esponsales se celebrase el día de la conmemoración de La Llegada, la más importante festividad en el calendario de los valate, y que coincidía con la fecha de su coronación. Aún le producía escalofríos recordar lo aciago de aquel día, con eclipse de sol incluido. Con los acontecimientos de Shimma y las trágicas consecuencias que trajeron, el año anterior la celebración había estado muy desdibujada, pues Andamar no se había sentido con ánimo de impartir la tradicional bendición real a todos sus súbditos. Poniendo la celebración de un acontecimiento tan feliz como una boda esperaba contrarrestar todos los malos augurios de su coronación ante su pueblo.

Garpa, la reina viuda, aquellos días permanecía inusualmente silenciosa y apartada de los asuntos de palacio. Sin embargo, Andamar conocía demasiado bien a su madre para creer que la mujer hubiera por fin asimilado su discreto papel de viuda. Y tenía razón. El motivo de que Garpa se comportara de un modo tan poco habitual en ella no era su desinterés por intervenir en los asuntos de palacio, como siempre había hecho, sino el miedo.

Las pesadillas, al contrario que a su hijo, no la habían abandonado. Ahora no sólo veía a la mujer loggi pronunciando sus terribles profecías, sino que ésta se le aparecía acompañada por otra mujer cuyo rostro no podía ver, pues lo cubría un velo rojo, pero no como los que llevaban las desposadas, sino como si estuviera manchado de sangre. La velada mujer extendía hacia ella unas manos delicadas y blanquísimas, mientras que la bruja loggi anunciaba: —Ya viene. Ella lo trae.— Garpa siempre se despertaba aterrada, y, a continuación, se ponía furiosa por dejarse asustar por una sucia mendiga loggi. Ella era una reina valate. Aquella mujer no tenía ningún poder sobre ella. Y, sin embargo, cuando su hijo le anunció a quien había elegido como esposa para Naadur, sintió un escalofrío y la sensación de que un gran peligro los amenazaba a todos.

Sentía la necesidad de compartir con alguien sus sueños. Los valate no veían con buenos ojos las prácticas de adivinación, aparte de los auspicios que el sacerdote o sacerdotisa de un dios hacían después de un sacrificio. Pero éstos se limitaban a decir si el dios estaba o no complacido y, por tanto, se mostraría propicio con quien hacía el sacrificio. Eso ahora no le bastaba. Llamó al fiel Voro, y le ordenó ir al barrio de los midummitas a buscar a un wasmum. Estaba segura de que habría alguno, los midummitas eran muy supersticiosos.

Ya creía que su encargo no tendría éxito, cuando sonaron unos golpes suaves en la puerta de sus aposentos. Abrió. Allí estaba Voro, con su habitual gesto nervioso.

—No ha sido fácil, mi señora. Esa gente no se fía de nadie.—

—Absurdo. Hace más de diez años que mi esposo derogó la ley en contra de la brujería, contra mi opinión, claro está. No tienen motivos para desconfiar. Por los dioses, Voro ¿Qué me traes?— Garpa se acababa de fijar en la persona que acompañaba a Voro. Después de hacerla esperar tanto ¿Ahora le traía una anciana ciega?

—Esta mujer vive en el templo. Me han asegurado que es la mejor.—

—No me hacen falta los ojos de la cara para ver lo que necesitas Garpa.— La vieja dijo con voz cascada, y soltó una risa siniestra mostrando su boca desdentada. —Estás asustada como un ratón entre las garras del gato. Mas yo no te traigo alivio.—

—Espera ahí.— Garpa ordenó a Voro. Tomando a la mujer del brazo, tan flaco y frágil que pensó que se quebraría bajo la presión de su mano, la hizo entrar en su aposento privado y cerró la puerta. —En cualquier otra circunstancia haría castigar tu insolencia, vieja.—

—Pero tienes demasiada prisa por saber lo que puedo decirte sobre tu futuro.— La mujer replicó sin inmutarse por la voz amenazadora de la reina.

—¿Mi futuro? No es el motivo por el que te he hecho llamar.—

—¿De verdad no quieres conocer lo que te espera?— La vieja preguntó divertida, con fingido asombro.

—Tal vez después. Ahora quiero hablarte de mis sueños...—

—Te escucho.— Y Garpa comenzó a relatarle sus sueños, aunque primero, tuvo que hablarle de aquella mujer, Zesera, que la visitó la noche

en que murió su esposo, y lo que le dijo, para explicar el motivo de que los sueños fueran para ella tan inquietantes.

—Esa mujer de la que hablas debe de ser una de esas que los loggi llaman Guías de la Gente. He oído que, a menudo, poseen el don de la profecía. Y, por mi vida que ésta debía de poseerlo, porque lo que te dijo es la pura verdad.—

—Así no me ayudas, vieja. No necesito saber si esa bruja es buena o no en lo que hace. Lo que quiero es comprender por qué se me aparece en sueños, y la otra mujer ¿Quién es?— Se impacientó Garpa. La vieja se quedó callada por un momento, lo que aumentaba la incomodidad de Garpa ante sus ojos blancos y sin vida.

—Tú ya sabes quien es la mujer del velo. Me has dicho que es la prometida de tu nieto.—

—¡No! Yo nunca he dicho eso.— La voz de Garpa delataba su inquietud, que no pasaba desapercibida a los sensibles oídos de la anciana.

—No necesitas decirlo con palabras. Bien, no alargaré más tu espera. Te dije que no vengo a traerte alivio, y así es. La profecía de la mujer loggi coincide con lo que los dioses me han transmitido a mí misma. Yo sólo sé lo que los dioses quieren que sepa. Puedo confirmarte que de tu propia sangre nacerá aquel que acabará con todo, y, en efecto, tú vivirás para verlo. La única explicación que puedo darte para tus sueños es que muy posiblemente esa mujer que ves cubierta con el velo será quien dé a luz al destructor.—

—Está bien, vieja. Toma, y no le digas a nadie que has hablado conmigo.— Garpa dijo, poniendo dos monedas de plata en la mano huesuda. La vieja las apretó y sonrió de aquella forma suya tan siniestra. Garpa abrió la puerta y llamó a Voro para que devolviera a la vieja a dónde la hubiera encontrado. Una vez de nuevo sola: —¿Cómo he podido dejarme llevar así? Es una conducta impropia de mí, una reina. Y para escuchar toda esa sarta de estupideces. Ningún valate, especialmente uno de mi propia sangre, iría en contra de nuestro reino y nuestras costumbres. Ojalá mi hijo el rey nunca se entere de este tropiezo mío, o me moriré de vergüenza.— Se reprochaba, intentando al mismo tiempo convencerse a sí misma de que no había nada de lo que preocuparse.

Durante los días que siguieron, pareció como si todas las amenazas, todas las preocupaciones, hubieran desaparecido en el Palacio de las Nubes y toda la ciudad de Taros. Una atmósfera de alegría

lo envolvía todo. El sol brillaba, los jardines de palacio rebosaban de flores, y todo el mundo era feliz. Era asombroso como el anuncio de una boda real producía tal magia. Pero Andamar no quería pararse a pensar en que, tal vez en ese mismo momento, las tropas de Domusal se disponían a invadir Kynán.

Sus espías le habían informado de que su hermanastro había llegado a Shimma justo cuando él atravesaba las montañas. Su presencia, claro, había sido determinante para aniquilar cualquier resistencia de los hombres que Andamar había dejado para cubrir su huida. A continuación, no habían tenido la menor dificultad en recuperar todas las plazas y territorios conquistados por Andamar, dejando guarniciones en los lugares más importantes. Andamar no entendía por qué su hermanastro no había aprovechado para continuar e invadir Kynán sabiéndole derrotado y herido. Pero no dudaba de su inminente ataque.

Naadur no era ajeno al ambiente de mágica felicidad que reinaba en Taros. Por supuesto, no había puesto ninguna objeción a la decisión de su padre. Como todo joven valiente de noble cuna, sabía que su matrimonio sería decidido y acordado por sus padres, mucho más ahora que era el Príncipe Heredero. Ya había aceptado desposar a su pariente Uxyla, y de la misma manera, ahora aceptaba a la noble Numa. Aún sentía una profunda tristeza por la muerte de su joven prometida. Era tan injusto, sólo era una niña inocente. Siempre guardaría un tierno recuerdo de ella. Pero Numa era un asunto completamente distinto.

Desde luego, cuando la muchacha fue prometida a su primo Menetir, Naadur había oído lo que se comentaba sobre ella. Se decía que era —extraña—, aunque él nunca supo a qué se referían con eso. Y ahora que la conocía, francamente, no podía importarle menos. Se puede decir que el príncipe se hallaba deslumbrado desde el momento en que la joven le fue presentada. Estaba seguro de que era la criatura más bella y perfecta que existía. Naadur era un muchacho saludable y lleno de vigor juvenil. Yacer con mujeres, una actividad que hacía poco practicaba, se había convertido en su favorita, sólo comparable con su pasión por los asuntos militares. Aunque comprendía los motivos, aún estaba dolido con su padre por no haberle permitido acompañarle en su aventura en Midum. Su arrogancia juvenil le hacía estar seguro de que el resultado habría sido mucho más favorable de haber participado él. Pero bueno, ahora sólo podía pensar en lo próximo que estaba ya el momento en que podría tocar esa piel que parecía hecha de finísima porcelana. La imagen de la bella Numa ocupaba por completo sus sueños, desplazando a las heroicas batallas.

Por fin, llegó el día de la boda. La última boda de un Príncipe Heredero había sido la de Domusal con Kai Malikós hacía ya 27 años. Andamar tenía toda la intención de que la de su hijo superase en brillo y esplendor a aquélla. La gente no debía recordar que la legitimidad del actual rey estaba puesta en entredicho. La explanada que se extendía delante del templo de Nin había sido bellamente adornada con macetas conteniendo arbustos floridos, y que servían para delimitar la zona donde se colocaría el pueblo de Kynán para ser testigo de la ceremonia. Desde esa perspectiva, la fachada del templo seguía viéndose tan magnífica como siempre, pues el gran agujero producido por el rayo dos años atrás no era visible desde allí. Los acontecimientos habían impedido a Andamar ocuparse de encargarse de la reparación del templo, y, así, la cabeza de Nin continuaba a los pies de la gran estatua del dios.

Antes de que amaneciera y a la gente le fuera permitido entrar al recinto del palacio, los jóvenes a punto de desposarse tenían que cumplir con un ritual sagrado. Cada uno por su lado, y completamente solo, debía hacer un sacrificio especial ante su dios protector con objeto de lograr que éste procurase dicha a su unión. Naturalmente, Naadur eligió al gran dios de la guerra, Nin, no sólo patrono de los guerreros, sino de los reyes, como él esperaba ser. El caso de Numa fue algo más complicado. La muchacha nunca se había mostrado devota de ninguna divinidad, una de sus muchas extravagancias que preocupaba a sus padres. Sin embargo, aceptó sin discutir acudir al templo de la diosa Arapagena en la isla de la Luna.

Con el cielo aún oscuro, subió a una barca únicamente ocupada por un sirviente del templo de la diosa, que la condujo a la isla. Allí, fue recibida por la Primera Doncella, Nará, que le dio instrucciones para el sacrificio y le entregó una hermosa paloma completamente blanca. A continuación, se retiró junto a las demás Doncellas, dejando a la joven sola frente al altar de la diosa de la luna. A pesar de que éste era un acto íntimo, la Primera Doncella tenía el deber de asegurarse de que todo se hiciera apropiadamente, por lo que vigilaba discretamente desde la galería alta que rodeaba la gran nave central del templo.

Incluso ella, en su tranquilo retiro, había oído los rumores que rodeaban a Numa, y lo que vio los confirmó ampliamente, llenándola de la más absoluta confusión. En cuanto estuvo sola, Numa se acercó al altar de la diosa con la paloma entre sus manos. Nará ya se había sorprendido de que el ave permaneciera completamente tranquila entre las manos de la chica, sin hacer el menor intento por escapar. Entonces, cuando Nará esperaba ver a Numa tomar el cuchillo ritual, la joven comenzó a susurrar. Nará juraría que le hablaba a la paloma. Desde donde estaba, no podía

entender lo que decía. Luego rozó al pequeño animal contra su mejilla sonriendo, abrió las manos, y la paloma voló, saliendo por una de las altas ventanas del templo. Nará no comprendía nada. Bajó lo más rápido que pudo. Numa seguía de pie en el centro de la gran nave, con la misma dulce sonrisa en su rostro.

—¿Por qué has hecho eso? ¿No temes atraer sobre ti la desgracia al ofender así a la diosa?— Nará preguntó agitada. La muchacha ni siquiera se inmutó. Parecía que no se extrañaba de que Nará hubiera presenciado lo ocurrido. Sin dejar de sonreír, dijo:

—La muerte no trae la vida.— Y comenzó a salir del templo en dirección al embarcadero. Aquellas misteriosas palabras no hicieron más que aumentar el asombro y la confusión de Nará. Jamás había conocido a nadie que no temiera a los dioses ¿Qué clase de criatura era esta peculiar muchacha, y qué consecuencias traería su conducta a su sobrino, a todo el reino?

En cuanto estuvo de vuelta en palacio, Numa se sometió pacientemente al proceso de prepararse para sus esponsales. Su madre y su futura suegra naturalmente no querían perderse este importante momento, y así, entre ambas y las doncellas de la novia procedieron a bañarla, perfumarla, peinarla y vestirla. Ambas madres rememoraban sus propias bodas, pero para Brala, este ritual tenía un especial significado, pues, al carecer de hijas, seguramente ésta sería la única vez que tomaría parte en él.

Mientras contemplaba a la muchacha, que se mostraba dócil como un corderito, sin pronunciar una palabra de protesta, podía entender muy bien por qué tenía completamente hechizado a su hijo. Numa no era una joven común. Poseía una rara belleza. Su cabello era tan rubio que, cuando le daba la luz, parecía hecho con finos hilos de plata, y la piel de Numa no era menos deslumbrante, con su blancura de porcelana. Los ojos de la joven parecían haber concentrado todo el color que faltaba en el resto de su persona. Eran de un profundo azul, como el de los lagos helados en invierno, y a primera vista, parecían igual de fríos. Pero cuando los mirabas, podías ver un extraño fuego en lo más profundo.

Sin embargo, mirando a su futura nuera, Brala encontró otro motivo de interés más acuciante que su extraña mirada. Numa no era muy alta, aunque Brala pensó que tal vez la comparaba con las mujeres de su familia, que, a menudo, eran más altas que muchos hombres. Pero lo que le preocupó fue la aparente fragilidad que mostraba. La familia

garantizaba que era una joven saludable, y Brala no lo ponía en duda, aunque parecía demasiado delgada y de caderas estrechas ¿Demasiado estrechas, tal vez, para parir sin problemas? El asunto de la sucesión no era poca cosa. Brala siempre había sido penosamente consciente de su incapacidad de tener más hijos.

Todo había ido tan bien al principio. Naadur llegó en el primer año de matrimonio, y tanto el embarazo como el parto se desarrollaron sin problemas. Brala y Andamar no podían ser más felices tras el nacimiento de su hermoso hijo. Y su dicha sólo hizo que aumentar cuando Brala quedó nuevamente embarazada. Pero esa vez, todo fue diferente. Se sintió enferma durante todo el embarazo, y el parto se presentó demasiado pronto. Nadie esperaba que una criatura tan prematura sobreviviera, y los esfuerzos se concentraron en salvar a la madre. Y a punto estuvo Brala de perder la vida. Tras una noche y un día, al fin, nació la criatura. Era un varón, y estaba muerto. Brala siempre estuvo segura de que su hijo había muerto días antes del parto.

Aún en los días siguientes, se temió por la vida de Brala, pues fue atacada por virulenta fiebre, que duró casi una semana. Se recuperó, aunque quedó muy débil durante meses. Y después de aquello, por más que Andamar y ella lo habían intentado, Brala nunca volvió a quedar embarazada. Por entonces, el asunto no tenía mayor importancia, aparte de la tristeza que ambos sentían por su incapacidad. Pero ahora, eran reyes de Kynán, y sólo tenían un heredero. En silencio, Brala rogó a todos los dioses que fueran benévolos con la joven pareja, y pronto hubiera más de un solo heredero en Kynán.

Durante todo aquel día, a Naadur le consumía la impaciencia. Primero mientras esperaba la llegada de su prometida a su lado para que su padre, el rey, colocara la cinta de seda roja, uniendo las manos de los desposados, mientras los asistentes prorrumpían en aplausos y vivas. Cuando al fin pudo alzar el velo rojo de la que ya era su esposa, sintió que le flojeaban las piernas. Ella le sonrió dulcemente, y tomados de la mano, emprendieron el camino hacia el interior del palacio.

Durante el paseo, la gente les arrojaba flores. Al fin, entraron a palacio. Naadur agradeció el frescor del enorme edificio, pues el día había amanecido muy caluroso, y le pesaban sus plateadas ropas de Príncipe Heredero. Pero aún faltaba mucho para que pudiera despojarse de ellas cuando al fin pudiera quedarse a solas en su alcoba con Numa.

El rey estaba exultante. Aquel día, todo estaba saliendo a pedir de boca. No podía, sin embargo, evitar mirar de reojo de vez en cuando al cielo, para asegurarse de que el sol continuaba brillando como debía. Llegó el momento de salir al balcón para impartir su real bendición. Pero este año, Andamar tenía una sorpresa para sus súbditos. No salió solo, sino que llevaba tomados de cada mano a Naadur y Numa.

—Amados súbditos de Kynán. Como vuestro rey, es mi deber transmitirlos la bendición del gran Nin, el más poderoso de los dioses, que tuvo a bien erigirse en protector de nuestro pueblo. Pero además, os quiero mostrar a éstos mis hijos, que serán vuestros futuros reyes, para que les deseéis felicidad.— Los vítores eran perfectamente audibles desde el balcón. Aparentemente, todo eran exclamaciones de felicidad y buenos deseos, pero Andamar no estuvo tranquilo hasta que regresaron dentro del palacio. Bien sabía él que no todos sus súbditos le reconocían como rey legítimo. Simplemente fue cuestión de suerte que no se produjeran alborotos ni se oyera ningún —usurpador— entre la gente.

A continuación, se repartió comida, dulces y golosinas de todo tipo entre los asistentes, y la gente, de excelente humor, se dispuso a continuar con la celebración de La Llegada y de la boda real. Más de uno habría preferido que fueran en diferente día. Al pueblo nada le gusta más que tener una buena excusa para beber y celebrar.

Dentro del palacio, se celebró una magnífica recepción a la que asistieron todos los nobles leales a Andamar y los visitantes que le apoyaban. El gran salón relucía como una joya iluminado por cientos de velas. Había comida, bebida y música. Pero Naadur no veía el momento de que todos aquellos nobles hubieran pasado por delante de la pareja, deseándoles todo lo mejor, para poder marcharse de allí con su flamante esposa.

Pero todo llega, y también llegó el feliz momento que Naadur había esperado tan impaciente todo aquel día. Intentaba calmarse, pero no podía dejar de caminar arriba y abajo, mientras esperaba en la alcoba a que sus doncellas preparasen a Numa. Por fin, oyó risitas femeninas al otro lado de la puerta que separaba su alcoba de la antecámara donde se preparaba la novia. Se abrió la puerta, y Numa entró. Al igual que Naadur, sólo llevaba una ligera túnica blanca hasta los pies. Su cabello estaba suelto y le caía por la espalda como un manto de plata. Naadur se lamentó por dentro al pensar que seguramente a partir del día siguiente, ella ya no lo dejaría así, sino que lo peinaría recogido, como las mujeres casadas.

Le costó un gran esfuerzo de voluntad, pero consiguió no salir corriendo hacia ella. Numa no era una mujer como las que solía frecuentar. Éstas eran complacientes, como las cortesanas, o coqueteaban con él juguetonas, como las mozas de las cocinas. Era un juego divertido, y uno que, además, él jugaba muy bien. Pero Numa era su esposa, la futura reina. Debía comportarse en todo momento con la dignidad y el respeto debidos.

Por suerte, Numa no se lo puso difícil. Se acercó decidida con su habitual sonrisa. Cuando estuvieron frente a frente, Naadur no pudo evitar dejarse llevar un poco por sus emociones.

—Oh, Numa, eres tan hermosa.— Dijo con voz emocionada. Ella se ruborizó de un modo que le pareció encantador.

—Tú también eres muy apuesto.— Dijo, algo tímida. Naadur ya no pudo contenerse más, e inclinándose, besó los rosados labios que se le ofrecían tan invitadores. Primero, fue un beso más bien tentativo, pues el joven aún estaba preocupado por no cometer errores. Pero, al verse bien acogido, transformó el beso en uno mucho más apasionado, y esta vez, estrechó contra sí a la joven. Ella no tardó en responder a su pasión. Naadur se sentía en éxtasis. Se apartó de ella lo suficiente como para deshacer el nudo que sujetaba su túnica, que cayó a los pies de Numa, revelando toda su belleza.

Naadur tardó un momento en recordar que lo que acababa de vivir no había sido uno de sus sueños, mientras terminaba de despertarse. Había ocurrido de verdad. Numa era su esposa, y habían compartido la más hermosa y apasionada noche de bodas. Las velas ya se habían apagado, y la estancia permanecía en penumbra. Extendió el brazo, buscando el calor del cuerpo de su esposa lleno de deseo una vez más, pero sólo halló sábanas frías. Sobresaltado, se incorporó en la cama ¿Dónde estaba Numa? Recorrió con la mirada la habitación, y entonces, la vio. Su silueta se recortaba contra la luz de la luna que entraba por la ventana. Su rubísimo cabello formaba un halo alrededor de su menuda figura. En ese momento, Naadur podría haber jurado que era una criatura irreal.

Salió de la cama, y se acercó a ella. Permanecía arrodillada mirando hacia la ventana, tan inmóvil como una estatua ¿Qué estaba haciendo? Naadur llegó a su lado y pudo verle la cara iluminada por la luna. Su inquietante mirada se perdía en el oscuro cielo que se veía por la ventana.

Parecía estar mirando algo con suma concentración. Pero ¿qué? Naadur sólo veía un hermoso cielo de verano, cuajado de estrellas.

—Numa— Llamó, tocando su hombro con suavidad. No sólo estaba quieta como una estatua, sino tan fría como una, también. Naadur se asustó. La sacudió con algo más de fuerza, y volvió a llamarla: —Numa... Numa ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? Numa... Numa.— La preocupación de Naadur había dado paso al pánico, y le quebraba la voz dejando aparecer de nuevo al niño que no hacía mucho, había dejado de ser. La sacudía desesperado y muerto de miedo, mientras ella parecía como muerta. Al fin, después de lo que al joven le pareció una eternidad, aquellos ojos hipnóticos se volvieron a mirarle. Una blanca mano se alzó, y un delgado dedo recogió una lágrima que comenzaba a rodar por la mejilla de Naadur, que ni siquiera se había dado cuenta de que lloraba.

—¿Por qué lloras, mi dulce esposo? ¿No te hago feliz?—

Menetir estaba furioso, más que furioso. No podía comprender por qué su padre había desperdiciado una oportunidad tan buena para acabar con Andamar y recuperar lo que era suyo. Sin embargo, eso es lo que había ocurrido. Cuando sus tropas estaban a punto de atravesar las montañas en persecución del usurpador, Domusal había dado la orden de detener la persecución y regresar a Shimma. No podía ocultar su mal humor mientras esperaba en el salón de audiencias del palacio del gobernador, donde Domusal había convocado a todos sus generales. Por eso, apenas pudo esperar en cuanto Domusal hizo su aparición.

—Padre ¿Por qué nos haces perder el tiempo en una inútil reunión, cuando estábamos a punto de dar caza a Andamar?— Preguntó, airado. Hubo murmullos entre los asistentes. Aunque la mayoría conocían bien a Menetir, aún les sorprendía oírle hablar en ese tono a su padre y general. Domusal, sin embargo, no alteró su habitual gesto calmado.

—Cuidado, Menetir, aunque seas mi hijo, no voy a tolerar que cuestiones mis órdenes.— Domusal dijo en tono calmado, pero lleno de autoridad.

—No pretendo faltarte al respeto, padre.— Como Enekhhal se encontraba detrás de él, Menetir no pudo ver el gesto de sarcástica incredulidad de su hermano. —Pero, no lo entiendo. Éramos claramente superiores. No nos habría costado perseguir a esa rata hasta su

madriguera ¿Desde cuándo un general tan experto como tú deja escapar así a un enemigo herido y derrotado?—

—Tienes razón en eso. No es un comportamiento lógico en la guerra. Pero olvidas que ésta no es una guerra ordinaria, y no podemos proceder del modo ordinario.—

—Y ¿qué hace a esta guerra diferente de todas las que los valate hemos combatido y vencido?—

—¿De verdad no ves la diferencia? No se trata de invadir y conquistar territorios, Menetir. Mira cómo se han comportado los mercenarios que contratamos en los territorios del norte. Han arrasado como una plaga de langosta.—

—Así es como actúan los mercenarios.— Menetir respondió, aún sin comprender. Domusal empezaba a impacientarse.

—Pero si hubierais atravesado las montañas, habríais entrado en Kynán ¿piensas que sería inteligente arrasar los territorios que pretendemos gobernar? ¿Dejar los campos yermos y las aldeas arruinadas? Estamos en guerra con Andamar no con Kynán. No olvides que es nuestra tierra, nuestros súbditos. Mientras yo capitaneé estos ejércitos, no voy a consentir que una horda de saqueadores arruine mi reino.— Las palabras de Domusal fueron seguidas por un silencio sepulcral. Hasta Menetir se había quedado sin palabras.

De pronto, volvieron los murmullos, cuando las puertas del gran salón se abrieron y Netyk apareció con aspecto de haber cabalgado un largo trecho. Se dirigió decidido hacia el estrado, donde se encontraba Domusal. Éste, para asombro de todos, se levantó y con una inclinación de cabeza, le cedió su asiento, pasando a ocupar otro menos prominente. Netyk sonreía complacido a su tío.

—Saludos a todos, en especial a mi noble tío. No te preocupes, pronto este asiento volverá a ser para ti. Pienso hacer traer aquí el antiguo trono de Midum, mientras se restaura y acondiciona el palacio real. He decidido instalarme aquí en lugar de seguir en Narvaly. Midum es mucho más importante que el pequeño reino que heredé de mi padre. Después de todo, ahora que soy Señor del Mundo, es más digno que ocupe el trono de Midum.— Dijo muy satisfecho. De nuevo, hubo murmullos, y Menetir soltó un auténtico gruñido. Sin embargo, su padre le hizo una señal para que se contuviera. Fue Domusal quien habló.

—Lamento mucho tener que desilusionarte, querido sobrino, pero tú no puedes llevar el título de Señor del Mundo.— Dijo con tono paternal, no carente de sarcasmo.

—Por supuesto que sí. Soy el rey de Midum. Yo conquisté esta plaza.— Protestó el joven rey.

—Nadie lo discute, ni que seas el rey de Midum. Pero, seguramente, no ignoras que los reyes de Midum ostentaban el título de Señor del Mundo porque su imperio era el más poderoso, y por la misma razón, lo heredaron los reyes de Kynán tras la conquista de Midum. Como todos sabéis, soy un soldado, y apenas entiendo de otras cosas. Pero mi hijo Enekhhal que, aparte de luchar con valor, se complace en sumergirse en pesados libros, te lo podrá explicar mucho mejor. Y, de paso, ponernos a todos al corriente de cómo está ahora mismo la situación.— Dijo, y se acercó a la gran mesa que ocupaba el centro del salón. Enekhhal se acercó también, y desplegó sobre la mesa un mapa que traía preparado. Haciendo una señal a Netyk para que se acercara, comenzó a hablar:

—Querido primo, como mi padre ha dicho, Midum fue en su día el reino más poderoso del mundo, y hasta hace dos años, lo era Kynán. Por desgracia, el gran imperio ahora está dividido, y lamento informarte, Netyk, de que tú no ocupas el lugar predominante. Aunque sumes a Midum tu reino de Narvaly, sigues sin ser el más poderoso. Andamar, incluso en su débil situación actual, sigue siendo quien domina más territorios. Además de Kynán, domina las islas, tanto del Gran Mar, como las del Pequeño Mar. Entre Kynán y las islas, no sólo se encuentra Midum sino los reinos de las llanuras. De momento, casi todos nos apoyan, pero los pueblos de las llanuras nunca han sido mucho de fiar. Podrían cambiar de bando, si no obtienen las esperadas recompensas pronto. Y, además, tenemos Esterria...—

—El viejo rey Doloandro siempre fue gran amigo de mi padre, eran prácticamente como hermanos. Desde el principio se ha mantenido neutral. Supongo que para él, no es fácil tomar partido entre los hijos de su amigo.— Se lamentó Domusal. —Pero, como sabéis, Doloandro es muy anciano, ya no vivirá mucho, y, por desgracia, sus hijos murieron antes que él. Cuando muera, el trono debería pasar a su nieto, el príncipe Rothan, que aún es menor, de modo, que, lo más seguro es que Tessino, el yerno de Doloandro, sea designado regente. Y es sabido que Tessino odia con toda su alma a los valate.—

—Entonces ¿nos apoyaría a nosotros o a Andamar?— Preguntó Menetir.

—Me temo que se sentará a disfrutar del espectáculo de vernos luchar entre nosotros con la esperanza de hacerse luego con los despojos, y puede convencer a muchos para que hagan lo mismo, lo que podría dejarnos sin aliados.— Dijo Enekhal.

—Pues mayor motivo para que no perdamos tiempo en derrotar a Andamar, antes de que muera el viejo rey.— Menetir volvió a intervenir con pasión.

—Calma, Menetir. No hice volver a las tropas de la persecución a Andamar sin tener un plan alternativo. Sigo siendo muy consciente de la humillación a la que nos sometió. La sangre de Uxyla aún debe ser vengada. Más aún ahora, que los Cenwolf han añadido la pérdida del valeroso Semudar.—

—Pues mucho me temo, noble tío, que yo os traigo más malas noticias para añadir.— Intervino Netyk. Todos se volvieron a mirarle atentos. —Justo la mañana que me disponía a ponerme en camino hacia aquí, llegó al palacio de Hitowa un mensajero de Kynán con la noticia de la completa recuperación del rey de sus heridas y de los esponsales del príncipe Naadur con la noble dama Numa Kyrás.— Menetir lanzó una maldición, y replicó muy agitado.

—Ese maldito traidor. Tú siendo siempre para él tan buen hermano, padre. Y mira cómo te paga ¿No se va a cansar nunca de humillarnos? No se conforma con usurpar el trono. Ahora se ufana de desposar a su hijo con la que fue mi prometida.—

—Basta ya, Menetir. No te quejes tanto. Después de todo, tú has desposado una princesa, hija y hermana de rey. Mucho mejor que cualquier dama por muy noble que sea. Y ¿he de recordarte el poco entusiasmo que despertaba la dama Numa en ti? No hacías más que lamentarte de su personalidad tan peculiar.— Menetir bajó la cabeza, mortificado. Su padre acababa de hablarle como a un chiquillo. —Lo que sí me asombra es la recuperación de Andamar ¿Estás seguro, Netyk de que el mensaje decía una recuperación completa?—

—Así es, tío. El propio mensajero, ante mi asombro, dijo que en Kynán todo el mundo cree que se trata de algún tipo de prodigio, que el rey tiene a su servicio a un mago.—

—Estupideces. Creeré que Andamar se ha recuperado del todo cuando le vea empuñar una espada con su brazo herido. Lo que dudo mucho que ocurra. Ahora, hay cosas más importantes que debemos discutir. Deseo informaros de mi plan.— Todos se dispusieron a escuchar a Domusal. —He sabido que no todo el mundo en Kynán está conforme con que Andamar sea su rey. Concretamente, todos aquellos nobles y

señores que nos apoyaban, y a quienes ha despojado de todos sus bienes y tierras. No todos ellos han abandonado Kynán. Es más, la mayoría andan vagando por los campos y bosques como bandidos. Por eso he enviado a mis sobrinos, los hijos de Semudar en secreto a Kynán a reclutar a esos descontentos y traerlos aquí. Estoy seguro del éxito de la misión. Los Cenwolf cuentan con numerosos parientes en Kynán. Podrán moverse con seguridad y contactar a esos descontentos que tan útiles nos serán.—

—Pero, esa operación podría tardar mucho, padre.— Volvió a hablar Menetir.

—No lo creas. En cuanto se corra la voz entre ellos de que estoy preparando un gran ejército, un verdadero ejército valate, no una horda de saqueadores, para derrotar a Andamar, se apresurarán a venir. He dado órdenes a mis enviados de que les aconsejen venir por Narvaly, es mucho más seguro. El verano apenas ha empezado. Os prometo que antes de que el grano madure en los campos de Kynán, estaremos atravesándolos en marcha hacia Taros. Cuando lleguen las lluvias, estaré sentado en el trono de Kynán.— Todos los presentes lanzaron vítores contagiados por el optimismo de Domusal. —¡Vino! Brindemos por la victoria.— Los sirvientes se apresuraron a llenar las jarras de todos con vino.

—¡Por la victoria!— Exclamó Domusal

—¡Por la victoria!— Repitieron los demás.

Tal como Domusal predijo, los descontentos de Kynán, como se les empezó a llamar, no tardaron en empezar a llegar. Algunos venían solos y apenas con lo puesto. Pero otros trajeron caballos, armas, e incluso, lo que quedaba de sus mesnadas. En realidad, a Domusal, lo que le importaba era que vinieran los nobles y señores. Pero si traían hombres y caballos, mucho mejor. Su idea era poner a aquellos señores valate al mando de las diferentes secciones de su ejército, repartiendo a los mercenarios de modo que no formasen grandes grupos. Esperaba así, poderlos controlar y conseguir un ejército disciplinado. Los señores valate tendrían tan poco interés como él mismo en arrasar sus propias tierras. Naturalmente, Domusal prometió que a todos les sería devuelto lo que les había arrebatado Andamar en cuanto él fuera el nuevo rey.

El verano se encontraba cerca de su mitad cuando Domusal proclamó que su ejército estaba listo. Después de todo, los señores valate no necesitaban adiestramiento militar. Así, un espléndido día, bajo un cielo intensamente azul, Domusal pasaba por última vez revista al

magnífico ejército que había formado, delante de las murallas de Shimma. La salida hacia Kynán estaba prevista para la mañana siguiente. Marcharían a través de Narvaly, utilizando los excelentes caminos construidos por los valate, y que tanto favorecían el comercio. Después de desearles una buena noche de descanso, se retiró él también al palacio. Hubiera preferido dormir en el campamento con sus hombres, pero debía asistir a una tediosa recepción en el palacio del gobernador.

No era amigo de fiestas, pero no tenía más remedio que asistir a ésta, pues se trataba de agasajar a los enviados de los reinos de las llanuras que les eran favorables. Éstos habían formado una liga para proteger sus intereses, y asegurarse de que conservarían su independencia cuando Domusal fuera rey. Podrían haber ofrecido su apoyo a Andamar, poniéndole las mismas condiciones, pero, para satisfacción de Domusal, habían llegado a la conclusión de que él era el más fuerte de los contendientes. Aunque Domusal tenía una gran fe en el éxito de su empresa, nunca está de más asegurarse aliados.

Por suerte, su esposa y su hija estarían presentes en la recepción, aliviando su aburrimiento. También estaría, por supuesto, la flamante reina Nefty acompañando a su esposo. Netyk continuaba empeñado en recuperar todo el pasado esplendor de Midum, y convertirla en el centro de sus reinos. Domusal se alegraba sinceramente de que el joven considerase que sus obligaciones como rey no le permitían participar en la campaña, porque no era mal soldado, pero su carácter presuntuoso le hacía bastante insufrible.

La recepción fue transcurriendo sin demasiados problemas, aunque Domusal estaba demasiado impaciente por su salida hacia Kynán, como para disfrutar del agradable frescor que entraba en el gran salón procedente de los jardines, ahora que el sol comenzaba a ponerse. Justo se encontraba mirando el cielo que se iba volviendo más y más anaranjado, pensando en las pocas horas que restaban para comenzar la más importante marcha de su vida, cuando se escuchó un espantoso ruido, que parecía proceder de las mismísimas entrañas de la tierra.

Antes de que pudiera darse cuenta de lo que pasaba, el aire se llenó de gritos cuando las enormes columnas se partieron como si fueran delgadas estacas. Por un momento, se hizo la oscuridad, pues las velas se apagaron y el polvo de los escombros lo llenó todo. Aturdido, comenzó a recorrer lo que había sido el gran salón del palacio del gobernador. Ahora, los gritos, gemidos y lamentos eran el único sonido. Tropezó con algo, y vio que se trataba de un hombre aplastado por una de las columnas.

—¡Padre!— Oyó la voz de Enekhhal. Tardó un poco en encontrar a su hijo. Sus cabellos rubios estaban grises por el polvo, y lo mismo sus elegantes vestiduras.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué se ha venido abajo este palacio? Es uno de los edificios más nuevos de Shimma.— Dijo confuso. Su hijo le tomó de la mano, y empezó a guiarle hacia la salida. Las enormes puertas de madera maciza habían caído también, y Domusal podía adivinar que más de una persona había quedado debajo.

—Es un terremoto, padre. Estaba en el jardín, y he visto caer otros edificios.— Dijo Enekhhal. —Hemos de darnos prisa en salir, y alejarnos lo más posible de los edificios.— Al parecer, todo aquel que podía correr estaba haciendo exactamente eso. De nuevo rugió la tierra, y ambos fueron sacudidos y derribados al suelo. Se pusieron en pie como pudieron.

—¿Has visto a tu madre... y tus hermanos?— Domusal preguntó angustiado, agarrando el cuello de la túnica de su hijo para hacerle parar.

—Menetir, Nusi y su esposo están bien. Salieron ya hacia el puerto, allí no hay edificios que nos puedan caer encima.— Domusal no quiso insistir. Era obvio que Enekhhal no sabía nada de su madre. Sin embargo, no tuvo mucho tiempo para preocuparse por lo que pudiera haberle ocurrido a Kai porque apenas podían evitar ser atropellados por la gente que huía presa del pánico. Un grupo de jóvenes literalmente les arrollaron, empujando a Domusal contra la pared de una casa. Justo en ese momento, la tierra volvió a temblar, y antes de poder reaccionar, Domusal se encontró bajo los escombros. —Padre ¿me oyes?— Escuchaba la voz de Enekhhal como si estuviera muy lejos. Entonces, vio el rostro de su hijo cuando éste retiró varias piedras. —No temas, te sacaré.—

—Tú solo no vas a poder, hijo mío. Una de estas piedras o algo muy pesado me tiene atrapado. He podido liberar una de mis piernas, pero no la otra.— Enekhhal vio desolado que una enorme viga de madera había aplastado una de las piernas de su padre. Domusal también miró, incorporándose todo lo que pudo. —Como soldado, siempre pensé que moriría en el campo de batalla, o como rey, en mi gran cama de la alcoba real.— Domusal intentó parecer despreocupado.

—No vas a morir. No aplastado por esa viga. Traeré ayuda para levantarla.— Enekhhal dijo decidido. Domusal decidió que no merecía la pena discutir con él. Era muy cabezota. Al quedarse solo, sintió gran angustia, sobre todo, cuando el horrible dolor de su pierna aplastada era todo lo que llenaba su mente. Sin embargo, poco después (aún el sol no se había puesto del todo), Enekhhal regresó, y Menetir estaba con él, junto

a varios de sus generales. Entre todos, con gran esfuerzo, consiguieron mover la viga lo suficiente como para que Enekhhal tirase de su padre, liberándolo. Estuvo a punto de desmayarse por el dolor, pero consiguió levantar la cabeza para mirar a sus rescatadores.

—Vamos, padre. Te llevaremos al puerto.— Dijo Menetir. Domusal se limitó a asentir.

—¡Eh, mirad! Fijaos qué extraño.— Dijo Enekhhal. Estaban en lo alto de una pequeña colina, o más bien en el montón que habían formado los escombros de las casas de aquella calle que iba hacia el puerto formando una pendiente, lo que había hecho que las casas cayeran unas sobre otras. Lo que tanto había llamado la atención de Enekhhal era que montones de animales, perros, caballos, ganado y todo tipo de bestias huían despavoridos en dirección contraria a la que seguía la gente. —Las aves también vuelan hacia el interior.— Dijo mirando al cielo, donde, en efecto, bandadas de aves volaban siguiendo la misma ruta que sus hermanos terrestres. Se miraron extrañados. A pesar de los animales, un profundo silencio había caído sobre la ciudad.

—¡Por todos los dioses! ¿Qué es eso?— Menetir exclamó, señalando hacia la costa. Los otros miraron también. A lo lejos, una enorme pared oscura como la noche se acercaba. Resultó que la negra muralla estaba hecha de agua. Con la velocidad del rayo, llegó al puerto. Levantó todos los barcos como si fueran de juguete, llevándolos en volandas tierra adentro. Los hombres pensaron que, sin duda, aquel sería su fin. Los acompañantes huyeron tras los animales. Enekhhal miró a su hermano, y ambos a su padre, que había sucumbido al dolor y yacía inconsciente.

Nunca habían estado unidos, pero en aquel momento, no necesitaron palabras. Como pudieron, se refugiaron con su inconsciente padre detrás de un buen montón de escombros. El agua chocó violentamente contra todo lo que les rodeaba. Quedaron empapados. El ruido de todo lo que arrastraba el agua era ensordecedor. Y, de pronto, de nuevo el silencio. Miraron a su alrededor, el agua que les había salpicado se había quedado apenas a un brazo de distancia por debajo de ellos. Enekhhal llegó a la conclusión de que los objetos arrastrados habían formado un dique con los escombros.

Durante aquella noche y los días siguientes, la tierra siguió temblando de vez en cuando, sumiendo a la gente en un profundo terror. Menetir y Enekhhal habían conseguido con mucho esfuerzo llevar a su padre herido hasta uno de los pocos edificios que aún permanecían en pie. Nadie sabía cuántos habían muerto, pues muchos habían huido

alejándose en barcas. El campamento militar estaba muy dañado, pues el terremoto había pillado a los hombres cenando, y las fogatas habían producido incendios. Los caballos habían escapado, y quien sabe cuánto tardarían en recuperarlos. No había habido muchos muertos entre los soldados, pero la marcha era de todo punto imposible, al menos de momento.

Y luego estaba Domusal. Se había lamentado más cuando le informaron de que Kai había sido encontrada muerta junto con muchas otras mujeres, que se habían refugiado en uno de los templos, que por su pierna destrozada. En esos momentos, los médicos le atendían, mientras repasaba la situación con sus generales supervivientes.

—Al parecer, los dioses no estaban de acuerdo con nuestra empresa.— Dijo con amargo sarcasmo.

—Así parece. Pero, si los dioses no estuvieron con Andamar cuando atacó Shimma y tampoco están con nosotros ¿Con quién están los dioses?— Se lamentó Menetir.

—Hemos de empezar todo otra vez... ¡Ay! Pon más cuidado maldito carnicero. Me estás haciendo más daño que la viga.— Protestó Domusal. El médico alzó las manos en señal de derrota.

—No hay nada que podamos hacer para salvarte la pierna, mi señor. Mucho me temo que ya ha empezado a gangrenarse.—

—¿Y Bien? ¿A qué esperas entonces para amputarla?—

SEGUNDA PARTE

1:

El rey del sol negro

El viento frío y húmedo, que de vez en cuando traía gotas de lluvia, le atravesaba a pesar de que iba completamente embozado en su manto. Apenas dejaba los ojos al descubierto para ver el camino, aunque las plumizas nubes hacían que el día fuese tan oscuro que parecía a punto de anochecer a mediodía. Andamar se estremeció de frío. Las pobres ropas que llevaba apenas le protegían de las inclemencias de aquel frío y lluvioso día de primavera. Pero la incomodidad era inevitable si quería mantener su identidad oculta. También había sustituido su magnífico caballo por una mula. Después de todo, un simple campesino no podría poseer un espléndido corcel como los que el rey tenía en abundancia en sus establos.

El camino por el que iba tampoco era uno de los mejores de Kynán. Aquella no era una zona por la que viajasen los comerciantes. Se encontraba ya muy cerca del estrecho desfiladero entre las Montañas Blancas que le conduciría a la peligrosa tierra de nadie de la frontera este de su reino. Al contrario que al sur y al sureste, al este de Kynán no había ningún reino. Más allá de las montañas que hacían de frontera, se extendían tierras inhóspitas, áridos desiertos y zonas pantanosas habitadas por peligrosas tribus salvajes, hasta llegar a la región de las Montañas de Fuego totalmente impenetrables. Como todo valate, Andamar tenía memorizada la geografía de aquella inhóspita parte del mundo, pues sus antepasados la habían atravesado para llegar a los maravillosos valles de Kynán. En aquellos lejanos días, la región de las Montañas de Fuego aún se podía atravesar, como hicieron los valate. Pero después, una vez asentados en Kynán, cualquier expedición enviada a la región había fracasado en su intento de realizar el viaje a la inversa. Y sólo unos pocos habían podido regresar a Kynán para confirmar la imposibilidad de tal empresa.

Sin embargo, Andamar tenía poderosas razones para internarse en tan hostil región. Si la misión que le llevaba hasta allí salía bien, había muchas posibilidades de poner fin a aquella guerra que desangraba a su pueblo y a su propia familia sin que pareciera ir a acabar nunca. Pronto se cumpliría el quinto aniversario de su coronación. Cinco duros y largos años en los que Kynán no había conocido la paz.

Por supuesto, estos años no habían sido una sucesión de batallas ininterrumpidas. Muy al contrario, especialmente los tres últimos, la guerra se había librado en diversos escenarios. Escaramuzas entre los

partidarios de ambos bandos en sus diversos reinos. Enfrentamientos en los que algún reyezuelo o pequeño señor cambiaba de bando o territorios que cambiaban de dueño. Pero ninguna gran batalla. Y, desde luego, ningún enfrentamiento directo entre Andamar y Domusal.

Andamar había temido de verdad que su reinado terminaría cuando se enteró del gran ejército que su hermanastro preparaba en Midum contando con los nobles y señores a los que él había desposeído. Supo que el ejército de Domusal era prácticamente invencible, y más con él al mando. Andamar, con sus escasos aunque leales hombres, se dispuso a ofrecer una resistencia digna. Sin embargo, aquel gran ejército nunca se puso en marcha.

Cuando supo del terremoto que había destruido casi por completo Shimma y el ejército de Domusal, fue corriendo al templo de Nin a ofrecer un sacrificio en acción de gracias. Él que estaba casi seguro de que no contaba con el favor de los dioses, y resulta que quien no contaba con su apoyo era Domusal. Naturalmente, la noticia de la devastación voló por todo el reino. La gente estaba realmente aterrorizada después de saber cómo el mar se había tragado la ciudad para vomitarla después completamente en ruinas. El rumor que más se extendía, llenando a la gente de espanto era que la poderosa diosa del mar había liberado a los monstruos y demonios del abismo, que ahora andaban sueltos por la tierra.

A Andamar, poco le importaba si eran los mismísimos demonios del abismo los que habían destruido el ejército de Domusal, porque, al menos por el momento, él estaba a salvo en su trono. También supo de los muchos muertos que la catástrofe había provocado, algunos bien cercanos, como su cuñada Kai, y que el propio Domusal había resultado herido. Le pareció que esas terribles circunstancias podían ser una oportunidad para lograr su ansiada paz. Tal vez, ahora Domusal sí aceptaría negociar. Así que envió al fiel Damosén como embajador con su oferta de paz para su hermanastro. Sin embargo, cuando éste llegó a Shimma no se le permitió siquiera entrar a la ciudad en ruinas. Al parecer, Domusal se encontraba postrado a causa de sus heridas, y era Menetir quien ocupaba el lugar de su padre. Su sobrino rechazó cualquier ofrecimiento de Andamar, y además, se ocupó de que éste recibiera un claro mensaje. Obligó a Damosén a esperar a las puertas de Shimma, sin permitirle entrar ni acampar durante tres días bajo la lluvia, para, al final, negarse a recibirle.

Pero, aunque su intento de paz fracasó, Andamar estaba muy feliz aquellos días. Todo parecía indicar que a su hermanastro no le iba a ser tan fácil desalojarle del trono, y él aún albergaba la secreta esperanza de

que desistiera de hacerlo. Además, aquel venturoso verano acabó con la mejor de las noticias. Numa esperaba un hijo. Por fin, un heredero que asegurase su dinastía. La criatura fue una niña, pero ni eso apagó el buen humor de Andamar. Numa y Naadur eran muy jóvenes, tendrían más bebés. En realidad, su nieta le conquistó desde el primer instante. La llamaron Nisbe y era tan rubia y blanca como su madre.

Pero, por desgracia, como los sabios y poetas suelen decir, los dioses son caprichosos y les gusta jugar con los hombres. Y les debía de gustar jugar especialmente con Andamar, pues la felicidad apenas duró. A pesar del desastre del terremoto, los que se habían puesto del lado de Domusal siguieron pensando que él era más fuerte que Andamar, y, por tanto, tendría más posibilidades de ganar definitivamente el trono de Kynán. Ese trono se le hacía cada día más y más incómodo. Después de todo, él nunca lo había deseado. Cuánto más feliz habría sido si hubiera podido continuar siendo el príncipe —estudioso—. Sin embargo, él era el rey legítimo. Si todo hubiera dependido de la estratagema de su madre, puede que ya hubiera renunciado. Pero el documento de su abuelo lo dejaba muy claro. Lástima que Domusal, que al principio lo había aceptado, se hubiera visto obligado por los desgraciados acontecimientos a pretender un trono que no le correspondía.

Andamar se tuvo que esforzar, usando todas sus habilidades diplomáticas, para retener aliados para su causa. Pocos meses después del nacimiento de su nieta, murió al fin el anciano rey Doloandro de Esterria, dejando como heredero a su nieto, un niño de apenas 9 años, y la regencia en manos de su ambicioso yerno Tessino. Éste no tardó en iniciar sus intrigas en contra de los valate. Presionó a los reinos de los llanos del sur para que abandonaran su apoyo a cualquiera de los bandos, amenazando con permitir el paso de las tribus Háleas, pueblos bárbaros del este que ya llevaban tiempo hostigando las fronteras de Esterria. El ejército de este reino los había mantenido a raya hasta entonces, pero Tessino amenazó con permitirles el paso a cambio de que no permanecieran en su reino ¿Y a dónde irían? Pues a los fértiles y ricos reinos de los llanos. De momento, la estratagema había tenido éxito, y los reinos habían retirado su apoyo a ambos contendientes.

Eso, sin embargo, no evitó, sino que más bien fomentó, que surgieran facciones, que, en cada reino, se inclinaban por uno u otro. Y así, los reinos de los llanos evitaron ser invadidos por los bárbaros, pero se sumieron en auténticas guerras civiles entre nobles.

Andamar regresó a su plan inicial de esperar y ver. Reforzó las fronteras de Kynán, y enviaba tropas siempre que podía a apoyar a sus partidarios en aquellas guerras locales, pues era muy consciente de que

su adversario hacía lo mismo, y, a menudo, le llevaba ventaja. Aunque no hubo ningún cambio importante en el equilibrio de apoyos, sabía que debía permanecer atento. Domusal no había vuelto a intentar atacarle directamente, pero Menetir había conducido una exitosa campaña en los reinos que formaban la liga que apoyaba a su padre, que le permitió intentar un movimiento muy arriesgado. Aprovechando que el reino de Akazú estaba separado de la isla Grodania por un estrecho brazo de mar, intentó la invasión. Ésta habría sido para Andamar una pérdida tan importante como la de Midum, ya que Grodania había sido la cuna de los antiguos midummitas. Ya antes de que Groaker el Grande conquistara Midum, era casi independiente, y conservaba aún la riqueza y prosperidad del viejo reino. Los valate se habían limitado a mantener una guarnición que asegurase los tributos. Los isleños se habían mantenido al lado de Andamar, al que consideraban el rey legítimo. Afortunadamente, su poderosa flota infligió una humillante derrota a las fuerzas de Menetir. Pero, desde entonces, Andamar tuvo que reforzar la guarnición en la isla, y enviar allí como gobernador a su leal Damosén. Eso le dejó más vulnerable en Kynán.

La presencia del ejército repartido por diversas plazas fuertes a lo largo del reino hacía que aumentase el peligro de que fueran atacados, lo que ahuyentaba a las gentes de aquellos lugares. El bloqueo de fronteras también entorpecía el comercio, con lo que las condiciones de vida en el reino empeoraron considerablemente. Los partidarios de Andamar, a quienes había adjudicado los bienes confiscados a sus enemigos, no eran suficientes para ocuparse adecuadamente de tantos territorios, con lo que los pobladores, en su mayoría loggi, viéndose libres de la opresión de un señor, huyeron de las haciendas, y en gran cantidad, regresaron a sus antiguas aldeas y bosques, dejando los campos sin cultivar y los ganados sin atender.

Andamar suspiró. Con razón, detestaba la guerra. Su pueblo era guerrero y conquistador, pero, francamente, él no acertaba a ver lo que tanto les emocionaba de la guerra, y que con tanto sentimiento cantaban los poetas y narradores de historias. La guerra sólo traía desgracia. Y, en su caso, las desgracias no se limitaban a la situación de su reino. Se extendían a su propia familia. Después de la gran alegría que supuso el nacimiento de Nisbe, todos se mostraron eufóricos cuando Numa volvió a quedar embarazada. Pero esta vez, el final no fue tan feliz. La joven princesa perdió la criatura apenas en el cuarto mes de embarazo. Aunque no lo comentasen, para Andamar y Brala, regresaban los fantasmas de su propia experiencia.

Por todo ello, era imprescindible que esta misión saliera bien. Daría todas las incomodidades y peligros por buenos si al fin conseguía la paz. A falta del fiel Damosén, se hacía acompañar por Zores, el jefe de su guardia y un par de hombres más, todos montando mulas, claro. No podían ser más, pues un grupo demasiado numeroso sin duda habría llamado la atención, y bien sabía él que los espías de Domusal estaban en todas partes. Ya comenzaban a internarse en el estrecho desfiladero. El cielo se oscureció aún más, y comenzó a llover copiosamente. Por suerte, no tardaron en avistar su objetivo al abrigo de un saliente de roca.

Aquel paraje ya no pertenecía a Kynán, ni a ningún otro reino. Ambos habían estado de acuerdo en reunirse en terreno neutral. Divisó un humilde carro tirado por bueyes y un par de asnos junto a él. Su interlocutora había optado también por disfrazarse de humilde lugareña. Vio el resplandor del fuego reflejándose en la pared de roca. De pronto, fue mucho más consciente del frío y la humedad, y la perspectiva de un cuenco de sopa caliente se le antojó maravillosa.

Zores se adelantó y alzó su mano derecha en la que sostenía un paño rojo. Lo agitó de un lado al otro tres veces. A pesar de la cortina de lluvia, Andamar pudo distinguir la silueta de alguien que hacía lo mismo con una tela de idéntico color. Era la señal convenida. El pequeño grupo de viajeros se acercó al abrigo rocoso. Había, en efecto, una buena hoguera encendida, y al aterido rey le llegó inmediatamente el delicioso aroma de la sopa que sobre ella se cocinaba. En cuanto sus ojos se acostumbraron al resplandor del fuego, distinguió, sentada sobre un saco, a Diedre de Narvaly, junto a ella, se sentaba su esposo, el noble Junas. También ellos se hacían acompañar de un par de hombres nada más.

—Saludos, Diedre y Junas. Veo que habéis llegado pronto.—
Andamar dijo a modo de saludo.

—Sé bienvenido querido tío.— Saludó ella con franca sonrisa. —Es natural que hayamos llegado antes que vosotros, estamos más cerca de Narvaly que de Taros. Pero acercaos al fuego. Venís empapados.—
Andamar se sentó en el suelo todo lo cerca que pudo del fuego sin quemarse. Se despojó del empapado manto de basta lana y lo extendió junto a él con la esperanza de que se secara algo mientras estuvieran allí.

—Nuestra tardanza también se debe a que hemos querido tomar todas las precauciones posibles para no ser descubiertos.—

—Es natural. Después de todo, cuando Domusal y los suyos se enteren de nuestro acuerdo, con seguridad montarán en cólera. Pero,

como ya te expliqué en mi mensaje, tío, ya no puedo continuar viendo lo que mi hermano está haciendo al reino de Narvaly sin hacer nada.—

—Netyk actúa como si el reino fuese su patrimonio personal, sin recordar que un rey sólo administra el legado de sus ancestros para pasarlo a su vez a sus descendientes.— Añadió Junas, vehemente. Andamar le miró con detenimiento. Era la primera vez que le veía en muchos años. De hecho, desde que sólo era un muchacho, cuando la armonía aún reinaba entre Narvaly y Kynán. Conocía la elevada posición de su familia, y comprendía su preocupación.

—Según he sabido por mis espías, quien de verdad hace y deshace en el bando de Domusal es Menetir. Desde que mi hermano resultó gravemente herido en el terremoto, sigue por supuesto siendo el cabeza de los rebeldes, y los que se suman a su bando luchan en su nombre, pero él ya no tiene demasiada fuerza y, por lo que concierne a tu hermano Netyk, parece que lo único que le importa es perpetuar su memoria en la historia como el que reconstruyó Shimma volviéndola a su gloria pasada.— Dijo Andamar.

—Mientras él se complace erigiendo templos, palacios y estatuas gigantes de sí mismo o de los antiguos dioses de Midum, el tesoro real de Narvaly no para de menguar. Él gasta y gasta en su magnífica nueva ciudad, y en proveer espléndidamente al bando de Domusal para que éste pueda pagar a sus hombres y comprar armas y caballos, y todo con el oro de Narvaly.— Diedre protestó con más vehemencia aún que la empleada por su esposo. —Está completamente deslumbrado con su posición de rey de Midum, sin darse cuenta de que en cuanto Domusal recupere el trono de Kynán, le apartará de un manotazo como si fuera una mosca molesta. Y, para entonces, Narvaly estará completamente arruinado.—

—Veo que no tienes dudas de que Domusal logrará derrotarme.— Andamar se lamentó. Su sobrina le sonrió, y tomándole afectuosamente la mano, dijo.

—Sinceramente, tío, a mí poco me importa quién se sienta en el trono de Kynán. Narvaly fue siempre neutral, y le fue bien, hasta que a mi hermano le entraron las ganas de ser un gran rey. Tú aseguras ser el rey legítimo, y yo no lo dudo. Pero debes reconocer que, si Domusal logra reunir un ejército lo suficientemente numeroso y bien entrenado, tiene ventaja sobre ti. Por eso es tan importante que firmemos este acuerdo. Está claro que mi hermano no está en condiciones de ser el rey de Narvaly. Puesto que no tiene hijos, yo soy su heredera. Lo único que quiero es salvar Narvaly de la ruina total para que mi hijo pueda heredar un reino próspero. Ayúdame a ceñir la corona, y yo te doy mi palabra de

que ni una sola moneda más saldrá del tesoro de Narvaly para financiar a tus enemigos.—

—Ya te hice llegar mi contestación a tu propuesta. Estoy dispuesto a ayudarte. Si Domusal pierde su principal fuente de financiación, a la vez que un aliado, estoy seguro de que muchos le abandonarán, y entonces no tendrá más remedio que renunciar a sus pretensiones. Nada anhele con más fuerza que la paz llegue por fin a nuestros reinos. Kynán también se resiente de los años de guerra. Pero, comprenderás, que no puedo comprometerme a una empresa tan arriesgada sin alguna contrapartida.—

—Me parece justo ¿Qué propones?—

—Tu hijo y heredero se comprometerá en matrimonio con mi nieta Nisbe. Y, para evitar malentendidos y tentaciones, el príncipe permanecerá conmigo en Taros mientras te aseguras el trono.—

—¿Cómo rehén?— Quiso saber Junas.

—Como un seguro de que no me traicionaréis. En cuanto el príncipe llegue a Taros, el ejército que te prometí para deponer a Netyk y proclamarte reina, se pondrá en marcha hacia Narvaly.— Los esposos se miraron por unos segundos.

—Si hubiera sido Domusal quien me propusiera esto, de ninguna forma habría aceptado, no por él, que es un hombre honorable, sino por mi primo Menetir. Sólo con ver cómo trata a mi pobre hermana, me basta para no confiar en él. Pero sé que tú también eres un hombre honorable, tío, y que mi amado hijo estará seguro contigo.—

—Puedes estar segura de que ningún mal acontecerá al príncipe mientras se encuentre bajo mi cuidado.— Un escriba de cada lado había ido anotando los distintos términos del acuerdo al que habían llegado tío y sobrina. Cada uno leyó el documento de la otra parte, y ambos se mostraron conformes, con lo que escribieron sus firmas y estamparon sus respectivos sellos.

Como Andamar quería llegar a las chozas en ruinas que habían utilizado como campamento la noche anterior, antes de que oscureciera, se despidió de su sobrina, no sin haber compartido un reconfortante cuenco de sopa y una jarra de vino. La lluvia había cesado, pero el cielo continuaba igual de oscuro, y las nubes descendían casi hasta el suelo haciendo que la niebla dificultara más el camino. No llevaban más de una hora caminando penosamente despacio entre la niebla, cuando Zores se acercó a Andamar y le susurró.

—No quisiera alarmarte, mi señor, pero creo que no estamos solos. He vislumbrado una figura por entre aquellos árboles.—

—Zores, nadie habita por estos ásperos parajes. Habrás visto algún animal. Debemos darnos prisa para que no nos sorprenda la noche. Podrían ser lobos.—

—Si los lobos de este lugar corren sobre dos patas, seguramente tendrás razón, mi rey.— Andamar se le quedó mirando desconcertado. Sin embargo, no tuvo tiempo de decir nada, pues en un momento, oscuras figuras emergieron de entre la niebla, y una de ellas se colocó justo delante de la mula de Andamar. Al principio, temió que fuera una emboscada, tal vez los espías de Domusal los habían seguido después de todo. Luego, se relajó al ver que no eran soldados, sino extrañas criaturas cubiertas por negros mantos. Pero la calma no le duró, pues aquellos espectros surgidos del bosque eran más numerosos que ellos, y llevaban armas. Se volvió a mirar a la figura que se le había parado delante. En la gris penumbra de aquella tarde, se sorprendió al ver que era una mujer, y muy bella, además.

—¿Quiénes sois? Si pretendéis asaltarnos, he de advertiros que somos unos humildes campesinos, y no llevamos con nosotros nada digno de ser robado.— Dijo Andamar. La mujer le miraba fijamente con unos ojos muy oscuros. Su cabello, que asomaba por debajo del negro manto con que se cubría, también era oscuro. Sin dejar de mirarle a los ojos, esbozó una sonrisa enigmática.

—No podéis estar más lejos de ser humildes campesinos. Sé muy bien quién eres: Andamar, el rey del sol negro.— La mujer dijo. Andamar se estremeció, y no fue por el frío. Miró mejor a aquella mujer, y a las otras figuras que les rodeaban.

—¿Por qué me has llamado así?— Osó preguntar Andamar con una voz nada regia.

—Porque es quien eres. Deberías cambiar el sol de tus emblemas por un sol negro ¿Acaso no se oscureció el sol mientras eras coronado? Yo estaba allí, y lo vi. No puedes negar quien eres ni escapar a tu destino.— Andamar volvió a estremecerse.

—¿Eres acaso una bruja loggi como aquella mujer que vino la noche en que murió mi padre?—

—Mi nombre es Dilmala. Soy una de las Hijas de Prakhana. Todas nosotras lo somos. Esa mujer de la que hablas era Zesera, la Hija Mayor. Sé que estuvo en palacio aquella noche. Ella me lo contó, y también la profecía que hizo.—

—Has hablado como lo hizo ella. Acaso pretendes poseer también el don de la profecía. Mas he de advertirte que pienso restaurar la antigua ley prohibiendo todas las hechicerías y adivinaciones.— Ella volvió a sonreír.

—Tú no tienes ningún poder para prohibirnos nada.—

—¡Por supuesto que sí! ¡Soy tu rey, y me debes obediencia!— Se indignó Andamar.

—Las Hijas de Prakhana no tenemos ningún rey. La única ley que reconocemos es la de la Madre Buena y Generosa.— Dilmala dijo. Viendo que el rey abría de nuevo la boca, se adelantó. —Escúchame, rey necio. Si me he presentado delante de ti es porque, aunque no te reconozco autoridad alguna, tienes en tus manos las vidas de muchos en Kynán. Olvídate de lo que has planeado, no saldrá bien. Has de protegerte y conservar tu vida y tu reino para que se cumpla el destino que te fue profetizado. Tú has de permanecer en el trono para que eso ocurra. No es sólo tu destino, es el del mundo entero. Así que, ve y no permitas que el trono te sea arrebatado, o el destino del mundo será mucho peor.— Y, sin más, se apartó del camino, regresando a la espesura de los árboles, seguida de las demás.

Andamar reanudó la marcha, seguido de los otros. Se negó a decir nada sobre lo que acababa de ocurrir, y prohibió a sus acompañantes que lo mencionaran siquiera. Para cuando avistaron las chozas en ruinas, Andamar ya había clasificado en su mente lo acontecido como una visión provocada por la niebla y el cansancio.

Dilmala, por su parte, meneaba la cabeza mientras regresaba con sus hermanas a su campamento en medio de aquellos inhóspitos parajes. Su deber era advertir al rey, aunque supiera de antemano que no seguiría su consejo. La situación en el reino había empeorado mucho por culpa de la guerra, pero, a la vez, los desmanes cometidos por los nobles desposeídos que regresaron después del terremoto a sus enajenadas tierras convencieron a muchos loggi para volverse a sus antiguas tradiciones. Esto era más común entre los más jóvenes, y, sobre todo, entre las mujeres.

Las Hijas de Prakhana habían visto muy incrementado su número. Pero eso había enfurecido a los nobles que ahora eran dueños de las tierras y las veían abandonadas. Las tachaban de brujas y les culpaban de todas las desgracias. Por eso, se habían dividido en grupos más

pequeños, que se dispersaron por todo el reino. Dilmala condujo a su grupo hacia las Montañas Blancas, pues sabía instintivamente que era allí donde debía estar. Ya no se resistía a su naturaleza, como cuando Zesera intentó hacerla su discípula. Además, allí podía mantenerse bien alejada de Yaluc, aunque siguiera estando al tanto de sus movimientos. Los rumores corrían rápido entre los loggi, y Yaluc no pasaba precisamente desapercibido.

Aunque Andamar se negaba a aceptar el encuentro con Dilmala, prefiriendo considerarlo un producto de su imaginación, sabía muy bien que había sido real. Sin embargo, no estaba dispuesto a hablar de ello con aquellos hombres que eran sus subordinados. Pero en cuanto estuvo en palacio, y en la intimidad de su alcoba, ya no pudo resistirse a contárselo a Brala. Ella siempre le ayudaba cuando no sabía qué hacer.

—Tal vez, deberías seguir su consejo.— Brala dijo, después de escuchar atentamente a su atribulado esposo.

—Pero ¿qué dices? ¿Hacer caso de una bruja loggi? Dijo ser una Hija de Prakhana, lo que quiera que signifique eso. Ya sabes, son esas mujeres loggi que viven en los bosques como las bestias y desprecian a los hombres. También habló de la mujer que vino a palacio la noche que murió mi padre. Se refirió a ella como la Hija Mayor.— Andamar dijo, pensativo.

—Así que, no fue un encuentro casual. Sigo pensando que deberías hacer lo que te dijo sobre tu emblema. Dime ¿De dónde sale el emblema de los Damoy? ¿Cuál es su origen?— Andamar miró a su esposa como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Te burlas de mí, mujer? Tú conoces perfectamente la historia. Todo valate la conoce, más aún, siendo una dama de alto linaje que ha recibido una buena educación.— Ella le miró haciendo un gracioso mohín, como una niña que pide un capricho. Andamar nunca se había podido resistir a eso, ni tenía intención de empezar ahora. Decidió seguir el juego a Brala.

—Bien, cuando al fin, nuestros ancestros atravesaron las Montañas Blancas y divisaron los hermosos valles de Kynán, acamparon para descansar de su larga y dura travesía. Mi antepasado, el primer Andamar, quien había conducido con éxito a los valate durante su viaje, decidió mostrar su agradecimiento en nombre de todos al poderoso Nin. Ascendió a una de las cimas durante la noche, y esperó al amanecer para ofrecer

su sacrificio. Pero, mientras preparaba una piedra que le sirviera de altar, el sol comenzó a elevarse delante de él, y, emergiendo del resplandor matutino, el mismísimo Nin se presentó ante Andamar. Aceptó el cordero que le llevaba, y después del sacrificio, le ceñó la corona sagrada, que había formado a partir de la espada del propio Andamar, proclamándole primer rey de Kynán, y decretando que, de ese día en adelante, sólo los varones Damoy tendrían el derecho de sentarse en el trono de Kynán y ceñir esa corona. Así, cuando regresó con los suyos, Andamar dispuso que el rey subiendo la montaña con el sol naciente sería el emblema de su linaje.—

—Un sol naciente, muy adecuado para esos tiempos y esos reyes. Pero durante tu coronación, el sol se oscureció, Andamar, algo que nunca había ocurrido a ningún rey de Kynán. Es un tiempo nuevo, amor mío. El eclipse era una señal a la que no hemos prestado atención. Quizá es por eso por lo que los dioses, y muy especialmente Nin, nos han vuelto la espalda. Tu antepasado supo interpretar las señales, y fue recompensado ¿Quién sabe si no fue el propio Nin quien te envió a esa mujer?— Andamar se recostó sobre las almohadas, y permaneció en silencio. Las palabras de Brala parecían tan sensatas como siempre, pero ¿de verdad el rey de los dioses se valdría de una mujer tan poco digna? Si quisiera enviarle un mensaje ¿no lo haría mucho mejor a través de Palas, sumo sacerdote de su templo?

2:

Tiempos de tribulación

Dilmala no lo sabía, porque en aquella inhóspita zona al pie de las Montañas Blancas no había aldeas loggi, y era prácticamente imposible encontrar seres humanos, pero Yaluc estaba tan cerca, que, si alguno de los dos hubiera gritado, el otro le habría oído perfectamente. Naturalmente, Yaluc desconocía que el grupo de Dilmala se hubiera asentado por aquella zona. Sus constantes viajes le habían mantenido al tanto de la situación del reino. Sabía que había una guerra declarada entre sus dos hermanos mayores, y, a pesar de no sentirse en absoluto cercano a ninguno de ellos, saberlos en guerra le apenaba.

La gente con la que se encontraba también le había puesto al tanto de cómo la vida de los loggi se había deteriorado por causa de los señores valate desposeídos por el rey que se habían transformado en verdaderos bandidos. La situación había empeorado aún más después de que muchos de los que Domusal reclutó para su gran ofensiva regresaran a Kynán tras el terremoto más empobrecidos y llenos de rencor. Casi todos se habían instalado en las que fueron sus tierras o cerca de ellas, en montes y bosques, y se dedicaban a asaltar a los viajeros desprevenidos y a saquear las aldeas con gran violencia. Por eso, muchos loggi habían decidido abandonar las aldeas y regresar a la antigua vida.

Había conocido a muchos de esos, que ya no sabían casi nada de sus antepasados, pero estaban desilusionados de su vida con los valate. Vagaban desconcertados procurando dirigirse hacia las zonas aisladas donde aún se conservaba algo de la antigua vida. Él mismo, junto con los ancianos de esos asentamientos, les había intentado ayudar narrando las historias que Zesera le hizo anotar para que les orientaran en su nueva vida.

Cuanto más conocía de los loggi, más aprecio sentía por ellos, y admiración por sus antiguas costumbres, que ahora intentaban recuperar, no siempre con acierto. Como sabio errante, nunca permanecía mucho tiempo en un lugar. Iba y venía siguiendo sólo su intuición con el fiel Mores siempre a su lado. El muchacho, que ya tenía 10 años, había resultado ser una entrañable compañía, pues la vida de sabio errante era ciertamente solitaria. Se había propuesto recorrer todos y cada uno de los asentamientos loggi, grandes o pequeños; antiguos o nuevos. Allá donde iba, procuraba hablar siempre con los más ancianos, y pedirles que le contasen historias o le enseñasen canciones. A veces, tenía suerte y encontraba en alguna aldea perdida a uno de los muy escasos Guías de

la Gente que aún quedaban. Sin excepción, eran incluso más ancianos que Zesera con lo que no era probable que vivieran ya mucho. Todos ellos conocían a Zesera y la respetaban como a la más sabia de entre ellos. Si alguno tenía algún discípulo, apenas podía transmitirle una pequeña parte de los conocimientos que Zesera le había hecho poner por escrito.

Desde luego, ahora entendía la razón que llevó a la mujer a hacerle escribir aquellos rollos de los que jamás se separaba, pues los valoraba más que su propia vida. No eran sólo las profecías que le reveló, por todas partes sentía que aquel mundo que apenas había empezado a vislumbrar y distaba mucho de comprender, se acercaba a su fin. De modo que anotaba todo lo que le contaban, además de llevar un minucioso diario de cada paso que daba. Zesera tenía razón, su misión era conservar y proteger un valioso tesoro, pero a medida que pasaba el tiempo, sentía que dicho tesoro era más de tipo espiritual. Él sería la memoria de ese mundo que moría, y disponía de su propio alumno. Mores se había convertido en un muchacho fuerte, que resistía todas las penalidades de sus incesantes viajes sin la menor queja. Yaluc le había enseñado a leer y escribir, además de otras muchas cosas. Le tenía fascinado la rapidez con que el chico lo aprendía todo.

Su vida como sabio errante era muy sencilla, y Yaluc se había dado cuenta de que le encantaba. Después de tres largos años de recorrer Kynán, ya casi había dejado de sorprenderle el modo en que siempre era recibido, incluso cuando visitaba lugares en los que no había estado antes. La mayoría de las veces, su llegada era anunciada de antemano. Ahora que él también había aprendido el curioso lenguaje de silbidos de los loggi, ya no lo confundía con los sonidos del bosque producidos por los animales o el viento. Pero, incluso, aunque en la aldea de turno ya estuvieran esperando a Cabeza de Fuego, su reacción ante el colgante de Zesera aún le maravillaba. A menudo se preguntaba si de haber llegado a ser un sacerdote del templo de Nin le habrían tratado con tal respeto y veneración.

Así que, se puede decir que Yaluc era feliz como sabio errante. Más feliz de lo que nunca había sido, si exceptuamos los maravillosos días en los que cuidaba las cabras en la montaña en la aldea de Mores. Habían estado allí en un par de ocasiones visitando a la familia del chico que Yaluc consideraba de algún modo también su familia. A menudo, como hoy, tenían que dormir completamente solos en medio del bosque o en este caso, entre escarpadas laderas rocosas. Como sabio errante, no tenía que preocuparse por su manutención, pues los aldeanos siempre estaban dispuestos a compartir con ellos su comida a cambio de alguna historia o alguna noticia de parientes o amigos lejanos. Pero además,

esos mismos aldeanos le habían enseñado a cazar, y al chico también, a pesar de que, en circunstancias normales, nunca habría salido de cacería con su pierna lisiada. Pero sólo cazaban pequeños animales cuando no disponían de nada más. Nunca se arriesgaban a enfrentar bestias peligrosas. Así que, Yaluc había sumado un arco y flechas a su eterno zurrón de piel.

La razón que los había llevado allí era la última maravilla que Yaluc había descubierto acerca de los loggi. Por supuesto, Zesera le había descrito profusamente las pinturas en algunas cuevas y abrigos que los loggi consideraban legado de sus antepasados. En realidad, ya nadie conservaba noticia de quién o cuándo se habían pintado, y Zesera le explicó que incluso entre los más sabios Guías de la Gente no había acuerdo, pues muchos creían que no eran obra de humanos, y que eran manifestaciones, signos de la propia Madre que sus criaturas ya no sabían interpretar. Sea como fuere, los loggi sentían un gran respeto, temor incluso, por aquellas pinturas. Sin embargo, una cosa era saber de su existencia y otra muy distinta, verlas con sus propios ojos.

La primera vez que vio ese tipo de pinturas, fue en una de las aldeas más remotas que habían visitado hasta entonces. Estaba muy al sur, ya casi en la frontera con Midum. A Yaluc le había gustado especialmente aquella región, donde pasaron casi un invierno entero, porque, aunque las montañas cercanas se cubrieran de nieve, en los valles, el clima era mucho más benigno. Su primera impresión al entrar en aquella cueva que las gentes del lugar ya no frecuentaban fue muy parecida a lo que sintiera al entrar en la Cueva de Los Niños en la Aldea del Roble Partido (más tarde, se enteraría de que en esa cueva también había pinturas). Era como si no fuera la primera vez que estaba allí. Todo le resultaba tan familiar, y, sin embargo, jamás había visto nada parecido. No pudo resistirse a tocar las pinturas, pues parecían recién hechas. Y luego, mientras abandonaba la cueva, le acompañó la intensa sensación de que le observaban.

Naturalmente, el aldeano que le había guiado hasta la cueva, y que se negó a entrar con él, pues en su aldea estaban seguros de que la cueva estaba habitada por espíritus a los que no osaban perturbar, no supo darle la menor explicación acerca del origen o antigüedad de las pinturas. Desde aquel momento, Yaluc procuró visitar todas las cuevas y paredes pintadas de las que tenía noticia. Nunca antes había lamentado no tener habilidad para el dibujo, pues sentía que se debían conservar de alguna manera. Pero procuraba anotar minuciosas descripciones de cada diseño en sus diarios, así como del emplazamiento de la cueva o pared. Aún no dejaba de admirarle que, aunque todas parecían seguir patrones

parecidos, cada lugar era de alguna manera único, por los animales representados en él.

Pronto, permitió a Mores que le acompañara en sus visitas, pues quería que el chico fuera consciente de ese importante legado de sus antepasados. Pero sus ocasiones favoritas eran aquellas en las que permanecía en soledad, intentando obtener una respuesta de las propias pinturas. En el último lugar donde estuvo, le hablaron de las cuevas pintadas de las Montañas Blancas, y, a pesar de lo desolado y remoto del paraje, él tenía que verlas.

Sentir que tenía un propósito le consolaba de su soledad. Aunque sentía un profundo afecto por Mores, y el chico era especialmente listo, Yaluc añoraba la compañía de alguien de su edad o mayor. Acababa de cumplir 17 años, y ya los aldeanos loggi habían dejado de importunarle, animándole a participar en los festejos en honor de la Madre, donde jóvenes y mayores daban rienda suelta a sus impulsos naturales. Yaluc no se enfadaba con ellos, porque comprendía que les era difícil entender que rechazara los placeres del sexo. Incluso siendo un sabio errante que no pretendía emparejarse, lo natural hubiera sido que participara con tanto entusiasmo como todos los demás.

Lo que ellos no sabían, porque Yaluc apenas se lo reconocía a sí mismo, es que no participaba en sus diversiones, porque no eran de la clase que él hubiera preferido. Se negaba a pensar en ello, le avergonzaba demasiado. Cada vez que lo intentaba, no podía evitar que le vinieran a la memoria las severas reglas del templo, que no eran más duras que las leyes valate, y los terribles castigos reservados para quienes cayesen en tales debilidades.

En realidad, no había tenido ninguna sospecha, a pesar de que no le atrajera yacer con muchachas como a los jóvenes de su edad. Al principio, simplemente pensaba que aún no estaba preparado. La propia Jaduma le dijo en una ocasión, que cada persona es diferente y tiene su propio ritmo. Hasta que le encontró a él, aquel que le atormentaba con el simple recuerdo de aquella visión. Había ocurrido el anterior verano. Siempre procuraba evitar los caminos más transitados, pero en aquella ocasión, no había podido evitar utilizar una de las pistas abiertas en el bosque por los soldados del rey para realizar sus patrullas y traslados más rápido.

El día era especialmente caluroso, y sus provisiones de agua habían menguado demasiado rápido. Conocían la zona, y sabían que había un riachuelo cerca que creaba un agradable remanso rodeado de árboles. Mores se entusiasmó con la idea de detenerse allí para comer, aprovisionarse de agua, y, tal vez, nadar un rato. Sin embargo, cuando se

acercaban al remanso, se dieron cuenta de que no habían sido los únicos en tener esa idea. El jaleo producido por un grupo de jóvenes divirtiéndose en el agua, era inconfundible. Yaluc enseguida vio los caballos junto a los enseres que los alegres jóvenes habían abandonado descuidadamente para lanzarse al agua. Le dio un vuelco el corazón al ver emblemas reales. Eran soldados del rey. Su primer impulso fue decirle a Mores que mejor buscasen otra fuente para coger agua. Así que, rodearon el lugar con el máximo sigilo.

Sin embargo, al subir una cuesta, los árboles dejaban ver el pequeño estanque, y Yaluc miró sin pensar. En efecto, había un grupo de soldados, algunos descansaban tendidos en la hierba, y otros jugaban alegres lanzándose al agua. Inmediatamente, la mirada de Yaluc se posó en una cabeza pelirroja que emergía del agua. Llevaba tanto tiempo siendo el único pelirrojo de los alrededores, que le llamó la atención. Entonces, el joven se giró para salir del agua. Yaluc le vio la cara. Calculó que no debía ser mucho mayor que él mismo. Ya lucía la típica barba valate, pero ésta no impedía distinguir la belleza de sus rasgos. El joven comenzó a salir del agua. Yaluc, que no podía apartar la mirada de él, estuvo seguro de que debía de ser un dios, pues ningún hombre podría ser tan perfecto. Sus cabellos y barba eran del color del vino y su cuerpo poseía la armonía de la más bella estatua. Otro de los jóvenes debió de decirle algo gracioso, y el joven dios pelirrojo se echó a reír. Para Yaluc, aquella risa fue como música.

Cuando Mores le tiró del brazo, advirtiéndole que los soldados podrían descubrirles, Yaluc al fin salió del trance. Pero lo que sintió en lo más profundo de su ser al ver a aquel bellissimo joven fue una impactante revelación sobre sí mismo. Por más que lo intentara, aquella imagen nunca se iba de su memoria, y aparecía una y otra vez obstinada, en sus sueños.

A eso, a que aún estaba fuertemente impactado por aquella visión, Yaluc atribuía lo ocurrido esa misma noche en la Aldea del Roble Partido, pues era allí a donde Mores y él se dirigían. Le habían hablado de un hombre, un tal Tunac, que, en su juventud, fue discípulo de la propia Zesera, el primero que tuvo, aunque luego resultó que la vida de Guía de la Gente no era lo suyo y abandonó. Aun así, Yaluc quería conocerle. Se encontraba en la aldea para acompañar a su hija Tureya que deseaba unirse a las Hijas de Prakhana. Yaluc no necesitó más explicaciones para deducir la razón por la que Tunac había abandonado la vida de Guía de la Gente, aunque algunos lo conseguían, para ellos no era fácil emparejarse y tener familia.

Después de que había pasado casi un año, para Yaluc, aquel encuentro seguía resultando extraño. No sabía qué había esperado, pero, desde luego, la experiencia fue de lo más peculiar. Tunac se alegró mucho de conocerle en persona, pues ya había oído hablar de él. Al principio, todo transcurrió con normalidad: hablaron sobre Zesera, y Tunac le contó cómo era ella de joven. Pero, luego, el hombre sugirió a Yaluc hacerle una demostración de alguno de los antiguos rituales que antaño, se celebraban en aquella cueva. Yaluc, claro está, se mostró muy interesado.

Para realizarlo, era imprescindible que Tunac tomase una mezcla especial de raíces de las que se afirmaba tenían cualidades mágicas que permitían al oficiante comunicarse directamente con la Madre. Yaluc sabía de qué raíces se trataba, pues estaban incluidas en el catálogo de los libros que le dictó Zesera. Sabía incluso, cómo debían ser preparadas. Tunac aceptó que Yaluc las preparase, aunque sólo él podía tomarlas como Guía de la Gente preparado, aunque llevase años sin practicar. Yaluc no puso objeciones, después de todo, él ni siquiera era un loggi.

Desde el principio, la actitud de Tureya hacia él le había hecho sentirse algo incómodo. Ya estaba habituado a que las jóvenes mostrasen interés en él, pero ésta era especialmente descarada. Sin embargo, procuró concentrarse en la tarea de preparar las raíces, observar todo lo que ocurriera desde que Tunac se las tomara y entrase en la cueva, y anotar todo. Así lo hizo, pero estando ya dentro de la cueva, frente a las hermosas pinturas, Yaluc se dio cuenta de que no se había deshecho del sobrante de la preparación de raíces. La regla del ritual era muy específica: una vez preparadas, se debían consumir de inmediato, y deshacerse de cualquier sobrante.

Yaluc llevaba ya un rato observando a Tunac, y se sentía francamente decepcionado. El hombre se limitaba a mover los brazos y girar, pronunciando una serie de palabras entre dientes que le resultaban totalmente incomprensibles. Entonces, miró el sobrante de raíces, que tenía aún en su escudilla de madera ¿Qué pasaría si las probaba? El horrible sabor le sorprendió tanto que escupió casi todo lo que se había llevado a la boca. Visto lo sucedido, Yaluc se preguntaba qué habría pasado de no haber escupido.

Casi inmediatamente, se sintió mareado y quiso sentarse, pero el suelo y las paredes habían desaparecido. Sentía como si flotara en un lago de aguas muy oscuras. De pronto, volvió a sentir sus pies en el suelo, pero ya no se encontraba dentro de una cueva, sino en medio de una hermosa pradera. Frente a él, los animales pintados cobraron vida. Escuchaba el relincho de los caballos y el golpeteo de sus pezuñas al

galopar. Una bestia enorme de pelaje rojizo, que le recordó a un buey gigantesco, mugió detrás de él, y la vibración le atravesó el cuerpo. Extasiado, extendió las manos, buscando las paredes de la cueva, y allí estaban, podía tocarlas, aunque delante de él se abriera una enorme ventana.

Escuchó voces humanas. Miró y vio hombres, ataviados de un modo que jamás había visto antes. Sintió el impulso de hablar con ellos, pero cuando iba a abrir la boca, delante de él, ya no había pradera, ni caballos ni hombres, en cambio, estaba Tureya, que le sonreía. Se había quitado la ropa, y le invitaba a hacer lo mismo. A partir de ahí, los recuerdos se volvían confusos, o simplemente, él los había borrado a propósito. Lo siguiente que recordaba era despertarse por el frío y darse cuenta de que estaba desnudo y Tureya estaba a su lado, ambos yacían abrazados. Ella se despertó y le sonrió. Una tenue claridad procedente de la boca de la cueva le indicó que era de día, pero él y Tunac habían entrado al anochecer. No había rastro del hombre.

—Oh, siento como si mi cabeza estuviera llena de arena.— Yaluc dijo, incorporándose, y llevando las manos a sus palpitantes sienes.— Ella rio.

—Bueno, desobedeciste las reglas. Tienes un justo castigo, aunque ha merecido la pena.— Dijo ella con voz aterciopelada. A Yaluc, le asaltaron de pronto recuerdos de la noche.

—Si ha pasado lo que supongo. Has de saber que no era yo mismo. Apenas puedo recordar nada. Te ruego que me disculpes, si mi comportamiento no fue adecuado.—

—Oh, por favor. No te angusties. Anoche no ocurrió nada que ambos no deseáramos que ocurriera. Debo admitir que te seguí con la intención de convencerte, pero no hizo falta. Estuviste más que dispuesto.— Con la mente algo más clara, Yaluc recordó todo el día anterior: el joven dios se le apareció en toda su gloria. No dudaba de las palabras de Tureya. Seguro que había decidido que ésa era la mejor forma de librarse de su vergonzoso secreto, y las raíces le ayudaron.

—No había planeado que ocurriera, pero lamento no recordarlo. Es una experiencia nueva para mí.— Dijo, cabizbajo.

—¿De verdad? Bueno, no puedo negar que me di cuenta de tu inexperiencia. Pero no supuse que no tuvieras ninguna. Muchas gracias.— Dijo alegre, y le besó en la mejilla.

—¿Por qué me das las gracias?— Yaluc preguntó, confuso.

—Vaya. Creía que conocías las tradiciones. Como Zesera te dictó todo lo que sabía.— Yaluc buscó en su memoria. Los loggi eran bastante flexibles y tolerantes en los asuntos del sexo. Nadie estaba obligado a emparejarse, y los que lo hacían, podían separarse con la misma facilidad. Pero, ante todo, para ellos, el sexo era la expresión máxima de la generosidad de la Madre. Ésta no se había limitado a dar origen a toda vida, sino que había otorgado a sus criaturas el don de crear vida también. Por eso, la primera experiencia de un muchacho o muchacha loggi se consideraba un hito muy importante en su vida, pues a partir de entonces, podía compartir el don de la Madre. Yaluc miró a Tureya. Para ella, había tenido un especial significado que Yaluc compartiera el don con ella por primera vez. —Si lo hubiera sabido, te habría preparado un regalo adecuado. Pero, acepta mi collar. Mi madre lo hizo para mí.— Y, quitándoselo del cuello, se lo colgó a él. Era un simple collar de cuentas y plumas, pero Yaluc comprendía su significado y se emocionó.—

Los inesperados acontecimientos de la noche le hicieron olvidar por un momento lo que había ocurrido antes en la cueva. No podía dejar de pensar en aquellas visiones ¿De verdad las raíces le permitían comunicarse directamente con la Madre? Su curiosidad era inmensa, pero, la verdad, aún no se había atrevido a repetir la experiencia. La fría lluvia que empezaba a caer de nuevo, le hizo volver al presente.

—Debemos buscar un refugio para pasar la noche, Mores. Ya pronto empezará a oscurecer. Lo ideal es que pudiéramos hacer fuego, aunque no sé si por aquí, vamos a ser capaces de encontrar algo de leña seca.— El chico se le adelantó. Era admirable la velocidad con que era capaz de moverse a pesar de su pierna lisiada.

—Mira allí, Yaluc. Podríamos refugiarnos bajo esa gran roca saliente, y a lo mejor, encontramos algunas hierbas que no estén empapadas.— Mores dijo, señalando un lugar que parecía prometedor. Una gran roca sobresalía por encima de la pared formando un abrigo natural. Tenían que subir por un sendero bastante estrecho, pero no tardaron en encontrarse a cubierto de la lluvia. El niño se puso inmediatamente a buscar por los rincones. Al fin, se le acercó con un puñado de hierbajos y algunas hojas empujadas allí por el viento. Parecían lo bastante secas, aunque no serían apenas suficientes para prender una pequeña hoguera con que calentarse un poco.

Buscaron el rincón más resguardado, y Yaluc prendió las hojas para iniciar el fuego. Se acomodaron lo mejor que pudieron junto al fuego, y

sacaron las provisiones que aún les quedaban. Todavía tendrían comida para un par de días, aunque no encontrasen animales que cazar. Y en cuanto al agua, Yaluc llenó un par de odres con la lluvia que caía, y luego sus cuencos.

—Este fuego no creo que nos dure, Mores, pero al menos no nos mojaremos.— El chico rio. —No has elegido una vida demasiado confortable.—

—No me importa la lluvia, ni el frío, Yaluc. Me encanta acompañarte. Siempre hacemos cosas interesantes y vamos a tantos sitios...— El entusiasmo con que había comenzado pareció desaparecer de pronto. Yaluc le miró con atención.

—Te encanta esta vida. Entonces ¿qué pasa? ¿A qué viene esa cara?—

—Es sólo que, nunca vamos a sitios importantes, como aldeas verdaderamente grandes o ciudades.—

—Sí que vamos a sitios grandes. Hemos visitado más de una vez la Aldea del Roble Partido.—

—Quiero decir ciudades como Taros. Me gustaría tanto ver el Palacio de las Nubes, y tanta gente junta. Dicen que en Taros vive tanta gente como en el resto del reino. Pero tú nunca quieres ir. Ni siquiera aquella vez, cuando visitamos la aldea de los pescadores que estaba tan cerca.— Se quejó Mores. Yaluc suspiró. Era verdad que evitaba acercarse demasiado a Taros. También procuraba no acercarse a los castillos y fortalezas de los nobles principales. A pesar de que no creía ser del menor interés para su hermano el rey, aún temía que sus hombres vinieran a buscarle para asesinarle.

—Verás, Mores. Tú ya no eres un niño. Creo que es el momento de que te cuente un secreto.— El chico abrió los ojos, expectante. —Como ya sabes, mi madre murió al darme a luz y el sumo sacerdote de Nin me crio en el templo. Por más que le preguntase, él nunca quería hablarme de quién era mi padre. Pero, al fin lo supe. El mismo día que murió. Mores, mi padre era el difunto rey Belcentes...—

—Vaya. Entonces ¿eres un príncipe?— Preguntó Mores lleno de asombro.

—Soy Yaluc, el mismo de siempre. Y ahora, soy tu compañero de viaje. Pero mi padre quiso tenerme escondido, porque temía que sus otros hijos podrían querer matarme si conocían mi existencia.—

—Pero, Yaluc, ellos son tus hermanos ¿Cómo van a querer matarte? Yo nunca querría hacer daño a Derina.— Yaluc sonrió ante la ingenuidad de Mores.

—Entre reyes las cosas son diferentes. Mi hermanastro Andamar es ahora el rey de Kynán, pero mi otro hermanastro Domusal no está conforme porque piensa que el trono le corresponde ocuparlo a él. Por eso están en guerra, aunque sean hermanos.— El muchacho se quedó pensativo. Tal como Yaluc había predicho, el fuego comenzaba ya a languidecer por falta de combustible. De pronto, ambos se tensaron. La vida en la naturaleza les había afinado los sentidos. —¿Has oído?— Yaluc susurró. Mores asintió. Entonces se oyó un nuevo crujido de alguna ramita al partirse.

Por el rabillo del ojo, Yaluc percibió el movimiento de una sombra. Y antes de que pudiera intentar imaginar qué podía ser, se vieron rodeados por oscuras siluetas de ojos relucientes. Lobos, los más grandes que nunca hubiera visto. Instintivamente, se colocó entre el niño y las bestias, aunque su mente racional le decía que de poco iba a servir. Aunque fueran lo bastante rápidos como para sacar sus armas, serían atacados, seguro. Yaluc se concentró en el que parecía el jefe de la manada, un enorme lobo negro cuyas fauces estaban ya a menos de un par de codos de distancia de él.

Cuando ya se preparaba para sentir aquellos afilados colmillos en su carne, un resplandor le sorprendió. Luego otro. Un par de flechas ardientes se habían clavado en la tierra justo delante del gran lobo negro. Otras les siguieron. La gigantesca bestia dejó escapar un gemido, y huyó, seguido de sus hermanos. Yaluc no daba crédito. Tembloroso, intentó ver de dónde habían venido las flechas. Ya estaba muy oscuro. Pero con el resplandor de las llamas, distinguió un rostro que conocía muy bien.

—¡Dilmala!— Exclamó, encantado. Ella, junto con otras cuantas, todas cubiertas por negros mantos, se acercaron a los dos sorprendidos y asustados viajeros.

—Tal parece que este mundo no es lo bastante grande para no encontrarme contigo, Yaluc.— Ella habló en su típico tono irónico.

—Tía Dilmala.— Mores exclamó, y corrió a abrazarse a ella. Dilmala le devolvió el abrazo con una tierna sonrisa.

—El pequeño Mores, aunque hay que ver cómo has crecido.— Dijo revolviendo el pelo de su sobrino. —Lo mismo digo de ti. Creo que ahora

debería llamarte Yaluc el Gigante ¿Quién lo hubiera dicho?— Yaluc no se molestó por las acostumbradas bromas de Dilmala, ya la conocía. Además, se sentía tan feliz y aliviado de verla, que le daba igual lo que le dijera.

—Muchas gracias, chicas. Vuestra aparición nos ha salvado la vida. Esos lobos parecían verdaderamente hambrientos.— Yaluc dijo con toda sinceridad.

—En realidad, debes darle las gracias a Mores. Fueron sus gritos los que me hicieron venir hacia vosotros.— Dilmala dijo.

—Pero, si yo no he gritado.— Mores protestó. Su tía le dedicó otra dulce sonrisa.

—Gritaste dentro de tu cabeza. Tenías mucho miedo. Yo te oí, y decidí que nos acercáramos.— Mores la miraba lleno de asombro. Su madre muchas veces había dicho que Dilmala no era como los demás, que era especial ¿Se referiría a eso?

—Lo que Dilmala dice es cierto. Vimos vuestro fuego, y pensamos que podríais ser bandidos, o quién sabe, por aquí hemos tenido algunos encuentros curiosos...— Tureya se interrumpió ante la mirada de Dilmala. Yaluc la miró sorprendido. No había esperado volver a verla.

Dilmala los miró a ambos. No le costó darse cuenta de la incomodidad de Yaluc. Eso sólo le confirmaba lo que ya sabía, lo que siempre supo. Pero no hacía que doliera menos saber lo que había pasado entre ellos. En efecto, Dilmala lo sabía, y no porque Tureya se lo hubiera dicho. Dilmala los vio salir de la cueva aquella mañana. Había acudido a la Aldea del Roble Partido para entrevistarse con Tunac y su hija, que deseaba unirse a las Hijas de Prakhana. La entrevista había tenido lugar el día anterior, antes de que Yaluc llegara. Ya había admitido a la joven, que poseía las cualidades necesarias, y comprendía lo que implicaba convertirse en una de las Hijas. Pero, cuando la vio salir de la cueva, con el gesto tan satisfecho, deseó no haberla admitido o poder expulsarla. Se arrepintió enseguida, claro, de sus injustos pensamientos.

Nadie tenía la culpa de que Tureya hubiera conseguido lo único que Dilmala deseaba más que nada, y sabía que nunca tendría. No necesitaba que nadie le dijera qué había ocurrido en la cueva. El gesto satisfecho de Tureya, el más bien aturdido y confuso de Yaluc, y que el pelirrojo llevase el collar de Tureya, eran indicios más que suficientes ¿Odiaba a Tureya? No sabría decirlo, aunque procuraba comportarse con justicia como correspondía a su rango entre las Hijas. Pero no podía negar que

albergaba cierto resentimiento hacia ella ¿Odiaba a Yaluc? Jamás. Eso era completamente imposible.

—Será mejor que nos acompañéis a nuestro campamento. Es más seguro que éste. Al menos, por esta noche.— Dijo.

Domusal se removió inquieto en su asiento. Como de costumbre, la pierna le dolía, sentía las horribles punzadas en el pie, el tobillo, la espinilla... ¿Cómo era tal cosa posible si le habían amputado la pierna desde la rodilla? No sabía bajo qué hechizo o maldición se encontraba, pero de algo sí estaba seguro: tenía que haber poderosas fuerzas conspirando contra él. Quizá las supersticiosas gentes del vulgo tuvieran razón, y la diosa del mar había liberado a sus demonios para que asolaran la tierra. Era la única explicación que encontraba a la cantidad de infortunios que se sucedían en su entorno, y que no le habían permitido avanzar lo más mínimo en su objetivo de recuperar el trono que le fue robado.

La pérdida de su esposa y de su pierna habían tenido un profundo impacto en él. Parecía haber envejecido décadas, en lugar de sólo tres años. Sus cabellos y barba habían encanecido, y su carácter habitualmente razonable y sensato, se había agriado. Su orgullo de general le impedía permitir ser llevado en andas. Caminaba apoyándose en unas pesadas muletas que convertían todos sus movimientos en fatigosos esfuerzos. Insistía en seguir montando su caballo, aunque tuviera que aceptar ayuda para subirse a su lomo. Verse tan limitado le enfurecía, y se había vuelto enormemente irritable. Para colmo, nada iba como debía ir, y su propio hijo no hacía más que darle más motivos de preocupación.

Había convocado una reunión familiar urgente, después de haber sabido del último desliz de Menetir. Enekhhal ya estaba allí. Durante estos tres años su comportamiento había sido casi ejemplar. Como gobernador de Midum, nada podía reprochársele, es más, Domusal sabía que, en más de una ocasión, había utilizado su cargo para tapar alguno de los errores de su hermano. Eso no le sorprendía, Enekhhal no era mucho más inteligente que su hermano, pero sí había sabido siempre utilizar mucho mejor su inteligencia. También se encontraban ya allí su yerno Temuzén con su hijo Ardates de 12 años, que ya acompañaba a su padre a todas partes. Los hermanos de Temuzén completaban el grupo de los Cenwolf. Naturalmente, y aunque a Domusal no le complaciera demasiado, el rey Netyk se encontraba presente. No sólo por ser el actual rey de Midum,

sino porque era su sobrino, y ésta era una reunión familiar después de todo. Por fin, Menetir apareció con su habitual actitud arrogante.

—Buenos días a todos. Supongo que esta reunión se debe a que por fin vamos a hacer algo ¿no?— Menetir habló a los presentes. Todos se le quedaron mirando sorprendidos por su insolencia. No sólo no había saludado como es debido al rey, sino que había hablado sin solicitar su permiso. Sin embargo, no fue Netyk, sino Domusal quien respondió.

—Esta reunión es para que expliques por qué a pesar del oro de Narvaly, sigo sin tener a mi disposición un ejército digno de tal nombre. Te nombré mi segundo en el mando, eres el más alto responsable del ejército después de mí ¿Y qué haces? Te dedicas a malgastar hombres y armas en batallas absurdas como el intento fallido de invadir Grodania. Y lo que no malgastas en el campo de batalla, te lo juegas a los dados, con similares o incluso inferiores ganancias.— Mientras su padre hablaba, el rostro de Menetir se había ido enrojeciendo de ira.

—Y ¿Qué esperas que haga, si te niegas una y otra vez a seguir mis consejos e invadir Kynán? Es cierto que no todas mis empresas han tenido éxito. Pero al menos, he conseguido conservar a nuestros aliados, que por cierto, están tan hartos de esperar como yo. Ya podríamos haber recuperado nuestro trono. Y sin embargo, aquí seguimos, mientras Andamar se sienta cada vez más cómodo en él. Imagino cómo debe de reírse de nosotros.—

—Veo que tu arrogancia no te permite ver la realidad. No tenemos un ejército disciplinado. Me niego a invadir mi reino como un bárbaro. Tuvimos la oportunidad, cuando formamos el ejército hace tres años con los señores descontentos de Kynán. Pero todos recordamos perfectamente lo que pasó. Los dioses no nos fueron favorables. Me pregunto si lo fueron alguna vez. Ya hace cinco años que Andamar se sienta en mi trono, y no estoy ni una pulgada más cerca que entonces de recuperarlo. Tal vez, deba escuchar los mensajes de los dioses, y abandonar esta guerra entre hermanos.— Domusal se lamentó.

—¿Tan pronto has olvidado a Uxyla? Puede que así sea. Pero yo no he olvidado a mi hija, ni Ardates ha olvidado a su hermana. Los Cenwolf no cejaremos hasta que sea vengada. Nosotros hemos perdido a tantos, empezando por mi propio padre. Y Andamar ¿Qué ha perdido el Usurpador? Ni una sola gota de su sangre ha sido derramada. Sangre por sangre. Es la ley sagrada de los valate. Tú puedes traicionarla si quieres, pero nosotros no lo haremos jamás.— Temuzén habló con pasión. La sala

se llenó de los gritos del resto de Cenwolf, a los que enseguida se unió Menetir: —Sangre por sangre.— Repetían, y blandían sus espadas.

—Ya lo ves, padre. Sólo tú has decidido abandonar. Si es así, renuncia a tus derechos en mi favor, y retírate a descansar.— Dijo Menetir, dejándose llevar por el ambiente de entusiasmo. Para sorpresa de todos, especialmente del propio Menetir, Domusal se alzó sobre su única pierna, y, blandiendo una de las pesadas muletas a modo de garrote, asestó un bastonazo al desprevenido Menetir, alcanzándole en mitad de la espalda. A duras penas, consiguió no perder el equilibrio.

—Debería haberte dado buenos palos. Así no te atreverías a faltarme al respeto de esta manera.— Domusal gritó, completamente furioso. La fuerza del golpe le hizo tambalearse, y habría caído, si Enekhhal no hubiera acudido a sostenerle, y ayudarlo a sentarse de nuevo en su asiento.

—Cálmate, padre. Ya conoces a Menetir. Seguro que no pretende en serio apartarte.— Enekhhal consolaba a su agitado padre, aunque en el fondo, sabía muy bien que eso era exactamente lo que Menetir deseaba. Los murmullos y la agitación no se habían apagado en la sala, cuando se oyó ruido en la puerta. Un hombre entró apresuradamente, mientras los guardias intentaban en vano detenerle. Llevaba su espada desenvainada, lo que indicaba que no había dudado en usar la violencia para entrar.

—¿Quién eres, y cómo te atreves a irrumpir aquí armado?— Menetir le increpó, furioso.

—¡Dejadle pasar!— Todos se sorprendieron al escuchar por primera vez la voz del rey. No es que nadie dudara de quién tenía verdadera autoridad allí, pero Netyk era el rey después de todo. —Yo le conozco. Es el caballero mayor de mi hermana la princesa Diedre.—

—Y traigo gravísimas noticias, mi rey.— El hombre dijo, casi sin aliento, inclinándose delante de Netyk.

—Habla pues.—

—Hace dos semanas, la princesa y su esposo partieron en secreto y de incógnito del palacio de Hitowa. Lo sé porque yo era quien conducía la carreta de bueyes que utilizaron...—

3:

La traición se paga con la muerte

Las revelaciones del caballero fueron una enorme sorpresa para todos. En ningún momento dudaron de su sinceridad, pues había huido de Narvaly, poniendo en peligro su vida sólo por lealtad al rey Netyk. La princesa Diedre había tomado precauciones para evitar que su plan acordado en secreto con el rey de Kynán fuera descubierto. Los cuatro hombres que los habían acompañado a ella y su esposo al encuentro secreto fueron confinados en las mazmorras de palacio para evitar que pudieran hablar con nadie antes de que el plan se pudiera poner en marcha. El propio esposo de la princesa se encargaba de atenderlos y vigilarlos.

En principio, el plan era que el confinamiento durase como mucho un par de semanas, tiempo suficiente para que el joven príncipe y heredero saliese camino de Kynán y el prometido ejército de Andamar llegase a Narvaly. Pero el niño se encontraba enfermo cuando sus padres regresaron. Esta circunstancia hizo temer a Diedre que el acuerdo se malograra, ya que siempre existía la posibilidad de que un niño pequeño pudiera morir. Afortunadamente, el principito se recuperó, pero ya habían pasado tres semanas desde el encuentro.

El caballero había tenido la intención de avisar a su rey desde el primer momento, aunque no había podido evitar ser encerrado por orden del príncipe consorte. Sin embargo, durante los días de su encierro, consiguió poner de su lado a los otros tres para poner en marcha un plan de fuga. Sabía que el pequeño príncipe heredero estaba a punto de emprender su viaje, pues su carcelero les mantenía informados de los acontecimientos. Era obvio que desconfiaba de ellos, y con razón, por eso los había hecho encerrar. Sin embargo, se confió demasiado. Una noche, cuando como siempre acudió a llevarles agua y comida, uno de ellos, el escriba que había anotado las palabras del acuerdo fingió sentirse muy enfermo. Durante años, había sido el escriba de mayor confianza del difunto rey Rotyk. Se trataba de un venerable anciano, por lo que el príncipe no desconfió. Sin embargo, el que creyó frágil y enfermo, le atacó por sorpresa, derribándole, y dejándole encerrado en su lugar. A continuación, con el mismo manojito de llaves que el príncipe había dejado en la cerradura de su celda, abrió las de sus compañeros. El caballero era el más joven y fuerte, por lo que inmediatamente, salió al galope camino de Shimma.

La reacción de Netyk fue inesperada. Naturalmente, se enfureció al saber que su propia hermana planeaba derrocarlo. Pero no salió corriendo hacia Narvaly en un impulso de venganza. En cambio, hizo a todos abandonar la sala y se retiró a sus aposentos. Al día siguiente, volvió a convocar a los mismos. Todos acudieron expectantes. Menetir no iba especialmente entusiasmado, pero, como su hermano oportunamente le recordó, si estaban dispuestos a recibir el oro de Netyk, también debían estarlo para ayudarlo como él les pidiera.

—Ya sé que todos pensáis que no soy un verdadero rey, que me dejo engatusar como un niño por ensoñaciones de las pasadas glorias de Midum; que me creo la reencarnación de aquellos magníficos reyes, y vivo en mis fantasías.— Netyk declaró en tono solemne.

—Vamos, querido primo. Ninguno de nosotros piensa tales cosas sobre ti.— Menetir protestó. Enekhhal apenas podía aguantarse la risa ante el patético intento de su hermano de no perder el favor de Netyk, o, más bien su oro, aunque de todos era bien sabido el desprecio que sentía hacia él.

—No sigas, Menetir. Puede que te sorprenda, pero no soy tan estúpido como crees. Pero, vayamos a lo que ahora importa. Mi propia hermana, esa maldita traidora, intenta destronarme. Y ha solicitado la ayuda del Usurpador, quien pretende casar a mi sobrino con su nieta.—

—Debes reconocer que tu situación es un tanto precaria, Netyk. Diedre es tu heredera, puesto que no tienes hijos. Vives aquí en Midum, lejos de Narvaly, pero es de allí de donde procede la mayor parte del oro que estás empleando para resucitar la antigua corte de Shimma.— Domusal dijo.

—Y financiar tus esfuerzos para recuperar el trono que, por cierto, no han prosperado lo más mínimo, noble tío.— Netyk interrumpió airado.

—Claro, claro. No creas que olvido ni por un momento lo mucho que te debo, que todos te debemos. Pero, lo que yo te quería decir es que no es prudente desatender el reino que heredaste de tu padre como has hecho. En mi opinión, la conspiración ha tardado mucho en llegar ¿Qué piensas hacer al respecto? Sabes que cuentas con toda nuestra colaboración.—

—Deshacer la conspiración, naturalmente, y castigar a Diedre como merece. Es alta traición, y su castigo es la muerte.— Netyk dijo con una sonrisa siniestra. —Pero no pienso precipitarme. Andamar también es culpable, y ya se ha librado por demasiado tiempo. Según el caballero,

mi sobrino debe de haber partido esta misma mañana hacia Kynán. Dejemos que siga su camino sin problemas. Para mañana, ya habrá atravesado la frontera. Conociendo a Andamar, lo más seguro es que haya enviado una escolta para recibirle y acompañarle hasta Taros. Bien, este es mi plan. Saldré inmediatamente hacia Narvaly junto con una buena hueste de los mejores mercenarios. Mientras, tú Menetir, cruzarás la frontera de Kynán en secreto, y esperarás a la comitiva del príncipe en alguna sección del camino hacia Taros, que seguro, conoces mejor que yo. Llévate también un grupo de hombres escogidos. Tu misión será rescatar a mi sobrino y devolverlo a Narvaly. Naturalmente, no te será entregado voluntariamente. Emplea tanta fuerza como sea necesario, pero nada más. Has de presentarte en el palacio real de Hitowa con el príncipe, lo más tarde en una semana desde hoy, o las arcas de Narvaly se cerrarán definitivamente para vosotros ¿Está todo claro?—

—Del todo.— Menetir dijo, tragándose su orgullo y las ganas de replicar. Sabía que estaba completamente a merced de Netyk, que cumpliría su amenaza si no recibía lo que había exigido. Tener que reconocer una vez más que dependía de otros, y no podía hacer lo que quisiera, sólo contribuyó a aumentar su odio por su situación, su primo, e incluso, su padre, que no le permitían ser libre y actuar a su antojo.

En Kynán reinaba una tensa espera. Andamar conocía la enfermedad del pequeño príncipe, que ocasionó su retraso, porque Diedre le hizo llegar un mensaje para que no empezara a dudar de ella al ver que el niño no llegaba. Durante ese tiempo, Andamar había meditado mucho sobre lo que la mujer del negro manto le dijo de regreso de su encuentro con Diedre, y lo que su esposa opinaba al respecto. Tal vez ambas tenían razón, y debía hacer cambios. Después de todo, la principal razón que había movido a su madre a lograr que él se sentara en el trono en vez de Domusal, antes de conocer el documento de su abuelo, era que los valate se habían olvidado de su verdadera esencia al mezclarse demasiado. Quizá ésa era su misión, restaurar el antiguo orden, las leyes y costumbres ancestrales de su pueblo, y, con ellos, su antiguo poder y esplendor. Ciertamente, era un nuevo tiempo.

Tanto pensar, le quitaba el sueño, y prefería abandonar el lecho para no perturbar a Brala. Aunque sus familiares y los empleados de palacio ya estaban habituados, ellos seguían constituyendo una rareza al compartir lecho noche tras noche, incluso después de tantos años de matrimonio. Por ese motivo, ya estaba levantado paseando por la galería superior de palacio, cuando un nuevo mensajero llegó de parte de la princesa Diedre. El mensaje era que el pequeño heredero saldría esa

misma mañana hacia Kynán. Qué excelente manera de comenzar este día, pensó el rey.

Andamar no era el único que estaba despierto a esas horas tan tempranas, cuando el sol aún no empezaba a asomar por el horizonte de oriente. La princesa Numa disfrutaba de ese raro instante de paz y silencio, sobre todo, silencio. Se recreaba en el delicioso calor del abrazo de su esposo. Naadur ya no venía a su lecho tan a menudo como al principio. Sabía que era su culpa. Le había asustado. Pero ¿cómo hacerle comprender su comportamiento cuando ella misma apenas comprendía nada? No comprendía por qué las poderosas fuerzas que sólo ella parecía capaz de detectar, que llenaban su mente de voces, de tanto ruido que a veces no podía oír nada más, por qué la habían elegido a ella. Pero de lo que no tenía dudas es de que nada podía hacer para oponérseles.

Miró el hermoso rostro de Naadur, tan inocente sumido en el sueño. Era tan afortunada. Incluso siendo sólo una niña, ya había oído suficiente sobre el terrible carácter de Menetir. Pero los dioses habían decidido que desposase a Naadur, que era el mejor de los esposos, aunque hubiera perdido la ilusión y el entusiasmo. Cuánto le dolía haberle decepcionado tanto. Delicadamente, apartó un mechón color vino de la frente del joven. Él abrió sus bellos ojos de aguamarina. Numa le sonrió.

—Buenos días, esposo mío.— Dijo dulcemente. Él le devolvió la sonrisa.

—¿Cuánto hace que te has despertado? Aún no amanece.— Dijo él con voz somnolienta.

—La impaciencia me impedía seguir durmiendo. Hay algo que deseo decirte, mi príncipe.— Él alzó las cejas a modo de interrogación. —Espero un nuevo hijo.— Numa dijo apenas en un susurro.

—¡Por la estatua descabezada de Nin, qué buena noticia!— Naadur exclamó, ya totalmente despierto, usando una frase que sabía la haría reír. Inventaba continuamente esa clase de expresiones que su padre el rey y los sacerdotes encontraban más bien blasfemas, pero que al resto le parecían ingeniosas. Encantado, abrazó a su esposa y la besó tiernamente. —Esta vez vivirá, y será un varón, ya lo verás. Haré todos los sacrificios y rezaré a todos los dioses, para que ninguno se sienta menospreciado y nos den el heredero que necesita este reino.—

—Si es lo que deseas, así se hará.— Numa dijo, aunque dudaba sinceramente de que algo de eso sirviera para nada. Naadur volvió a atraerla hacia sí.

—Puesto que aún es temprano, y ninguno tenemos sueño...— Dijo insinuante, y comenzó a besar el blanquísimo cuello.

Naadur no pudo disfrutar de tanto tiempo como creía en el lecho de su esposa, pues, apenas el cielo comenzaba a aclararse, llamaron a la puerta. Una de las doncellas de Numa entró, y comunicó al príncipe que su padre el rey le llamaba. Se apresuró cuanto pudo para presentarse delante de su padre.

—Me complace que te hayan encontrado en los aposentos de tu esposa. Un príncipe nunca ha de olvidar sus deberes.— Andamar dijo a modo de saludo.

—Buenos días para ti también, padre. Yo nunca olvido mis deberes de príncipe. Tanto es así, que tengo una excelente noticia. Numa vuelve a estar encinta.—

—Magnífico, magnífico. Éste está resultando ciertamente un día venturoso.— Andamar aplaudió y abrazó a su hijo. —Si te he hecho llamar es para hacerte saber que ha llegado un mensaje de Diedre. El príncipe sale hoy hacia aquí.— Naadur era la única persona al tanto del secreto aparte de Andamar y sus hombres de más confianza. —Ahora mismo, me dispongo a enviar una escolta para que acompañe al pequeño heredero. Imagino que te complacerá ayudarme a seleccionar a los hombres.—

—Lo haré gustoso. Pero padre, no busques a ningún capitán. Yo mandaré la escolta.— Naadur dijo entusiasmado.

—De ninguna manera, hijo. Siempre existe peligro. Quiero proteger al príncipe de Narvaly, no ponerte en riesgo a ti.—

—Pero padre. Ya no soy ningún niño ¿Cómo esperas que los nobles envíen a sus hijos a la guerra en tu nombre, y los soldados se arriesguen, mientras yo permanezco holgazaneando en palacio? Así nunca tendré su respeto. Tú mismo, que detestas la guerra, has entrado en batalla ¿Pretendes impedirme hacer lo mismo cuando tanto amo ser soldado? Ponme al frente de esa escolta, y te doy mi palabra de que los dos príncipes nos presentaremos ante ti sanos y salvos.—

Naadur tenía razón, claro. Por eso, Andamar no tuvo más remedio que complacerle. Sabía que no habría mejor capitán, pero no podía evitar el temor de que algo malo le ocurriera a su único hijo.

—Los dioses quieran que nazca un varón.— Comentó ante su madre y su esposa más tarde aquel día. Ambas habían recibido la noticia con gran alegría, claro, pero por consejo de la reina, se decidió esperar para dar la noticia oficialmente. Era lo más prudente después de lo sucedido la vez anterior.

—Más vale.— Dijo la reina viuda, muy seria. —Porque mucho me temo que esa frágil criatura no resistirá otro parto. En realidad, me maravilla que se sostenga en pie siquiera. Parece hecha de porcelana, e igual de fácil de romper.—

Menetir no tuvo demasiados problemas para entrar en Kynán. Lo hizo desde Narvaly, en secreto naturalmente, pues no era cuestión de que los guardias fronterizos alertaran a la princesa Diedre, quien era la regente en ausencia de su hermano. Aquella zona le resultaba de sobra conocida. Cuántas veces habían recorrido él y su familia aquellos caminos hacia la Heredad del Sur o desde ella. Sabía que su tío Andamar era ahora el dueño de las tierras que pertenecieron a su padre, pero conocía a los lugareños, y no le costó encontrar a antiguos criados de la casa que habían sido despedidos por Andamar por permanecer leales a Domusal. Ellos le proporcionaron un buen escondite para él y sus hombres, en espera de la comitiva real. Aquél era el camino más corto y mejor hacia Taros, por lo que sólo tendría que esperar y tomarlos por sorpresa.

Justo un día antes de que Menetir llegara a la Heredad del Sur para preparar su emboscada, el pequeño príncipe de Narvaly emprendía su camino hacia Kynán. Con la excusa de que había estado enfermo y le convenía el aire fresco de los prados de alta montaña, sus padres le habían sacado de Hitowa sin despertar sospechas. Le habían llevado a una granja propiedad de la familia de su padre donde se suponía que realizaría su recuperación. La granja estaba más alejada de la frontera que la capital, pero la salida desde allí era mucho más segura. Era la misma estratagema que sus padres utilizaron para acudir a su encuentro secreto. Así, en un humilde carro de granjeros, el pequeño salió antes del amanecer hacia la frontera.

El viaje era lento, pero a nadie llamaría la atención un carro de campesinos traqueteando por los caminos. Naturalmente, los padres del pequeño no sabían que tantas precauciones eran superfluas, ya que su plan había sido descubierto. Cuando la princesa Diedre y su esposo regresaron a palacio se encontraron con la cruda verdad. Netyk ya estaba allí. Sus hombres habían tomado el palacio y apresado a todo aquel sospechoso de colaborar en el complot para arrebatarse la corona. El rey no tuvo piedad, encerró a su hermana y su cuñado en las mazmorras acusados de alta traición.

Al día siguiente, los hizo comparecer ante él, en el salón del trono en presencia de los nobles que habían permanecido leales al rey. Allí, Diedre no sólo reconoció su intención de derrocar a su hermano, sino que insistió en que no era un rey digno y sólo conseguiría arruinar su reino. Netyk no dudó a la hora de pronunciar la sentencia. Su hermana, su cuñado, y todos los nobles que colaboraron con ellos fueron condenados a muerte. Antes de que transcurriera una semana, todos serían ejecutados.

Cuando Menetir llegó a su escondite, Naadur ya había pasado con sus hombres de escolta camino de la frontera de Narvaly. Aún tuvieron que esperar. Naadur estaba sorprendido, pues casi habían pasado dos días completos desde la partida del niño, tiempo más que suficiente para llegar a la frontera. Mas cuando al fin, divisó el humilde carro de bueyes comprendió la tardanza. Era un carro cubierto como los que los campesinos usaban para llevar sus productos a vender al mercado. Un par de asnos iban atados detrás, como si fueran la mercancía que se iba a vender. Naadur sólo vio a un hombre, que era quien conducía el carro. El príncipe, debía de viajar dentro.

Hizo que sus hombres se ocultaran para que no les vieran los guardias que custodiaban el estrecho puente sobre un barranco que hacía de frontera entre Narvaly y Kynán. Y esperó nervioso mientras dichos guardias hablaban con el hombre del carro. Aparentemente, no encontraron nada fuera de lo normal, y permitieron el paso. Una vez el carro se adentró un buen trecho en Kynán, y dobló un recodo del camino, Naadur dio la orden a sus hombres de abandonar el escondite. Vio alarma en el rostro del hombre del carro, pero ésta desapareció al ver los emblemas del rey Andamar que portaba el grupo.

Naadur saludó al hombre, y, tras disponer cuidadosamente a los escoltas, subió al carro, entrando en la parte cubierta. Allí se llevó una gran impresión. Desde luego, sabía que el príncipe, heredero de Narvaly después de su madre, era un niño. Pero le sorprendió lo pequeño que era.

Recordó entonces que apenas tenía cuatro años, lo que quedaba bien de manifiesto, pues aún necesitaba de su nodriza. Ésta era una robusta mujer de mejillas coloradas. Ambos le miraban con ojos asustados.

—No tengas miedo, príncipe Rolf. Soy el príncipe Naadur, heredero de Kynán y tu futuro suegro.— Naadur dijo con una sonrisa. —He venido para acompañarte hasta mi palacio, donde vivirás por un tiempo.— Mirando a aquel niño, Naadur no podía evitar pensar que, tal vez, muy pronto, él tendría uno así también. Un heredero a quien enseñar a ser el mejor guerrero valate.

Menetir sonrió satisfecho al ver acercarse, lentamente por el paso de los bueyes, a la comitiva con la escolta real de Kynán. Dio la señal y sus hombres se lanzaron al camino, interceptando a los viajeros. La sorpresa de los escoltas apenas duró, y enseguida, comenzaron a defenderse del duro ataque de los hombres de Menetir. Éste ya esperaba que lucharían, por algo eran escoltas reales. Lo que no esperaba era que, de pronto, del carro saliera Naadur. Su furia se multiplicó. Podría cobrarse la vida de aquel a quien tanto odiaba, y sería en batalla, por lo que no habría acusaciones contra él.

Inmediatamente, ambos se enzarzaron en una lucha feroz. Menetir era mayor, más corpulento, y con gran experiencia. Pero Naadur tenía la rapidez y energía de la juventud de su lado. Menetir logró asestarle dos fuertes golpes en el pecho y costado con su pesada espada. El dolor le nubló brevemente la vista y le cortó la respiración, pero consiguió mantenerse sobre su caballo. Con furia renovada, devolvió los golpes, y él sí consiguió derribar a Menetir. Desmontó para continuar la lucha, e impedir que su primo montara de nuevo. La técnica de lucha de Naadur había mejorado muchísimo en esos años, algo que tomó por sorpresa a Menetir, de modo, que el más joven consiguió arrebatarse su espada y derribarlo al suelo. Cuando vio a Naadur poner el pie sobre su pecho y la punta de su espada sobre su cuello, estuvo seguro de que había llegado su fin.

Sin embargo, Naadur no estaba imbuido de los deseos de venganza que animaban a su primo, incluso aunque siempre sospechó de él en el asesinato de la pequeña Uxyla. Pero decidió que Menetir era una pieza más valiosa viva que muerta. En ese momento, fue al fin consciente de que sus hombres habían resultado vencedores del enfrentamiento. Varios cadáveres yacían en el camino, por desgracia, algunos llevaban el emblema de Andamar. Pero el ataque no había tenido éxito. Ordenó a

dos de sus hombres que ataran a Menetir y lo montaran sobre uno de los asnos. Qué formidable humillación para alguien tan arrogante como él. Subió de nuevo al carro para comprobar, aliviado, que el pequeño Rolf estaba a salvo.

Cuando al fin, después de otro día más, llegaron a Taros, Naadur se sentía molido, pero feliz. Su pecho y costado mostraban las moradas señales de la batalla, pero cada vez que miraba detrás del carro, y veía a Menetir, cuyos pies arrastraban por el suelo montado en el pequeño asno, se olvidaba del dolor, y sólo podía pensar en la cara de su padre cuando viera la sorpresa que le traía.

—Ya ves, querido padre.— Dijo eufórico cuando al fin se encontró en presencia del rey. Andamar no podía disimular el alivio que sentía al verle regresar vivo y entero. —Te prometí dos príncipes, y te traigo tres.—

—Bien, Menetir, no puedo decir que me desagrade verte de esta guisa.— Andamar se dirigió a su sobrino. El rostro de éste estaba rojo de ira, aunque parecía hacer esfuerzos por mantener cierta compostura, cosa difícil a lomos de un pequeño asno.

—La suerte te sonríe, Andamar. Disfruta mientras puedas, porque no seré tu prisionero mucho tiempo. Sabes que mi padre tiene muchos aliados que apoyan su causa. No tardará en pagarte cualquier rescate que le pidas.— Menetir dijo con arrogancia. Andamar sonrió, burlón.

—Me temo, querido sobrino, que andas muy errado. No eres un simple prisionero de guerra con el que se negocia con el enemigo. Hay contra ti acusaciones muy graves. Tú y toda tu familia me jurasteis lealtad aquí, en este mismo palacio. Sin embargo, os alzasteis en armas contra mí, vuestro rey legítimo. Rebelarse contra el rey es un delito gravísimo.—

—¿Tú el rey legítimo? Sólo te sientas en el trono porque lo robaste. O más bien, la arpía de tu madre lo robó para ti. No eres más que un pelele en manos de tu madre y tu esposa. Eres una vergüenza para los hombres valate. Mi padre escupió, y yo escupo también sobre aquel juramento de lealtad.— Bramó Menetir, e hizo precisamente eso. Naadur tiró de las ligaduras que le ataban las manos, obligándole a desmontar de un modo nada airoso del asno.

—Más vale que cierres la boca. Ya has hablado demasiado.— Le dijo al oído, aunque todos lo oyeron.

—Naadur tiene razón. Llévadle a la torre norte.— Ordenó Andamar. Al oír esto, Menetir no pudo evitar sentir un escalofrío. Conocía perfectamente el Palacio de las Nubes, se había criado en él, y sabía que

en la torre norte se encontraban las más terribles mazmorras. La torre se encontraba en la esquina noroeste del palacio, en el lado que daba al mar. Las mazmorras se encontraban en lo alto. Desde sus estrechas ventanas enrejadas sólo se veía el mar y las rocas en las que se asentaba la torre, que se encontraba expuesta a los fríos y húmedos vientos marinos en invierno y al implacable sol en verano.

Una vez el prisionero seguro en la mazmorra, Andamar pidió hablar a solas con su hijo. No le pasó desapercibido el gesto de dolor que el joven intentó disimular al sentarse delante de su padre. Ya le había visto hacerlo antes. Sabía que no se encontraba malherido, pero verle sufrir, siempre le afectaba.

—¿Es cierto que piensas acusar a Menetir de rebelión?—

—Desde luego. Pero, no temas, pienso ceñirme fielmente a las leyes. No quiero darles más argumentos para poner en duda mi legitimidad. La ley está conmigo, y no pienso apartarme de ella. Menetir será juzgado y recibirá el castigo que se estipule. Pero no te he llamado por eso. Sé que estarás deseando ir a descansar. Pero primero necesito que me aclares una duda. Es evidente que vencisteis en el enfrentamiento. Y si conseguiste tener a Menetir en la tesitura de ser hecho prisionero, seguramente también habrías podido matarle. Es nuestro enemigo declarado. Habría sido una muerte lícita, y habría aumentado considerablemente tu prestigio como guerrero.—

—Tienes razón, padre. Tuve a Menetir a merced de mi espada. Sé que él esperaba que le diera muerte. Lo vi en sus ojos. Pero precisamente por eso, por lo que has dicho, no lo hice. Él no merece una muerte honorable en batalla. Es más adecuado que sea ejecutado como traidor.—

—Vaya, a pesar de la situación en la que nos encontramos, me sorprende ver que tienes tal resentimiento hacia él.—

—Padre, si hubieras pasado tanto tiempo entre los hombres como entre tus queridos libros, sabrías que no es un sentimiento tan infrecuente. Menetir no es un hombre honorable, padre. Es malvado y cruel. Yo mismo he sufrido su crueldad durante mi instrucción militar, aunque su víctima favorita era su hermano. Gracias a él, a Enekhhal, aprendí a manejar a Menetir. Se complace en atormentar a quien se le antoja. A menudo infligía castigos demasiado duros, y completamente arbitrarios a los soldados, sólo por capricho. Pero Enekhhal es muy listo, y enseguida se dio cuenta de que a Menetir no le divierte atormentar si no produce

sufrimiento. Por eso siempre actúa como si nada le importara, y yo aprendí a hacer lo mismo. Tú le has puesto antes en su lugar al no seguir sus fanfarronadas.—

—Siempre supe que Menetir tiene mal carácter, pero no tenía idea de que actuase de esa forma.— Andamar dijo, pensativo.

—¿Mal carácter? Si así lo quieres decir. Pero ya te digo que es malvado de verdad. No puedo demostrarlo, pero estoy seguro de que él fue el verdadero responsable de la muerte de la pobre Uxyla ¿Por qué si no se dio tanta prisa en matar a aquella mujer, sin dejar posibilidad alguna de interrogarla?—

—¡Por todo lo que es sagrado, Naadur! ¿Cómo puedes decir algo así? Es una acusación horrible. No puedo imaginar a Domusal...—

—No hablo de Domusal, padre. Él sí es un hombre de honor. Pero tampoco deberías escandalizarte. Después de todo, ellos nos acusan a nosotros de haber planeado la muerte de Uxyla. En eso basan su rebelión. Siento mucho disgustarte, padre.—

—No eres tú quien me disgusta, sino esta guerra absurda entre hermanos. Tal vez, el juicio de Menetir haga reflexionar a Domusal.—

El ambiente en el palacio real de Shimma era bastante lúgubre. Todos estaban muy impresionados de cómo Netyk había reaccionado ante el complot dirigido por su hermana. La noticia de que ella estaba condenada a muerte como el resto de conspiradores había afectado muy especialmente a Zodrim. Después de todo, también era su hermana. La joven, que se encontraba en su tercer embarazo, permanecía melancólica sentada en una butaca de uno de los salones.

Domusal se sentaba en otra butaca frente a ella. Sentía compasión por Zodrim. Desde que su esposa murió en el terremoto, ella había sido siempre atenta y amable con él. Incluso durante su difícil recuperación después de serle amputada la pierna. Ni su propia hija se había preocupado tanto por su bienestar. La verdad, es que Nusi se comportaba cada vez de un modo más frío y distante. Domusal estaba seguro de que su carácter se había amargado completamente desde la muerte de su pequeña Uxyla, y ya sólo parecía compartir los deseos de venganza de su esposo y su hijo. Sin embargo, Zodrim se comportaba con él como una buena hija, y Domusal le había tomado mucho cariño.

—Te comprendo, querida. Los enfrentamientos entre hermanos son especialmente dolorosos.— Dijo. Ella le miró. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos por el llanto, lo que no contribuía a aumentar su ya escasa belleza.

—Sé que Diedre ha cometido un delito, pero ¿de verdad tiene que morir? Podría desterrarla, despojarla de sus privilegios... ¿Qué será ahora de sus hijos? El pequeño Górag apenas tiene un año. Es un castigo tan cruel.— Se lamentó Zodrim.

—Ser rey no es fácil, ni siquiera ser un rey sin reino como yo. A veces, hay que tomar decisiones duras.— Domusal intentó consolarla.

—Pero es nuestra hermana. No comprendo qué le ha pasado a Netyk. Siempre fue un hermano tan bueno con nosotras.—

—Seguramente ha pasado demasiado tiempo cerca de Menetir, e intenta impresionarle, lo que nunca es bueno.— Enekhal dijo en su tono irónico habitual, mientras entraba en la estancia.

—No seas tan insolente. Menetir no sólo es tu hermano, sino también su esposo.— Le recriminó Domusal.

—Mis disculpas, querida cuñada. Pero me temo, padre, que mi visita no es de cortesía. Hace menos de una hora, ha llegado un correo de Kynán.— Dijo mostrando un cilindro de cuero de los que se usaban para contener pergaminos valiosos. —Es un mensaje para ti, padre, del mismísimo Andamar.— Entregó el cilindro a su padre. Domusal comprobó que en efecto, en el cuero estaba grabado el emblema real de Andamar. Lo abrió y rompió el sello de cera.

Enekhal y Zodrim le miraban con atención. Alarmados, ambos le vieron empalidecer, mientras le temblaban las manos, tanto que el pergamino se le cayó. Enekhal lo cogió, y leyó su contenido.

—¿Qué dice el mensaje?— Zodrim preguntó angustiada.

—Andamar tiene prisionero a Menetir, y planea juzgarle por rebelión.— Enekhal dijo sin rastro de ironía ni sarcasmo. Zodrim sintió una desagradable punzada en el vientre, como si la criatura que llevaba hubiera comprendido aquellas palabras. Se cubrió el rostro con las manos.

—¿Rebelión?— Preguntó con voz ahogada.

—En efecto. Se puede decir que ya eres viuda.— Enekhal dijo.

—¡No, no, eso no puede ser cierto!— Gritó Domusal lleno de angustia. Intentó ponerse en pie apoyándose torpemente en las muletas.

—Padre, cálmate. Era algo que podía ocurrir.—

—¡No, me niego! Menetir no puede morir. No...— El rostro de Domusal estaba congestionado. Su respiración se volvió más agitada. Al fin, se llevó la mano al pecho, y se desplomó. Enekhhal acudió inmediatamente a su lado. Zodrim miraba horrorizada.

—¿Está muerto?— Preguntó con un hilo de voz.

—No, respira, aunque esta clase de disgustos no le convienen nada.— Enekhhal ordenó a los criados llevar a su padre a sus aposentos. Zodrim también se retiró a los suyos. Le temblaban las piernas, y se sostenía el hinchado vientre mientras caminaba tambaleante. —¿Te encuentras bien? ¿El niño...?—

—Aún no es tiempo. Tranquilo. Creo que yo también necesito descansar. Ocúpate de tu padre. Se ha impresionado mucho.—

—La verdad, no sé si lo soportará. Menetir es su primogénito, su mano derecha. Mi padre nunca ha visto más que por sus ojos. Menetir era el príncipe perfecto. Iba a ser el nuevo Groaker el Grande, el que trajera una nueva edad de oro a Kynán. Si muere, no creo que mi padre le sobreviva mucho.—

—Pero os tiene a Nusi y a ti. Tú eres un buen hijo. Desde que te conozco siempre he visto lo mucho que le amas.—

—Eso da igual, Zodrim. Haga yo lo que haga, él siempre preferirá a Menetir. Pero, no te preocupes, hace mucho que lo tengo asumido. Descansa, te vendrá bien.—

Los gritos de Domusal se oían por toda el ala del palacio. Un par de palomas que habían estado posadas en el alféizar de su ventana, volaron espantadas.

—¡Maldición! Por todos los demonios del abismo ¿Es que nadie me oye?— Gritaba como un poseso.

—Tranquilízate padre. Ya estoy aquí.— Dijo Enekhhal entrando en los aposentos de su padre. Había estado todo el tiempo en la antecámara de Domusal.

—¿Por qué no está ninguno de los sirvientes? ¿Y dónde están mis muletas? ¿Acaso voy a tener que arrastrarme como un animal?—

—Yo ordené a todos que se fueran, e hice poner las muletas lejos de la cama. Necesitas descansar. Antes creíamos que habías muerto. Debes cuidar tu salud.—

—No tengo tiempo para eso. Menetir va a morir ¿No lo entiendes? No puede morir, mi hijo no puede morir.— La voz se le quebraba. Enekhal se sentó al borde de la cama e intentó calmarle.

—Padre. Sé que es terrible. Pero debes asumirlo. Menetir no va a volver con nosotros.—

—No digas eso ¿Cómo puedes decir eso? Siempre has sido tan rebelde e insolente. Las reglas no se han hecho para ti. Haces lo que se te antoja. Ni siquiera has tomado esposa, como corresponde a un noble valate.— Domusal hablaba sin demasiada coherencia.

—Y ¿para qué necesitas que yo me despose? Menetir ya se ha encargado de producir suficientes herederos.— No le sorprendió demasiado la bofetada de su padre, aunque sí le alarmó su poca fuerza. —Perdona, padre. No he debido decir eso. Ya sé que preferirías que fuera yo quien estuviera prisionero a punto de morir en vez de Menetir, pero ¿qué le vamos a hacer? Es lo que hay.— La expresión de Domusal cambió por completo. Enekhal habría jurado que estaba a punto de llorar, y se le partía el corazón. Para su sorpresa, su padre le tomó la cara entre las manos, y acercó mucho la suya, mirándole a los ojos.

—¿De verdad piensas eso? Amo a todos mis hijos por igual. Menetir es mi primogénito. Está destinado a reinar, a dirigir los ejércitos, así es como debe ser. Pero tú estás destinado a permanecer a su lado como su mejor consejero. Él te necesita. Ambos te necesitamos. Los dos sois igual de valiosos para mí. Jamás desearía que tú estuvieras en su lugar.— Enekhal tragó saliva. Era evidente la sinceridad de las palabras de su padre, y eso le conmovió profundamente.—

—Pero no hay nada que podamos hacer para cambiar lo que va a pasar, padre.—

—Si que lo hay. Pero hemos de ser rápidos. Vamos, ayúdame a levantarme. Hay mucho que hacer.—

—Está bien padre. Tienes un plan. Dime de qué se trata. Te prometo que yo haré todo lo que me pidas. Pero tú debes descansar.—

4:

El encuentro

La noche que Yaluc y Mores iban a pasar en el campamento de las Hijas se convirtió en días, y después en semanas. Resultó que aquella remota región era sumamente interesante para el joven. Había numerosas cuevas, alguna de ellas con pinturas, que naturalmente insistió en visitar. Dilmala estaba mortificada y encantada a partes iguales. Si había insistido en evitarle era por buenas razones. Tenerle cerca, verle todos los días, era un suplicio. Pero, al mismo tiempo, disfrutaba de su compañía, de escuchar sus historias sobre los sitios que había visitado y las cosas nuevas que había aprendido, y sobre todo, de poder mirar su bello rostro.

Al principio, pensó que sería mucho más incómodo, con Tureya allí, pero pronto vio que Yaluc procuraba evitar a la otra joven con el mismo empeño en que ella le había estado evitando a él. Tureya no tardó en darse por vencida. No obstante, la relación entre ellas seguía siendo tensa. Quizá porque ambas tenían un carácter similar. Una mañana, muy temprano, en la que habían salido de caza para reponer provisiones en el campamento, se dio cuenta de que Tureya quería quedarse a solas con ella, y lo propició. Sólo habían salido unas cuantas. Yaluc no se encontraba en el campamento, pues había insistido en pasar la noche en una de las cuevas que acababa de descubrir. De modo que, pensó, si Tureya quería hablar, ésta sería una ocasión excelente.

—¿Sabes Dilmala? Si le insistí a mi padre para que me llevara a la Aldea del Roble Partido para unirme a las Hijas, fue porque sabía que tu grupo andaba por allí. Había oído hablar mucho de ti, de tu cercanía a Zesera, y te admiraba. Estaba segura de que contigo aprendería a ser una auténtica loggi. Pero, la verdad, me siento un tanto decepcionada contigo.—

—¿Y eso por qué?—

—Se supone que un auténtico loggi no se considera dueño de nada. Y, sin embargo, desde que encontramos a Yaluc, da la impresión de que le marcaste con un hierro como hacen los señores valate con el ganado, para que nadie más se le acerque.—

—Eso que dices no tiene sentido. Además de que no es cierto.— A Dilmala le costó disimular cuánto le molestaba que Tureya la leyera tan fácilmente. La otra joven sonrió condescendiente.

—No sé si es que estuvisteis juntos, pero está claro, que él no es tu compañero.—

—Tampoco es el tuyo, ni lo será. No pienses que por haber yacido con él una noche, le conoces.— Dilmala replicó amargamente.

—Yo no soy tu enemiga, Dilmala. Me ha quedado bastante claro que no quiere nada conmigo. Si me he acercado a hablar contigo es para decirte que no tienes que seguir con esa actitud hacia mí. Acepto si él te prefiere. Pero, no quisiera que se estropease nuestra relación dentro de las Hijas.—

—¿Ves cómo no entiendes nada de nada? Conozco a Yaluc mejor que tú. Él no prefiere a ninguna de nosotras, te lo aseguro.— Dilmala dijo cortante, y se alejó camino del campamento. Mores, que se había quedado, salió a recibirla con su acostumbrada alegría.

Esa tarde, cuando Yaluc regresó de su estancia en la cueva, todos escucharon fascinados su descripción de las pinturas que contenía, y de cómo algunas de las figuras parecían cobrar vida y moverse a la luz de las llamas. Cenaron en armonía. Dilmala se dio cuenta de que Tureya intentaba averiguar con poco disimulo si Yaluc se interesaba por alguna de las otras jóvenes del grupo, y sintió lástima por la pobre ingenua. Al acabar la cena, Yaluc anunció que al día siguiente, Mores y él se pondrían de nuevo en camino. Todos se retiraron a dormir.

Dilmala se quedó despierta, aunque no le tocaba estar de guardia. Caminó un rato en la oscuridad, hasta que, al fin, se decidió. Se acercó con cuidado al rincón al pie de una gran roca donde Mores y Yaluc dormían. Sin embargo, el joven también permanecía despierto. Dilmala le contempló un momento a la luz de la luna, parecía ensimismado en profundos pensamientos. Se aclaró la garganta para avisarle de su presencia. Él se volvió, sonrió, y con señas, le pidió que no hiciera ruido para no despertar a Mores. Ella señaló unos arbustos a unos pasos de allí. Él se levantó, y la siguió.

—Me complace mucho que quieras hablar conmigo antes de que me vaya. Siempre tengo la impresión de que me evitas.— Yaluc dijo, de buen humor.

—No es verdad.— Protestó ella sin mucho convencimiento.

—Sí que lo es.— Yaluc rio. A Dilmala le encantaba oírle reír. Tenía una risa tan inocente y clara como la de un niño. Pero ya hacía mucho

que no era un niño. —Me evitas, y sé por qué. Antes no lo entendía. Llegué a pensar que no te caía bien, que me odiabas incluso. Tú tenías razón, era tan bobo.— Ella le miró, sorprendida. —Pero ya no soy un niño, Dilmala. En estos años he aprendido muchas cosas... algunas sobre mí. Cosas sobre mí que tú supiste ver antes que yo mismo siquiera las sospechara.—

—Verás, Yaluc...—

—No, déjame hablar, por favor. No sé si es que Tureya te lo contó, o tú misma lo adivinaste, como lo adivinas todo, pero sé que sabes lo que pasó entre nosotros, y sé que eso te hace sufrir. Lo he visto en tus ojos cuando ella se me acerca. No planeé que ocurriera. Sé que ella lo desea, pero para mí, sólo significó que se me abrieran los ojos, y me viera tal como soy, aunque no me guste.—

—¿Por qué te causa tanto sufrimiento cómo eres? No eres el único ¿sabes? Hay otros como tú, siempre los hubo.—

—Lo sé. Lo he visto. Y sé que para vosotros no es nada extraordinario. Mores y yo visitamos una aldea tan remota en las montañas del oeste, que la gente allí aún hablaba la antigua lengua. Tuvimos que servirnos de un campesino de la región para entendernos con ellos, y vi cómo debía de vivir tu gente antes de que llegasen los valate. Pero, por mucho que os ame, e incluso, llevando un nombre loggi, yo no soy uno de vosotros.—

—Deseo sinceramente que resuelvas tus dudas y dejes de sufrir. Tú... eres muy especial para mí. Sé que Jaduma te lo ha dicho alguna vez, pero nunca te agradeceremos bastante lo que haces por Mores.—

—No es para tanto. Él me hace compañía. He elegido una vida muy solitaria. Y, pensándolo bien, quizá sea mejor así, que vaya siempre de un lugar a otro, puesto que no encajo en ninguno.—

—Me duele oírte hablar así. Tienes tu lugar, Yaluc, y lo encontrarás. No olvides lo que Zesera te dijo: la Madre te habla. No dejes nunca de escucharla.— Se miraron a los ojos por un largo momento.

—¿Te estás despidiendo de mí, Dilmala? Hablas como si no fuéramos a vernos nunca más.— Yaluc dijo muy serio. Ella forzó una sonrisa.

—¡Qué bobada! Has dicho que partes mañana ¿no? Pues que Mores y tú tengáis un buen viaje hacia donde quiera que decidáis ir.— Dilmala dijo en tono ligero, y comenzó a alejarse de nuevo hacia el campamento. Al poco rato, no pudo resistir el deseo de girarse. Yaluc continuaba muy pensativo junto a los arbustos. —Volveremos a vernos,

pero no será en circunstancias agradables. Cuídate mucho, mi dulce Yaluc.— Susurró, y se giró de nuevo para seguir caminando hacia su lugar de descanso.

El plan de Domusal para evitar la muerte de su hijo era muy simple, y a la vez, terriblemente complicado. Pero Enekhal le había dado su palabra a su padre de que haría todo lo necesario, y pensaba cumplir.

—Hijo mío, todo lo que ha pasado en estos últimos cinco años nos debe hacer reflexionar.— Había dicho Domusal, cuando al fin, Enekhal consiguió que se calmara y permaneciera en su lecho. —Nunca en toda la historia valate hubo una guerra civil, y mucho menos, entre valate con la misma sangre. Ésa es la razón por la que ninguno de los bandos hemos conseguido nada, aparte de la pérdida de tantas vidas y patrimonio. El poderoso Nin, rey de todos los dioses, nos ha estado enviando sus señales, pero nos hemos negado a verlas.— Continuó con énfasis.

—Padre, te he prometido escuchar tu plan, pero tú me has dado tu palabra de que no ibas a volver a alterarte como antes.—

—De acuerdo, de acuerdo. Pero ¿no ves a qué me refiero? Andamar ha perdido Midum, y cuando intentó recuperarlo, fue vencido, e incluso resultó herido. Cuando yo reuní mi gran ejército para arrebatarle el trono, los demonios de los abismos de la tierra y del mar salieron destruyendo la ciudad, mi ejército y a mí mismo. Nin el poderoso siempre nos concedió la victoria sobre nuestros enemigos, pero éstos nunca fueron otros valate.—

—¿Y qué propones, padre? ¿Rendirnos?—

—No exactamente, pero, algo así. Me dispongo a proponer a Andamar un nuevo tratado de paz. Él lo hizo al principio, y si conozco a mi hermano, estará dispuesto a sellar uno nuevo. Él detesta la guerra.—

—Pero si deponemos las armas, seremos apresados y juzgados como Menetir, por habernos levantado en armas contra Andamar. No salvaremos a Menetir, sino que pereceremos todos.—

—Desde luego, el pacto no nos será tan favorable como el que propuso Andamar. Hemos luchado contra él. Pero, aunque no sea un consumado guerrero como yo, él sabe que tenemos muchos y poderosos aliados, que esta guerra puede durar mucho tiempo. Ahora mismo, ninguno de los dos bandos es lo bastante fuerte como para derrotar al otro. Le ofreceré el cese total de las hostilidades, la recuperación de

Midum, y me entregaré para ser juzgado por rebelión, a cambio de que perdone la vida a quienes me apoyasteis. Seréis castigados, claro, quizá con el destierro y la pérdida total de cualquier privilegio. Pero, los bienes se pueden volver a conseguir, y el destierro nunca suele ser para siempre.—

—Padre ¿De verdad te piensas entregar a Andamar?— Enekhhal sonaba angustiado.

—Mírame, hijo. Ya no soy joven, y desde que perdí la pierna mi salud ha empeorado mucho. Soy un soldado, no temo a la muerte.—

—No voy a discutir contigo, porque tu plan adolece de muchos puntos débiles. Puede que muchos de nuestros aliados se conformen con volver a lo de antes, pero dudo de que los Cenwolf acepten rendirse sin obtener la venganza que anhelan por la muerte de Uxyla. Y, aunque ellos aceptaran, Menetir jamás lo haría. Padre, sé que te duele oírlo, pero él preferiría morir a renunciar a su derecho al trono de Kynán.—

—Todo eso, ya se verá. Por el momento, sigo siendo el poseedor de ese derecho al trono, y el jefe de todos vosotros. Exijo que se me obedezca, o yo mismo me encargaré de castigar a cualquier rebelde ¿Serás tú uno de ellos?— Domusal habló con tono exigente.

—No, padre. Te di mi palabra, y la cumpliré. Dime qué quieres que haga. De todas formas, nunca confié en salir bien parado de esto desde el momento en que me uní a tu causa.—

—Bien, en ese caso. Quiero que viajes a Esterria con un mensaje mío para Tessino. Él no es amigo de los valate, pero su reino permanece neutral. Necesito un escenario neutral para celebrar la conferencia de paz con Andamar.—

—¿Crees que Tessino estará dispuesto a ceder su reino para que acabemos con la guerra? A él le conviene mucho que luchemos entre nosotros.—

—Cierto, pero le conviene más seguir teniendo el derecho de explotar las minas de hierro de Grodania pagando tan poco, gracias al acuerdo entre mi padre y el difunto rey de Esterria. Si tuviera que pagar un hierro más caro, le sería imposible mantener armados a sus ejércitos fronterizos que contienen a los bárbaros del este. Si se niega a ceder su reino, juro que convenceré a Andamar para que le retire el permiso.— Enekhhal sonrió.

—Ahora, recuerdo porqué tú eras el Consejero de Guerra del rey Belcentes. Escribe el mensaje. Partiré de inmediato.—

—Excelente. Escribiré ese mensaje y otro para Andamar, que le llevará su propio correo. No habrá partido aún ¿verdad? Al menos, descansará un día.

Tres días después, Andamar recibió el mensaje de su hermano. Se felicitó por ser siempre prudente. No había querido precipitarse en el juicio de su sobrino, como Netyk había hecho con su hermana. El día anterior, había recibido las terribles noticias. Netyk se disponía a ejecutar a los conspiradores, y le exigía que enviase de vuelta a Narvaly al príncipe Rolf. No tenía la menor intención de hacerlo, al menos por el momento. Temía por la vida del pequeño, y él se había comprometido con sus padres a protegerlo. En cuanto a Menetir, pensaba tomarse su tiempo para estudiar detenidamente las leyes, y reunir un jurado adecuado.

La propuesta de Domusal le parecía digna de atención, aunque tampoco pensaba precipitarse en aceptarla. Esperaría a ver qué hacían los aliados de su hermano, y si Tessino aceptaba ser el anfitrión de la conferencia de paz. Mientras, se dedicó a rebuscar entre los libros y documentos del templo cualquier cosa que le pudiera servir. Permaneció más de dos semanas sumergido entre libros, como cuando sólo era el Príncipe —Estudioso.—

Andamar no había revelado a nadie, ni siquiera a Naadur, el contenido del mensaje de Domusal, por lo que, todos en palacio, creían que sólo se había perdido entre libros como solía. Sin embargo, Garpa no estaba tan tranquila. Sabía que Andamar se traía algo más entre manos, y le fastidiaba sobremanera no saber nada. No estaba acostumbrada a permanecer al margen de los acontecimientos. Según pasaban los días, la actitud de Andamar se volvía más extraña. Y la cosa empeoró cuando se enteró por terceros de que su hijo el rey había partido a un misterioso viaje cuyo destino nadie parecía conocer. Ya no podía más, y una tarde, se presentó en el gabinete privado de Brala.

—Qué sorpresa, querida prima.— Brala la saludó no sin cierto retintín. Siempre la llamaba prima en vez de suegra. —Te hacía descansando en tus aposentos en esta tarde tan calurosa.—

—No soy tan vieja como para que un poco de calor me espante.— Protestó, mientras se sentaba en un elegante diván frente a Brala, que lo hacía junto a una ventana.

—No pretendía insultarte. Toma, bebe un poco de agua. Está muy fresca.— Brala ofreció amable, mientras se levantaba, y ella misma servía

una jarra de agua a su suegra. —Y bien ¿Qué te trae por aquí?— El agua estaba deliciosamente fría. Mientras bebía, se tomó su tiempo. Era obvio que no engañaba a Brala.

—Me preocupa mi hijo ¿No crees que últimamente se ha estado comportando de forma extraña?—

—En absoluto.— Brala dijo, quitándole toda importancia. —Siempre le ha gustado pasar horas y horas con sus queridos libros.—

—¿Y desaparecer, sin que nadie sepa dónde ha ido? Sé que no es una expedición militar. Todos sus generales siguen aquí.—

—Veo que te has estado informando. Pero Andamar es el rey. Puede ir y venir cuando se le antoje.—

—No me des largas. No hace falta que disimules tanto. Crees que no es asunto mío.— Garpa refunfuñó.

—No te doy largas, pero si esperas que te revele cualquier secreto que mi esposo haya podido confiarme, estás muy equivocada, querida prima. Sé que siempre has intervenido en todo. Pero tú ya no eres la reina. Yo soy ahora la reina, y no pienso permitir que ni tú ni nadie mine mi autoridad.— Brala dijo con firmeza. La dulce Brala no había resultado tan dócil como ella había esperado. No debería extrañarle sin embargo. Al fin y al cabo, era una Gormaron, y por eso mismo, la había elegido como esposa para su hijo.

—Está bien ¿Se me permite preguntar por la princesa Numa?— Brala sonrió, satisfecha de su triunfo. En un tono mucho más amable, dijo.

—Se encuentra muy bien, gracias por preguntar. Está tomando todas las precauciones para que el niño nazca sin contratiempos.—

—Los dioses nos sean propicios.— Garpa exclamó, y a su mente, volvieron las extrañas y perturbadoras imágenes de esos sueños que tenía de vez en cuando.

Aquella estaba resultando una primavera muy calurosa. Yaluc se preguntaba cómo resistirían el verano, si el tiempo seguía así. Se le ocurrió que, tal vez, podrían viajar de nuevo al extremo noroeste de Kynán, allí donde las montañas del oeste llegaban hasta el mar. La última vez que estuvieron allí, era otoño y llovía constantemente. Se preguntaba si el verano allí sería como en Taros, y podrían nadar en el mar. Bueno, Mores podría nadar, pues él seguía sin saber. Al chico le entusiasmó la idea. De modo, que tomaron una ruta que los llevara en aquella dirección.

Otra cosa buena que tenía aquel viaje era que tendrían que pasar muy cerca de la aldea de Mores. Así que, podrían visitar a la familia del niño, que Yaluc consideraba también la suya. Como esperaban, fueron recibidos con gran alegría. Toda la gente de la aldea quería verlos y hablar con ellos, de modo que tuvieron que prometer que visitarían cada casa y que permitirían que les hicieran una fiesta antes de volver a marcharse. Yaluc aprovechó para volver a subir a sus queridos prados y tenderse en la hierba. Lo hacía todas las mañanas, y pasaba allí un buen rato. Un día, al bajar a la aldea, le esperaba una sorpresa, y no precisamente buena. Al principio, no se fijó en la actitud desacostumbradamente seria y silenciosa de la gente, hasta que entró en casa de Jaduma.

—¿Eres tú Yaluc, al que llaman —Cabeza de Fuego?— Una voz grave le preguntó. Se le hizo un nudo en la garganta, y le empezaron a temblar las piernas. Era un Hombre del Rey, y junto a él, había otro más. Jaduma, Derina, Mosh y Mores le miraban sin poder hacer nada.

—Yo soy.— Acertó a decir.

—Has de acompañarnos. El rey te ordena que te presentes ante él.— Yaluc tragó saliva. Sus peores temores se hacían realidad.

—¡No!— Mores gritó, y corrió a abrazarle. —No os podéis llevar a Yaluc.— La angustia del niño, y la imponente presencia de aquellos hombres, le devolvieron la fuerza y el valor.

—Tranquilo, Mores. Ya sabíamos que esto podía pasar. Me alegro de que haya sido aquí, porque puedo dejarte con tu familia.—

—Pero yo tengo que ir contigo. Soy tu acompañante.— Mores hacía esfuerzos para no llorar. Yaluc miró de reojo a los hombres, que tenían un gesto de aburrimiento. Uno de ellos se encogió de hombros. Pero él no lo podía permitir. No podía dejar a Mores a merced de aquellos hombres.

—Escucha. Ya no eres un niño pequeño. Tienes que ser valiente. Prométeme que no harás tonterías y te quedarás aquí con los tuyos. Es hora de despedirnos amigo mío.— Yaluc dijo y abrazó al agitado niño.

—Basta ya. El crío viene o se queda. Pero nos ponemos en marcha. No tenemos todo el día.— El hombre que no había hablado antes dijo, y agarró a Yaluc del brazo sin la menor delicadeza. Se negó a mirar atrás, porque sabía que no le responderían las piernas si miraba los rostros de aquellas personas a las que quería como a su propia familia. Le pareció oír sollozos, y no sólo de Jaduma y Derina.

Salieron de la casa. La gente se mantenía a distancia prudente. Todos tenían expresión triste. Ahora, Yaluc se preguntaba cómo no había visto antes los caballos atados a unos pocos pasos. Uno de los hombres le ordenó subir al primer caballo. Yaluc, que jamás había montado, se asustó ante los súbitos movimientos del animal.

—Vamos, arriba.— Dijo uno de los hombres, alzándole, a pesar de que Yaluc era tan alto como él. Casi se cae por el otro lado, lo que hizo reír a los Hombres del Rey. Consiguió mantenerse, y se irguió todo lo que pudo. Al menos, conservaría la dignidad. El que le había empujado, subió al caballo detrás de él y tomó las riendas. El otro montó su caballo, y comenzaron a salir de la aldea.

Yaluc sabía que, a caballo, no tardarían más que una jornada en llegar a Taros. Se negaba a pensar en lo que pasaría cuando llegara allí ¿Querría su hermano el rey matarle, o le encerraría de por vida en alguna oscura mazmorra? No estaba seguro de cuál de las dos opciones le daba más miedo. Los hombres no le dirigieron la palabra en todo el trayecto, lo que, en realidad, agradeció.

Lo primero que le chocó al entrar en Taros fue el olor. Ya había olvidado lo mal que huele una ciudad tan grande. Las calles estaban abarrotadas, como solía ocurrir a última hora de la tarde en verano. La gente se volvía y los miraba al pasar ¿Sabrían quién era él? Cuando atravesaron la muralla exterior del recinto de palacio, creía que el corazón le iba a estallar. Los recuerdos se agolparon en su mente al ver la familiar forma del templo donde había vivido sus primeros 12 años. Pero no se dirigían hacia allí, sino hacia el imponente Palacio de las Nubes. Yaluc jamás había entrado en él. Qué ironía que la primera vez que lo hacía fuera para ser condenado a muerte.

Una vez pasado el patio de la guardia, le ordenaron bajar del caballo. Su zurrón cayó a sus pies, y entonces se dio cuenta de que lo había estado sujetando fuertemente contra su pecho ¿Qué pasaría ahora con sus valiosos libros? Tal vez, debería habérselos dejado a Mores. Pero le había dado su palabra a Zesera de protegerlos con su vida. A empujones, le hicieron pasar a un gran salón con altísimas columnas. Al final estaba el trono, y sobre él, el rey Andamar. Yaluc le recordaba como un joven desgarrado y pálido, que pasaba horas en la biblioteca del templo, a menudo con el Venerable. Ahora, era un hombre de aspecto impresionante. Su pelo mostraba algunas canas, y su barba era mucho

más espesa de lo que recordaba. Instintivamente, se pasó la mano por su cara afeitada al estilo loggi.

—¡Que me lleven todos los demonios del abismo, si no eres el vivo retrato de nuestro padre!— Tu cabello es más claro, pero aunque no lleves barba, no hay duda de que eres hijo de Belcentes ¿Cómo es que nunca me fijé en ti cuando estabas en el templo?— El tono de Andamar era alegre, amistoso incluso, lo que le desconcertó terriblemente.

—No lo sé, mi rey.— Dijo con un hilo de voz.

—Pero, acércate ¿Por qué estás tan asustado?— Yaluc dio un par de pasos y volvió a detenerse. —Ah, claro, ya sé ¿Crees que te he traído aquí para matarte? Ris ya me habló de los temores de nuestro padre. Él temía especialmente a mi madre sin embargo. Aunque resulta que ella ya conocía tu existencia. Pero, sinceramente ¿Por qué razón querría yo matarte? ¿eh? Aunque no hay duda de que eres hijo de Belcentes, no eres el primogénito. No podrías disputarme el trono ¿Era eso lo que tenías planeado hacer?—

—No, claro que no, mi señor.— Yaluc negó, sacudiendo enérgicamente la cabeza. Andamar se llevó la mano a la barba con gesto pensativo.

—Ris me dijo que eras un joven sumamente brillante. Pero, hasta ahora, no me lo pareces.—

—¿Puedo... puedo preguntarte, mi señor? ¿Cmo se encuentra el Venerable?— Andamar sonrió. Yaluc tenía que reconocer que era un gesto agradable de ver.

—Crees que te voy a matar, pero te interesas por la salud del anciano Ris. Sé que estabais muy unidos, por eso, lamento informarte de que el Venerable Ris abandonó el mundo de los vivos hace dos días.— A Yaluc le costó contener las lágrimas. Bajó la cabeza. Sentía una gran opresión en el pecho. —Y ahora que ya te he dicho que no pienso matarte ¿no tienes curiosidad por saber por qué te he hecho venir?—

—Sí, desde luego ¿Por qué estoy aquí?—

—Estás aquí, porque hace unos días, husmeando entre legajos en el templo, encontré un curioso documento firmado por mi padre... nuestro padre. En él, mencionaba a una tal Rhona que esperaba un hijo suyo. No te haces idea de lo mucho que me sorprendió lo que decía ese documento. Ya sabía que el difunto rey tenía bastardos. Es lo habitual. Pero lo que no es tan habitual es que estuviera planeando repudiar a mi

madre para desposar a la tuya.— La cara de asombro de Yaluc hizo reír a Andamar. —Sí, bueno, ya veo que tú tampoco tenías ni idea. El documento estaba firmado también por Ris. Así que, decidí ir a visitarle en su destierro, justo a tiempo, pues ya no le quedaba mucho.—

—El Venerable fue como un padre para mí. No conocí a mi madre. Ella murió al darme a luz.— Yaluc susurró. Pero, enseguida se dio cuenta de que había interrumpido nada menos que al rey. Sin embargo, Andamar volvió a sonreír.

—Si ella no hubiera muerto, ahora serías tú quien se sentara en este trono. Me pregunto qué pensaría de esto Domusal. Es evidente que él no sabía nada de ti, o Menetir te habría hecho matar, seas o no el primogénito. El documento de mi padre me intrigó muchísimo, y por eso fui a ver a Ris. Yo sabía, como todo el mundo, que Belcentes tuvo que repudiar a Heusa y desposar a mi madre para acceder al trono. Él nunca dejó de amar a aquella mujer. Trajo a sus hijos a vivir a palacio, sin importar las protestas de mi madre. Por eso, me preguntaba quién sería esa tal Rhona, y cuál era su poder sobre el rey.— Andamar hizo una pausa. Yaluc no estaba seguro, pero se animó a hablar.

—Yo tampoco sabía nada sobre mi madre, sólo que murió en el parto. Era lo único que Ris quería decirme siempre que preguntaba. Pero, hace 5 años, alguien me lo explicó. Mi madre procedía de las lejanas tierras del este, de donde vinieron nuestros antepasados. Era una valate genuina.—

—Así es. Al parecer, Belcentes deseaba recuperar la esencia valate. Tomó como una señal de los dioses haber encontrado a Rhona, y pensó que, al desposarla, recuperaría esa ansiada esencia. Se podría decir que tu sangre es más valate que la de ninguno de nosotros. Pero, cuando ella murió, el rey se asustó. Temió la reacción de las casas nobles, si te presentaba como su heredero, y ordenó a Ris que te ocultara.—

—Y, ahora que sabes toda la verdad ¿Qué has planeado para mí, mi señor?—

—Mi intención es continuar la labor de nuestro padre.— Yaluc volvió a abrir mucho los ojos, asombrado. —No, no en lo de sentarte en este trono en mi lugar. Pero sí en lo de nombrarte mi heredero.—

—Pero ¿Cómo? ¿Piensas desposeer a tu propio hijo para darme algo que, sinceramente no deseo?—

—Cuidado, Yaluc, aunque seamos familia, debes cuidar tu tono cuando hables con el rey. No me has entendido bien. Naadur es, y siempre será el Príncipe Heredero, pero, como sabes, es mi único hijo, y

no lleva una vida precisamente exenta de riesgos. De momento, él tampoco tiene un heredero, por lo que nuestra situación es bastante precaria frente a nuestros rivales por el trono. Domusal tiene dos hijos varones, adultos y sanos, y el propio Menetir ya tiene sus propios dos hijos. Como ves, estoy necesitado de un príncipe Damoy, y tú cumples sobradamente con los requisitos.—

—Pero, soy un bastardo ¿No se ha arrebatado el trono a Domusal por ser un bastardo?—

—Ya no eres un bastardo, o no lo serás en cuanto se celebre la ceremonia pública. Ya te he dicho que pienso seguir los pasos de nuestro padre y recuperar la pureza de las leyes y costumbres valate. Una de ellas es la que me permite adoptar a un heredero. He decidido adoptarte. De modo que, aunque seas mi hermanastro, a partir de ahora, eres también mi hijo, y el siguiente en la línea de sucesión después de Naadur.— Yaluc se devanaba los sesos, intentando salir de aquella situación.

—Pero, no sabes nada sobre mí ¿Y si me rebelo y te quito el trono, o me uno a Domusal?— Andamar sonrió, las palabras de Yaluc parecían divertirse mucho, lo que al joven le mortificaba.

—Tú mismo me has asegurado hace un momento que no deseas la corona. Y te equivocas, hace una semana ni siquiera conocía tu existencia, pero ahora, lo sé todo sobre ti ¿Cómo crees que mis hombres te han encontrado tan rápido? Ris me dijo, después de que le diera mi palabra varias veces de que no tenía intención de dañarte claro, a donde te había enviado. Sólo he tenido que enviar a mis hombres a esa región. Y no ha hecho falta el menor esfuerzo. Resulta que eres todo un personaje: —Cabeza de Fuego—. Es así como te llaman ¿No? La gente te respeta y te admira muchísimo ¿Qué clase de rey necio sería yo si no aprovechara la ocasión de tener tan noble heredero a mi lado?—

—¿Y si me niego? Me gusta mi vida como sabio errante.— Yaluc dijo, obstinado.

—Soy tu rey, y te ordeno que seas mi heredero. Si me desobedeces, tendré que encerrarte en la torre como a Menetir.—

—¿Tienes encerrado a Menetir?—

—Si, si nada cambia, será juzgado por rebelión. Así que, tú decides ¿Aceptas ser un príncipe Damoy, como te corresponde por tu sangre, o prefieres derramarla en el cadalso?— Yaluc sintió un escalofrío ante la idea de ser ejecutado.

—¿Debo llamarte padre?— Preguntó, aún con gesto enfurruñado. Andamar volvió a sonreír y descendió del trono para acercarse al joven.

Yaluc era más alto que él, y a pesar de su juventud, estaba claro que sería muy corpulento. Para sorpresa del joven, el rey le abrazó.

—No te obligaré a tanto. Puedes llamarme hermano si quieres, o Andamar. Bienvenido a la familia.— Sin dejar de abrazar a Yaluc, gritó a los sirvientes que había en la sala. —Avisad al príncipe Naadur de que ya puede entrar.— Yaluc miró hacia las enormes puertas de madera dorada, que comenzaron a abrirse. Y casi se desmaya de la impresión. Porque allí, delante de él y caminando en su dirección, estaba, en toda su gloria, nada menos que el joven dios que ocupaba sus sueños y pensamientos más íntimos.

5:

Los príncipes atormentados

La mayoría pensaron que la idea de Andamar de adoptar a Yaluc era una locura. Incluso Brala, que siempre le apoyaba, tenía serias dudas al respecto. A pesar de todo lo que su esposo le contó sobre el joven, el gran respeto e influencia que parecía tener entre la gente loggi, y sus propias reticencias a aceptar el trato, ella no acababa de fiarse ¿Qué hacía a Andamar estar tan seguro de que Yaluc no utilizaría la posición que le estaba dando para conspirar en su contra? Andamar comprendía sus dudas. Pero le aseguró que éstas se desvanecerían en cuanto tuviera la oportunidad de hablar con el muchacho.

Garpa, naturalmente, estaba indignada. Siempre supo de la existencia de aquel bastardo de su marido, al que Ris cuidaba en el templo. Pero jamás le concedió la menor importancia, pues pensaba que era el fruto de un capricho tardío del rey, tal vez con alguna criada del propio palacio, y por eso se había preocupado de que el crío tuviera un medio de vida. Pero ¿enterarse de que Belcentes había querido repudiarla para convertir a una simple esclava en su reina? Lo que más rabia le daba era que no podía encararse con ninguno de los interesados: todos estaban ya muertos. Y en cuanto al joven, no pensaba perderle de vista. Ella no tenía dudas como Brala; Garpa estaba segura de que el tal Yaluc traería problemas.

Andamar, en cambio, estaba muy satisfecho. Tenía el presentimiento de que ya había encontrado el camino correcto, y que, de ahora en adelante, los dioses le favorecerían de nuevo. Ya estaban empezando a hacerlo. La oferta de Domusal de una conferencia de paz tenía que ser la señal de que las cosas iban a mejorar. Sí, estaba seguro de que se avecinaba una nueva edad dorada para Kynán. Y sólo tenía que continuar lo que había empezado: devolver a su reino a la pureza y esencia de las leyes y costumbres valate, tanto tiempo descuidadas.

De momento, se sentía fuerte. Su habitual prudencia le estaba dando buenos frutos. Pasaban las semanas sin nuevas noticias de Domusal, pero, al final, fue su hermano quien hizo un movimiento. Envío un nuevo mensaje a Andamar, explicando que convencer a Tessino estaba resultando más difícil de lo esperado, pero se reiteraba en su oferta, y le suplicaba que no siguiera adelante con el proceso a Menetir hasta que pudieran negociar ¡Domusal le suplicaba! Era mucho más de lo que jamás hubiera soñado. Tranquilizó a su hermano, asegurándole

que el proceso quedaría suspendido hasta después de las conversaciones, aunque, naturalmente, Menetir no sería liberado.

Las noticias de Narvaly no eran tan positivas. Le impresionó mucho enterarse de que Netyc había cumplido su amenaza, y había hecho ejecutar a su hermana y su cuñado. El rey de Narvaly, además, le exigía que devolviera al pequeño Rolf, cosa que Andamar no tenía intención de hacer. El reino de Narvaly se había convertido definitivamente en enemigo.

A pesar de que tenía una pequeña ventana por la que veía el mar y el cielo, Menetir había perdido la noción del tiempo. Estaba seguro de llevar meses encerrado allí. Estaba solo en su celda, y no había vuelto a ver ni hablar con nadie desde que le llevaron allí. Quienquiera que se encargaba de llevarle la comida y el agua se limitaba a recoger los cuencos vacíos que Menetir dejaba, y pasarle los nuevos a través de un agujero a ras de suelo. Jamás hablaba con él, y Menetir pronto dejó de preguntarle sobre su situación ¿Qué tenía Andamar pensado para él? ¿Por qué no le había hecho ejecutar ya? La idea de que su tío quizá planease dejarle pudrirse encerrado allí para siempre le aterraba más que la muerte misma.

El calor era asfixiante, por lo que supuso que debía de ser verano. De vez en cuando, miraba por la ventana, pero sólo alcanzaba a ver un trozo de mar. Si se aupaba y se colgaba de los gruesos barrotes de hierro, conseguía ver las rocas al pie de la torre, donde rompían las olas. Y eso, el sonido de las olas era todo lo que podía oír desde allí.

—Por mucho que lo intentes, no lograrás pasar entre esos barrotes. Y si lo lograras, te destrozarías contra las rocas de abajo.— Una desagradable y cascada voz, con un fuerte acento, dijo a su espalda. Casi se cae de culo de la sorpresa. Sin embargo, al volverse a mirar a su inesperado visitante, su sorpresa se convirtió en confusión y luego, rabia. Allí, delante de él, estaba aquel anciano andrajoso de Shimma, el wasmun, aunque su presencia le confirmaba que había acertado al suponer que no era humano.

—Al principio, pensé que eras un dios, pero más bien creo que eres un demonio ¿Has venido para burlarte de mi desgracia? Me pronosticaste una corona, y ya ves dónde me encuentro.— Menetir dijo amargamente. Como era habitual, el anciano no se inmutó. Le sonrió con su repugnante boca desdentada, y como aquella noche, le señaló con un dedo huesudo.

—Eres demasiado impaciente, príncipe Menetir. Mi profecía se cumplirá, siempre se cumplen. Pero has de tener paciencia.—

—Oh, yo tenía razón. Eres un maldito demonio. Y has venido a atormentarme.—

—He venido para comprobar si sigues teniendo el valor para hacer lo necesario para conseguir lo que deseas. Pero veo que te has rendido ¡Qué lástima!— El viejo se burló, y comenzó a reír de un modo siniestro.

—¡Calla, maldito demonio! Yo no me he rendido. Jamás me rendiré ¿Me oyes? ¡Jamás!— Menetir gritó fuera de sí.

—¡Silencio prisionero!— Se oyó una potente voz al otro lado de la puerta. Menetir se volvió, sorprendido de oír a su carcelero. Cuando miró de nuevo al rincón, el anciano había desaparecido. Se dejó caer derrotado contra la puerta. Ya no estaba seguro de que el anciano hubiera estado realmente allí. Quizá sólo era eso, un anciano adivino de los midummitas, y él había imaginado que estaba allí ¿Estaba perdiendo la razón?

Permaneció en esa posición, sentado contra la puerta quien sabe durante cuanto tiempo. Sólo podía pensar en que todos, empezando por su padre, se habían olvidado de él. Jamás saldría de aquella celda. Escuchaba las olas, luego la lluvia, los truenos que retumbaban en la oscura torre. De pronto, voces, voces humanas ¿O serían nuevos demonios venidos para atormentarle aún más? Sintió que le zarandeaban, y entonces, se dio cuenta de que había realmente alguien más en su celda. Dos hombres corpulentos con los emblemas reales en sus vestidos.

—Despierta ¿Puedes caminar? Por las barbas de Nin que no pienso cargar contigo.— Uno de los hombres dijo con brusquedad. Menetir ahora estaba completamente despierto, aunque no recordaba haberse quedado dormido. Por la ventana, se veía un cielo gris, cargado de nubes. —Vamos— El hombre le apremió ¡Oh, no! ¿Había llegado el momento? ¿Iba a ser ejecutado? Pero esa rata traidora de Andamar le había prometido un juicio.

—¿A... a dónde me lleváis?— Preguntó con voz débil. Le flojeaban las rodillas.

—Ya lo verás.— El otro hombre dijo, burlón. Ahora que se fijaba, Menetir le reconoció. No recordaba su nombre, pero había servido a sus órdenes, eso seguro. Sintió aumentar su miedo ¿Y si no era una orden de

Andamar? ¿Y si aquellos hombres deseaban vengarse de él ahora que estaba indefenso? Sabía que no era precisamente popular entre la tropa. Siguieron empujándole, ahora por una estrecha y empinada escalera, que les obligaba a ir de uno en uno. Se sentía horriblemente débil y mareado. Estaba seguro de que habría rodado por la escalera si no le hubieran llevado sujeto. Al fin, llegaron a un rellano, y en lugar de continuar bajando la escalera, giraron hasta llegar frente a una puerta. El hombre que iba delante la abrió, y le empujaron dentro, sin el menor miramiento. —Aquí tienes, tus nuevos aposentos, príncipe Menetir.— El hombre dijo, pronunciando su nombre como un insulto.

La puerta se cerró detrás de él, y oyó el inconfundible sonido de los cerrojos. Volvía a estar encerrado, pero esta celda no se parecía a la anterior. El suelo era de madera, había una verdadera cama, bueno, un catre, pero mucho mejor que el sucio jergón de lana en el suelo. También había una pequeña mesa y una silla arrimadas a la pared, junto a una ventana, también enrejada, pero de mayor tamaño. Se acercó a mirar. La vista no era muy diferente, sólo que ahora se encontraba hacia la mitad de la torre en lugar de en lo más alto. Se oyó otra vez el ruido de los cerrojos de la puerta. Vio entrar de nuevo a los dos guardias armados, pero tras ellos, entraron dos sirvientes, uno cargando una gran vasija, y el otro, una bandeja con dos cuencos con comida y agua. Pero lo que más le sorprendió fue el quinto hombre en entrar.

—¿Andamar?— Estaba tan sorprendido de verle que no acertó a decir nada más.

—Veo que sigues sin dirigirte a mí con el debido respeto como tu rey. Pero tampoco lo esperaba.—

—¿Qué significa todo esto? ¿Vas a poner por fin en marcha esa farsa que llamas juicio?— Menetir dijo, recuperando algo de su arrogancia habitual.

—No habrá ningún juicio. Al menos de momento. Pero me han informado de que llevas varios días sin tocar la comida. No tienes derecho a dejarte morir. Eres mi prisionero, y tu vida me pertenece. Ahora mismo, no me conviene que enfermes, y mucho menos que mueras. Por eso, has sido trasladado a esta celda, algo más confortable. También se te proporcionará agua para tu aseo y ropa limpia.— Menetir miró a los sirvientes. El de la vasija la había vaciado en un barril que había en un rincón. Ahora se fijaba en que también llevaba sobre su hombro algo de ropa. La colocó sobre la cama. Eran las vestiduras de un sirviente, pero

al menos, pensó, estarían limpias. —Pero, a cambio de estos privilegios, debes comer.—

—¿Y qué pasa si no quiero comer?— Sintió el irresistible impulso de desafiar a su tío. Éste no se alteró. Menetir tenía que reconocer que había ganado mucho en confianza.

—He dado instrucciones de que, si no comes voluntariamente, se te obligue a hacerlo por cualquier método. Y perderás inmediatamente cualquier privilegio, regresando a la celda de arriba.— Menetir a duras penas consiguió disimular el escalofrío. Vio las sonrisas sádicas de los guardias. Seguro que estarían encantados de obligarle a comer. Sabía lo horrible que era el procedimiento. Él mismo lo había aplicado más de una vez.

—Comeré— Dijo casi en un susurro.

—Eso está mejor. Y ahora que por fin has entrado en razón, tengo una noticia para ti. Hace una semana, tu esposa dio a luz a un varón sano.— Dijo Andamar, y se dirigió a la puerta. Los sirvientes y los guardias salieron detrás de él, dejando a Menetir de nuevo solo con sus pensamientos.

La tardanza en conseguir el acuerdo de Tessino para que la conferencia de paz se celebrase en Esterria tenía poco que ver con lo complicado de las negociaciones, pues éstas aún no se habían producido, y mucho que ver con el deseo de éste de demostrar su fuerza. Ésta era una ocasión de oro para el regente de Esterria, que siempre había sentido un profundo desprecio por los valate, para humillarlos. Por supuesto, había recibido la amenaza de Domusal de convencer a su hermano para que retirase los privilegios que Esterria siempre había disfrutado en la explotación de las minas de hierro de Grodania. No era tan necio como para pensar que Domusal y Andamar no podían llegar a un acuerdo en ese tema, pero no sería enseguida. Su posición era ventajosa, ya que también conocía las intenciones de Andamar.

En cuanto recibió el mensaje de Domusal, envió uno propio a Andamar intentando averiguar su opinión. El Usurpador no pensaba mover un dedo hasta que estuviera bien seguro de que Domusal iba en serio con lo de negociar la paz. Los hermanos desconfiaban el uno del otro, y él pensaba aprovecharse, simplemente para disfrutar del raro placer de que los valate necesitaran algo de él.

Su resentimiento venía de lejos. Ya cuando sólo era el prometido de la hija menor del rey Doloandro, tuvo que soportar el desprecio y la

arrogancia del entonces príncipe heredero de Kynán, Domusal, y de sus hijos durante la visita que la familia real de Esterria hizo a Kynán con motivo del funeral del hermano del rey Belcentes. No le perdonaban su origen plebeyo, y eso que el rey Belcentes había tenido que repudiar a la madre de Domusal precisamente por no ser del linaje adecuado.

Y no eran sólo ellos, en general, los valate se creían superiores a cualquier otro pueblo, y actuaban en consecuencia. Ahora que él era el regente de Esterria en nombre de su sobrino, pensaba sacar provecho de su posición. Por ello, aunque tuvo cumplida noticia de la inminente visita del hijo menor de Domusal, decidió jugar con él al gato y al ratón. No pensaba poner realmente en peligro el suministro de hierro para Esterria, pero un hombre tiene derecho a divertirse un poco ¿no?

Enekhhal, que no era precisamente estúpido, no tardó en darse cuenta del juego que se traía Tessino, y aunque le fastidiaba, claro está, decidió tomárselo con buen humor. Si Tessino esperaba que estallara provocando cualquier tipo de alboroto que diera al regente una excusa para negarse a recibirle, se iba a llevar una sorpresa.

Tuvo que hacer acopio de paciencia, y desplegar todo su encanto y dotes para la diplomacia. Para empezar, cuando cruzó la frontera fue informado de que el regente se encontraba en aquellos días pasando revista a sus ejércitos de la frontera noreste. Enekhhal se encaminó hacia aquella inhóspita región, lo que le llevó más de una semana. Cuando llegó al puesto fronterizo donde supuestamente se encontraba Tessino, resultó que éste había partido ya hacia otro puesto más avanzado de la frontera. Y así, hasta en cuatro ocasiones.

Moverse por aquella región era lento y penoso. A medida que se alejaba más hacia el este, el paisaje se volvía más desértico, hasta llegar a una región donde sólo parecía haber rocas y arena, achicharradas por el sol, y batidas por un viento inclemente, que no cesaba jamás. Más de dos meses continuó Enekhhal con esta absurda persecución. Pero nadie le oyó protestar ni quejarse a pesar de las penurias. Al contrario, en cada fortaleza o castillo donde se detenía, se interesaba por conocer cómo era la vida allí. Como siempre, su insaciable curiosidad acerca de cualquier artefacto o ingenio con el que se topase, le obligaba a aprender todo lo que pudiera sobre él. Tal vez, enterado de esto, Tessino al fin, decidió terminar su juego, e hizo llegar un mensaje a Enekhhal, junto con una escolta para que le acompañara hasta la capital de Esterria, donde le recibiría.

Llegar hasta Ayusha desde el extremo más oriental del reino, donde se encontraba, le tomó otras tres semanas. Aunque no quería que sus reacios anfitriones le notaran ninguna alteración, la verdad es que estaba muy preocupado por tanto tiempo perdido. No sabía nada de su padre, y mucho menos de Menetir ¿Y si todos sus esfuerzos no servían para nada porque Andamar había hecho ya ejecutar a su hermano? Le angustiaba imaginar a su padre solo y tan frágil de salud como estaba recibiendo semejante noticia.

Al fin, llegó a la capital del reino de Esterria. Tenía que reconocer que merecía la pena. Nunca había estado allí. Había oído hablar de sus suntuosos palacios y hermosos jardines, claro. Pero ninguna descripción se podía comparar con estar allí y verlos directamente. Si su viaje no tuviera un motivo tan grave, con seguridad disfrutaría de aquella bella ciudad.

Fue instalado en unos magníficos aposentos en el palacio real, donde al fin, pudo descansar de tan duro viaje. Tessino le recibió al día siguiente de su llegada. En cuanto le vio, recordó lo mucho que le desagradaba aquel hombre. Y no había mejorado. Ahora, además, estaba horriblemente obeso. Se sentaba en un escaño elevado junto al trono, ocupado por el pequeño rey. Como era su costumbre, iba cubierto de joyas y vestía una amplia túnica de color púrpura. Sin embargo, pronto Enekhhal desvió sus ojos de la desagradable visión de Tessino, pues al otro lado del trono, sobre un escabel cubierto con cojines y tomando tiernamente la mano del pequeño rey, se encontraba una bellísima joven, que le ofrecía una gentil sonrisa.

—Sé bienvenido Enekhhal Damoy (Por supuesto, no le pasó desapercibido que no le había llamado príncipe Enekhhal). Veo que te has convertido en un hombre, la última vez que te vi no eras mucho mayor que mi sobrino. Te lo presentaré: éste es Dolomán, rey de Esterria.— Enekhhal hizo una inclinación de cabeza a modo de saludo al niño-rey, que parecía diminuto sentado en aquel enorme trono repleto de oro y piedras preciosas. A los esterrianos, desde luego, les gustaba hacer ostentación de su riqueza, incluso más que a los habitantes de Narvaly.

—¿Y a mí, no me presentas, padre?— Preguntó la preciosa joven ¿Padre? ¿Cómo un sapo como Tessino podía ser el padre de semejante beldad? Al final, iba a tener que dar la razón a los que creían en hechizos y cosas sobrenaturales.

—Desde luego. Enekhhal, ésta es mi hija Marusene.— Ella hizo una graciosa inclinación de cabeza, que Enekhhal, replicó con su mejor sonrisa.

Tenía sobrada experiencia como para reconocer aquella mirada. Quizá el viaje no fuera completamente en balde, después de todo.

—Y bien, Enekhal, por mucho que nos agrade tu gentil presencia aquí, sé que no vienes en visita de cortesía.— Tessino ironizó con una sonrisa falsa en la cara. Enekhal no se arredró, en ese tipo de juegos, él era el mejor.

—Siempre es un placer visitarte, y te agradezco sinceramente que me hayas ofrecido la oportunidad de recorrer tu bello reino. Pero, en efecto, traigo una misión, que tú bien conoces, pues mi padre ya te envió cumplida información.— Enekhal dijo, utilizando el mismo tono de falsa cordialidad.

—Si, Domusal me pide ceder Esterria como escenario de una conferencia de paz entre él y Andamar. Pero dime ¿Por qué iba yo a abandonar mi comfortable neutralidad para ayudaros a firmar la paz? Sólo tengo que sentarme a ver cómo os destrozáis entre vosotros, y recoger después las ganancias cuando los valate hayáis perdido vuestra fuerza. Convencí a la Liga de los Reinos del Sur para que se mantuvieran neutrales también. No puedo fallarles ahora.—

—Comprendo que te resulte ameno contemplar la destrucción valate. Pero, como bien acabas de decir, nosotros somos actualmente el pueblo más poderoso del mundo. Lo llevamos siendo muchas generaciones. Por eso, Tessino, conocemos a los demás pueblos mejor que nadie. Los reinos del sur te han seguido porque les has amenazado con permitir el paso de los bárbaros Háleos. Pero, créeme, no tardarán en darse cuenta de que sólo los has manipulado, y no tienes intención de cumplir tal amenaza.—

—¿Eso es lo que crees?— Tessino ya no parecía tan divertido.

—No lo creo, lo sé. Porque, desde luego, esas hordas de bárbaros andrajosos están deseando caer sobre las fértiles llanuras del sur. Pero ¿qué te hace pensar que en su camino a través de Esterria no iban a aprovechar para despojar tu reino de sus abundantes riquezas? ¿Qué se lo impediría?—

—El ejército. Esterria posee el ejército mejor armado.— Tessino saltó, indignado.

—Cierto. Y esas magníficas armas se fabrican con el hierro que Esterria obtiene casi gratis de las minas de Grodania. Te aseguro que te iba a resultar muy complicado mantener armado a tu ejército si Kynán retira los permisos a Esterria para explotar las minas.—

—Desde luego, eso no sería nada bueno. Pero, que yo sepa, Domusal no es el rey de Kynán, lo es Andamar, y no confía en su hermano.— Se oyó un ligero golpe en el suelo. Enekhhal miró hacia el pequeño rey en el trono. El niño tenía un gesto enfurruñado. Vio que el ruido lo había hecho una pequeña figura de madera al caer de las manos del niño. Éste, sin más, comenzó a llorar. Marusene intentaba consolarle. Enekhhal se dio cuenta de que ese comportamiento no se correspondía con la edad del chico, y supo que ésa era seguramente la razón de que continuara vivo. Jamás podría ser un rey de verdad, y eso a Tessino le convenía mucho. —Oh, mira lo que has conseguido. Has disgustado a Dolomán. Es hora de retirarse.— Tessino dijo con voz autoritaria, y se puso en pie. Marusene hizo lo mismo, y condujo al lloroso rey fuera del gran salón.

Los tres se retiraron sin decir una palabra más a Enekhhal, que estaba estupefacto. Sin embargo, él no era de los que se dan fácilmente por vencidos. Vio el muñequito de madera, y lo cogió. Era una marioneta, y varios hilos, además de uno de los brazos, se habían roto. Sonrió encantado. Acababa de tener una idea para convencer a Tessino.

Ajeno a las sospechas que reinaban en la corte, Naadur estaba encantado con la llegada de Yaluc. Cuando su padre le comunicó la noticia, que había enviado a buscar a un hermanastro suyo, y le relató toda la historia, se quedó maravillado. Para alguien tan amante de las aventuras como él, todo aquello resultaba fascinante. Ni por un momento, se le pasó por la cabeza que la presencia de Yaluc pudiera suponer algún peligro para él. Naadur poseía un espíritu noble, y por tanto, esperaba nobleza por parte de los demás. En su joven vida, ya había sufrido amargas decepciones, como el comportamiento de Menetir, pero eso no le hacía cambiar su modo de ser. Y además, Yaluc le cayó bien desde el primer momento.

—Esto es estupendo. Siempre deseé tener un hermano.— Dijo Naadur entusiasmado. —Antes de que empezara la guerra entre nuestras familias, yo siempre andaba con los hermanos Cenwolf. Los envidiaba, son 4 ¿sabes? Kamenés el pequeño y yo estábamos muy unidos. Pero, ahora que estás aquí, volveré a tener un compañero con quien practicar con la espada, salir de caza, y esas cosas que hacen los hermanos o los buenos amigos juntos.—

—Yo no sé manejar una espada. Jamás he tenido siquiera una en la mano.— Yaluc dijo compungido. Se daba cuenta de que no tenía escapatoria, de que iba a tener que convivir con aquel joven, que, ahora que le conocía en persona, le resultaba incluso más encantador que antes.

—Ya, bueno. Mi padre me dijo que te criaste en el templo, que ibas a ser sacerdote. Pero ya no puedes serlo, así que, tendrás que aprender. No te preocupes, yo te enseñaré a ser un perfecto guerrero. Será divertido.—

—Yo no soy un guerrero. Me quedaré aquí porque el rey me lo ordena, y no puedo desobedecer, pero ¿Por qué no puedo ser un sacerdote?— Yaluc protestó, obstinado. Naadur le miró con gesto amable ¿Por qué, por todos los dioses, Yaluc se preguntaba, tenía que ser tan agradable?

—Eres un príncipe Damoy, quieras o no, es la sangre que corre por tus venas. Y además, ocupas un lugar en la línea de sucesión. Eso significa que podrías llegar a ser rey. Un rey valate ha de ser guerrero. Incluso mi padre lo es a pesar de que detesta la guerra.— Yaluc bajó la cabeza. Entonces, Naadur le pasó un brazo por los hombros, y eso le cortó la respiración. —Te acostumbrarás, ya lo verás, Yaluc. Y, por cierto ¿qué clase de nombre es ése? No es valate, desde luego.—

—No— Yaluc consiguió decir, aunque toda su atención se concentraba en la pequeña parte de su cuerpo que estaba en contacto con Naadur. —Es loggi, significa guardián.—

—Magnífico, aunque no tanto como —Cabeza de Fuego—. Por las barbas de Nin, yo mataría por un apodo tan bueno como ése ¿Lo ves? En realidad, ya eres un guerrero, al menos, tienes el apodo adecuado para serlo. Pero dime ¿Cómo es que, siendo tu padre el rey de Kynán y tu madre una genuina valate de pura sangre, tienes un nombre loggi?—

—Me lo puso la mujer loggi que atendió a mi madre en el parto...— Yaluc se quedó un momento pensativo, sin decidirse a contar más. Sin embargo, Naadur no le dio ocasión.

—Bueno, es igual. Ahora estás donde te corresponde. Eres un príncipe del linaje Damoy, y pronto, tendrás el aspecto de uno. En cuanto te vistas con los ropajes adecuados a tu rango y te dejes crecer el cabello y la barba como corresponde a un guerrero valate. No comprendo esa extraña costumbre de los hombres loggi de afeitarse. Así pareces un niño, o, peor, una mujer.— Naadur rio de buena gana su ocurrencia. Yaluc sintió una punzada en las entrañas, pero se dio cuenta de que, en realidad, Naadur no había pretendido insultarle, su comentario carecía de toda

malicia. Suspiró resignado. No iba a serle nada fácil mantener la compostura si tenía que pasar mucho tiempo cerca de aquel joven tan bello y encantador.

Las grandes ventanas de los aposentos de Marusene se orientaban al este. Las habían dejado abiertas para que entrara en la estancia la fresca brisa nocturna procedente de los jardines de palacio. Y ahora, un rayo del sol naciente fue a dar de lleno en la cara de Enekhhal, despertándole de su agradable sueño. Colocó la mano delante de sus ojos para protegerse del deslumbrante sol, y lo primero que distinguió fue el largo cabello castaño de Marusene que se desparramaba sobre las almohadas. El sol arrancaba reflejos dorados de la sedosa melena. Enekhhal se incorporó para ver el rostro de la joven. El movimiento la despertó, y se volvió a mirarle.

—Estaba soñando que venías a mi alcoba, y resulta que no era un sueño.— Dijo ella, ofreciéndole una sonrisa. Enekhhal le apartó delicadamente el cabello de la cara.

—La bella ciudad de Ayusha esconde más maravillas de las que comentan los viajeros.— Dijo él sonriendo a su vez.

—Los comentarios que circulan sobre ti tampoco te hacen justicia. No eres sólo un adorable libertino, también tienes buen corazón. Has sido muy amable con Dolomán. Le ha hecho muy feliz recuperar su juguete favorito.—

—Qué puedo decir, soy hábil con las manos.— Enekhhal dijo en tono insinuante. Ella rio.

—Hablo en serio. No es habitual que un hombre se preocupe por un niño que ni siquiera es de su familia. Dolomán está tan desamparado.— Marusene se lamentó.

—Me he dado cuenta. Pero, en su caso, para él quizá sea una suerte ser como es. Estoy seguro de que eso es lo que le mantiene vivo. Además, te tiene a ti. Está claro que le quieres y cuidas de él.—

—Tienes razón. Tus observaciones son muy agudas. Pero, me temo que Dolomán no me tendrá a su lado mucho más tiempo. Al final del verano me desposaré, y me iré a vivir a la costa.—

—No suenas muy feliz. Y, a juzgar por lo de anoche, me atrevería a decir que no esperas con ilusión la intimidad con tu futuro esposo.—

—Tienes razón de nuevo. Es un rico comerciante en sedas amigo de mi padre. Tiene más o menos su edad, si no es incluso más viejo. A mi padre le costó admitir que ningún príncipe ni noble de alto linaje me pretendería. Así que, al menos, se asegura sus negocios personales.—

—Tu padre es maquinador y retorcido. Le gusta jugar con la gente. No creas que no me he dado cuenta de lo que pretende conmigo. No es tan estúpido como para arriesgarse a perder la concesión de las minas. Pero alargará las cosas todo lo que pueda, sólo para demostrar que él tiene ahora el control.—

—Ten un poco de paciencia. Acabará por aceptar. Y mientras, yo haré que tu espera no sea demasiado pesada.— Ella dijo, mimosa, acercándose.

—Por muy grata que me resulte tu compañía, no puedo olvidar por qué estoy aquí. El tiempo pasa sin que se resuelva nada, y mi hermano continúa en poder de Andamar, en peligro de ser ejecutado.—

—Vaya, me sorprendes. Siempre oí decir que tú y Menetir no tenéis precisamente una relación de afectuosos hermanos.— Enekhhal mostró una sonrisa malévola.

—No es Menetir quien me preocupa, sino mi padre. Su salud no es buena, y empeora cada día que mi hermano pasa prisionero en Kynán. Ésa es la principal, si no la única razón de que quiera organizar una conferencia de paz. Quiere negociar con Andamar.—

—Te prometo que intentaré convencer a mi padre para que se decida lo antes posible. Pero ¿y si Andamar no acepta?—

—Aceptaré. Conozco a mi tío. Él hará cualquier cosa para parar esta guerra. Pero no es estúpido. Estoy seguro de que pondrá duras condiciones.—

6 :

La tregua

Enekhhal no se equivocaba. Tessino pensaba alargar los plazos todo lo posible. Informó a su padre de ello y Domusal tuvo que echar mano de toda su paciencia para no enviar un ejército a sitiar Ayusha. Eso, desde luego, no le serviría de nada. Esterria dejaría de ser un reino neutral para ser su enemigo y, peor aún, podría ponerse del lado de Andamar contra él. Envío un mensaje a su hijo recomendándole que siguiera teniendo paciencia, y, por su parte, también escribió a Andamar.

Su hermano le respondió sin demasiada demora, lo que interpretó como una buena señal. Andamar comprendía la impaciencia de Domusal por solucionar la situación de su hijo Menetir. Pero le exponía sus propias razones para mantenerse a la espera de acontecimientos. Necesitaba garantías sólidas por parte de Domusal de que realmente deseaba negociar la paz, y no pretendía engañarle para tomar ventaja en la guerra. Y de momento, no tenía esas garantías. Muy al contrario, las escaramuzas fronterizas de los ejércitos de Menetir en los reinos del sur y en las islas continuaban, además de los continuos ataques a los barcos de Kynán o que comerciaban con él.

Andamar tenía razón. Si pretendía que se reuniera con él para negociar, primero tenía que ofrecerle algo a cambio. Las incursiones del ejército y los ataques en el mar debían terminar. Lo malo es que Domusal estaba perdiendo su autoridad. No sólo su salud era cada vez más débil, su influencia también. En ausencia de Menetir, Temuzén Cenwolf había tomado el mando, y era incluso más impaciente que su hijo. Hizo llamar a su hija. Esperaba que Nusi pudiera influir en su esposo.

—Padre. Pareces cansado.— Ella dijo al verle. Domusal se dio cuenta de que sentía ciertos remordimientos por haber estado tan alejada de él en los últimos tiempos, a pesar de residir también en el palacio real de Shimma.

—Ser rey es un trabajo duro, incluso ser rey sin reino.— Dijo él, permitiendo que le ayudara a sentarse. —Por eso, es necesario contar con ayuda, sobre todo, de la familia.—

—Siento no haber estado más pendiente de ti, padre. Me instalaré más cerca de tus aposentos.—

—En realidad, no es eso lo que necesito. Prefiero que sigas en tus aposentos, y que aproveches cuando tu esposo te visite para convencerle de que abandone sus actividades contra Kynán.—

—Pero Andamar es nuestro enemigo ¿Cómo puedes pedir eso? Si estás demasiado cansado para continuar, retírate. Abdica en Menetir.—

—¿Abdicar? Ningún rey de Kynán ha abdicado jamás, y yo no pienso ser el primero. No te reconozco. Te has vuelto fría y dura. Antes, no te habrías atrevido a hablarme así.— Se lamentó Domusal.

—¿Antes? Supongo que te refieres a cuando nuestra vida aún era normal, antes de que nos lo robaran todo, antes de que asesinaran a mi preciosa niña.— Nusi replicó, amargamente. —Y tú pretendes que lo olvidemos, y que sigamos como si nada hubiera cambiado.—

—Nadie va a olvidar a Uxyla. Pero, mira como estamos. Mi salud está gravemente quebrantada, tu hermano Menetir está prisionero... He conseguido que Andamar suspenda el proceso. Pero ¿Cuánto tiempo crees que lo hará si no le ofrecemos algo a cambio? Aún soy el rey legítimo de Kynán, no importa lo que diga nadie, y ordeno a Temuzén que se presente ante mí. Más vale que le convenzas de hacerlo. Porque, aunque no me siente en el trono de Kynán, puedo desposeeros a todos vosotros de vuestros privilegios. Y que me devore el monstruo de Shimma, porque lo haré si no me obedecéis.—

Nusi le dio su palabra de que haría lo que le había ordenado. Sin embargo, Temuzén se encontraba en esos momentos en una de las islas del Pequeño Mar, y pasaron tres largas semanas hasta que estuvo de regreso en Shimma. Por suerte, las amenazas de Domusal calaron en él, pero hicieron falta otras dos semanas para que la orden de abandonar las armas llegara a todos sus hombres, en tierra firme y en altamar. Por fin, Domusal pudo escribir a su hermano ofreciéndole una tregua.

Andamar exigió que la tregua fuera de un año, pues ya se avecinaba el fin del verano, y así habría tiempo para organizar el viaje y la conferencia de paz la primavera siguiente. Sin embargo, declaró que no firmaría la tregua hasta que pasaran por lo menos dos semanas completas sin que recibiera noticia de ningún ataque por parte de los hombres de Menetir.

Domusal tuvo que conformarse y esperar. Le consolaba que Andamar le dio su palabra de que el proceso contra Menetir continuaría suspendido hasta que pudieran encontrarse al año siguiente, y que su hijo no se hallaba en condiciones demasiado penosas.

Pasado el plazo que Andamar exigió, sin que hubiera ningún nuevo ataque, firmó la tregua de un año, y también envió un mensaje a Tessino, informándole de que asistiría a la conferencia de paz.

A pesar de haber obedecido a Domusal, Temuzén, y la mayoría de grandes señores que apoyaban la causa del rey destronado, no estaban nada conformes. Si ahora los hermanos firmaban la paz ¿Cómo quedarían ellos? Sin embargo, no había mucho que pudieran hacer, al menos de momento, pues, incluso Netyk, cuyo oro continuaba siendo imprescindible, se sumó a la propuesta de la conferencia de paz, y envió mensajes a todos los interesados informando de que tenía intención de participar en ella.

Lo ocurrido con su hermana y su cuñado le había hecho pensar mucho, y meditar sobre su situación. Estaba claro que no le tomaban verdaderamente en serio. Pero iba a poner fin a eso. Su primer acto para conseguirlo, claro, fue el contundente castigo a los que habían conspirado contra él, empezando por su propia hermana. Ya había enviado varios mensajes a Andamar exigiéndole la devolución a Narvaly del príncipe Rolf. El pequeño, de momento, era su heredero, y no pensaba dejarle en manos de un rey enemigo. De momento. Porque su segundo movimiento fue repudiar a su estéril esposa, Nefty.

Desde luego, eso no le iba a acercar más a los Cenwolf, cuyo poder, en ausencia de Menetir, y dada la débil salud de Domusal, no dejaba de aumentar. Pero estaba dispuesto a asumir su enfado por el agravio hecho a su hermana. Después de todo, ellos le necesitaban más que él los necesitaba a ellos. Y además, tenía todo el derecho. Cinco años de matrimonio sin hijos era razón más que suficiente para repudiar a la reina. Sin embargo, tendría que elegir muy bien a su futura esposa. Aún no había decidido si le convenía más lograr una nueva alianza con alguno de los bandos en guerra o enfocarse más bien a consolidar la lealtad de las familias nobles de Narvaly o Midum, desposando a una de sus hijas.

Por eso, tenía que estar presente en la conferencia de paz. Seguramente, allí se iba a decidir el destino del mundo, y él quería asegurar muy bien su lugar en él. Como rey de Narvaly y Midum, tenía todo el derecho.

Netyk no fue el único que vio lo que se jugaba en la futura conferencia, los señores y reyezuelos de los diversos territorios que rodeaban el dominio de Kynán también se dieron cuenta de que la conferencia era una oportunidad para mejorar sus respectivas

situaciones. Quizá las eternas rencillas y desacuerdos que se discutían por medio de las armas, aprovechando la guerra civil valate, se podrían solucionar de un modo más limpio, y sobre todo, económico. De modo que, la tregua acordada entre Andamar y Domusal se convirtió en tregua universal.

Tessino estaba encantado. Como todos, esperaba sacar provecho de la conferencia, y más, teniendo en cuenta que sería el anfitrión. Su actitud hacia Enekhál cambió por completo. Ahora se mostraba amable y encantador con él. Le invitó a pasar el invierno en Ayusha, puesto que de todas formas, debería volver allí en primavera. Sin embargo, Enekhál rechazó educadamente su oferta. Tessino debía comprender, dijo, que su padre le necesitaría a su lado, sobre todo, estando su hermano ausente, y ya había estado lejos de sus obligaciones demasiado tiempo.

Cuando por fin, Enekhál llegó de nuevo al lado de su padre, ya habían empezado las lluvias. Encontró a Domusal bastante desmejorado a pesar de que las cosas estaban saliendo como él quería. Sabía que el hecho de que Menetir continuara preso en Kynán estaba acabando con la escasa salud que aún le restaba. Pero no había mucho que pudieran hacer, salvo esperar a que llegase la primavera, y fuera de nuevo seguro viajar. A pesar de todo, a Enekhál le complació ver que su padre no abandonaba sus responsabilidades de rey. Ya el día siguiente de su llegada, le convocó para que le hiciera un informe pormenorizado de todo lo que acontecía en Esterria, y de las verdaderas intenciones de Tessino.

—No creo que debemos preocuparnos porque cambie de opinión, padre. Le halaga sobremanera haberse convertido en el anfitrión de un evento tan importante. Cuando me despedí de él, estaba hinchado como un cerdo cebado, más hinchado de lo habitual, quiero decir, porque ya se asemeja suficientemente a un cerdo. Está encantado porque piensa que la conferencia asegurará su poder.—

—¿Sospechas acaso que pretende usurpar el trono de su sobrino?—

—No le hace falta. En Esterria no hay más rey que él, ni lo habrá. Si le arrebatara el trono a su sobrino, se arriesga a la oposición de los nobles. Pero no tiene de qué preocuparse porque el rey Dolomán es un pobre idiota.—

—Vamos, Enekhál, sabes que no me agrada tu insolencia. El rey es apenas un niño aún, pero...—

—No, padre, no estoy siendo insolente. Dolomán es una de esas personas, uno de éstos que nunca llegan a ser adultos por muchos años que vivan. Me compadecería del pobre tonto, pero, en realidad, su completa incapacidad es seguramente lo que le mantiene con vida.—

—Me entristece oír eso. Doloandro, el abuelo del niño, como sabes, era como un hermano para mi padre. No es agradable saber que un noble reino como Esterría vaya a caer en manos de un rufián como Tessino.—

Aquél fue un extraño verano para Yaluc. Primero, pasar de su vida como sabio errante a convivir con sus parientes de sangre, como un príncipe nada menos. Después descubrir que el hombre que llenaba sus sueños más íntimos era ahora su hermano adoptivo, alguien con el que debía pasar gran parte de su tiempo, lo quisiera o no. Naadur se nombró a sí mismo guía y maestro de Yaluc en asuntos militares, y Andamar mostró su entusiasmo acuerdo. El rey y el Príncipe Heredero se mostraban de lo más afectuosos con él. Pero no todos los miembros de la familia real tenían hacia él la misma actitud.

Por ejemplo, la reina madre no hizo demasiados esfuerzos para ocultar su malestar por su presencia en palacio. Yaluc podía comprenderla, sobre todo, después de enterarse de que su padre, el difunto rey, había planeado repudiarla, y apartar a su hijo en favor de Yaluc y su madre. Sin embargo, la hostilidad de Garpa no le preocupaba demasiado porque sabía que, aunque desconfiaba de él, no haría nada que perjudicase a su hijo el rey.

En cuanto a la reina Brala, su primer encuentro con ella fue ciertamente ambiguo. No tenía muy claro si ella le aceptaba o le rechazaba. Por una parte, no le extrañaría que se mostrase desconfiada, por si él pudiera tener la intención de conspirar en contra de su hijo. Pero su actitud, al contrario que la de Garpa, no era verdaderamente hostil. Al contrario, se mostró realmente amable la primera vez que se vieron.

—Por los dioses, Yaluc. Si no estuviera completamente segura de que parí una sola criatura, pensaría que eres el gemelo de Naadur.— Había dicho, ciertamente impresionada al verle. Era cierto, y ella no fue la primera en ponerlo de manifiesto, el parecido entre Yaluc y Naadur era asombroso. Si no fuera porque Yaluc tenía el cabello de un color más claro, y era más alto y corpulento que Naadur, bien podrían haber pasado por gemelos.

—Eso es, simplemente, porque ambos son el vivo retrato de mi difunto esposo.— Dijo Garpa, a quien, era evidente que dicha circunstancia no hacía en absoluto feliz. —Supongo que eso deja bien claro que realmente eres su hijo.— Añadió en el mismo tono de disgusto.

—Siento de verdad que mi presencia te cause tanto desagrado, mi señora, pero yo no pedí venir. Si estoy aquí es por obedecer al rey, tu hijo.— Yaluc replicó. Ella puso mala cara, pero no dijo nada más. Y aquéllas prácticamente eran las únicas palabras que Yaluc había intercambiado con la familia real a excepción de Andamar y Naadur.

En su primera estancia en el Palacio de las Nubes, no tuvo ocasión de conocer a la esposa de Naadur, aunque sí vio en el jardín a la pequeña Nysbe, jugando inocentemente con el príncipe Rolf, mientras eran atentamente vigilados por sus respectivas nodrizas. Naadur, desde el principio, se había mostrado muy impaciente por comenzar el adiestramiento de Yaluc. Por eso, partieron inmediatamente hacia el campamento, a las afueras de Taros, donde permanecía el ejército de Naadur durante el verano, mientras no fuera necesario acudir a ninguna acción militar.

Yaluc no sólo jamás había sostenido una espada en la mano, sino que además, era bastante torpe en su manejo. Gran parte de la culpa de su escaso éxito como espadachín, sin duda la tenía su poco interés en los asuntos militares, y menos aún, en la guerra. No obstante, tenía que reconocer la infinita paciencia de Naadur, que nunca se daba por vencido, y estaba seguro de que llegaría a manejar decentemente la espada. Sin embargo, el príncipe se mostró sinceramente admirado por su excelente manejo y buena puntería con el arco y las flechas. Yaluc había aprendido a cazar, sobre todo animales pequeños, que suelen ser más veloces y difíciles de acertar, y en su interior, suplicaba a todos los dioses, si es que existían, no tener nunca que disparar a otros hombres. A pesar de todo, sabía que era una empresa más bien difícil, pues había una guerra declarada.

En cuanto a sus deseos y anhelos más íntimos, cada vez le resultaba más difícil tener que estar tanto tiempo cerca de Naadur, y no poder revelarles sus sentimientos. Durante sus viajes a lo largo y ancho de los asentamientos loggi, había tenido suficientes ocasiones para ver cómo vivían los que ellos llamaban simplemente los hombres sin mujeres. Muchas veces había pensado si no habría hecho mejor en unirse a ellos, en lugar de resistirse a su naturaleza como lo hacía. O más bien, como lo había hecho hasta aquel verano, pues, para su inmenso asombro, en el ejército era más fácil satisfacer sus necesidades que en cualquier aldea

loggi, en secreto claro está. Sin embargo, a veces, se arrepentía de haber cedido, no por los remordimientos que le atormentaban, sino porque esos encuentros clandestinos sólo conseguían hacerle desear más aún a Naadur.

Cuando comenzaron las lluvias, y regresaron a palacio, Yaluc se debatía en un inmenso mar de dudas y remordimientos. Después de esos meses, aún comprendía menos que al principio por qué estaba allí. El ambiente en palacio y en la ciudad, era optimista cuando llegaron. Las noticias de que se había firmado una tregua en la guerra llenaban a todos de esperanza. La gente preveía la recuperación de las rutas comerciales, y por tanto, el florecimiento de los negocios.

Que ahora estuvieran en la ciudad, no significaba que cesaran los entrenamientos militares, ni por supuesto, el adiestramiento de Yaluc. Simplemente, ahora lo hacían en los patios de la guardia de palacio, cuando el tiempo lo permitía, o si no, en los pabellones. Las actividades comenzaban al amanecer y normalmente, acababan a media tarde. Después de las prácticas, y hasta la hora de la cena, disponían de tiempo libre. Naadur aprovechaba para estar con su familia. Yaluc se alegraba en principio de no tener que estar cerca del objeto de sus más ardientes deseos, pero, también detestaba tener tanto tiempo para pensar en su absurda situación.

Solía deambular por los jardines o la orilla del mar. Pero, cuando el clima se mostraba demasiado adverso, no le quedaba más remedio que pasear por palacio. Le habían asignado unos suntuosos aposentos, a los que, ciertamente, le costaba acostumbrarse, igual que a las ropas de príncipe. De niño, se había habituado a los austeros e incómodos jergones del templo, así como a la sencilla túnica de acólito. Luego, vinieron las humildes, pero agradables cabañas loggi, o los campamentos improvisados durante sus viajes, y las sencillas, pero maravillosamente confortables ropas loggi. Pero ahora, era un príncipe, y debía vestir como un príncipe.

En sus paseos, había evitado conscientemente el templo. No tenía intención de entrar en él, a menos que no tuviera más remedio. Sin embargo, sí añoraba la paz y serenidad de los amaneceres y atardeceres en la azotea, junto a su añorado Ris. Había descubierto, durante sus paseos, un lugar en palacio donde conseguía un silencio y paz semejantes. Era la galería occidental del palacio. No era la azotea, pero estaba en lo más alto del edificio. Desde allí, podía contemplar cómo el sol se hundía en el mar, donde tendría que vencer una noche más, a los demonios del abismo para emerger de nuevo a la mañana siguiente por el horizonte oriental.

Yaluc disfrutaba inmensamente de aquellos momentos al atardecer, contemplando el mar, que se extendía hasta límites desconocidos hacia el norte. Un día, se encontraba precisamente mirando en aquella dirección, pues la lluvia, que caía copiosamente, impedía ver el sol. Meditaba sobre sus dudas, como siempre, aunque también, como le ocurría al mirar hacia esa dirección, se preguntaba qué le estaría pasando por la cabeza en esos momentos al habitante de la torre norte de palacio. Por suerte para él, nunca había tenido un encuentro directo con Menetir, aunque, como todo el mundo, conocía su mal carácter, y procuraba desaparecer de su vista cada vez que aquél visitaba el templo.

Oyó un ligero ruido a su izquierda y se volvió a mirar. Normalmente, nunca se encontraba con nadie, ni siquiera sirvientes, en sus paseos vespertinos por la galería. Sin embargo, en esta ocasión, sí que había alguien. Aunque nunca la hubiera visto antes, la reconoció inmediatamente. Era la princesa Numa. Había sabido que, desde hacía ya algunas semanas, permanecía en sus aposentos, pues los médicos le habían recomendado reposo. Se encontraba en la última fase de su embarazo, y después de lo ocurrido la vez anterior, nadie quería correr riesgos. Iba envuelta en un grueso manto, pero eso no impidió a Yaluc notar su extrema delgadez, que hacía más destacable la redondez de su abultado vientre.

La contempló unos momentos, mientras ella tenía su vista fija en el mar. La princesa no parecía haber notado su presencia, lo que le permitió observarla con más detenimiento. Sintió una extraña sensación al mirarla. Era como si la menuda figura irradiara una intensa melancolía. Después, Yaluc aguantó la respiración, pues reconoció una sensación que ya había experimentado en un par de ocasiones, como aquella vez en la Cueva de los Niños. Sin embargo, en esta ocasión, no había tomado la mezcla de raíces. Y a pesar de ello, allí estaba. Empezando en su nuca, y recorriendo todo su cuerpo, hasta hacerle sentir incorpóreo. Y entonces lo supo, con más seguridad que nada en toda su vida, supo por qué estaba allí, y que era precisamente allí donde debía estar.

El alivio que sintió fue tan profundo que no pudo evitar sonreír, a la vez que cerraba los ojos. Aunque la galería era cubierta, estaba lo bastante cerca de la balaustrada como para sentir en su rostro las gotas de lluvia empujadas por el viento. Y tras sus ojos cerrados, le pareció ver el añorado rostro de Zesera, que le miraba afectuosa, y le dedicaba una dulce sonrisa. Incluso, le pareció notar que le acariciaba la mejilla, como ella solía hacer. Era como si le dijera: —Así es, lo estás haciendo bien— ¿Era así como la Madre se comunicaba con él?

Al abrir los ojos, Numa le estaba mirando. Le impresionó el intenso azul de los ojos de la princesa. Sólo había visto un tono de azul como ése en los lagos helados o las grutas de las montañas durante el invierno. Y sin embargo, esa mirada, lejos de ser fría, transmitía un intenso fuego interior. Se acercó a la princesa.

—Saludos, mi señora Numa. Ruego me disculpes, pero no sabía que estabas aquí. Soy...—

—Sé quién eres. Ellos me dijeron que vendrías.— Ella dijo. Su voz sonaba extrañamente calmada. Yaluc supuso que —ellos— se refería al rey y a Naadur. Pero no tardó en darse cuenta de su error. —¿Tú los oyes también? Desearía que no se mostraran tan confusos, que me dijeran claramente qué esperan de mí.— Se lamentó la princesa. Yaluc no estaba seguro de qué pensar de lo que acababa de oír. Pero no tuvo ocasión de preguntar.

—Oh, Numa. Por la piadosa Arapagena ¿Qué haces aquí fuera? El frío y la humedad no te hacen ningún bien.— La voz de Naadur sonaba preocupada. Rodeó la menuda figura de su esposa con su fuerte brazo, y comenzó a guiarla hacia el interior. Dos doncellas estaban allí esperando, y tomaron el lugar del príncipe. —Más vale que pongáis más atención a partir de ahora, porque si algo le ocurre a la princesa estando a vuestro cuidado, recibiréis un severo castigo.— El príncipe dijo, dirigiéndose a las doncellas, que comenzaron a disculparse.

—Por favor, no estés enfadado, esposo mío.— Suplicó Numa. Naadur le tomó la mano, y la acercó a sus labios con delicadeza.

—No estoy enfadado contigo, pero debes prometerme que no volverás a poner en peligro tu salud. Ve y descansa. Pasaré a verte antes de retirarme a dormir.— Ambos hombres vieron desaparecer a las tres mujeres por un largo pasillo. —No sé qué te habrá dicho, pero debes disculparla, Numa a veces se muestra algo confundida.— Naadur dijo a Yaluc.

—No. Yo no creo que esté confundida en absoluto.— Yaluc dijo muy serio, haciendo que ahora fuese Naadur el que se sintiera terriblemente confuso. Ya empezaba a darse cuenta de que Yaluc era un hombre de profundos misterios.

Cenaron, como era la costumbre durante el invierno, en una pequeña estancia de palacio, donde ardía un gran fuego en la chimenea de piedra. Esa noche, sólo estaban Andamar y Brala, además de ellos

dos. La reina madre se había retirado temprano, alegando que se encontraba cansada. Ya durante la cena, pudieron escuchar el aullido del viento, que se colaba por las rendijas a pesar de los lujosos tapices y alfombras. Estaba claro que se acercaba una buena tormenta.

La tempestad estaba en todo su apogeo, cuando sonaron unos golpes en la puerta del dormitorio de Yaluc. Nunca los habría oído por encima del estruendo de las olas rompiendo contra las rocas, si no fuera porque permanecía despierto. Naadur entró con el rostro desencajado.

—Perdón por interrumpir tu descanso, Yaluc. Pero mucho me temo que esta noche necesito la compañía de un verdadero amigo.—

—No importa. No dormía ¿Qué pasa? Pareces muy agitado. Nunca te había visto así.— Yaluc dijo, saliendo del lecho. El frío le erizó la piel. Enseguida se cubrió con su manto.

—Es mi esposa... Hace horas ha comenzado el parto. Aún es pronto, Yaluc. Temo que ocurra como la vez anterior, y nazca un niño muerto.— Yaluc se puso algo de ropa, y salió con Naadur a los oscuros y fríos corredores de palacio. El príncipe llevaba una pequeña lucerna y Yaluc tomó otra de su dormitorio. A pesar de ello, la oscuridad era casi absoluta. Sólo los relámpagos iluminaban de vez en cuando las vacías estancias. Llegaron a un pequeño gabinete, donde se encontraban Brala y Garpa. En la estancia contigua, las parteras y los médicos atendían a la princesa.

Permanecieron en silencio. Era evidente la angustia que los atenazaba a todos. Yaluc también estaba preocupado por las vidas de Numa y su criatura, pero no podía evitar regocijarse en lo más íntimo al tener una razón legítima para pasar un brazo protector por los hombros de Naadur, y estrecharle contra sí. Ya amanecía un día oscuro y gris, cuando una de las comadronas apareció en la estancia.

—La princesa ha dado a luz a una niña. Pero me temo, que se encuentra muy débil. Ambas lo están.— Yaluc vio alivio en los rostros de los otros tres, mezclado con algo más ¿decepción? Seguramente.

En efecto, la noticia de que había nacido otra niña no era la mejor para el reino de Kynán. El rey Andamar, al enterarse, se sintió igualmente decepcionado. Además, tanto la criatura como la madre se encontraban

aún en peligro. Yaluc estaba al lado de Naadur cuando éste fue conducido a la estancia donde se encontraba su nueva hija. Se trataba de una criatura diminuta, pálida y arrugada que respiraba con evidente dificultad y, de vez en cuando, dejaba escapar un leve gemido. Yaluc sintió inmediatamente una profunda compasión por la criatura que sufría de modo tan evidente. Sin embargo, su tormento no duró mucho, pues antes de que se cumpliera un día de su nacimiento, la pequeña expiraba, sin haber llegado siquiera a abrir los ojos.

El estado de Numa era sumamente preocupante. Durante casi dos semanas se temió que siguiera a su pequeña. Naadur estaba sumido en una profunda tristeza que sólo consiguió que creciera el amor por él en el corazón de Yaluc. Aprovechó todo lo que pudo esa oportunidad que se le daba para consolarle, pues suponía que no se repetiría. Cuando se quedaba solo, claro, sentía remordimientos por obtener felicidad de la desdicha de Naadur, pero no podía evitar sentir lo que sentía. Por fin, Numa comenzó a recuperarse, y el alivio fue general, incluso en Yaluc.

Sin embargo, lo ocurrido contribuyó a convencer aún más a Andamar de la necesidad de disponer de más de un heredero. Por tanto, decidió celebrar una ceremonia para presentar a Yaluc como tal. El mal tiempo sólo permitiría asistir a los nobles y grandes señores que tenían residencia en la capital o cerca de ella, pero el rey consideró que era suficiente. Tenía la intención de llevar a Yaluc como parte de su séquito en el viaje a Esterria la primavera siguiente. Ésa sería una excelente ocasión para hacer una presentación más amplia de su hermano y ahora también hijo adoptivo.

Así que, en una soleada pero gélida mañana, la corte de Taros se dispuso a recibir a su nuevo miembro. Habían confirmado su asistencia más nobles de los que Andamar esperaba, y eso, le puso de buen humor. Aunque lo que más contribuyó a alegrarle fue que Numa, ya bastante recuperada, asistiría también a la ceremonia.

Yaluc contemplaba los acontecimientos como si no formara parte de ellos. Todo eso le parecía tan irreal. No podía evitar pensar en su otra familia, la Gente Loggi con la que había convivido durante cinco largos años. Por esas fechas, se estarían preparando para celebrar El Corazón del Invierno. Los últimos años, lo había pasado con Mores en diferentes aldeas, pero la celebración era siempre interesante. Ya había asumido que su lugar estaba junto a esta familia que acababa de conocer, pero eso no evitaba que añorase sus años de libertad como sabio errante.

El palacio se engalanó como en las mejores ocasiones. Yaluc tenía que reconocer que, cuando cayó la noche, el espectáculo que ofrecían las salas iluminadas por miles de velas era asombroso. No tuvo más

remedio que ponerse las elegantes ropas que le trajeron. Al contemplar su imagen en uno de los espejos de plata pulida de sus aposentos, se preguntó si seguía siendo el mismo de siempre. Se había empezado a dejar crecer el cabello y la barba, como todo guerrero valate debía hacer. No reconocía al apuesto joven que le devolvía la mirada desde la superficie de metal.

Aunque estaba acostumbrado a que la gente se reuniera para escucharle como sabio errante, ser el centro de atención de aquellas personas, que le parecían tan extrañas, no resultaba nada fácil. Procuró hacer todo lo que Andamar le había dicho poco antes de que la ceremonia comenzara. Aunque se sintiera fuera de su elemento, no deseaba perjudicar en modo alguno a su recién encontrado hermano.

Hubo murmullos de asombro cuando el rey relató las circunstancias en que había descubierto la existencia de Yaluc, y sobre todo, cuando hizo público el contenido del documento de su padre. A continuación, presentó a Yaluc como su nuevo hijo adoptivo, según una antigua ley valate, y exigió que todos los presentes le reconocieran como heredero al trono sólo por detrás de Naadur, y cualquier hijo varón que éste pudiera tener. Todos los nobles presentes fueron pasando por delante del joven y le juraron lealtad como miembro de la familia real. Ya era oficialmente un príncipe, el príncipe Yaluc Damoy.

7:

Un largo invierno

Si bien los nobles y grandes señores de Kynán le habían jurado lealtad como heredero, había dos personas que le eran francamente hostiles en la corte. Ya conocía y hasta cierto punto comprendía la hostilidad de la reina madre, pero también estaba Palas, el sumo sacerdote. No se la había expresado directamente, claro, lo que no le extrañó, pues demasiado bien conocía él al taimado y retorcido sacerdote. Tal vez, ésa era la razón de su rechazo, saber que Yaluc le conocía bien. Palas nunca había ocultado su ambición de llegar a lo más alto en la jerarquía del templo, y al parecer, lo había conseguido. Sin embargo, eso no hacía que Yaluc dejara de pensar en lo inferior que éste era en todo comparado con su querido y admirado Ris.

Como recordaba, el invierno en Taros no era tan riguroso como en las altas montañas. A pesar de eso, llegaron las heladas y luego, la nieve, y el mar se mostraba especialmente agitado. Fue un invierno en el que apenas se vio lucir el sol. La mayoría de los días eran nublados, o si no, una espesa niebla gris azulada procedente del mar lo envolvía todo, haciendo que fuera necesario mantener las velas y lucernas encendidas durante todo el día. El alivio y relativo optimismo que reinaban en palacio por la recuperación de la princesa Numa y la tregua se vieron súbitamente enturbiados por una triste noticia; la querida aya Dete, que llevaba ya varios años sin salir de sus aposentos debido a su avanzada edad, abandonó definitivamente el mundo de los vivos aquel invierno.

Yaluc continuaba con su adiestramiento militar. Ya se había habituado a él, y la verdad, le agradaba el ejercicio físico. Añoraba su vida de sabio errante, y no habría podido soportar la vida en palacio sin ese desahogo. Además de Naadur, también tenía como compañero a Damosén, jefe militar del rey, y su hombre de mayor confianza, con el que había trabado una buena amistad. Éste se encontraba de nuevo en Taros, ya que la situación en Grodania era mucho más tranquila.

Los tres salían a cabalgar por los helados campos que rodeaban la capital, y casi siempre, se detenían en alguna posada de las que solían utilizar los comerciantes, para comer. Un día, especialmente frío, salían de la posada, y Damosén, que también gozaba de la simpatía de Naadur, se atrevió a bromear sobre la cantidad de comida que el joven había sido capaz de ingerir.

—Sin duda, es algo digno de admirar, mi señor. El príncipe Yaluc, que es casi el doble de grande, no ha comido ni la mitad que tú.— Damosén comentó de buen humor.

—En mis años de sabio errante aprendí a ser frugal.— Yaluc añadió en el mismo tono. —Yo también me admiro de que seas capaz de moverte.—

—¿Con que los dos creéis que me he atiborrado, y apenas puedo caminar? ¿eh? Pues os desafío aquí y ahora. Apuesto lo que queráis a que llego antes que vosotros a los establos.— Naadur dijo desafiante.

—¡Una carrera! Acepto el reto ¿Y tú, Yaluc?—

—¿Desde ese arbusto?— Fue la respuesta de Yaluc, señalando un matorral cubierto de escarcha. Los tres se situaron, dispuestos para la carrera, que emprendieron a una señal de Damosén. Naadur pronto consiguió adelantarse. Todo el mundo conocía su agilidad y rapidez, pero Yaluc, con sus piernas más largas, no tardó en alcanzarlo y sobrepasarlo. Ya casi estaba en los establos, cuando, inadvertidamente, pisó una losa cubierta de hielo, y resbaló, cayendo al duro y frío suelo. No pudo evitar un quejido, y comenzó a maldecir, agarrando su maltrecho tobillo. Naadur y Damosén se pararon en seco a su lado. Naadur tenía una expresión de divertido asombro.

—Sí que te debes de haber hecho daño. Desde que te conozco, jamás te he oído pronunciar una palabra malsonante, y hay que ver las maldiciones que están saliendo de tu boca.— Yaluc le dedicó una mirada muy poco amable, que hizo reír aún más a Naadur.

—Me he torcido el tobillo. Aunque no creo que me lo haya roto.— Yaluc dijo aún en el suelo, palpando cuidadosamente su pierna. —Pero, aun así, duele mucho ¿sabes?— Añadió en tono de reproche. Naadur puso un gesto compungido.

—Lo siento. No pretendo burlarme de tu dolor. Sólo me ha sorprendido mucho ver alterarse al impasible Yaluc. Vamos Damosén, ayudémosle a subir al caballo. No te preocupes, en palacio recibirás los cuidados de los mejores médicos.—

Sin embargo, Yaluc no necesitaba los cuidados de nadie, especialmente, de los médicos de palacio. Durante sus constantes viajes, había aprendido todo lo necesario para cuidar de sí mismo, y, en su caso, de su acompañante Mores. Antes de emprender el regreso a Taros, exigió a sus acompañantes que le trajeran un buen puñado de nieve de un rincón junto a los establos dónde ésta se acumulaba. A pesar de lo insólito de la

petición, Naadur sintió curiosidad y se dispuso a obedecer a su tío-hermano. Él y Damosén contemplaron atentos cómo Yaluc colocaba el montoncito de nieve sobre una esquina de su manto, lo envolvía con ésta, y procedía a enrollarlo cuidadosamente alrededor de su dolorido tobillo. Viendo las caras de los otros hombres, dijo:

—El frío de la nieve evitará que se hinche.— Mas, enseguida, se dio cuenta de que su aclaración no sólo no había contribuido a satisfacer la curiosidad de los otros, sino que ahora, le miraban con mayor asombro si cabe.

Al llegar a palacio, volvieron a ayudarle para desmontar. Yaluc les mostró su tobillo sin rastro de inflamación, mientras la nieve se había fundido, dejando simplemente su manto mojado. Se dejó llevar hasta sus aposentos, donde se dispuso a examinar con mayor detenimiento el estado de su tobillo. Al poco rato, llamaron a su puerta, y Naadur apareció acompañado por un hombre más bajo de cabello oscuro y sin barba. Claramente, se trataba de un loggi. Además, a Yaluc le resultó su cara terriblemente familiar, aunque estaba seguro de no haber visto nunca antes a aquel hombre.

—Éste es Agón, médico personal del rey.— Dijo Naadur. —Él se encargará de tu tobillo. Salvó el brazo de mi padre con su increíble magia.— Añadió. El otro hombre miró a Yaluc, y ambos compartieron una sonrisa cómplice.

—No hay ninguna magia, mi señor, como tú seguramente bien conoces.— Dijo Agón. —Y yo no soy médico, ni siquiera soy sanador. El rey Andamar me está agradecido, y me ha nombrado su médico personal. Pero yo lo único que hice fue repetir lo que, de niño, vi hacer a una Guía de la Gente en mi aldea.—

—Por supuesto te agradezco mucho Naadur, que me hayas traído a Agón. Aunque, como puedes ver, yo ya me he hecho cargo de mi tobillo. Como os dije antes, no está roto. De modo, que sólo necesitaré reposo y evitar apoyarme en él durante unos días, hasta que deje de doler. Lo que es un fastidio, porque no me agrada permanecer inmóvil.—

—Bueno, puedo venir a hacerte compañía, si quieres.— Se ofreció Naadur. Yaluc sintió una agradable calidez en su corazón. Nada le produciría mayor felicidad que pasar tiempo a solas con Naadur. Sin embargo, consiguió mantener la compostura.

—Serás muy bienvenido si me visitas, pero yo sé muy bien cuántas son las obligaciones del Príncipe Heredero.— Dijo, ofreciendo a Naadur su más encantadora sonrisa.

—En ese caso, y si de verdad no necesitas a Agón, te dejaremos descansar.— Naadur dijo, y ambos hombres empezaron a dirigirse hacia la puerta.

—No es necesario que te vayas tan pronto. Y en cuanto a ti Agón ¿Podrías quedarte también? Me gustaría hacerte algunas preguntas.—

—Desde luego, mi señor.— Agón dijo, y volvió a acercarse al lugar donde Yaluc permanecía sentado en una silla, mientras su tobillo, que había envuelto en apretados vendajes, reposaba sobre un cojín encima de un taburete. Naadur empezó a recorrer la estancia curioseando, mientras los otros hablaban.

—Así que, eres loggi ¿Cuál es tu aldea? Puede que la conozca. Viajé durante más de cuatro años por el territorio loggi.—

—Nací en La Aldea del Roble Partido, mi señor ¿La conoces?—

—Desde luego que sí. La he visitado a menudo ¿Qué parientes tienes allí?— Yaluc dijo, sonriendo. Quizá conocía a algún pariente cercano del hombre y por eso, su cara le resultaba tan familiar.

—La verdad, mi señor, dudo de que haya alguien de mi familia aún allí. Sólo éramos cinco; mi madre murió cuando yo tenía 10 años. Mi hermana mayor, Jaduma, ya se había emparejado y se había ido a vivir a otra aldea. No sé qué sería de mi hermana pequeña, porque enseguida fui reclutado en el ejército del señor de aquellas tierras, y no he vuelto a verla desde entonces...— Agón hablaba, sin ocultar la profunda tristeza que le producían esos recuerdos. Yaluc tragó aire de pronto. Claro, por eso Agón le resultaba tan familiar sin conocerle de antes. Ahora que se fijaba mejor en él, estaba claro su gran parecido físico con Dilmala.

—No te aflijas, Dilmala no tuvo que pasar mucho tiempo con vuestro padre. Jaduma se la llevó con Zesera. Es a ella a quien te referías al hablar de una Guía de la Gente ¿verdad?— Agón abrió mucho los ojos, lleno de asombro.

—No me sorprende que conozcas a Zesera, pero también conoces a mi familia.— Dijo emocionado Agón.

—Los conozco, y bastante bien. Se puede decir que Jaduma y su compañero Mosh fueron como mis padres durante el tiempo que viví en su aldea. Y su hijo Mores, tu sobrino, ha sido mi fiel acompañante durante los años en que he viajado como sabio errante.—

—Me alegro de oír eso ¿Y dices que Dilmala se fue con Zesera? Eso aún me alegra más, por razones que veo que conoces, y también porque la Hija Mayor estaba segura de que Dilmala era como ella.—

—Sí, conozco la historia. Pero Dilmala no se convirtió en acólita de Zesera. En cambio, se unió a las Hijas de Prakhana. Estaba con ellas la primera vez que la vi, y la última, era la jefa de su propio grupo. Ellas te echan de menos, imagino que tanto como tú a ellas.—

—Así es. La vida de soldado es tan solitaria. Además, hasta hace unos meses, estuve destinado en la guarnición de Shimma en Midum. Lo sé porque es lo que los oficiales nos decían, porque yo jamás me había alejado más de media jornada de mi aldea. Ni siquiera me podía imaginar que el mundo era tan grande. Cuando Netyk de Narvaly tomó Shimma, casi todos los soldados que no eran valate huyeron, dejándonos a unos pocos junto al noble Edenor. Pero él resultó muerto, y unos pocos loggi que quedamos, nos escondimos en los alrededores de la ciudad. Habría vuelto a mi aldea, si hubiera sabido cómo llegar desde allí.—

—Si hubieras hecho eso, ahora no estarías en esta estancia de palacio, sino encadenado en las mazmorras. Llevas lo suficiente en el ejército como para conocer el castigo por desertar.— Naadur, cuya presencia los otros dos hombres parecían haber olvidado, dijo en tono autoritario.

—Demasiado bien lo sé. Ya llevo 15 años, y aún me restan 5 más, aunque no me uniera al ejército por mi voluntad.— Agón se lamentó amargamente. Yaluc estaba asombrado por su osadía al hablar así delante de Naadur. Pero el hombre parecía no temer las consecuencias de sus palabras.

—¿Insinúas que fuiste reclutado a la fuerza? Los ejércitos valate no tienen ninguna necesidad de secuestrar niños. Nos sobran los candidatos.— Naadur replicó, indignado. Yaluc temía que las cosas se complicaran, y ya iba a intentar poner paz, cuando Agón habló de nuevo, con voz muy serena.

—No, mi señor Naadur. Fue mi propio padre quien me entregó a su señor. No tengo motivos de queja, aparte de que detesto estar alejado a la fuerza de mi gente. Ahora, no estoy más que a un par de jornadas a caballo de mi aldea natal. Pero me es tan imposible regresar como cuando me encontraba en aquellas extrañas y lejanas tierras de Midum. No hasta que complete mis 20 años de servicio.— Yaluc había convivido lo suficiente con la Gente Loggi como para conocer su inmenso amor por la libertad. Ciertamente muchos de ellos, como el padre de Agón, aspiraban a vivir al modo valate, pero aún quedaban loggi auténticos que no

soportaban someterse. Y estaba claro que Agón, como sus hermanas, era de éstos.

—Ten paciencia. Si eres un hombre sensato, y has servido bien, cuando acabes serás generosamente recompensado. No son pocos los que, al terminar su servicio, pueden comprar su propia granja o taller, y llevar una buena vida. Además, mi padre te está muy agradecido, y sabrá premiarte.— Naadur dijo. Yaluc estaba sorprendido por lo fácilmente que se había aplacado. Desde luego, él ya había comprobado que, con toda su temeridad y carácter impulsivo, Naadur no era en absoluto irascible ni rencoroso, y seguramente, también él debía de sentir agradecimiento hacia Agón por lo que quiera que éste hubiera hecho para curar el brazo del rey.

Agón se despidió, pues debía regresar a sus obligaciones, no sin antes agradecer a Yaluc haberle informado acerca de su familia. Naadur también se dispuso a marcharse, pero, de nuevo, Yaluc le detuvo.

—Gracias por haber sido indulgente con Agón.— Le dijo, en cuanto estuvieron solos.

—A pesar de sus palabras, permaneció al lado de Edenor en la defensa de Shimma y luego, gracias a él, mi padre no perdió su brazo derecho, y puede que, también la vida. Ya conoces la situación. No andamos precisamente sobrados de soldados con experiencia como él. Aunque su actitud, en otras circunstancias, no dudes de que sería castigada.—

—No puedo decir que se lo reproche. Ya ves que no entró en el ejército por su voluntad. Y francamente, no encuentro nada justo que los soldados no puedan visitar alguna vez a sus familias, cuando los oficiales sí que lo hacen.—

—Todo tiene su razón, Yaluc. Los oficiales luchamos por nuestro honor y lealtad al rey. Los soldados, sobre todo los que no son valate, no son de fiar en ese sentido. Por eso están sometidos a tan férrea disciplina. No puedo creer que no lo comprendas. Tú eres uno de nosotros. Ya sé que pasaste unos años con los loggi. Pero fuiste criado como valate.—

—Sí, pero no olvides que yo iba para sacerdote, no para guerrero.— Naadur frunció el ceño.

—No me puedo creer que no seas capaz de apreciar la posición tan privilegiada que te concede tu sangre Damoy. Lamento que lo veas como una tarea pesada en lugar de un honor.— Naadur dijo, enfadado.

—Es cierto que no me produce tanta dicha como a ti ser un guerrero. Pero he jurado lealtad al rey, y aceptado las obligaciones que conlleva pertenecer a esta familia. No dudes de que cumpliré sin reservas. Soy un hombre de honor.— Yaluc dijo en tono solemne. ‘Y soportaría cualquier incomodidad por poder estar cerca de ti’. Pensó, aunque no dijo nada. El enfado de Naadur parecía haber desaparecido por completo cuando el joven abandonó la estancia unos minutos después.

A aquella altura de la estación, la pequeña aldea de la montaña estaba ya completamente cubierta de nieve. Mores languidecía sentado junto al fuego, viendo a su madre y a su hermana tejer. Su padre había salido a buscar leña, a cazar, a reunirse con los otros hombres de la aldea, quién sabe. El caso es que, desde que volvía a vivir allí, todos habían regresado también a su antigua forma de tratarle. Sabía que mientras viviera, no le faltaría lo necesario, que su gente siempre cuidaría de él, pero nunca le permitirían ser uno más entre los hombres.

Algunas veces, se enfadaba con ellos, e intentaba explicarles que podía valerse por sí mismo perfectamente a pesar de su pierna lisiada, que lo había hecho mientras acompañaba a Yaluc. Pero daba igual, ellos no cambiaban su forma de actuar. Otras veces, como hoy, simplemente se sentía tan triste, añoraba tanto a Yaluc y su vida con él, que se quedaba así, incapaz de hacer nada, ni siquiera ayudar a las mujeres a tejer. Ellas, más comprensivas que los hombres, le dejaban en paz.

Echaba de menos terriblemente a Yaluc, aunque se alegró muchísimo por él cuando a la aldea llegó la sorprendente noticia de que el rey Andamar le había adoptado y nombrado heredero junto con el príncipe Naadur. Esto, desde luego, era muchísimo mejor que lo que el propio Yaluc esperaba que ocurriría cuando los Hombres del Rey le encontraran. Sí, a Mores le hacía muy feliz saber que Yaluc seguía con vida. Pero no podía evitar entristecerse al pensar que, ahora que era príncipe, seguro que se olvidaba de ellos y no volvía a verle nunca.

Su mirada se encontró con la de su madre. Ella le dedicó una sonrisa compasiva. Volvió la cabeza para que su madre no viera su rabia por esa compasión. Se había acostumbrado a recibir el respeto, incluso la veneración de las gentes mientras acompañaba a Yaluc. Le consideraban una especie de asistente del sabio errante, y eso le hacía muy feliz. Durante aquellos años, había llegado a sentirse importante ¿Y

ahora tendría que pasar el resto de su vida sin que le permitieran hacer ninguna tarea, aparte de ayudar de vez en cuando a las mujeres?

Admiraba profundamente a Yaluc. Para él era un héroe, alguien a quien se sentía enormemente honrado de seguir y acompañar. Pero ahora se arrepentía de haberle obedecido. Aquellos Hombres del Rey estaban dispuestos a llevarle también con ellos. Cualquiera que fuese el destino que le esperase en la ciudad no creía que fuera tan malo como pasar el resto de su vida como un inválido en su aldea.

Mientras Mores se lamentaba en silencio de su destino en la pequeña aldea, Yaluc, en su dormitorio, había comenzado a quedarse dormido sentado aún en la silla. Todavía conservaba algunas plantas y hierbas medicinales, cuyos usos Zesera le había hecho anotar cuidadosamente en sus libros. Se había preparado una mezcla para aplicar en su tobillo, y ya parecía estar haciendo efecto, amortiguando el dolor. Sin embargo, nuevamente unos golpes en su puerta perturbaron su descanso. Esta vez, era el rey Andamar en persona.

—Agón me ha comunicado que ya te has encargado tú mismo de curarte el tobillo. También me ha asegurado que tú posees muchos más y mejores conocimientos que él ¿Por qué no me habías dicho que eres también un mago?—

—No lo soy. Te agradezco mucho que te preocupes por mi salud. Pero ya ves que no es nada grave.—

—Ya veo que además eres humilde. Pero tu salud es muy importante para mí, como sabes. No sólo porque seas un posible heredero, sino, sobre todo, porque ya te amo como si fueras realmente mi hijo.— Yaluc sonrió ampliamente, pues no dudaba de la sinceridad de aquellas palabras. El rey Andamar era un hombre incapaz de ocultar sus verdaderos sentimientos. Éstos se reflejaban claramente en su mirada. Al menos, claramente para Yaluc. —Espero que te sientas verdaderamente en casa en este palacio ¿Te complacen tus aposentos? Mi sobrino Enekhal los ocupó antes de que comenzara esta desgraciada guerra.—

—Son mucho más de lo que jamás imaginé. Me crie en el templo, sin ninguna comodidad, y después he llevado una vida nómada también carente de lujos.—

—Sin embargo, veo que aún conservas ese sucio y viejo zurrón que traías al llegar. No comprendo cómo los sirvientes no se han deshecho de un objeto tan desagradable.— El rey comentó, poniendo mala cara

mientras se acercaba al zurrón. Como un rayo, Yaluc se levantó y agarró su amado zurrón. Sólo una vez sentado de nuevo, fue consciente del agudo dolor por haber apoyado su pie herido.

—No. Les advertí que jamás debían tocarlo. No pienso deshacerme de él. Es demasiado valioso.— Protestó. Andamar le miraba como se mira a un niño que está teniendo una rabieta. Su gesto era incluso divertido.

—¡Vamos, ya no eres un niño! No es digno que te comportes de manera tan sentimental.— Dijo en tono paternal, tirando resueltamente del zurrón. Yaluc era ya más fuerte que el rey, a pesar de su juventud, pero el gesto de Andamar le tomó por sorpresa. El zurrón cayó a sus pies, abriéndose, y mostrando parte de su contenido. Yaluc iba a maldecir como cuando se cayó, pero la expresión de asombro y maravilla del rey le detuvo. —¡Libros!— Exclamó, encantado, y Yaluc recordó entonces al joven que seguía entusiasmado al Venerable en la biblioteca del templo. Delante de él tenía de nuevo al —príncipe estudioso—. —Nunca había visto rollos de pergamino de esta clase. Y parecen nuevos. ¿De dónde los has sacado?— El rey preguntó, fascinado.

—Los escribí yo.— Andamar le miró de nuevo como si fuera un mago.

—Tan joven y ya tan sabio.— Andamar dijo en el mismo tono de maravillado asombro. Yaluc sonrió conmovido.

—No es mi sabiduría la que se encuentra en esos rollos, sino la de la Gente Loggi. Me fueron dictados por una mujer excepcional, que me mantuvo escribiendo casi día y noche durante todo un invierno.—

—Pero los loggi son incivilizados, incluso después de tantas generaciones desde que los valate llegamos a estas tierras. Nunca imaginé que poseyeran sabiduría como para llenar un pergamino, mucho menos todos estos rollos ¿Qué mujer es ésa que dices? En verdad que debe ser extraordinaria. Me gustaría conocerla.—

—Ya la conoces. Es Zesera. Sé que estuvo aquí la noche en que murió el rey Belcentes.— A Yaluc le resultaba completamente imposible llamarle su padre. Para él seguiría siempre siendo un extraño, la figura lejana que recordaba de su infancia. —Esa visita y lo que en ella ocurrió también está en los libros.— Andamar palideció. Simplemente oír el nombre de aquella extraña mujer le traía a la memoria sus terribles palabras.

—Esa bruja... Nos lanzó una maldición. Debería hacerla ajusticiar por su delito.— El rey dijo, casi como si hablara consigo mismo. Yaluc sintió un escalofrío. Pero enseguida, recordó las profecías de Zesera, y comprendió que Andamar y toda su familia debían de estar

verdaderamente asustados, aunque nunca lo reconocerían, pues, al fin y al cabo, los valate no creían en aquellos que afirmaban conocer el futuro.

—Ya no puedes. Ella retornó a la Madre justo al terminar aquel invierno. Pero, te aconsejo que no dudes de sus palabras, Andamar. Zesera poseía el don de la profecía.—

—Si esos libros han salido de ella, estarán llenos de las supersticiones loggi.— Andamar dijo, poniéndose en pie con desagrado.

—Esas supersticiones salvaron tu brazo. Vamos, Andamar, he visto cómo se iluminaba tu cara al descubrir los libros. Recuerdo muy bien cuánto te gustan y lo mucho que te interesan. He jurado no separarme de ellos mientras no me tropiece con alguien merecedor de poseerlos. Los defendería con mi propia vida ¿De verdad no deseas conocer lo que contienen? Te permitiré leerlos, siempre que no salgan de esta estancia, y me lo comuniqués.— Se miraron durante unos largos segundos, ambos sosteniendo la mirada del otro. Andamar estaba realmente impresionado. Nadie, ni siquiera su propio hijo el príncipe heredero, se atrevía a hablarle con tal descaro. Sin embargo, Yaluc no mostraba señal alguna de temor por las consecuencias de sus palabras. Y, en fin, el joven tenía razón. Andamar se moría de ganas de leer esos malditos libros.

—Así sea.—

Aquel oscuro invierno, tan duro para todos, lo era especialmente para Menetir. Aunque su nueva celda era infinitamente más confortable que la anterior, no dejaba de ser una celda y en los días, y sobre todo las noches más frías, parecía no tener paredes. El gélido viento procedente del mar se colaba por todas partes helándole los huesos. Además de la comida y el agua, también le proporcionaban una pequeña cantidad de leña, apenas un montoncito de musgo y ramitas, para mantener el fuego encendido. Pero cuando soplaba el viento del norte, no había nada que hacer.

Con todo, reconocía que su situación podría ser mucho peor. Al menos, no estaba encadenado ni en la horrible celda de lo alto de la torre sin fuego y durmiendo sobre el frío y húmedo suelo. Teniendo en cuenta la gravedad de las acusaciones que pesaban sobre él, su situación era privilegiada. Una vez por semana, incluso le proporcionaban más cantidad de agua para que pudiera asearse y lavar sus ropas. Naturalmente, tenía que hacerlo él mismo, si quería conservar un mínimo de dignidad. No era nada fácil para él, acostumbrado desde la cuna a los mejores y más suaves tejidos, habituarse a aquella áspera túnica de basta lana y los calzones del mismo tejido que apestaban al mojarse y tardaban

una eternidad en secarse, incluso sobre el fuego. Y encima, como sólo disponía de uno de cada, debía esperar tiritando envuelto en la fina manta hasta que estuvieran lo bastante secos como para ponérselos de nuevo. Sin embargo, no estaba dispuesto a quejarse. Él era un príncipe, pero también un soldado, hecho a las inclemencias de los campamentos militares.

La única queja que tenía, y la proclamaba a cada ocasión, era seguir sin saber cuándo sería juzgado. Por supuesto, nunca recibía respuesta. Diariamente, le pasaban la comida y el agua por una trampilla en la puerta. Sólo una vez por semana, cuando le traían más agua y la leña, dos sirvientes entraban en su celda. Pero no venían solos, claro. Los mismos dos guardianes que estaban con él desde el principio, siempre les acompañaban, y se encargaban de mantenerle bien vigilado. Sobre todo, aquel que le resultaba conocido no le quitaba ojo, mientras mantenía su hacha bien a mano. Menetir estaba seguro de que no dudaría en cortarle la mano, el pie o incluso el cuello, si intentaba algo, y que, además, lo haría con sumo placer.

Los sirvientes eran siempre los mismos: un hombre de cabello canoso y espalda encorvada y un muchacho, prácticamente un niño, de cabello muy negro y ojos igual de oscuros y de una forma muy peculiar, almendrados. Menetir había visto gente con esos rasgos en alguno de sus viajes. Los esterrianos, que los tenían como esclavos, decían traerlos de muy al norte, más allá de las Montañas de Fuego. Menetir se preguntaba cómo habría acabado de sirviente en el Palacio de las Nubes. El viejo ni siquiera le miraba. Pero el chico, menos experimentado, no podía evitar lanzarle miradas fugaces. No podía negar que le complacía ver el temor en aquellas miradas. Un día, que se encontraba de especial mal humor, añadió a sus habituales demandas por saber su destino, una nueva protesta.

—Esta comida es pura bazofia ¿Andamar no tiene valor para hacerme ejecutar, y piensa envenenarme?— Protestó, iracundo.

—Es lo mismo que comemos los sirvientes.— Dijo el muchacho, sorprendiéndole, pues jamás le había dirigido una palabra, igual que su colega.

—¡Silencio chico! No se habla con el prisionero. Basta ya, salid.— Dijo el guardia del hacha, empujando a los sirvientes de muy malos modos. Su imprudencia, debió de costarle un castigo al muchacho, pues ya nunca volvió, y fue sustituido por otro veterano de cabeza calva y cara arrugada.

Sin embargo, la pequeña distracción que le supuso aquella anécdota no le levantó el ánimo más que por unos días. No tardó en caer en una desesperación, incluso más profunda ¿Qué planes tenía Andamar para él? ¿Qué estaría haciendo su padre? De vez en cuando, pensaba en su familia, y se hundía aún más en la oscuridad de su alma ¿Volvería a ver a sus hijos? Al tercero ni siquiera le conocía. Se preguntaba qué nombre le habrían puesto.

Su desesperación no hacía más que ir en aumento. Y algunos acontecimientos vinieron a aumentarla. Eran unos días especialmente crudos. El cielo tenía el color del acero, el mar golpeaba las rocas como si fuera a arrancarlas, desprendiendo chorros de espuma que se alzaban a muchos codos por encima, y el viento rugía salvaje, lanzando la nieve contra los muros de palacio, nieve que llegaba hasta su camastro. En esa clase de días, era especialmente duro asearse y lavar su ropa. Una noche, despertó ardiendo de fiebre y asaltado por accesos de tos. Naturalmente, se dispuso a aceptar su fin sin protestar, por muy ignominioso que fuera morir ahogado por sus flemas en aquella celda en lugar de en batalla. Pero cuando vinieron los sirvientes, le trajeron más cantidad que de costumbre de leña y una manta más gruesa.

No le cabía duda. Como ya le dijera, Andamar tenía interés en mantenerle vivo y en buenas condiciones. Pero ¿para qué? Le trataba como a un prisionero valioso a quien conviene mantener con vida ¿Tenía planeado realizar algún tipo de negociación con su padre a cambio de su vida? No, eso no podía ser. Su padre no traicionaría así la causa. Pero, por otro lado, ya no era el mismo Domusal de antes. Estaba viejo y cansado, y eso le hacía débil y vulnerable ¿Y a quién tenía para impedir cometer tal error? A Enekhel, a quien no le importaba nada aparte de sí mismo, y que estaría dispuesto a cualquier arreglo por humillante que fuera, con tal de que le dejaran en paz para entretenerse con sus queridos artefactos y retozar con jovencitas complacientes.

Sus demandas de conocer qué planes había para él se hicieron mucho más exigentes. Al final, Andamar consideró que era justo que supiera lo que estaba ocurriendo. De modo que, una mañana, Menetir recibió la visita de Palas, el sumo sacerdote de Nin y Primer Consejero. Éste le puso al corriente de la propuesta de Domusal de reunirse en conferencia de paz con su hermanastro, cosa que tendría lugar la siguiente primavera. También le informó de que entretanto, se había declarado una tregua aceptada por ambas partes, y Andamar se había comprometido a no continuar con el proceso en su contra hasta encontrarse con Domusal. Menetir montó en cólera. Era mucho peor de

lo que había imaginado. Se sintió herido, ultrajado. De nuevo era como cuando Andamar les robó la corona. Sólo que esta vez, el ladrón era su propio padre, y lo que le había robado era su futuro.

8:

El trabajo de los héroes

Domusal fue el primero en llegar a Ayusha. Lo hizo acompañado sólo de un selecto séquito de leales encabezados por Enekhhal. Muchos de sus partidarios, especialmente los Cenwolf, seguían sin estar de acuerdo con la tregua y la conferencia de paz, aunque no había mucho que pudieran hacer de momento al menos, pues Netyk, su principal fuente de recursos, sí las apoyaba.

Tessino recibió a Domusal con todos los honores. Era obvio lo mucho que disfrutaba en su papel de anfitrión de un evento tan importante como aquél. Según se acercaba el momento, su importancia crecía y crecía, a medida que más reyes, nobles y señores de diversos territorios se disponían a participar en él. Domusal comenzaba a pensar que aquella conferencia de paz muy bien podría convertirse en el acontecimiento más relevante que había tenido lugar en el mundo en siglos. Aunque él sólo tenía en mente conseguir salvar la vida de su hijo Menetir.

Aún tendría que esperar bastante para encontrarse con su hermanastro, pues el clima en Kynán no era tan benigno como en Midum y Esterria, y el mar todavía no mostraría las condiciones propicias para una navegación segura. E incluso navegando con buen tiempo, hacían falta al menos seis semanas para llegar desde Taros a Ayusha. Había tenido paciencia durante todo el invierno, pero esas últimas semanas se le antojaban una eternidad, a pesar de que Tessino se esmeraba dándole el tratamiento de un rey legítimo y coronado.

Cuando al fin mejoró el tiempo en Taros, ya estaba todo preparado para emprender el viaje. Esta vez, Andamar no quería cometer ningún error ni precipitarse como cuando atacó Shimma con tan desastrosos resultados. De modo que se tomó las cosas con calma. Tenía muy claro a quién llevar consigo, a su leal Damosén, por si las cosas se complicaban. Él iba en son de paz, pero no pensaba pecar de confiado. Y por supuesto, también pensaba llevarse a Yaluc, no sólo para presentarlo oficialmente como su nuevo hijo adoptivo y heredero, sino porque cada vez confiaba más en él como consejero a pesar de su juventud.

Tal como habían acordado, Andamar acudía a los aposentos del joven para leer los libros de Zesera, como había empezado a referirse a ellos, siempre pidiendo permiso, y respetando la regla de no sacarlos de

aquellas estancias. Cuanto más leía, más fascinado estaba. Hacía miles de preguntas a Yaluc, algunas de las cuales, el joven no era capaz de responder. Yaluc se alegraba de la reacción de Andamar, pues tenía la esperanza de que esas lecturas le harían conocer y apreciar más a la Gente Loggi.

La idea de acompañar a Andamar, por un lado le ilusionaba, pero por otro le entristecía. Le gustaba porque significaba viajar a nuevos lugares, conocer gentes y costumbres diferentes, algo que le llenaba de satisfacción. Pero, Andamar había decidido que no podía dejar su reino abandonado, aunque hubiera una tregua declarada, y además, no era prudente que él y su principal heredero se encontraran juntos en caso de que algo malo les ocurriera. Por todo ello, decidió que Naadur se quedaría como regente en su ausencia. Su hijo era ya un joven general capaz de asumir la defensa de Taros, si fuese necesario. Así que, la perspectiva de estar separado del objeto de su amor durante quién sabe cuántas semanas o incluso meses, llenaba de angustia a Yaluc.

Naadur no estaba en absoluto entusiasmado con los planes de su padre. Como el intrépido joven que era, sentía la atracción de la aventura. Pero también era un buen hijo, y un príncipe valiente bien educado y por supuesto, obedecería a su padre. Además, quedarse como regente del reino, y máximo responsable de la defensa de la ciudad también resultaba emocionante.

La primera experiencia nueva que aquel viaje iba a proporcionar a Yaluc la encontró ya nada más empezar. Era la primera vez en su vida que subía a un barco. La idea de internarse en el mar le resultaba tan excitante como aterradora. Por supuesto, los barcos valientes nunca perdían de vista la costa. Aunque eran el pueblo más poderoso del mundo, y hasta la fecha siempre habían resultado conquistadores victoriosos, su mayor fuerza estaba en tierra firme.

A medida que navegaban siempre hacia el sur, después de bordear la costa norte de Kynán, Yaluc miraba la lejana costa e intentaba imaginar por dónde estarían pasando ¿Aquellas escarpadas montañas, que aún conservaban nieve en sus cimas, eran las mismas que él había ascendido con Mores un par de años atrás? Sin embargo, a la tercera semana, Andamar le informó que la costa que ahora veían era la de Midum. A Yaluc se le hizo un nudo en el estómago. Recordó las palabras de Agón. Él, como sabio errante, había viajado por Kynán, pero, al igual que el

hermano de Dilmala, tampoco había estado jamás tan lejos de su hogar. Sin embargo, a diferencia del otro hombre, él sí era consciente del tamaño del mundo. Como acólito del templo, había recibido enseñanzas sobre geografía y había visto mapas.

La travesía transcurrió sin incidentes. De modo que, arribaron al puerto de Ayusha sólo un día después de que se cumplieran seis semanas exactas desde su partida de Taros. Ya desde el barco, Yaluc estaba impresionado. Él se había criado en Taros, la capital del mundo según sus gobernantes. Y sin embargo, ante él se extendía la ciudad más magnífica que jamás hubiera visto. Había un nutrido comité de bienvenida esperándolos en el puerto, encabezado por el propio Tessino. También mucha gente común se amontonaba a prudente distancia atraída por lo que ocurría. Ayusha era una ciudad magnífica, pero ver atracar —El Señor de las Olas— suponía un espectáculo que aquellas gentes rara vez habrían podido ver, y que no desmerecía en absoluto al grandioso escenario.

Al bajar a tierra, Yaluc se sintió algo mareado. No era sólo el bullicio de la gente y la solemne música de bienvenida, sino que le costó un poco habituarse de nuevo a que el suelo bajo sus pies no se moviera como en el barco. La sensación de no estar sobre un suelo firme le había impactado enormemente al subir al barco, y no estaba muy seguro de que fuera una sensación que le agradase.

Después de que Tessino diera oficialmente la bienvenida al rey de Kynán, fueron conducidos en lujosos y elegantes carruajes hasta el palacio real, donde se alojarían. Yaluc no sabía dónde mirar, pues todo lo que pasaba ante sus ojos era digno de admiración. Él no entendía las peculiaridades de la política, ni siquiera ahora que era un príncipe, pero de algo sí estaba seguro: puede que el rey de Kynán fuera el hombre más poderoso del mundo, pero, desde luego, no era ni mucho menos el más rico. Por un momento, le vino a la cabeza su querido e incansable compañero de viajes Mores. Imaginó lo mucho que el chico disfrutaría visitando aquella gran ciudad, mucho más impresionante que Taros, y pensar en él le trajo un ramalazo de melancolía y nostalgia.

Mientras, en Taros, el verano ya estaba en todo su apogeo. La fiesta de La Llegada se había celebrado con la novedad de que había sido el Heredero, Naadur, quien había bendecido a su pueblo en nombre de su padre ausente, y había expresado sus mejores deseos para el año que comenzaba. A pesar de los temores de Garpa y el sacerdote Palas, la gente había acogido muy positivamente el sorprendente cambio. La simpatía y encanto del apuesto y joven príncipe conquistaron el corazón

de todos. Garpa aún no respiraba tranquila, claro. No había ninguna seguridad sobre el resultado de la conferencia de paz, y su adorado nieto aún no había sido capaz de producir un heredero que consiguiera afianzar el todavía demasiado frágil reinado de su hijo Andamar.

Si el invierno había sido duro, el verano amenazaba con irle a la par. El calor en la ciudad era sofocante, incluso en las primeras horas del día. Todo el mundo se veía afectado, pero había alguien para quien esas condiciones eran demasiado duras de soportar. La princesa Numa, a pesar de su recuperación del último parto, había quedado seriamente afectada, y su salud, que nunca había sido buena, se encontraba aún más deteriorada. Los médicos de palacio revoloteaban sin cesar alrededor de la infortunada joven sin ponerse de acuerdo sobre qué remedio ofrecerle.

—Esa pobre criatura ya tiene bastante con su escasa vitalidad. Todos esos moscones sólo conseguirán agobiarla aún más.— Comentaba Garpa una tarde, mientras se resguardaba del ardiente sol bajo un toldo en uno de los jardines de palacio junto a su nuera, la reina Brala.

—Y este calor sofocante tampoco la ayudará.— Replicó la mujer más joven.

—Como si hubiera mucha diferencia si es verano como si es invierno.— Garpa dijo, sarcástica. Brala la miró con gesto de disgusto.

—Nunca te ha gustado Numa, a pesar de que fue considerada una candidata idónea para ser reina de Kynán ya cuando fue prometida a Menetir.—

—No cuestiono su noble sangre, ni tampoco me quejo de su débil salud. Ella no tiene la culpa de eso. Pero, no sé... Tiene algo que me pone nerviosa...— Garpa no dijo cuál era el motivo de su rechazo a Numa. Nunca había hablado a nadie aparte de la wasmun midummita de sus extraños sueños en los que la joven aparecía sin cesar. —No sé si los dioses tendrán a bien concederle un nuevo embarazo, pero dudo mucho de que lo soportase. Y tal vez, sólo tal vez, eso no sería tan malo para nosotros en general. Naadur es aún muy joven. Podría desposar a una muchacha más saludable que le diera el heredero que tanto necesitamos.—

—Por todos los dioses, prima. Espero que nadie te oiga hablar así, sobre todo, los príncipes.—

—A nadie le gusta escuchar la verdad cuando no es agradable.— Garpa Gruñó.

Naadur estaba tan preocupado como su abuela, por la salud de su esposa. Cada vez que se acercaba a ella, experimentaba una mezcla contradictoria de sentimientos. Hacía mucho que había desaparecido el entusiasmo y la pasión del momento de su boda. Y no era porque hubiera dejado de amar a Numa. Estaba completamente seguro de que la amaba. Pero su extraño carácter le había desilusionado y alejado de ella. Por otra parte, era muy consciente del deber que ambos tenían de dar un heredero al reino, y no podía dejar de pensar en la frágil salud de su esposa y lo que un nuevo embarazo podría suponer para ella.

Numa estaba pasando aquella sofocante tarde de verano en su lugar favorito, la galería occidental de palacio. Naadur la observó un rato, y como siempre, le invadió la tristeza por no ser capaz de llegar de verdad hasta ella. La joven tenía su mirada fija en el horizonte, como en ella era habitual. Naadur se preguntaba por qué siempre miraba en dirección norte, donde no había más que mar. Era como si esperase, pero ¿a qué? A su lado, sentada en el suelo, se encontraba la pequeña Nysbe. Los niños pequeños normalmente dormían durante las horas más calurosas del día, y eso es lo que seguramente estaría haciendo el príncipe Rolf, que parecía haberse vuelto inseparable compañero de juegos de la princesita. Se fijó en que la niña cogía la mano de su madre en un gesto protector a la inversa.

En ese momento, la niña volvió su mirada hacia él, y Naadur sintió de nuevo aquella tristeza, porque no era la mirada de una niña de apenas tres años. Nysbe era, a juicio de Naadur, demasiado seria para su edad, como si hubiera tomado una gran responsabilidad sobre sus pequeños hombros. En efecto, parecía que era ella quien cuidaba y protegía a su madre, y no al contrario. Le sonrió, como siempre que le veía. Cada vez se parecía más a Numa, y Naadur pensaba que era la criatura más bonita del universo. Le hizo una señal para que se acercara, y la niña soltó la mano de su madre, y corrió alegre hacia él. Naadur la alzó por encima de su cabeza, lo que la hizo reír.

—¿Cómo es, que no estás durmiendo como una buena princesita?—

—No tengo sueño. Prefiero estar con madre.— Respondió la pequeña. Naadur la estrechó en sus brazos disfrutando de su delicioso aroma.

—¿Y la nodriza qué opina de eso?— Nysbe arrugó la nariz y se encogió de hombros.

—Se ha enfadado.— Rio la pequeña, y Naadur la acompañó.

—No deberías animarla a que sea desobediente.— Dijo Numa, que ahora, los miraba con una sonrisa que desmentía sus palabras. Luego, adoptó un gesto más sobrio. —Lo digo en serio. La vida de una princesa es mucho más fácil si desde pequeña aprende a obedecer y a aceptar su destino.— Naadur se acercó a Numa. Aunque se esforzaba por aparentar normalidad, su semblante continuaba estando demasiado pálido, y su cuerpo, demasiado delgado.

—¿Cómo te encuentras hoy?— Naadur preguntó.

—Si sólo no hiciera tanto calor. El aire está tan denso que apenas se puede respirar.— Naadur se compadecía de ella. Este verano estaba siendo duro para los sanos y fuertes, no podía imaginar lo difícil que sería para ella. Percibiendo su ánimo, ella puso un gesto compungido. —Lamento tanto ser tan débil, amor mio. Te he decepcionado al no haberte dado aún un heredero.— Naadur estaba realmente sorprendido, pues no era muy habitual que Numa mantuviera tanto tiempo una conversación sin perderse en sus extrañas ensoñaciones.

—No te angusties. Somos jóvenes. Tenemos tiempo de sobra.— Naadur dijo, abrazándola tiernamente. Ella apoyó la cabeza en su pecho.

—¿Sabes? Ese mago que trajo tu padre, Agón, dice que me sentiría mucho mejor y recuperaría mis fuerzas, si pudiera estar lejos de la costa, preferiblemente en la montaña.—

—No le gusta que le llamemos mago. Él asegura que no lo es. Pero salvó el brazo de mi padre cuando los médicos de palacio seguramente se lo habrían dejado inservible. Así que, me fío más de él que de ellos. Los brebajes de los médicos no te hacen mejorar. Tal vez, no sería mala idea pasar el verano en la montaña.—

Naadur consultó con Agón, que le aseguró que el aire de la montaña era suave y fresco incluso en verano, y por eso, a Numa le costaría menos esfuerzo respirar. A Naadur le pareció una excelente idea. De hecho, toda la familia debería pensar en salir de Taros mientras durase ese calor. Agón le dijo que las montañas que mejor conocía, claro, eran las de su región natal. Naadur sabía por Yaluc que la aldea natal de Agón no estaba demasiado lejos, a un par de jornadas a caballo. Consultó con Pallas para saber si había en aquella zona alguna hacienda o castillo digno de la familia real.

—Bien, mi señor, hay un castillo que pertenecía a un Cenwolf, y que, por lo tanto, ahora pertenece a tu familia. Era el señor de esa región. No

conozco el lugar, pero los Cenwolf son lo bastante ricos y pretenciosos. Así que, supongo que será un edificio digno de albergar a la familia real. Está en los alrededores de La Aldea del Roble Partido, que es la población más importante de la región. Pero, si me permites una pregunta, mi señor ¿No sería una imprudencia abandonar Taros estando tu padre el rey ausente?—

—Hay una tregua declarada, Palas. Menetir está a buen recaudo en la torre norte, y el resto de enemigos estarán reunidos en Esterria.—

Volver a ver a su familia había resultado muy agradable para Dilmala. Hacía ya más de un año desde su encuentro con Yaluc y Mores en las Montañas Blancas, y mucho más tiempo desde la última vez que vio a su hermana, a su sobrina y al bueno de Mosh. Pero, a la vez que disfrutaba de estar con ellos, se sentía culpable. Había decidido tiempo atrás alejarse de todo lo que tuviera que ver con Yaluc. Por eso se ofreció a llevar a su grupo de las Hijas a una región tan remota como las Montañas Blancas. Pero, incluso estando tan lejos, su deber era mantenerse al tanto de lo que ocurriera a su gente. Y entre los loggi, el rumor de que su admirado y respetado Cabeza de Fuego había sido apresado por los Hombres del Rey, se extendió por todo el territorio, y no tardó en llegar a sus oídos. Naturalmente, poco después, también se enteró de que Yaluc era ahora hijo adoptivo del rey y príncipe heredero. Pero eso no la tranquilizaba, sino todo lo contrario.

Además, de todas formas, deseaba saber cómo el pequeño Mores había encajado la noticia. Ella se había alegrado tanto de que el niño tuviera un futuro como acompañante y alumno de Yaluc. Sus sobrinos acaparaban todo el amor maternal que jamás podría ofrecer a unos hijos que no tendría. De modo, que sugirió a su grupo la posibilidad de visitar sus lugares de origen antes de que llegara de nuevo el mal tiempo, y los viajes se volvieran mucho más difíciles. Sabía que no todas las chicas sentían un compromiso tan fuerte con las Hijas como ella y Tureya. La esencia de la Gente Loggi estaba por desgracia mucho más perdida y olvidada de lo que la propia Zesera suponía. Por eso, acogieron la propuesta con agrado.

Dilmala y Tureya viajaron juntas, pues la otra joven pensaba visitar a su padre que se había instalado en la Aldea del Roble Partido, que a Dilmala le cogía de camino hacia la aldea donde vivía su hermana. La relación entre las dos había mejorado bastante, desde que Dilmala había hecho comprender a Tureya las razones por las que ninguna de las dos podría aspirar a tener a Yaluc como compañero.

Llegaron a la Aldea del Roble Partido, donde se separaron, quedando en que Dilmala volvería al final del verano para que emprendieran juntas el regreso. Ella continuó sola su camino, y la soledad le permitió meditar más a fondo en la nueva información que tenía sobre Yaluc. Sólo con Zesera había compartido sus presagios y visiones sobre el joven. Pero había algunas que jamás había compartido con nadie, y eran las más angustiosas. En ellas, a menudo veía a su amado Yaluc tendido en el suelo en un charco de sangre. Nunca conseguía llegar a saber si estaba vivo o muerto, sólo sentía la aguda sensación de que ella era de algún modo responsable. Hasta entonces, se había consolado pensando que su angustia se debía al dolor que le producía no poder estar con él. Pero ahora, todo había cambiado. Yaluc era un príncipe valate; los valate son guerreros, y había una guerra en esos momentos ¿Y si las visiones no eran producto de su dolor, sino verdaderas señales de lo que iba a ocurrir?

Llevaba ya varias semanas disfrutando de la compañía de sus seres queridos, intentando consolar al decaído Mores por haber perdido a su admirado amigo, cuando se produjo un acontecimiento inesperado. Tanto a Dilmala como a Jaduma les costaba creer que fuera verdad. Le habían echado tanto de menos, y ya casi se habían resignado a no volver a verle nunca. Pero allí estaba, su hermano Agón, convertido en un hombre.

En efecto, Naadur había considerado justo que, ya que estaban tan cerca de su familia, bien podía dar permiso a Agón para hacerles una visita. Después de todo, en ausencia del rey, él era la máxima autoridad militar, y el hombre bien se lo merecía después de los excelentes servicios prestados a la familia real. El príncipe decidió pasar por alto las irrespetuosas declaraciones de Agón en los aposentos de Yaluc, achacándolas a la nostalgia de su hogar y su familia.

Quizá también influyó en su decisión que desde que llegaron al castillo cercano a La Aldea del Roble Partido, se encontraba de un humor excelente. El lugar era magnífico. Él ya había estado en los alrededores durante alguna maniobra militar, y recordaba los verdes prados en la falda de las montañas, los frondosos bosques y los agradables remansos de agua fresca que se ocultaban entre los árboles. Y lo más importante, ya desde el primer día, el suave aire del lugar estaba obrando maravillas en la salud de Numa.

La joven tenía mejor apetito, y su siempre pálida piel se veía con un saludable tono rosado en las mejillas. Y pronto, se unió a Naadur y Nysbe en sus paseos por los alrededores del castillo. Naadur había propuesto que toda la familia se trasladase para pasar el verano. Pero tanto su

madre como su abuela, le miraron como si hubiera perdido la cabeza para proponerles semejante extravagancia. De modo, que ambas damas se habían quedado en Taros, lo que obligó a Naadur a dejar una nutrida guardia para protegerlas, aunque seguía pensando que no era necesario.

Agón regresó enormemente agradecido por haberle permitido visitar a su familia. Naadur le invitó a que se uniera a los paseos, pues le encantaba escucharle hablar sobre su antigua vida en la aldea cercana. Las historias de Agón le distraían de la impaciencia que le invadía cada vez más, a medida que pasaban las semanas y no llegaban noticias de la conferencia de paz. No es que hubiera esperado que las cosas iban a ser fáciles, pero ¿Por qué tardaba tanto su padre en enviarle noticias? Después de todo, había sido el propio Domusal quien propuso aquel encuentro ¿Habría cambiado de opinión, y ya no le importaba la vida de Menetir? Y en ese caso ¿Le habrían tendido una trampa, y estaría en manos del enemigo o incluso muerto? Pero, enseguida descartaba tales pensamientos. Si Domusal hubiera tendido una trampa a Andamar, a estas alturas, ya estaría sentado en el trono de Kynán con su hijo Menetir a su lado, y Naadur y su familia ocuparían el lugar de aquél en la torre norte, si es que aún seguían con vida. No, debía tener paciencia. Las noticias de su padre no tardarían en llegar.

El motivo de la tardanza de Andamar en enviar noticias a su hijo no era otro que el hecho de que no había noticias que enviar. Lo que había empezado como un simple encuentro entre los dos hermanos para negociar la rendición de Domusal a cambio de la vida de su hijo, se había ido complicando hasta convertirse en una reunión de reyes y grandes señores de prácticamente todo el mundo. Todos ellos tenían demandas y propuestas para Andamar, que aún era el rey más poderoso. Nadie se ponía de acuerdo en cuándo cómo y con quién debía entrevistarse, o si debía celebrarse una asamblea en la que todos estuvieran presentes. El caos iba en aumento, pues Tessino carecía de habilidad para organizar a todos aquellos hombres impacientes y vocingleros. Andamar estaba tan impaciente como su hijo, viendo cómo pasaba el tiempo sin que se solucionara nada. Hasta que su paciencia llegó al límite.

—Puesto que, como rey de Kynán, soy la mayor autoridad aquí, he decidido que se celebre una asamblea general de todos los presentes, en la que cada cual expondrá sus demandas que serán oportunamente discutidas. Un equipo de escribas competentes tomará nota de todo lo que se diga y haga en dicha asamblea. Pero, en primer lugar, me entrevistaré con mi hermano, pues fue quien convocó este encuentro.

Además, las negociaciones con él pueden significar el fin de la guerra, y por tanto, convienen a todos.— Andamar dijo a Tessino un día durante la cena que el regente de Esterría ofrecía cotidianamente al rey de Kynán.

Nadie osó oponerse, y Andamar hizo enviar recado a su hermano de que se verían al día siguiente. Por deferencia al anfitrión, y para que sirviera también como testigo de lo que se acordara, solicitó la presencia de Tessino. Una vez ya en sus aposentos del palacio de Ayusha, hizo llamar a Yaluc, y le contó lo que había acordado.

—Tú serás mi escriba. Ya estás acostumbrado a tomar notas al dictado, y confío en tu honestidad.—

—Me siento muy honrado. Pero ¿no les parecerá a los demás falta de imparcialidad, siendo yo además uno de tus herederos?—

—No serás el único escriba. Se elegirán otros para que ninguno esté tentado de no reflejar fielmente lo que suceda, a pesar de que ya te empiezo a conocer, y sé que tú jamás lo harías, aunque eso te beneficiase.— Yaluc no pudo evitar sonrojarse por el cumplido. Andamar tenía razón, claro. Zesera le había dicho que fuera siempre fiel a sí mismo, que escuchara a la Madre, y nunca se equivocaría. Y eso es lo que pensaba seguir haciendo. —¿Estaré también mañana presente cuando te entrevistes con Domusal?—

—Por supuesto. No dudes de que él se hará acompañar de Enekhál, y yo llevaría a Naadur si estuviera aquí. Tú eres también mi heredero, luego, lo que mañana se decida también te concierne.— Yaluc asintió, pero a continuación, su semblante se volvió sombrío. —¿Qué pasa?— Andamar preguntó, intrigado.

—Oh, no es nada... No deseo importunarte con mis opiniones. Soy un recién llegado.—

—Tonterías. Si te he hecho venir no es sólo para presentarte oficialmente como mi hijo adoptivo y heredero, sino porque confío en tus sabios consejos. Habla.— Yaluc tardó un poco en decidirse.

—No pretendo ser desleal contigo, pero me parece muy valiente lo que Domusal va a hacer. Renunciar a todo y someterse a cambio de la vida de Menetir. No me interpretes mal. Yo me alegraré mucho si acaba la guerra. Pero Naadur me ha hablado mucho de Domusal, de sus hombres, de lo mucho que le amaban y admiraban. Ellos son superiores a nosotros militarmente.—

—No me incomoda lo que dices. Al contrario. Yo opino lo mismo. Domusal también es tu hermano, aunque no le conozcas como yo. Es cierto que los soldados siempre le fueron leales, la mayoría desde luego. Pero si los dioses nos favorecen haciendo que Domusal se rinda, no debemos poner pegos, sino celebrarlo. Pero, para tranquilizarte, te doy mi palabra de que procuraré obrar con justicia.—

A la mañana siguiente, muy temprano, tuvo lugar la reunión. Andamar y Yaluc fueron los primeros en llegar a la luminosa estancia donde tendría lugar. A continuación, entró Tessino, acompañado de otro hombre al que presentó como su escriba. No pasó mucho rato hasta que aparecieron Domusal y Enekhhal en la sala. Andamar ya los había visto, claro, durante las interminables discusiones, y en las fastuosas y aburridas comidas que ofrecía Tessino, y ya entonces, le había impresionado el aspecto de su hermano. Sin embargo, ahora que lo tenía delante, le impactó más. Domusal parecía mucho mayor de los 51 años que tenía. El formidable soldado de músculos de acero e imponente presencia se había convertido en un anciano enjuto que se apoyaba en una muleta para avanzar con su única pierna, y necesitaba también la ayuda de su hijo para no caer.

—Borra esa expresión de tu cara Andamar. No es compasión lo que necesito de ti, sino un compromiso honrado.— Domusal dijo, o más bien, gruñó, mientras Enekhhal le ayudaba a sentarse a la gran mesa frente a Andamar.

—Has de disculpar a mi padre, tío. Los dolores que sufre le ponen de mal humor.— Dijo Enekhhal, utilizando su mejor tono diplomático. Domusal primero le dirigió una mirada de reproche, que pronto cambió a un gesto de agradecimiento, cuando se dio cuenta de que no convenía crispar el ambiente si pretendía convencer a su hermano. Andamar también dirigió una sonrisa amable a su inteligente sobrino.

—Eres muy afortunado, Domusal, por tener un hijo como Enekhhal.— Dijo Andamar. —Pero, si no me equivoco, es de tu otro hijo de quien deseas hablarme.— Domusal acababa de reparar en la presencia de Yaluc, y le miraba fijamente.

—Me parece haberte visto alguna vez en el templo. Que los demonios del abismo se me lleven, si no eres el vivo retrato del difunto rey. Qué ciegos debíamos de andar todos para no darnos cuenta. Y ahora, Andamar te nombra heredero ¿No es irónico que el trono por el

que nos peleamos pueda acabar bajo su culo?— Domusal pretendió bromear, mirando a Andamar, con un tono sin el menor humor.

—Yo no deseo el trono. Jamás lo deseé. Tampoco pedí a Andamar que me adoptase.— Yaluc dijo sin arredrarse, mirando a su otro hermano recién encontrado. Domusal dejó escapar una risa amarga.

—Andamar tampoco quería ser rey, y mira dónde está, dónde estamos todos.— Dijo Domusal.

—Bueno, mis nobles y distinguidos señores, no estamos aquí para pelear, sino para negociar.— Tessino dijo en tono melifluido. —Deberíamos empezar. Tenemos mucho trabajo por delante, un trabajo digno de verdaderos héroes.—

9:

El guerrero caído

Las profecías de Tessino no se cumplieron. Al contrario de lo que Andamar había imaginado durante todos esos meses, y viendo la actitud de Domusal al entrar en la sala, las arduas negociaciones para las que se había preparado no fueron necesarias. Al parecer, la arrogancia de Domusal y su mala disposición no eran más que una pose, una fachada para conservar al menos alguna traza de dignidad, aunque fuera para sí mismo.

—Lo que debemos acordar aquí es muy simple.— Dijo, contradiciendo al anfitrión del encuentro. —Vengo totalmente dispuesto a terminar con esta guerra entre hermanos.— Ahora dijo, mirando a Andamar a los ojos.

—Nada me agradaría más, pues, yo nunca quise que comenzara.— Dijo Andamar. Yaluc los observaba a ambos detenidamente. Los dos miraban directamente al otro, sin intentar disimular ni esconder nada. Sintió una gran tristeza por la posibilidad perdida de haber conocido a sus dos hermanos en circunstancias más favorables. Qué pena que dos hombres tan nobles tuvieran que ser enemigos. —¿Cuál es tu propuesta?— Andamar preguntó.

—Depongo las armas, a cambio de que mi hijo Menetir no sea ejecutado.—

—Te conozco, y sé que eres sincero. Pero, como comprenderás, no puedo conformarme sólo con tu palabra. Tendrás que reconocerme públicamente como único rey legítimo de Kynán, renunciando de una vez y para siempre a reclamar el trono que me pertenece.— Los ojos azules de Andamar no se apartaban de los aguamarina de su hermano. Enekhál miraba a su padre, pero éste no desviaba su mirada de la de Andamar.

—Sea. Se redactará un documento, que leeré ante toda la asamblea aquí reunida ¿Qué piensas hacer con Menetir?—

—Si tú cumples tu palabra, yo cumpliré la mía. No será ejecutado. Pero sus crímenes no pueden quedar sin castigo. Cuando lo apresaron, volvió a negar mi legitimidad, y prometer rebelarse contra mí.— Por primera vez esa mañana, Andamar vio una ligera contracción en el rostro impasible de Domusal.

—Yo continúo siendo el jefe de la familia. Ni siquiera tú puedes arrebatarme ese privilegio. Mientras yo viva, mis hijos habrán de obedecerme. Aunque, quizá tus dudas se deban a que no tienes intención de dejarme vivir.— No había rencor ni reproche en las palabras de Domusal. Parecía tener asumido que había llegado el final de su vida. Andamar se sintió impresionado y ofendido a la vez.

—¿Me crees tan injusto como para hacerte matar cuando te has rendido? Creía que me conocías mejor, hermano. No busco vengarme de ti. Sé que lo que has hecho, lo hiciste pensando que obrabas legítimamente. Si me reconoces como has prometido, y renuncias a volver a levantarte contra mí, serás tratado con justicia. Ya tenía pensado lo que hacer contigo en el caso de que de verdad te rindieras. No olvido quién eres, y que, durante muchos años, serviste lealmente al rey nuestro padre, y también fuiste un buen hermano para mí. Por ello, te ofrezco una salida digna, pero mi oferta sólo se hará efectiva cuando renuncies públicamente.—

—Ya he dicho que lo haré. El escriba de Tessino y nuestro recién encontrado hermano han tomado nota de mis palabras.— Domusal protestó.

—Está bien. Tienes razón. Mereces conocer lo que te espera. En reconocimiento como he dicho, a quién eres, te doy a elegir: destierro para siempre o confinamiento hasta el fin de tus días. Si eliges lo segundo, a su vez, podrás escoger la que prefieras de entre tus propiedades. Pero, te sugiero que te lo pienses bien, pues elijas la propiedad que elijas, nunca más podrás abandonarla.— Todos los presentes miraron a Andamar y luego a Domusal, expectantes.

—Viviré prisionero en mi propia casa ¿No es así?—

—Así es. Pero puedes elegir el destierro. No estarás confinado, aunque jamás podrás volver a pisar suelo de Kynán, ni de ninguno de sus dominios, en el continente o en las islas.— Enekhal se volvió hacia su padre con mirada suplicante. Éste, por primera vez, apartó sus ojos de Andamar para mirar a su hijo, y le dedicó una leve sonrisa a modo de disculpa.

—Como puedes ver, ya no soy el feroz guerrero que solía ser. Me siento cansado y enfermo. No me apetece vagar más por el mundo. He dicho que renuncio, y renuncio... a todo ¿Podría ser mi prisión la Heredad del Sur?—

—Si ese es tu deseo.—

—¿Y qué pasará con mis hijos?— El rostro de Domusal había perdido su inexpresividad. Andamar podía ver lo cansado que se sentía. Sin embargo, se esforzó para que el antiguo afecto que sentía por su hermano no le nublaste la razón en esos momentos. Estaba tocando su victoria con la punta de los dedos. No iba a dejarla escapar por mostrarse débil.

—Sobre Menetir, ya te he explicado mis razones para seguir desconfiando de él, y no permitirle escapar sin castigo. Será desterrado para siempre. Como castigo por alzarse en armas contra su rey legítimo, dejará de ser un Damoy. Te di mi palabra de no quitarle la vida, y así será, pero habrá de vivir sin nombre y sin honor, sin la posibilidad de regresar jamás a Kynán ni sus dominios. Si intentara volver a alzarse contra mí, yo quedaría libre de mi juramento, y si fuera apresado, Menetir sería ajusticiado. Así mismo, cualquiera que colaborase con él, se convertiría en enemigo de Kynán y correría la misma suerte.—

—Es duro, pero me parece justo.— Domusal murmuró, cubriendo brevemente su rostro con las manos. Andamar continuó:

—En cuanto a Enekhal, también se alzó en armas contra mí, pero sé muy bien que sólo lo hizo por lealtad a ti, no por su beneficio personal. Por ello, será desterrado durante 20 años. Podrá conservar su nombre e instalarse donde desee, mientras no sea en Kynán ni sus dominios, hasta que se cumplan los 20 años. Naturalmente, estas benévolas condiciones cambiarán si vuelve a rebelarse o colabora con Menetir,— Enekhal no dijo nada. Había esperado un castigo mucho más duro. De modo que no deseaba tentar a la suerte. —Naturalmente, todos los nobles y señores que secundaron la rebelión serán desterrados igualmente, durante al menos 20 años. Habrá que decidir según el comportamiento de cada uno.—

Siguió un largo silencio. Al cabo del cual, Tessino, visiblemente incómodo, solicitó que los escribas leyeran cada uno las notas del otro para ver si coincidían. Ambos estuvieron de acuerdo en lo escrito y Andamar y Domusal firmaron los documentos con la firma de Tessino como testigo. La reunión había sido dura, y Tessino sabía que ninguno de sus ilustres invitados Damoy estaría de humor para una de sus famosas comidas. Por tanto, todos se retiraron a sus aposentos.

A la mañana siguiente, comenzó la asamblea. Como rey más poderoso, Andamar la presidió. Pero, por serlo, también tuvo que actuar de juez, cuando no responder a las interminables demandas que se le hacían. Los reyezuelos y señores de los reinos del sur, que siempre

andaban guerreando entre ellos por los más absurdos motivos, aceptaron la mediación de Andamar, que les convenció para que respetaran las fronteras que había establecido Groaker el Grande, y se sometieran a la autoridad del rey de Kynán. A cambio, les ofreció la posibilidad de mejorar las condiciones de explotación de las minas, o los aranceles que algunos cobraban por el paso de mercancías a través de sus territorios. También, Andamar se ofreció como árbitro al que cualquiera de ellos podría acudir si alguno de los otros no respetaba lo acordado.

Yaluc, que asistía a la asamblea, estaba impresionado. Andamar seguramente nunca sería un guerrero temido y respetado como Domusal, pero, desde luego, sabía cómo desenvolverse en ese campo de batalla de la política que, a Yaluc, se le antojaba mucho más peligroso. No sólo él, todo el mundo se admiraba de que Andamar hubiera conseguido poner de acuerdo a los irreconciliables señores del sur. Así, transcurrieron los primeros días de la asamblea.

Al quinto día, cuando ya los sureños estaban sosegados, y era más fácil hablar, Netyk de Narvaly tomó la palabra. Todavía el acuerdo entre Andamar y Domusal no era público, pues estaban a la espera de que éste redactara el documento que habría de leer delante de todos. Pero Netyk sospechaba que ya habían alcanzado uno, y, de ninguna manera se quería quedar fuera.

—Noble tío Andamar, sé que has venido aquí para alcanzar un acuerdo que acabe con la guerra que asola a nuestra familia. Yo quiero expresar también mi voluntad para lograr dicha paz. Por ello, una vez más, y delante de esta asamblea, te exijo que devuelvas al príncipe Rolf a Narvaly, su hogar. Todos estaremos de acuerdo que es donde debe estar, pues, además, es mi heredero.—

—¿Me exiges, Netyk?— Habló Andamar, simulando asombro. —Tú has estado colaborando con mis enemigos. Les has proporcionado oro para financiar los ejércitos y las armas que se han alzado contra mí. Yo soy quien te exige que devuelvas Midum a su legítimo dueño.— Netyk se puso rojo de ira. Él no dominaba la diplomacia en absoluto.

—Midum me pertenece por derecho de conquista. Yo no tengo la culpa de que los hombres de tu guarnición huyeran como viejas asustadas. Me reprochas financiar con mi oro a los rebeldes, cuando tú conspiraste con mi propia hermana para destronarme.— Gritó. De pronto, la armonía que reinaba hasta entonces se rompió y la sala se llenó de gritos. Muchos protestaban dando la razón a Netyk y acusando a Andamar de abusar de su poder.

Él se dio cuenta de que estaba pisando terreno resbaladizo. En realidad, Netyk tenía razón. Había conquistado Midum, aunque apenas hubiera tenido que esforzarse para hacerlo. Precisamente él, que era rey de los valate, el pueblo de los guerreros victoriosos, no podía ignorar las leyes de la guerra. Y en cuanto al príncipe Rolf, era el heredero de Narvaly, el acuerdo que Andamar había hecho con su madre ya no tenía vigor, y si retenía al niño, podrían acusarle de tenerlo prisionero, por lo que sería un acto de guerra contra Narvaly. Había ido allí para conseguir la paz, no para iniciar una nueva guerra. Además, no podía permitirse ningún acto que instara de nuevo a poner en duda su legitimidad, no ahora que había conseguido que hasta Domusal se la reconociera.

—Está bien. Guardad silencio, por favor.— Dijo, intentando imponer su voz sobre el barullo. —Te devolveré a tu heredero. Pero quisiera estar seguro de que el niño estará a salvo. Prometí a su madre velar por su seguridad.—

—¿Me estás acusando de querer hacer daño a mi propio sobrino?— Netyk replicó, furioso.

—Ejecutaste a sus padres.—

—Porque cometieron traición y conspiraban para destronarme ¿No son precisamente esos los crímenes de los que acusas a Menetir? Rolf no es más que un niño. De momento, es mi heredero inmediato, y deseo educarle como tal.—

—¿Y qué hay de tu apoyo a los rebeldes?—

—Estoy dispuesto a permanecer neutral, como hicieron siempre mis antepasados, a cambio de que se me reconozca como rey de Midum.— Andamar suspiró. Suponía que no iba a conseguir nada mejor. Si Netyk cumplía con su compromiso, los rebeldes lo iban a tener mucho más difícil para volver a alzarse contra él, sin el oro de Narvaly para financiarse.

—De acuerdo— Dijo Andamar. —Pero sólo después de que mi hermano haya sido instalado en su lugar de reclusión y mis sobrinos estén fuera de Kynán.— Hubo algunas exclamaciones de asombro cuando todos escucharon por primera vez las intenciones que Andamar tenía para su hermano. Seguramente, la mayoría habían pensado que le haría ejecutar. Se dio cuenta de que había dado demasiada información, pues Domusal todavía no había hecho su declaración, y, de momento, Andamar no sabía cuándo lo haría, ya que su hermano todavía no le había dicho nada. Decidió que ya era suficiente por ese día. Era un buen momento para dar

la sesión por terminada con todos sorprendidos por su actitud. Los había dejado descolocados. Eso le vendría bien.

Mientras la asamblea se reunía día tras día en Ayusha, Naadur y su familia continuaban su agradable estancia en el castillo cercano a La Aldea del Roble Partido. Su anterior dueño lo había llamado Torre Blanca, pero era mucho más que una simple torre. Naadur lo recorrió junto al oficial de la guardia real que le acompañaba. Zores, el jefe de la guardia, se había quedado en palacio, cuidando de las dos reinas que se quedaron allí, y vigilando al ilustre prisionero de la torre norte. Ambos llegaron a la conclusión de que era un auténtico castillo, aunque fuera pequeño, y que estaba muy bien fortificado.

El príncipe seguía impaciente por recibir noticias de su padre, pero se obligaba a mantenerse sereno y de buen humor. La evidente mejoría de Numa le ayudaba mucho a mantenerse alegre. Continuaban los paseos por los bellos alrededores junto a Agón, que les hablaba de lo que recordaba de su vida en la aldea. La pequeña Nysbe también iba con ellos, y Naadur disfrutaba mucho al verla corretear y hacer mil preguntas sobre todo lo que veía durante aquellos paseos. Un día, Agón mencionó la Cueva de los Niños, que recordaba de su infancia.

—En los viejos tiempos, era un lugar muy importante para la Gente Loggi, donde se celebraban ceremonias sagradas. La gente sigue visitando la cueva, al menos, seguían haciéndolo cuando yo era niño. Mi madre y mis hermanas tejían cestos y los dejaban a la entrada de la cueva con estacas, que se prendían en una pequeña fogata que siempre había al lado. La gente las usaba como antorchas para iluminarse dentro. Dicen que es muy grande, aunque yo nunca llegué a entrar. A mi padre no le gustaban las antiguas costumbres. Él quería ser como los valate. Discutía continuamente con mi madre y mi hermana mayor, porque ellas sí respetaban las costumbres antiguas.—

—¿Qué clase de ceremonias se celebraban en esa cueva?— Preguntó Numa. Naadur no salía de su asombro, aunque estaba encantado de verla tan interesada en algo, en lugar de perdida quién sabe dónde en lo profundo de sus pensamientos, como era habitual.

—No estoy muy seguro. En realidad, yo no sé casi nada de las antiguas costumbres de mi pueblo. En cambio, mi hermana Dilmala te podría dar todo tipo de explicaciones.—

—Quisiera visitar la cueva.— Dijo la princesa, y su rostro se iluminaba. Así que, decidieron que eso harían al día siguiente, antes de emprender el regreso a Taros, pues ya se acercaba el ocaso.

Dilmala caminaba disfrutando de la hermosa mañana de verano hacia la Aldea del Roble Partido. Todavía quedaban algunas semanas de buen tiempo, por lo que no tendrían que apresurarse en su viaje de regreso a las Montañas Blancas. Como habían acordado, iba al encuentro de Tureya para viajar de nuevo juntas. Mientras caminaba, cantaba. Cantar era algo que siempre le había gustado. Recordaba perfectamente las canciones que le enseñara su madre, y éstas seguían siendo sus favoritas, aunque desde entonces, había aprendido bastantes más. Durante mucho tiempo, justo después del retorno a la Madre de la suya, y con todo lo que tuvo que sufrir después, no sintió deseos de cantar. Por suerte, recuperó ese pequeño placer.

Se detuvo de pronto, cuando se dio cuenta de que estaba cantando la misma canción que el día que conoció a Yaluc. Si cerraba los ojos, podía ver su hermosa cara de niño mientras se sonrojaba y le decía lo bonita que era su voz. No podía evitarlo, siempre que cantaba esa canción, sus pensamientos volaban hacia Yaluc. En aquel entonces, la cantaba porque le gustaba, pero desde que conoció a Yaluc, había cobrado un nuevo significado. Era una melancólica tonada en la que una joven se lamenta por la ausencia de su compañero. Dilmala suspiró, quién le iba a decir que su canción favorita sería también la que mejor se ajustaba a su propio ánimo. Siguió caminando y reanudó su canción.

Vio que por un camino que se unía al que ella llevaba, se acercaba un grupo de personas. Antes de poder distinguir sus caras, supo que se trataba de señores valate por sus lujosas vestiduras. El corazón le dio un vuelco cuando distinguió al mismísimo príncipe Naadur. Su enorme parecido con Yaluc estaba ahora más matizado, pues el otro joven le sobrepasaba en estatura, pero aun así, era doloroso verle ¿Y dónde estaba Yaluc? Su hermano les había contado que Yaluc y Naadur eran inseparables. Ahora, distinguió también a Agón. Venían directos hacia ella. No le apetecía hablar con nadie. Prefería disfrutar a solas de su añoranza de Yaluc. Pero, seguramente, ya la habrían visto, y no deseaba que Agón quizá se viera en problemas por su culpa.

—¿Eras tú quien cantaba?— La mujer que venía en el grupo preguntó, acercándose a ella. Dilmala se quedó atónita. Aquella mujer no se parecía a ninguna que hubiera conocido. Por supuesto, había visto

valate rubios y de ojos claros muchas veces. Pero la mujer que tenía delante parecía casi transparente, etérea. Brevemente pudo desviar la mirada de la singular mujer, al oír acercarse a alguien más. Se trataba de una niñita que era una versión en miniatura de su madre. Lo que más le impactó de la mujer fue su mirada de una intensidad como sólo había conocido en Zesera. Aquellos ojos parecían ver hasta lo más profundo de su ser. Y entonces lo supo, estaba ante una elegida de la Madre, como la propia Zesera... como Yaluc. Una de esas infrecuentes criaturas que tenían la fortuna (Dilmala pensaba a menudo que más bien era la desgracia) de que la Madre les hubiera elegido para actuar a través de ellos. No le costó deducir que debía de tratarse de la esposa de Naadur.

—Sí señora.— Logró decir, sobreponiéndose a la emoción. Quizá debería haber prestado más atención a las enseñanzas de Zesera, las que la mujer había logrado hacerle llegar, atravesando su dura coraza. Ahora, se lamentaba de su reticencia. Estaba tan claro. La Madre siempre velaba por sus criaturas, y les hacía llegar mensajes para guiarlas. Sólo había que saber escuchar. Y entonces, uno comprendía, comprendía por qué Yaluc era ahora un príncipe valate. Había razones para que estuviera cerca de esta mujer, aunque Dilmala no acertara a imaginarlas.

—Tienes la voz más hermosa que he oído nunca. Me complacería mucho que acudieras esta noche a la Torre Blanca, y nos deleitaras con más canciones.—

—Sin duda, sería un gran honor, princesa, pero me temo que no puedo entretenerme, pues me esperan en la aldea para emprender un largo viaje.— Agón, que había estado contemplando sorprendido el intercambio entre la princesa y su hermana, ahora estaba atónito, y por qué no decirlo, también bastante asustado. Durante su visita a la aldea de las montañas, había podido comprobar que Dilmala continuaba siendo tan díscola como cuando era una niña pequeña. Pero su insolencia con la princesa podría meterla en líos, meterlos a ambos, en realidad, pues él tendría que salir en su defensa. Sin embargo, Numa no parecía ofendida. Al contrario.

—Te lo ruego. Hoy es nuestro último día en esta agradable región. Mañana regresamos a Taros. Sería una hermosa manera de terminar estas semanas tan felices.— Numa dijo con melancolía, y agarró la muñeca de Dilmala para dar énfasis a sus palabras. Aquel inesperado contacto, para el que no se había preparado, de pronto, inundó a Dilmala con una incontenible oleada de visiones. Fueron tantas, tan rápidas y confusas, que no era capaz de discernirlas. Pero, de una cosa sí estuvo segura, eran visiones terribles, que tenían que ver con Numa, con Yaluc y con la propia Dilmala. Con aquella fortísima impresión, se le aflojaron

las rodillas, y sintió cómo empezaba a caer. Sin embargo, antes de llegar al suelo, se encontró sostenida por su hermano.

Las caras de Agón y Naadur reflejaban el más absoluto asombro. Sin embargo, Numa permanecía con gesto sereno. Ya había soltado la muñeca de Dilmala, y las miradas de ambas mujeres volvieron a encontrarse. Sin palabras, se produjo una comunicación fluida entre ellas. Dilmala supo, sin lugar a dudas, que Numa había compartido sus visiones. La serena resignación que vio en aquellos inquietantes ojos de azul tan profundo volvió a impresionarla. Numa conocía de alguna manera su destino, y lo aceptaba.

—¿Qué demonios ha ocurrido?— Quiso saber Naadur. Él, la verdad, apenas había prestado atención al intercambio de palabras entre su esposa y aquella desconocida, pues no había podido apartar los ojos de su enigmática y salvaje belleza. Había visto muchas mujeres loggi realmente hermosas, pero aquella, con su larga melena de cabello castaño, sus ojos casi negros y los pies descalzos, las superaba a todas. Con gusto apoyaría la idea de Numa de invitarla a su alojamiento temporal, pero Naadur no tenía en mente disfrutar sólo de sus canciones. Sin embargo, lo que acababa de ver, le tenía totalmente desconcertado. Entonces, Numa habló, y Naadur se dio cuenta de que la tregua había terminado, y su esposa volvía a ser la de siempre.

—Volvamos. Ya no deseo seguir aquí.— Y sin más, comenzó a caminar en dirección al castillo, dejando a todos sin palabras.

Domusal había acudido muy decidido a la asamblea de Ayusha. Pero ahora que su plan se estaba haciendo realidad, que definitivamente renunciaba a todo, le fallaban un poco las fuerzas. Tenía que reconocer que estaba remoloneando, dejando que los días pasaran, mientras en la asamblea se debatían toda clase de asuntos; se establecían y cambiaban fronteras, se firmaba la paz entre reinos que no la habían conocido en siglos, se convenían alianzas matrimoniales y comerciales, y en general, se organizaba de nuevo el mundo sin él. Pero por mucho que le afectara contemplar su decadencia, no podía olvidar por qué se sometía a tal humillación. Daría todos los padecimientos por buenos con tal de salvar la vida de su amado hijo. Andamar le había dado su palabra. Ahora, le tocaba a él cumplir su parte del trato.

La estación avanzaba inexorable, pero nadie quería abandonar Ayusha sin saber qué haría Domusal, y cómo terminarían sus negociaciones con Andamar. Por fin, Tessino anunció con su pomposidad habitual, que al día siguiente, Domusal se dirigiría a la asamblea. Mientras hacía su entrada en el gran salón, ayudado por su hijo para no caer a pesar de la muleta, no pudo evitar pensar en cuán diferente era esta entrada a la que hiciera en el gran salón del palacio del gobernador de Midum, en Shimma casi 40 años atrás, cuando su padre le presentó como Príncipe Heredero.

Aquella había sido una ocasión solemne presidida por Belcentes. Andamar no había estado presente en aquel salón, pues contaba apenas un año, y se había quedado en Taros con su madre, la reina Garpa. Sin embargo, ahora era él quien presidía la asamblea, sentado en su asiento elevado a modo de trono. Enekhhal condujo a su padre hasta el centro de la sala, justo delante de Andamar. Éste hizo una leve señal, y unos sirvientes acudieron junto a ellos con un taburete. Después de sentarse con la ayuda de su hijo, Domusal miró a su hermano y le dio silenciosamente las gracias con una inclinación de cabeza. Luego, tomó el pergamino que Enekhhal le ofrecía, y se dispuso a leer. Todos los presentes comprendían la magnitud del gesto. Nadie permanecía sentado delante del rey de Kynán.

—Y bien Domusal. Entiendo que has decidido ya hablar ante esta asamblea.— Dijo Andamar. —Adelante. Te escuchamos.—

—Me presento hoy aquí, ante esta asamblea y delante de ti, Andamar, para hacer algunos anuncios. En primer lugar, proclamo públicamente que te reconozco como rey legítimo de Kynán, y renuncio de una vez y para siempre a exigir cualquier derecho sobre él para mí y para todos mis descendientes.— Hubo murmullos de asombro e incredulidad. Andamar hacía esfuerzos titánicos para mantener su faz serena y no desmerecer el esfuerzo que Domusal hacía al pronunciar aquellas palabras. —También deseo anunciar que depongo definitivamente las armas y prohíbo que nadie las alce nunca más en mi nombre, así como que acepto el castigo que me ha sido impuesto por mi anterior rebelión.— Como siempre, Yaluc observaba atentamente todo y a todos, y una vez más, lamentó que no pudiera haber unas relaciones normales entre los hermanos.

—Muy nobles y valientes palabras, Domusal. Pero, por otro lado, no esperaba menos de tan noble y valiente guerrero.— Dijo Andamar, y se puso en pie, con lo que todos supieron que estaba a punto de dictar real sentencia. —Por mi parte, y como ya te informé cuando negociamos,

acepto y doy por buenas tus palabras. Ahora bien, todos sabemos que se ha cometido aquí un delito de traición y rebeldía contra un rey legítimo. Por tanto, los culpables han de ser castigados. Condeno a todos cuantos se alzaron en armas contra mí al destierro. En el caso de Menetir, este será de por vida. Los nobles y señores que secundaron la rebelión también serán desterrados, dependiendo el tiempo para cada uno de su grado de implicación, pero en ningún caso, será inferior a 20 años, que es el tiempo de destierro que impongo también a mi sobrino Enekhal. Durante ese tiempo, no podrán poner un pie en Kynán ni en ninguno de sus dominios. Si incumplieran esta orden, o volvieran a levantarse contra mí, serían condenados a muerte, sin posibilidad de indulto.— Se hizo un denso silencio que, al fin, fue roto por uno de los reyezuelos del sur, cuyas simpatías por Menetir eran bien conocidas.

—¿Por qué el castigo para Menetir es peor que el de los demás?— Gritó airado. A lo que otra voz respondió antes de que Andamar abriera la boca:

—¿El peor? Todavía no nos ha dicho qué piensa hacer con Domusal.—

—En respuesta a la primera pregunta, Menetir merecería ser ejecutado. Sus crímenes son peores que los de los demás, No sólo se levantó en armas contra mí, su rey legítimo, sino que osó invadir Kynán y atacar a mi propio hijo, mientras éste protegía al pequeño príncipe Rolf de Narvaly. Si le permito vivir, es porque así se lo prometí a su padre, mi hermano.—

—No tenéis derecho a opinar sobre la justicia de Andamar.— Gritó Domusal, poniéndose trabajosamente en pie. La fuerza de su voz, y la seriedad de su semblante, impusieron a todos silencio. A pesar de su mermada salud, y de no poder permanecer erguido, su figura continuaba siendo formidable. —Yo le ofrecí mi rendición a cambio de la vida de mi hijo.— Esta información levantó nuevas oleadas de murmullos.

—Si tantos deseos tenéis de conocer el castigo de Domusal, os lo explicaré. Será conducido hasta la Heredad del Sur, propiedad que fue suya, aunque está confiscada como todos los bienes de los rebeldes. Allí pasará todo lo que le reste de vida. No podrá volver a abandonar la propiedad. Habrá vigilantes permanentemente con él, que serán también responsables de su seguridad. Como digo, Domusal, nunca podrás salir de la propiedad, pero se te permite recibir visitas, aunque éstas deberán solicitar y obtener previamente mi permiso, y sólo podrán ser personas de tu propia sangre.—

—Teniendo en cuenta que Menetir está desterrado de por vida y sé con seguridad que no viviré 20 años más para recibir a Enekhhal, sólo queda mi hija Nusi. Pero, naturalmente, su esposo Temuzén ha sido uno de los principales generales de la rebelión,,,— La voz de Domusal se empezaba a quebrar a pesar de sus esfuerzos. Andamar había descendido hasta donde estaba su hermano, rompiendo definitivamente cualquier protocolo. Ahora ya no habló para la asamblea, sino sólo para su hermano.

—Permitiré que Menetir te visite antes de salir definitivamente de Kynán, y Enekhhal viajará contigo para que podáis despediros, y como veo cuánto te ayuda, le doy a elegir entre el destierro o acompañarte en tu confinamiento, con las mismas condiciones que tú, claro.— Enekhhal se volvió a su padre, pero Domusal no le dejó ni abrir la boca.

—De ninguna manera. Yo soy viejo y estoy enfermo. Pero Enekhhal tiene toda su vida por delante.—

—Padre...—

—No, ni hablar. Te prohíbo que te encierres conmigo. Siempre has sido bastante rebelde, pero espero que no te atrevas a desobedecerme ahora.— Ante las asombradas miradas de los asistentes, Andamar se colocó junto a su hermano y le ayudó a caminar hacia una mesa dispuesta también delante del improvisado trono. Sobre ella, había algunos pergaminos y un recipiente con cera caliente. Yaluc, que había permanecido hasta ese momento en una esquina apartada del salón, observando, se había colocado junto a la mesa.

—Todos vosotros habéis sido testigos de lo que tanto Domusal como yo hemos dicho.— Andamar dijo, tomando uno de los rollos de la mesa y alzándolo para que todos lo vieran. —En este documento, firmado por mí y por Domusal, así como por Tessino, su escriba mayor y mi hijo Yaluc, como testigos, figuran los términos del acuerdo entre mi hermano y yo, en los que expongo el castigo al que serán sometidos los rebeldes y su aceptación por parte de Domusal, con mi compromiso de respetar la vida de Menetir. Ahora, mi testigo revisará el documento que Domusal acaba de leer para comprobar que en él figuran exactamente las mismas palabras que habéis oído. Y si es así, ambos firmaremos y pondremos nuestro sello.— Domusal entregó el rollo a Yaluc. Sus miradas se encontraron, pero ninguno pronunció palabra.

—Es correcto.— Dijo Yaluc al terminar de leer el documento. A continuación, los reunidos en la asamblea fueron testigos de cómo Andamar y Domusal firmaban y ponían su sello. Luego, Yaluc y el escriba de Tessino volvieron a firmar como testigos.

El viaje de regreso a Kynán fue muy extraño. Todos los que iban a bordo del Señor de las Olas se sentían incómodos por diferentes razones. Andamar era consciente de su triunfo. No sólo había conseguido la paz y la rendición de los que le disputaban el trono, sino que su posición ante el resto del mundo había salido reforzada. Sin embargo, no podía disfrutar realmente de su victoria, pues el derrotado era su propio hermano.

Domusal estuvo muy callado durante el viaje. Su ensimismamiento era tal, que Enekhhal llegó a temer que quizá los acontecimientos hubieran acabado por hacerle perder la razón. A pesar de su condición de convictos, Andamar no les obligó a viajar encadenados, aunque sí sus movimientos se restringían al pequeño camarote donde permanecieron vigilados todo el tiempo. De momento, no se había detenido a pensar en qué haría con su vida a partir de que abandonara Kynán hacia el destierro. Sólo podía pensar en la tristeza inmensa que veía en los ojos de su padre.

No les fue permitido desembarcar en Taros. La nave atracó antes en un pequeño puerto, y, desde allí, fueron conducidos en una carreta hacia la Heredad del Sur. En un medio tan lento como una carreta, y además, en medio de una fuerte guardia, el viaje hasta su destino fue muy largo. Incluso por los buenos caminos de Kynán, tardaron casi dos semanas en llegar. Viajaban todo el día y, por las noches acampaban. Eso pudieron hacerlo durante la primera semana. Después, el tiempo empezó a empeorar. La lluvia entorpecía su marcha y les obligaba a buscar alguna posada o incluso pequeña choza cerca del camino para pasar las noches. Los guardias y Enekhhal podrían perfectamente haber acampado, incluso con mal tiempo. Pero Andamar había dado órdenes estrictas a la guardia de que debían cuidar de la salud de Domusal, que empeoraba al mismo ritmo que el tiempo.

Cuando al fin llegaron a su destino, a Enekhhal no le sorprendió que Menetir estuviera ya allí. Andamar había ordenado que fuese llevado a la Heredad del Sur para ver a su padre nada más llegar a Taros. Sin embargo, dada la gravedad de sus crímenes, Menetir permaneció encerrado en una habitación hasta que llegara Domusal.

El antiguo guerrero más temido y admirado de Kynán llegó a la casa donde pasara su infancia en un estado lamentable. Sin embargo, en cuanto tuvo delante a su querido hijo Menetir, pareció rejuvenecer. Enekhhal fue testigo de cómo la mirada de su padre se iluminaba cuando Menetir entró en la pequeña estancia que había sido habilitada como comedor para Domusal. El aspecto de Menetir era terrible. Enekhhal sabía que no había soportado unas condiciones de encierro tan duras como las habituales. Pero, aun así, había adelgazado mucho, sus hermosos bucles dorados se veían apagados, así como su barba, donde aparecían trazas

de gris. El cabello se le pegaba al enjuto rostro, dándole un aspecto incluso más hosco de lo habitual. No sonrió al ver a su padre, ni se apresuró a abrazarle. Es más, dio un paso atrás cuando Domusal se le acercó con esa intención.

—Hijo mío, sé que has sufrido mucho durante tu encierro. Pero sólo tenemos esta ocasión. Luego, no volveremos a vernos.— Domusal dijo con tristeza.

—No estaría aquí si no me hubieran traído encadenado como a un animal. De buena gana, saldría ya para mi destierro si tuviera la certeza de que los guardias de la puerta no me rebanarían el cuello.— Menetir dijo agriamente.

—¿No te alegras de ver a nuestro padre?— Enekhhal preguntó con tono sarcástico. —Él no ha hecho otra cosa que suspirar por ti... por tu vida.—

—Y de paso, me la ha arruinado para siempre. No sólo me ha robado mi futuro, regalando el trono al Usurpador, sino que, acabo de enterarme de que también me ha robado mi nombre ¿Crees que no preferiría haber sido ejecutado en vez de tener que soportar tales humillaciones? Está muy claro que hace mucho que dejaste de ser un guerrero fuerte, para convertirte en una vieja temblorosa. No mereces ser el jefe de esta familia.—

—Pero, Menetir ¿cómo me hablas así, a tu propio padre?— Domusal demandó a su hijo con voz temblorosa a causa del dolor que sentía.

—Tú ya no eres mi padre. Ya no soy un Damoy ¿recuerdas? Nunca debí ponerme a tus órdenes. Todo habría sido mejor si yo hubiera estado al mando. No tendría que ver cómo ese pusilánime de Andamar ocupa el trono que debías ocupar tú, ni cómo su insolente hijo, me roba el lugar de Príncipe Heredero. Es a él a quien debí matar en vez de a su prometida. Pero juro por mi vida que no descansaré hasta ver a toda la familia del Usurpador convertida en cenizas.— Menetir gritó, sin percatarse, o al menos sin reconocer cómo el rostro de su padre empalidecía al oír sus palabras. Sin embargo, Enekhhal sí se dio cuenta, y acudió junto al hombre.

—¿Tú?... Fuiste tú quien provocó la guerra... Uxyla no era más que una niña... Mi nieta. Tu propia sobrina...— Las palabras de Domusal abandonaban su boca cada vez con mayor dificultad. Su rostro tenía el color de la nieve pisada. De pronto, comenzó a llevarse las manos a la garganta, luego al pecho, mientras sus ojos no se apartaban de Menetir, hasta que cayó desplomado, muerto.

TERCERA PARTE

1:

A sangre y fuego

Era ya el segundo año tras la muerte de Domusal. La paz tan trabajosamente alcanzada entre él y Andamar no había sido más que un espejismo, una breve ilusión. Al emprender el camino del destierro, Menetir era un hombre sin nada que perder, a quien sólo movían ya sus ansias de venganza. Su furia era tal que había conseguido sumir al mundo en una guerra como nunca se había conocido otra.

Lo primero que hizo al salir de Kynán fue dirigirse a Narvaly, a donde su esposa e hijos habían huido acogidos por Netyk. Desoyó todas las advertencias que su cuñado le hizo llegar para que abandonara la idea, pues Narvaly volvía a ser un reino neutral y por tanto, él no podía acoger a Menetir sin romper los tratados y convertirse en enemigo de Kynán. Ya lo había perdido todo, pero no estaba dispuesto a perder también su familia. Siendo él un desterrado sin nombre, Zodrim no tenía obligación de seguirle como era el deber de cualquier esposa. El hecho de que ella hubiera buscado refugio en el reino de su hermano enfureció más aún a Menetir, que lo percibió como una traición, una más.

Sus posibilidades de entrar en Narvaly y recuperar a su esposa e hijos no habrían sido muy grandes si hubiera estado solo. Pero Menetir no estaba solo. Tanta furia y rechazo como a él, el castigo de Andamar les había producido a muchos de los grandes señores que apoyaron la causa de Domusal. Y entre ellos, muy especialmente a los Cenwolf. Éstos eran una fuerza muy a tener en cuenta, pues no sólo eran muy numerosos, gracias a lo prolífico de sus familias, sino que seguían siendo muy temidos dentro y fuera de Kynán, lo que les hacía más poderosos. Además, Menetir aún conservaba la lealtad de los hombres que habían servido a su padre, y que no dudaron en ponerse al servicio de su causa como hijo y heredero de Domusal, ignorando lo mal que este hijo se había comportado frente a su padre.

Menetir tenía toda la intención de aprovecharse de esa lealtad por muy inmerecida que fuese. Sólo su hermano Enekhál estaba al tanto de lo sucedido en la Heredad del Sur, y Menetir sabía que, por su carácter frívolo, no gozaba de tanto respeto y credibilidad como él. De modo, que no temía que revelara su secreto porque nadie le creería. Enekhál no era precisamente estúpido, y no perdería el tiempo en una batalla que jamás podría ganar. Y pensar en su hermano le enfurecía aún más, ya que se había enterado de que Netyk también le permitía vivir en Narvaly.

Mientras Enekhhal no cruzara las fronteras de Kynán ni colaborase con Menetir, no incumpliría los términos del tratado.

Así que, antes de que comenzara el invierno del año de la muerte de Domusal, Menetir había formado un considerable ejército en cuyo mando le ayudaba Temuzén Cenwolf, su cuñado. Con él se dispuso a amenazar a su otro cuñado, Netyk. A pesar de que el tiempo ya era malo, mucho más en el montañoso Narvaly, Menetir consiguió plantarse con su ejército ante las mismísimas murallas de Hitowa. Netyk, como todos, estaba sorprendido por la audacia y la velocidad de Menetir y su ejército, pero seguía sin estar dispuesto a ceder. Confiaba en que las primeras nevadas, que no tardarían mucho en caer, obligarían a los invasores a retirarse.

Netyk no podía estar más equivocado. El ejército de Menetir no sólo permaneció a las puertas de Hitowa cuando llegaron las nieves, sino que el príncipe desterrado endureció sus amenazas. Si Netyk no le permitía entrar en la ciudad, e instalarse en ella con todos sus hombres, la destruiría. Netyk siguió sin ceder. Estaba demasiado a gusto con la posición que había alcanzado en la asamblea de Ayusha. No sólo su sobrino Rolf había regresado a su lado, sino que era reconocido como rey de Midum. Zodrim, conociendo el carácter de Menetir se ofreció a mediar para evitar lo peor, pero su hermano no se lo permitió.

Pasaron dos semanas, y el frío y las privaciones no hicieron sino aumentar la rabia de las tropas acampadas. Menetir envió un ultimátum a Netyk, que éste desestimó. Al día siguiente, antes de que amaneciera, la capital de Narvaly y todo el valle donde se asentaba se iluminaron con el resplandor del fuego. Las tropas de Menetir incendiaron las murallas de Hitowa, que no estaban diseñadas para soportar tal acometida, pues Narvaly jamás había sido invadido antes ni su capital sitiada. Las torres de madera que remataban los frágiles muros ardieron como antorchas, y muy pronto, los propios muros se derrumbaron. Entonces, los hombres de Menetir cayeron sobre Hitowa como una plaga de langosta. Durante seis terribles días, incendiaron saquearon violaron y mataron sin freno, pues tenían libertad de sus generales para dar rienda suelta a sus peores instintos.

La astucia de Enekhhal consiguió salvar la vida a los miembros de la familia real. En medio de la destrucción, los sacó en carretas debajo de los cadáveres amontonados de los defensores del palacio real. Él escapó disfrazado de anciano mendigo. Soportó incluso sin rechistar ni descubrirse, una buena paliza que varios soldados de su hermano, borrachos de vino y de sangre, le propinaron para divertirse. Netyk, sin embargo, permaneció en palacio rodeado de lo mejor de su guardia. Al

séptimo día, envió un mensaje a Menetir solicitando una entrevista para negociar. Eufórico, viendo ya su triunfo, Menetir aceptó.

Netyk le recibió en un salón destrozado. Menetir recordaba muy bien la riqueza y elegancia de los salones del palacio real de Hitowa. Por un breve instante, lamentó la destrucción de tanta belleza. Pero enseguida se repuso, pues esa destrucción le iba a proporcionar un valioso botín. Y no pensaba en oro y joyas, tan abundantes en aquel reino tan rico. No, Menetir tenía otro tipo de botín en mente. Ahora que Hitowa ardía por los cuatro costados, y tenía al rey a su merced, ya no se conformaba sólo con que le permitieran establecerse allí.

—Qué típico de ti mostrarte tan satisfecho ante la muerte y la destrucción.— Dijo Netyk a modo de saludo. Estaba pálido y demacrado. Oscuras sombras rodeaban sus ojos hinchados, demostrando que llevaba muchos días sin dormir. Tampoco sus ropas tenían el esplendor habitual. Y sin embargo, Menetir tenía que reconocer que nunca había mostrado tanta autoridad. Incluso él, que siempre había despreciado a ese primo suyo, podría haber llegado a respetarle, si ese sentimiento no estuviera tan alejado de su corazón en aquellos momentos. —Mas te aconsejo que borres esa sonrisa de tu cara. No creas que has ganado nada.— Menetir hizo una mueca sarcástica digna del mismísimo Enekhál.

—¿Perdona? Creo que no te has asomado a la ventana, primo. Pero tengo mucho gusto en informarte de que tu capital está en ruinas, y mis hombres pueden continuar con el resto del reino.—

—Sé perfectamente cuánta destrucción has provocado. Pero eso no significa que estés en la posición más fuerte aquí.—

—Eres tú el que no comprende la situación. Si no me das lo que quiero, no quedará nada de tu reino.— Menetir dijo en tono amenazador. Ya estaba empezando a impacientarse. Hablar nunca fue su fuerte. Sin embargo, Netyk seguía mirándole impasible.

—Ah, bueno. Y ¿qué es lo que quieres? Aunque creo que puedo adivinarlo.—

—Quiero ser el rey de Narvaly y Midum.— Para su desesperación, Netyk siguió sin dar muestras de alteración.

—Ya lo suponía. Pero verás Menetir. Por mucho que tengas un ejército más numeroso que el mío, y estés dispuesto a arrasar mi reino como has dicho, eso no te acercará más al trono. En Narvaly, las cosas no se hacen como en Kynán. Si mi familia ha conservado el trono tanto tiempo es porque hemos sabido mantener contentos a los clanes. Los

clanes no dudarían en derribar a un rey si no actúa de acuerdo a sus necesidades. No sería la primera vez que esto sucede. Matar reyes solía ser una diversión bastante común en el pasado en este reino. Fueron mis antepasados quienes consiguieron al fin mantener un equilibrio con los clanes que nos beneficia a todos. Pero, en el momento en que no fuera así, la vida del rey no valdría nada ¿O qué crees que hubiera ocurrido si no llego a detener la conspiración de mi propia hermana? Los clanes nunca te aceptarían como rey, mucho menos después de todo lo que les has hecho perder con tanta destrucción por parte de tus tropas.—

—Estás loco, si piensas que voy a renunciar ahora que he llegado tan lejos. No me importaría enfrentarme a esos clanes, y lo sabes.— Menetir dijo, petulante.

—Demasiado bien lo sé. Y también, que no te has parado a pensar en que al final, reinarías sobre montones de ruinas y cenizas. Tu padre te conocía bien, cuando impidió que arrasaras Kynán para recuperar el trono. Pero, si te queda algo de sensatez, tengo una propuesta que hacerte.— Menetir ladeó la cabeza, mirando a su primo como quien mira a un niño caprichoso esperando su próxima demanda.

—Te escucho.— Dijo socarrón, dejando bien claro que preferiría hacer cualquier otra cosa en vez de eso.

—Si retiras tus tropas de la ciudad, te ofrezco un lugar para instalarte. Imagino lo duro que debe ser no tener un sitio al que llamar hogar. Eres un desterrado sin nombre ni patria. Yo te ofrezco una. Pero tendrías que jurarme lealtad, y que no volverías a levantarte contra Andamar.—

—Veamos. Si no te he entendido mal, me ofreces convertirme en tu leal vasallo a cambio de instalarme en algún remoto y estéril rincón del reino.— Menetir continuó en el mismo tono sarcástico. Netyk no quería que se le notase, pero empezaba a ponerse nervioso. Menetir no se comportaba como alguien a quien se le ofrece una oportunidad de salvación.

—Te ofrezco instalarte al este, en la frontera. Son tierras sin explotar, que pertenecen a la corona, de modo, que ningún clan se interpondría...— Hasta para sus propios oídos, la oferta sonaba poco atractiva. Pero nada había preparado a Netyk para la reacción de su primo.

—Palabrería, Netyk. Guárdate tus campos yermos, porque ¿sabes? Yo no soy, ni jamás seré granjero. Y además...— Dijo con tono siniestro, haciendo una señal con la mano hacia las entradas del salón. —¿Por qué iba a conformarme con ser tu vasallo cuando puedo ser el rey?— Y se abalanzó sobre su sorprendido primo, quien apenas tuvo tiempo de ver el

brillo metálico del puñal que alguien había entregado a Menetir, antes de que éste se lo hundiera en el pecho.

Netyk murió con una expresión de sorpresa en su rostro. Demasiado tarde, había comprendido que Menetir no había acudido con intención de negociar, sino que sus hombres habían estado escondidos y a su señal, habían irrumpido en el salón, matando a los pocos guardias que aún permanecían protegiendo a su rey.

Inmediatamente, los saqueos cesaron. Pero Menetir hizo que sus hombres montaran guardia en palacio y a lo largo de la destruida ciudad. No quería ser sorprendido por la reacción de los clanes, si es que había alguna. Mientras esperaba, consiguió arrancar de los escasos sirvientes que quedaban vivos en palacio, el lugar a dónde había huido la familia real. Y sin apenas haber descansado, partió hacia allí. Mas, cuando llegó al castillo donde se refugiaban su esposa e hijos, junto con los huérfanos de la princesa Diedre, se encontró con una inesperada sorpresa.

El castillo, que pertenecía a la familia del difunto padre de los principitos, estaba tomado por sus propietarios. Menetir sólo consiguió llegar hasta las cercanías, ya que no se le permitió la entrada. Había llevado consigo a un puñado de sus mejores guerreros, pero el castillo estaba protegido por hombres más numerosos y fuertemente armados. A pesar de lo inclemente del clima, decidió acampar delante del castillo, y envió un emisario exigiendo que se le entregase su familia. La respuesta tardó un día entero en llegarle, lo que le enfureció ¿Cómo se atrevían aquellos necios a humillar a quien tenía el poder de aniquilarlos? Pronto, tuvo la respuesta a su pregunta. Su emisario regresaba acompañado de otro hombre, cuyas vestiduras dejaban claro que era de muy alto rango.

—Soy Jarek, hermano del difunto príncipe Junas.— El hombre se presentó con tono solemne. —Tú no tienes derecho a exigir nada. Si no fuera porque nuestro reino ha soportado ya suficiente sangre y destrucción, serías ahora mismo apresado por asesinar al rey.— A Menetir le desconcertaron momentáneamente aquellas palabras. Había contado con la sorpresa, pero, al parecer, las noticias de sus actos habían viajado más rápido que él.

—Veo que ya conocéis la muerte de Netyk. Coronadme como vuestro nuevo rey, y mis hombres cesarán para siempre toda destrucción.—

—Ya tenemos un rey, es Rolf, legítimo heredero de Netyk.— Jarek dijo.

—¿Un niño de 5 años?— Se burló Menetir.

—Es cierto que aún es demasiado joven. Por eso, la princesa Zodrim y yo seremos los regentes hasta que cumpla la edad para gobernar.— Menetir iba a protestar de nuevo, pero se lo pensó mejor. Zodrim, claro, ella era hermana del difunto rey, y en esos momentos, el adulto de mayor rango en el reino de Narvaly, pues, al contrario que en Kynán, allí las mujeres sí podían sentarse en el trono. Y ésta en concreto, daba la casualidad de que era su esposa.

—La princesa Zodrim ¿eh?... Tal vez, he sido demasiado vehemente en mi mensaje. Pero, sin duda, comprenderás que hace más de un año que no veo a mi familia.— Intentó sonar convincente. Quizá, si era astuto, podría conseguir su botín de todas formas, y sin necesidad de más sangrientas batallas. —Lo único que deseo es que me sea permitido reunirme con mi esposa e hijos.—

Cuando Andamar tuvo noticias de que Menetir había invadido Narvaly junto con otros rebeldes, y tenía sitiada la capital, se sintió terriblemente decepcionado, aunque no podía decir que le hubiera sorprendido. Menetir no había cambiado durante su largo encierro en la torre norte, si acaso, su carácter había empeorado. Ya Andamar tuvo suficientes muestras de ello al ver el comportamiento de su sobrino ante la muerte de su padre.

La muerte de Domusal había sido un acontecimiento inesperado. A pesar de que era obvio cuando le vio en Ayusha, que su salud estaba muy mermada, nada hacía pensar que su fin fuera a estar tan próximo. En recuerdo del padre de ambos, y por el respeto que jamás había perdido hacia su hermanastro, Andamar permitió que se celebrase un funeral en su honor, cosa a la que no habría tenido derecho como traidor convicto. Naturalmente, no se le rindieron honores de príncipe, ni siquiera, de miembro de la familia Damoy. Pero a Andamar le pareció bien que las cenizas de su hermanastro se conservaran en la Heredad del sur, donde también estaban las de su madre Heusa. Concedió un permiso especial a Enekhhal, Menetir y Nusi para que pudieran asistir. Sin embargo, sólo Enekhhal lo hizo. Menetir exigió ser conducido a la frontera, para comenzar su destierro, sin mostrar el más mínimo sentimiento. Y en cuanto a Nusi, Andamar estaba seguro de que su mensaje ni siquiera le había llegado, pues se encontraba huida junto a su esposo Temuzén, que era uno de los condenados por alzarse contra Andamar.

Las noticias procedentes de Narvaly agitaron muchísimo a Naadur. Su primera reacción fue proponer a su padre que enviara un ejército en ayuda del rey Netyk contra los invasores, y él mismo se ofreció para encabezarlo. Sin embargo, Andamar no hizo nada de eso. Le costó mucho convencer a su furioso hijo. Estaba claro que Naadur sentía un odio cada vez más intenso hacia Menetir. Seguía acusándole de haber sido el impulsor del asesinato de la pequeña Uxyla, aun sin tener ninguna prueba de ello. Pero Andamar tenía que convencerle de lo erróneo de sus planes. Narvaly se había declarado nuevamente un reino neutral. Si intervenía, sobre todo sin que Netyk hubiera solicitado su ayuda, podrían acusarle de romper los acuerdos firmados en Ayusha. Y Andamar estaba demasiado satisfecho con la posición que había conseguido en el mundo tras la conferencia de paz, como para arriesgarse a perderla, y que se pudiera poner de nuevo en duda su legitimidad.

Así pues, Andamar decidió quedarse al margen y observar. Naturalmente, cuando supo que Netyk había muerto, se inquietó por las consecuencias que se pudieran derivar de la nueva situación, pues ahora, el reino estaba regido por un niño pequeño, y todo el mundo sabe lo peligroso que es siempre tener un niño rey. Sus temores aumentaron al saber que Zodrim, como hermana del difunto rey, sería regente del niño, pues ella era la esposa de Menetir, que debía de estar encantado de tener de pronto tan elevado puesto. Pero se obligó a calmarse. Después de todo, Menetir no tenía verdadera autoridad en Narvaly, pues los regentes eran su esposa y Jarek, tío paterno del niño rey. Andamar conocía lo suficiente de las leyes y tradiciones de Narvaly como para saber que los poderosísimos clanes no permitirían que Menetir obrase a su antojo. Es más, esta nueva situación podía redundar en beneficio de Kynán.

En el tratado de paz firmado con Netyk se establecía que el pequeño Rolf regresara a su reino, pero no se decía nada del compromiso matrimonial del nuevo rey con la princesa Nysbe de Kynán. Probablemente, Netyk no había considerado necesario abordar ese tema porque tenía intención de repudiar a su esposa y tomar una nueva. Era un hombre joven y seguramente pensaba tener hijos, con lo que el príncipe Rolf dejaría de ser el heredero. Sin embargo, eso ya nunca ocurriría, y si Nysbe se convertía en reina de Narvaly, eso significaba que sería la madre del siguiente rey o reina, con lo que Midum, ahora posesión de Narvaly, volvería a estar bajo dominio de un Damoy sin necesidad de derramar una sola gota de sangre. Entusiasmado por esa perspectiva, se dispuso a poner en marcha todas sus habilidades diplomáticas para asegurarse de que aquel compromiso matrimonial no se rompía.

Naadur no compartía ni mucho menos, el optimismo de su padre. Él conocía a Menetir, y no confiaba en él. Estaba seguro de que su ascenso repentino de desterrado sin nombre a príncipe consorte de Narvaly y esposo de la corregente, traería desgracias a Kynán. Le enfurecía tanto que Menetir siempre consiguiera salirse con la suya. Y su rabia era mayor porque le amargaba la esperanza que de nuevo había brotado en su corazón y en todo Kynán ante la posibilidad de un heredero. El agradable verano en la fortaleza Torre Blanca había dado un dulce fruto. Numa estaba nuevamente encinta. La estancia en las montañas parecía haber mejorado su salud, y se la veía con mejor aspecto, lo que llenaba a todos en palacio de esperanza.

Por desgracia, no hicieron falta muchos meses para que Naadur viera confirmados sus temores con respecto a Menetir. Aún no se había secado el barro de los caminos, y las cimas continuaban cubiertas de blanco, cuando un ejército muy considerable aprovechó los accesibles pasos de montaña que separaban Narvaly de Kynán, e invadió el reino.

Esta invasión tomó completamente por sorpresa al reino de Kynán. Andamar se sintió terriblemente culpable por haber confiado demasiado en la neutralidad de Narvaly, dejando aquella frontera muy poco protegida. Hizo falta más de un mes para que su ejército estuviera preparado para salir al encuentro del invasor. Y para entonces, Menetir había avanzado una gran distancia dentro de Kynán. Su avance era a sangre y fuego, dejando tras de sí sólo cenizas y devastación. El ejército invasor sembraba el terror por todo el reino, haciendo que los campesinos abandonaran sus campos y los aldeanos sus aldeas, en una huida sin rumbo.

En Taros, la princesa Numa dio a luz, esta vez sin apenas complicaciones a una criatura hermosa y sana. Sin embargo, el feliz acontecimiento se vio empañado por el hecho de que fuera una nueva niña. Igual que le ocurriera con Nysbe, Naadur se enamoró de la pequeña en cuanto la vio, aunque eso no le consolaba del todo por su incapacidad de conseguir un heredero al trono que lo asegurara en tiempos tan turbulentos. La nueva princesa no se parecía a su madre, como Nysbe, pero tampoco a Naadur. Desde el primer momento, todos tuvieron claro que era la viva imagen de su abuela Brala. La llamaron Tymís.

A pesar de la sorpresa que le produjo la invasión de Menetir a través de los pasos de Narvaly, Andamar se repuso y se dio toda la prisa que pudo en organizar la reacción apropiada. Naturalmente, los actos de

Menetir significaban la guerra. Andamar nunca la quiso, pero de ninguna manera estaba dispuesto a perderla. Así que dividió sus ejércitos en tres para abarcar el mayor terreno posible. Él se puso a la cabeza de los hombres más experimentados, algunos de ellos, los escasos supervivientes de su desastrosa aventura en Shimma. Con ellos, pretendía hacer frente a Menetir.

Puso al fiel y valeroso Damosén al frente de otra sección, que marcharía algo más retrasada y serviría de apoyo al ejército del rey. Y para terminar, puso la sección restante bajo el mando del príncipe Naadur. Eso hizo enormemente feliz a su hijo, que ardía en deseos de enfrentarse a su odiado Menetir. Sin embargo, Andamar acabó muy pronto con tal entusiasmo, pues encomendó a Naadur y sus hombres dirigirse hacia la frontera con Midum para vigilar los pasos de montaña.

—Pero padre, la frontera con Midum está completamente tranquila ¿Por qué iba Menetir a usar aquellos pasos de montaña tan difíciles cuando tiene a su disposición los cómodos accesos desde Narvaly?— Naadur se quejó a su padre.

—Menetir nos ha sorprendido porque hemos estado demasiado confiados. No debemos descuidar ninguna frontera por impracticable que sea.— El rey dijo, tajante.

De modo que, mientras Andamar y Damosén se dirigían a donde estaba la acción, Naadur, siempre acompañado por Yaluc, emprendió el camino hacia la frontera sur de Kynán, enfurruñado como un niño. En el fondo, sabía que la orden de su padre se debía a que Andamar no deseaba que ambos se pusieran en peligro, con su trono aún en disputa, y sin herederos a la vista aparte del Propio Naadur y Yaluc, quien ni siquiera se había desposado aún.

Aunque marcharon a buen paso, por los excelentes caminos de Kynán, se dirigían a la frontera más alejada, por lo que el viaje les llevó casi dos semanas. Yaluc no podía dejar de comparar esa marcha a caballo, que las tropas de a pie seguían admirablemente, con sus propios viajes hacia aquellas tierras, que duraban meses. Cierto es que él no solía utilizar los caminos principales por temor a ser descubierto por los Hombres del Rey, que iba a pie junto a un muchacho cojo, y que solía detenerse en cualquier aldea o incluso choza solitaria que encontraba.

La añoranza de sus tiempos de sabio errante y el disfrute de los hermosos paisajes se le acabaron pronto a Yaluc. Naadur tenía razón, la

frontera de Midum no era la idónea para una invasión. Pero Menetir era un guerrero experimentado, y Naadur recordaba muy bien que estaba dispuesto a utilizar cualquier medio para ganar. Por eso, no le extrañó que se produjeran incursiones esporádicas a través de las montañas, que ya empezaban a aterrorizar a los campesinos de aquellas tierras también. Yaluc, por su parte, experimentó allí la guerra de verdad por primera vez.

Aunque las incursiones las realizaban pequeños grupos que apenas pasaban de ser bandidos, el enfrentamiento fue inevitable. Si ya los ejercicios que hasta entonces había realizado le desagradaban, la verdadera batalla le rompió el corazón. Jamás en su vida, ni cuando creía que se convertiría en sacerdote de Nin, ni mucho menos después, cuando se dedicó a recorrer los territorios de sus queridos loggi, Yaluc había pensado que alguna vez tendría que quitarle la vida a otro ser humano. La devastación que le produjo aquella horrible experiencia le sumió en una tristeza tan profunda como nunca antes había sentido.

De buena gana habría abandonado todo para escapar y esconderse en los profundos bosques que ya conocía tan bien, si no fuera porque había comprometido su palabra, y Yaluc, como Zesera había sabido comprender tan bien, jamás faltaba a su palabra. Antes de partir, Andamar le había hecho llamar para encomendarle una misión: cuidar y proteger a Naadur. El rey conocía a su hijo, sabía de su temeridad y ardor guerrero, y temía mucho que se arriesgara demasiado, si surgía la ocasión. De modo que, confió al sensato y más reflexivo Yaluc que se convirtiera en guardián del príncipe imprudente. Yaluc recordó las palabras de Zesera: —Tú eres el guardián, Yaluc. Es lo que significa tu nombre y tu misión en el mundo—. Una misión que Yaluc habría realizado con sumo gusto, aunque nadie se lo hubiera pedido ¿Cómo no iba él a guardar y proteger la vida de aquél a quien amaba más que a la suya propia?

Los ejércitos del rey y Damosén tardaron menos en alcanzar su destino. Para cuando lo hicieron, Menetir ya se había apropiado de una amplia franja de territorio de Kynán. Había tomado cuantas fortalezas, torres y castillos se encontraban cerca de la frontera con Narvaly, incluyendo la Heredad del Sur, que siempre perteneció a su rama de la familia, y que convirtió en su cuartel general. En cada puesto, puso una guarnición, y así, controlaba todo el terreno conquistado.

Andamar iba dispuesto a entablar batalla con su sobrino. Pero apenas su ejército alcanzó la zona controlada por el príncipe rebelde, su marcha se vio entorpecida por ataques sorpresivos y pequeñas escaramuzas, que le obligaban a entretenerse en su camino en busca de Menetir, haciéndole gastar fuerzas y hombres sin obtener ganancia

alguna. Si conseguía expulsar a la guarnición de algún castillo, nuevas tropas salidas de quien sabe dónde, caían sobre su ejército, haciéndole abandonar de nuevo la plaza. Pero los ejércitos que le atacaban nunca eran los del propio Menetir, que permanecía esquivo. Transcurrió así todo el primer verano de la invasión, con Menetir burlándose de Andamar. Hasta que Damosén sugirió al rey retirarse a su propio territorio, pues estaba claro que lo que Menetir pretendía era desgastar y agotar las fuerzas de Andamar para luego caer sobre él y derrotarle completamente.

Al llegar las lluvias, que anunciaban la cercanía del invierno, Andamar esperaba que Menetir se quedara en su nuevo cuartel de la Heredad del Sur, pero, para su total desconcierto, su sobrino regresó con el grueso de sus tropas a Hitowa para pasar el invierno, dejando sólo las guarniciones para mantener las plazas conquistadas. Andamar también dejó hombres en lugares estratégicos en el camino hacia Taros, y regresó a su vez a la capital con un ejército mucho menos numeroso que cuando salió de ella. Allí Naadur y Yaluc se le unieron poco después. El príncipe tuvo que reconocer ante su padre que las cosas no estaban realmente tan tranquilas en la frontera de Midum como él creía, y por ello, había dejado hombres para vigilarla incluso durante el invierno.

Andamar tuvo tiempo durante el largo invierno de reflexionar más detenidamente sobre lo ocurrido durante aquel verano. Estaba claro que, una vez más, había malinterpretado la situación. Nunca debió confiarse tanto, pensando en que los poderosos clanes de Narvaly detendrían a Menetir. Sin embargo, le costaba creer que, después de cómo habían intentado deponer a Netyk por derrochar sus recursos ayudando a los rebeldes, ahora que tenían el poder, ellos hicieran precisamente lo mismo.

Al enterarse de la invasión de Menetir, había enviado espías a Narvaly de nuevo, pues el reino había dejado de ser neutral para pasar a ser enemigo. Uno de ellos, acababa de regresar, dejando en Narvaly a su relevo, y se apresuró en informar al rey de lo que acontecía en el reino vecino. Lo que el espía le contó aclaró a Andamar el comportamiento de los clanes. El rey tenía razón al juzgar que eran reacios a dar su oro a Menetir. Pero, al parecer, cuando el príncipe desterrado dio la orden a sus hombres de deponer las armas, pues su posición había mejorado sensiblemente al ser el esposo de la corregente, éstos comenzaron a realizar todo tipo de actos de pillaje a lo largo del reino.

La invasión y los saqueos subsiguientes habían despertado su codicia y sed de sangre, y ahora de pronto, no tenían con qué satisfacerlas. Menetir no parecía en absoluto preocupado por el comportamiento de sus tropas, y éstas no obedecían a nadie más. De

modo que, los jefes de los clanes se reunieron y acordaron seguir financiando a Menetir en su recuperación del trono de Kynán. El oro que le entregaban les parecía un precio bajo comparado con los destrozos que sus hombres causaban.

—Así que, mi señor, están dispuestos a pagarle sus gastos mientras mantenga las fechorías de sus hombres fuera de Narvaly.— Dijo el espía.

—Y seguro que tampoco quieren que se inmiscuya demasiado en el gobierno del reino. Conociéndole, estoy seguro de que no lleva nada bien ser sólo el consorte de la corregente.— Apuntó Naadur.

—Una observación muy acertada, mi príncipe, aunque claro está, ellos no lo han expresado con tanta claridad.—

—Lo que está claro es que Menetir es un espinoso problema esté donde esté. Ojalá no hubiera tenido que dar mi palabra a Domusal. Nos habríamos ahorrado todos estos horrores, y los que aún vendrán.— Se lamentó Andamar.

—Estoy seguro, padre, de que Domusal no esperaría que mantengas tu palabra, ahora que Menetir nos ha atacado directamente. Ya no se trata de ejecutar a un prisionero, sino de abatir a un enemigo.— Naadur dijo.

—Sí, supongo que tienes razón ¿Qué opinas tú, Yaluc? Desde que regresasteis has estado muy callado.— El rey se dirigió a su hijo adoptivo. Yaluc, que había estado escuchando cabizbajo, apenas levantó la cabeza para mirar a Andamar con un gesto confuso. Fue Naadur quien habló.

—Al parecer, padre, a Yaluc le gusta tan poco la guerra como a ti.—

—No encuentro nada agradable quitarles la vida a otros.— Yaluc dijo, sombrío.

—Pero, si apenas tuviste que hacer nada. Con tu tamaño bastaba para espantar a los que nos atacaban.— Naadur proclamó con evidente orgullo.—

—Tú no lo entiendes, Naadur, porque eres un guerrero, y te gusta serlo. Pero los que somos como Yaluc y yo sentimos de forma diferente la guerra.—

—Hablas como si a mí me divirtiera matar hombres. Yo no soy como Menetir, pero cuando estoy en batalla, mato antes de que me maten, pues ésa es la intención de quienes combaten contra mí.— Protestó Naadur.

—Vamos, no te enfades, ni Yaluc ni yo dudamos de tu nobleza.—

Enterarse de que no podría contar con los clanes de Narvaly para detener a Menetir sumió a Andamar en una tristeza aún mayor. Parecía que no habría manera de librarse de él. Todo el mundo le temía demasiado. Estaba claro que no contaba con aliados para enfrentarse a su sobrino. Pero lo que supo por su espía seguía sin aclararle la mayor de sus dudas ¿Por qué Menetir no había aprovechado la sorpresa y la indudable rapidez y ferocidad de su ejército para llegar a Taros y sitiarse como había hecho con Hitowa? Andamar había necesitado semanas para preparar un ejército con el que enfrentarse a él. No tenía sentido que se hubiera entretenido en conquistar y arrasar una amplia zona al sur del reino, en vez de caer sobre Taros. ¿Y por qué le había evitado en lugar de enfrentarse directamente con él? Andamar sabía muy bien que nunca podría vencer a Menetir en un combate directo, y por supuesto, Menetir lo sabía también. A estas horas, podría estar sentado en el trono de Kynán, y sin embargo, se retiraba a Hitowa a pasar el invierno ¿Qué se proponía de verdad Menetir?

Las preguntas que torturaban a Andamar tendrían respuesta si pudiera hacérselas a Enekhhal. El joven conocía muy bien a su hermano, lo que le hacía compadecerse aún más de todos aquellos que habían de soportar su horrible carácter. La primera de la lista era Zodrim, su desafortunada esposa. En el tiempo en que convivió con ella en Shimma, mientras Menetir estaba prisionero en Taros, se dio cuenta de que, para su desgracia, la pobre estaba enamorada de su esposo y penaba imaginándole encerrado en una oscura torre. Sin embargo, desde que se había vuelto a reunir con él, no parecía más feliz en absoluto.

Zodrim estaba tan concentrada podando sus rosales antes de que llegara la nieve, que tardó en darse cuenta de que era atentamente observada por su cuñado. Mientras se esmeraba en cuidar sus plantas favoritas, estaba sumida en profundos pensamientos. El siempre agudo Enekhhal había acertado, no era feliz. Pero su desdicha no era tan reciente como él había imaginado. Aunque en algo sí acertó, la fuente de esa desdicha era Menetir.

La ilusión juvenil con que se había desposado con él había durado tan poco como el propio día de su boda. A pesar de su enamoramiento, que le hacía ver a su primo bajo la más favorable de las luces desde que tenía memoria, estaba al tanto de que tenía un carácter difícil. Pero su ingenuidad le hizo pensar que sería capaz de sobrellevarlo e incluso, mejorarlo. Menetir nunca había sido amable con ella, pero es que no era

amable con nadie. Sin embargo, no tardó en comprobar su brutalidad y falta de cualquier emoción amorosa.

Menetir era tan rudo con ella como con todos los demás. Nunca tuvo un gesto de ternura. Al principio, Zodrim creyó que debería resignarse a no ser amada por su esposo, como tantas otras mujeres. Y lo habría hecho, si de verdad, él fuera incapaz de expresar afecto. Pero para su total disgusto, fue testigo de cómo Menetir prodigaba sus mimos y cuidados a las únicas criaturas que parecían despertar su sensibilidad, sus amados caballos. Ni siquiera sus hijos parecían importarle demasiado. Ciertamente se mostraba orgulloso de cómo el mayor comenzó a caminar antes de cumplir un año, y que con apenas 4 fuera ya capaz de montar como un pequeño guerrero.

Ingenuamente, había esperado que las penurias de su encierro le hubieran ablandado, al hacerle añorar los sencillos placeres de la vida familiar. Pero, una vez más, se equivocó. Los meses de encierro en la torre le habían amargado el carácter más aún. Parecía que ya no tenía nada en la cabeza más que vengarse de Andamar y de toda su familia. Si antes de su encierro sus visitas habían sido poco agradables aunque asiduas al lecho conyugal, desde su regreso, su trato hacia ella no había mejorado en el lecho, pero además, apenas la visitaba. Eso sí, en público, se mostraba mucho más atento y solícito que antes. Zodrim sabía que era para ganarse a los nobles y tratar de que le permitieran intervenir en el gobierno. Como no lo conseguía, Zodrim pagaba su mal humor. Menetir no soportaba que su esposa ocupase un puesto más alto que él en la corte. Por todo ello, se sintió aliviada cuando marchó a guerrear contra Andamar. Sin embargo, había regresado para pasar el invierno.

Alzó la vista de sus queridas rosas, y se sorprendió de encontrarse con la mirada de Enekhhal. Él le dedicó una de sus encantadoras sonrisas. Al contrario que su problemático hermano, Enekhhal mantenía excelentes relaciones con los nobles de Narvaly. Jarek, en concreto, le había conservado en el puesto que Netyk le concediera como supervisor de los Ingenios Reales, dedicados a la producción textil. Ésta era la segunda fuente de riquezas para Narvaly después del comercio. Todos admiraban la habilidad de Enekhhal para comprender y mejorar las técnicas. Zodrim se permitió mirarle con detenimiento. Tanto si se trataba de controlar los Ingenios Reales, como de ser el gobernador de Midum, Enekhhal nunca parecía abandonar su aire de joven frívolo al que todo le causaba aburrimiento.

—Buenas tardes, querida prima.— Saludó con su típico tono entre indiferente y burlón. —Estabas tan concentrada en tus flores que no he querido distraerte.—

—No puedo imaginar cuán aburrido debes de estar para perder el tiempo mirándome podar los rosales.— Ella le habló en el mismo tono. Siempre se había llevado bien con ese primo suyo tan distinto de su hermano mayor.

—No lo considero un tiempo perdido en absoluto.— Enekhal replicó volviendo a sonreír. Zodrim conocía bien ese gesto tan suyo, con el que seducía a cualquier mujer que se le antojase. Ella le dedicó una sonrisa escéptica. La verdad es que se alegraba de que de nuevo se sintiera con ánimo de burlarse de todo, como era su costumbre, aunque ella fuera en ese momento el objeto de sus burlas. Sabía lo mucho que la muerte de Domusal le había afectado. Durante meses, fue un Enekhal totalmente irreconocible.

—Me alegro de verte tan recuperado. Pero, si me disculpas, tengo obligaciones que atender.— Zodrim dijo, meneando la cabeza mientras comenzaba a dirigirse al interior del palacio, aunque sin dejar de sonreír.

Su sonrisa aún no había desaparecido de su cara cuando entró en su gabinete privado, donde la esperaba su madre. Zysé había envejecido décadas en los últimos dos años. Si había sobrellevado con entereza la muerte de su esposo el rey, con las sucesivas de sus hijos Diedre y Netyk, parecía más un espectro que otra cosa. Sus blancas ropas de luto, y su eterno velo cubriéndole el rostro, aumentaban esa impresión. Pero Zodrim no se dejaba engañar por las apariencias. Su madre continuaba siendo la mujer fuerte y decidida que siempre había sido.

—Cuando tu doncella vino a buscarme, me dio la impresión de que te encontrabas abatida y necesitabas a tu madre. Pero veo que esa estúpida muchacha es una exagerada.— La reina viuda refunfuñó, sin levantarse de su butaca cerca de la chimenea encendida. Fue su hija quien se acercó a besarla.

—No, madre. Ella te dijo la verdad. Una pequeña sonrisa no borra todas las lágrimas que he derramado.— Zodrim dijo, colocando un puñado de rosas en un elegante jarrón traído de Esterria. Zysé miró las flores un momento.

—Qué hermosas. Nadie consigue unas rosas como las tuyas. Siempre se te dieron bien las flores, pero no sabía que tuvieran la cualidad de hacerte olvidar tus sufrimientos.—

—No han sido las rosas, madre...— Zodrim se interrumpió de pronto, sonrojándose, y evitando mirar a su madre. Sin embargo, a la astuta mujer no se le había escapado su tono soñador al decir aquellas palabras. Como había ocurrido siempre, le bastó sostenerle la mirada para que su hija hablara. —Me he encontrado con Enekhhal en el jardín... Parece mucho más animado...— Ante la insistente mirada inquisitiva de su madre, añadió. —Ya le conoces, madre. Ha coqueteado conmigo un poco... No tiene importancia. Y desde luego, no es el motivo por el que te he hecho llamar.—

—Puede que sea una vieja viuda, que vive retirada de la corte. Pero no estoy ciega ni sorda, y además, te conozco mejor que nadie. No hace falta que me cuentes que eres desdichada. Lo veo con mis propios ojos.— Zysé dijo. Zodrim no pudo evitar sentarse en el suelo a los pies de su madre y apoyar la cabeza en su regazo, como cuando era una niña.

—Creía que sería capaz de soportarlo con más entereza, madre. Pero me siento tan perdida, tan inútil, sin saber qué hacer para que las cosas mejoren.— Se lamentó. Zysé le acarició el pelo con ternura.

—Mi pequeña Zodrim, mi ratoncito. Siempre a la sombra de tus hermanos. Netyk, siempre en primer plano por ser el heredero, aunque el tiempo ha demostrado que nunca llegó a madurar lo suficiente como para saber elegir en quien confiar, y Diedre, tan segura, acaparando la atención de todos con su gracia y su ingenio ¿Y de qué le sirvieron? Tampoco supo medir sus fuerzas. Y ahora, los dos están muertos. Tú eres la única que queda de mis hijos. Tu padre se preocupaba mucho de que no tuvieras un buen porvenir, siendo la hija menor, y sin el brillo de tu hermana. Pero, aquí estás, gobernando el país en nombre de tu sobrino. Ya sé que tu esposo no te hace feliz. Pero, por suerte, en Narvaly, puedes gobernar, y, si los rumores que he oído son ciertos, es posible que llegues incluso a ser reina de Kynán.—

—Si queda algo sobre lo que reinar cuando Menetir derrote a Andamar. Es horrible, madre, sólo piensa en la venganza. Y si trato de razonar con él, es todavía peor. Quisiera ser capaz de hacer que cambiaran las cosas, pero no sé cómo.—

—No malgastes tus energías en algo que es imposible. No eres la primera mujer, ni serás la última que es desgraciada en su matrimonio. Pero, aunque no tengamos poder sobre nuestro destino como los

hombres, las mujeres tenemos nuestros recursos para encontrar esa felicidad que se nos niega en el matrimonio, fuera de él.—

—¡Madre!— Zodrim exclamó escandalizada. Zysé no se inmutó.

—Siempre has sido demasiado ingenua, pero ya es hora de que espables. Y si no te he entendido mal, Enekhal se interesa por ti. Por lo que se cuenta de él, yo en tu lugar, no dejaría escapar semejante oportunidad.—

—No me puedo creer que mi propia madre me esté aconsejando que tome un amante. Enekhal es también mi cuñado, madre ¿Cómo se te ocurre? ¿Acaso tú...?—

—Yo no tuve necesidad.— Zysé dijo, sacudiendo la mano, como quien espanta una mosca. —Tu padre fue un esposo bastante aceptable. No seas tan remilgada, hija mía. Menetir siempre ha sido un bruto. No quiero pensar cómo será en el lecho.— Zodrim bajó la cabeza sonrojándose de nuevo, aunque ahora no era por las insinuaciones de su madre sobre Enekhal, sino porque se sentía horriblemente avergonzada de no ser capaz de despertar el amor de su esposo.

—Madre, asumes que Enekhal siente esa clase de interés por mí, lo que dudo mucho. Pero, aunque así fuera, vuelvo a estar encinta...—

—Mucho mejor. Así no tendrás de qué preocuparte. Y en cuanto al interés de Enekhal. Es frívolo y caprichoso. Quizá quiere probar algo distinto a lo que acostumbra, o tal vez, simplemente te desea porque eres la esposa de Menetir. Verás, yo los conozco desde que nacieron. No puede haber dos hermanos más diferentes. Menetir siempre fue cruel y abusivo con Enekhal. Pero éste es más inteligente, y aprendió pronto a tomarse venganza de su hermano, usando su ingenio. Conoce a Menetir a la perfección, y sabe provocarle como nadie. Cuando Menetir cumplió 12 años, mi padre el rey Belcentes le regaló un caballo. Era un ejemplar magnífico, y naturalmente, Menetir se enamoró inmediatamente de aquel animal. Enekhal, que tenía 10 por entonces, solicitó poder montar también aquel caballo. Como supondrás, Menetir se negó en redondo. La generosidad no forma parte de su carácter. Pero, de todas formas, un día, Enekhal fue a los establos y se llevó el caballo de su hermano. Cabalgó alegremente durante todo el día, procurando que Menetir le viera.—

—Por todos los dioses. Menetir debió de ponerse furioso.—

—No imaginas cuánto. No acabó Enekhal de regresar a palacio, le agarró, y le propinó tal paliza, que tuvo que guardar cama durante días. Luego, fue a los establos, y degolló a aquel caballo que tanto quería, con su propio cuchillo.— Zodrim pensó en todo lo que le había contado su

madre durante días. Aquella noche, Menetir no acudió a su lecho, pero, aun así, no pudo dormir a causa de las pesadillas.

Por aquellos días, Menetir estaba demasiado concentrado en elaborar sus planes de venganza como para prestar demasiada atención a su esposa. Mantenía continuas reuniones con su cuñado Temuzén, que había demostrado ser su aliado más fiel. Enekhhal que los observaba, se preguntaba si Temuzén continuaría siendo tan leal a la causa de Menetir si supiera que había sido precisamente él quien organizó la muerte de su pequeña Uxyla.

Enekhhal sabía que el deseo de vengarse de Andamar, a quien creía responsable, era lo que impulsaba realmente a Temuzén. A menudo, sentía el impulso de revelarle lo que sabía. Pero, aunque su padre ya no estuviera, precisamente a causa de conocer tales noticias, estaba Nusi, que era la madre de la pequeña asesinada y su propia hermana además. De modo que, lo dejaba pasar, aunque luego se sintiera avergonzado de su cobardía, sabiendo que si hablaba podría evitar quizá que continuara la guerra. Por eso, en lo más íntimo de su ser, deseaba con todas sus fuerzas que Menetir saliera derrotado, y no sólo porque ningún pueblo merecía ser gobernado por semejante rey.

Sin embargo, a pesar de los deseos de Enekhhal, los partidarios de Menetir eran muchos, poderosos y estaban cada vez más unidos. Antes de que llegaran las primeras nevadas, Nusi llegó a Narvaly desde Shimma. Y no vino sola. Desde que Andamar desposeyó a los partidarios de Domusal de todas sus propiedades y bienes en Kynán, las familias más importantes de entre ellos se habían ido trasladando fuera del reino. Muchos se habían instalado en Midum, después de que Netyk lo conquistara. Entre esas familias del más alto linaje, estaban naturalmente los Cenwolf, que muerto Semudar en la batalla de Shimma, se reunían ahora alrededor de su viuda Khamer y sus hijos.

Para Khamer no había sido una decisión fácil. En otros tiempos, habría estado encantada de vivir en Narvaly junto a su hermana Zysé, también viuda. Pero no le sentó nada bien que justo antes de morir tan repentinamente, Netyk hubiera anunciado su intención de repudiar a su hija Nefty para tomar otra esposa. Sin embargo, sus otros hijos, empezando por Temuzén, habían logrado convencerla de que en Narvaly estaría más segura. Menetir no se fiaba de que Andamar no volviera a intentar recuperar Midum.

Así que, en el palacio real de Hitowa se produjo una reunión familiar como hacía muchos años. Sin embargo, ya nada era como en otros tiempos.

Zodrim no encontró ningún consuelo en la compañía de su prima Nusi, cuyo carácter, en otros tiempos alegre y amistoso como el de Enekhal, se había arruinado completamente con la muerte de Uxyla de la que ese pasado verano se habían cumplido ya 6 años.

Nunca había congeniado mucho con su cuñada Nefty, y las cosas habían ido a peor, pues ésta estaba resentida con ella porque fuera Zodrim la corregente del niño-rey ¿Qué culpa tenía ella de que Nefty no hubiera tenido hijos, y de ser el pariente adulto más cercano del difunto rey? Por todo ello, se sentía profundamente sola, a pesar de que hubiera más gente que nunca viviendo en palacio, y no le costó dejarse seducir por el irresistible encanto de Enekhal.

2:

Las flores que pisotean los caballos

Aquél fue un invierno extraño para Zodrim, lleno de sentimientos contradictorios. Por un lado, estaba la inesperada felicidad que le proporcionaba Enekhhal. Era un sentimiento completamente nuevo para ella, como todas las sorprendentes sensaciones que él le hizo descubrir. Se asombraba de haber podido ser la esposa de Menetir durante más de 5 años y haberle dado 3 hijos, que pronto serían 4, y permanecer tan ajena a los placeres del lecho como en su noche de bodas. Ahora, por fin entendía el motivo de los cuchicheos y risitas de sus damas cuando hablaban del príncipe Enekhhal.

Su relación era un delicioso juego que ambos mantenían en secreto. En público, el príncipe se mostraba tan amable y galante como de costumbre, pero sin que nadie pudiera sospechar que sentía hacia su prima nada más que un tierno afecto de familia. Enekhhal era muy astuto, y además, no perdía de vista los movimientos de su hermano, por lo que siempre sabía encontrar el momento adecuado para visitar el dormitorio de Zodrim. Llegaba después de que se retirasen las doncellas, y se marchaba antes de que regresaran para atender a su señora. Cuando Menetir se encontraba en palacio, se mantenía convenientemente alejado.

Sin embargo, Menetir no se lo puso muy difícil. Seguía obsesionado con su venganza y a menudo, se quedaba a dormir en los cuarteles de invierno de su ejército, donde mantenía interminables reuniones con sus generales para diseñar la estrategia a seguir. Sus visitas a la alcoba de su esposa eran escasas, y cesaron del todo, en cuanto el embarazo de Zodrim comenzó a ser evidente. La ilusionada anticipación que le producía no saber cuándo Enekhhal la visitaría, y las intensas emociones que le proporcionaban esas visitas la mantenían en un permanente estado de euforia, que le hizo mucho más llevadera la brusquedad de su esposo.

Le costaba creer que lo que estaba viviendo fuera real, y cada día temía despertar de aquel dulce sueño. Enekhhal no sólo era un amante maravilloso, sino que parecía sentir verdadero interés en ella. Así mantenían agradables conversaciones en las que él le hablaba de sus progresos dirigiendo los Ingenios Reales, y la escuchaba con interés cuando ella le comentaba la difícil tarea que tenía que realizar como corregente. Jarek confiaba en su buen juicio, y dejaba que ella dirigiera la difícil reconstrucción del reino, después de las fechorías de Menetir y sus

huestes. Una de aquellas veces, no pudo aguantar su curiosidad, y le preguntó:

—¿Qué hace que te intereses por mí? Soy vieja para lo que es tu costumbre, he cumplido 21. Y desde luego, tampoco soy bella, como las encantadoras y complacientes jovencitas por las que sueles interesarte.—

—Es verdad. Me gustan las bellas jovencitas. Y tengo la intención de continuar divirtiéndome con ellas, mientras me sigan encontrando deseable.— Enekhhal dijo con un brillo travieso en sus ojos azules ¿Cómo siendo del mismo tono pálido, casi gris que los de Menetir eran sin embargo tan diferentes? Donde el tono era frío como el acero en el mayor de los hermanos, era suave y cálido en el menor. Tan atrapada estaba en aquellos ojos que no se dio cuenta al principio de que Enekhhal seguía hablando. —Pero eso es lo que son, una diversión, un agradable pasatiempo. Si me encontrase a cualquiera de ellas fuera del lecho, me costaría reconocerla—

—Eso no es muy amable ni considerado por tu parte.—

—Oh, no. No me malinterpretes. Ellas significan tan poco para mí como yo para ellas. Te aseguro que se muestran encantadas de participar en el juego. No esperan nada de mí, pues saben que no les ofrezco nada.—

—¿Y yo? ¿Cómo encajo yo en ese juego?—

—Contigo es diferente. Tú eres interesante.—

—Ya veo. Aunque sigo sin entender qué encuentras en mí tan interesante, a no ser que sea porque soy la esposa de tu hermano, al que odias.— Enekhhal soltó una alegre y sonora risotada, que tomó a Zodrim por sorpresa.

—¿Lo ves? Ninguna de esas jovencitas complacientes se pararía a pensar con tanta intensidad y con tanto acierto como tú.—

—De modo que ¿es verdad? Sólo me deseas porque pertenezco a Menetir, como aquel caballo.— Como seguía mirándole con atención, no le pasó desapercibida la sombra que atravesó fugazmente su hermoso rostro, antes de que recuperase la compostura.

—Así que, conoces esa historia.—

—Mi madre me la contó. Y la verdad, aunque no estoy segura de que Menetir me tenga en tanta estima como a su caballo favorito, lo que

sí sé es que no le gustaría nada saber que juegas con algo que le pertenece. Esto es peligroso, Enekhhal.—

—Supongo que tu madre te contó lo que hizo Menetir cuando monté su caballo. Pero seguro que no te ha contado que lloré durante días al enterarme de lo que le hizo a aquel hermoso animal. Zodrim, créeme cuando te digo que tú para mí no eres ningún juguete. Es cierto que me gusta provocar y enfurecer a Menetir, pero desde entonces, sólo lo hago si el único perjudicado soy yo. Jamás te pondría en peligro. Si no quieres continuar, dímelo ahora, y todo habrá acabado. Mas no temas que Menetir sepa nada por mí.— Y Zodrim, ante la horrible perspectiva de renunciar para siempre a la única felicidad que tenía, se arrojó a los brazos de Enekhhal, suplicándole que no la abandonara.

Enekhhal meditó mucho sobre aquella conversación. Y aunque continuó visitando el lecho de su cuñada, a menudo pensaba si no se estaría arriesgando demasiado y sobre todo, poniendo en peligro a Zodrim. Pero luego, observaba el modo rudo e indiferente como Menetir trataba a su esposa, como si ella fuera insignificante, tanto que jamás se le pasaría por la cabeza que pudiera actuar a sus espaldas. Y entonces, le invadía la rabia y recordaba por qué su hermano era la persona que más aborrecía en el mundo.

En cuanto a su trato hacia él, no había mejorado en absoluto. Enekhhal procuraba cruzarse lo menos posible con su hermano. Pero, a veces, era inevitable. Sintió gran alivio cuando vio que el tiempo mejoraba y su hermano comenzaba los preparativos para su nueva campaña. Sin embargo, no le sería tan fácil pasar desapercibido en aquella ocasión. Acababa de salir del gabinete de Jarek, en el que le había estado informando de la marcha de los Ingenios Reales, cuando vio a su hermano que caminaba por los corredores de palacio junto a Temuzén. Parecían enfrascados en la discusión sobre un documento que Temuzén sostenía en la mano. Así que, Enekhhal pensó que ni siquiera le verían. Pero se equivocó.

—¡Eh, tú, Enekhhal!— Menetir le llamó. Intentó hacer como que no le había oído y continuó andando. —Sé que me has oído. Acércate. Tengo que hablar contigo.— Menetir dijo en tono autoritario. Enekhhal suspiró resignado.

—¿Qué podrías tener que decirme, hermano?— Enekhhal dijo con tono sarcástico y se acercó a los otros dos hombres.

—Es hora de que dejes de holgazanear y recuerdes tus obligaciones. Ve a preparar tus armas. Te unirás al ejército. Y date prisa. Partimos mañana al amanecer.— Enekhhal no se movió. Con su mejor sonrisa, dijo burlón.

—Me temo, querido hermano, que olvidas que yo ya tengo obligaciones aquí en palacio.—

—¿Obligaciones? No me hagas reír. No eres más que un parásito. Pero se te ha terminado. Haz lo que te he dicho.—

—De ninguna manera. Tú no me das órdenes.— Enekhhal continuó en un tono estudiadamente calmado.

—Por supuesto que sí. Yo soy ahora el jefe de la familia, y tu superior en el ejército. Me debes obediencia.— Menetir comenzaba ya a enfurecerse. Enekhhal se le acercó mucho. Ambos hombres tenían la misma estatura, aunque Menetir era más corpulento.

—Me parece que no has estado prestando atención, hermano. Pero, con gusto, te pondré al día. Tú no eres el jefe de nada. No eres nadie. Estás desterrado sin nombre, para el resto de tu vida. Si tu hatajo de bandidos quiere obedecerte, que lo haga. Pero no tienes ninguna autoridad.—

—¿Cómo te atreves a hablarme así maldito holgazán inútil? Te haré pagar por todas tus insolencias.— Menetir gritó, ya completamente encolerizado. Agarró a su hermano del cuello y comenzó a estrangularle. Al principio, Enekhhal parecía incapaz de reaccionar, dominado por la sorpresa.

—¡Por todo lo que es sagrado! Menetir, suéltalo. Es tu hermano.— Temuzén se lanzó hacia los dos hombres. Enekhhal había conseguido reaccionar, y comenzaba a intentar apartar las fuertes manos de Menetir de su cuello. Pero éste de pronto soltó su presa. Aturdido y jadeante, Enekhhal miró a Temuzén.

—Gracias.— Y luego, mirando a su hermano muy serio: —Me has tomado por sorpresa. Pero, te lo advierto, Menetir. Déjame en paz. Olvídate de mí, o la próxima vez que nos enzarcemos en una pelea, quizá no haya nadie para detenerla, y te aseguro hermano, que no seré yo quien acabe muerto.— Y comenzó a alejarse por el corredor frotándose el dolorido cuello.

—Acabas de amenazar de muerte a tu rey. Te arrepentirás. Todos os arrepentiréis de haberme ofendido.— Menetir gritó a la figura que se alejaba.

Igual que hicieran el año anterior, los ejércitos de Menetir regresaron a Kynán en cuanto la primavera comenzó a insinuarse. No es que la región ocupada desde el anterior verano hubiera disfrutado de paz y tranquilidad durante su ausencia. Todo lo contrario, las guarniciones que Menetir dejó en lugares estratégicos se entregaron a todo tipo de excesos, una vez su jefe estuvo lejos. Si durante el verano habían aterrorizado a la población de los lugares que conquistaban, durante el invierno, no descansaron. Los desdichados habitantes que no habían sido capaces de huir tuvieron que soportar la tiranía de aquellos oficiales que pagaban con ellos su disgusto por tener que permanecer sobre el terreno.

Dilmala y su grupo de Hijas de Prakhana habían sido testigos de la invasión, las batallas y los desmanes de las guarniciones. Al principio, ella pensó que podrían mantenerse a salvo escondidas en los bosques de aquella región tan remota. Pero Menetir ordenó a sus hombres vigilar todas las zonas fronterizas por dónde Andamar pudiera hipotéticamente recibir ayuda. Las Montañas Blancas eran un lugar muy poco probable, pues no había allí caminos, villas ni castillos en los que refugiarse. Y cualquier ejército aliado que Andamar pudiera hacer venir en su ayuda tendría que atravesar las inhóspitas regiones al otro lado de las montañas donde hallaría aún menos refugio.

Pero en aquella región tan poco habitada había frondosos bosques con abundante madera y caza, y a Menetir le pareció muy conveniente mantenerla bajo su dominio. De modo, que las Hijas habían tenido que aguzar el ingenio para no ser descubiertas por aquellos hombres que recorrían el bosque en busca de caza. Afortunadamente para ellas, no eran precisamente discretos, por lo que normalmente, tenían tiempo de ocultarse. Las cuevas, aquéllas que tanto interesaban a Yaluc, les resultaron muy útiles. Pero, de todas formas, en más de una ocasión, los soldados pudieron ver, siquiera fugazmente, la figura de alguna de las Hijas. Como las visiones eran tan fugaces, y cuando intentaban perseguirlas, no hallaban nada, comenzaron a correr entre ellos rumores de que el bosque estaba habitado por criaturas sobrenaturales.

Dilmala y Tureya mantenían largas charlas comentando lo que ocurría a su alrededor. Para ambas, era muy evidente que el ejército invasor no iba a dejar nada más que destrucción a su paso. Un día, una de las Hijas más jóvenes, que mantenía la vigilancia encaramada en un árbol, vino al campamento muy agitada para informar de que se acercaban jinetes. Silenciosas y bien escondidas entre la vegetación, todas las Hijas de aquel campamento se dispusieron a observar la llegada de los nuevos invasores. Se dirigían hacia el norte. Eran muchos más de

los que vieron el año anterior, tantos, que la tierra temblaba bajo los cascos de sus caballos. Cuando hubieron pasado, y el polvo que levantaban se asentó, todas vieron el siniestro rastro que dejaban. El hermoso prado verde cubierto de primaverales flores se había convertido en un sucio lodazal desprovisto de toda vida. Dilmala oyó sollozos. Era la misma niña que les había avisado.

—Sosiégate, ya han pasado.— Le dijo Tureya para consolarla.

—Pero han pisoteado todas las flores.— Gimoteó. Dilmala contempló el prado ahora muerto, luego, mirando a las demás, dijo:

—Ellos no conocen a la Madre, por eso, no aprecian a sus criaturas. Las personas a quienes quitan la vida no son para ellos más importantes que esas flores. Hermanas mías, creo que es el momento de que busquemos un lugar más seguro.—

—Ésta es la zona más remota de Kynán.— Señaló Tureya.

—Precisamente. Si nos encontraran ¿A quién podríamos pedir ayuda? Esta región nos ha servido hasta ahora. Pero, desde que han llegado los soldados, ya no estamos seguras aquí.— Hubo unos minutos de intercambio de opiniones, hasta que Tureya volvió a hablar.

—Sí, creo que tienes razón. Tú estás al frente de este grupo. Si opinas que nos conviene partir, así lo haremos.—

—Bien, entonces, levantaremos el campamento y partiremos. Lo más prudente será dirigirnos hacia el oeste. Los soldados iban hacia el norte. Seguramente al encuentro del rey Andamar. Habremos de ser rápidas y sigilosas. Propongo que viajemos de noche, para mayor seguridad.—

A Dilmala le habría gustado que las componentes de su grupo de Hijas no fueran tan inexpertas. Zesera solía lamentarse de cómo la cultura de la Gente Loggi casi había desaparecido. Cuánta razón tenía, y eso que el grupo de hijas encabezado por Sildara contaba con algunas en cuyas familias aún se conocían y conservaban las antiguas tradiciones. Estas muchachas que ella guiaba lo mejor que podía prácticamente ignoraban todo lo que significaba ser loggi. La mayoría se habían unido a las Hijas para escapar de la miseria que amenazaba a sus familias desde que empezó la guerra por el trono. Al menos, con las Hijas no se morirían de hambre ni acabarían mendigando por las calles de Taros. También había

algunas que sentían ilusión por recuperar las costumbres olvidadas, como Tureya. Pero éstas eran las menos.

Por todas estas razones, su grupo corría mucho más peligro de ser descubierto, incluso viajando de noche. Aquellas jóvenes y niñas aún no habían aprendido a moverse como sombras por el bosque, como hicieran sus antepasados, y Dilmala sabía hacer tan bien. Su marcha era lenta y torpe, y todo el tiempo, ella temía que las descubrieran. Aún estaban demasiado cerca del ejército de Menetir. Todo habría sido más fácil si los soldados hubieran continuado su veloz marcha hacia el norte. Pero se habían detenido quién sabe por qué, y estaban acampados. Como eran tan numerosos, resultaba sumamente difícil evitar completamente su campamento. Pasar tan cerca de ellos era muy arriesgado. Pero si ellas mismas acampaban esperando que los soldados se movieran, correrían un peligro aún mayor de ser descubiertas, pues no tenían modo de saber cuánto tiempo se quedarían ellos allí

La noche en que debían pasar cerca del campamento, Dilmala se había despertado especialmente inquieta. Aunque no había tenido una visión concreta, sí tenía un mal presentimiento. Le consoló algo que no hubiera luna. La oscuridad habría sido una gran ventaja si las chicas hubieran sido capaces de moverse con rapidez por el bosque. Le hubiera gustado poder hacer una ceremonia de armonía con la Madre para que Ella protegiera sus movimientos. Pero una ceremonia completa implicaba la entonación de cánticos propiciatorios, y no podían arriesgarse a ser oídas. Por eso, se conformó con arrojar flores blancas y azules a un pequeño arroyo, mientras entonaba el cántico en susurros y confiaba en que todo saliera bien. Sin embargo, no fue así.

—¡Eh compañeros! Mirad lo que he encontrado en el bosque.— Un soldado gritó, entrando en el campamento, arrastrando por los cabellos a una chiquilla de no más de 10 años, que se revolvía intentando escapar. Varios soldados se levantaron malhumorados por la interrupción de su sueño. Pero el alboroto aumentó hasta que fueron los oficiales los que salieron de sus tiendas, incluido el propio Menetir, quien no parecía más complacido que los primeros.

—¿Qué haces, soldado? ¿Por qué abandonas tu puesto de guardia?— Inquirió Temuzén al recién llegado.

—No he abandonado mi puesto, mi señor. He encontrado a ésta rondando. Podría ser una espía de Andamar.— Bromeó, aunque nadie le rio la gracia.

—Es una de esas criaturas, un espíritu del bosque. Ya os dije que las había visto.— Exclamó otro de los hombres.

—Nada de espíritu. Te aseguro que es de carne y hueso... y buenos dientes. Me ha mordido la mano, y araña como un gato salvaje.—

—¿Dónde la has encontrado?— Quiso saber Menetir. Todos los murmullos y risas cesaron. Menetir no apartaba los ojos de la pequeña flaca y desgreñada que no cesaba en sus intentos por librarse del agarre del soldado. Vio un destello metálico, y se lanzó como un rayo. Agarró la delgada muñeca que sostenía un cuchillo, justo cuando la muchacha lo dirigía a sus cabellos.

—Quieta, si no quieres que en lugar de cortarte el pelo este cuchillo te corte el cuello.— Dijo amenazador, manteniendo ambas muñecas de la chica bien sujetas. El soldado que la había traído se quedó mirando atónito, como todos los demás. Pero como Menetir le miraba esperando su respuesta, tragó saliva y dijo.

—Oí un ruido cerca del arroyo. Debió de tropezar al intentar cruzarlo.—

—¿No había más?—

—Yo no vi a nadie más, mi señor.—

—Imposible. Ésta es una de esas sucias brujas loggi de los bosques, Hijas de Prakhana, creo que se hacen llamar. Ya había visto alguna antes, aunque no tan joven. Ellas nunca andan solas. Seguro que nos han estado siguiendo para lanzarnos algún conjuro de los suyos ¿Dónde están las demás brujas eh?— Preguntó a la chica, zarandeándola. Ella no dijo nada. Sólo le miraba fijamente con sus oscuros ojos. —Te aseguro que tenemos métodos para hacerte hablar.— Luego, sin soltarla, se dirigió a sus hombres. —De todas formas, no pueden andar muy lejos. No dejarían solo uno de sus cachorros. Salid a buscarlas, y traedlas aquí.—

Los guerreros valate eran muy supersticiosos, y Menetir no lo era menos. Si acaso, desde sus encuentros con el misterioso anciano wasmun, lo era incluso más. Si Andamar les había enviado a aquellas brujas para que les lanzaran algún hechizo, o si ellas actuaban por su propia iniciativa, le daba igual. Debía neutralizar su poder.

Las componentes del grupo de las Hijas apenas tuvieron tiempo de darse cuenta de que faltaba una de ellas, pues el bosque, de pronto, se llenó de siniestras sombras portando antorchas. Intentaron ocultarse

subiendo a los árboles. Pero, como Dilmala ya se había temido, la mayoría no era lo suficientemente ágil ni veloz. Los soldados no tardaron en detectar movimientos, y enseguida se dedicaron a atrapar a las desdichadas. Dilmala podría haber huido, pero ese grupo de Hijas era su responsabilidad, de modo, que se dejó atrapar también. Estaban demasiado lejos de cualquier aldea donde pedir ayuda, apenas portaban sus cuchillos y flechas para cazar, insuficientes para resistirse y, de todas formas ¿quién osaría enfrentarse con el poderoso Menetir? Mejor era permanecer junto a sus hermanas. Tal vez, podría ayudarlas.

Fueron conducidas sin la menor ceremonia hasta el campamento. Dilmala buscó con la mirada a la pequeña perdida, pero no la halló. El mal presentimiento que tenía desde que se había despertado aquella tarde se agudizó.

—Aquí traemos a las brujas, mi señor.— Dijo el soldado que arrastraba a Dilmala. Ella se encontró entonces cara a cara con Menetir. —Hemos seguido buscando, pero creo que ya no hay más.—

—Muy bien, brujas ¿Quién os ha mandado para que nos lancéis vuestros hechizos malignos?— Menetir preguntó.

—Nosotras no hacemos hechizos.— Respondió Dilmala. Menetir la miró más atentamente. Naturalmente, aquella sucia loggi mentía, porque si no ¿cómo se podía explicar que no pudiera apartar la mirada de ella.? Como las demás, apenas se cubría. Llevaba una sencilla túnica corta como la de un muchacho, pero sin calzas ni camisa, con lo que sus brazos y piernas se mostraban desnudos. También iba descalza, y ese detalle encendió aún más el deseo de Menetir.

—Mientes. Todos los loggi sois mentirosos.— Y clavaba sus ojos en ella, haciéndola estremecer.

Dilmala reconoció inmediatamente esa mirada, la había visto muchas veces antes. Estaba en los ojos de todos aquellos soldados. Supo que su destino estaba sellado. Intercambió fugaces miradas con las componentes adultas del grupo. Todas comprendían perfectamente. Pero Dilmala sintió una indignación que le quemaba el pecho al contemplar a las más jóvenes, las que no conocían aún el significado de aquella mirada, e hizo un último esfuerzo por librarles del nefasto destino que las aguardaba.

—Tienes razón, gran señor...— Comenzó en tono adulator.
—Pretendíamos haceros un conjuro para entorpecer vuestra marcha. Pero, te aseguro que las pequeñas no están aún iniciadas en los conocimientos de hechicería. Sólo son niñas ignorantes. Un poderoso señor como tú, podría dejarlas seguir su camino.— Menetir sonrió con malevolencia. Mesándose su rubia barba, dijo:

—Tal vez podría considerarlo... Si las mayores fuerais amables con nosotros...— Dilmala sentía que una mano de hielo le atenazaba el corazón. De nuevo, se vio como una niña pequeña indefensa ante su perverso padre. Pero se sobrepuso. Si pudiera evitar que aquellas niñas experimentasen ese horror, daría su sufrimiento por bueno. Miró a las demás. Todas tenían la misma expresión de miedo, pero una a una, asintieron. Tureya, que estaba a su lado, dijo con voz firme:

—Seremos todo lo amables que queráis, si dejáis ir a las pequeñas.—

—Por todos los demonios del abismo que esta noche nos vamos a divertir.— Menetir exclamó, y agarró a Dilmala por un brazo, sorprendiéndose de la cálida suavidad de su piel. —Tú debes de ser la jefa, así que serás sólo para mí.— Y soltó una risotada, mientras la arrastraba hacia su tienda. Los demás interpretaron sus palabras como que tenían libertad para disponer de las demás. Dilmala no tuvo mucho tiempo para pensar. Al igual que cuando era niña, su espíritu escapó de su cuerpo para sobrellevar el espanto y el dolor.

Abrió los ojos. A través de la abertura de la tienda, le llegaba un resplandor ¿Habría llegado ya el día? También oyó gritos fuera. En cuanto estuvo completamente despierta, le invadió el dolor por todo su cuerpo. Pero sentía la imperiosa necesidad de levantarse, salir y correr hacia el arroyo. Tenía que lavarse, aunque no sabía si alguna vez podría librarse del hedor de aquella noche horrible. Intentó moverse y no pudo. Sentía que un peso la inmovilizaba. En el tenue resplandor, distinguió el cuerpo de Menetir. Estaba tumbado a medias sobre ella y mantenía su fuerte brazo aplastándola contra el suelo. Prestó atención y escuchó sus sonoros ronquidos.

Le costó un gran esfuerzo librarse de aquel corpachón y aquel brazo que parecía un tronco sobre ella. Se arrastró para alejarse de él. Al levantar la cabeza, le sobrevino un terrible mareo. Recordó que habían estado bebiendo vino. Él consumió una cantidad ingente, y la obligó a beber también. Dilmala detestaba el vino. Aún sentía su ácido sabor en la boca. Le sobrevino una oleada de náuseas, y no pudo evitar vomitar apenas a un paso de Menetir. Le miró aprensiva, pero continuaba profundamente dormido. Ella había esperado que su tortura no fuera

demasiado larga, que él se cansara pronto, sobre todo, porque estaba borracho. Pero, no tuvo suerte tampoco en eso.

A duras penas, logró ponerse en pie. Menetir no había tenido paciencia la noche anterior, y había rasgado su túnica de arriba abajo. Aún conservaba sobre su cuerpo los girones que apenas la cubrían. No le importaba. Sólo quería salir de allí. Su pie tropezó con algo, y vio que era su bolsa, la que siempre llevaba prendida al ceñidor. La cogió sin pensar. Se guió por el resplandor rojizo para encontrar la salida de la tienda. Sus piernas apenas la sostenían. Pensó que el aire fuera de la tienda la reanimaría. Pero lo que vio al salir le produjo un dolor más intenso y profundo que todos los abusos de su padre y Menetir juntos.

Lo que había tomado por la aurora era el resplandor de una gran hoguera. Todavía era de noche. Ahora podía oír mejor los gritos, y distinguirlos. Estaban los gruñidos casi animales de los soldados y los alaridos de dolor de Tureya, quien se hallaba atada a un poste mientras la envolvían las llamas. De nuevo, sus pies tropezaron con un bulto en el suelo, era una niña, la más joven de todo el grupo, apenas 7 años. Estaba muerta. A la siniestra luz de la hoguera, Dilmala distinguió el inconfundible rojo de la sangre manchando su falda. Con desesperación, recorrió con la mirada todo lo que el fuego iluminaba, y por todas partes, distinguió los bultos. El fuego de la hoguera se intensificó de pronto en una llamarada que se alzó casi hasta las copas de los árboles. Tureya ya no gritaba.

Dilmala entendió. Lo comprendió todo. Los hombres de Menetir nunca tuvieron la intención de liberar a las niñas, ni a ninguna de ellas. Todas estaban muertas, y ella no tardaría en estarlo también. Enloquecida por el dolor, se volvió, mientras sacaba su cuchillo de la bolsa. Menetir salía en ese momento de la tienda tambaleándose, con el gesto de estúpida satisfacción de los borrachos en su rostro. Dilmala no lo pensó. Se lanzó como una leona hacia su presa.

—¡Maldito seas mil veces, Menetir! Así te ahogues en sangre por lo que has hecho.— Gritó blandiendo su cuchillo hacia el cuello del hombre. Pero, incluso borracho y medio dormido, Menetir era un guerrero experimentado. Se apartó de la trayectoria del arma, aunque no pudo evitar que la afilada hoja le produjera un profundo corte en el lado izquierdo de la cabeza, tan profundo, que su oreja quedó seccionada limpiamente. A la vez que se llevaba una mano a su dolorida oreja, agarró a Dilmala por el brazo con tal fuerza que se oyó claramente el sonido de los huesos al romperse y la estrelló contra el suelo, cayendo sobre ella.

La mano izquierda se le cubrió inmediatamente de sangre y se le empezaba a nublar la vista, pero no aflojó su presión hasta que el cuerpo debajo de él dejó de moverse. Había aplastado a Dilmala sobre el lugar que había ocupado la fogata de su tienda. El fuego ya se había apagado, pero las piedras estaban calientes aún. Dilmala, que había conseguido soportar el dolor de los huesos rotos de su brazo, acabó por perder el conocimiento, cuando el lado izquierdo de su cara se quemó con las piedras.

Enseguida, un grupo de soldados y oficiales corrieron a socorrer a Menetir. Temuzén hizo llamar a los cirujanos de la tropa para atender al príncipe que, algo aturdido, sostenía su oreja izquierda contra su cabeza, aunque era evidente que ésta ya no formaba parte de ella. Furioso, empujó a los que le rodeaban.

—Pero, mi señor. Hemos de curarte esa herida.— Protestaban los cirujanos.

—Más tarde. Ya no me podéis volver a poner la oreja en su lugar. Hemos de marchar inmediatamente de aquí ¿Acaso no habéis oído la maldición que nos ha echado esa bruja? Levantad inmediatamente el campamento. Nos vamos de aquí.—

—¿Qué hacemos con los cadáveres de las brujas?— Preguntó un soldado. Menetir miró los bultos esparcidos por el claro del bosque, luego miró el cuerpo que había en su tienda.

—Dejadlas. Que las alimañas den cuenta de ellas, o que se pudran.—

3:

La batalla de los príncipes

El ejército de Menetir aquel segundo verano era mucho más numeroso que el primero. Entraron en Kynán por el mismo lugar que el año anterior, y avanzaron a gran velocidad por la amplia franja de territorio ya conquistada. Su velocidad, no obstante, se vio frenada por las guarniciones que Andamar había dejado instaladas estratégicamente a lo largo del camino hacia Taros. Sin embargo, el rey no confiaba en que pudieran detenerlo definitivamente.

Esta vez, dudó sobre la estrategia a seguir. No quería que le ocurriera como el año anterior, teniendo que desgastar inútilmente sus fuerzas sin conseguir un enfrentamiento decisivo con Menetir. Decidió que, puesto que su sobrino parecía desear eso precisamente, no le seguiría el juego. Mandó nuevos hombres para reforzar las guarniciones del camino, y ordenó desplegar lo mejor de sus propios ejércitos alrededor de la capital.

Sin embargo, Menetir volvió a sorprenderle. Viendo que luchar una a una contra todas las guarniciones del camino a Taros le llevaría demasiado tiempo y esfuerzo, hizo a su ejército tomar un camino diferente hacia la capital de Kynán. Ahora se dirigió al noreste del reino.

La sorpresa de Andamar estaba justificada, pues esa zona era la más rica y poblada del reino. En ella, tenían sus tierras las familias nobles de más alto linaje, y también, más leales a la corona. Entre estas familias estaban los Gormaron que, tras la caída en desgracia de todos los nobles partidarios de Domusal, volvían a ser la familia más rica y poderosa tras los propios Damoy de la rama de Andamar.

El rey no comprendió ese movimiento por parte de su sobrino. En aquella parte del reino, había numerosas villas y castillos que estaban fuertemente defendidos por las milicias particulares de los señores de esas tierras. Pero, a pesar de su asombro, Andamar no perdía de vista que, si Menetir conseguía conquistas en esa región, le haría mucho más daño que hasta ahora. Si los ricos campos del noreste dejaban de suministrar a la capital y sus alrededores mucho menos productivos, habría escasez, incluso hambruna, y Andamar temía que eso se sumara al malestar que ya reinaba en el reino por la guerra, y se produjeran revueltas.

Durante las primeras semanas, las milicias de los señores contuvieron al ejército de Menetir, pero no pudieron evitar que sus hombres saquearan todo campo, aldea o villa que podían alcanzar, con lo que, como Andamar había temido, aumentó el malestar de dichas villas, algunas de las cuales, eran casi tan grandes y pobladas como la propia Taros. Por ello, decidió enviar a Damosén al frente de un bien pertrechado ejército. Por desgracia, a pesar del gran valor de su Consejero de Guerra, ese ejército resultó derrotado, y el propio Damosén, herido.

Nuevamente, la angustia se apoderó del ánimo de Andamar, y volvió a sentirse culpable de que los dioses hubieran dado la espalda a su reino. Mientras Menetir seguía arrasando las tierras más ricas y prósperas de Kynán, decidió buscar consejo espiritual. Como ya no podía acudir al Venerable, como había hecho cuando hizo traer a Yaluc, solicitó ser recibido por su hermana Nará en el templo de la diosa luna Arapagena. Cuando regresó, tenía ya trazado un plan de actuación. Informó de él a su propia familia durante una cena, a la que Naadur acudía sorprendido e indignado, sin comprender por qué su padre no acudía en persona, o al menos le enviaba a él a enfrentarse con Menetir.

—Quiero que seáis los primeros en conocer las decisiones que he tomado con respecto a los peligros que nos amenazan.— Anunció.

—¿Has decidido por fin enfrentarte a Menetir? Mis hombres y yo nos pondremos a tus órdenes con gusto.— Naadur dijo entusiasmado.

—Tal vez, más adelante. Ése no es el asunto más urgente.—

—¿Cómo puedes decir eso, padre? Menetir está arrasando las tierras del noreste, y francamente, no creo que los señores de aquellas tierras estén muy complacidos viendo que su rey no acude en su ayuda.—

—Tu comportamiento no está siendo el más apropiado, Andamar. Sé de primera mano que en ciertos sectores de mi propia familia se empieza a cuestionar tu idoneidad como rey.— Garpa habla con severidad a su hijo. Ninguna otra mujer se habría atrevido a hacer comentarios sobre asuntos militares, pero nadie osaba poner trabas a la reina viuda.

—Sé que hay malestar, madre. Y que mis súbditos y vasallos tienen motivos para quejarse. Los dioses no nos han sido propicios. Y hay sobradas razones para su enfado con nosotros. Madre, la principal razón para defender mi legitimidad contra la de Domusal fue que él era el mayor exponente del abandono de las sagradas costumbres de nuestros antepasados, aquellas que comprometieron con Nin el Poderoso, y por las que Él convirtió a los valate en guerreros invencibles. Pero mira lo que

hacemos nosotros. Ni siquiera hemos reparado aún su templo. Lleva 8 años con la cúpula derrumbada, y la propia estatua de Nin descabezada.—

—Padre. Yo soy tan devoto de Nin como tú, y respeto igualmente sus leyes sagradas. Pero, seguro que Él sabe que la prioridad es ganar esta guerra y destruir de una vez por todas cualquier amenaza al trono. Los gastos de la guerra son cuantiosos, y reclaman la mayor parte de nuestros recursos.—

—Hablas con gran sensatez, hijo mío. Pero no serán nuestros recursos los que se empleen para hacer esas reparaciones tan necesarias con las que mostraremos nuestro respeto al más poderoso de todos los dioses. El templo de Nin es muy rico.—

—¿Y crees que decidirán emplear sus riquezas justo ahora, cuando durante 8 años no han hecho nada?— Ahora fue Brala quien habló.

—No podrán desobedecer una orden directa del rey. Sé que lo intentarán, porque viven muy bien a costa de las ofrendas y donaciones al templo. Por desgracia, no todos los sacerdotes de Nin son tan ascéticos y puros de espíritu como Ris.—

—Por eso, son muy pocos los que se han hecho merecedores del título de Venerable. Vas a tener que ser muy duro.— Dijo la reina.

—Lo seré.— Cuando terminó la cena, las mujeres se retiraron a sus aposentos. Naadur y Yaluc se disponían también a salir del comedor, pero Andamar los detuvo. —Reparar el templo no es la única medida que pienso tomar para recuperar el favor de los dioses. Quiero que vean que cumplo con mi compromiso de recuperar la pureza de las leyes y costumbres valate. Y una de ellas te incumbe a ti, Yaluc.—

—Espero no haber hecho nada para perjudicarte, Andamar.— Yaluc dijo, algo desconcertado.

—Oh, no. En realidad, es lo que no has hecho. La primera obligación de todo guerrero valate es luchar con valor y vencer en la batalla y la segunda, producir nuevos guerreros que continúen engrandeciendo la gloria valate. Esta antigua y sagrada ley se ha ido abandonando en los últimos tiempos, contribuyendo a la decadencia de nuestro noble pueblo. Tengo la intención de promulgarla de nuevo, y obligar a su cumplimiento. Pero ¿qué ejemplo daría a los guerreros si mi propio hijo adoptivo y segundo heredero aún no se ha desposado?— Yaluc se puso incluso más pálido de lo habitual. En aquel momento, deseó que se abriera el suelo bajo sus pies y le engullera. Sin embargo, Naadur acudió en su ayuda.

—Padre, no seas tan exigente con Yaluc. Acuérdate de que estaba siendo educado para ser sacerdote. Los sacerdotes no tienen obligación de tomar esposa. Dale tiempo.—

—Pamplinas. Hace muchos años que salió del templo. Como tu padre adoptivo, me corresponde el deber de encontrar una candidata adecuada. Más vale que te hagas a la idea.—

Yaluc, naturalmente, se sentía muy angustiado por la orden del rey. Él ahora era un príncipe de la casa Damoy, y por tanto, debía obediencia a Andamar. Incluso aunque no hubiera sido un príncipe, estaría obligado a obedecerle, pues ahora era su padre. No tenía modo de escapar a no ser que renunciara a su nueva vida y abandonara la familia a la que, por más que le resultara extraño, pertenecía. Pero abandonar suponía convertirse en un proscrito, como los partidarios de Domusal. No podría volver con sus amigos loggi, pues acogerle les convertiría también en traidores. Tendría que vivir escondido y solo, más solo de lo que nunca se había sentido. Y lo peor de todo, tendría que alejarse para siempre de Naadur. Pensó mucho en todo aquello. Recordó su única experiencia con una mujer ¿Sería capaz de cumplir su obligación de guerrero valate? Tendría que serlo, no le quedaba más remedio.

Por suerte para Yaluc, los acontecimientos hicieron que Andamar dejara a un lado sus planes de buscarle una esposa. Algunos de los nobles más importantes solicitaron al rey ayuda para combatir a Menetir. Naadur volvió a advertir a su padre del peligro de que dichos nobles percibieran que el rey no les apoyaba. Andamar no se podía permitir perder la lealtad de más familias. Esto le debilitaría enormemente y sin duda, sería aprovechado por Menetir.

Así el rey, después de meditarlo mucho, decidió enviar a Naadur para que apoyase a las milicias de los nobles que a duras penas, conseguían contener el empuje de los hombres de Menetir. Éstos luchaban con más fervor por la ilusión de repartirse aquellas riquísimas tierras como botín, que era el premio que Menetir les había prometido.

La situación en aquella región era terrible. Yaluc sintió una gran tristeza cuando observó la destrucción causada por Menetir, mientras se dirigían al castillo de Filamés Gormaron, primo de la reina viuda que era quien encabezaba las fuerzas leales a Andamar. Durante sus viajes como sabio errante, apenas había visitado esta región, pues sus habitantes se encontraban intensamente mezclados con los valate y gentes venidas de otros reinos y casi completamente asimilados a las costumbres valate. Aun así, recordaba los fértiles campos, las aldeas de casas bien

construidas o las populosas villas cuyos mercados había visitado en alguna ocasión. Sonrió al recordar la emoción de Mores al ver por primera vez un mercado, cómo brillaban sus ojos muy abiertos ante tal cantidad y variedad de productos. Recordó haberle asegurado que los mercados en Taros eran incluso más grandes y variados, y le prometió que alguna vez irían a visitarlos. Ahora, a ambos lados del camino, veía campos arrasados y aldeas incendiadas.

Pero eso no fue nada comparado con lo que le esperaba. Si en la frontera sur le habían impactado las escaramuzas en las que participó, ahora tomó parte en verdaderas batallas. Al principio, cuando se encontró en medio de miles de hombres luchando a muerte contra otros tantos, pensó que le paralizaría el miedo. Sin embargo, curiosamente, enseguida se dio cuenta de que sus pensamientos no se concentraban en el peligro que corría. En realidad, no había tiempo para pensar. Y al igual que le ocurriera el año anterior, no temía por su vida, pues estaba demasiado ocupado protegiendo la de Naadur.

Durante las primeras semanas, combatieron contra ejércitos mandados por algunos de los nobles desterrados. Al principio, parecía que se verían desbordados, a pesar de que Naadur había llevado consigo el mayor ejército que se hubiera visto en Kynán en generaciones. Pero pronto la suerte se dio la vuelta. Y todo se debió al genio de Naadur y a su valor que rayaba en la temeridad. Los soldados enseguida comenzaron a sentir devoción por él, y los oficiales a respetarle y admirarle. Todos alababan su arrojo temerario y admiraban su habilidad para salir airoso incluso de las situaciones más apuradas. Se decía que los dioses le favorecían, que era como Groaker El Grande y devolvería la gloria a los valate, y también corría un rumor entre los hombres que decía que no eran los dioses quienes le mantenían a salvo, sino su inseparable guardaespaldas, el gigante Cabeza de Fuego.

De todos los rumores, a Naadur era este último el que más le gustaba, porque sentía un profundo afecto por Yaluc y le complacía mucho que se reconocieran sus méritos. Lo cierto es que, como le dijera a su padre, el grandullón de pelo anaranjado no tenía que esforzarse mucho, pues su mera presencia solía amedrentar al enemigo. Le divertía muchísimo que los enemigos se asustaran de Yaluc que era tan sereno y enemigo de toda violencia, pero que, a pesar de ello, nunca se echaba atrás ante ningún peligro. Por supuesto que le halagaba que le comparasen con su glorioso antepasado Groaker El Grande, el conquistador de Midum y tantos territorios, pero no se consideraba digno de tal comparación. Naadur era muy v, el primero en arriesgarse. Sus

hombres le amaban por ello, y por su falta de arrogancia, le amaban aún más.

Cuando el verano rebasaba ya su mitad, el panorama era muy distinto del que habían encontrado al llegar a aquella región. Habían recuperado casi todas las villas y castillos tomadas por los invasores, y los estaban obligando a retroceder. Igual que su padre el año anterior, Naadur se preguntaba dónde estaba Menetir, y por qué no se enfrentaba a él directamente. La perspectiva de enfrentarse y derrotar al hombre a quien más odiaba en el mundo bastaba para hacerle olvidar el cansancio de tantas semanas de persecución y batallas. Le imaginaba tan tranquilo en alguno de los castillos que aún mantenía bajo su poder, esperando que los leales a Andamar se desangraran o que los habitantes de las zonas arrasadas se sublevaran contra su rey para luego él simplemente recoger los despojos. Y ese pensamiento le hacía hervir la sangre.

Tras la última batalla en la que habían obligado al ejército enemigo a batirse en retirada, tuvieron unos pocos días de calma. Acamparon a la orilla de un río para recomponer sus fuerzas. La última batalla había sido muy cruenta. Tuvieron que lamentar muchas bajas. Pero Naadur había enviado mensajeros a su padre para que procurase enviarle más hombres, pues estaba casi seguro de que antes de que acabara el verano, conseguiría echar a Menetir de Kynán. En una de esas tardes de calma especialmente calurosa, Naadur y Yaluc descansaban a la sombra de unos árboles al borde del agua. Observó durante un rato a su amigo que parecía incluso más serio y pensativo de lo habitual.

—¿Piensas en cómo será tu futura esposa?— Preguntó burlón. Yaluc, tal como esperaba, no se rio de su broma.

—Qué ley tan absurda. Tener que aceptar obligatoriamente a alguien que otros han elegido para ti.— Yaluc dijo sombrío.

—Así es como siempre se ha hecho. Todos tenemos que pasar por ello, amigo.— Naadur continuó con el mismo tono alegre. Yaluc se volvió para mirarle. Su expresión continuaba igual de seria.

—¿Sabes? Los loggi no tienen ninguna obligación de desposarse. Ni siquiera se desposan. Ellos lo llaman emparejarse. Cada cual lo hace con quien quiere y cuando quiere.—

—¿Insinúas que las costumbres de los incivilizados loggi son mejores que las nuestras?— Yaluc preguntó en un tono que ya no era totalmente de broma.

—¿Por qué no podrían serlo? ¿No serías tú más feliz si no te hubieran obligado a desposar a una mujer que no te agrada?— Naadur ahora se irguió y habló muy serio.

—Cuidado, Yaluc. Te quiero como a un hermano, pero no te voy a consentir que me faltes al respeto a mí o a mi esposa. No es su culpa si no ha sido capaz de dar a luz a un heredero. Ni tampoco es culpa mía que no sientas ningún deseo de tomar esposa, y no porque mi padre la vaya a elegir por ti ¿Crees que no sé por qué aún no te has desposado a tu edad?— Naadur volvía a sonreír para evitar que Yaluc pensara que estaba enfadado con él de verdad. Sin embargo, eso no evitó que el otro hombre se pusiera tan rojo como el cabello del propio Naadur.

—¿Tú... sabes...?— Tragó saliva. ¿Había querido que le tragase la tierra delante del rey? No. Ahora es cuándo de verdad lo deseaba. Si realmente la Madre era tan poderosa, y le tenía en tanta estima como los loggi decían ¿por qué no acudía en su auxilio? Por primera vez era incapaz de interpretar la preciosa sonrisa de Naadur.

—Bueno, no soy tan sabio como tú ni poseo tu prodigiosa memoria, pero no soy estúpido, Yaluc, ni tampoco estoy ciego.—

—Pero nunca... nunca me has dicho nada, y al rey...—

—Vaya, ahora me ofendes ¿Es que no confías en mí? Eres mi hermano. Aunque no fueras de mi misma sangre, sentiría lo mismo ¿Crees que te delataría? Tú te criaste en el templo. Conoces mejor que yo el castigo por tu delito. Yo respeto mucho a mi padre, y daré mi vida por él si es preciso. Pero no estoy tan obsesionado como él con las antiguas leyes. Me importa bien poco con quién compartes tu lecho. Eres mi mejor guerrero y mi amigo, y no pienso prescindir de ti. Pero, eso sí, procura ser incluso más discreto de lo que ya eres, o no podré protegerte. Y desde luego, espero que obedezcas al rey nuestro padre, como es tu obligación.—

—Te doy mi palabra.— Dijo Yaluc, muy emocionado. Ardía en deseos de abrazar a Naadur, pero no se atrevió a hacerlo. Es verdad, su amado era muy listo, pero, al parecer, no lo bastante, pues ignoraba la principal razón de la angustia de Yaluc.

Menetir había estado siguiendo los espectaculares avances de Naadur con creciente fastidio. En cuanto supo por sus espías que Andamar enviaba a su hijo para detenerle, se sintió humillado ¿Qué se creía Andamar, que él se iba a enfrentar contra su antiguo compañero de ejercicios militares que además había estado más de una vez bajo su

mando? Recordaba muy bien al petulante jovencito que disfrutaba humillándole cuando salía vencedor en los simulacros de batallas. No pensaba enfrentarse a alguien inferior a él. Ciertamente que Andamar nunca fue un militar brillante, pero, al menos, era un rey. Hasta que Menetir recuperase el trono que le pertenecía, claro. El año anterior, había sido él quien evitó un enfrentamiento directo con Andamar, para desmoralizarle, obligándole a emplear sus energías en batallas menores. Al parecer, el Usurpador le devolvía la jugada. Pero no le haría morder el anzuelo.

Sin embargo, las noticias que le llegaban de los frentes de batalla eran cada vez más inquietantes. Todo parecía indicar que el pequeño presuntuoso estaba obteniendo victorias verdaderas. De pronto, se encontró con un dilema. Seguir dejando a sus generales ocuparse de Naadur, arriesgándose a que su insufrible primo acabara con toda la ventaja que Menetir había conseguido, o enfrentarse a él, con el riesgo de resultar humillado como en los ejercicios. Cuando le empezaron a llegar los rumores de que los soldados, y no sólo en las filas de Naadur, comenzaban a compararle con Groaker el Grande, ya no lo dudó más. Le daría una buena lección a ese primo suyo, la que debió darle años antes.

Mientras Menetir se debatía entre actuar o seguir esperando, en el palacio real de Hitowa, Zodrim dio a luz a su cuarto hijo: una niña. Esta circunstancia la llenó de inmensa felicidad. Se apoderó de ella la absurda idea de que las gratas atenciones y suaves maneras de Enekhal eran las responsables del sexo de su retoño. Por fin, tendría a alguien a quien colmar de afecto, alguien que no la abandonaría para convertirse en fiero y sanguinario guerrero. Tal vez, incluso, si tenía suerte, conseguiría que su pequeña no se alejase mucho de ella cuando se desposara. La niña, a quien puso por nombre Zaner, no había heredado los dorados bucles de su padre ni el cabello castaño de Zodrim. Lucía una hermosa mata de cabellos rojos que delataban claramente su sangre Damoy.

Naadur decidió que aquel lugar a orillas del río y junto a un bosque, era bastante apropiado para instalar un campamento estable. Como pasaban los días y las tropas invasoras no se dejaban ver, se quedarían allí en espera de los refuerzos que Andamar debía enviar. Hizo levantar un campamento bien fortificado que pudiera resistir un ataque enemigo. Y si el ataque no se producía, en cuanto llegaran los refuerzos, marcharían hacia el sur hasta que no quedase ni un solo partidario de Menetir en Kynán.

Ya casi habían completado el campamento sin que hubiera indicios de los prometidos refuerzos, cuando uno de los soldados que vigilaban los caminos que conducían al campamento anunció que se acercaba una tropa enemiga. Naadur dispuso todo para hacerles frente. Por fin, habría un poco de acción después de tantas semanas. Ya empezaba a aburrirse.

No tardó en hacerse patente que el ejército que se acercaba era muy numeroso, más que el suyo, y enseguida divisaron los emblemas de sus generales. Naadur reconoció todos ellos excepto uno. Los hombres que ocupaban el centro de la tropa portaban escudos pintados completamente de negro sobre los que destacaba el dibujo de una oreja ensangrentada. Se preguntó si Menetir habría conseguido la colaboración de alguno de los poderosos clanes de Narvaly para su causa. Aunque no recordaba ninguno con ese emblema.

La tropa enemiga se aproximaba sin prisa aparente, hasta que alcanzaron la orilla opuesta del río. Pero, aunque era muy poco profundo, no lo cruzaron, quedándose justo en la orilla. Naadur supuso que su intención era acampar allí y atacar su campamento a la mañana siguiente. Reconoció la astucia de quien quiera que mandase a aquellos hombres, pues, por la mañana, el ejército de Naadur tendría el sol de frente, con lo que sus hombres estarían en desventaja. Pero Naadur no se rendía tan fácilmente. No le habían apodado el príncipe astuto durante su adiestramiento sin motivos.

Reunió a sus generales antes de la puesta de sol para explicarles el plan que había concebido. Era muy arriesgado. Pero, si resultaba, tomaría al enemigo totalmente por sorpresa. Así, ordenó que una parte de sus hombres, bastante reducida, se repartiera por todo el campamento encendiendo fogatas y haciendo todo el ruido que pudieran para que los enemigos al otro lado del río pensaran que los hombres de Naadur cenaban tranquilamente en su campamento esperando la batalla del día siguiente. Esperaba que eso mantuviera distraídos a los vigías enemigos, mientras él, con el grueso del ejército, se disponía a cruzar el río por un paso algo más lejos hacia el sur, dirigiéndose luego con el mayor sigilo hacia el campamento enemigo.

Naadur tenía todas sus esperanzas puestas en tomar al enemigo por sorpresa, pues sus hombres, además de ser menos numerosos, estarían menos descansados al haber empleado parte de la noche en su maniobra envolvente.

Una vez más, los dioses o más bien su genio como opinaba Yaluc, beneficiaron a Naadur. Como él había supuesto, en cuanto el cielo comenzó a iluminarse, el enemigo se lanzó contra su campamento a través del río. Naadur confiaba en que los hombres que quedaban

podieran resistir esa primera acometida, aunque no se hacía muchas ilusiones. Desde donde se habían escondido entre los árboles, dio la orden de atacar. El más absoluto desconcierto cundió en el campamento enemigo. Entonces, Naadur vio, por primera vez en más de dos años, a Menetir montado sobre un espléndido semental negro. Tanto como el escudo que llevaba y la túnica bajo su coraza. De modo que, ése era el nuevo emblema del Desterrado. Sin embargo, no comprendió la oreja ensangrentada.

Menetir no podía estar más furioso y contrariado. Había tenido que hacer regresar a los primeros hombres que lanzó contra Naadur, pues el malnacido le atacaba desde atrás. Naturalmente, se dio cuenta de que ésta era una de esas ocurrencias suyas que tantas veces le daban la victoria durante los ejercicios. Sin embargo, él no estaba dispuesto a que lo consiguiera en esta ocasión. Una vez superada la sorpresa, se hizo muy evidente que ninguno de los bandos podía imponerse. El superior número de los hombres de Menetir se convirtió en desventaja cuando Naadur le rodeó, obligando a su ejército a combatir en la estrecha franja entre el río y el bosque. No había espacio para emplear su poderosa caballería. En realidad, apenas había espacio para moverse. Desde el campamento de Naadur, los hombres que dejó allí hostigaban sin cesar a los de Menetir con lluvia tras lluvia de flechas. Sin duda, Naadur había dejado al otro lado del río a sus mejores arqueros, mientras el resto se ocultaban entre los árboles, y aparecían inesperadamente.

La batalla se prolongó a lo largo de todo el día. Mediada la tarde, Naadur comenzó a darse cuenta de que su inicial ventaja por la sorpresa se estaba desvaneciendo. Su ejército había producido muchas bajas entre los hombres de Menetir, con lo cual, éstos tenían más espacio para moverse, y seguían superando a los suyos en número. Cualquiera otro, se habría batido en retirada al comprobar que no conseguían someter al ejército de Menetir. Pero Naadur no era cualquiera y además, odiaba demasiado a Menetir como para concederle una victoria. Estaba tan exhausto como sus hombres, pero se dijo que su derrota merecería la pena si conseguía quitarle la vida a Menetir, incluso, aunque perdiera también la suya en el intento.

Pero Menetir no tenía deseos de enfrentarse directamente con él. Naadur sabía que el motivo era que seguía considerándole inferior, como durante su adiestramiento. Para acercarse a su primo, primero tendría que acabar con los hombres que le rodeaban. Distinguió el emblema de los Cenwolf. Tenía sentido, ellos habían sido los más leales a la causa de

Domusal desde el principio. Se disponía a atacar al hombre que tenía delante, cuando le vio la cara. Era Kamenés, el menor de los hijos de Semudar Cenwolf y Khamer, hermana de Domusal, y que había sido siempre como un hermano para él. Kamenés era dos años mayor, pero lo habían compartido todo como si fueran hermanos, durante su infancia. Incluso, tuvieron la misma nodriza. Cuando sus ojos se encontraron con los del que había sido su mejor amigo, se dio cuenta de que él estaba pensando lo mismo. Pero ahora, luchaban en bandos opuestos.

Sin embargo, antes de que Naadur y Kamenés llegaran a enfrentarse, ocurrió algo muy extraño. Alguien comenzó a gritar que Menetir había caído, que estaba muerto. Naadur estaba confundido, pues no había visto que ocurriera semejante cosa. Pero, cuando buscó a Menetir con la mirada, no lo encontró. El caos se apoderó del campamento. Muchos hombres dejaban de luchar y se entregaban a los soldados de Naadur. Otros emprendían la huida, mientras gritaban que ya no tenían ningún compromiso para continuar luchando. A pesar de la confusión, Kamenés se lanzó sobre Naadur, pero una espada sostenida por un fuerte brazo se interpuso entre ambos, haciéndole caer de su caballo. El brazo, como no, correspondía a Yaluc. Naadur aprovechó que Kamenés había caído para apresarle.

El sol comenzaba ya a ocultarse. En un corto espacio de tiempo, el campamento de Menetir había quedado prácticamente desierto. Sólo permanecían allí los muertos y los prisioneros. Al día siguiente, Naadur hizo registrar a fondo el lugar para encontrar el cuerpo de Menetir. Pero no había rastro de él. Sí encontraron sin embargo, el cadáver de su caballo. Estaba muy claro que había caído, puede que estuviera incluso herido, pero, lo cierto es que se le había escapado.

Ese mismo día, al fin, llegaron los hombres prometidos por Andamar. El propio rey venía encabezando el ejército. Por el camino ya encontró quienes hablaban de la Batalla de los Príncipes, como fue conocida, y se hacían lenguas del genio del príncipe Naadur, el nuevo Groaker.

4:

La mujer del bosque

El mundo de los espíritus se parecía demasiado al mundo de los vivos, porque las heridas dolían igual, o puede que más. Esos fueron los pensamientos que cruzaron la mente de Dilmala cuando, al abrir los ojos, se encontró mirando un cielo muy azul a través de las copas de los árboles. Naturalmente, no tardó en darse cuenta de que, en realidad, no había retornado a la madre, sino que seguía viva, dolorosamente viva.

Al principio, el dolor lo invadía todo, impidiéndole pensar, imposibilitando cualquier movimiento. Y ¿por qué habría de moverse? ¿Para qué abandonar el suelo del bosque? Pero esa idea tampoco duró mucho en su cabeza. La Madre dadora de toda vida, sólo esperaba de sus criaturas que apreciaran dicha vida en todo su valor. De modo que, puesto que seguía entre los vivos, debía vivir.

Poco a poco, le volvieron a la memoria los acontecimientos recientes. No podía saber cuánto tiempo había estado inconsciente, pero a juzgar por lo agudo del dolor, no creía que fuera demasiado tiempo. Éste se concentraba sobre todo en su brazo izquierdo y en el mismo lado de su rostro. Incluso aunque no hubiera sido una sanadora experta, sabría que su brazo estaba roto. Con sumo cuidado, llevó su mano derecha hasta la cara y rozó con la punta de los dedos la zona dañada. Recordaba las piedras cortando y quemando su cara. No tenía a nadie que le dijera qué aspecto presentaba la quemadura, así que, tuvo que suponerlo.

Consiguió sentarse y mirar a su alrededor. El claro del bosque donde había estado acampado el ejército de Menetir aparecía cubierto de desperdicios, rastros de hogueras... y cadáveres. Ahora lo recordaba todo. La matanza que había tenido lugar allí. No quería mirar en esa dirección, pero era muy consciente de que el cuerpo de Tureya continuaba atado a un poste, consumido por el fuego. El aire estaba todavía saturado por el olor de carne quemada que, poco a poco, iba siendo sustituido por el de los cadáveres en descomposición.

En los años que había sido jefa de un grupo de Hijas de Prakhana había aprendido que, para que un jefe haga bien su trabajo, no puede encontrarse disminuido en sus facultades. Por eso, debía reparar lo mejor que pudiera sus propios males antes de seguir adelante. No fue fácil, pero consiguió encontrar su bolsa, no lejos de la que se hallaba también su cuchillo. El terror que Menetir y sus hombres sentían por las que creían brujas debía de ser tan grande que no se atrevieron a tocar nada. Ese pensamiento la complació. Sabía que no estaba bien, pero durante un

buen rato, disfrutó imaginando a Menetir torturado por el miedo a la venganza de los espíritus.

Lo más difícil fue recolocar su brazo sin ayuda. Tuvo que emplear toda su fuerza de voluntad, Ató la mano de su brazo herido a un tronco, respiró hondo, y apretando los dientes, tiró fuerte hasta que los huesos encajaron en su lugar. Por suerte, no se desmayó, o su duro trabajo se habría echado a perder. Inmovilizó el brazo todo lo bien que pudo, y procedió a atender la quemadura de su cara. Eso fue mucho más sencillo. Era verano y no le costó demasiado encontrar los ingredientes para hacerse una cataplasma. Estas actividades la agotaron tanto que se echó a dormir sin siquiera haber buscado nada para comer.

Le costó casi una semana llevar a cabo su misión más inmediata, pero lo consiguió. Con un solo brazo, no podía cavar, así que, como pudo, fue arrastrando los cuerpos de sus hermanas hasta una hondonada, que luego cubrió con tierra, piedras y hojas lo mejor que pudo. Después, realizó una ceremonia funeraria completa para todas ellas. Era lo más que podía hacer, pero esperaba que sus actos hubieran agradado a la Madre.

Una vez terminó aquella ardua tarea, tuvo por primera vez desde que despertara tiempo para pensar en ella misma. Sus heridas se curarían, aunque su cara quedaría para siempre marcada con las cicatrices. Ahora que estaba sola, completamente sola por primera vez en su vida, no sabía qué hacer. Vagó durante algunos días más por el bosque, sin rumbo. Empezaba a sentirse bien así, sin que nadie la viera, sin tener que explicar sus cicatrices. Pero entonces, se dio cuenta de que ésa era una actitud injusta para con sus hermanas que no habían sobrevivido ¿Quién les haría justicia si nadie sabía lo que había pasado? Estaba segura de que ni Menetir ni ninguno de sus hombres hablarían. Es más, lo más seguro es que las creyeran muertas a todas, de modo que nunca se sabría nada de su crimen. Dilmala no podía permitirlo.

Menetir no podía dar crédito a lo que Temuzén le contó una vez recobrado el conocimiento. No sólo había dejado que se perdiera una batalla que ya tenían ganada por salvarle, sino que había permitido que tomaran prisionero a su propio hermano Kamenés. Estaba furioso, más que furioso. Si Temuzén, que era su mejor general, además de ser el más leal de sus partidarios cometía tales errores ¿Cómo podría aspirar a recuperar el trono que le pertenecía? Le ordenó ir a inspeccionar el estado de sus tropas para evitar la tentación de golpearle. La verdad es que el presuntuoso Naadur había hecho bastante daño. Pero además, no quería perder a su mejor hombre.

Aun así, no acababa de comprender lo que le había impulsado a actuar como lo hizo. Al parecer, el caballo de Menetir se asustó durante la batalla arrojando a su jinete violentamente al suelo, con tan mala suerte que Menetir se golpeó la cabeza contra una gran piedra. Afortunadamente, el casco evitó lo peor, ese mismo casco que había impedido a Naadur ver que le faltaba la oreja izquierda. Pero el golpe habría podido matarle, Menetir meditaba mientras contemplaba su casco partido. Él sólo tenía un buen dolor de cabeza y un chichón que parecía hacerse más grande a cada minuto. Al final resultó que el caballo no se había asustado, sino que alguien le clavó una lanza a propósito. Además de la batalla, Menetir tuvo que lamentar la pérdida de su magnífico semental. Las explicaciones de Temuzén, de por qué optaron por sacarle de allí, temiendo que pudiera caer nuevamente en manos de Andamar, no le sirvieron de consuelo ni le ayudaron a comprender mejor lo sucedido. No, estaba muy claro. Esto era cosa de las brujas. Aquella que era su jefa le había lanzado una clara maldición, y ésta comenzaba a actuar.

Andamar no podía estar más orgulloso de su hijo. Había derrotado a Menetir y se había ganado un lugar entre los mejores guerreros valate. Era un gran alivio poder celebrar una victoria, pues la situación no era nada buena. La tardanza en enviar refuerzos a su hijo se había debido en gran medida a la reticencia de muchos nobles y grandes señores a continuar con el esfuerzo de una guerra a la que no veían el fin, y que ya estaba teniendo duras consecuencias para ellos. Los hombres de Menetir habían arrasado e incendiado aldeas y campos haciendo que la gente huyera de ellos.

Por eso, Andamar había tenido que negociar con gran empeño para conseguir más recursos y hombres para continuar la defensa de su trono. Había decidido venir en persona a aquella región porque allí se encontraban las propiedades de los nobles más influyentes y poderosos. Tenía pensado aprovechar para negociar mayores ayudas de aquellos nobles, ofreciendo a cambio la posibilidad de emparentar con la familia real. Seguro que cualquiera de aquellos nobles estaría encantado de que alguna de sus hijas o hermanas se desposara con Yaluc.

Para su sorpresa, Naadur no estaba eufórico por su victoria, como era de esperar. De hecho, le pareció que nunca le había visto tan taciturno. Habían pasado ya tres días desde la batalla, y el rey y los príncipes se encontraban en el castillo de uno de aquellos poderosos señores a los que Andamar pensaba seducir para que no abandonaran su bando. Después de una fabulosa comida, Naadur y Yaluc salieron a

pasear por los hermosos jardines, y Andamar decidió seguirlos para hablar con su hijo.

—¿Os importa mucho que os acompañe un viejo?— Preguntó de buen humor, acercándose.

—No creo que seas viejo, Andamar.— Yaluc dijo, amable. El rey le sonrió. Luego miró preocupado a su hijo.

—Has vencido a Menetir en batalla ¿Por qué no te veo feliz?—

—Porque no le hemos vencido, padre. En realidad, si quieres saberlo, la batalla estaba más que perdida. Nos tenían completamente rodeados, y nos superaban en número. A estas horas, lo más probable es que Yaluc y yo estuviéramos muertos si no hubieran empezado a pasar cosas raras.—

—¿De qué cosas raras hablas?— Andamar preguntó extrañado dirigiéndose a su hijo, pero mirando a Yaluc, que se encogió de hombros.

—Alguien empezó a gritar que Menetir estaba muerto, y fue como si todos sus hombres hubieran recibido la orden de huir. Ni siquiera fue una retirada, huyeron como conejos asustados. No tiene sentido.— El rostro de Andamar reflejaba gran confusión.

—No comprendo ¿Menetir ha muerto y no se me ha informado? Y si es así ¿No habría aún más razones para que estuvieras saltando de alegría?—

—¿Es que no has oído lo que te acabo de decir? No vencimos. El enemigo huyó por razones misteriosas. No sé si Menetir cayó o no, porque no lo hallamos entre los muertos, sólo su caballo.—

—Tienes razón. Es un comportamiento extraño. Pero, de todas formas, si encontrasteis su caballo, quizá esté malherido, tal vez de muerte. Eso nos vendría muy bien. Acabaría esta absurda guerra.— El rey dijo.

—Pero si no puedo estar contento, padre, no es por lo extraño de esta batalla, sino por uno de los prisioneros que capturamos.— Naadur dijo con gesto apesadumbrado. En ocasiones como ésta Yaluc tenía que luchar con todas sus fuerzas para no abrazarle, ofrecerle su consuelo.

—¿De quién se trata?—

—Kamenés.— Andamar no necesitó más explicación. Imaginaba lo duro que debía de ser para Naadur tener enfrente como enemigo en el campo de batalla al que había sido siempre como su hermano. Recordaba

el dolor que le produjo a él saberse en guerra con su hermanastro Domusal, y eso que nunca se había tenido que enfrentar a él en batalla.

A pesar de lo duro que le resultaba, Naadur insistió en ser él quien hablara con Kamenés. Quizá podría convencerle de lo equivocado que estaba enfrentándose a él, Pero, desde el principio, comprobó que aquel joven que tenía delante ya no era su querido compañero de juegos. La mirada fugaz de reconocimiento que Naadur había captado cuando se encontraron en medio del combate, se había transformado en una de total frialdad.

—Si vienes para sonsacarme los planes de Menetir, te puedes ahorrar el esfuerzo. Tus hombres ya lo han intentado.— Kamenés dijo desafiante. Naadur vio en su rostro las señales de que había sido golpeado. Tragó saliva, intentando que no se le notara demasiado la impresión que le causaba.

—No dudo de tu resistencia Kamenés. Pero sólo quiero decirte que tus sufrimientos son inútiles. Los tuyos y los de toda tu familia. Esta guerra no tiene ningún sentido.—

—No tiene sentido, dices. Nunca creí que fueras tan cínico. Comprendo que te pongas de parte de tu padre, el Usurpador. Pero ¿no sientes ni el menor remordimiento por la muerte de mi sobrina Uxyla?—

—¿Remordimientos? No, Kamenés, lo que siento es dolor, mucho dolor por la muerte de una inocente, y rabia, porque sigáis luchando contra nosotros pensando que somos los culpables de ella. Ni mi padre, ni desde luego yo, tuvimos nada que ver en la desdichada muerte de la pequeña Uxyla. Nosotros jamás obraríamos así. Además, hemos sido los más perjudicados. Domusal ya había aceptado a mi padre como rey ¿por qué íbamos a echarlo todo a perder?—

—No intentes confundirme con tu palabrería. Siempre has sido muy listo. Erais los responsables de la seguridad de Uxyla. Los Cenwolf no pararemos hasta vengarla. Tú y tu familia no sois más que un puñado de ladrones embaucadores. Puede que consiguierais engañar a Domusal para que se dejase robar su trono, pero Menetir no es tan débil.—

—Nosotros no hemos robado nada. Tú pudiste ver, igual que todos los demás, el documento del difunto rey nuestro bisabuelo, en el que anulaba el matrimonio de Belcentes con Heusa. Domusal no podía sentarse en el trono porque era un bastardo.—

—No lo niego. Tu padre y sus documentos. De acuerdo, Domusal era un bastardo. Pero Menetir no lo es. Acabará con todos vosotros, y mi familia le ayudará cuanto pueda.—

A pesar del dolor que le causó que su antiguo amigo siguiera creyendo a su familia culpable de la muerte de Uxyla, o quizás precisamente por eso, Naadur decidió que había llegado el momento de completar su plan. Había solicitado refuerzos a su padre para perseguir y expulsar a Menetir y los suyos de Kynán. Pues bien, ya habían llegado los refuerzos. Todavía quedaban algunas semanas de buen tiempo, y pensaba aprovecharlas.

Andamar no estaba muy seguro del plan de su hijo. Sin duda, sabiendo que tenían a Kamenés prisionero, Menetir y los suyos habrían cambiado lo que fuera que tenían previsto hacer. Pero Naadur no se dejó convencer. Encontraría a Menetir donde quiera que se hubiera escondido. Pero también tuvo en consideración las dudas de su padre. De modo que, sugirió al rey que se empleara a fondo en las negociaciones con los nobles, pues toda la ayuda que pudieran conseguir sería bienvenida. Confiaba en el talento de su padre para lograrlo, mientras que él se emplearía también en lo que se le daba mejor, la guerra.

El plan de Naadur era muy sencillo. Atacaría las villas y castillos que Menetir había conquistado el año anterior. Si tenía éxito, continuaría hasta encontrarse con el propio Menetir. Y aquel plan dio resultado. Mejor incluso del que Naadur había esperado. Menetir se había confiado creyéndose más fuerte que su oponente. El año anterior no le había faltado razón al enfrentarse a Andamar. Pero, ahora era su hijo, mucho mejor guerrero, quien tenía enfrente. Las primeras plazas cayeron con gran facilidad. Era evidente que les había tomado por sorpresa. Según las tomaba, dejaba su propia guarnición bien armada y alerta, y continuaba en busca de la siguiente. Por supuesto, Menetir no tardó en darse cuenta de las intenciones de su primo y reaccionó. Desde ese momento, el avance de Naadur se hizo más lento y difícil, porque Menetir enviaba contra él ejércitos más numerosos y mejor preparados. Pero, aun así, Naadur no se detuvo.

Dilmala decidió abandonar su aislamiento para dar a conocer los crímenes de Menetir y los suyos. Pero como seguía sintiéndose incómoda por lo sucedido, no se instaló en ningún lugar. Visitaba aldeas o pequeñas villas, donde sabía seguro que los loggi eran mayoría. Convocaba a la gente que quisiera acudir a escucharla, y relataba los horrores que había

vivido, además de los que conocía de oídas. Estos relatos se fueron haciendo más numerosos, pues en cada lugar, quienes la escuchaban le narraban los que ellos mismos habían vivido a manos de los invasores, pero no sólo de ellos. Los nobles a quienes Andamar había entregado las tierras confiscadas a sus enemigos también hacían de las suyas. Nunca daba su nombre, ni contaba de dónde procedía. Si le insistían mucho, lo que era habitual, les decía que la llamasen La Mujer del Bosque, pues hablaba en Nombre de todas las criaturas de la Madre.

Pronto, igual que anteriormente le sucediera a Yaluc, vio que su fama la precedía, y cuando llegaba a un lugar nuevo, ya la estaban esperando. Aconsejaba a sus oyentes que propagaran a su vez las historias que les contaba para que todos los loggi o cualquiera que se sintiera oprimido y humillado por los valate, conociera la verdad.

A pesar de todo, la mayor parte del tiempo la pasaba sola en medio de su amado bosque. Se dio cuenta de que esa soledad cada vez le gustaba más. Sin embargo, ni siquiera la belleza tan generosamente donada por la Madre sosegaba su atormentado espíritu. Y un nuevo motivo vino a sumarse a su desasosiego. Para cuando se cumplió la segunda luna tras su desdichado encuentro con Menetir, ya estaba segura de estar embarazada.

Su primer impulso fue de absoluto rechazo por albergar en su seno la semilla del monstruo. Como la sanadora experta que era, bien entrenada durante años por Sildara, y con algunos útiles consejos de Zesera, estaba al tanto de las plantas que podrían acabar con su problema. Toda mujer loggi, cuando quedaba embarazada, recibía los sabios consejos de las sanadoras para mantenerse apartada de ciertas plantas, incluso, de ciertos animales peligrosos para la vida de su criatura. Pero Dilmala, ante todo respetaba a la Madre, que había decidido bendecirla, aunque a ella no se lo pareciera ¿Estaba justificado acabar con esa vida, aunque fuera Menetir quien la había iniciado?

Después de varios días de angustiosa duda, al fin lo tuvo claro. Era su criatura, siempre sería su criatura. Ciertamente nunca había pensado en emparejarse o tener hijos. Pero había ocurrido, y no pensaba permitir que Menetir destruyera también eso. Mientras duró su dolorosa indecisión, se dio cuenta de que Yaluc acudía mucho más que de costumbre a su memoria. Se dijo a sí misma que la razón era que, aunque nunca lo hubiera creído posible, en su fuero interno siempre deseó ser madre de un hijo de Yaluc. Creyó que ponerle nombre a su problema lo solucionaría, pero no fue así. Soñaba con Yaluc todas las noches, hasta que una de ellas, se despertó de pronto, y supo con toda seguridad que Yaluc la necesitaba, y debía acudir en su busca.

Ésta es la razón por la que Dilmala se encontraba observando escondida desde la copa de un árbol el día que, por fin, el ejército de Naadur se encontró con el de Menetir, y se dispusieron para la batalla. Desde su privilegiada posición, no le costó distinguir a los príncipes que guiaban ambos ejércitos. Sintió renacer todo su odio hacia Menetir. Con gusto, se habría lanzado de nuevo sobre él, y le habría cortado el cuello con su cuchillo, si no hubiera estado rodeado por cientos, quizá miles de soldados armados, y si ella no tuviera una misión mucho más importante aquel día. No tardó en distinguir a Yaluc, no era difícil, pues sobresalía entre todos los demás con su gran estatura. Las emociones que sintió al verle fueron completamente opuestas a las que le había producido antes Menetir.

Mas, en cuanto los dos ejércitos comenzaron a aproximarse, se dio cuenta de que le sería imposible desde donde se encontraba llegar hasta Yaluc, y seguía sintiendo en lo profundo de sus entrañas que debía estar lo más cerca posible de él. No sabía muy bien qué hacer, pues ella desconocía todo lo relativo al ejército y las batallas.

Comenzaron a llegarle con claridad los gritos de guerra proferidos por ambos ejércitos. Y entonces, la tierra tembló bajo los cascos de cientos de caballos al galope. Como había supuesto, inmediatamente reinó la confusión más absoluta. Ya apenas podía distinguir unos hombres de otros. Un curioso pensamiento acudió a su mente al ver a todos aquellos caballos que se comportaban de manera tan antinatural ¿Cómo habían conseguido aquellos hombres que los animales no huyeran en medio de todo aquel estruendo? Como a muchos loggi, los grandes y poderosos caballos de los valate la imponían. Pero por más que superasen en tamaño a los que su gente había conocido y cazado durante generaciones, seguían siendo caballos, Y los cazadores loggi sabían muy bien cuán nerviosos y asustadizos eran esos animales.

Pero la batalla se endurecía y ella tenía que pensar cómo acercarse a Yaluc. Se alarmó al no ser capaz de distinguirlo. Entonces, vio que no había sólo soldados en aquella gran explanada. Tras el ejército de Naadur, que era el que se encontraba más cercano a ella, vio una multitud de personas, mulas, asnos y carretas. Había oído hablar de quienes seguían a los ejércitos, aunque sólo como historias que se contaban de otros tiempos. Antes y después de las batallas, y durante los largos desplazamientos, tal cantidad de hombres tenían múltiples necesidades, que cierto tipo de gente estaba más que dispuesta a satisfacer. Ahora, esas gentes eran la oportunidad para Dilmala de acercarse mucho más al lugar donde su corazón le decía que debía estar.

Naadur se sentía eufórico por primera vez en semanas. Por fin, tenía delante a Menetir después de la Batalla de los Príncipes. Y esta vez, se encargaría de que la victoria fuera clara y contundente, y por supuesto, para su ejército. De nuevo, su idea era llegar hasta Menetir. A juzgar por lo ocurrido en la otra ocasión, si lograba derribarlo, se acabaría la batalla, puede que incluso la guerra, pues al parecer, esos hombres no estaban dispuestos a luchar sin Menetir.

Naadur ya sabía de donde había salido el nuevo diseño del emblema de Menetir. Es más, ya casi todos habían dejado de referirse a él como el Desterrado, para llamarle Menetir Una Oreja. Fuera como fuese, Naadur no pensaba dejar pasar la ocasión de vencerle de una vez por todas. Disponía de un numeroso ejército, al que, tras sus constantes victorias, se habían unido encantados muchos nobles que antes estuvieron reticentes.

El día había amanecido fresco, con una leve bruma cubriendo la explanada, anuncio de que el final del verano estaba muy cerca. Pero, después de unas horas, el sol brillaba en toda su intensidad, y el calor era sofocante en medio de la batalla. Naadur no prestaba atención al sudor que manaba copioso de su cuerpo. Sólo pensaba en seguir deshaciéndose de enemigos para llegar hasta el esquivo Menetir. Sin embargo, el enemigo contra el que luchaba en aquel momento, le estaba resultando especialmente difícil de vencer. Era un hombre muy corpulento que portaba el emblema de la familia Malikós. Éstos habían continuado apoyando a Menetir tras la muerte de su madre en el terremoto de Shimma.

Naadur empezó a notar el cansancio y aquel hombre no cedía. Logró herirle con su espada, pero, de pronto, se volvió y propinó a Naadur un golpe tan fuerte con su maza, que le derribó del caballo. Durante unos agónicos segundos, intentó recuperar la respiración y sobreponerse al fuerte dolor en el pecho, donde le había golpeado. No tuvo mucho tiempo, pues su enemigo había desmontado también y se disponía a golpearle de nuevo. Nervioso, buscó su hacha, y logró cogerla para clavársela en el pecho a su atacante, justo a tiempo. Mareado, buscó con la mirada a Yaluc. Era muy extraño que su fiel guardaespaldas no hubiera acudido en su ayuda en aquel trance. Tuvo un mal presentimiento.

Sus temores se confirmaron cuando, al retroceder la caballería enemiga, dejaron libre un hueco en el terreno. Entonces, Naadur vio a su querido amigo tendido en el suelo sobre un charco de sangre. Se abalanzó sobre él sin pensar en nada. En esos momentos, ni la batalla, ni su propia seguridad le importaban. Como en un sueño, escuchó la voz de Damosén que gritaba que el enemigo se estaba retirando. En un

momento, el campo quedó vacío de caballos y soldados, que con toda seguridad, habían emprendido la persecución del ejército enemigo. Allí sólo quedaron los muertos y los heridos.

—Yaluc, hermano ¿Sigues entre nosotros?— Naadur preguntaba angustiado, mientras despojaba a su amigo del casco para que pudiera respirar mejor, si es que vivía aún. La sangre manaba abundante de su costado, pero Naadur sintió la débil respiración. —Aguanta, aguanta.— Decía, con lágrimas en los ojos. Se sentía perdido. Unas manos pequeñas pero firmes, le empujaron para apartarle de Yaluc. Iba a protestar airadamente, cuando vio inclinarse sobre el herido a una mujer, de extraño aspecto. No iba vestida ni peinada como las que seguían al ejército. Había algo familiar en ella. Pero no podía verle bien la cara cubierta en parte por su oscuro cabello.

—Está vivo. Si quieres que siga estándolo, deja de llorar, y ayúdame a llevarlo a un lugar seguro.— La mujer dijo con voz autoritaria, mirando a Naadur. Entonces, le vino a la memoria una bellísima y misteriosa mujer con la que su esposa y él se encontraron años atrás. Sus ojos seguían siendo igual de hipnóticos, pero su rostro estaba horriblemente marcado por feas cicatrices.

5:

Sobre el futuro del reino

Al final, Naadur no resultó muy útil para trasladar a Yaluc, debido al dolor que le causaban sus propias heridas. Pero, rápidamente, ordenó a varios de sus asistentes personales que cargaran al herido con el máximo cuidado, y lo llevaran hasta su propia tienda. La mujer, que ahora recordaba, era la hermana de Agón, aunque no conseguía acordarse de su nombre, daba órdenes constantes a todos los que se encontraban, y curiosamente, ninguno osó desobedecer o llevarle la contraria.

Yaluc abrió los ojos brevemente durante el traslado y emitió algunos gemidos de dolor, lo que llenó a Naadur de felicidad, no porque su amigo estuviera sufriendo, sino porque eso significaba que seguía vivo. En cuanto Yaluc estuvo echado en la tienda de Naadur, la mujer se puso manos a la obra. Ató sus largos cabellos a la nuca para que no la estorbaran y se dispuso a examinar la herida. De nuevo, no dudó en ordenar a los hombres que la ayudaran a despojar a Yaluc de su coraza y túnica. Nadie se atrevía a discutir la autoridad de la mujer, ni siquiera Naadur, que contempló impresionado la horrible herida del costado de Yaluc. No le cabía duda de que debían de haberle clavado una lanza.

La mujer observó la herida, de la que continuaba saliendo mucha sangre y sacudió la cabeza. Naadur no se atrevía a preguntar. Ella no le dijo nada. Simplemente, se volvió a los asistentes del príncipe y les encomendó nuevas tareas: que pusieran agua a hervir, que trajeran cuantos tejidos limpios pudieran encontrar, o ciertas hojas y limo del río. Naadur la miraba trabajar, fascinado. Estaba muy claro que sabía perfectamente qué hacer y cuándo.

Llegaron en ese momento los cirujanos del ejército. Naadur no tuvo ocasión de abrir la boca antes de que aquella increíble mujer le dijera en un tono que no daba lugar a la réplica;

—Si quieres que Yaluc viva, mantén a esos lejos.— Y siguió limpiando la herida. Los cirujanos empezaron a protestar. Pero Naadur no tuvo dudas. Aquella era la hermana de Agón, el que salvó el brazo de su padre. Aunque fuese la mitad de hábil que él, haría un trabajo mejor que los cirujanos. Mientras les hacía salir de la tienda, escuchó más de una vez la palabra bruja, pero le daba igual. En esos momentos, sólo le importaba no perder a su querido amigo, que además, era su más valeroso compañero de armas.

Perdió la noción del tiempo que la mujer estuvo atendiendo la herida de Yaluc. Apenas se separó de él lo suficiente para echar algunas hierbas al caldero que los asistentes habían puesto sobre el fuego o para salir ella misma de la tienda e indicar a los confusos asistentes cuáles eran exactamente las hojas que quería que le trajeran. Entretanto, Yaluc recuperaba la consciencia y la volvía a perder, y Naadur cada vez estaba más preocupado, tanto que apenas pensaba en sus propias heridas a pesar de que cada vez le dolía más el pecho al respirar.

Mientras la mujer gritaba a los hombres de fuera que se dieran prisa, sacó un puñado de hojas secas de un saquito que llevaba en su bolsa y las mezcló con el lodo que le habían traído del río, para aplicar la pasta después directamente sobre la herida de Yaluc. Meneando la cabeza, murmuraba, sin mirar a nadie:

—No hay suficiente. Hace falta más.— Luego, solicitó la ayuda de Naadur, que seguía sin poder quitarle los ojos de encima, para incorporar a Yaluc y hacerle beber la infusión de hierbas. Por fin, llegaron los hombres con las hojas correctas. Ella las lavó e hizo más pasta con el lodo para aplicarla sobre la herida, que ya hacía rato que no sangraba. Después vendó la zona con algunos de los tejidos que le trajeron, y se quedó durante un largo momento mirando al hombre herido, como si no supiera qué hacer ahora.

—¿Se va a recuperar?— Naadur fue al fin capaz de preguntar. Ella se volvió a mirarle con un gesto extraño, como si justo en ese momento se hubiera dado cuenta de que estaba allí.

—Si supera esta noche, vivirá.— Dijo. Luego le miró con más atención. —Tú también estás herido ¿Quieres que te ayude o prefieres que se encarguen de ti tus cirujanos?— Naadur miró a Yaluc, que parecía dormir plácidamente. Luego, la miró a ella.

—Tu hermano salvó el brazo de mi padre, y puede que tú acabes de salvar a mi hermano. Sería tonto si no me aprovechara de tu poderosa magia en mi propio beneficio.— Ella suspiró exageradamente.

—No hay ninguna magia, te lo puedo asegurar, aunque los valate sois lo suficientemente estúpidos como para creerlo.—

—¡Eh, eso que acabas de decir me ofende!— Naadur protestó, aunque sin demasiada vehemencia.

—Si quieres que te ayude, siéntate ahí cerca de la entrada, que aún entra luz del día, y quítate la túnica.— Naadur obedeció, todo el tiempo

con una sonrisa traviesa. Mientras se quitaba la túnica con dificultad por el dolor, dijo:

—Normalmente, no soy yo el primero en desvestirse. Es un cambio interesante.— Su tono seductor y su encantadora sonrisa no parecían afectar a la misteriosa mujer.

En cuanto Naadur se hubo librado de la ropa, procedió a observarle con atención. No tenía ninguna herida abierta, pero la mayor parte de su torso había tomado un feo color púrpura, casi negro, y cada vez le resultaba más doloroso respirar, aunque hacía todos los esfuerzos posibles para disimularlo. Después de observar con atención los moratones, ella procedió a colocar sus manos sobre el torso de Naadur. Incluso estando tan dolorido, la lujuria se apoderó de él. Aquella mujer poseía una belleza salvaje que le excitaba como ninguna antes.

A pesar de las cicatrices que ocupaban el lado izquierdo de su cara, seguía siendo bellísima. Y su forma de actuar, sin preocuparse lo más mínimo de que trataba con príncipes y nobles, le añadía aún más atractivos. Sin pensarlo, atrapó una de las manos que se deslizaban cuidadosamente por su torso, y comenzó a deslizar a su vez los dedos ascendiendo por aquel suave brazo. Ella apartó su mano de golpe, lo que le provocó un súbito ramalazo de dolor. El movimiento fue tan rápido, que ni siquiera tuvo tiempo de darse cuenta de lo que ocurría, hasta que sintió el frío metal sobre su vientre.

—Vuelve a intentar tocarme, y lo lamentarás.— Ella dijo en voz apenas más alta que un susurro, pero con tono amenazador. Naadur se sintió fascinado por sus oscuros ojos en los que pudo ver brillar el fuego del odio tan intenso como nunca lo había visto. —A Menetir le corté una oreja. Pero a ti, te cortaré algo que aprecias mucho más.— Naadur tragó saliva. No tenía la menor duda de que ella cumpliría su amenaza. Intentando su sonrisa más inocente, alzó las manos en ademán de rendición.

—Te doy mi palabra de que me portaré bien... ¿Podrías apartar ese cuchillo? No me gusta dónde está.— Ella volvió a colocar el cuchillo en su ceñidor, y continuó con el examen del herido. Más relajado, Naadur no pudo evitar comentar: —Así que fuiste tú la que le proporcionó a Menetir su nuevo apodo. La verdad es que se le da muy bien sacar de quicio a cualquiera.— Ella volvió a apartarse.

—Tienes un par de costillas rotas, pero parece que no hay más daños. Lo único que puedes hacer es descansar hasta que se curen. Te aconsejo que tomes también la infusión que he hecho para Yaluc. Es lo mejor para aliviar el dolor.— Naadur se dio cuenta de lo torpe que había sido su comportamiento, porque en ese momento, tuvo claro lo sucedido.

—Fue él ¿verdad? Menetir te hizo eso.— Señaló el marcado rostro. Ella le dedicó una mirada inescrutable, pero no dijo nada. Sin embargo, la mente de Naadur ya tenía formada su propia idea. —Pero no son sólo las heridas de tu cara. Él te hizo algo peor... Y no hace falta que me digas qué es. Conozco a mi primo. Pero yo no soy como él. Espero que te quede claro.—

La mujer no se separó del lado de Yaluc durante aquella noche y todo el día siguiente. Naadur no estuvo tan atento como al principio, porque, gracias a la infusión que ella le dio, el dolor desapareció prácticamente, y durmió bastantes horas. Le despertó precisamente el dolor de sus costillas rotas. En la gran tienda del Príncipe Heredero, reinaba una suave penumbra, y el silencio. Con cuidado, se incorporó para alcanzar la vasija donde conservaba la maravillosa infusión, y tomó un buen trago directamente. Estaba fría, y eso hacía su sabor aún más amargo, pero no le importó, pues ya conocía sus mágicos efectos.

Se disponía a llamar a su asistente para que le trajera algo de comer, cuando escuchó algo que le detuvo. Igual que le ocurriera a Yaluc 8 años antes, la voz que escuchó cantar le maravilló. También le trajo claro el recuerdo de su primer encuentro con Dilmala. Por fin, recordaba su nombre. Numa había pedido a la mujer que fuera a su castillo a cantar, y Agón les había presentado a su hermana menor. En aquella ocasión, no prestó la debida atención. Pero ahora, en el silencio de la tienda, comprendía por qué Numa se había sentido hechizada por aquella voz.

Despacio, para no hacer ruido, ni perturbar más de lo necesario sus doloridas costillas, se levantó, y comenzó a caminar hacia la zona donde reposaba su amigo. Al apartar la cortina que separaba el área de su lecho del resto de la tienda, contempló una escena que le hizo detenerse de nuevo. Dilmala cantaba ausente de todo lo que la rodeaba, pues su mirada estaba fija en Yaluc. Tenía la cabeza del joven apoyada sobre su regazo, y mientras cantaba, deslizaba suavemente los dedos por los cabellos color fuego. De pronto, Naadur sintió como si estuviera interrumpiendo una escena demasiado íntima. Pero, por más que sus regios modales le decían que no lo hiciera, continuó observando hechizado.

Sin dejar de cantar, en un tono suave y arrullador, Dilmala depositó delicadamente la cabeza de Yaluc, que continuaba con los ojos cerrados, sobre los cojines. Dejó de cantar y se inclinó hasta que su rostro estuvo casi rozando el del joven inconsciente. Naadur podía oír que susurraba algo, pero no llegaba a distinguir las palabras. Igual que cuando cantaba, ahora Dilmala recorría con la punta de los dedos la superficie del rostro de Yaluc. Y entonces, ocurrió algo que tomó a Naadur totalmente por sorpresa. Dilmala se acercó aún más, y besó los labios de Yaluc. Debió de hacer algún ruido, porque ella se separó de pronto del herido y le clavó su oscura mirada.

—¿Cómo se encuentra?— Acertó a preguntar Naadur.

—Ha superado el peligro. Ya sólo necesita que se limpie la herida, se le aplique la cataplasma regularmente, y abundante comida y descanso.— Dilmala dijo con voz neutra, y empezó a incorporarse, mientras guardaba cosas en su bolsa. Algo alarmado, Naadur preguntó:

—¿Te marchas? No puedes marcharte... Te necesitamos. Yaluc te necesita.—

—No. He dado instrucciones precisas a los jóvenes que os asisten. Los he visto mucho más dispuestos que vuestros cirujanos, y es evidente el respeto y afecto que os tienen. Así que, no dudo de que seguirán mis instrucciones. Ya te he dicho que Yaluc ha salido de peligro. Y por tu aspecto, veo que tú también te encuentras mejor.—

—Todo es gracias a tu maravillosa magia. Y no me digas que no. Soy un príncipe, el heredero de este reino en el que tú también habitas. No es muy sensato llevarme la contraria.— Naadur pronunció estas solemnes palabras en un tono que no era solemne en absoluto.

—Como ya le dije a tu padre. Yo no reconozco reyes ni príncipes.—

—¿Cuándo has hablado tú con mi padre?— Preguntó en el mismo tono asombrado que habría utilizado un niño.

—Fue hace más de dos años. Pero veo que no siguió mi consejo.— Dilmala dijo, mirando los escudos que reposaban en una esquina de la tienda, y donde aparecía bien destacado el emblema de los Damoy. Naadur habría querido preguntar más. Pero en ese momento, ambos se volvieron hacia el improvisado lecho al escuchar la débil voz de Yaluc.

—¿Dilmala?... ¿Eres tú de verdad? Soñaba que te oía cantar... Y aquí estás— Yaluc dijo con voz que se fue haciendo algo más firme. Tenía los ojos abiertos, pero en su rostro, había un gesto de total confusión.

—¿Dónde estoy?— Y comenzó a intentar incorporarse, lo que obviamente, le produjo un gran dolor que le hizo permanecer echado. Dilmala y Naadur acudieron igual de raudos a su lado.

—Sí, estoy aquí de verdad. Pero no te muevas, por favor. La herida podría abrirse de nuevo. Necesitas descansar.— Dijo Dilmala en tono afectuoso.

—Sabía que eras tú. Reconocería tu voz entre todas las demás. Y esa canción... Es la que cantabas el día que nos conocimos.—

—Qué alegría que no hayas perdido tu excelente memoria, Yaluc hermano mío.— Naadur dijo con sincera alegría en su rostro. Yaluc se volvió hacia él con una sonrisa bobalicona, aún confuso.

—Tú también estás aquí, Naadur.—

—¿Y dónde iba a estar si no? Esta es mi tienda. Veo que estás confundido. Sufriste una grave herida que nos hizo temer por tu vida. Pero Dilmala obró su magia.— Esta vez, Dilmala no hizo ningún comentario. Pero ella y Yaluc intercambiaron una mirada cómplice. —Quizá, ahora que estás despierto, tú puedas convencerla para que no se vaya. Si te quedas con nosotros, te doy mi palabra de que se te pagarán generosamente tus servicios. Tu hermano es médico de mi padre. Tú serías el mío... y de Yaluc, claro.—

—Guárdate tus monedas o cualquier otra cosa que piensas ofrecerme. Yo actúo en nombre de la Madre, o sería más exacto decir que Ella me utiliza como un mero instrumento para cuidar de sus criaturas. Y además, ya te he dicho que no reconozco rey ni príncipe, y no siento ninguna inclinación por trabajar para ninguno de ellos.—

—¿Estás segura? Si aceptas, te permitiré que sigas siendo tan insolente y deslenguada.— Naadur dijo en tono juguetón. Yaluc le miró de nuevo. Esta vez, su sonrisa era verdadera.

—Así nunca vas a convencer a Dilmala. Otros más influyentes lo intentaron y fracasaron ¿Te importa dejarnos solos, amigo?— Lejos de molestarse, Naadur sonrió más ampliamente.

—Claro. Tú habla con ella.— Dijo con retintín. —Yo voy a ver si encuentro a esos holgazanes que tengo por asistentes, y consigo algo de comer. Me muero de hambre.— Dijo, y se alejó. Yaluc volvió a intentar incorporarse sin conseguirlo.

—¿Te vas a estar quieto?— Ella le riñó, y procedió a colocar un par de los lujosos almohadones que adornaban la tienda, bajo la nuca del herido, lo que le permitió una posición algo más cómoda para hablar.

—Esperaba que los años hubieran metido algo de sensatez en esa dura cabezota.—

—Por favor, no te enfades conmigo.— Yaluc pidió sin dejar de sonreír. —Ni tampoco te enfades con Naadur. Él no tiene mala intención. Y la oferta que te ha hecho es muy generosa.—

—Lo sé. Pero, ahora que sé que te pondrás bien, ya no tengo nada que hacer aquí.— El rostro de Yaluc empalideció de pronto, y Dilmala se dio cuenta de que había visto las cicatrices. Todo el tiempo, se había mantenido de modo que él sólo pudiera verle el lado derecho del rostro, y además, se había vuelto a dejar el cabello suelto, que le ayudaba a ocultarlo.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién te ha hecho eso, Dilmala?— Preguntó lleno de sincera angustia. Ella le miró a los ojos con mirada triste y llena de ternura.

—Es mejor que no lo sepas. Ya has sufrido bastante. Aún no me puedo creer que seas un guerrero. Tú que eres tan bondadoso, tan pacífico. Mi dulce Yaluc ¿Cómo puedes...?— Dándose cuenta de que no conseguiría ninguna respuesta de ella, Yaluc no insistió. En cambio, dijo:

—Lo soporto porque sólo me concentro en cumplir con mi misión. El rey me encomendó proteger la vida de Naadur, y eso es lo que hago. Aunque no necesito que nadie me lo ordene ¿sabes? No se me ocurre ninguna tarea mejor.— Ella le miró atentamente.

—¿Sabe Naadur lo que sientes por él?— Yaluc volvió a desplegar una sonrisa soñadora.

—Si lo sabe o no, lo ignoro. Él se comporta como si nada. Pero sabe cómo soy.—

—¿Y aun así, no preferirías estar en cualquier aldea lejana? Nadie ignora cuánto desprecian los valate a los hombres como tú. Yo podría ayudarte de nuevo a esconderte.— Yaluc le cogió la mano y la apretó afectuosamente. Ella se tensó un momento, pero no la retiró.

—Lo sé, y te lo agradezco. Igual que sé el riesgo que corro. Me crie en el templo de Nin, Dilmala. He visto los castigos. Pero, por nada del mundo me separaría de Naadur. No soportaría estar lejos de él. Pero tú me das consejos cuando no escuchas a nadie. No te hablo de la oferta de Naadur. Pero ¿no crees que deberías convertirte de una vez en Guía de la Gente? En estos tiempos tan difíciles, serías de mucha ayuda. Y yo te entregaría gustoso los libros de Zesera ¿Quién mejor que tú para tenerlos?—

—No, Yaluc. Yo no soy la persona indicada para tener esos libros. Sin duda, tú la encontrarás. Y mucho menos, soy apropiada para ser Guía de la Gente.—

—Pero ¿Por qué no? Nunca he comprendido tu obstinación en negar tus cualidades.—

—Porque me falta la más esencial de todas, Yaluc. Tú lo sabes. Copiaste la sabiduría de los antepasados ¿Cuál es la principal cualidad que debe poseer un Guía de la Gente?— Yaluc buscó en su memoria.

—Ha de estar en contacto con la Madre y en armonía con sus criaturas.— Recitó.

—En el corazón de un Guía de la Gente, debe haber armonía con todo y con todos, Yaluc. En el mío sólo hay amargura y odio. Ahora, más que nunca. Ya ves que no soy adecuada. Por eso, debo marcharme, seguir mi camino.—

—Pero, no lo harás sin aceptar cenar con nosotros ¿verdad? O es que ¿acaso los loggi desconocéis también la cortesía?— Naadur, que había regresado, intervino. —Tómalo como un gesto de agradecimiento por lo que has hecho por nosotros. Sería una grosería horrible que lo rechazaras.— Yaluc no pudo evitar echarse a reír ante los exagerados gestos de Naadur, y, para sorpresa de ambos, Dilmala sonrió.

—De acuerdo. Acepto cenar con vosotros.—

—Excelente— Mis asistentes me dicen que les has instruido en cómo confeccionar tus medicinas. Pero ¿cómo podrán tener el mismo efecto, si ellos no poseen tu magia?—

—Los conocimientos de Dilmala no son magia, Naadur. La gente loggi conoce muy bien las plantas y animales de su entorno.—

—Oh, vamos Naadur ¿Por qué os empeñáis en burlaros de mí? Yo sé que Dilmala es una poderosa maga. La gente de esta comarca se ha enterado seguramente por mis asistentes, de que está aquí. No ha sido fácil convencerlos de que no podían entrar en el campamento. Insisten en ver a la Mujer del Bosque. Me decepciona un poco tu apodo. Habría esperado uno tan bueno como Cabeza de Fuego.— Un par de asistentes se acercaron con la comida. El propio Naadur acercó un largo banco al lecho de Yaluc para que les sirviera de mesa, y se sentó con las piernas cruzadas, mirando a su risueño amigo. Dilmala no podía más que sentarse a su lado, pues el otro lo ocupaba el lecho.

—Naadur. Ya te he dicho que Dilmala no es maga.— Yaluc dijo, divertido, y con un gesto travieso casi idéntico al de Naadur, añadió.

—Aunque es cierto que posee ciertos dones extraordinarios, como el don de la profecía.—

—¿De verdad? Oh, poderosa Dilmala. Te ruego que me digas qué me depara el destino.— Naadur bromeó, mientras bebía un buen trago de vino. Seguramente, sólo pretendía bromear, burlarse un poco, enfadado porque ella hubiera rechazado su oferta de quedarse, con lo que le privaba de la oportunidad de conseguir seducirla. Pero ella le miró muy seria.

—¿Estás seguro de que tienes el valor para saberlo?— Preguntó. Ambos hombres la miraron sorprendidos. Pero Yaluc ya sabía muy bien cuál iba a ser la respuesta de Naadur.

—Nadie pone en duda mi valor y sale indemne. Estoy dispuesto para escuchar lo que sea que me tengas que decir.—

—De acuerdo entonces. Pero, antes debo ser completamente honesta contigo. No hay ninguna garantía de que vaya a ver nada. No ocurre según mi voluntad. La que es madre de todos actúa a través de mí cuando así lo decide.—

—No haces más que hablar de esa Madre ¿Es uno de vuestros dioses?—

—No. Ella es la fuente y principio de todo. Todo lo que vive procede de la Madre.— Dijo Dilmala.

—¿Insinúas que esa madre vuestra es más poderosa que los dioses?— Dilmala dedicó a Naadur una sonrisa condescendiente, como si fuera un niño especialmente torpe para aprender, y dijo:

—Si esos dioses viven, son también criaturas de la Madre. Y ahora, dame tus manos.— Dilmala extendió las suyas. Naadur hizo ademán de estirar sus manos hacia las de ella, pero se detuvo y las alzó. De nuevo en tono juguetón, preguntó:

—¿Y no sacarás ese cuchillo tuyo tan afilado? Me advertiste que lo harías si te tocaba.— Sin más preámbulos, ella le cogió las manos.

—Tú no me tocas. Yo te toco.— Ella se dispuso a concentrarse en espera de que le llegara alguna visión. Cerró los ojos. Cuando los abrió, él tenía una mirada inconfundible, que se borró en cuanto ella le clavó de nuevo sus ojos casi negros. Sin embargo, la severidad de su mirada se disipó en un momento. Dejando libres las manos del príncipe, dijo con tono lo más neutro que pudo: —Antes de que pasen dos veranos, tu esposa dará a luz un varón.—

—¿Un varón? ¿De verdad puedes verlo?— Naadur preguntó, asombrado.

—Veo lo que la Madre quiere mostrarme.— El semblante de Naadur se tornó más serio.

—Pero ¿vivirá?— Preguntó en tono anhelante.

—Vivirá— Dilmala dijo con un tono mucho más suave del que había utilizado hasta ese momento con Naadur. El joven príncipe estalló de alegría. Se levantó de un salto, batió palmas, hasta que sus costillas le recordaron dolorosamente que no se encontraba en plenitud de facultades. Pero eso no borró su sonrisa ni mitigó su alegría.

—¿Has oído eso Yaluc? Por fin, un heredero.—

La cena que compartían los príncipes y Dilmala se vio entonces interrumpida por uno de los asistentes que entró con un mensaje para Naadur. Damosén y sus hombres regresaban al campamento. Naadur salió de la tienda para recibir a su general, pues estaba impaciente por conocer cómo le había ido en su persecución de Menetir. Y después de la profecía de Dilmala, estaba demasiado emocionado como para estarse quieto a pesar de sus costillas rotas.

Al quedarse solos, Dilmala se dispuso nuevamente a recoger su bolsa para marcharse.

—¿Ni siquiera vas a esperar a mañana? ¿Te vas en plena noche?— Preguntó Yaluc.

—Ya has oído lo que ha dicho Naadur. Hay gente ahí fuera, seguramente acampados en las cercanías, esperando para verme. Mi lugar está con ellos.—

—No me has contado por qué te buscan.— Dilmala sonrió dulcemente a Yaluc. Se sentó un momento al borde del lecho.

—Es una historia complicada. Te la contaré. Pero no ahora— Yaluc sonrió también.

—Bueno. Entonces me conformo porque eso quiere decir que volveremos a vernos.—

—Tú y yo siempre volvemos a vernos, Yaluc. Pero ahora, es el momento de marchar.—

—Espera.— Ella detuvo el movimiento de ponerse nuevamente en pie, y le miró expectante. —Hay una cosa que sí tienes que decirme. Antes, aseguraste a Naadur que serías completamente honesta con él, y sin embargo, no lo has sido.—

—Te aseguro que no le he mentado acerca del nacimiento de su hijo.— Se defendió ella.

—Eso ya lo sé. Le has contado la verdad de tu visión, pero no toda la verdad. Te conozco, Dilmala, y sé que te has guardado algo.— Ella suspiró resignada.

—¿No le has visto, Yaluc? Estaba tan feliz con la noticia del nacimiento de un heredero. Tú tienes razón, Naadur tiene un corazón noble, igual que tú. Permite que disfrute de estos momentos de felicidad, Yaluc, pues no dispondrá de muchos.—

—¿Has visto peligros o desgracias en el futuro de Naadur?— Yaluc preguntó, angustiado.

—Ya te he dicho más de lo que debería. Sólo añadiré que continúes cuidando de él como hasta ahora. Y cuídate tú también, mi dulce Yaluc.— Dilmala dijo, y le abrazó con cuidado. Él sólo pudo responder con medio abrazo, pues no podía levantar su brazo derecho por temor de que la herida de su costado se abriera de nuevo. Y esta vez, cuando Dilmala se puso en pie, ya no volvió atrás.

Yaluc se había quedado adormilado cuando Naadur regresó a la tienda. Su expresión era incluso más feliz que al salir un rato antes. Le contó que Damosén había perseguido al ejército de Menetir casi hasta la frontera de Narvaly. Pero, habían decidido regresar, pues se hallaban en medio de territorio enemigo, y en inferioridad numérica. Su rostro sólo se entristeció al tener que reconocer que ya no podrían organizar una campaña para terminar de expulsar a los invasores de Kynán, pues pasarían bastantes semanas antes de que sobre todo Yaluc, se recuperara de sus heridas, y el otoño ya estaba encima. Además, los hombres estaban realmente agotados después de un verano de tantas y tan duras batallas. Pero este año, regresarían a Taros triunfantes.

6:

Los Demonios del Abismo

Los deseos de Naadur de conseguir la definitiva victoria sobre Menetir en la campaña del verano siguiente no se cumplieron. Tampoco hubo ninguna campaña. Ninguno de los dos bandos estuvo en condiciones durante casi dos años de combatir. Un enemigo mucho más poderoso que ninguno de los ejércitos que Menetir o Andamar pudieran reunir se abatió sobre todos los reinos conocidos. Ninguno se libró desde la oriental Esterria hasta las islas del Gran Mar o del Pequeño Mar. Golpeó las granjas más humildes y las más alejadas y pequeñas aldeas, pero también las ciudades, los poderosos castillos y los palacios reales.

En cada reino o región le daban un nombre diferente, pero los resultados eran siempre los mismos: debilidad, fuertes dolores de garganta, fiebre muy alta, y en la mayoría de los casos, imposibilidad total de respirar que causaba la muerte al cabo de unos pocos días. Se cebaba especialmente con los niños, pero nadie estaba a salvo, ni siquiera los más robustos guerreros.

Cuando el ejército de Naadur regresó a Taros, en cuanto Yaluc estuvo lo suficientemente repuesto como para soportar el largo viaje, ya llevaban con ellos la plaga. Lo que Naadur había interpretado como extenuación de sus hombres después de tan dura campaña no era sólo eso. Entre los que regresaron de perseguir a Menetir, algunos llegaron enfermos, incluido el propio Damosén.

Lo que ellos no sabían, aunque al cabo de las semanas llegarían a enterarse, es que en el ejército de Menetir la situación era muy parecida. Aunque Damosén no hubiera dado la vuelta al encontrarse en inferioridad numérica en medio de territorio enemigo, seguramente no habría sido hostigado, pues había muchos enfermos entre los hombres de Menetir. En un principio, éste había planeado permanecer en su cuartel general de la Heredad del Sur a pasar el invierno, y así poder iniciar sus ataques más pronto la primavera siguiente. Pero entre los hombres de las guarniciones de las plazas conquistadas en Kynán había muchos enfermos, y ya para el final del verano, los muertos eran muy abundantes. Pensando que podría alejarse de la plaga, Menetir decidió regresar a Narvaly, sin saber que él también la llevaba consigo.

La situación llegó a ser tan grave que Andamar convocó a los sumos sacerdotes de los templos de todos los dioses para que le dieran su opinión. La conclusión a la que llegaron fue que la plaga estaba causada por los mismos Demonios del Abismo que se habían liberado años atrás durante el terrible terremoto de Shimma. Organizaron plegarias constantes en los templos, igual que durante los cinco días alrededor del Día Corto del Invierno, y decidieron que era necesario ofrecer un gran sacrificio a la diosa Arapagena, señora de las aguas y única que podía aplacar a los Demonios del Abismo. Durante doce días, cada noche se sacrificaban doce palomas blancas a la poderosa diosa de la luna. Nará dirigía las ceremonias. Sin embargo, nada parecía capaz de saciar el hambre de vidas humanas de los Demonios del Abismo.

Damosén estuvo muy enfermo, pero se recuperó, sin embargo, su esposa y dos de sus tres hijos perecieron. También hubo muchos muertos entre el personal de palacio y los nobles de la corte. Al principio, parecía que la familia real se libraría, pero la plaga no conocía de realezas. Yaluc, que aún se recuperaba de su herida, cayó enfermo, después, le llegó el turno a la reina Brala y a la menor de las princesitas, hijas de Naadur. La propia Numa también enfermó.

Hubo un momento en el que Andamar llegó a temer que perdería a toda su familia. Ordenó a su madre que se mantuviera alejada de los enfermos, incluso que se fuera al palacio de su familia en las afueras de Taros. Sin embargo, como era habitual en ella, Garpa no hizo caso. A pesar de que su hijo temía tanto por ella, pues ya había cumplido los 64, la reina madre permaneció tan fuerte como siempre, y cuando su hijo el rey enfermó también, ella demostró su incansable energía preocupándose por todos y atormentando a los inútiles médicos de palacio.

Yaluc no tardó mucho en recuperarse y el rey le siguió, aunque su salud quedó muy quebrantada. Su recuperación fue incompleta porque no se separaba del lado de su amada Brala. Los médicos y la familia en general confiaban en que la reina lograría también superar la enfermedad, pues siempre había sido una mujer fuerte y sana. Los mayores temores se centraban en la princesa Numa, siempre tan frágil y delicada.

Mientras en el Palacio de las Nubes, como en casi cualquier hogar fuera del rango que fuera, se luchaba contra la plaga casi siempre perdiendo, Dilmala seguía vagando por los bosques. Cuando su embarazo se hizo evidente, le volvieron las dudas y de nuevo prefirió aislarse del mundo. Sin embargo, un día, recorría el bosque en busca de nueces, setas o algún pequeño animal que poder cazar para comer. Ya

se notaba el frío que anunciaba la cercanía del invierno. La mañana había amanecido con una espesa niebla helada que dejaba escarcha sobre la superficie de las ramas y piedras. Tuvo la mala fortuna de resbalar y caer por un pequeño terraplén. Mientras conseguía volverse a poner en pie con dificultad, comprobando que sólo tenía algunos arañazos, sintió un temor hasta entonces desconocido para ella

¿Qué habría pasado si se hubiera roto una pierna al caerse? Estaba completamente sola. Hacía semanas que no había visto a nadie y por tanto, nadie sabía dónde se encontraba. Si por cualquier circunstancia, quedaba imposibilitada de moverse, moriría de frío y hambre o sería presa de las fieras del bosque antes de que alguien acertara a pasar por aquellos parajes solitarios. En otro momento, puede que esa perspectiva no le hubiese importado demasiado. Pero estaba embarazada. Otra vida dependía de la suya. La Madre la había bendecido, y ella sería una muy mala servidora de la Madre si no agradeciera apropiadamente esa bendición. De modo que, decidió que debía buscar un lugar seguro, al menos hasta dar a luz. Mientras caminaba de regreso al pequeño refugio de ramas que utilizaba como hogar, sólo le vino un lugar a la cabeza, la aldea donde vivía Jaduma. Y en ese momento, le invadió una nostalgia tan grande de su familia, que rompió a llorar.

No esperó más. Esa misma mañana, se puso en camino. No podía perder tiempo, pues la pequeña aldea estaba lejos, y quería evitar en lo posible que la alcanzasen las nevadas. Aun así, su viaje fue arduo. No fue hasta los días previos al Corazón del Invierno, cuando ya la nieve lo cubría todo, que Dilmala consiguió alcanzar la aldea donde vivía su familia.

La pequeña aldea en lo alto de la montaña tampoco había escapado a la plaga. Aunque para cuando Dilmala llegó ya no quedaba nadie enfermo, la horrible plaga se había cobrado también allí su cuota de muertes. Entre los desafortunados, se encontraba el noble y bondadoso Mosh. Jaduma estaba muy triste por la muerte del compañero con el que había compartido tantos años. La sorpresa de ver llegar a su hermana, a la que hacía tanto que no veía le sirvió de pequeño consuelo.

Al igual que había ocurrido en la mayoría de aldeas o villas por donde pasaba, allí también habían oído la terrible historia de la matanza en el bosque del sur, y que Dilmala era ahora conocida como la Mujer del Bosque. Sin embargo, a pesar de conocer la historia, Jaduma no pudo evitar que se le partiera el corazón al ver las terribles cicatrices en el rostro de Dilmala. Ésta fue recibida con el más cálido afecto y lo que agradeció infinito, sin preguntas acerca de su cara o su embarazo.

Hasta que estuvo allí, rodeada de aquellas personas que la querían, no fue realmente consciente de lo sola que se había sentido todos aquellos meses. Sintió sinceramente la muerte de Mosh. El compañero de su hermana era un buen hombre y éstos, como ella sabía muy bien, no eran abundantes. Sin embargo, le esperaba una sorpresa muy agradable. Mores, que ya tenía 15 años, se había convertido en un digno sucesor de su padre. Se mostraba muy afectuoso y protector con su madre y su hermana menor Derina. Y para gran alegría de Dilmala, ya tenía él mismo una compañera. Se llamaba Satuba y tenía la misma edad que él. Jaduma le contó que era una muchacha que había perdido a toda su familia en la Aldea del Roble Partido durante una incursión de un grupo de aquellos nobles expulsados que se habían hecho bandidos. Como su madre era pariente de Mosh, la habían acogido en su propia familia.

Las constantes plegarias en los templos y los sacrificios que Nará ofrecía a la diosa de la luna no fueron suficientes para detener la plaga. Ésta tenía un durísimo golpe reservado para la familia real. Primero murió la pequeña Tymís de apenas 3 años. La reina Brala la siguió dos días después. Andamar, que no se había apartado del lado de su amada, se sumió en una tristeza tan profunda que se temió que sufriera una recaída. Esto no ocurrió, pero al rey le quedó, además de una frágil salud, una honda melancolía que no le abandonaría durante el resto de su vida.

Como el rey estaba sumido en su profundo dolor, lamentándose de haber sobrevivido a la plaga sólo para perder a Brala, recibía todas las atenciones de su madre, que estaba muy preocupada por él. Nadie parecía recordar al pobre Naadur, que acababa de perder a su madre y a su hija más pequeña, y continuaba sufriendo por Numa, quien todos creían sería la siguiente. Yaluc, por supuesto, sí estaba como siempre pendiente del Príncipe Heredero. Le conmovía profundamente el dolor de Andamar, pero su corazón sufría especialmente por Naadur. Durante aquellos terribles días, Yaluc pudo estar más cerca de él que nunca.

—Mi padre tiene razón.— Naadur se lamentaba mientras el estado de Numa no experimentaba cambios. —Los dioses siguen dándonos la espalda, a pesar de las antiguas leyes que se han puesto de nuevo en vigor, y de todas las batallas victoriosas. Siguen burlándose de nosotros, igual que tu amiga Dilmala.—

—No digas eso, Naadur. Yo conozco bien a Dilmala. Ella nunca te habría profetizado el nacimiento de tu hijo si no lo hubiera visto con toda claridad.—

—Pero Numa se muere también, Yaluc.—

—Comprendo tu dolor por la pérdida de la pequeña Tymís. Yo también lloro su muerte tan injusta. Pero, confía en mí. Yo sé que Dilmala te dijo la verdad.— Y para inmensa felicidad de Yaluc, Naadur se dejó abrazar y consolar. Para el heredero, era muy difícil de comprender ¿Qué querían de él los dioses? ¿Por qué le habían dado una hija sana sólo para quitársela al cabo de 3 años? Era ya suficientemente duro ver nacer a sus hijos muertos, pero a Tymís ya la había visto corretear y la había escuchado hablar. Era una persona real, y ya no estaba.

Aquel año, las ceremonias del Día Corto del Invierno fueron más lúgubres que nunca, pero, al menos, a partir de entonces, ya no hubo ninguna muerte más en palacio. Para sorpresa de todos, menos Yaluc, Numa se recuperó y ella y Naadur lloraron juntos a su hijita. Sin embargo, al igual que le ocurriera al rey, Numa también quedó para siempre afectada. Si antes parecía completamente ajena a la realidad que la rodeaba, a partir de entonces sus momentos de lucidez y plena consciencia se hicieron aún más raros.

Cuando Menetir llegó al palacio real de Hitowa, ya sufría los primeros síntomas de la enfermedad. Pronto, la fiebre le obligó a permanecer en cama. Siempre había gozado de excelente salud, por lo que, para él, estar enfermo era especialmente duro. No tardó en perder la noción del tiempo. La fiebre le mantenía en un estado de permanente delirio, donde era incapaz de distinguir la realidad. Tan pronto creía hallarse de nuevo en la fría celda de la torre norte en el Palacio de las Nubes, escuchando aullar el viento furioso, como veía el rostro severo de su padre, y creía estar ya muerto. El pánico más absoluto se apoderó de él, pues sabía que habría muchos espíritus deseando tomar venganza, comenzando por Domusal. En su delirio intentaba hacer comprender a su padre su actitud, pero Domusal se mostraba inflexible y sin la menor inclinación a perdonar la última y grave falta de respeto de su hijo.

A menudo, se veía en un bosque tenebroso del que no sabía cómo salir, y entonces, veía a la bruja loggi empuñando su cuchillo no para cortarle sólo una oreja, sino para arrancarle el corazón, mientras le repetía su maldición: —Te ahogarás en sangre, Menetir—. Y entonces, veía detrás de él a las demás brujas que le perseguían intentando alcanzarle con sus manos esqueléticas. Sí, Menetir sabía que habría muchos espíritus furiosos esperándole en el inframundo, y eso le hacía temblar de miedo. Pero entre tantas imágenes terroríficas, de vez en cuando, también veía

unos ojos del color de la miel que le miraban compasivos, y escuchaba una dulce voz. Era Zodrim que, a pesar de todo, le amaba. Y entonces, el alivio le invadía y conseguía al fin dormir sin pesadillas.

Zodrim y Enekhhal eran casi los únicos que no habían enfermado en palacio. También resistía la reina viuda Zysé. Entre ambas mujeres, cuidaban a todos los enfermos. Como eran tantos, Zodrim dispuso que fueran agrupados para ahorrar tiempo y esfuerzo. Así, convirtió dos de los salones de palacio en improvisadas enfermerías. En uno, puso a las mujeres y los niños, y en el otro, a los hombres. Zysé la ayudaba cuánto podía, pero sus huesos se resentían terriblemente con el frío y a menudo, ella misma tenía que descansar en cama.

Enekhhal se convirtió sin pretenderlo en el gobernador oficioso del reino, pues incluso el fornido Jarek cayó enfermo. Él precisamente fue uno de los primeros en morir en palacio. Enekhhal observaba fascinado a Zodrim. Si antes ya la encontraba interesante, su admiración al ver con qué inteligencia se organizaba, y con qué dedicación cuidaba de los enfermos, aumentó en grado sumo. Estaba muy seguro de no estar enamorado de su cuñada. Al fin y al cabo, él era demasiado frívolo y cínico para enamorarse. Pero, más de una vez, se sorprendió a sí mismo pensando en que, tal vez, si las cosas se hubieran desarrollado como estaban planeadas, y Menetir hubiera desposado a Numa, él podría ahora ser el esposo de Zodrim. Y este pensamiento, por muy fuera de lugar que estuviera dado su carácter, no le desagradaba en absoluto.

Sobre todo, le admiraba el modo en que Zodrim cuidaba a Menetir. Él sabía muy bien cuánto había sufrido ella por el horrible carácter de su esposo. Últimamente, Enekhhal había llegado a pensar que ella no sentía deseos de que regresara de la guerra. Y sin embargo, ahí estaba como la más devota de las esposas.

Las siguientes en sucumbir, apenas con unas horas de diferencia, fueron Nefty, viuda de Netyk, y su propia madre Khamer. Entre los niños, todos enfermaron, excepto la pequeña Zaner, a la que se procuró mantener lejos de palacio. En el palacio real de Narvaly, la plaga fue más cruel que en Taros: el segundo hijo de Menetir y Zodrim también murió, seguido del hermano menor de Rolf, el heredero. Justo entonces, Menetir comenzó a recuperarse.

Al principio, no fue informado de la muerte de su segundo hijo. El mayor, Uthegal, y el tercero, también mostraban signos de recuperación. Sin embargo, entonces, sin duda agotada por tanto esfuerzo, Zodrim cayó también víctima de la enfermedad. Enekhhal no podía creer el cambio en

su hermano. En cuanto pudo levantarse de la cama, acudió junto al lecho de Zodrim. Su paciencia, ya de por sí escasa, se agotaba más aún porque, según él, los médicos de palacio no eran lo suficientemente diligentes en curar a su esposa ¿Cómo se explicaba si no que ella hubiera hecho el mayor esfuerzo con los otros enfermos y se viera ahora en riesgo de perder su propia vida?

Mientras Zodrim se debatía entre la vida y la muerte con un desconocido Menetir a su lado, se produjo una muerte que afectaba al destino de todos. El príncipe Rolf no consiguió superar la enfermedad. Los pocos nobles que se atrevían a acercarse a los aún enfermos vinieron para informar al angustiado Menetir que ahora Zodrim era la reina de Narvaly. Menetir les recibió con uno de sus característicos arranques de mal humor ¿Cómo osaban hablar del destino de Narvaly cuando estaba en juego la vida de su esposa? Enekhhal no estaba seguro de si tanta devoción repentina por parte de Menetir era auténtica. Pero, tenía que reconocer que no se había esperado esa reacción. El Menetir que él tan bien conocía y tanto despreciaba no habría dudado en apropiarse de la corona en representación de su esposa. Pero de algo sí estaba seguro, tanto si Zodrim vivía para ceñir la corona como si Menetir era nombrado regente en nombre de Uthegal, el reino de Narvaly ya no era un buen lugar para él.

7:

Fuego en el cielo

En la primavera siguiente a la plaga, Dilmala dio a luz una niña y la llamó Ylania. Al igual que le sucediera a Zesera con Yaluc el guardián, sintió que ése era el nombre apropiado para su hija. Ylania, en la antigua lengua, significaba camino. Y precisamente, Dilmala tuvo la certeza de que aquella niña sería eso, un camino que podría guiar a la gente hacia el incierto futuro.

Su idea original había sido dejar a la pequeña al cuidado de su querida hermana Jaduma. Y se reforzó en ella al comprobar lo feliz que cuidar a la propia Dilmala durante su embarazo hacía a la otra mujer. Era evidente que su presencia y la perspectiva de una criatura le servían de consuelo por la pérdida de su querido compañero de tantos años. No sólo Jaduma y el resto de su familia, sino todo el mundo en la aldea se alegraba sinceramente de tenerla allí. Todos conocían la especial predilección que Zesera sintió por ella, y la memoria de la Hija Mayor seguía muy presente entre ellos.

Sin embargo, no fueron estas razones, con ser muy importantes, las que hicieron que decidiera quedarse en la pequeña aldea, al menos de momento. La plaga, aunque con menor fuerza después del invierno, seguía matando gente por todas partes. En cuanto los caminos estuvieron libres de nieve, los aldeanos salieron hacia los mercados, como era su costumbre. Pero, en lugar de traer mercancías intercambiadas por las suyas, traían lúgubres noticias. La gente estaba aún dominada por el miedo a contraer la enfermedad y temían viajar. Además, con tantos campesinos muertos, sumados a los que anteriormente habían huido de sus granjas por la guerra o las correrías de los bandidos, ese año apenas se había sembrado y por tanto, las cosechas serían escasas.

Dilmala pensó que no era precisamente el mejor momento para aventurarse de nuevo a vagar por los bosques, y mucho menos para intentar crear un nuevo grupo de Hijas de Prakhana. No podía saber si los otros grupos seguían existiendo. Decidió esperar y ver si según avanzara el buen tiempo, conseguía ponerse en contacto con alguno de ellos.

Casi por los mismos días que Dilmala traía al mundo a Ylania, el padre de la niña se convertía en rey consorte de Narvaly. Afortunadamente, Zodrim se recuperó de la enfermedad. Menetir se sintió inmensamente aliviado, y siguió ejerciendo como esposo devoto ante el

asombro de todos. Algunos llegaron a pensar que el dolor por perder a su segundo hijo junto con el temor de llegar a perder a su esposa le habían vuelto loco. Entre ellos no se encontraba Enekhhal, quien conocía a su hermano lo suficiente como para no creer en su repentino amor conyugal. Él creía que, simplemente, Menetir se había asustado, pero en cuanto se recuperase del susto, volvería a su verdadero ser. Zodrim tampoco creía en la locura de su esposo. Pero, a diferencia de Enekhhal, ella aún le amaba por lo que prefirió interpretar los cambios como el resultado de que, por fin Menetir se había dado cuenta de que también amaba a su esposa.

La ilusión que Zodrim creó en su mente duró más de lo que Enekhhal habría esperado. Cuando ella pudo levantarse de la cama ya como reina de Narvaly, ella y su esposo presidieron los solemnes funerales que se hicieron en honor del difunto heredero Rolf, su hermano menor y todos los miembros de la familia real que habían sucumbido a la plaga. Éste fue el motivo de que Enekhhal permaneciera en Narvaly, pues deseaba asistir al funeral de sus parientes. Pero, en cuanto las ceremonias terminaron, se dispuso a marcharse. Sin embargo, cuando ya estaba a punto de partir, la reina le hizo llamar.

—¿Pensabas marcharte sin despedirte de mí?— Zodrim preguntó dolida.

—Había dado orden a uno de mis lacayos para que te trajera una nota de despedida en cuanto yo saliera de Hitowa. Pensé que sería lo más adecuado, pues no creía que quisieras verme.—

—¿Y por qué no iba a querer verte? Siempre te he tenido mucho afecto. Y ya sabes que ahora eres muy especial para mí.— Él sonrió.

—Lo sé muy bien. Igual que sé que ahora mismo estás hechizada por una ilusión que tú misma has creado. Ojalá dure mucho, aunque, sinceramente, no lo creo. Y siento mucho no estar cerca de ti cuando él vuelva a romperte el corazón. Pero por respeto a la memoria de mi padre, y por mi propia cordura, no puedo vivir con mi hermano como rey.—

—Pero, la reina soy yo.— Él le dedicó nuevamente una dulce sonrisa.

—Tú sabes que él no se va a conformar con estar bajo tu mando. Por mucho que le creas enamorado, eres inteligente.—

—Supongo que no puedo hacerte cambiar de idea ¿Tienes decidido a dónde irás?— Él se encogió de hombros.

—No estoy seguro. Buscaré algún lugar donde me dejen tranquilo con mis artefactos, como Menetir los llama.—

—Te echaré de menos.—

—Lo sé. Y lo siento, pero no me puedo quedar.—

Como siempre, el agudo Enekhál había acertado. Menetir estaba asustado por los recientes acontecimientos, y mucho más de lo que su inteligente hermano suponía. Las imágenes que vio durante su delirio aún le hacían temblar. Especialmente, le afectaba haber visto a su padre tan disgustado y furioso con él. Hasta entonces, Menetir nunca había pensado seriamente en su propia muerte. Ni siquiera durante los terribles meses de su encierro en el Palacio de las Nubes, pues aunque llegó a creer que Andamar le dejaría allí para el resto de su vida, en ningún momento vio su fin inminente. A pesar de ser un soldado, y haber entrado ya numerosas veces en batalla, tampoco había pensado en su muerte. Siempre estuvo seguro de contar con el favor de los dioses, ya que creía firmemente ser el legítimo rey de Kynán.

Sin embargo, lo que no habían logrado ni su encierro ni las batallas lo consiguió la plaga. Había visto la muerte tan de cerca, y como todo valate, estaba seguro de que su alma vagaría sin rumbo en las tinieblas del inframundo, a menos que durante su vida, consiguiera hazañas que le hicieran merecedor de acompañar a los propios dioses tras su muerte. Todos los valate temían la eternidad vagando en las tinieblas, sin esperanza de cambio. Pero Menetir tenía motivos para temerla aún más. Sabía bien que se había hecho merecedor del odio de muchos, aunque a él, los que más le preocupaban eran los de su familia. Por primera vez en mucho tiempo, pensó en la pequeña Uxyla. Sin duda, ella tenía incluso más motivos que Domusal para vengarse de él. Y ahora, Enekhál decidía marcharse de Narvaly, él sabía muy bien por qué.

Su relación con Enekhál nunca había sido buena. Si Nusi, que amaba profundamente a ambos, no hubiera estado siempre dispuesta a mediar entre ellos, probablemente ya se habrían matado. Ahora, él era el jefe de la familia, su máximo responsable, y no lo estaba haciendo bien. Lo más seguro es que nunca consiguiera reconciliarse con su hermano, por lo que debía esforzarse en ganar el respeto de los dioses para que ellos eligieran su alma en el inframundo. Como sabía que no lo conseguiría a través del amor y respeto de los suyos, no le quedaba más remedio que realizar hazañas que hicieran su nombre inmortal. Para su desgracia, estaba en gran desventaja, pues su propio primo, el insoportable Naadur, era ya reconocido como el nuevo Groaker El

Grande. Sólo pensar en Naadur, que tenía todo lo que Menetir deseaba, despertó su cólera.

Era el día previo a la proclamación oficial de Zodrim como reina de Narvaly, con lo que él, sería proclamado rey consorte, y mucho más importante, su hijo Uthegal se convertiría en el Príncipe Heredero. Sonrió. Al final, resultaba que Naadur no lo tenía todo, pues todavía no había conseguido producir un heredero, mientras que él, incluso después de perder a uno, aún tenía dos hijos varones. Pensó en lo que significaba su nuevo papel. Debería sentirse eufórico, pero no podía, pues, en realidad, él no era nada ¿Había sido ésta la corona que aquel viejo wasmun le profetizó? En tal caso, y como pensaba mientras estaba prisionero, no había sido más que una gran burla. Todo el mundo, incluido el wasmun, sabía cuál era la corona que Menetir ambicionaba, la que por derecho le pertenecía. En aquel instante, mientras contemplaba desde una ventana en lo alto del palacio real de Hitowa los hermosos valles sobre los que iba a reinar, repitió para sí mismo la promesa que ya hiciera cuando murió su padre. No descansaría hasta ver a Andamar y toda su familia convertidos en cenizas, costara lo que costase. Y luego, gritando hacia el vacío:

—Yo seré rey de Kynán ¿Me oyes maldito viejo andrajoso?—

La plaga no había asustado sólo a Menetir. Andamar, aunque no había visto la muerte tan de cerca como su sobrino, también quedó profundamente afectado. Naturalmente, lo que más le impresionó fue la muerte de su querida Brala. A partir de aquella horrible plaga, nunca volvería a ser el mismo. Su ánimo se volvió definitivamente melancólico, y se obsesionó de una manera absoluta con su papel de rey. Sentía que estaba llamado a recuperar a toda costa la grandeza valate, pues era evidente que, desde que comenzara su reinado, aún no había conseguido el favor de los dioses.

Todo el mundo esperaba que tras los funerales de la reina, se encerrara en sus aposentos, o que decidiera retirarse una temporada a algún templo para meditar sobre lo ocurrido. Dado su carácter, a nadie le habría extrañado. Sin embargo, no sólo no se aisló del mundo, sino que se entregó con inusitada pasión a su labor regia. Su mente estaba más activa que nunca, pues buscaba sin descanso la mejor manera para recuperar el favor de los dioses para su pueblo. Al final, decidió que debía poner aún más empeño en recuperar las leyes tradicionales. Se hizo traer del templo de Nin todos los documentos y edictos reales de los grandes reyes valate, y los estudió con absoluta dedicación.

Su familia, claro, estaba preocupada por él. Pero Andamar quitaba importancia a sus preocupaciones, asegurando que se encontraba perfectamente. En realidad, la enfermedad le había dejado secuelas no sólo en el ánimo, aunque no se pondrían de manifiesto hasta más adelante. Por supuesto, le preocupaba mucho el estado en el que había quedado su reino tras la plaga. Enviaba constantemente emisarios para indagar y que le informaran de cómo iban las cosas. Por desgracia, durante la primavera y aun entrado ya el verano, seguían trayéndole noticias de nuevas muertes causadas por la plaga. Su ejército y los de los grandes señores que le apoyaban habían quedado muy disminuidos. Afortunadamente, sus espías le informaron de que los de Menetir se encontraban igual o peor.

Desde luego, le tranquilizó que aquel verano no fuera a haber ataques por parte de su sobrino. Lo que no le tranquilizó en absoluto fue enterarse de que Menetir era ahora rey consorte de Narvaly. Ciertamente que la reina oficial era su esposa, pero cualquiera que conociera a Menetir sabía que eso no representaba ningún obstáculo para él. Esta noticia preocupó muy especialmente a Naadur. Menetir tenía ahora el poder sobre todos los recursos de Narvaly. Sólo le quedaba la esperanza de que, quizá, los poderosos clanes de aquel reino no se sometieran a su poder, aunque, la verdad, no confiaba mucho en que eso sucediera. Para Andamar, por supuesto, la mayor preocupación, ahora que de momento no había ataques, era la ausencia de herederos más allá de Naadur y Yaluc. Una mañana, convocó a su hijo adoptivo.

—Te he hecho llamar para anunciarte que ya he encontrado una joven adecuada para ti.— Yaluc intentó que no se le notara que ésa no era precisamente la mejor noticia que esperaba escuchar. No estaba seguro de haber logrado disimular sus sentimientos, aunque ya estaba cogiendo mucha experiencia en hacerlo.

—Oh— A pesar de todo, eso fue lo único que consiguió decir.

—Sí, bueno. Intenta reprimir tu entusiasmo.— Andamar dijo, sarcástico. —Ya sé que a muchos jóvenes no os agradan las antiguas costumbres. Pero, así es como se ha hecho siempre, y tengo toda la intención de recuperar las que se han ido olvidando, por lo que no esperes que cambien.—

—¿Puedo al menos saber quién es?— Yaluc preguntó en tono respetuoso. Andamar suavizó algo su expresión.

—Se llama Ory Kyrás. Es la hija de Damosén, la única que le ha quedado.— Yaluc le miró esperando más información. —He buscado sin

descanso, pero no es tan fácil encontrar damas de alto linaje dignas de desposar a un heredero de Kynán.—

—No comprendo, Andamar. Yo creía que los Kyrás eran una de las familias más importantes del reino, y Damosén es tu Consejero de Guerra. Sin embargo, hablas como si su hija no fuese adecuada...—

—Por supuesto que lo es.— Andamar le interrumpió molesto. Yaluc suspiró. Ojalá, el rey no tardase demasiado en recuperar su carácter amable. —No la encontrarás más digna. Y su nombre me fue sugerido por la difunta reina. Ella siempre actuaba con buen juicio. El único inconveniente es que la muchacha tiene 12 años, y no tenemos tiempo que perder. Cuanto antes haya un nuevo heredero, mejor.— Yaluc no pudo evitar sonreír, aunque intentó disimular el alivio.

—No desesperes, Andamar. Algo me dice que Naadur y Numa pueden dar al reino esa buena noticia pronto.— Había estado tentado de revelar a Andamar la profecía de Dilmala. Pero se dio cuenta de que era Naadur quien debería hacerlo. Andamar le miró con gesto desconfiado, pero no dijo nada.

Más tarde, Yaluc paseaba solo por los jardines de palacio. Había pasado bastante tiempo desde que no lo hacía. Últimamente, había estado siempre ocupado con los ejercicios militares y después en la propia batalla. De pronto, se sobresaltó al notar que alguien le tocaba el hombro. Al volverse, se encontró con la hermosa sonrisa de Naadur.

—Sí que debías de estar concentrado. Te he estado llamando un buen rato.—

—Perdona. No te he oído.—

—¿Y qué te tiene tan pensativo?— Yaluc comenzó de nuevo a caminar, haciendo seña a Naadur de que le acompañara.

—Tú padre ya me ha encontrado esposa.—

—Ah, ya veo. Por eso andas tan cabizbajo, por la mala noticia.— Naadur se burló. —¿Y quién es?—

—La hija de Damosén ¿La conoces?—

—No sé, ahora mismo, no me acuerdo. Pero, si no la recuerdo es porque sería demasiado pequeña para fijarme en ella.— Siguió en el mismo tono burlón, y le guiñó un ojo a su amigo.

—Al parecer tiene 12 años, lo que a Andamar no le hace ninguna gracia. Tiene mucha prisa por que haya un nuevo heredero.—

—Oh, vamos. No te angusties, amigo mío. Tienes dos años por lo menos para hacerte a la idea y practicar. Yo puedo ayudarte a encontrar con quien. Serían de plena confianza para ayudarte.— Naadur seguía sonriendo. Estaba claro que se divertía mucho con la situación.

—No necesito tu ayuda, muchas gracias.— Yaluc dijo enfadado, y apartó a su amigo de su camino sin muchos miramientos. Eso no detuvo a Naadur. Más bien, al contrario.

—¿Quieres decir que ya tienes experiencia? Me sorprende. Quiero decir, ya sé que las mujeres no despiertan tu interés... Aunque. Claro... Ya lo entiendo. Esa Dilmala. Qué mujer tan extraordinaria. Y tú, qué afortunado.—

—Será mejor que te calles, Naadur. No dices más que tonterías.— Yaluc se paró delante de su amigo al que sobrepasaba en corpulencia y estatura y le habló en tono calmado, pero que no admitía burla. Naadur no se dio por aludido. Conocía bien al grandullón.

—Venga. Está claro que tú y ella... ¿eh?— E hizo un gesto obsceno. Yaluc le agarró de la delantera de la túnica, y acercó su rostro al de él.

—Te repito que te calles. No es asunto tuyo, pero no, borra esa idea de tu sucia imaginación. Dilmala es muy especial para mí, pero no de esa forma.— Naadur se mostró realmente sorprendido. Por las palabras de Yaluc, pero, sobre todo, por su comportamiento. Había tocado un asunto delicado. Eso estaba claro. Yaluc volvió a caminar, esta vez, más rápido, dejando bien claro que no deseaba compañía. Naadur se quedó parado mirando a su amigo.

—Pues si no ha pasado. Está muy claro que ella querría que pasase.— Dijo, aunque en voz baja, pues en realidad, no quería que Yaluc le oyera. Se encogió de hombros, y empezó a caminar en dirección contraria.

Aunque estaba claro que los ejércitos no se encontraban en condiciones para una campaña aquel verano, Menetir estaba más decidido que nunca a recuperar su trono de una vez por todas. Ahora, ya no tendría que mendigar oro del rey de Narvaly, pues él era el rey. Decidió reunir a todos los hombres disponibles en Narvaly, aunque fueran muchos menos de los que hubiera deseado, y marchar antes de que acabara el verano hacia la región de Kynán conquistada en las campañas anteriores. Aprovecharía las semanas que aún hiciera buen tiempo para poner a

punto a los diezmados ejércitos y hacer correr la noticia de que estaba dispuesto a contratar a cualquiera que quisiera ayudarlo a derrotar a Andamar y expulsarle del trono, y pensaba pagar muy generosamente.

De momento, disponía de buenos ingresos, aunque no suficientes, procedentes de sus rentas como consorte real. Era más oro del que había tenido desde que Andamar expropiara las haciendas y rentas de su familia, pero necesitaría mucho más para formar un ejército lo suficientemente poderoso. Por suerte, seguía contando con la inquebrantable lealtad de algunos de sus generales, especialmente, su cuñado Temuzén, que se había convertido en su mano derecha. Estaba impaciente por comenzar a formar su ejército, por lo que aprovechó la buena disposición de Zodrim para exponerle sus planes. Como reina, estaba incluso más ocupada que cuando sólo era corregente, pero, por suerte para él, siempre le recibía con agrado en sus aposentos. De modo que, aprovechó una cálida tarde en que la reina se había retirado a descansar un poco.

—Pero Menetir. El reino se halla terriblemente postrado a causa de la plaga. Este último año, los ingresos por tributos han disminuido mucho, pues los campos apenas se han podido trabajar, y este próximo año promete ser aún peor. Todos los recursos disponibles serán necesarios para hacer frente a los tiempos difíciles que nos esperan.— Zodrim respondió a sus demandas.

—¿Olvidas que necesito mantener un ejército para recuperar mi reino?— Menetir comenzaba a impacientarse. Ella le dedicó una dulce sonrisa.

—Éste es tu reino, esposo mío. Tu posición es mucho mejor que la de ningún otro rey consorte antes que tú. Te he nombrado Primer Consejero, a pesar de que la mayoría de los clanes se oponían.—

—No quiero ser tu Primer Consejero, ni recibir tus limosnas. Te exijo que me abras las arcas reales o me entregues las llaves. Eres mi esposa, y me debes obediencia.— Menetir estaba ya muy cerca de su límite de paciencia. Sin embargo, Zodrim no estaba dispuesta a ceder.

—Bien, si no quieres ser Primer Consejero, nombraré a otro. Pero, yo soy la reina de Narvaly, y eres tú quien me debe obediencia.— Dijo con firmeza, mirándole a los ojos. A pesar de ello, el golpe la tomó por sorpresa. Menetir le propinó un revés tan fuerte que la derribó al suelo. En su caída, golpeó con una mano uno de los bonitos jarrones de Esterria que siempre mantenía con flores en sus aposentos. El estruendo de la cerámica al romperse fue el único sonido durante unos segundos.

Aturdida, alzó la mirada hacia su esposo. La mejilla le ardía, y sabía que se le hincharía más tarde. Pero, en realidad, lo que más le dolió fue la humillación.

—No te atrevas a volver a hablarme así, mujer.— Menetir dijo en tono amenazador. Definitivamente, la ilusión que había alimentado durante aquellos últimos meses se había hecho añicos como su jarrón. El verdadero Menetir había vuelto, y era peor que nunca.

Menetir se salió con la suya, y consiguió acceso al tesoro real. Y ni siquiera hubo muchas protestas por parte de los clanes cuando vieron cómo empleaba el oro en armar su ejército. Zodrim contemplaba todo con una inmensa tristeza. Como ya ocurriera antes, los nobles preferían pagar a Menetir lo que pidiera con tal de que se alejara del reino. Nadie había olvidado los terribles destrozos que causó antes de la muerte del rey Netyk y no deseaban que se repitieran. Zodrim sentía tristeza y rabia contra sí misma por haber sido tan ingenua. Incluso desde su elevado trono, había podido escuchar algunas de las coplas populares que entonaban los más humildes, y no sólo ellos, sobre su esposo. En ellas, se aseguraba que Menetir Una Oreja era tan indeseable que ni siquiera la plaga había querido llevárselo.

Los espías mantenían a Andamar puntualmente informado de los movimientos de Menetir. Al principio, se puso nervioso cuando su sobrino regresó a las tierras ocupadas de Kynán. Él había esperado que dedicara lo que restaba del verano y al menos, el invierno siguiente, a recuperarse de los efectos de la plaga en sus ejércitos. Si Menetir le atacaba ahora, apenas sería capaz de defenderse.

Por suerte para Andamar, al parecer, los espías de Menetir no eran tan eficaces como los suyos, o su sobrino realmente no estaba en condiciones de atacar, pues acabó el verano, llegaron las lluvias del otoño, y al fin el invierno, sin que Menetir hubiera hecho intención de atacar.

No sólo Narvaly sufría las consecuencias de la plaga en sus arcas, todos los reinos del mundo conocido las sufrían también. Kynán, además, tenía la desventaja de depender mucho del comercio con los otros reinos para abastecerse, y el comercio había decaído como todo lo demás. Los campos estaban, o bien arrasados por las correrías de los ejércitos de Menetir o de los bandidos, o bien, la gente había huido de ellos, por lo que las cosechas fueron escasas y hubo carestía en todo el reino. La

escasez de alimentos se sumó a los estragos de los soldados y bandidos para contribuir al descontento de la gente.

El sumo sacerdote Palas, como Primer Consejero, advirtió al rey del peligro que suponía el grave descontento de la gente, y más, teniendo al enemigo acampado al sur del reino. También Naadur le habló a su padre del temor que sentía de que se pudieran producir revueltas. Sin embargo, nada parecía hacer a Andamar desviarse de sus planes. Aquel año, definitivamente, recuperó la mayoría de las antiguas leyes que consideraba devolverían la grandeza a los valate, y promulgó algunas nuevas. Una de estas últimas fue la separación total de los valate de cualquier otro pueblo. Andamar era muy consciente de que la poca rigidez de sus inmediatos antecesores en este tema había llevado al reino al borde de la perdición, pues a punto habían estado de coronar a Domusal, un rey de sangre mezclada.

Esta vez no fue Palas, que en esto estaba de acuerdo con el rey, y muy especialmente con la reina madre, sino Yaluc quien advirtió al rey del peligro que corría. La ley era muy estricta. Todos los cargos importantes de la corte y los territorios quedaban exclusivamente reservados para los valate. Así mismo, todos los varones valate debían tomar obligatoriamente esposas valate.

—Francamente, no soy capaz de comprender por qué has promulgado esa ley, Andamar.— Yaluc se quejó amargamente al rey. —Cuando leíste los libros de Zesera, me diste la impresión de que habías llegado a apreciar a los loggi, a admirarlos incluso.—

—Y así es. Esta ley no sólo es buena para recuperar la grandeza valate. La gente loggi también ha sufrido la degeneración por las mezclas indiscriminadas. No tengo nada contra ellos. Al contrario, les será facilitado volver a su esencia. Cada pueblo ha de ocupar su lugar. Si el orden se restablece, los dioses se mostrarán complacidos de nuevo con nuestro reino.— Yaluc miraba al rey como si le acabara de conocer. Siempre le había tenido por un hombre sensato y juicioso, incluso sabio a causa de sus muchas lecturas. Pero, el hombre que ahora tenía delante parecía haber perdido la noción de la realidad.

—Pero, Andamar, yo conozco a los loggi. He convivido con ellos. La mayoría ya no saben vivir como sus antepasados. Ni siquiera recuerdan su propia lengua. Cuando yo estuve con ellos, aún quedaban algunas personas que recordaban como eran las cosas antes. Sobre todo, Zesera. Ella me hizo copiar todos esos libros precisamente por eso, porque ya nadie recuerda. Además, si los loggi regresan a su antiguo modo de vida

¿quién trabajará los campos o cuidará del ganado? Los loggi y todas las demás gentes procedentes de todos los reinos que viven en Kynán se han ocupado hasta ahora. No hay suficientes valate para reemplazarlos.—

—Los habrá, si se cumple la ley.— Y sin más, Andamar indicó a su desconcertado hijo adoptivo que la conversación había terminado.

Naadur también estaba preocupado por la actitud de su padre. Pero él además, tenía otras cosas que afligían su ánimo. Numa había superado la plaga, pero parecía más frágil aún que cuando la conoció. Ya hacía bastante tiempo que sentía gran aprensión por la delicada salud de su esposa, y por ello, satisfacía sus necesidades en brazos de damas complacientes. Pero no hacía más que pensar en la profecía de Dilmala. Para que Numa diera a luz un hijo era imprescindible que Naadur retornara a su lecho. Dilmala dijo que el niño viviría, pero Naadur lamentaba no haberle preguntado por la madre. Dudaba mucho de que Numa pudiera soportar un nuevo embarazo y el parto subsiguiente.

—¿Por qué estás tan triste, mi dulce esposo?— Numa le preguntó una tarde de invierno, mientras escuchaban el aullido del gélido viento sentados junto a la chimenea encendida. La pregunta le tomó por sorpresa, pues desde la enfermedad, Numa parecía haberse internado más en su peculiar mundo. Sin embargo, ahora le miraba directamente, y sus ojos de aquel azul tan profundo, estaban claros.

—Oh, no estoy triste. Sólo preocupado por los asuntos del reino.— Él dijo intentando sonreír. Ella le acarició la mejilla. Su mano estaba agradablemente caliente.

—Eres muy gentil queriendo evitarme preocupaciones. Pero yo sé que sufres porque aún no tenemos un heredero. Sé que todos en la corte temen que nunca ocurra. Pero tengo buenas noticias. Ha llegado el momento, Naadur. Ven esta noche a mi lecho y concebiremos al heredero.— Naadur la miró con ternura. Tomó su mano y la besó.

—Estás muy segura.— Dijo. Ella le ofreció una sonrisa tan radiante que por un momento, anuló la oscuridad del cielo. Y entonces, Naadur recordó cuánto le había impresionado su belleza desde el principio.

—Lo sé porque Ellos me lo han dicho.—

Naadur acudió aquella noche al lecho de Numa. No le abandonaban los remordimientos por someter a su esposa al riesgo de un nuevo embarazo dada su frágil salud. Pero, en el fondo, debía reconocer que la esperanza y el deseo de creer en la profecía de Dilmala se imponían a sus reparos.

Se despertó cuando aún era de noche y contempló conmovido a su esposa que dormía plácidamente a su lado. Sabía que la emoción que le producía tal vez haber concebido al fin a su heredero era lo que había interrumpido su sueño. Se sintió tentado de volver a acurrucarse bajo las mantas junto al cálido cuerpo de Numa. Pero, de pronto, le asaltó una idea. Un hijo varón era lo que más deseaba, pero los dioses eran caprichosos y no siempre aceptaban de buen grado los deseos de los hombres, incluso si estos hombres eran príncipes. No estaría de más halagarlos un poco para inclinarlos a su favor. De modo que, se levantó con cuidado para no perturbar el sueño de Numa, decidido a acudir al templo de Nin. Todavía estaba muy oscuro y si se daba prisa, podría acompañar a los sacerdotes en su plegaria del amanecer y realizar después un sacrificio en honor del más poderoso de los dioses.

Los días anteriores había estado lloviendo, pero el fuerte viento de la noche había alejado todas las nubes. El cielo estaba completamente despejado y muy oscuro, pues no había luna. Todo era silencio y quietud cuando Naadur salió a la explanada que separaba el palacio del templo. Se había abrigado, pero de todas formas tuvo que arrebujarse bien en su manto de piel, pues hacía mucho frío. Los sacerdotes le recibieron con respeto. Palas se mostró tan adulator como de costumbre. Subió con ellos a la azotea a esperar el amanecer. Pero antes de que los primeros rayos del sol comenzaran a iluminar el cielo de oriente, algo les hizo volver la vista hacia el norte.

Por allí, el cielo aún se mostraba tan negro como el mar que tenía debajo. Pero súbitamente, en la lejanía, vieron una luz. Ésta se acercaba a gran velocidad, y pronto se dieron cuenta de que era una gran bola de fuego- Cruzó a la velocidad del rayo por encima de sus cabezas, iluminando el cielo y llenándoles de asombro, y se dirigió hacia el sur. Naadur tuvo la impresión de que la bola de fuego se acercaba cada vez más al suelo. Y su impresión se confirmó, pues todos contemplaron llenos de espanto cómo la bola de fuego se estrellaba al sur de Taros, Naadur calculó que había caído muy cerca de las montañas. Al caer, la bola estalló, haciendo que, por un momento, pareciera que el sol salía por el sur. A continuación, incluso desde Taros, pudieron ver un gran incendio que devoraba la ladera de la montaña.

Los sacerdotes cayeron de rodillas, y comenzaron a recitar sus letanías muertos de miedo. A Naadur le temblaban las piernas ¿Qué significaba aquello? Para él estaba claro que los dioses mandaban un mensaje, y también, por desgracia, que aquellos sacerdotes mediocres no serían capaces de interpretarlo. Mientras caminaba tembloroso hacia el palacio, recordó la profecía que su padre le contó que le hicieran la noche de la muerte del rey Belcentes. Hablaría con su padre para que se la recordara.

Naadur no fue el único en pensar en la profecía de Zesera al ver caer la bola de fuego. Como todos los ancianos, Garpa dormía poco, y ya estaba despierta cuando ocurrió el acontecimiento. Ella no lo dudó ni por un momento. La profecía de aquella bruja y el antiguo sacerdote parecía estarse cumpliendo. Y si se cumplía esta parte, también lo harían las demás: —De tu propia sangre nacerá aquél que acabará con todo.— Volvió a oír la poderosa voz de Zesera en su mente y se estremeció. Luego, se enderezó todo lo que le permitían sus ancianos huesos y, mientras se disponía a llamar a su doncella, murmuró entre dientes: —No si yo puedo impedirlo.—

En la pequeña aldea de la montaña, también fueron testigos del suceso, y mucho más cercanos. La bola de fuego se vino a estrellar muy cerca de la aldea, tanto, que temieron que el incendio que provocó arrasaría sus casas. Por fortuna, aunque el bosque ardió durante tres días, la nieve que comenzó a caer, lo apagó. Varios habitantes de la aldea, entre ellos Dilmala y su sobrino Mores, fueron a ver el lugar donde cayó la bola de fuego. Había una amplia zona cubierta por cenizas que oscurecían la nieve y fragmentos de roca negros que aún humeaban. Y en medio de todo, un enorme agujero, al fondo del cual, había una roca más grande que todavía desprendía un resplandor rojizo. Dilmala miró al cielo. Ella tampoco tenía dudas sobre el significado de aquello.

8:

El tiempo se ha cumplido

Montado en su caballo, Andamar recorría despacio lo que hasta pocas horas antes había sido un campo de batalla. El sol se elevaba ya por el este haciendo que se disipara la bruma de la madrugada y poniendo de manifiesto la espantosa escena. Los muertos se extendían hasta donde le daba la vista. Había sido, sin duda, la más dura batalla de las que se habían librado en aquella absurda guerra interminable. Y por desgracia, ésta tampoco sería la última. A primera vista, la victoria había sido para el bando de Andamar. Después de todo, habían conseguido hacer que Menetir se retirara de nuevo a sus posesiones del sur. Pero ¿a qué precio se había conseguido esta victoria?

Aquel año, Menetir había iniciado sus ataques al comienzo de la primavera, con los caminos aún embarrados. Pero eso no le había impedido avanzar a la velocidad del rayo. Había pasado el invierno ya en Kynán para no perder tiempo, y ciertamente, no lo había perdido. Junto a su fiel y eficaz cuñado Temuzén y al hijo de éste Ardates que ya tenía 17 años y comenzaba a destacar como feroz guerrero, había conseguido reunir un ejército formidable. No le habían faltado voluntarios, atraídos por su generosa paga y la promesa de conseguir succulentos botines. La plaga había arruinado a muchas familias de pequeños señores cuyos campos permanecían sin cultivar a causa de la escasez de campesinos. Unirse a Menetir en su empeño por recuperar el trono de Kynán era una aventura que les ofrecía esperanzas de mejorar su situación.

Como era habitual en él, Menetir no se reprimió a la hora de conseguir sus metas. Su ejército avanzó a sangre y fuego, igual que en las ocasiones anteriores. Pero esta vez, su avance fue mucho más rápido y llegó mucho más lejos, concretamente, hasta prácticamente las murallas de Taros.

Andamar mantenía las defensas que ya dispuso años antes para el caso de que Menetir alcanzara la capital. Taros estaba muy bien defendida, pero, de todas formas, se libraron duras batallas hasta que los hombres del rey de Kynán consiguieron alejar el peligro de su capital. Desde entonces, los ejércitos de Menetir no habían hecho otra cosa que retroceder un poco más en cada batalla. Pero el precio de recuperar el terreno perdido había sido muy alto para ambos bandos en el número de

guerreros muertos. Por eso, Andamar se mostraba pesimista, porque sabía que sólo era cuestión de tiempo que Menetir se recuperase lo suficiente como para emprender un nuevo ataque ¿Cuántas veces podrían sus ejércitos rechazarle antes de que la mismísima Taros cayera?

El pesimismo de Andamar estaba justificado. Y eso que aquel año, en el que se cumplían 10 desde que se sentaba en el trono de Kynán, había empezado con excelentes noticias. Aún reinaba el crudo invierno cuando Numa anunció su nuevo embarazo. Tanto ella como su esposo Naadur estaban exultantes, pues tenían la seguridad de que esta vez nacería un varón, el anhelado heredero. Naadur contó a su padre la profecía de Dilmala. Andamar no era amigo de profetas ni adivinos. Sólo los dioses conocían el destino, y sólo los más preparados sacerdotes podían interpretar los augurios si los dioses así se lo concedían. No había olvidado a aquella mujer que vino la noche que murió su padre, Zesera, así se llamaba. La misma que había dictado los libros a Yaluc. Aún se estremecía al recordar sus ojos tan oscuros que parecían atravesarle y ver en su interior. No le gustaba nada lo que aquella mujer había dicho sobre el destino de su reino, por eso, prefería ignorar cualquier profecía.

A pesar de todo, las profecías y augurios se multiplicaron sobre el nuevo embarazo de la princesa Numa. No paraban de acercarse charlatanes a palacio, haciendo perder la paciencia al rey, que promulgó renovada la antigua ley que prohibía la adivinación y cualquier clase de hechicerías. Sin embargo, para su asombro, no eran Numa o Naadur quienes prestaban oídos a los charlatanes, sino su propia madre, la reina viuda. Andamar no podía creer que se mostrara tan interesada por lo que aquellas gentes le decían. Curiosamente, todos coincidían en vaticinar el nacimiento de un varón. Andamar le quitó importancia delante de toda su familia, pues estaba convencido de que eso se debía a que los charlatanes no eran estúpidos y sabían cuánto deseaban en palacio el nacimiento de un heredero, por lo que suponían que si lo profetizaban conseguirían mejor recompensa.

Detrás del rey, iban Yaluc y Naadur, que también contemplaban el campo de batalla con pesar. La verdad es que la presencia de Andamar era más ceremonial que otra cosa, pues él apenas había intervenido en las numerosas y duras batallas de aquel año. Y no era porque hubiera querido eludir su responsabilidad como rey. Todos los que le conocían sabían lo poco que le gustaba la guerra, pero nunca había faltado a su deber.

Sin embargo, ya desde los primeros choques en los que intervino, se puso de manifiesto que la plaga había afectado muy seriamente su

salud. No podía hacer grandes esfuerzos, ya que, enseguida sentía mareos y debilidad, y le subía la fiebre. Por fortuna, contaba con excelentes sustitutos para encabezar sus ejércitos; el noble Damosén y, por supuesto, su brillante hijo, el príncipe Naadur. Éste procuraba disimularlo para no causar alarma entre las tropas, pero estaba muy preocupado por la salud de su padre. Estos pensamientos rondaban por su mente mientras contemplaba la espantosa escena que tenía delante.

—¡Qué lástima! Cuántos valientes guerreros caídos.— Se lamentó.

—Ahora, comprenderás por qué detesto tanto la guerra.— Replicó Yaluc, que cabalgaba a su lado.

—A mí tampoco me agrada perder tantos hombres, pero han muerto honorablemente, Yaluc. No dudes de que los dioses reconocerán su valor. Mi padre ha ordenado ya los preparativos para darles la despedida que merecen.—

—Pero, muchos de ellos son loggi. Ya que el rey se ha mostrado tan enclinado a que cada pueblo ocupe su lugar ¿no les será permitido a sus parientes honrarlos según su costumbre?— Naadur le miró como quien mira a un niño que insistiera en un capricho. Con un gesto de desagrado algo exagerado que, a Yaluc le resultó encantador, respondió a su amigo.

—Desde luego. Tus queridos loggi podrán llevarse a sus muertos para dejarlos pudrirse en la tierra como bestias salvajes.— Yaluc sonrió a su pesar.

—Ellos lo llaman regresar a la Madre. Ya que consideran que toda vida procede de Ella, no es un desprecio, sino una alegría para ellos, pues regresan al ciclo eterno de la Madre.—

—Sí, ya me acuerdo de cómo hablaba tu amiga Dilmala de esa Madre. Pero, según ella, no es una diosa. Los dioses no significan nada para los loggi ¿Qué clase de pueblo no tiene dioses?—

—Supongo que por mucho que intente explicártelo, no lo comprenderás. Como todos los valate, consideras a la gente loggi inferior.—

—Ni siquiera tú puedes negar que aún seguirían viviendo como las bestias, si no les hubiéramos traído la civilización. Y por si lo has olvidado, tú eres tan valate como yo.— Esta clase de discusiones eran habituales entre los dos amigos. Jamás llegaban a conclusión alguna, pero tampoco consiguieron nunca erosionar su amistad.

Una vez cumplimentadas todas las ceremonias fúnebres, los ejércitos del rey de Kynán se retiraron a posiciones seguras, donde permanecerían a la espera de una nueva acometida por parte de Menetir. El rey y los príncipes, junto a Damosén y otros nobles generales, se alojaron en el castillo de uno de ellos para descansar y recuperar fuerzas. Allí, Naadur y Yaluc continuaron con su eterna discusión.

—Sabes que soy completamente leal a Andamar, Naadur, pero me siento obligado a advertir que hay malestar entre los diferentes pueblos que conviven en Kynán con las leyes que está promulgando. No son sólo los loggi, aunque ellos son los que yo conozco mejor. Ya has visto cuántos hombres pierden ellos también en las batallas ¿Cuánto tiempo crees que seguirán obedeciendo a los oficiales valate cuando se les impide alcanzar puestos elevados en el ejército?—

—Sé que las leyes que mi padre está promulgando últimamente son polémicas, y, desde luego, yo no estoy completamente de acuerdo con ellas. Pero, igual que tú, soy leal a mi padre. Además, en mi posición no tengo ningún poder para cambiarlas. Así que, es a él a quien deberías expresar tus objeciones.—

—Ya lo he hecho, y en más de una ocasión. Pero no me escucha.—

—¿Y crees que a mí sí? Pero no te angusties, amigo mío. Ya sé que esta guerra interminable se hace muy difícil de soportar. Pero llevo unas semanas pensando en un plan. Ya lo tengo bastante bien diseñado, y si sale bien, podría significar el golpe definitivo a Menetir.—

Cuando Naadur contó su plan a Yaluc, éste no pudo más que quedar de nuevo admirado por su inteligencia y astucia. Desde el primer momento, se puso a su entera disposición para llevarlo a cabo. Como era habitual en Naadur, el plan era brillante, pero, a la vez, sumamente arriesgado. Básicamente, consistía en hacer creer a Menetir que el rey Andamar tenía intención de desarrollar un ataque masivo sobre las posiciones conquistadas del desterrado. Para ello, desplazarían el grueso de sus ejércitos hacia los territorios que Menetir conservaba en Kynán. Aunque sería Damosén quien dirigiera el ataque, Andamar iría en cabeza del ejército para dar mayor credibilidad al plan. Menetir pensaría que el rey de Kynán tenía intención de caer sobre él para expulsarle de su reino.

Naturalmente, el ataque sería real. Naadur confiaba plenamente en Damosén para mantener a Menetir bien ocupado. Mientras, él, con un ejército reducido, pero elegido entre los mejores guerreros, atravesaría la

frontera de Midum, como ya hiciera su padre 8 años antes. Pero Naadur tenía su ataque mucho mejor planeado que el de Andamar, además de que él superaba en mucho a su padre como guerrero.

Andamar no se convenció inmediatamente cuando su hijo le expuso su plan. Tenía mucho miedo de que la suerte de Naadur en Midum fuera tan adversa como la suya, y perderle. Él no estaba tan convencido como su hijo de que la criatura que Numa esperaba sería un varón, y ya había tenido suficientes ocasiones para temer por la vida de sus dos herederos. Tanto Naadur como Yaluc habían resultado heridos en distintas ocasiones a lo largo de aquellas campañas. Ambos podrían resultar muertos en la audaz empresa de Naadur, dejando Kynán sin heredero. Al principio puso la condición, para aceptar el plan de Naadur, de que Yaluc no le acompañara. Pero ninguno de los dos jóvenes estaba dispuesto a ello. Muy convenientemente, Yaluc le recordó que él era el encargado de proteger a Naadur, encargo que le había hecho el propio Andamar.

El rey cedió al fin. Pero, entonces, sucedieron otros contratiempos que retrasaron la puesta en marcha del plan. Tal y como Yaluc había predicho, el malestar por las leyes de Andamar comenzaba ya a extenderse por el reino. Se produjeron revueltas en el campo, que obligaron a los señores nobles a mejorar todo lo que podían sin violar las leyes de Andamar las condiciones de sus campesinos, pero, de todas formas, resultaba cada vez más difícil retenerlos. Damosén y Naadur temieron que las revueltas se contagiaran al ejército, ya que les constaba que había agitadores.

Por suerte para ellos, todo parecía indicar que Menetir no iba a reanudar los ataques aquel verano. Sin duda, le estaba costando recuperarse de las severas pérdidas de hombres. Pero, al fin, consiguieron organizarlo todo, y el plan de Naadur se pudo ejecutar. Andamar y Damosén con el grueso de sus ejércitos se pusieron en marcha como estaba planeado, seguros de que los espías de Menetir ya le estarían avisando del gran ejército que se le venía encima.

En efecto, Menetir fue puntualmente informado de que Andamar se dirigía contra él al frente de todo su ejército. Y lo creía así, porque el astuto Naadur había tenido la precaución de hacer marchar a algunos de los hombres de su padre con los colores del Príncipe Heredero. Incluso, se buscó a un hombre bien alto y fornido para hacer creer que Yaluc marchaba también junto a su hermano adoptivo.

Este ataque tomó completamente por sorpresa a Menetir. En su desprecio por Andamar, jamás se le pasó por la cabeza que tuviera

suficiente valor como para atacarle a él directamente. Hasta ahora, la guerra había sido siempre defensiva para el rey de Kynán. Menetir estaba convencido de que el Usurpador, haría todo lo posible para aferrarse a su trono robado, pero no le creía capaz de tomar la iniciativa. De modo que, tuvo que apresurarse a organizar su ejército lo mejor que pudo para parar el choque. Sus enemigos habían estado acertados al pensar que tenía problemas para recuperarse, más de lo que imaginaban.

La razón era que Zodrim se negaba obstinadamente a proporcionarle más oro. Ella le había dejado muy claro que aquella guerra no era la suya, que Menetir podía asumir su lugar en Narvaly como consorte real, o si no, los Demonios del Abismo se lo podían llevar a su oscuro reino, que ella no movería un dedo. Por supuesto, esto enfurecía terriblemente a Menetir, pero no podía abandonar sus posiciones en aquellos momentos para recordar convenientemente a su rebelde esposa cuáles eran sus obligaciones. Y mucho menos podía alejarse ahora que Andamar se le echaba encima.

En cuanto Andamar y Damosén se pusieron en marcha, Naadur y los suyos comenzaron a moverse sigilosamente hacia la frontera. Como no querían que algún posible espía de Menetir o simplemente los lugareños descontentos, descubrieran sus intenciones, viajaron de noche y disfrazados como simples mercaderes. Las corazas, los yelmos y las armas iban bien escondidos en humildes carretas para no levantar sospechas. Tendrían que hacerlo así hasta que estuvieran en territorio de Midum.

Por desgracia, apenas llevaban tres días de camino, cuando a ellos también les surgieron contratiempos, y muy serios. Agón, el hermano de Dilmala, que por fin había convencido al rey de que no hacía magia, y volvía a ser un simple soldado, decidió que ya no iba a seguir sirviendo a los valate. Una mañana, se plantó delante de Naadur y le anunció que se iba, pues ya no tenía sentido que él, un loggi, combatiera para defender a un rey que no respetaba a su pueblo, a pesar de que los loggi habían habitado aquellos valles mucho antes de que llegaran los valate. Algunos soldados más se le unieron. Sin más, emprendieron camino en dirección contraria a la que llevaba el príncipe. Naadur se quedó estupefacto. En circunstancias normales, habría castigado severamente al insubordinado, pero temía que si lo hacía, otros se le unirían, y su ejército era ya suficientemente pequeño. Además, el alboroto que inevitablemente se produciría, arruinaría por completo su plan de moverse en secreto. Yaluc no hizo ningún comentario, lo que Naadur agradeció inmensamente.

El abandono de Agón del ejército valate no se había debido a un impulso momentáneo, ni a un capricho. Ya llevaba algún tiempo preparándolo, concretamente desde que las injustas leyes de Andamar con respecto a los no valate comenzaron a aplicarse. Estaba profundamente decepcionado. Nunca le gustó tener que servir en el ejército, a lo que su padre le había obligado siendo un niño, pero, al menos, tenía la esperanza de conseguir que, al terminar su servicio, su situación fuera mejor que al comenzarlo. Nada de eso iba a ocurrir ya por culpa del rey Andamar. Si a su padre le habían llamado el Justo, él, desde luego, iba a pasar a la historia por todo lo contrario. Por eso, a pesar de que estaba en su último año de servicio, no quiso esperar más, ya que no pensaba obtener su deseada recompensa al final.

Sabía que Yaluc era leal al rey, al fin y al cabo, era de su propia sangre, pero por mucho que le admirara, y más después de que su familia le contara todo lo que había hecho por su pueblo, no podía comprender esa lealtad. Pero como no quería causarle problemas, porque le apreciaba sinceramente, había querido hacer esto antes, cuando aún estaba bajo las órdenes de Andamar. Sin embargo, no le había sido posible, ya que no quería simplemente huir, sino que pretendía llevarse consigo a la mayor cantidad de soldados loggi que pudiera, junto con su armamento. Éste era el único remordimiento que sentía, pues había tenido que mentir al príncipe Naadur cuando éste le encargó velar por las armas que iban escondidas. Todas las veces que le preguntaba, Agón le había asegurado que todo iba bien. Pero, en realidad, cada día, mientras el ejército descansaba, él y sus seguidores habían sustraído armas de las carretas, y las habían ido escondiendo a lo largo del camino. No sentía remordimientos por robar las armas, ya que las consideraba justa paga por todos los loggi que habían perdido la vida al servicio de aquellos arrogantes valate que los despreciaban.

Agón era el mayor de los hombres que se marcharon, y el que contaba con más experiencia militar. También conocía el camino hacia Midum de memoria, pues lo había hecho en numerosas ocasiones. Por eso, fue él quien guio a los otros. Y sabía muy bien cuál iba a ser su destino.

La llegada de aquel grupo de hombres a la pequeña aldea de las montañas fue una sorpresa. Por desgracia, por culpa de la plaga y la guerra, la población de loggi había descendido bastante, no sólo en las aldeas, sino también en los asentamientos más apartados. Dilmala había podido comprobar con desolación que ya no quedaba nada del grupo de

Hijas dirigido por Sildara. Por todo ello, ya nadie se ocupaba de transmitir mensajes a través del bosque como antes.

Naturalmente, Dilmala, Jaduma y sus hijos se alegraron mucho de ver de nuevo a Agón. Mores no paraba de hacerle preguntas sobre su trabajo al lado del rey, y sobre Yaluc, al que seguía echando terriblemente de menos. Pronto, sin embargo, Agón dejó claro que su visita no era para saludar a su familia.

—Más vale que te olvides de Yaluc, Mores. Él es uno de ellos. Está demasiado feliz siendo un príncipe. No creo que nos vaya a ayudar.— Dijo amargamente.

—¿Por qué hablas así de Yaluc? Él es mi amigo. Es amigo de todos nosotros.— Mores protestó.

—Dices que no nos ayudará ¿Por qué íbamos a necesitar su ayuda o la de nadie?— Preguntó Dilmala. Su semblante estaba muy serio.

—¿Acaso vivís tan apartados que no os habéis enterado de las leyes del rey?—

—Conocemos las leyes, Agón.— Dijo Jaduma, imponiendo su autoridad de hermana mayor —Supongo que serán especialmente duras para los que, como tú, habéis vivido más cerca de los valate. Pero, saldremos adelante. Siempre lo hemos hecho.

—No hermana. No debemos seguir siendo tan mansos, o ellos continuarán pensando que siempre estaremos a su servicio. El rey ha dejado claro que no le agrada la mezcla de pueblos. Pues bien, es hora de que los loggi nos apartemos. Veremos cuánto tiempo pueden aguantar esos orgullosos valate sin tenernos para servirles.—

—Comprendo lo que sientes hermano. Yo siento lo mismo. Hace mucho. Pero, debemos ser astutos y pacientes.— Dijo Dilmala. —Por muy hartos que estemos de la situación, no todos los loggi estarían de acuerdo. Acuérdate de nuestro propio padre. Aunque no nos guste, los valate son más fuertes y tienen armas de guerra. Los loggi nunca hemos sido guerreros.—

—Por eso no te preocupes. Yo no soy el único loggi que ha servido en el ejército valate. Somos muchos, y podemos instruir a los nuestros. También traemos armas. No nos será difícil aprender a fabricarlas.— A Agón le brillaban los ojos. Jaduma y Mores le miraban indecisos. Pero Dilmala seguía con el mismo semblante serio.

—Estás dando a entender que pretendes formar un ejército loggi que se enfrente a los valate ¿Con qué fin?— Preguntó.

—Con el fin de vivir como loggi, según nuestras propias costumbres, sin tener nada que ver con los valate. Ellos vinieron aquí, se apropiaron de las tierras que habitábamos, y ahora, ni siquiera nos consideran dignos de gobernarlas con ellos. Pues bien, yo digo que prescindamos del todo de los valate.—

—No saldrá bien.— Dilmala sentenció, meneando la cabeza. —La mayoría de nuestra gente no recuerda nada de lo que significa ser loggi, y mucho menos, vivir según las antiguas costumbres. Lo sé por experiencia.—

—Pues cambiemos eso. Jaduma, Mores ¿Estáis conmigo? Voy a convocar a la gente de la aldea para exponerles mi plan.— Y, sin esperar siquiera una respuesta, salió de la cabaña de Jaduma. Ésta miraba a Dilmala que seguía meneando la cabeza.

—Tú sabes algo ¿verdad? Habrás tenido alguna de esas visiones tuyas, y por eso, no apoyas el plan de Agón. Pues bien, házselo saber, antes de que sea tarde.— Suplicó a su hermana menor.

—No serviría de nada, Jaduma. La profecía de Zesera ha de cumplirse y se cumplirá. Agón ha de desempeñar su papel en ella, igual que hemos de hacer los demás.— Y viendo la cara de confusión de su hermana, procedió a narrarle la profecía en la que tanto el antiguo sacerdote valate como Zesera coincidían.

Después de la marcha de Agón, no hubo más incidentes y Naadur pudo continuar con su plan. Yaluc empezaba a tener dudas de que con su pequeño ejército pudieran recuperar la antigua posesión de los valate. Sin embargo, Naadur no dudaba, y no era sólo por su intrépido y confiado carácter. Poseía información muy valiosa que hasta entonces, no había querido revelar por temor a los espías de Menetir. Pero ahora, se sentía seguro y decidió confiar lo que sabía a su fiel amigo.

Al parecer, Naadur sabía por fuentes completamente fiables, ya que eran sus propios espías personales, que la reina de Narvaly no consideraba la ocupación de Midum una prioridad. Para ella, se trataba más bien del capricho vanidoso de su difunto hermano Netyk. No es que pretendiera regalarla, pero consideraba que los fondos y los hombres de Narvaly estaban mejor empleados en recuperar su propio reino. Al fin y al cabo, los narvalienses nunca habían sido conquistadores como los valate o los propios midumitas. Su gran riqueza la habían conseguido

precisamente por mantenerse neutrales en las disputas de los demás reinos y comerciar con todos ellos.

—La plaga ha afectado mucho a Narvaly y también a Midum— Dijo Naadur. —Pero Zodrim no quiere invertir su oro en conquistas. Sé de buena tinta que las guarniciones en Midum han sido reducidas al mínimo, incluso en la capital. Además, por culpa de la plaga, han resurgido las revueltas de los partidarios de los Sum, que mantienen ocupadas a las escasas fuerzas de ocupación. De modo que, si somos astutos y rápidos, no nos será difícil recuperar Shimma. Y una vez la capital en nuestro poder, el resto de Midum caerá como fruta madura del árbol. Pero hemos de ser rápidos, porque estoy seguro de que Zodrim no ofrecerá resistencia, pero Menetir es un caso completamente distinto.—

—Ya veo. Por eso quieres mantenerle entretenido mientras entramos en Midum.—

—Exacto. Confío en que Damosén sea capaz de mantenerle ocupado suficiente tiempo antes de que descubra el engaño, porque lo descubrirá. Esperemos que cuando lo haga, sea ya demasiado tarde.—

Por una vez, los dioses parecieron estar completamente de parte del rey de Kynán. O tal vez, como muchos pensaban, era el genio del príncipe Naadur. El caso es que todo salió de acuerdo con el plan establecido, incluso mejor. Menetir ofreció feroz resistencia ante la acometida de los ejércitos de Kynán. Durante dos semanas, aguantó en su franja ocupada. Sin embargo, al final, no tuvo más remedio que ceder, viéndose obligado a abandonar incluso la Heredad del Sur, que siempre perteneció a su familia.

Esto le puso especialmente furioso, pues había llegado a pensar que podría obtener el perdón de su padre, cuyas cenizas reposaban en La Heredad del Sur, si al fin lograba recuperar el trono que le había sido robado por el Usurpador. Su rabia era infinita, ya que estaba seguro de que su derrota se debía a su falta de recursos. Culpaba de todo a su rebelde esposa, por la que comenzó a sentir un odio casi tan feroz como el que sentía por Andamar y Naadur. El odio hacia éste último se intensificó cuando descubrió el engaño del que había sido víctima.

Había dado órdenes a sus hombres más expertos de que procurasen matar al odiado príncipe durante la batalla. Él mismo, convirtió éste en su principal objetivo. Para lograrlo, aleccionó a sus hombres de que primero debían conseguir abatir al gigante que llamaban Cabeza de

Fuego, quien ejercía como eficaz escudo protector del príncipe. Cuántas veces, en los últimos tiempos Menetir se había arrepentido de no haberse fijado en aquel maldito crío del templo. Si lo hubiera hecho, sin duda, habría visto su inconfundible parecido con el rey Belcentes. Debería haberle estrangulado con sus propias manos. Pero ¿cómo saber que se convertiría en tal amenaza?

Al cabo de muchos días, al fin, cayeron los dos. Cuál no sería la sorpresa y la furia de Menetir al comprobar que ambos eran guerreros anónimos disfrazados con las vestiduras y las armas de Naadur y Yaluc. Pero, tal y como el príncipe heredero de Kynán había deseado, ya era demasiado tarde. Pues, al mismo tiempo que Menetir debía emprender su humillante retirada, le llegó la noticia de que su peor enemigo, acababa de reconquistar Midum. Aquella misma noche, Menetir hizo llamar a uno de los sacerdotes que acompañaban al ejército. Con él, ofreció un sacrificio al poderoso Nin, y renovó su juramento de no descansar hasta ver a Andamar y todos los suyos convertidos en cenizas.

Naadur apenas tuvo que librar un par de pequeñas batallas, ya en territorio de Midum, para recuperar la antigua posesión de los reyes de Kynán. Él fue más inteligente que su padre 8 años antes, y mantuvo su presencia en secreto hasta encontrarse a los pies de las mismísimas murallas de Shimma. Éstas aún no habían sido completamente reparadas después del terremoto que casi destruyó la ciudad, y no le costó demasiado esfuerzo sobrepasarlas. Una vez dentro de Shimma, los pocos soldados que aún la defendían, no fueron difíciles de vencer. En efecto, se trataba de narvalienses, que jamás fueron guerreros.

Lo primero que hizo Naadur al verse dueño ya de Midum, fue asomarse al balcón del apenas reconstruido palacio real, y dirigirse a los atemorizados habitantes. Les aseguró que podían estar tranquilos, pues había prohibido a sus hombres ejercer cualquier violencia sobre la ciudad. Era muy consciente de que Shimma formaba parte de su propio patrimonio como heredero de Kynán. Lo que Naadur no podía prohibir, claro está, es que sus hombres celebraran aquella gran victoria. Él mismo estaba exultante. Cuando acabó su discurso, fue vitoreado tanto por sus hombres como por los habitantes de Shimma. Todos le llamaban el nuevo Groaker el Grande. Sin embargo, Naadur demostró una vez más la nobleza de su carácter, y rechazó aquellos halagos por exagerados. Sí le gustó en cambio, otro sobrenombre que iba de boca en boca: Naadur El Intrépido, y decidió adoptarlo.

A los discursos solemnes, les siguieron numerosos días de celebración. Naadur estaba tan feliz que consiguió que hasta el sobrio

Yaluc participara en las celebraciones. Éste no podía resistirse, pues ver a Naadur tan feliz le llenaba a él mismo de inmensa felicidad. No obstante, procuraba mantenerse todo lo sobrio que podía, mientras todos los demás, empezando por Naadur, consumían alegremente tinajas y tinajas del dulce vino de Midum. No había olvidado lo que le ocurrió en la Cueva de los Niños cuando tomó aquellas raíces, y temía cometer algún error fatal si se embriagaba.

—Vamos, Yaluc. No seas aguafiestas.— Un Naadur completamente borracho, intentaba hacerle beber. —Estamos de celebración. Hemos recuperado Midum y todos sus territorios. Los Damoy volvemos a ser Señores del Mundo. Tú también, querido hermano. Así que, a celebrarlo.— Naadur no sólo pretendía que Yaluc bebiera. Estaban en uno de los salones del palacio real de Shimma, ellos dos y algunos de los altos oficiales de Naadur, rodeados por un buen número de hermosas jóvenes, que tañían instrumentos. Naadur bailaba, intentando mantenerse derecho, lo que era difícil dado su grado de embriaguez, aunque no soltaba su jarra de vino que llenaba una y otra vez. Yaluc sabía que no tenía modo de eludir lo que ocurriría a continuación. Nunca había imaginado que llegaría a ser Señor del Mundo, y por el momento, no estaba seguro de que le fuera a gustar.

Dilmala se encontró caminando por un terreno extraño y desconocido. Se dio cuenta de que delante de ella había alguien. Miró, era un niño pequeño. Caminaba descalzo y sus piecitos dejaban profundas huellas en aquel extraño terreno que parecía limo del río, pero que no se notaba húmedo. Por más que lo intentó, no conseguía ver más allá de la cintura del pequeño. Sabía que era un niño por sus vestidos, y no un niño cualquiera, sino un príncipe heredero de Kynán. Sus plateadas vestiduras así lo demostraban. Por su tamaño, supuso que no pasaría de los 6 años. Había algo más que identificaba al principito; con su mano izquierda, arrastraba un escudo, cuyo tamaño habría superado su pequeña estatura. En el escudo, se veían claramente los emblemas de la familia Damoy.

De pronto, Dilmala escuchó que alguien le decía: —Mira detrás de ti—. No estaba segura de si había sido el propio niño. Miró a su espalda, y se quedó impactada. Hasta donde le daba la vista, el terreno era igual y se apreciaban las pequeñas huellas del niño, pero no las de ella. Sin embargo, no fue eso lo que la impactó, sino que, a ambos lados de aquellas huellas, todo, bosques, montañas, ciudades y aldeas, se hundía

en aquel extraño limo, desapareciendo. Se despertó, llena de agitación. Sintió el cálido cuerpecito de su hija contra el suyo, y la abrazó.

—El tiempo se ha cumplido.— Sentenció, pues comprendió lo que aquel sueño significaba. A poco más de una jornada de allí, en el Palacio de las Nubes de Taros, la princesa Numa, también se había despertado y pronunciado la misma frase, tras el sueño que ambas mujeres habían compartido.

Relación de personajes por orden alfabético

A

Agón: Hombre del pueblo loggi, hermano de Dilmala y Jaduma.

Andamar: Llamado —El Fundador—. Rey mítico de los valate que fundó el reino de Kynán.

Andamar II: Llamado —El Príncipe Estudioso— y luego —El Usurpador—. Rey de Kynán.

Antelán: Segundo hijo de Khamer y Semudar Cenwolf.

Arapagena: Diosa lunar del pueblo valate, señora de la noche y de las aguas, y protectora de la monarquía.

Ardates: Hijo de Nusi y Temuzén Cenwolf.

B

Be-Hor: Capitán de la guardia del palacio del gobernador de Midum en Shimma.

Belcentes: Llamado —El Justo—. Rey de Kynán

Be-Lug: Hijo de Be-Hor.

Brala: Esposa de Andamar II. Reina de Kynán. Madre de Naadur.

Bron: Hombre loggi. Padre de Jaduma, Agón y Dilmala.

D

Damosén: Hijo de Edenor Kyrás. Consejero de Guerra del rey Andamar II.

Derina: Hija de Jaduma.

Dete: Anciana aya de la reina Garpa y de sus hijos.

Diedre: Hija mayor de Zysé y Rotyk de Narvaly. Madre del rey Rolf de Narvaly.

Dilmala: Llamada —La Mujer del Bosque—. Mujer loggi miembro de Las Hijas de Prakhana.

Doloandro: Rey de Esterria.

Dolomán: Nieto de Doloandro. Rey de Esterria.

Domorés: Tercer hijo de Khamer y Semudar Cenwolf.

Domusal: Primogénito de Belcentes.

E

Edenor Kyrás: Gobernador de Midum.

Enekhál: Hijo menor de Domusal.

F

Filamés Gormaron: Pariente de la reina Garpa de Kynán.

G

Garpa: Segunda esposa de Belcentes. Madre de Andamar y Nará. Reina de Kynán.

Gorag: Segundo hijo de Diedre de Narvaly y Junas. Príncipe de Narvaly.

Groaker: Llamado —El Grande—. Rey de Kynán, conquistador de numerosos territorios, entre ellos, Midum.

H

Heusa: Primera esposa de Belcentes. Madre de Domusal, Khamer y Zysé.

J

Jaduma: Mujer loggi. Hermana de Dilmala.

Jarek: Noble narvaliense, hermano de Junas. Regente en nombre del rey Rolf de Narvaly.

Junas: Noble narvaliense, esposo de la princesa Diedre. Padre del rey Rolf de Narvaly.

K

Kai Malikós: Esposa de Domusal. Madre de Menetir, Nusi y Enekhhal.

Kamenés: Hijo menor de Khamer y Semudar Cenwolf.

Khamer: Hija mayor de Belcentes y Heusa. Esposa de Semudar Cenwolf.

M

Marusene: Hija de Tessino de Esterria.

Menetir: Llamado —El Desterrado— y luego —Una Oreja—. Primogénito de Domusal y Kai. Esposo de Zodrim de Narvaly.

Mores: Hijo de Jaduma.

Mosh: Hombre loggi. Compañero de Jaduma y padre de sus hijos.

N

Naadur: Llamado —El Intrépido—. Único hijo del rey Andamar II y la reina Brala.

Nará: Hija mayor de Belcentes y Garpa. Primera Doncella del templo de la diosa Arapagena en la isla de la Luna.

Nefty: Segunda de las hijas de Khamer y Semudar Cenwolf. Esposa de Netyk de Narvaly.

Netyk: Hijo de Rotyk. Rey de Narvaly.

Nin: Dios de la guerra y principal de los valate.

Numa Kyrás: Esposa del príncipe Naadur. Madre de Nysbe y Tymís.

Nusi: Hija de Domusal y Kai. Madre de Ardates y Uxyla.

Nysbe: Hija de Naadur y Numa de Kynán.

O

Orlo: Llamado —Venerable—. Antiguo sumo sacerdote del templo de Nin que tenía visiones místicas y realizó perturbadoras profecías sobre el destino de Kynán.

Ory Kyrás: Hija de Damosén. Prometida de Yaluc.

P

Palas: Sumo sacerdote del templo de Nin en Taros. Primer Consejero del rey Andamar II.

R

Ramidas: Hermano del rey Belcentes.

Rhona: Amante del rey Belcentes. Madre de Yaluc.

Ris: Llamado —Venerable—. Sumo sacerdote del templo de Nin en Taros y Primer Consejero del rey Belcentes.

Rolf: Hijo de Junas y Diedre de Narvaly. Rey de Narvaly.

Rotyk: Rey de Narvaly.

S

Satuba: Mujer loggi. Compañera de Mores.

Semudar Cenwolf: Esposo de Khamer y, por tanto, cuñado de Domusal.

Sildara: Mujer loggi. Jefa de un grupo de Hijas de Prakhana.

Sum-Dhay: Descendiente de la antigua familia real gobernante en Midum antes de su conquista por los valate.

T

Ta-Duna: Noble midummita. Cuñada de Sum-Dhay.

Temuzén: Hijo mayor de Khamer y Semudar Cenwolf. Esposo de Nusi.

Tessino: Yerno del rey Doloandro de Esterría y regente en nombre del rey Dolomán.

Tunac: Hombre loggi. Padre de Tureya.

Tureya: Mujer loggi. Miembro de las Hijas de Prakhana junto a Dilmala.

Tymís: Segunda hija de Naadur y Numa.

U

Uthegal: Hijo mayor de Menetir y Zodrim de Narvaly.

Uxyla: Hija de Nusi y Temuzén Cenwolf. Primera prometida de Naadur.

V

Voro: Mayordomo del palacio real de Taros.

Y

Yaluc: Llamado —Cabeza de Fuego—. Hijo bastardo del rey Belcentes.

Ylania: Hija de Dilmala.

Z

Zaner: Hija de Menetir y Zodrim de Narvaly.

Zesera: Llamada —Hija Mayor—. Mujer loggi muy venerada como Guía de la Gente.

Zodrim: Hija de Zysé y Rotyk de Narvaly. Esposa de Menetir.

Zores: Capitán de la guardia del palacio real en Taros.

Zysé: Hija menor de Belcentes y Heusa. Esposa de Rotyk de Narvaly. Madre de Netyk, Diedre y Zodrim.